UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE POSGRADO EN HISTORIA DEL ARTE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS
ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS SUPERIORES UNIDAD MORELIA

Arquitectura en el núcleo misional de la Antigua California

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
DOCTOR EN HISTORIA DEL ARTE

PRESENTA:
Leonardo Benjamín Varela Cabral

TUTOR PRINCIPAL
Dra. Clara Bargellini Cioni
Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM

TUTORES
Dra. Josefina María Cristina Torales Pacheco
Universidad Iberoamericana Ciudad de México

Dr. Gustavo Curiel Méndez
Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM

Dra. Elsa Arroyo Lemus
Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM

Dra. Rie Arimura
ENES Unidad Morelia-UNAM

CIUDAD DE MÉXICO, OCTUBRE DE 2022

Universidad Nacional Autónoma de México
UNAM
Biblioteca Central
Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Agradecimientos 3

Mapa de la península de Baja California y sus misiones 6

Introducción 7
1. Estado de la cuestión 11
2. Marco teórico 20
3. Metodología 28
4. Contenido 32

I. El núcleo de la Antigua California: un entorno singular 37
I.1 La zona central serrana 43
I.2 Flora y fauna 54
I.3 Grupos humanos 63
I.4 Exploraciones 83
I.5 Intereses y benefactores 94

II. Arquitectura en el núcleo de la Antigua California 134
II.1 Urbanismo 135
II.2 Plantas y alzados 162
II.3 Tipologías 170
II.4 Materiales 176
II.5 Técnicas 189
II.6 Constructores 213

III. Los edificios
III.1 Nuestra Señora de Loreto-Conchó: la Santa Casa y la Casa Santa 241
III.2 San Francisco Xavier Viggé-Biaundó: el gran santuario corporativo 273
III.3 San José de Comondú: una basílica en el desierto 316
III.4 Santa Rosalía de Mulegé: la ermita en las montañas 347

Conclusiones 366

Epílogo 371

Anexos 372

Bibliografía y referencias 420

Agradecimientos

Cuando empecé este trabajo de tesis tenía claro que debía profundizar en mi entendimiento de la arquitectura misional de la Antigua California, aunque había muchos edificios por explorar y no necesariamente sus relaciones eran evidentes. Tomó tiempo y esfuerzo encontrar los hilos que enhebran esta trama. Agradezco por ello la generosidad, paciencia, el invaluable apoyo y la orientación que desde mis estudios de maestría he recibido por parte de la Dra. Clara Bargellini Cioni. Su experiencia y conocimiento, sugerencias y observaciones, me han permitido ir más allá de cualquier noción preconcebida respecto al arte de las misiones y del arte en general. También, su interés personal hacia el norte de México se ha convertido en aliciente para tomar conciencia acerca de su riqueza cultural, solo parcialmente conocida y valorada.

De la Dra. María Cristina Torales Pacheco he recibido también invaluables observaciones y apoyo. Su profundo conocimiento respecto a la historia de la Compañía de Jesús y la manera como esta orden se integra en la historia novohispana y mexicana me ha brindado no solo oportunidad para articular mejor mis ideas, sino además genuino entusiasmo por compartirlas. Del Dr. Gustavo Curiel Méndez he tratado de aprehender su erudito entendimiento de los objetos y las historias que portan, pero también su amor por la belleza, a veces insólita, producida en el encuentro de distintas miradas, tiempos y culturas. Con el respaldo de mis tutores, la inabarcable riqueza del pasado novohispano me ha permitido replantear la situación bajacaliforniana, su patrimonio, desde una mirada personal que incorpora, espero, muchas de sus observaciones y perspectivas.

Estas tres perspectivas, como el profundo conocimiento de la Dra. Elsa Arroyo Lemus en torno a la materialidad de los objetos, y el de la Dra. Rie Arimura respecto a la circulación de éstos entre Asia, Europa y América, me han estimulado para buscar aspectos imprevistos, nuevas formas de abordaje y preguntas más pertinentes a lo largo de mi investigación, dentro de aquellos temas que me interesan. Su participación entusiasta en la elaboración de este texto ha sido mucho más importante y decisiva de lo que su mero papel como tutores y lectores

académicos implica. Es decir, les agradezco un gran compromiso personal con este trabajo y con su autor.

No me sentiría conforme sin agradecer también a la Dra. Deborah Dorotinsky Alperstein, cuyo acompañamiento fraternal y académico desde la maestría ha sido fundamental. Igualmente, a la Dra. Adriana Cruz Lara Silva, quien contribuyó a encauzar preguntas respecto a la relación entre las Californias y la Nueva Galicia, al tiempo de apoyar e impulsar mi trabajo académico. En ese mismo sentido y por el mismo camino, a cada uno de mis maestros, investigadores del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM: el Mtro. Rogelio Ruiz Gomar, los Drs. Renato González Mello, Pablo Escalante Gonzalbo, Martha Fernández, Patricia Díaz-Cayeros, Óscar Flores Flores, Alejandra González Leyva, el inolvidable José Antonio Rodríguez Ramírez. No menos agradecido quedo con la investigadora y experta en imágenes Eumelia Hernández, quien siempre ha estado ahí para conversar y enriquecer mis reflexiones. También estuvo siempre, con una enorme sonrisa y genuino interés por conocer sobre aventuras sudcalifornianas, el Dr. Manuel Espinosa Pesqueira, a quien no soy el único universitario que extraña y recuerda con enorme afecto.

Mención aparte merecen los coordinadores del Posgrado en Historia del Arte: la Dra. Deborah Dorotinsky, primero, y después del Dr. Erik González. Sin ellos y los también siempre generosos, diligentes y afables Gabriela Sotelo y Héctor Ferrer, los trámites administrativos y académicos, así como la vida cotidiana como estudiante universitario hubieran sido otra cosa. Su respaldo, responsabilidad e incansable trabajo para asegurar las mejores condiciones en el tránsito por la universidad, hicieron que estos años pasaran felizmente. No puedo menos que agradecer también a Verónica Pérez, quien en el Laboratorio de Diagnóstico de Obras de Arte siempre tuvo café caliente y buena plática. Junto con ella, al personal en las distintas áreas del Instituto de Investigaciones Estéticas.

De la casa peninsular, agradezco a los amigos que han apoyado con su afecto e interés esta investigación: Javier Manríquez, Juan Melgar, Aníbal Angulo, Margarita Ruiz, Elizabeth Acosta, José Guadalupe Ojeda, Christopher Amador, Rubén Valdéz, Carlos Salvador Cárdenas, Calafia Piña, Rubén Sandoval, Humberto

González y muchos más. De allá también, a los historiadores Eligio Moisés Coronado, Manuel Lucero, Leonardo Reyes Silva, Mario Magaña Mancillas, a las arqueólogas María de la Luz Gutiérrez y Harumi Fujita, el arquitecto Enrique González González, con quienes en distintos momentos he intercambiado puntos de vista. Del Museo Regional del INAH en BCS, a su anterior director, Alejandro Zúñiga y a su actual director, Luis Alberto Trasviña Moreno. Del Archivo Histórico Pablo L. Martínez ya mencioné a Elizabeth Acosta Mendía, pero asimismo a Luis Domínguez Bareño y su actual director, Alejandro Telechea Cienfuegos. Por supuesto, a mis amigos que ahí trabajan o trabajaron durante el periodo en el cual colaboré como investigador invitado, y a la asistente del director, Angélica Gutiérrez. A la Dra. María Teresa Uriarte, investigadora del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, desde ese lejano norte, por expresar su amor, en el centro del país, hacia los temas norteños.

A los investigadores Linda Fajardo, Yayoi Kawamura, Amalia Ramírez Garayzar, Sandra Ocaña, José Regalado Trota, Carmen Boone y Luis Huidobro, con quienes también he tenido oportunidad de dialogar acerca de objetos y temas específicos.

A mis compañeros estudiantes en el Posgrado en Historia del Arte, de diversas generaciones, con quienes he convivido y quienes siempre me han ofrecido su interés y conocimiento. Especialmente a Amaranta González Hurtado.

A mi familia en México y Baja California Sur, quienes siempre me han apoyado en todas las formas posibles para llevar a cabo trabajo y vida. A mi hija. A mi padre. A mi madre, todos los días.

Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, sin cuyo apoyo hubiera sido imposible dedicar el tiempo necesario para realizar esta investigación, que contó con una beca nacional durante los cuatro años de doctorado y dos de maestría.

A la Universidad Nacional Autónoma de México, institución fundamental para el presente y futuro de México, un espacio de diálogo y conocimiento donde el arte virreinal sigue siendo tema vigente y necesario. También, a las fototecas Constantino Reyes Valerio del INAH y la fototeca de la Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio de la Secretaría de Cultura. A la Casa Provincial de la

Compañía de Jesús en México y su espléndida Biblioteca Eusebio F. Kino. A la Universidad Iberoamericana Ciudad de México, espacio donde igualmente se estudia y entiende la importancia del patrimonio misional, así como la vigencia del pensamiento ignaciano.

Figura 1. Mapa de la península de Baja California. Ubicación de misiones jesuitas (1697-1768), franciscanas (1769-1773) y dominicas (1773-1834). Elaborado por: Abner Abraham Esparza Rosales, 2022.

Introducción

Este trabajo de tesis doctoral surge como consecuencia y continuidad del ensayo de titulación *La experiencia del espacio en San Francisco Xavier Viggé-Biaundó*, realizado para obtener el grado de maestro en historia del arte.[1] Tal ensayo propone abordar nuevas fuentes y elementos de análisis respecto a la arquitectura misional de la Antigua California (fig. 1), enfocándose en una iglesia y conjunto de edificios dentro del actual estado de Baja California Sur, México.

Dicha investigación estuvo acotada, tanto por razones de tiempo como por mi propio interés, a un solo conjunto misional de los múltiples erigidos por los jesuitas en esa región. No obstante, me permitió comprender que si bien cada uno de estos grupos de construcciones (una misión no suele ser un solo edificio sino varios, generalmente interconectados, a los cuales denomino conjuntos) ostenta una "personalidad" propia o por decirlo en términos más precisos, responde a condiciones, contextos así como características sumamente individuales sino es que únicas, ninguno de ellos puede ser entendido como una estructura aislada ni tampoco enteramente autosuficiente.

Más aún, resulta evidente que estudiar la arquitectura de cualquiera de estos conjuntos, sin tomar en cuenta las condiciones materiales, ambientales y sociales en las cuales se desarrolló su fabrica arquitectónica, pero asimismo dentro de las cuales se transformaron, alteraron o incluso destruyeron dichos inmuebles hasta llegar (o no llegar) a nuestros días, nos ofrece respuestas apenas parciales a muchas de las principales preguntas respecto a tales monumentos: ¿Por qué se construyeron? ¿Quién los realizó? ¿Con qué recursos humanos y materiales? ¿A partir de qué modelos, procesos y sistemas? ¿Cuál fue su funcionalidad y uso tanto material como simbólico?

Consciente de que los estudios en historia del arte, como en cualquier otra disciplina que aspira a profundizar dentro de su campo, no pueden ser tan amplios como para abarcar un número demasiado extenso de objetos, pero tampoco tan específicos como para menospreciar similitudes, paralelismos e identidades entre

[1] Leonardo Benjamín Varela Cabral, *La experiencia del espacio en San Francisco Xavier Viggé-Biaundó*, Ensayo académico para optar por el grado de Maestro en Historia del Arte (México: UNAM, 2017), disponible en: https://ru.dgb.unam.mx/handle/DGB_UNAM/TES01000769253

objetos de estudio semejantes, decidí continuar estudiando el conjunto misional de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, como parte de un pequeño grupo conformado en total por cuatro emplazamientos misionales.[2] A mi juicio, estos emplazamientos: Nuestra Señora de Loreto-Conchó, San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, San José de Comondú y Santa Rosalía de Mulegé, constituyen el núcleo material y simbólico del proyecto desarrollado por la Compañía de Jesús en la Antigua California entre 1697 y 1768.

Esta definición de lo que considero el centro desde el cual irradió la evangelización jesuita, dentro del actual estado de Baja California Sur, hacia el resto de las dos Bajas Californias, que colectivamente constituyeron la Antigua California, y posteriormente hacia la Alta California (hoy denominada simplemente California) responde a circunstancias obviamente geográficas pero sobre todo históricas. Las misiones estudiadas fueron parte de las primeras en fundarse y sus fundadores constituyeron la primera generación, así como el grupo principal que dio sustento a la presencia ignaciana en la Antigua California, de la cual se desprendería –luego de la expulsión jesuita– el mencionado proceso de expansión hacia el hoy estado norteamericano de California, con la participación primero de los franciscanos y posteriormente los dominicos.

Describir dichas misiones como un grupo de conjuntos estrechamente emparentado parecería obvio pero desde mi perspectiva constituye un criterio que merece destacarse. Primero, porque prácticamente todos los textos publicados hasta la fecha sobre misiones de la Antigua California se han dedicado o bien a estudiar la totalidad de dichas misiones (las que subsisten, desde luego), a estudiar un emplazamiento en particular o estudiar un grupo de ellas cuyo vínculo puede ser discutible. Ejemplo de lo anterior es cuando por agrupar los principales edificios

[2] En esta tesis utilizo frecuentemente el término *emplazamiento* para referirme a una ubicación o localidad donde estaba o está una misión. Sin embargo, a lo largo del trabajo también distingo entre la sede principal de dicha misión (su *cabecera*, donde residían el o los misioneros) y aquellas sedes digamos alternas, que los misioneros adscritos a una misión tenían bajo su responsabilidad, aparte del emplazamiento o lugar principal, y que eran conocidas como *visitas*, justamente porque el misionero no residía en ellas, sino que las visitaba de manera periódica. Tanto unas como otras se ubican en determinados emplazamientos, así que resulta importante distinguir el carácter netamente geográfico de tal vocablo: *emplazamiento,* frente al empleo más específico y descriptivo, tanto de carácter administrativo como histórico, de los términos: *cabecera* y *visita*.

virreinales de piedra que actualmente se ubican en ese territorio se consideran dentro de una misma categoría aquellos templos construidos por los jesuitas y los que concluyeron o erigieron íntegramente los dominicos, con muchos años de diferencia.[3]

En segundo término, porque aunque la presencia de los jesuitas en la Antigua California solamente abarcó setenta años, estuvo caracterizada por una actividad casi frenética de fundaciones, transformaciones y desplazamientos. Estos cambios, dictados por innumerables contingencias, no siempre son suficientemente considerados al escribir la historia de estas misiones. Lo cual ocurre debido a que los edificios subsistentes no muestran estos cambios de una manera siempre explícita o plenamente identificable, sino que se revelan a través de una mayor exploración o solamente mediante la investigación en fuentes documentales. Por otro lado, las contingencias mencionadas abarcan un abanico muy amplio de causas y momentos, involucrando al menos las siguientes motivaciones: a) climáticas o ambientales, como inundaciones, huracanes y sequías; b) sociales, como cambios demográficos y rebeliones; c) económicas, como la disposición de fondos para construir, renovar o mantener los emplazamientos; y d) políticas, como las oscilantes relaciones que los jesuitas mantuvieron con las fuentes personales e institucionales de poder en la época. De hecho, por supuesto, lo más frecuente es que varias de estas causas concurran en un solo momento y lugar.

En pocas palabras, considero que identificar un centro material y simbólico desde el cual se desarrolló el proyecto de la Compañía de Jesús en la Antigua California no es algo que resulte sencillo ni obvio después de tan numerosas transformaciones, modificaciones y rupturas padecidas por algo que quizá pudo operar como un "plan" o "esquema maestro" desarrollado implícitamente por los fundadores de este proyecto. De tal "plan" los principales indicios que ubico

[3] Esto ocurre en la mayor parte de las publicaciones acerca de edificios misionales en la Baja California, que se enlistan dentro del *Estado de la cuestión*, en este apartado. Evidentemente, es muy válido agrupar los edificios por su geografía o materialidad, pero para mi particular interés resulta imprescindible hacer mayores distinciones y contrastar incluso aquellos edificios que fueron proyectados o iniciados por los jesuitas pero no concluidos por ellos. El motivo no es solo cronológico, sino sobre todo por las diferencias formales que encontramos en los edificios, sin duda producto de contextos y procesos sumamente distintos.

actualmente son los propios edificios, así como la interpretación de los hechos históricos en los cuales éstos se enmarcan. Por ello, más que especular sobre la existencia de tal intencionalidad o "plan", pienso que la constitución del núcleo bajacaliforniano fue resultado de una serie de decisiones acordes con estrategias muy pragmáticas, basadas en un ejercicio constante de prueba y error, que permitieron acumular experiencias y desplegar tal proyecto. Lo anterior, en concordancia con la disciplina y el carácter corporativo de la Compañía de Jesús. Todo ello, puesto en práctica dentro de un contexto y territorio sumamente singulares. Es claro que el tema de un "plan maestro" de expansión jesuita en la Antigua California amerita una investigación específica, la cual sin duda remitiría a una revisión profunda de la correspondencia entre los jesuitas californianos y sus benefactores, junto con otro tipo de documentos. Es un tema que queda pendiente para profundizar, apuntándolo aquí como elemento de reflexión y criterio de agrupación geográfica que a mi juicio queda suficientemente expresado al relatar los procesos de exploración y fundación bajacaliforniana desarrollados durante la primera década del siglo XVIII, lo cual realizo especialmente en el capítulo III del texto.

En todo caso, a mis ojos resulta posible discernir una lógica subyacente bajo la persistencia con la cual los ignacianos buscaron consolidar especialmente los cuatro emplazamientos aquí estudiados como núcleo fundacional peninsular, aunque por lo pronto haya que deducir o inferir esta lógica de la historia de los propios lugares y sus monumentos. Incluso, considerando que dicha lógica se construyó a lo largo del tiempo y de manera empírica, a partir de la poca información con que contaban los ignacianos acerca de la California durante sus primeros años en este lugar, enriquecida conforme iban acumulando cada vez más conocimientos y experiencias. Se trata, por otro lado, de una lógica estratégica, propia de la visión corporativa ya mencionada, con la cual operaron los jesuitas en todo el mundo. Para los jesuitas, extremadamente conscientes de la necesidad de construir redes de comunicación e intercambio, resultaba imprescindible contar con un eje geográfico desde el cual expandirse por esta región y tal eje es, evidentemente, el que

componen las misiones aquí estudiadas.[4] También pienso que la constitución de dicho núcleo centro-peninsular es producto de una lógica simbólica dentro de la cual la preservación de la centralidad de sus primeras fundaciones resultaba esencial para mantener viva la sustancia ideológica de su proyecto, pues en ellas residía la memoria de los misioneros fundadores en la península: Eusebio Francisco Kino, Juan María de Salvatierra, Francisco María Píccolo y Juan de Ugarte.[5]

Es muy importante aclarar que esta investigación doctoral originalmente involucraba tanto los edificios y conjuntos que componen el núcleo centro-peninsular como la cultura material en ellos contenida (pintura, retablos, esculturas, objetos litúrgicos, etcétera). Sin duda, incorporar estos objetos y contextualizarlos en su ubicación dentro de cada edificio y misión permitiría entender los monumentos subsistentes como algo distinto a los meros cascarones o iglesias casi vacías que aparentan ser hoy en día, concibiendo estos templos como lo que realmente eran: ricos teatros de devoción donde se representaban complejas y vistosas celebraciones litúrgicas cargadas de significado y alimentadas por una diversidad de circulaciones en objetos, imágenes, personas e ideas. Lo cierto es que tal abordaje, si bien interesante y posiblemente novedoso, resultó muy ambicioso. Generó una cantidad de información que me pareció necesario parcelar, sin que ello implique desconocer el vínculo intrínseco entre los edificios y la cultura material. Por lo pronto y por motivos estrictamente prácticos, aquí solamente me dedicaré a la arquitectura.

1. Estado de la cuestión

La entrada de los edificios misionales de la Antigua California a los estudios históricos se dio dentro de un plano secundario, como complemento escenográfico del gran teatro evangelizador. Para los primeros interesados modernos en el tema,

[4] No olvido que a la par que se fundaron estas cuatro misiones se fundaron otras más en la misma zona, pero por diversos motivos no prosperaron, se convirtieron en visitas o desaparecieron durante la presencia de los jesuitas o acaso muy poco tiempo después, lo cual a mi juicio implica que no eran tan relevantes simbólicamente y en términos estrictamente materiales (pues solo existen de ellas algunos someros restos) tampoco pudieron acreditar su durabilidad.

[5] En el apartado dedicado a los emplazamientos y sus edificios se desarrolla de manera amplia la biografía de estos personajes y su papel como fundadores de la Antigua California.

como Arthur Walbridge North, en 1908, las misiones valían sobre todo por lo que ahí había ocurrido y especialmente por haber servido como foco para la actividad de personajes legendarios: los misioneros.

Desde este punto de vista: "California era una tierra misteriosa" y la de la península "una romántica historia, la de su madre, la primera California." Sin embargo, este historiador había viajado allá, lo cual le permitió realizar observaciones *in situ*, como que los restos ubicados detrás del templo de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, por sus dimensiones, seguramente correspondían con la primera iglesia, construida bajo la advocación de san Pablo. Asimismo, pudo recoger de la tradición oral local que el templo actual "costó en su momento un millón de pesos, obtenidos de la pesca de perlas."[6]

Posteriormente, en 1938, el reconocido naturalista George E. Lindsay también viajó a la península y aunque no conocemos que haya dejado algún escrito acerca de sus misiones, legó una serie de fotografías que documentan con detalle el estado en que se encontraban algunas de ellas, como el mencionado templo de San Francisco Xavier.[7]

Sería, hasta donde sabemos, Elisa Vargas Lugo la primera historiadora mexicana del arte en tomar en cuenta estos edificios, incluyéndolos dentro de *Las portadas religiosas de México* en el año 1969, mencionando que "El territorio de Baja California apenas se ha estudiado en su aspecto artístico y sólo gracias al informe sobre las Misiones de Baja California publicado en el *Boletín del Instituto de Antropología e Historia* en junio de 1965…", adjudicándoles un "carácter masivo, sólido, primitivo, [lo cual] es un rasgo común en su arquitectura, que se explica fácilmente dada la lejanía de estas tierras, la falta de comunicación cultural con la capital y las necesidades de protección tan urgentes en aquellos lugares alejados de la civilización."[8]

---

[6] Arthur Walbridge North, *The mother of California* (San Francisco: Forgotten Books, 1908) 1, 20-21.
[7] Una parte de ellas pueden consultarse en la fototeca del Archivo Histórico Pablo L. Martínez de Baja California Sur (AHPLM-BCS).
[8] Elisa Vargas Lugo, *Las portadas religiosas de México* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1969) 63-64.

Preocupada por la adscripción estilística de las portadas de los edificios, consideró a Nuestra Señora de Loreto obra del año 1697 (cuando se fundó la misión pero aún no se construía templo alguno), con una composición "típica de las iglesias del siglo XVI y de las portadas de conventos de monjas",[9] a San Ignacio Kadakaamán la calificó como de un estilo "barroco peculiar, casi finisecular, muy plano" y a San Francisco Xavier con una "fachada francamente barroca, a la usanza de cualquier otra parte del país."[10] Resulta evidente que la investigadora no conoció la península y que su trabajo, pionero para el momento de su publicación, estuvo sustentado centralmente en la comparación y el análisis formal a partir de unas cuantas fotografías disponibles, las cuales interpretó de manera muy sugerente.

El documento citado por Vargas Lugo y que le sirvió como fuente de consulta, publicado por el *Boletín del Instituto de Antropología e Historia* en 1965, bajo la autoría de Jorge Gurría Lacroix *et al.,* es considerado por sus autores una nota informativa que registra las observaciones realizadas durante un viaje de trabajo a la península con el objetivo de conocer el estado de las misiones. Ahí se consignan distintas apreciaciones respecto a su arquitectura, como las siguientes:

> Las características generales desde el punto de vista formal son bastante particulares, ya que aunque predominan los elementos decorativos y constructivos de fines del siglo XVII y principios del XVIII, sin embargo también aparecen otros que como el arco conopial, o los remates en forma de pináculo son propiamente anteriores.
>
> Los sistemas constructivos son también variados, empleándose para cubrir los claros, diferentes tipos de bóvedas, de cañón corrido, de pañuelo, de arista, etcétera. La dificultad existente para obtener madera hizo que sólo en contadas ocasiones se tuvieran techos planos.
>
> […]

[9] En este aspecto y otros debemos reconocer gran agudeza en las observaciones de Vargas Lugo, pues efectivamente, considero que la disponibilidad de materiales, las necesidades de adaptación de la arquitectura al entorno bajacaliforniano e incluso algún grado de búsqueda intencionada de austeridad, para el caso del conjunto de Loreto, produjo similitudes con la arquitectura conventual, como expongo en el capítulo que corresponde con dicha misión.

[10] Elisa Vargas Lugo, *Las portadas religiosas de México…* 63-64.

> El carácter primitivo de muchas de estas misiones resulta de la utilización de formas sólidas, sencillas y no claramente determinadas, haciendo ver estas construcciones como bastante más antiguas, lo que constituye parte de su encanto.[11]

Antigüedad y modernidad parecerían ser términos dominantes de una discusión valorativa o al menos descriptiva de la calidad de las construcciones misionales en el virreinato. Lo cierto es que, como se puede observar en documentos de la época,[12] durante el siglo XVIII no se utilizaron estas expresiones sino para referirse a retablos, nunca para los edificios. Como sea, en el año de 1973, Miguel León-Portilla publica un importante manuscrito de la época virreinal que había permanecido inédito: la *Historia natural y crónica de la Antigua California*, redactada por el misionero expulso Miguel del Barco, quien estuvo a cargo de la misión de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó desde 1739 hasta 1768, gestionando la construcción de su último templo. Respecto a ese edificio, León-Portilla da un giro decisivo y favorable en la apreciación de la arquitectura peninsular:

> Quien llega al pequeño y apartado pueblo, antigua cabecera al cuidado de Del Barco, inevitablemente tiene que asombrarse al contemplar, en lugar tan aislado, la extraordinaria edificación en piedra, expresión de un arte barroco de mediados del siglo XVIII que, incluso sería motivo de orgullo en algunas de las ciudades de la región central de México.[13]

En 1984 se publica *La arquitectura misional de Baja California Sur*, de Salvador Hinojosa Oliva[14] y en 1986 *Arquitectura en el desierto: misiones jesuitas en Baja California*, de Marco Díaz.[15] En ambos casos, se trata de amplias y minuciosas

[11] Jorge Gurría Lacroix *et al.,* "Las misiones de Baja California", en *Antropología. Boletín del Instituto de Antropología e Historia,* No. 67 (2002) 52.
[12] Por ejemplo, inventarios misionales, a los cuales se alude o cita en distintas partes de este trabajo.
[13] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California (Adiciones y correcciones a la noticia de Miguel Venegas)*, Edición, estudio preliminar, notas y apéndice de Miguel León-Portilla (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1973 [1773-1780]) xxv-xxvi.
[14] Salvador Hinojosa Oliva, *La arquitectura misional de Baja California Sur* (La Paz: Gobierno del estado de BCS, 1984).
[15] Marco Díaz, *Arquitectura en el desierto: misiones jesuitas en Baja California* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1986).

descripciones arquitectónicas. Como elementos de especial interés, Díaz incorpora un apartado dedicado a materiales y técnicas, mientras que Hinojosa integra levantamientos que son de gran utilidad para el estudio de los edificios. Los dos trabajos dedican su mayor atención a la caracterización estilística y los aspectos formales, sin profundizar en el tema de los materiales y técnicas más allá de una descripción general, que abarca al conjunto de los templos peninsulares.

En 1991, también con un enfoque descriptivo, en este caso orientado a presentar propuestas de conservación y restauración, se publica el trabajo *Misiones en la península de Baja California*, de José Luis Aguilar Marco *et al.,* quienes realizan algunas observaciones respecto al tipo de sillería y los minerales empleados, así como en torno a las posibles etapas constructivas de los edificios. Este texto reitera la muy subjetiva y desfavorable visión que suele imperar en torno a las misiones peninsulares:

> En términos comparativos, los edificios en la península no tienen el mismo nivel arquitectónico y artístico de los levantados en la misma época en el centro del país, pero dadas las condiciones existentes, resultan de gran relevancia, y es admirable el espíritu y determinación de los realizadores de estas obras.[16]

Para 2002 se publica *Fundaciones jesuíticas en Iberoamérica*,[17] donde Clara Bargellini integra al templo de la misión de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó dentro de un panorama global de la arquitectura, considerando la importancia artística del edificio y algunas de las muchas preguntas que surgen acerca de su fábrica, dejando atrás la narrativa imperante acerca del valor esencialmente espiritual o simbólico de los edificios misionales. Para 2008, Bárbara Meyer de Stinglhamber publica, con gran riqueza visual, *Iglesias de la Antigua California.*

[16] José Luis Aguilar Marco *et al., Misiones en la península de Baja California* (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1991) 73.
[17] Luisa Elena Alcalá *et al., Fundaciones jesuíticas en Iberoamérica* (Madrid: Ediciones El Viso, 2002).

Fachadas y retablos del siglo XVIII,[18] que fundamentalmente se ocupa de aspectos estilísticos e iconográficos.

En 2009, Clara Bargellini *et al.* conciben y organizan en la capital del país la exposición *El arte de las misiones del norte de la Nueva España*, donde por primera vez se otorga un protagonismo central a la arquitectura y el arte de estos emplazamientos, haciendo además a un lado las fronteras binacionales que a partir del siglo XIX han propiciado visiones nacionalistas acerca del pasado misional. El catálogo de esta exposición incluye un ensayo de James E. Ivey, titulado "Las misiones como patrocinadoras de la arquitectura", donde se descarta el mito de los edificios misionales como construcciones primitivas levantadas con pura fuerza de voluntad. En cambio, se establece un vínculo directo entre la relativa prosperidad económica de los centros productivos y de intercambio en los que algunas de estas misiones se convirtieron y su riqueza arquitectónica, englobando dentro de una amplia mirada las construcciones de franciscanos y jesuitas en una vasta zona del septentrión novohispano. La principal aportación de Ivey reside en su enfoque crítico:

> La metodología tradicional de la historia del arte, que pone mucha atención en los estilos de las fachadas de las iglesias y en su decoración interior, tiende a olvidar los procesos dinámicos de la planeación y decoración de una misión. Con frecuencia se supone que las estructuras físicas de las iglesias eran en esencia las mismas en todas partes y variaban solo en si el edificio era de una sola nave, de crucero o de tres naves. Este enfoque se basa en la suposición de la historia de la arquitectura es la historia del desarrollo de los estilos artísticos reconocidos. El desarrollo estilístico, sin embargo, es solo una pequeña parte del estudio de la historia arquitectónica, y, a fin de entender el complejo sistema misional y la frontera en expansión de la cual formaban parte, debemos ir más allá de una evaluación estrictamente estilística del arte y la arquitectura de las misiones. Lograr este entendimiento requiere que miremos el proceso de desarrollo de una misión en su conjunto. Las formas más tempranas de las iglesias son tan importantes como el

[18] Bárbara Meyer de Stinglhamber, *Iglesias de la Antigua California. Fachadas y retablos del siglo XVIII* (México: INAH, 2008).

> templo final, permanente, y la historia de cambios constantes constituye una parte significativa de nuestro entendimiento de la evolución de los programas arquitectónicos en el norte de la Nueva España.[19]

Esta perspectiva le permite realizar planteamientos importantes y novedosos en torno al desarrollo de la arquitectura misional, analizando similitudes y diferencias entre los modelos franciscano y jesuita, los procesos de desarrollo y transformación de cada misión, la presencia de maestros albañiles, yeseros y carpinteros, así como la aportación de las poblaciones indígenas, que distaron mucho de ser meras ejecutoras pasivas de los programas importados por los misioneros. Respecto a los proyectos arquitectónicos de las misiones jesuitas, observa:

> A finales del siglo XVII en los límites del norte de Sonora y en Baja California después de 1697, los jesuitas establecieron misiones que siguieron un plano muy similar al de las misiones franciscanas, con edificios alrededor de un espacio rectangular. Por lo general el edificio que servía de iglesia formaba uno de los laterales cortos de esta plaza. Los rastros que perduran de este tipo de misión jesuita pueden verse hoy, por ejemplo, en Nuestra Señora del Pilar y Santiago de Cocóspera en San Ignacio Caborica, en el norte de Sonora, y en San Luis Gonzaga o Santa Rosalía de Mulegé, en Baja California…
>
> […]
>
> Cuando los franciscanos comenzaron su trabajo en la Alta California, en vez de edificar sus nuevas misiones siguiendo el plano de tres patios que estaban utilizando en Texas y Arizona, las trazaron de acuerdo con el mismo plano misional general que habían encontrado en la Baja California jesuita. Tenían habitaciones, depósitos y talleres dispuestos alrededor de una plaza central muy parecida a la del plano de plaza rectangular jesuita, más que a la del plano franciscano utilizado en el resto de la frontera norte, que tenía dos o tres patios.[20]

[19] Clara Bargellini *et al., El arte de las misiones del norte de la Nueva España* (México: Antiguo Colegio de San Ildefonso, 2009) 96.
[20] Clara Bargellini *et al., El arte de las misiones del norte…* 97, 98, 100.

Tales planteamientos no son los primeros que apuntaban a replantear la forma de entender la arquitectura misional en la Antigua California. En 1994, el historiador Harry W. Crosby publicó *Antigua California. Mission and colony on the peninsular frontier, 1697-1768*,[21] seguramente el texto más completo que existe hasta la fecha sobre las misiones bajacalifornianas. Ahí, además de una visión sumamente crítica y detallada acerca de la presencia jesuita en la región, aporta información respecto a algunos de los temas tratados por Ivey. Por ejemplo, Crosby dedica un capítulo, respectivamente, a la historia de la misión de San José de Comondú y otro a la de Loreto. En cada uno de ellos, haciendo acopio de diversas fuentes, logra trazar el desarrollo material y poblacional de esos emplazamientos. Describe asimismo los procesos y etapas constructivas de sus edificios, así como la relación de estas construcciones con la presencia de artesanos especializados y el papel que jugaron los misioneros en su erección.[22] También debe mencionarse que en 2013, el arquitecto Enrique González González publica su tesis de maestría *Arquitectura y urbanismo en la Antigua California (1697-1780)*,[23] donde nos parece que de manera muy acertada, plantea la perspectiva del urbanismo como una dimensión de análisis a considerar para el entendimiento de la arquitectura misional bajacaliforniana.

Retomando la referencia a la obra de Harry W. Crosby, la publicación de distintos textos acerca de las misiones de la Antigua California por parte de autores norteamericanos, que no han sido traducidos al castellano, es un tema interesante, pues plantea importantes cuestiones acerca de la pertenencia del pasado bajacaliforniano a dos tradiciones o si se quiere a dos narrativas nacionales: aquellas que buscan elucidar los orígenes franciscanos de la Alta California estudiando como antecedente las "viejas misiones" de los jesuitas (perspectiva cultivada por los estudiosos angloparlantes) y aquellas otras para las cuales no tienen o no parecen tener ningún interés las evidentes y estrechísimas relaciones entre las misiones franciscanas de la Alta California y las misiones jesuitas y

[21] Harry W. Crosby, *Antigua California. Mission and colony on the peninsular frontier, 1697-1768* (Albuquerque, Nuevo México: University of New Mexico Press, 1994).
[22] Ha sido, pues, una fuente fundamental para este trabajo, en lo que respecta a esas dos misiones, cuya información he buscado enriquecer con mis propias aportaciones y perspectiva analítica.
[23] Enrique González, *Arquitectura y urbanismo en la Antigua California (1697-1780)*, Tesis de Maestría (La Paz: Universidad Autónoma de Baja California Sur, 2013).

dominicas de la Baja California (esta última suele ser una perspectiva dominante entre los historiadores mexicanos). La realidad es que esta distinción entre lenguas y naciones, bastante superflua, forma parte neurálgica de la historiografía acerca de la región y ha limitado el diálogo entre historiadores de uno y otro lado de las fronteras. Por ello, me permito sumar al listado un conjunto de textos poco tomados en cuenta por los historiadores mexicanos, publicados exclusivamente en lengua inglesa, y que nutrieron de manera importante este trabajo:

En 1996, el sacerdote James Donald Francez publica *The Lost Treasures of Baja California*,[24] una obra singular porque surge del conocimiento directo por parte de un misionero comboniano que residió en Baja California desde 1968 hasta 2014, donde registra objetos y lugares de su interés.[25] En 2002 se publica *Las Misiones Antiguas: The Spanish Missions of Baja California. 1683-1855*,[26] de Edward W. Vernon, un libro muy completo en el registro fotográfico y la descripción de edificios tanto jesuitas como dominicos dentro el territorio peninsular, donde además se realizan importantes ejercicios especulativos de reconstrucción para el templo basilical de San José de Comondú, que cito en el apartado correspondiente de este trabajo. *Baja California Missions. In the Footsteps of the Padres*, del fotógrafo David Burckhalter, publicado en 2013,[27] ofrece, con una perspectiva de divulgación, muy buen material visual, planos de los edificios misionales e interesante información de contexto, por ejemplo acerca de las fiestas patronales en las misiones. Me permito añadir, por último, el que considero el trabajo más completo e interesante publicado hasta la fecha acerca de las misiones altocalifornianas, que es *The California Missions. History, Art and Preservation*, publicado por Edna Kimbro, Julia G. Costello y Tevvy Ball, de 2009.[28] Constituye un modelo de publicación donde se

[24] James Donald Francez, *The Lost Treasures of Baja California* (Chula Vista: Black Forrest Press, 1996).
[25] https://www.comboni.org/es/fratelli/106509
[26] Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas: The Spanish Missions of Baja California. 1683-1855* (Santa Bárbara: Viejo Press, 2002).
[27] David Burckhalter, *Baja California Missions. In the Footsteps of the Padres* (Tucson: University of Arizona Press, 2003).
[28] Edna Kimbro, Julia G. Costello y Tevvy Ball, *The California Missions. History, Art and Preservation* (Los Ángeles: Getty Conservation Institute, 2009).

integran múltiples aspectos históricos y descriptivos, con excelentes ilustraciones, además de que incorpora el tema de la preservación tanto de los edificios como de los objetos y del legado misional californiano en su conjunto. Si bien no trata acerca de la Antigua California, establece una suerte de paradigma respecto al tipo de libro de fácil lectura pero también sólida investigación que podría realizarse respecto al patrimonio misional peninsular.

Considero que, con todo y su aparente abundancia, las publicaciones arriba mencionadas son escasas frente a un patrimonio tan interesante, valioso y todavía relativamente poco investigado a profundidad, como son las misiones bajacalifornianas. Tanto debido a la inquietud por generar nuevos conocimientos en torno a tales edificios como por la apremiante necesidad de ponerlos en valor y conservarlos, es de esperar que en próximos años las instituciones y los investigadores dediquen mayor atención a los monumentos arquitectónicos y objetos de todo tipo que, con el esfuerzo de las comunidades en que se ubican estos emplazamientos, se custodian dentro de los recintos misionales o en sus inmediaciones. No es posible dejar de reconocer, en este sentido, el esfuerzo que realizan, en condiciones siempre complicadas, distintas instancias de los gobiernos federal, estatales y municipales, para conservar y poner en valor este patrimonio. Por supuesto, el presente trabajo se propone contribuir a dicha puesta en valor, bajo la premisa de que solo se aprecia aquello que se conoce.

2. Marco teórico

Resulta un tanto paradójico hablar acerca del núcleo o centro de la Antigua California cuando precisamente este trabajo se plantea desde un cuestionamiento a las categorías del “centro” y la “periferia.” Sin embargo, cabe aclarar (y lo desarrollaré en alguna medida a lo largo del trabajo) que mi concepción de un “centro” del sistema misional en esta región se basa justamente en tratar de comprender la original paradoja desarrollada por los jesuitas: constituir un espacio aparentemente marginal o periférico del virreinato novohispano, cual fue la Antigua California, como parte toral de su proyecto de expansión transpacífica e incluso

universal. Este es tema que, por sí mismo, amerita plena discusión y al cual trato de aportar, aunque no constituye la inquietud medular de esta investigación.

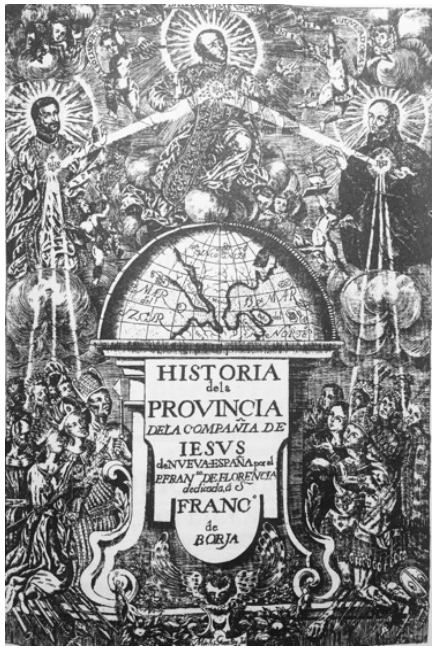


Figura 2. Miguel Guerrero, S.J. (dibujó y grabó). Frontispicio de la *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús en la Nueva España,* escrita por el padre Francisco de Florencia[29] y publicada en la ciudad de México, en la imprenta de Iván Joseph Guillena Carrascoso, en 1694. Grabado sobre metal.

Por ejemplo, el famoso grabado que conforma el frontispicio del libro del intelectual jesuita Francisco de Florencia, *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de la Nueva España*[30] (fig. 2), coloca en el centro de la imagen una representación del territorio de la Nueva España donde la península de Baja California aparece notablemente agrandada, como si deseara ostentarse en tanto componente

[29] La inscripción en la filacteria sostenida por los ángeles sobre la cabeza de Ignacio repite los versos del Salmo 113: *A SOLIS ORTU USQUE AD OCCASUM LAUDABILE NOMEN DOMINI…* es decir: "Desde la salida del sol hasta su ocaso sea alabado el nombre del Señor." Lo anterior implica que gracias a la Compañía de Jesús el nombre de Dios era alabado desde Oriente hasta Occidente.

[30] (San Agustín, Florida,1619-México, 1695). Algunas de sus obras como predicador, historiador y biógrafo son: *Menologio de los varones más señalados en perfección religiosa de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*; *La estrella del Norte de México, aparecida al rayar el día de la luz evangélica en este Nuevo Mundo, para luz en la fe a los Indios: en la historia de la milagrosa imagen de N. Señora de Guadalupe de México; La Casa peregrina, solar ilustre, en que nació la Reyna de los Ángeles; albergue soberano, en que se hospedó el Rey Eterno hecho Hombre en tiempo [...] oy de Loreto;* y *Zodiaco mariano en que el Sol de Justicia Christo con la salud en las alas visita como Signos y Casas proprias para beneficio de los hombres los templos y lugares dedicados á los cultos de su SS. Madre, por medio de las más célebres y Milagrosas Imágenes de la misma Señora, que se veneran en esta América Septentrionale, y Reynos de la Nueva España.*

esencial de la demarcación geográfica a la cual alude el texto. Aunque por las fechas cuando Florencia dio a la imprenta este escrito apenas iniciaba la evangelización jesuita en la Antigua California, el autor indudablemente estaba al tanto de la importancia geopolítica del enclave como puente entre Asia y América, constituyendo un enlace con el comercio transpacífico. Aparte, conocía a los padres Eusebio Francisco Kino y Juan María de Salvatierra, con quienes compartió intereses y devociones. Resulta natural, por tanto, suponer que coincidiría con ellos en la obsesión por conquistar California, convirtiéndola en pieza central del rompecabezas corporativo ignaciano.

En todo caso, nos parece que el entendimiento de las circunstancias dentro de las cuales se desarrolló la empresa jesuita en la Antigua California induce necesariamente a cuestionar la idea de que el septentrión novohispano y específicamente esta región, representaban una zona liminar, de poca importancia para el gobierno y la sociedad de su época. Por el contrario, a la luz de los testimonios históricos resulta claro que la sociedad novohispana del siglo XVIII constituía una densa trama de relaciones de intercambio comercial, cultural y de todo tipo, que solo puede comprenderse desde una óptica que ponga en primer plano la circulación mundial de objetos, ideas y personas. Esta circulación tuvo un eje fundamental en el comercio transpacifico, que a su vez colocó a la California como un punto estratégico, sino es que central.[31] Este razonamiento, que se inscribe en los estudios fomentados por la Historia Global del Arte, según la formulación de Thomas DaCosta Kaufmann, Catherine Dossin y Béatrice Joyeux-Prunel, no puede dejarse de lado al hablar de la Antigua California.

> Abogamos por una aproximación a la historia trasnacional, globalizada, a través del estudio de las circulaciones desde una perspectiva histórica materialista por varias razones. En primer lugar, pues consideramos que las condiciones materiales de los encuentros e intercambios proveen un fundamento sólido para indagaciones interpretativas críticas y teoréticas. Por “condiciones materiales” nos referimos no

[31] En tanto que, como sabemos, la nao de Filipinas no podía realizar el viaje de regreso a América sin hacer escala en California, situación de importancia esencial y además posición geopolítica de indudable centralidad.

> solo a la materialidad del objeto y la imagen, sino también las diversas formas de circulación. En segundo término, porque aproximarse desde la comprensión de las circulaciones resulta ser para nosotros la única vía que ha logrado tomar en cuenta a los "otros" sin recluirlos dentro de la noción de alteridad o exiliándolos hacia lo periférico. Atender la constante operación de circulaciones indica que lo usualmente designado "culturas" en efecto es resultado de una incesante transformación y adaptación de ideas, incluyendo la recepción de objetos o imágenes originados dondequiera. Este "dondequiera" puede involucrar lugares que un punto de vista regido por el paradigma de las relaciones centro-periferia considera "periféricas." Así, solo una comprensión de la historia como producto de continuas circulaciones de materiales, personas e ideas puede escapar de la hipóstasis de entidades culturales tales como "Occidental y no Occidental," derivadas de definiciones esencialistas concebidas a priori, que asimismo llevan agua al molino de intereses politizados, quizás ni siquiera articulados conscientemente.[32]

En pocas regiones del territorio novohispano como el noroeste y la Antigua California la comprensión de su historia ha estado tan condicionada por el paradigma centro-periferia, así que parece más que necesario, realmente indispensable, desarrollar una aproximación crítica a dicha historia desde una perspectiva que cuestione tales categorías. Por otra parte, es un hecho que la historia de las misiones jesuitas en el septentrión novohispano ha sido escrita en mayor medida por los propios integrantes de la Compañía de Jesús o sus epígonos, lo cual ha producido un discurso que suele asumir posturas esencialistas a priori, con una clara articulación propagandística. De tal manera, parece natural que se narre esta historia como una epopeya espiritual, dejando en segundo plano muchas consideraciones importantes, entre ellas las que aquí nos interesan: aquellas que atañen a la materialidad de los objetos producidos durante dicho periodo y su circulación (o la circulación de sus modelos formales y materiales, las ideas y personas que los produjeron).

[32] Thomas DaCosta Kaufman, Catherine Dossin y Beatrice Joyeux Prunel, *Circulations in the global history of art* (London-Burlington: Ashgate Press, 2015) 1-2.

Otro aspecto a resaltar de nuestro apego hacia postulados teóricos desarrollados por DaCosta Kaufmann *et al.* es el rechazo a considerar las relaciones entre los distintos grupos humanos que participaron en la construcción y desarrollo de las misiones jesuitas de la Antigua California desde una visión únicamente política, como si dicho enfoque agotara las múltiples dimensiones del contacto entre misioneros y habitantes originarios de la península, pero también con una diversidad de grupos humanos poco considerados por la historiografía tradicional, como indígenas provenientes de otras regiones del virreinato, filipinos llegados vía la nao de Manila, marineros, artesanos, mineros, soldados, buceadores de perlas, etcétera, con distintas nacionalidades, intereses y niveles de participación.[33] No podemos sino suscribir lo que al respecto se afirma desde la Historia Global del Arte, citando a Suzanne Marchand:

> A diferencia de muchos comentaristas recientes del imperialismo europeo, no pienso que todo conocimiento, orientalista o de cualquier otra clase, inevitablemente contribuyó a la construcción de imperios, o incluso la defensa de puntos de vista eurocéntricos. En general, encuentro presuntuosa sino condescendiente la concepción, tan común desde este tipo de interpretaciones acerca de la historia cultural, de que toda forma de conocimiento es poder, especialmente la forma prevaleciente de entender esta formulación, sugiriendo que el poder es algo siniestro y opresivo, ejercitado contra o por encima de los demás. Por supuesto, el conocimiento puede utilizarse en ese sentido, pero también, en tanto entendimiento, puede conducir al aprecio, el diálogo, la autocrítica, la reorientación perspectiva y un enriquecimiento tanto personal como cultural.[34]

[33] Por ejemplo, cuando se habla de una "ocupación misionera" de la Antigua California, considero necesario matizar dicha afirmación, reconociendo que los misioneros no fueron los únicos no nativos que coincidieron en dicho espacio a partir de finales del siglo XVII, ni mucho menos lograron realmente ocupar en modo alguno territorio tan vasto sino de manera simbólica. La desaparición posterior de los grupos nativos o su dramática reducción poblacional y disolución dentro de las nuevas poblaciones, así como la supervivencia de muchas prácticas introducidas por los misioneros hasta el día de hoy seguramente tienen explicaciones más complejas y de largo alcance que una mera pugna por el poder entre nativos y misioneros, desarrollada en el brevísimo lapso de setenta años.

[34] Thomas DaCosta Kaufman, Catherine Dossin and Beatrice Joyeux Prunel, *Circulations in the global history of art…* 38.

No obstante, me parece que por más sugestivos e interesantes que sean los planteamientos de DaCosta Kaufman *et al.,* este trabajo, nutriéndose en buena medida de ellos, se articula y entiende mejor como un ensayo de microhistoria, donde se aplica una mirada amplificadora y detallada sobre un relativamente pequeño espacio geográfico "marginal". El concepto de microhistoria surge a partir de una larga tradición dentro del estudio especializado acerca de lugares o regiones muy específicos del orbe, como por ejemplo el entorno analizado por Fernand Braudel dentro de los dos tomos de su señero trabajo *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*.[35] Tal obra refleja un enfoque radicalmente distinto al empleado por los historiadores del siglo XIX y pone en práctica postulados teóricos derivados de la llamada *escuela* de los Annales,[36] corriente historiográfica fundada por Lucien Febvre y Marc Bloch en 1929, que incorpora el estudio de aspectos tan diversos y complementarios como la economía, la sociedad, la psicología, la demografía e incluso las mentalidades, en tanto elementos susceptibles de incidir dentro de los sucesos históricos, constituyéndose por tanto en claves interpretativas para su mejor entendimiento.

Propiamente, la microhistoria encuentra terreno fértil dentro de nuestro país a partir de la obra del reconocido historiador michoacano Luis González y González, autor de *Pueblo en vilo,*[37] obra que en muchos sentidos establece condiciones metodológicas para este tipo de aproximaciones. Tal metodología induce a poner entre paréntesis los "grandes acontecimientos" históricos, tales como sucesos o hechos de los caudillos o líderes políticos, poniendo mayor atención en procesos colectivos y expresiones sociales que a lo largo del tiempo van configurando determinadas características de ciertas poblaciones, acentuadamente aquellas de la llamada "provincia", que a los ojos del microhistoriador constituyen motivo para entender a nuestro país (o al virreinato, si fuera el caso) como un espacio mucho más plural y diverso de lo que suele pensarse, lejos de las concepciones centralistas

[35] Fernand Braudel, *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (México: Fondo de Cultura Económica, 1976).
[36] Carlos Antonio Aguirre Rojas, *La escuela de los Annales. Ayer, hoy, mañana* (Rosario: Prohistoria Ediciones, 2006).
[37] Luis González y González, *Pueblo en vilo: microhistoria de San José de Gracia* (México: El Colegio de México, 1979).

que tienden a homogeneizar y/o generalizar ciertas "leyes" y "tendencias" históricas como si aplicaran de forma homogénea y uniforme a lo largo de una variedad de territorios geográficos y entornos humanos. Al mismo tiempo, en palabras de Patricia Arias, la postura de González llama a:

> dejar de insistir en particularidades y minucias a las que eran tan aficionados los que practicaban la historia pueblerina, personas bienintencionadas, ante todo, pero escasamente formadas en el oficio de historiar y motivadas, muchas veces, por incorporar, a como diera lugar, a su patria chica en el escenario de la gran historia nacional, más que por descubrir la especificidad del terruño, la peculiaridad de sus pobladores.[38]

El propio autor de *Pueblo en vilo* define críticamente las particularidades y los riesgos de su apuesta en los siguientes términos:

> La microhistoria reconoce un espacio, un tiempo, una sociedad y un conjunto de acciones que le pertenecen. En la historia crítica lo básico es el tiempo, la oposición entre una época y otras. En la historia local lo importante es el espacio.
>
> En términos generales, el ámbito microhistórico es el terruño: lo que vemos de una sola mirada o lo que no se extiende más allá de nuestro horizonte sensible. Es casi siempre la pequeña región nativa que nos da el ser en contraposición a la patria donadora de poder y honra. Es la tierruca por la cual los hombres están dispuestos a hacer lo que no hacen sin compulsión por la patria: arriesgarse, sufrir y derramar sangre. Es la matria que las más de las veces posee fronteras naturales, pero nunca deja de tener fronteras sentimentales. Puede ser un pequeño cuerpo político perfectamente delimitado por accidentes naturales; pero también es posible que sea una multitud de islotes familiares muy alejados entre sí…
>
> La unidad social actuante en la historia local la constituye generalmente un puñado de hombres que se conocen entre sí, cuyas relaciones son concretas y únicas. El actor colectivo es la tribu entendida en sentido lato. El actor individual es el hombre poco importante o del todo insignificante a escala nacional o internacional.

[38] Patricia Arias, "Microhistoria e historia regional", *Desacatos* No. 21, mayo-agosto de 2006, 177-186.

El innovador o inventor desconocido más allá de su terruño, el héroe de alguna emboscada, el bandido generoso, el bravucón, el mártir olvidado por la curia romana, el deportista que no aparece en los fastos del deporte, el mentiroso del pueblo, el cacique, el cura, el alcalde, el benefactor que regala una de las bancas del templo o del jardín, el curandero, el brujo, la comadrona, el comisario ejidal y otras cabezas de ratón.

¿Cuáles son los hechos historiables y cuáles los inhistoriables para el microhistoriador? Los historiadores locales parecen pecar por exceso. Llenan sus libros con demasiados triques. La especie microhistórica es muchas veces todista porque el espíritu anticuario rara vez distingue entre lo importante y lo insignificante, entre lo que influye, trasciende o tipifica y lo que es mera cháchara. Las microhistorias muy a menudo son acumulaciones de todos los vestigios del terruño, movidas por el afán de ver a los ancestros en toda su redondez. Son muy raras las historias locales sin polvo y paja. Lo común es que descubran las raíces con la costra del suelo donde estaban inmersas, sin limpiarlas de lo que traen pegado. Esto no se contradice con el hecho de que la microhistoria busque sobre todo lo cotidiano, lo que sin duda pareció natural e irrelevante en su época.

La microhistoria no puede evitar ser un poco geografía y un poco biología; le da cabida a hechos del mundo histórico natural. Será porque los pueblerinos, al decir del maestro José Miranda, se integran profundamente con la tierra y de dicha integración derivan su personalidad y función. Por lo que sea, la microhistoria rara vez prescinde de dar noticia del relieve, clima, suelo, agua, flora, fauna, sismos, inundaciones, sequías, endemias, epidemias y otros temas de la misma índole. También es frecuente en nuestros días que por contagio de las ciencias antropológicas, se traten aspectos raciales: índices encefálicos, tipos sanguíneos, color de piel y cosas por el estilo.

Por lo demás, la historia local no es insensible a la moda de los temas culturales. Por muchos años, como a sus hermanas, le obsesionó el poder y la política. En otros momentos tuvo especial predilección por las batallas y los soldados. Como las sociedades modernas son esencialmente económicas, hoy la preferencia la tiene el tema económico. Algunos historiadores locales admiten ya la primacía de lo económico. También obsesionan hoy las relaciones familiares. Todos sin menoscabo de los asuntos de siempre, del religioso por ejemplo. En la

> microhistoria siguen ocupando un sitio prominente creencias, ideas, devociones, sentimientos y conductas religiosas. Lo mismo cabe decir del ocio y la fiesta.[39]

Sobra, por mi parte, abundar acerca de la cantidad de objetos, situaciones o personajes que una microhistoria acerca del núcleo de la Antigua California podría contener. Vale la pena, en cambio, acotar y reafirmar mi intención de que este trabajo provea elementos suficientes para contar con un panorama microhistórico acerca de su arquitectura, durante un periodo y en una geografía sumamente delimitados por la presencia jesuita. También, hacer votos por haber logrado separar el grano y la paja en la búsqueda de un relato cuyo interés trascienda más allá de dichos límites geográficos y cronológicos. Queda claro, en todo caso, a partir de lo comentado en otras partes de esta introducción, que la naturaleza misma de la Compañía de Jesús y su quehacer corporativo vuelve de trascendencia y amplio alcance incluso aquello aparentemente acontecido fuera de los márgenes de cualquier "gran relato" histórico. El de la Antigua California es, por éste y múltiples otros motivos, un pequeño gran relato o una potencial microhistoria de interés muy amplio, acerca de la arquitectura, el arte y muchas otras cosas.

3. Metodología

En virtud de que me he planteado estudiar la arquitectura de las misiones de la Antigua California desde un punto de vista interdisciplinario y al mismo tiempo en busca de captar los mayores detalles posibles, en este trabajo he acudido a la mayor diversidad de fuentes tanto primarias como secundarias a mi alcance, ampliando el espectro de mi búsqueda fuera del ámbito de lo nacional, asumiendo que una de las limitaciones para el estudio de esta región, como ya mencioné, es la delimitación de dos espacios geopolíticos totalmente ajenos a la época del objeto de estudio, pero que circunscriben o mejor dicho dividen actualmente en dos naciones y tres estados un territorio cultural e histórico común, constituido por las Californias (fig. 3).

[39] Luis González y González, "Hacia una teoría de la microhistoria", *Revista Relaciones*, COLMICH, No. 57, 1994, 9-22.

Figura 3. Las Californias (Alta California, hoy estado de California) y Antigua California (hoy estados de Baja California y Baja California Sur). Elaborado por: Erika Jazmín Uribe Hernández, 2022.

Ello implica la consulta y el acceso a repositorios ubicados en el norte de México, así como el sur de los Estados Unidos, donde como ya también mencioné, numerosos investigadores norteamericanos han realizado durante el siglo XX una importante investigación y documentación en torno a los edificios misionales bajacalifornianos, constituyendo fondos, acervos y publicaciones que han recibido una atención limitada por parte de los investigadores de nuestro país. Asimismo, sobre todo en el Archivo Histórico Pablo L. Martínez de Baja California Sur (AHPLM-BCS), he encontrado documentos de interés, algunos de ellos inéditos,[40] que amplían el conocimiento actual respecto a las circunstancias de la evangelización peninsular.

También, he desarrollado el análisis de una diversidad de fuentes primarias y secundarias que no atañen directamente al arte o la arquitectura misional, pero remiten a procesos y actores involucrados en su desarrollo, como son documentos alusivos al comercio transpacífico, inventarios misionales, cartas e informes

[40]Como es el caso de dos inventarios que registran la entrega de otras tantas misiones jesuitas a los administradores temporales de esos emplazamientos a fines de 1767 y principios de 1768, que se incluyen en los anexos de este trabajo. Se trata, hasta donde sé, de los únicos documentos que existen de este tipo para esas fechas e inducen a pensar que en algún momento todos los inventarios elaborados entonces se encontraban resguardados en el estado de Baja California Sur, donde seguramente se deterioró y destruyó la mayor parte de ellos.

elaborados por misioneros y superiores jesuitas, sermones y panegíricos dedicados a benefactores de los ignacianos, cartas elaboradas por algunos de estos mismos benefactores, así como documentos y publicaciones realizados en el ámbito de la Compañía de Jesús, tanto dentro de su Provincia Mexicana como en otros espacios, que reflejan aspectos de la actividad misional bajacaliforniana.

Desde luego, el análisis de los propios monumentos arquitectónicos ha constituido un elemento central para entender los procesos de fabricación del arte en el ámbito de mi interés. Si bien he dedicado buena parte del esfuerzo al análisis de las características de tales monumentos, a través de su observación y la revisión crítica de planos y fotografías, tomando en cuenta la relación con monumentos similares producidos en distintas zonas del septentrión novohispano, el centro de la Nueva España o Europa, deliberadamente he tomado distancia frente a la caracterización estilística en el sentido de una serie de fórmulas que reducen las descripciones tipológicas o formales a la imposición de adjetivos tales como "manierista", "barroco" o "neoclásico." Estoy conscientes de que estas categorías forman parte de la discusión acerca de los edificios que me interesan; sin embargo, considero tales categorías propias de una forma de hacer historia del arte que resulta cada vez menos esclarecedora.

En todo caso, cuando he utilizado alguno de esos términos o retomado su utilización por parte de alguna fuente secundaria (en la época misional nunca se utilizaron), procuro explicitar lo que pretenden significar dentro de un contexto específico y de ninguna manera lo aplico como si fueran una cualidad inherente al objeto, como sí son los materiales y técnicas utilizados para su fabricación, aspectos que en la medida de mis posibilidades se abordan en este trabajo.

Como sea, he buscado desarrollar una metodología que involucra, hasta donde me resulta posible, la materialidad de los edificios en tanto documentos cuya historia implícita parece necesario considerar a la par que se interroga y profundiza en el conocimiento de las fuentes escritas para el estudio de su devenir, tomando en cuanto tanto aquellas fuentes sumamente conocidas (no por ello necesariamente agotadas en su posibilidad de responder a nuevas preguntas o ser interrogadas con

un mayor énfasis crítico) como las publicaciones o documentos de más reciente aparición y aquellas inéditas o relativamente desconocidas que he podido localizar.

En suma, esta indagación acerca del núcleo de la Antigua California procede mediante la descripción crítica y analítica de los edificios y procesos históricos en los cuales se vio envuelta su fabricación y uso, incorporando todo tipo de criterios y categorías de análisis; tanto cualitativas (por ejemplo, la funcionalidad de los edificios) como cuantitativas (la cantidad de personas que se verían involucrados en su fabricación, los recursos requeridos para estas fábricas), buscando en todo momento acceder a una apreciación materialista (en el sentido de su valoración concreta) como también social (en el sentido de las relaciones dentro de las cuales se insertaron tales edificios) y simbólica (en el sentido de su capacidad para producir significado dentro de un contexto específico).

En cierto modo, como ya dije, este trabajo conforma un ensayo de microhistoria que se refiere a una región muy específica dentro de una península ubicada en el noroeste novohispano durante un momento determinado de su devenir. Sin embargo, al mismo tiempo, como ya también dije, pretende dialogar con otros trabajos fuera del ámbito de lo regional y los regionalismos, para captar una realidad más compleja y rica que la registrada por la historiografía tradicional. En estas aproximaciones tradicionales, a mi juicio, la Antigua California aparece apenas como un apéndice en los libros de historia y de historia del arte, aislada (a veces románticamente aislada, pero aún así equívocamente insular) y con escasos vínculos respecto a lo que ocurría en el resto del mundo.

Describiendo en sus particularidades materiales, históricas y simbólicas estos cuatro conjuntos misionales creo que es posible aportar una visión más precisa y generosa de su carácter, contexto y circunstancias, lo cual posiblemente contribuya a desmontar la idea de que la Antigua California fue una región de importancia menor para la historia de la Nueva España, especialmente en lo que a la arquitectura se refiere. Pues, si bien he creído identificar ciertas posibles relaciones de influencia a partir de la arquitectura realizada desde las ciudades novohispanas, también me parece que he argumentado a favor de la particularidad de estos edificios peninsulares, o incluso respecto a su carácter relevante para el

entendimiento de un panorama de la arquitectura virreinal que incorpora la consideración de las “fronteras”, la “periferia” o como quiera que se denomine al septentrión bajacaliforniano, como un sitio dentro del cual se emprendieron grandes proyectos, realizaron importantes aportaciones y adaptaciones por parte de los jesuitas. Estos procesos, aquí explorados, no solo dejarían huella dentro de la propia península, sino también (como señalan varios investigadores citados a lo largo de este trabajo) en la arquitectura misional de la Alta California.

4. Contenido

El primer capítulo de este trabajo está dedicado a delimitar el contexto natural e histórico dentro del cual se fundaron y desarrollaron las cuatro misiones que me interesan. Por tanto, es un apartado donde expongo las razones tanto geográficas y ambientales como sociales que a mi juicio fundamentan la consideración de tales misiones como núcleo de la presencia jesuita en la Antigua California. Su título es *El núcleo de la Antigua California*, pues desarrollo una propuesta descriptiva acerca de esta región, ubicada en el centro de la península bajacaliforniana, cuyas características particulares la convirtieron en lugar propicio desde el cual iniciar la evangelización jesuita (1697-1768), sirviendo como punto de partida, posteriormente, para la expansión de los franciscanos hacia la Alta California (1769-1773).

Considero que la elección tanto del primer puerto fundacional, es decir Loreto, como de la pequeña red que se conformaría en torno a él, se llevó a cabo a partir de una serie de ensayos de prueba-error, desde la ponderación de las ventajas que comportaba la disponibilidad de recursos, pero también el contacto con grupos humanos cuya conducta hacia los misioneros llevó a éstos a pensar que se trataba de poblaciones con las cuales sería posible interactuar. Los misioneros desarrollaron durante los primeros años de su presencia californiana un proceso de exploración muy intensivo que aparentemente confirmó estas impresiones y los condujo a determinar de manera irrevocable el rumbo que seguiría la fundación de nuevos emplazamientos. No consideré prudente insistir en este apartado acerca del proceso histórico de exploración y fundación de cada una de las misiones, porque

precisamente es tema que se describe a detalle en el capítulo tercero, donde estos aspectos forman parte central del análisis. Aún así, es evidente que este primer capítulo entra en relación con los hechos históricos particulares que dieron origen a cada una de las misiones. La conformación detallada de tales misiones, como ya digo, es un aspecto abordado en el tercer capítulo, pero desde luego resulta inseparable del proceso de exploración y asentamiento dentro del entorno centro-peninsular, que aquí se describe en términos generales.

Tampoco consideré necesario contrastar la descripción del entorno natural y geográfico recabado en fuentes contemporáneas a nuestra época con las descripciones (en el fondo sumamente coincidentes) realizadas por los propios misioneros acerca del clima, la naturaleza, la flora o la fauna. Pienso que es suficiente el material que se cita en diversos apartados de este trabajo donde los misioneros expresan su percepción acerca del paisaje y la naturaleza que rodeó la fundación de sus emplazamientos. Por otro lado, es importante tomar en cuenta que cuando los jesuitas escriben de manera específica respecto al entorno natural californiano suelen dirigirse a un público interesado por conocer de manera panorámica y general todo el territorio peninsular, en lugar de cuestiones específicas relativas a su zona central, que es la que me interesa resaltar.

Concluyo este apartado hablando de tres factores históricos y sociales que determinaron la fundación de las misiones en el núcleo bajacaliforniano: las características de su población nativa, los procesos de exploración desarrollados a partir del siglo XVI y la relación de dichos procesos, así como la subsecuente fundación de misiones, con intereses políticos, económicos y devocionales compartidos entre los exploradores o misioneros y sus benefactores tanto europeos como novohispanos.

El segundo capítulo se dedica a explorar aspectos generales acerca de la arquitectura misional jesuita en toda la Antigua California, tales como el urbanismo, los materiales y técnicas utilizados, aspectos formales, la identidad y participación de los constructores. Se trata de temas que han sido abordados por otros trabajos, como ya señalé en el apartado donde analizo el estado de la cuestión, pero que a mi juicio ameritan profundizarse, ampliarse e incluso, a veces, someter a una

rigurosa crítica de fuentes. Por ejemplo, cuando se habla en general acerca de materiales y técnicas constructivas sin detallar las profundas diferencias y peculiaridades de los edificios levantados en madera, adobe, piedra o una mezcla de tales materiales y técnicas. O también, cuando se omite discutir datos consignados en fuentes primarias y secundarias respecto al protagonismo del misionero como constructor, es decir arquitecto, tanto de edificios muy sencillos como de los más elaborados. Pues esta información acerca de las habilidades de los misioneros, desde mi punto de vista, no es del todo verídica y en no pocos casos resulta francamente inverosímil, especialmente cuando la complementamos con información acerca del papel jugado por artesanos y maestros especializados en el arte de la construcción dentro de la Antigua California. Afortunadamente, este tema se ha beneficiado mucho de investigaciones realizadas recientemente, entre otros, por diversos estudiosos norteamericanos cuya obra apenas se ha comentado en nuestro país y que aquí traté de retomar, poniéndola en relación con mis propias pesquisas e hipótesis.

Como ya mencioné, considero de importancia llamar la atención hacia el análisis del urbanismo en las misiones peninsulares, entendiendo que los edificios actualmente existentes solo representan una pequeña parte del entorno arquitectónico habido durante la presencia jesuita. En ese sentido, de acuerdo con diferentes fuentes tanto visuales como escritas consultadas, así como la revisión de vestigios que suelen rodear los templos actuales, parece posible argumentar que muchas de estas misiones, incluyendo las aquí estudiadas, constituyeron verdaderos poblados con una traza y disposición que puede considerarse mucho más organizada, funcional y compleja de lo que suele pensarse.

En el tercer capítulo analizo específicamente y desde una perspectiva interdisciplinaria la arquitectura de las misiones de Nuestra Señora de Loreto-Conchó, San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, San José de Comondú y Santa Rosalía de Mulegé. Como ya he dicho, me interesan los edificios como objetos de estudio pero sobre todo en calidad de hilos de una trama material y simbólica, revelando una historia profunda donde se enlazan las condiciones de su producción y del mismo modo factores humanos, relaciones sociales, modelos e ideas que

gravitaron en torno a procesos productivos, orientando su realización concreta. Además, considero elemento importante para este análisis la toma de conciencia respecto a que los edificios analizados son objetos dinámicos en el sentido de que han sufrido y siguen sufriendo transformaciones incluso después de la partida de los jesuitas y hasta nuestros días. Por ello, asumiendo la existencia de múltiples capas de materialidad y niveles de significado, a la par que exploro las cualidades de las construcciones me he dado a la tarea de interpretar sus aspectos menos tangibles, como son vínculos con el imaginario de misioneros, benefactores y demás actores involucrados. En este apartado, sin duda, es donde me parece que el trabajo adquiere o pretende adquirir la cualidad de un ensayo de microhistoria, abordando las múltiples causas y consecuencias del devenir no solo de estas construcciones sino también del entorno natural y humano que las hizo posibles, les dio forma y en algunas ocasiones terminó deteriorándolas o consagrándolas para la posteridad.

En ocasiones acudo a la comparación con otros edificios erigidos por la propia Compañía de Jesús en la Nueva España. Ello me sirve como referencia para entender una actividad corporativa, sin impedir, por otra parte, distinguir contextos específicos y entornos tanto materiales como simbólicos muy singulares, que justifican diferenciar la arquitectura misional bajacaliforniana de la del resto del virreinato. A mi juicio, y esto también debe considerarse parte de la hipótesis central de este trabajo, tales circunstancias particulares son determinantes para la peculiaridad de los edificios estudiados frente a otros conjuntos novohispanos e incluso para caracterizar sus diferencias dentro del propio núcleo californiano. Pues lo cierto es que no hay dos templos misionales en la Baja California que sean ni remotamente similares. Por el contrario, llaman mucho la atención sus grandes diferencias. Y tampoco es posible afirmar que ninguna iglesia bajacaliforniana o sus anexos sean una simple copia de cualquier modelo de edificación preexistente en el resto de México o, si se quiere, la Nueva España.

Por último, en el apartado dedicado a *Conclusiones*, sintetizo las aportaciones que considero este trabajo puede realizar al entendimiento de la historia arquitectónica y artística misional en la Antigua California, dentro de tres ámbitos:

El primero de ellos es la caracterización de la región central de la península de Baja California, concretamente el área comprendida por la actual población de Loreto y la región serrana de La Giganta y Guadalupe, como un espacio geográfico y simbólico donde los jesuitas encontraron durante la primera década del siglo XVIII condiciones materiales y humanas para iniciar este proceso evangelizador.

El segundo, la descripción histórica, material y simbólica de los principales edificios que subsisten o algún día existieron en los cuatro emplazamientos analizados, desde una óptica que los vincula con muchas otras construcciones hoy desaparecidas y no pocas de ellas incluso con un carácter realmente efímero, junto con las cuales configuraron un entorno material, social y cultural complejo, que se desarrolló a lo largo de distintas etapas cronológicas y campañas constructivas. En este aspecto, deseo haber aportado a desmitificar el sobredimensionado protagonismo del misionero como actor material dentro de las construcciones, sobre todo aquellas realizadas en piedra, abordando mediante un análisis minucioso del contexto y los testimonios existentes el importante papel que jugaron artífices llevados a la península desde otras geografías, así como la participación de las poblaciones nativas, tanto californias como del norte novohispano.

En tercer lugar, respondiendo a mi hipótesis respecto a una intensa y constante circulación de objetos, ideas y personas desde y hacia la península bajacaliforniana durante el periodo de la presencia jesuita, creo argumentar suficientemente respecto a datos e indicios apuntando hacia la inserción efectiva de estas misiones dentro de una geografía material y simbólica más amplia que la peninsular.

Cabe aclarar que, evidentemente, un trabajo de esta naturaleza plantea muchas preguntas respecto a los edificios analizados, que no siempre logra responder. Pero estoy convencido de haber dado ciertos pasos útiles mediante el planteamiento de tales interrogantes, algunas de las cuales considero suficientemente puntuales para constituir motivo de futuras investigaciones.

I. El núcleo de la Antigua California: un entorno singular

La península de Baja California constituye una región geográfica sumamente peculiar, distinta a todo cuanto pudieron haber conocido los europeos en su avance por América y hasta dentro de la mayor parte de la Nueva España. Se trata de una franja enorme de tierra con relativa homogeneidad geológica y climática, que la distingue incluso de aquellas zonas más inmediatas dentro del macizo continental, como las compuestas por los actuales estados de Sinaloa y Sonora. Su longitud es de 1,300 kilómetros, localizados entre los 22 y los 33 grados latitud norte, así como entre los 109 y 117 grados de longitud. Se compone por los actuales estados de Baja California y Baja California Sur. Hacia el oeste se encuentra bordeada por el océano Pacífico y hacia el este por el Golfo de California o Mar de Cortés. En su mayor parte está compuesta por montañas (62.9 %), luego planicies desérticas (21.6%) y por último llanuras costeras (15.5 %). Su configuración montañosa corre de noroeste a sureste, dirigiendo el flujo del agua hacia dos sistemas marítimos. Pertenece a la región geográfica denominada actualmente del Gran Desierto de Sonora.

En cuanto a su geología, está compuesta fundamentalmente por materiales ígneos (44.7 %), en segundo lugar rocas sedimentarias (26.6 %) y luego materiales metamórficos (4.9 %). Los sedimentos sin consolidar componen el 23.8 % de su superficie.[41] Tal composición geológica se detalla de la siguiente manera:

1. El 43.6 % por ciento de la superficie peninsular total y el 57.6 % por ciento de sus sierras, son afloramientos de esquistros, gnesies, cuarcitas y rocas metamórficas asociadas con granitos, dioritas y monzonitas, cortadas por diques peridoíticos, gábricos, pegmátiticos y de serpentina.
2. El 6.1 % de la sierra peninsular está compuesto por areniscas, lutitas y calizas.
3. El 42.4 % de la superficie de su zona serrana está compuesto por andesitas, riolitas y basaltos, asociados con rocas piroclásticas.

[41] Loren G. Davis, "Baja California´s Paleoenvironmental Context", en Don Laylander and Jerry D. Moore (eds.), *The Prehistory of Baja California. Advances in the Archaeology of the Forgotten Peninsula* (Florida: Florida University Press, 2006) 14-16.

4. El 25.2% del área peninsular, especialmente las planicies que dan al Pacífico, incluyendo las provincias de Vizcaíno y Magdalena, así como la vertiente del Golfo de California, en el Delta del Río Colorado y valle de Mexicali, está compuesto por rocas sedimentarias continentales y marinas, consistentes en arena, lutitas, margas, areniscas, conglomerados y arcillas.[42]

Como se podrá notar en este listado (incluso sin ser especialista en el tema) la mayor diversidad geológica se concentra, por motivos evidentes, en las zonas serranas, que es precisamente dentro de las cuales o en cuyas inmediaciones se ubica la región central de la península. Cuando abordemos el capítulo segundo, dedicado a la arquitectura misional, veremos una descripción de las técnicas y materiales para la construcción en voz de los propios misioneros jesuitas, donde con un interés clasificatorio pero sobre todo inquietudes de carácter práctico, enuncian en sus propios términos y de acuerdo con sus usos y costumbres los distintos minerales disponibles en las regiones que habían explorado hasta su expulsión en 1768. Básicamente, estas descripciones hacen énfasis en las zonas central y sur de la península, aunque también abordan algunas características de la zona norte, que ya habían explorado en forma incipiente. De manera muy resumida, podemos decir al respecto que los misioneros habían cobrado plena conciencia de que la zona central era aquella donde se concentraban no solo los mejores y más diversos recursos de este tipo, sino la mayor cantidad de recursos naturales en general, y sobre todo una mayor disponibilidad de agua, salvo en ciertas zonas del sur, donde sí hay suficiente agua, pero resultó muy difícil poblar debido a una mayor exposición a la belicosidad de sus habitantes originarios.

En general, el clima de la península es seco, con variaciones en su aridez relativa en función de latitud y elevación. También en términos generales, tomando en cuenta la temperatura y precipitación, es considerada en un 80 % como desierto cálido. Las principales divergencias se localizan en la zona norte de la vertiente del Pacífico y en la Sierra de la Laguna, ubicada dentro de la Región del Cabo del actual estado de Baja California Sur, donde la temperatura es más fresca y las

[42] Luis Blásquez López, *Hidrogeología de las regiones desérticas de México* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, Anales del Instituto de Geología No. 15, 1959).

precipitaciones mayores, provocando un tipo de clima mediterráneo, estepario y condiciones de desierto templado.[43]

Figura 4. Región del Desierto de Sonora, con sus comunidades bióticas. (Nótese la extrema aridez que caracteriza a la casi totalidad de la península, en amarillo, junto con una porción de Sonora y Arizona). Tomado de: Steven J. Phillips *et al.* (eds.) *A Natural History of the Sonoran Desert* (Tucson, Arizona: Arizona-Sonora Desert Museum-University of California Press, 2015) 101.

Aparte del Río Colorado existen tres tipos de vertientes hidrológicas en la península: 1. Las que drenan en el océano Pacífico, cubriendo una superficie de 82,766 km^2, 2. Las que desembocan en el Golfo de California, con una superficie de 53,100 km^2 y 3. Una pequeña vertiente que recae en la Laguna Salada, con 4,389 km^2. La zona ocupada por la Compañía de Jesús fue mayormente la central y sur, que actualmente constituyen el estado de Baja California Sur. Esta zona se caracteriza

[43] Loren G. Davis, "Baja California´s Paleoenvironmental Context"… 19-20.

por una gran aridez y la prevalencia de corrientes superficiales que han forjado cauces en forma de “V”, los cuales manifiestan sequía durante la mayor parte del año, manteniendo breves escurrimientos o manantiales aflorando en lechos de arena gruesa y pedregosa permeable, conformando oasis.

Figura 5. Miguel Ángel de la Cueva. Flujos sucesivos de brotes volcánicos en la región serrana de Guadalupe y La Giganta. Fotografía tomada de: Miguel Ángel de la Cueva, Bruce Berger y Exequiel Ezcurra, *La Giganta y Guadalupe* (Planeta Península-Niparajá, 2010) 76-77.

Figura 6. Miguel Ángel de la Cueva. Arroyo de San Isidro luego de un huracán en 2009. (La cantidad de agua caída en ese evento solo ocurre, según los especialistas, cada cincuenta años). Fotografía tomada de: Miguel Ángel de la Cueva, Bruce Berger y Exequiel Ezcurra, *La Giganta y Guadalupe*… 60.

Las principales cuencas hidrológicas en la región central de la península son los llamados ríos (en realidad arroyos) de San Ignacio y La Purísima. Los oasis que

caracterizan estas cuencas son considerados por los especialistas ecosistemas mesófilos relictos, ocurridos como resultado de transformaciones climáticas radicales registradas en esta región central, que pasó de ser un área mesófila subtropical a un área xérica. El oasis de San Ignacio está localizado en el arroyo de San Ignacio, a 2 km al oriente del poblado del mismo nombre, a 59 km al oriente de la población actual de Santa Rosalía. Se ubica en la región sureste de la actual Reserva de la Biosfera de Vizcaíno, al norte de la región de Magdalena, teniendo una altitud de 135 msnm. Tal oasis forma parte de un arroyo somero al borde de la pequeña sierra local conocida como Sierra de San Ignacio, conformada por placas volcánicas. Este arroyo se infiltra en el subsuelo y forma diversas lagunas intermitentes, hasta desembocar en la laguna costera de San Ignacio.

Figura 7. Miguel Ángel de la Cueva. Poza en el arroyo San Baltasar de la Sierra de Guadalupe. Fotografía tomada de: Miguel Ángel de la Cueva, Bruce Berger y Exequiel Ezcurra, *La Giganta y Guadalupe*… 50.

El llamado Río La Purísima se origina en la inclinación occidental de las montañas de la sierra La Giganta y es la corriente permanente más caudalosa del actual estado de Baja California Sur. Recorre un total de 32 km, pasando por diversos poblados hasta adentrarse en el estuario costero de San Gregorio. En dirección suroeste se encuentra la región perteneciente a la vertiente del océano Pacífico,

cuyos orígenes se hallan en la sierra La Giganta. Se constituye por flujos intermitentes de noviembre a junio, formando pozas grandes en los arroyos San Luis, San Pedro de la Presa y Las Pocitas. Al sur de este último arroyo se encuentra una zona amplia sin ningún tipo de drenaje, sobre todo entre el Arroyo Seco y el Arroyo San Jacinto. En el Arroyo Las Pocitas se forma una laguneta con niveles de salinidad que alcanzan en ocasiones las ocho partes por mil.

Figura 8. Miguel Ángel de la Cueva. Cercanías del arroyo San Isidro luego de un huracán en 2009. Fotografía tomada de: Miguel Ángel de la Cueva, Bruce Berger y Exequiel Ezcurra, *La Giganta y Guadalupe*… 65.

En la región más sureña de la península, conocida como Región del Cabo, la principal corriente fluvial es el llamado Río San José del Cabo, que nace en el poblado actual de Miraflores y recibe un afluente de importancia, conocido como Arroyo San Lázaro. La cuenca del Río San José del Cabo abarca una superficie de 1,680 km^2. En su parte alta, el flujo es estacional, restringido a la estación de lluvias ciclónicas. El curso inferior de este cuerpo de agua tiene un curso perenne que aflora de los arenales y no es mayor a 0.5 m^3/s, en el año más seco, resultado de las aguas almacenadas por lluvias ciclónicas. El escurrimiento medio anual en esta zona es de 20 millones de metros cúbicos.

En la llamada región del Golfo de California las corrientes que drenan hacia este golfo son de carácter estacional o efímero, excepto el llamado Río Mulegé, que desemboca en la cabecera de Bahía Concepción, dentro del poblado de Mulegé.[44]

Figura 9. Carlos C. Díaz. Zona de las Sierras La Giganta y Guadalupe. Imagen tomada de: Miguel Ángel de la Cueva, Bruce Berger y Exequiel Ezcurra, *La Giganta y Guadalupe*… 16.

I.1 La zona central serrana

La sierra denominada La Giganta se extiende desde el norte del poblado de La Paz, actual capital del estado de Baja California Sur, hasta la zona más norteña de ese estado, donde se transforma en la sierra conocida como de Guadalupe, aunque en realidad se trata de una misma configuración montañosa. Dicha zona central es donde se ubican algunos de los oasis más importantes de la región, como La Purísima-San Isidro, Los Comondú (San Miguel y San José) y San Javier, entre otros. En estos lugares habita una flora diversa, característica de la región, así como un número importante de especies faunísticas, incluyendo reptiles, aves, mamíferos, peces y arácnidos endémicos. La importancia biológica y cultural de

[44] Gorgonio Ruiz Campos, *Catálogo de peces dulceacuícolas de Baja California Sur* (México: SEMARNAT, 2012) 25-32.

esta región, aspecto que sin duda implicó su adopción como núcleo de la expansión jesuita en el siglo XVIII, ha subsistido hasta nuestros días y llevó a su consideración para ser declarada Reserva de la Biosfera Sierras La Giganta y Guadalupe en fecha reciente, a partir del año 2014 (fig. 9).[45]

Ambas sierras, o si se quiere dicha sierra con dos nombres, cubren una superficie total de 15,242 km^2 y constituyen una superficie que se puede describir con forma alargada poligonal a partir de una elevación del terreno a 300 msnm. Hacia el norte resulta amplia esta superficie mientras que se angosta hacia el sur. La mayor parte de su extensión se sitúa dentro de la llamada provincia fisiográfica Baja California, cuya totalidad pertenece a la subprovincia Sierra La Giganta. La geomorfología del área es relativamente homogénea, con serranías cuyo rango altitudinal alcanza los 1,750 msnm.

Figura 10. Miguel Ángel de la Cueva. Cima de El Mechudo en el sur de la Sierra La Giganta. Fotografía tomada de: Miguel Ángel de la Cueva, Bruce Berger y Exequiel Ezcurra, *La Giganta y Guadalupe*… 79.

Su relieve montañoso se clasifica dentro de tres regiones principales: norte, centro y sur. Cada una de estas regiones tiene sus propias características. La región norte se compone por tres zonas localizadas de este a oeste: oriente, centro y occidente. La zona oriente tiene un relieve que corresponde con el borde oriental de estructuras de borde circular, presentando pendientes de moderadas a fuertes, que forman

[45] Comisión de Áreas Naturales Protegidas, *Estudio previo justificativo para la declaratoria como área natural protegida de competencia para la Federación con categoría de Reserva de la Biosfera "Sierras La Giganta y Guadalupe" en el estado de Baja California Sur* (México: CONANP, 2014).

cañones para dar paso a la planicie costera. La zona centro comprende las sierras de Guadalupe y La Giganta (en la región norte entre Mulegé y el volcán de las Tres Vírgenes), con elevaciones de hasta 1,750 metros. Esta zona se caracteriza por dos estructuras circulares parcialmente truncadas en su flanco oriental. La zona occidental de la región norte conforma una planicie costera con orientación noroeste-sureste en la cual se manifiesta un relieve de suave pendiente.

Figura 11. Miguel Ángel de la Cueva. Picacho La Giganta. Fotografía tomada de: Miguel Ángel de la Cueva, Bruce Berger y Exequiel Ezcurra, *La Giganta y Guadalupe*… 103.

Las tres zonas que se localizan en la región norte también se pueden reconocer en la región centro. La zona oriental de esta región centro se caracteriza por una planicie costera al norte de la región que define la cuenca Loreto-San Juan Londó, en tanto que al sur la planicie tiende a desaparecer. El límite con la zona central se ubica en el alineamiento del margen occidental del sistema montañoso con orientación noreste-sureste, definiendo el escarpe principal de la sierra con pendientes fuertes, angostos cañones de carácter profundo pero corto.

En la zona centro, que es la de mi interés principal, el relieve alcanza elevaciones de 750 a 1,250 msnm. Dentro del borde oriental se observa una severa erosión vertical y poca acumulación en relación con la erosión. En el occidente de esta zona centro el relieve determina zonas de pendiente suave.

Entre Comondú y San Javier el relieve cambia paulatinamente hacia un perfil montañoso superior a los 750 msnm, definiendo relieves de fuerte pendiente y

desarrollo de cañones profundos y cortos, mientras que al occidente el relieve produce mesas interrumpidas por cañones más o menos profundos y elongados. Al oeste de la región centro las pendientes del sistema montañoso, de carácter suave, dan paso a una planicie costera que se amplía hacia el sur de la región.

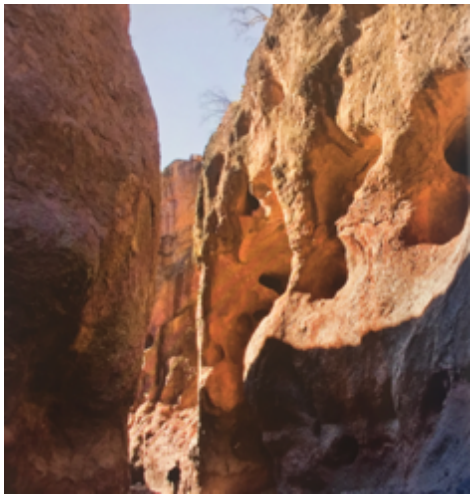


Figura 12. Miguel Ángel de la Cueva. Cañón de La Trinidad. Fotografía tomada de: Miguel Ángel de la Cueva, Bruce Berger y Exequiel Ezcurra, *La Giganta y Guadalupe*... 74.

En la región sur, el sistema montañoso se orienta hacia la costa del Golfo de California, con elevaciones de 500 a 700 msnm. Su zona oriente se caracteriza por una planicie estrecha junto al mencionado Golfo. Los procesos de erosión están muy marcados y se evidencian por cañadas angostas y una fuerte pendiente. En la zona montañosa central de esta región hay largas cañadas, de menor estrechez que en la región centro. Tales cañadas atraviesan todo el sistema montañoso, definiendo valles amplios al oeste, proyectándose como una planicie costera. En la vertiente occidental de esta región la erosión se manifiesta de manera predominantemente horizontal, con acumulaciones en la zona del valle.

En general, esta área de la península se conformó por procesos volcánicos acumulativos que transformaron el relieve, generando lo que se conoce como un escarpe a lo largo del borde oriental del sistema montañoso. La dinámica tectónica favoreció procesos de erosión vertical severa en relación con los procesos de erosión acumulativa. El norte destaca por tales eventos volcánicos, que permiten apreciar estructuras circulares constitutivas de centros volcánicos complejos,

determinantes para la formación de cañones con un aspecto aproximadamente radial.

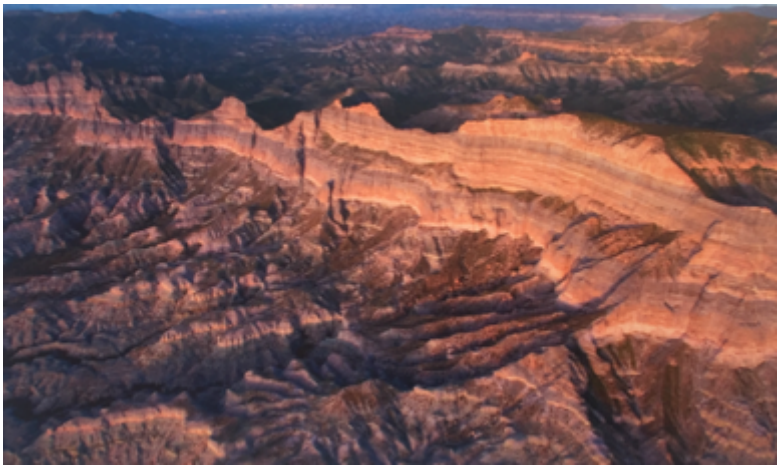


Figura 13. Miguel Ángel de la Cueva. Relieve geológico en la Sierra La Giganta. Fotografía tomada de: Miguel Ángel de la Cueva, Bruce Berger y Exequiel Ezcurra, *La Giganta y Guadalupe*… 78.

En cambio, al centro y sur no se perciben estos centros volcánicos mayores. Existe una zona de transición de planicie a sistema montañoso tanto hacia el norte como en la región centro (La Purísima-San José y San Miguel de Comondú), apreciándose en ella poca erosión horizontal debido a un relieve volcánico más joven, conformando mesas de basalto que cubren un relieve anterior, al igual que diversas conformaciones volcánicas sin huellas de erosión. La región sur permite percibir procesos de erosión horizontal y vertical más severos que en la región centro, así como ausencia de evidencias de vulcanismo joven. La planicie costera del lado del Pacífico muestra poca erosión horizontal o vertical.[46]

Desde el punto de vista geohidrológico, las sierras La Giganta y Guadalupe se consideran los depósitos más importantes de agua debido a grandes manantiales localizados especialmente en su zona occidental. Estos recursos son los que han permitido el desarrollo de asentamientos humanos y la existencia de comunidades desde épocas muy antiguas. Los manantiales se conforman en fracturas y por la distribución de rocas permeables de origen volcánico no marino de la llamada

[46] Comisión de Áreas Naturales Protegidas, *Estudio previo justificativo para la declaratoria como área natural protegida…* 18-24.

Formación Comondú. Estas formaciones geológicas se localizan especialmente en las pendientes tanto orientales como occidentales de las sierras. Sin embargo, el flujo de agua de los manantiales así como de las paredes de los estratos marinos tiende a manifestar salinidad.

Figura 14. Miguel Ángel de la Cueva. Tormenta eléctrica frente al puerto de Loreto. Fotografía tomada de: Miguel Ángel de la Cueva, Bruce Berger y Exequiel Ezcurra, *La Giganta y Guadalupe*… 55.

Las sierras de La Giganta y Guadalupe captan y conducen el agua que permite recargar los acuíferos que alimentan las poblaciones actuales de Santa Rosalía, Mulegé, Loreto, San Ignacio, La Purísima, San Isidro, San José de Comondú, San Miguel de Comondú, etcétera. La precipitación media anual dentro de la zona se estima en 208.1 mm, correspondiendo a la época de lluvias 137.6 mm, mientras que en la época de secas desciende a una media de 6.8 mm. El origen de los arroyos se encuentra en manantiales agua arriba de los arroyos, que se transforman paulatinamente en oasis alimentadores de humedales. Existen numerosos de estos manantiales y otros afluentes denominados “lloraderos” en las paredes de formaciones rocosas de lugares como Rancho Patrocinio, San José de Gracia, Arroyo San Raymundo, San Martín, Cadejé, Mezquital, San Gregorio, La Purísima, Los Comondú, Mulegé, San Javier, San Evaristo y Las Pocitas. Los manantiales más abundantes se localizan en la parte superior de los arroyos San Martín, La Purísima y Comondú, fluyendo en dirección suroeste hacia el océano Pacífico, en cuyo trayecto posibilitan la disponibilidad de agua para riego.

Figura 15. Miguel Ángel de la Cueva. Lecho de un arroyo, tules y palmas en un cañón. Fotografía tomada de: Miguel Ángel de la Cueva, Bruce Berger y Exequiel Ezcurra, *La Giganta y Guadalupe*… 113.

En general, el sistema hidrogeológico de la región se constituye como un sistema de acuíferos libres y semiconfinados, con una gran cantidad de tinajas a lo largo de los cauces principales por los cuales drenan las cuencas, notables en lugares como Santa Rita y Las Pocitas. La formación de estos manantiales se debe al contacto entre rocas permeables como la arenisca con rocas impermeables como las tobas arcillosas. Los oasis y manantiales constituyen la manifestación local de la geohidrología de los sistemas montañosos. Los oasis más grandes se producen por infiltraciones que surgen en zonas bajas luego de viajar grandes distancias.[47]

Figura 16. Miguel Ángel de la Cueva. El océano Pacífico visto desde el Pico de La Giganta. Fotografía tomada de: Miguel Ángel de la Cueva, Bruce Berger y Exequiel Ezcurra, *La Giganta y Guadalupe*… 99.

[47] Comisión de Áreas Naturales Protegidas, *Estudio previo justificativo para la declaratoria como área natural protegida…* 35-50.

La porción central de la península bajacaliforniana es una de sus zonas más áridas, considerada dentro de la región biogeográfica del desierto sonorense, al cual pertenece más del 70 % de la península. Los climas presentes en la zona son muy secos, con lluvias en verano e invierno, muy escasas durante el resto del año. La vertiente del Golfo de California es muy árida y cálida, con una temperatura media anual que oscila entre los 18 y los 22 grados centígrados y por debajo de los 18 grados centígrados durante el mes más frío. La precipitación se presenta durante el verano mayormente, con un porcentaje de lluvia invernal que apenas contribuye con entre el 5 y el 10 % del total anual. La porción alta, correspondiente con las sierras menores a cuatrocientos metros es muy árida, semicálida y con una temperatura anual entre 18 y 22 grados centígrados, descendiendo por debajo de los 18 grados centígrados durante el mes más frío y con temperaturas por encima de los 22 grados centígrados durante el mes más caliente.

Figura 17. Miguel Ángel de la Cueva. Aguaje en la Sierra de Guadalupe, cerca de san José de Magdalena. Fotografía tomada de: Miguel Ángel de la Cueva, Bruce Berger y Exequiel Ezcurra, *La Giganta y Guadalupe*… 66-67.

El régimen de lluvias es predominantemente veraniego, con una aportación durante el invierno de apenas entre el 5 y el 10 % anual. La zona norte, en la vertiente del océano Pacífico, es muy árida, semicálida, con una temperatura anual entre 18 y 22 grados centígrados, descendiendo por debajo de los 18 grados centígrados durante el mes más frío y con temperaturas por encima de los 22 grados centígrados durante el mes más caliente. Las lluvias en esta zona se distribuyen durante todo el año, contribuyendo las precipitaciones invernales con más del 18 % del total anual. Por

último, la zona sur, en la vertiente del océano Pacífico, tiene un clima muy árido, cálido, con temperatura media anual mayor a 22 grados centígrados y en el mes más frío por encima de los 18 grados centígrados. Las lluvias ocurren durante todo el año, con una aportación invernal superior al 18 % del total anual.

Los patrones de precipitación siguen en buena medida el gradiente de altura de la cordillera montañosa, con una mayor copiosidad al norte, en la sierra de Guadalupe, donde la precipitación alcanza los 410 mm y existen, como ya dijimos, altitudes cercanas a los 1,800 m. Asimismo, existen precipitaciones alrededor de los 310 mm en la parte central de la zona, donde se encuentra San Javier y al sur, donde se encuentra el poblado de La Soledad. En las zonas costeras tanto del océano Pacífico como del Golfo de California se observan precipitaciones que llegan a los 150 mm. En la zona sureña prevalecen valores alrededor de los 240 mm.

Figura 18. Garza gris en un oasis. Fotografía tomada de: Miguel Ángel de la Cueva, Bruce Berger y Exequiel Ezcurra, *La Giganta y Guadalupe*… 130.

La temporada lluviosa ocurre de julio a octubre y en ella la precipitación se distribuye con su máximo en torno a la sierra de Guadalupe, alcanzando los 320 mm, en tanto que en los otros centros ronda los 230 mm. Los menores valores de precipitación durante el verano ocurren en la zona costera del océano Pacífico, donde se registran de 50 a 80 mm. Las costas del Golfo reciben una precipitación de 110 a 170 mm, aumentando conforme se avanza de norte al sur. La precipitación media invernal, distribuida de noviembre a febrero, disminuye claramente de norte a sur.

Los valores máximos se registran en la sierra de Guadalupe, con números alrededor de los 80 mm. En la parte central se registran valores de 75 mm en San Javier y de 60 mm en La Soledad. La costa del océano Pacífico registra valores de 55 mm en la zona central y norte, mientras que en la costa del Golfo de California los valores de las zonas norte y central rondan los 35 mm, contra 60 mm hacia el sur.

Figura 19. Miguel Ángel de la Cueva. Poza en el arroyo de San Baltasar. Fotografía tomada de: Miguel Ángel de la Cueva, Bruce Berger y Exequiel Ezcurra, *La Giganta y Guadalupe*… 64.

La época de secas ocurre de marzo a junio, con valores máximos de precipitación en las serranías, registrando en la sierra de Guadalupe 15.5 mm y 6.2 mm al centro y sur de la región. En la costa del océano Pacífico se presentan 7.7 mm en el norte y 3.2 mm en el sur, mientras que en la costa del Golfo de California se registran los valores mínimos, de 1.7 mm en el norte, incrementándose hasta 6.2 mm en el sur. La cordillera conformada por las sierras Guadalupe y La Giganta es, como podemos ver, un factor orográfico que ejerce una influencia esencial sobre la precipitación. Los valores máximos de precipitación en general ocurren dentro de la zona de la sierra de Guadalupe, seguida por La Giganta, con los menores valores de precipitación en las zonas costeras.[48]

[48] Comisión de Áreas Naturales Protegidas, *Estudio previo justificativo para la declaratoria como área natural protegida…* 58-67.

Oasis y manantiales

Una de las características principales de la península bajacaliforniana tanto por su importancia biológica como paisajística es la abundancia de oasis que albergan poblaciones relictas de especies animales adaptadas a ambientes mésicos (con agua permanente, humedad y mucha vegetación), fungiendo como zonas insulares de gran diversidad en medio de los matorrales desérticos predominantes.

En total, la parte sur de la península, actualmente constituida como el estado de Baja California Sur, involucra 171 oasis que han sido identificados, los cuales representan el 93 % del total peninsular. No obstante, los especialistas consideran que la gran abundancia de pozas reteniendo agua durante la mayor parte del año a lo largo de las redes de drenaje en las cuencas hidrográficas del sur peninsular incrementa en forma muy importante estas cifras. Del mismo modo, existe un elevado número de manantiales, constituyendo las celdas más locales y pequeñas desarrolladas a lo largo del sistema montañoso. Se producen en relación con las zonas de recarga asociadas con precipitaciones anuales.

Algunos de ellos se ubican en el área de La Purísima, Comondú, Mulegé y San Ignacio, ubicados en partes bajas dentro de cauces de los principales arroyos, cerca de donde se ubican zonas de rocas sedimentarias y donde el relieve ha sido afectado por la erosión. Los manantiales ubicados en sitios con relieves cambiantes manifiestan modificaciones en su curso y una menor duración, pero alimentan manantiales mayores. Algunos manantiales de este tipo son los ubicados en San Pedro de la Presa, Las Pocitas, La Soledad y San Gregorio, entre otros. En las zonas elevadas dominan manantiales pequeños dentro de cañones angostos y profundos. En lugares como La Purísima, Comondú y Mulegé hay manantiales cuya captación de aguas se realiza en zonas altas, luego el recurso hidrológico se traslada por zonas de infiltración y recarga, para finalmente desembocar en partes bajas. En la zona central, entre La Purísima y San Javier, los oasis se caracterizan por la presencia de afloramientos volcánicos y volcaniclásticos de las zonas montañosas.

También existen lagunas estacionales u otoñales en las partes norte y sur de la sierra La Giganta. Se trata de cuencas formadas en planicies donde se acumulan

cuerpos de agua importantes después de las lluvias veraniegas relacionadas con ciclones y huracanes. Su ocurrencia es estacional, convirtiéndose en hábitat para un gran número de especies de plantas y animales, mientras que durante los largos periodos de sequía se transforman en pastizales.[49]

I.2 Flora y fauna

De acuerdo con especialistas, las características de la flora tipifican como una ecorregión definida y específica la zona serrana central de la península bajacaliforniana. Ello se debe a que las sierras La Giganta y Guadalupe tienen una composición florística mixta, involucrando matorrales de la llamada región del Cabo, diversos taxones de la flora propia de las montañas desérticas centro-peninsulares, así como, en menor grado, del matorral desértico propio del sur de Sonora.

Figura 20. Ignac Tirš, Lámina 1r (Flora de la Antigua California). Imagen tomada de: Luis González Rodríguez y María del Carmen Anzures Bolaños (edición, paleografía, traducción, investigación, estudios y glosarios), *Ignac Tirš, S. I. (1733-1781) Pinturas de la Antigua California y México. Códice Klementinum de Praga* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2015) 41.

El conjunto de especies se puede clasificar dentro de cuatro tipos: plantas herbáceas perennes y anuales, que representan el 55 % de todas las especies.

[49] Comisión de Áreas Naturales Protegidas, *Estudio previo justificativo para la declaratoria como área natural protegida…* 72.

Respecto a los árboles, se encuentran muy pocos pero abundantes arbustos. Asimismo, abundan las hidrófitas, es decir plantas acuáticas y que crecen en suelos húmedos, especialmente en los diversos oasis dispersos al pie de la sierra La GIganta. Abundan también las suculentas, incluyendo miembros de las familias agaváceas, bromeliáceas, cactáceas, crasuláceas y portuláceas, así como semisuculentas de las familias anacardiácea, burserácea, euphorbiácea y apocyncácea. Existen plantas parásitas como el muérdago y vines como las pligonáceas, convolvuláceas, ranunculáceas y apocynáceas, entre otras.

Figura 21. Ignac Tirš, Lámina 2 (Flora de la Antigua California). Imagen tomada de: Luis González Rodríguez y María del Carmen Anzures Bolaños (edición, paleografía, traducción, investigación, estudios y glosarios), *Ignac Tirš, S. I. (1733-1781) Pinturas de la Antigua California y México…* 43.

La diversidad florística de esta región serrana se caracteriza por 729 taxones vegetales. Dentro de ellos hay 19 taxones de helechos, 600 de dicotiledóneas y 110 monocotiledóneas. El grueso de la flora se distribuye en 10 familias: asteráceas (92 taxones), farbáceas (60), euphorbiáceas (48), malváceas (35), convolvuláceas (27), poáceas (26), solanáceas (23), ciperáceas (19), cactáceas (19) y nyctagináceas (16). En términos generales, corresponden con el tipo de especies que pueblan el llamado trópico seco.

Las comunidades vegetales se caracterizan como matorral sarcocaule, matorral sarcocrasicaule, mezquitales o hábitat xeroripario, encinales, de lagunas estacionales y vegetación propia de los oasis.

Matorral sarcocaule

Dominado por arbustos de tallos carnosos, gruesos, frecuentemente retorcidos y algunos con corteza papirácea. Se ubican sobre suelos rocosos y pedregosos de origen volcánico y suelos someros en regiones costeras. Tal tipo de vegetación se halla en lomeríos y elevaciones medias, sobre suelos someros en laderas de cerros. Lo conforman cactáceas como *Pachycereus pringle*, *Lophocereus schotti*, *Stenocereus gummosus* y *Opuntia cholla*, al igual que especies de los géneros *Bursera, Jatropha, Cercidium y Prosopis*, entre otras.

Figura 22. Miguel Ángel de la Cueva. Güeribos (*Populus monticola*) y palmillas (*Brahea brandegeei*) en los lechos de la sierra. Fotografía tomada de: Miguel Ángel de la Cueva, Bruce Berger y Exequiel Ezcurra, *La Giganta y Guadalupe*… 92.

Matorral sarcocrasicaule

Se caracteriza por la presencia de distintas especies, como los vegetales carnosos y crasos. Predominan plantas de tallo grueso y columnares. Se distribuye por planicies fluviales y costeras. Algunas de las especies más notables de estas comunidades son el palo adán (*Fouquieria digiuetii*), cardón pelón (*Pachycereus pringleii*), copalquín (*Pachycornus discolor*) y candelilla (*Pedianthus macrocarpus*).

Este tipo de vegetación se asocia con mamíferos como el coyote (*Canis latrans*), la zorra gris (*Urocyon cinereoargenteus peninsularis*), gato montés (*Lynx rufus*), venado bura (*Odocoileus hemionus peninsulae*). También con aves, dentro de las cuales se encuentran la codorniz (*Callipepia californica*), paloma de alas blancas (*Zenaida asiatica*), correcaminos o churea (*Geococcyx californianus*), aura de cabeza roja (*Cathartes aura teter*), gavilán (*Accipiter cooperii*), halcón de cola roja (*Buteo jamaicensis calurus*). En cuanto a reptiles, la víbora de cascabel (*Crotalus ruber*), la culebra chirrionera (*Masticophis fuliginosus*), el cachorón (*Disosaurus dorsalis*) y el lagarto bejori (*Sceloporus zosteromus*).

Figura 23. Miguel Ángel de la Cueva. Encinos, palmillas y güeribos en la sierra. Fotografía tomada de: Miguel Ángel de la Cueva, Bruce Berger y Exequiel Ezcurra, *La Giganta y Guadalupe*… 91.

Hábitat xerorripario o mezquital

Este hábitat es característico de laderas, cañadas y planicies fluviales de drenaje hídrico. Cuenta con flora y fauna de carácter mésico y árido. Entre ellas, hay poblaciones de mezquite (*Prosopis sp.*) y palmas (*Washintonia sp*). En la sierra La Giganta se encuentran dos especies de mezquite conocidas como mezquite amargo (*P. articulata*) y palo fierro (*P. palmeri*), siendo más común la primera. Suele localizarse en inmediación de los cauces de arroyos. En tanto, el palo fierro se localiza en la serranía, ocupando especialmente laderas y mesetas rocosas entre

los 100 y los 500 m de altura. Los cañones y laderas donde se encuentran estas especies vegetales funcionan como corredores y zonas de refugio para especies animales, sobre todo mamíferos de gran tamaño. En este tipo de hábitat se encuentran arroyos de carácter generalmente ocasional, registrando fuertes torrentes y acarreo de sedimentos durante las lluvias intensas, relacionadas con tormentas tropicales. En la vertiente oriental de la sierra los arroyos son menos extensos que en la occidental, jugando un papel muy importante en la recarga de los mantos acuíferos.

Dentro del hábitat xerorripario y los cañones rocosos que lo caracterizan se ubica el borrego cimarrón (*Ovis canadensis*), la ardilla endémica de roca (*Spermophilus atricapilus*), el halcón peregrino (*Falco peregrinus*), la paloma de alas blancas (*Zenaida asiatica*), el águila real (A*quila chrysaetos*), el colibrí de Xanthus (*Hylocharis xantusii*) y algunos reptiles de carácter endémico, como la víbora de cascabel (*Crotalus mitchellii*), el cachorón de piedras (*Petrosaurus repens*), la cachora de árbol (*Urosaurus nigricaudus*), el bejori de piedras (*Sceloporus orcuttii*) y la cachora de arena (*Callisaurus draconoides*).

Desde hace mucho tiempo el mezquite, característico de este hábitat, ha sido considerado un excelente material por su resistencia y como se podrá ver en el apartado dedicado a la arquitectura, los jesuitas lo utilizaron para la fabricación de algunos muebles, si bien su misma dureza y la forma retorcida que suelen tener sus ramas constituían obstáculos para la elaboración de cierto tipo de objetos, como vigas, por ejemplo.

Encinales

Los encinales corresponden con zonas donde dominan especies del género Quercus. En razón de la aridez predominante, los bosques de encino únicamente cubren una superficie correspondiente con el 0.01% de esta región. Se localizan en las partes más elevadas de los cerros La Giganta, Cabeza del Mechudo y de la sierra de Guadalupe. Se trata de formaciones atípicas con cobertura de encinos pequeños (*Quercus tuberculata*), especie que también se halla en las zonas más altas de la Región del Cabo, al norte de la Sierra Madre Occidental y sur del actual

estado norteamericano de Arizona. Algunas especies asociadas con el encino son *Nolina palmeri*, *Pachycormus discolor*, *Arracacia brandegeei* y *Viguiera spp.,* así como otras plantas de pequeño tamaño que requieren bajas temperaturas, radiación y alta humedad, como *Dudieya spp*. y *Oxalis spp.*

Figura 24. Miguel Ángel de la Cueva. Palmas de abanico nativas y datileras, introducidas éstas últimas por los misioneros en el siglo XVIII, en el palmar de La Purísima. Fotografía tomada de: Miguel Ángel de la Cueva, Bruce Berger y Exequiel Ezcurra, *La Giganta y Guadalupe*… 45.

Vegetación de los oasis

En los oasis de la península se concentran una gran variedad de plantas nativas e introducidas exclusivas de tales hábitats. Dentro de la región existen 184 especies, 24 de las cuales son hidrófitas, es decir que dependen del contacto con el agua dulce o salobre o con el suelo húmedo en forma permanente. Destacan dentro de estas especies la palma de hoja o palma real (*Washingtonia robusta*), la palma datilera (*Phoenix dactylifera*) y plantas arbustivas que se asocian con las palmas, como el tule petatero (*Thypa domingensis*). Algunos árboles que se encuentran en los bordes de los oasis suelen ser muy resistentes a la erosión debido al agua y el viento. Entre estos árboles se encuentra el lomboy blanco (*Jatropha cinerea*), el palo fierro (*Olneya tesota*) y el huizache (*Acacia brandegeana*). Desde hace mucho tiempo, como podremos ver en el apartado dedicado a la arquitectura, la palma real

ha sido utilizada para la construcción, mientras que la palma datilera ha sido apreciada por sus frutos.[50]

La variedad de ambientes, tales como serranías, cañones y oasis, ha permitido el desarrollo de una enorme diversidad de especies animales, algunas de ellas endémicas. Los especialistas clasifican a los vertebrados de dichos lugares mayoritariamente como de origen neotropical (ecorregión que se extiende desde las zonas cálidas de México hasta América del Sur), con presencia asimismo de especies neárticas (ecorregión que abarca prácticamente toda Norteamérica). Se registran alrededor de 323 especies de vertebrados, de los cuales 27 (8 %) son endémicos y 56 (17%) se encuentran actualmente bajo un régimen de protección ambiental. El mayor número de especies endémicas son reptiles, que abundan dentro de los cañones en las serranías, conglomerados rocosos y oasis. Existen anfibios nativos como el sapo pinto (*Anaxyurus punctatus*), el sapo de espolón (*Scraphlopus couchi*), habitando ambos en oasis y matorrales desérticos, y la ranita (*Pseudacris hypochondriaca*) en cuerpos de agua permanentes como oasis y arroyos. Asimismo, el ajolotito rayado (*Elgaria velazquesi*).

Figura 25. Ignac Tirš, Lámina 13, *1. Salamanquesa. 2. Iguana, la cual también crece más grande*. Imagen tomada de: Luis González Rodríguez y María del Carmen Anzures Bolaños (edición, paleografía, traducción, investigación, estudios y glosarios), *Ignac Tirš, S. I. (1733-1781) Pinturas de la Antigua California y México…* 67.

[50] Comisión de Áreas Naturales Protegidas, *Estudio previo justificativo para la declaratoria como área natural protegida…* 67-71.

También, 39 especies de reptiles nativos, de los cuales 12 (31 %) son endémicos de la península y algunos de ellos solo se encuentran en los oasis. Otras especies de reptiles se restringen a zonas rocosas, como el bejori (*Sceloporus orcutti*), el chuckwalla o iguana de piedra (*Sauromalus ater*), el cocodrilo de las piedras (*Petrosaurus repens*), la lagartija de collar o escorpión (*Crotaphytus vestigium*) y la llamada salamanquesa (*Phylodactylus xanti*). Las lagartijas están representadas por 19 especies, dos de las cuales son nocturnas. Las serpientes y víboras incluyen 19 especies, destacando tres de cascabel (*Crotalus ruber*, *C. mitchelli* y *C. enyo*, esta última endémica de la península), siendo los únicos reptiles venenosos de la región. También hay culebras como la chirrionera (*Masticophis fulliginosus*), la falsa coralillo (*Chillomeniscus stramineus*), el zolcuate o boa del desierto (*Charina trivirgata*) y la burila (*Lampropeltis getula*). Existen tortugas acuáticas (*Trachemys nebulosa*), así como culebras rayadas (*Masticophis lateralis*) en los oasis de la región. En cuanto a peces, los oasis abrigan a la sardinilla peninsular endémica (*Fundulus lima*).

Figura 26. Ignac Tirš, Lámina 20, *1. Cuervo manchado de California. 2. Zopilote o aura, un animal útil que come toda clase de inmundicias y restos de animales muertos. Pero el ave no se come.* Imagen tomada de: Luis González Rodríguez y María del Carmen Anzures Bolaños (edición, paleografía, traducción, investigación, estudios y glosarios), *Ignac Tirš, S. I. (1733-1781) Pinturas de la Antigua California y México…* 81.

Respecto a las aves, se trata del tipo de animales más abundantes, involucrando especies residentes así como migratorias, de carácter terrestre, acuático y marino. Destacan aves nocturnas como el búho cornudo (*Buho virginianus*), la lechuza (*Tyto alba*), el tecolote enano (*Micrathene whitneyi*) y el búho cornudo (*Asio flammeus*); así como aves crepusculares del tipo de los tapacaminos (*Cordeiles acutipennis,*

Phalaenoptilus nuttallii). Entre las aves diurnas destacan el águila real (*Aquila chrysaetos*), el halcón cola roja (*Buteo jamaicensis*), el aguililla (*Parabuteo unicinctus*), el águila pescadora (*Panion hallaetus*), halcón peregrino (*Falco peregrinus*), así como colibríes, el cardenal (*Cardenalis cardenalis*), la urraca azul (*Aphelocoma coerulescens*), el baloncillo (*Auriparus flaviceps*), el cenzontle (*Mimus polyglottos*), las calandrias (*Icterus parisorum*), gorriones y otras especies. Tan solo en el oasis de La Purísima se han descrito 91 especies de aves, de las cuales 65 (71.4 %) son terrestres y 26 (28.6 %) acuáticas. Destacan el tapaojitos o mascarita peninsular (*Geothlypis belding*), endémica de las zonas dulceacuícolas del actual estado de Baja California Sur. Asimismo, en los oasis se encuentran el papamoscas negro (Sayornis nigricans), el zorzal cantador (*Melospiza melodia*) y el saltapared (*Cistothorus palustris*).

Figura 27. Ignac Tirš, Lámina 16, *Un árbol llamado Tacote en California. Un carnero zimarrón. Un árbol que en California se llama Palo Adán. Leopardo* [*sic.* por puma.] Imagen tomada de: Luis González Rodríguez y María del Carmen Anzures Bolaños (edición, paleografía, traducción, investigación, estudios y glosarios), *Ignac Tirš, S. I. (1733-1781) Pinturas de la Antigua California y México…* 73.

En cuanto a mamíferos, se encuentra el tejón (*Taxidea taxus*), el ardillón negro (*Spermophylus atricapiilus*), el coyote (*Canis latrans*), el mapache (*Procyon lotor*), la ardilla del desierto o juancito (*Ammospermophilus leucurus*), la liebre (*Lepus californicus*) y diversos roedores tanto terrestres como voladores. Dentro de las especies con mayor interés se encuentra el borrego cimarrón (*Ovis canadienses*), que se distribuye en los hábitats intermontañosos, generalmente por encima de los 300 msnm, aunque en ocasiones se le ha observado cerca de acantilados costeros

en la vertiente del Golfo de California, al igual que en cañones y arroyos donde existen depósitos (pozas) con agua permanente. Su distribución abarca toda la zona sur del corredor montañoso de la península, desde el paralelo 28 hasta el límite sur de la sierra La Giganta. Sus depredadores naturales son el puma (*Puma concolor improcera*), el gato montés (*Lynx rufus peninsularis)* y el águila real (*Aquila chrysaetos*), así como otras aves rapaces: el gavilán (*Accipiter cooperi*) y el halcón de cola roja (*Buteo jamaicensis*).[51]

I.3 Grupos humanos

De acuerdo con la investigadora María de la Luz Gutiérrez, la península de Baja California es un territorio cuyas culturas originarias, en su mayoría compuestas por sociedades no agrícolas salvo en la zona del delta del Río Colorado, se mantuvieron relativamente aisladas, conformando grupos de cazadores-recolectores que asimismo aprovecharon los abundantes recursos costeros de la región. Por otra parte, la misma especialista sostiene que la prolongación de la etapa de contacto entre estos grupos y los europeos durante poco más de 300 años favoreció el registro etnográfico por parte de éstos últimos.

Los datos más importantes para entender los seguramente complejos y en buena medida desconocidos procesos de poblamiento de la península parecen ser aquellos que derivan del estudio de las lenguas nativas (fig. 28). En la actualidad se identifican cuatro familias lingüísticas: la yumana, la cochimí, la guaycura y la pericú. La zona central de la península fue ocupada por grupos hablantes de diversos dialectos del cochimí, estrechamente emparentado con la lengua yumana. El resto de la península lo ocuparon hablantes del guaycura y el pericú, lenguas de las cuales no se han logrado despejar todavía muchas incógnitas, aunque se considera que el guaycura pudiese constituir un lenguaje hokano. Tanto William C. Massey como la propia Gutiérrez consideran que el poblamiento de la península, en virtud de los mencionados datos lingüísticos como de los testimonios arqueológicos, se registró en sus tres vertientes: yumana-cochimí, guaycura y pericú, al menos desde

[51] Comisión de Áreas Naturales Protegidas, *Estudio previo justificativo para la declaratoria como área natural protegida…* 75-81.

la segunda mitad del Holoceno (periodo interglacial ocurrido hace alrededor de doce mil años).[52] Sin embargo, la investigadora Harumi Fujita ha localizado restos de conchas en contextos aparentemente arqueológicos cuya datación por radiocarbono remite hasta una antigüedad de 40,000 años. Si este dato se confirmara no solo llevaría a reconsiderar radicalmente la cronología supuesta hasta ahora de la presencia humana en Baja California, sino en todo el hemisferio oeste.[53]

Figura 28. Distribución lingüística de los habitantes originarios de la Antigua California. Mapa tomado de: Rosa Elba Rodríguez Tomp, *Cautivos de Dios… 39.*

Los misioneros expresan que la zona central de la península, en la cual ubicamos este trabajo, se hallaba, como dijimos, completa o mayoritariamente habitada por cochimíes. El padre Miguel del Barco, quien estuvo a cargo de la misión de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, dice al respecto:

> La palabra cochimí significa gente que vive en la parte del norte, desde ellos [los guaycuras] en adelante. Y como esta gente, desde Loreto exclusive, o desde San

[52] María de la Luz Gutiérrez, "Los nómadas de siempre en la Baja California", en Beatriz Braniff (coord.), *La Gran Chichimeca. El lugar de las rocas secas* (México: CONACULTA-Jaca Book, 2001) 21-22.
[53] Don Laylander and Jerry D. Moore (eds.), *The Prehistory of Baja California…* 3.

> Javier inclusive, corre hacia el norte, por todo lo desconocido, hasta el grado 33 de latitud, con otra diferencia, teniendo el mismo lenguaje en su raíz, aunque muy variado, se reputa por eso una sola nación. Y no teniendo nombre general que la comprenda toda, se le da comúnmente en la California el de cochimí, y en castellano llamaremos a esta nación los cochimíes.[54]

Por su parte, el investigador Mario Magaña Mancillas hace la siguiente observación:

> Es claro que esta denominación no procede de la propia lengua *cochimí*, ya que el autor no deja constancia de que fuera así, además que la misma definición de gente que vive hacia el norte, denota una posición de un "nosotros" diferente a los "otros" que habitan al norte de *su* ubicación. Situación que también se percibe con relación a los primeros guaycuras por parte de los "cochimíes", que denominaban a los primeros como edúes, en específico los cochimíes del dialecto de la región de San Francisco Xavier, y que significaba en lengua *cochimí*: "gente de otra lengua, que vive por la parte del mediodía, respecto de ellos." Es plausible que esta forma de denominación genérica de los cochimíes tuviera que ver con una intención por parte de los jesuitas de adjudicarse la evangelización de los indios peninsulares hasta un poco más allá del pueblo de misión de Santa María de los Ángeles fundado en 1766 y que en 1769 los franciscanos trasladaron sus neófitos a la nueva misión de San Fernando Velicatá. Más que una forma sociolingüística e incluso socioétnica, estamos ante la imposición de un nombre que les permitiera a los jesuitas adjudicarse su conversión como grupo, e incluso queda la posibilidad de una forma de delimitación espacial del "territorio evangelizado", es decir hasta donde hubiera cochimíes."[55]

El modelo explicativo tradicional del poblamiento bajacaliforniano formula una serie de migraciones sucesivas que fueron trayendo desde el norte hacia la península a los diversos grupos humanos, desde los pericúes[56] y guaycuras más sureños hasta

[54] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California…* 173.
[55] Mario Alberto Magaña Mancillas, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)* (La Paz: Instituto Sudcaliforniano de Cultura, CONACULTA, El Colegio de Michoacán, 2010) 110.
[56] Los pericúes constituyen la mayor interrogante dentro de este panorama, no solo porque se desconoce prácticamente todo acerca de su lengua, sino también porque se han localizado entierros

los norteños cochimíes, con una cronología que correspondería con este supuesto patrón de desplazamiento. En la actualidad se reconoce que aunque pueden haber existido distintas oleadas migratorias hacia la península desde el norte, seguramente no constituyeron la única dinámica poblacional en la región, sino que hubo comunicación por vía marítima con el macizo continental y además muy posibles desplazamientos internos que produjeron una variabilidad mucho mayor de la que se supone con una lectura simplista del modelo de distribución norte-sur, así como distintas estrategias para adaptarse a los cambiantes entornos peninsulares.

Figura 29. Cráneo dolicocéfalo de la región de El Cabo, en la Casa de Cultura de Todos Santos, BCS. Puntas de flecha de la sierra de San Francisco, BCS. Atado de cabelleras humanas que perteneció a una capa o *pachugo*, encontrado en Isla de los Ángeles, BCS, en 1887 y que actualmente se encuentra en el Museo Smithsoniano de Washington, D.C. Fotografías tomadas de: María de la Luz Gutiérrez, "Los nómadas de siempre en la Baja California" 52, 61.

atribuibles a esta cultura, donde se ubican cráneos alargados del tipo denominado dolicocéfalo, notablemente diferentes en ese sentido del resto de los americanos. Esto llevó a proponer incluso que tal grupo humano estaba emparentado con los melanesios o australianos, lo cual se considera inviable, al conocerse que tales culturas son mucho más recientes en relación con la pericú. En cambio, se piensa que pudo haber este componente étnico en algún antepasado común de los nativos americanos, que se vio sobrepujado por otros tipos genéticos, sobreviviendo únicamente en la península debido a su relativo aislamiento. Don Laylander and Jerry D. Moore (eds.), *The Prehistory of Baja California…* 7.

Lo anterior produjo diferencias culturales que podrían no ser debidas a factores temporales sino ambientales. Una característica sustancial a tomar en cuenta es la poca similitud de estas culturas con otras incluso en la región, lo cual más que interpretarse (como solía y suele a veces hacerse) cual signo de una suerte de "anquilosamiento" de los grupos foráneos, atrapados en el *cul-de-sac* peninsular, tiende a comprenderse en la actualidad como resultado de un desarrollo autóctono condicionado por el entorno. En todo caso, al conjunto de rasgos que caracterizan estas culturas y les otorgan una enorme singularidad se denomina *complejo ceremonial peninsular*, consistiendo, entre otros elementos, en las capas de cabelleras humanas, el uso de tablas y figurillas de madera. Algunas prácticas, no menos singulares, como la *maroma* (regurgitación y reingestión ritualizada de carne), al igual que la *doble cosecha* (recuperación y preparación de semillas parcialmente digeridas a partir de las heces humanas), utilizadas por estas culturas, fueron compartidas con los seris de la contracosta y según los especialistas, seguramente fueron innovaciones peninsulares.[57]

Figura 30. Miguel Ángel de la Cueva. Pinturas rupestres en la Sierra de Guadalupe. Fotografía tomada de: Miguel Ángel de la Cueva, Bruce Berger y Exequiel Ezcurra, *La Giganta y Guadalupe*… 154-155.

Respecto a lo anterior, existen importantes precisiones que es necesario tomar en cuenta y son resultado de investigaciones bastante recientes. Una de ellas es que si bien el poblamiento de la península seguramente ocurrió durante el Pleistoceno

[57] María de la Luz Gutiérrez, "Los nómadas de siempre en la Baja California", 24.

tardío (hace entre 9,000 y 10,000 años), es muy probable que la presencia de lenguas hokanas se explique por la llegada previa de hablantes de las mismas. Partiendo también de consideraciones lingüísticas pero asimismo ambientales, resulta factible que más que una serie de migraciones sucesivas haya habido una especie de gran oleada migratoria que después se diversificó dentro de la propia península, con tendencia a concentrarse en el norte del territorio, evitando los rigores del desierto central y con pocos alicientes para migrar hacia el sur.

Se considera que los antepasados de los seris pudieron, del mismo modo, tener un origen en migraciones peninsulares y observa que todavía es muy vasto el terreno por explorar en busca de vestigios arqueológicos que aporten datos más precisos o relevantes para entender cabalmente estos procesos. María de la Luz Gutiérrez subraya que el aislamiento relativo de los californios (así llamados por los misioneros) constituyó una condición única en toda América del Norte. Sin duda ello aportó las características principales de sus culturas y en buena medida explica la falta de un marco comparativo, del cual carecieron los misioneros para entender de mejor manera la realidad social en la cual se insertaban, incluso a pesar de haberse hecho presentes desde mucho tiempo atrás en otros territorios del noroeste novohispano, como los ocupados por los actuales estados de Chihuahua, Sonora o Sinaloa.[58]

Respecto a los prejuicios y el menosprecio o la categorización de los antiguos habitantes de la península como los sujetos "más primitivos, inmodestos, sucios, viles y miserables jamás vistos o conocidos en las Indias",[59] resulta muy común todavía considerar que la diferencia entre culturas nómadas o seminómadas, como las originarias de la Antigua California, dedicadas a la caza y la recolección, frente a las sedentarias, dedicadas a la agricultura, constituye una distinción entre distintos niveles de desarrollo cultural, concordando con un modelo evolutivo que caracteriza como "atrasados" a los grupos humanos ubicados dentro del nomadismo. En realidad, esta consideración es totalmente subjetiva y se ha podido comprobar que las supuestamente "atrasadas" culturas nómadas o seminómadas, como las

[58] María de la Luz Gutiérrez, "Los nómadas de siempre en la Baja California", 26.
[59] Baltasar de Obregón, explorador del siglo XVI, autor de *Historia de los descubrimientos en Nueva España*, citado en: Don Laylander and Jerry D. Moore (eds.), *The Prehistory of Baja California…* 4.

mencionadas, desarrollaron estrategias de supervivencia sofisticadas y complejas. Dentro de ellas, el desplazamiento por diferentes territorios no era sino una forma de adaptación eficiente y exitosa. Don Laylander argumenta en los siguientes términos:

> Con base en registros etnográficos y etnohistóricos de restos vegetales y faunísticos en sitios arqueológicos, sabemos que varios centenares de especies distintas de plantas y animales fueron explotadas en la Baja California aborigen para servir como alimento, medicinas y material para diversos propósitos […] El conocimiento acerca del uso de estos recursos, dónde y cuándo estaban disponibles, cómo debían ser procurados y procesados, fue evidentemente mantenido y gradualmente elaborado entre las culturas prehistóricas de la región, ya sea por su población en general o por unos cuantos especialistas. Un entorno desértico hostil no estimula a las personas para acumular muchas posesiones o construir estructuras elaboradas. Pero, como precio a pagar para poder sobrevivir, demanda que desarrollen un grado considerable de sensibilidad frente a la complejidad ecológica de su emplazamiento.[60]

Otro testimonio de la riqueza y complejidad cultural que lograron desarrollar las culturas nativas de la Antigua California es el mencionado *complejo ceremonial peninsular*, una de cuyas expresiones más llamativas fue sin duda la pintura rupestre del estilo denominado Gran Mural. A estos elementos habría que asociar las mencionadas capas de cabelleras, las tablas y figuras de madera, pipas de piedra o arcilla, varas y abanicos emplumados. Todo ello relacionado con una intensa actividad religiosa vinculada con la veneración de ancestros a través de los linajes, dentro de la cual los chamanes tenían un protagonismo fundamental. María de la Luz Gutiérrez desglosa de la siguiente manera los elementos que conformaban el *complejo ceremonial peninsular*:

1. La comunicación ritual con ancestros y figuras míticas como fundamento religioso principal, sancionada por una oratoria sagrada que

[60] Don Laylander and Jerry D. Moore (eds.), *The Prehistory of Baja California…* 5.

desempeñaba el chamán a través de cantos con tema mítico y carácter cíclico.

2. Lo que la investigadora denomina una "parafernalia ritual", compuesta por las capas, tablas, efigies y demás elementos, utilizados como elementos sustitutos de los difuntos y representación de los linajes y predecesores míticos del colectivo.
3. Una identificación o personificación ritual de los chamanes con las deidades/ancestros.
4. El ejercicio de un acto de "posesión" espiritual sobre el chamán como mecanismo de comunicación con los antepasados y/o las deidades, auspiciado por el consumo de tabaco, interpretándose en calidad de muerte simbólica temporal.[61]

También es importante notar las complejas costumbres funerarias desarrolladas por algunas de estas culturas, por ejemplo en el sur de la península, donde se han encontrado restos humanos que fueron parte de ceremonias no solo de entierro sino incluso posteriores exhumaciones durante las cuales se tiñeron los esqueletos con ocre y después se volvieron a enterrar en determinadas posiciones, señalando todo ello la realización de dilatados y minuciosos rituales, especialmente en la región del Cabo. Aunque se ha calculado la población de nativos californios en alrededor de 40,000 individuos a la llegada de los misioneros, es decir a finales del siglo XVII, lo cierto es que esta población se encontraba dispersa y agrupada en pequeñas bandas integradas por personas emparentadas, cuyos desplazamientos estacionales estaban condicionados por las cambiantes condiciones ambientales. Una mayor movilidad caracterizaba a los cazadores-recolectores habitantes de la zona central peninsular, mientras que las pobladores costeños e isleños implementaron actividades orientadas al aprovechamiento de los recursos marinos. El mayor apego territorial estaba en el sur, donde los belicosos pericúes expresaron una fuerte resistencia frente a la aculturación misionera.[62]

[61] María de la Luz Gutiérrez, "Los nómadas de siempre en la Baja California", 60, 64.
[62] María de la Luz Gutiérrez, "Los nómadas de siempre en la Baja California", 45.

Figura 31. Miguel Ángel de la Cueva. Pinturas rupestres estilo Gran Mural. Fotografía tomada de: Miguel Ángel de la Cueva, Bruce Berger y Exequiel Ezcurra, *La Giganta y Guadalupe*… 158.

Tabla 1. Demografía indígena en las misiones del centro peninsular durante parte del periodo misional.

Misión	Población indígena registrada para una fecha determinada									
	1744	1755	1762	1768	1773	1782	1794	1797	1800	1806
Loreto	150	91	109	99	187	70	48	45	34	14
San Francisco Xavier	352	380	448	482	279	169	107	104	103	86
San José de Comondú	513	387	350	330	284	80	40	41	21	28
Santa Rosalía de Mulegé	326	294	281	145	165	75	55	84	72	51

Fuente: Adaptado a partir de Rosa Elba Rodríguez Tomp, *Cautivos de Dios. Los cazadores recolectores de Baja California durante la Colonia* (México: CIESAS-INI, 2002) 206.

Evaluar a detalle el impacto del contacto de los europeos sobre las poblaciones nativas es un tema complejo, marcado por un severo decremento poblacional de los californios. Se presume que a fines del periodo de presencia jesuita, en torno a 1768, de los alrededor de 40,000 nativos que se calculaban a fines del siglo XVII restaban algo así como 12,000. El principal motivo de tan drástica reducción fueron epidemias para las cuales las poblaciones locales no contaban con defensas inmunológicas. También, el historiador Ignacio del Río ha propuesto como otro

elemento importante la aculturación practicada, al menos parcialmente (ya que nunca lograron una reducción plena de los californios) por parte de los misioneros.[63] Como sea, parece evidente que los cambios culturales y desplazamientos geográficos (o la pérdida de memoria respecto a algunos sitios y estrategias de supervivencia) experimentados por al menos una parte de las culturas nativas durante la etapa misional, debió incidir negativamente en sus posibilidades de sobrevivir dentro de un entorno tan difícil y en muchos sentidos precario como es el peninsular.

Sin embargo, antes de hablar acerca de un genocidio cometido por los jesuitas u otras aserciones por el estilo, conviene tomar en cuenta que: 1. La presencia europea en la Antigua California comenzó, con altibajos, desde el siglo XVI, mientras que los ignacianos llegaron hasta 1697; 2. La portación de enfermedades como la sífilis, la viruela y otras, fue mucho más importante por parte de pobladores civiles (soldados, marineros, pescadores, etcétera) que por parte de los propios misioneros, e incluso, a pesar de la indisposición de los jesuitas para que los nativos tuvieran trato con colonos ajenos a la misión, éstos coexistieron durante dicho periodo. Su influencia y comportamiento, por cierto, demostraron ser muy perniciosos para los nativos; 3. Evidente y obviamente, no existía una intención "genocida" por parte de los misioneros, así fueran en buena medida instrumentos (aunque en ningún modo pasivos, ni mucho menos complacientes) de la expansión del Imperio Hispánico; y 4. Según han documentado diversos estudiosos, los nativos tampoco fueron pasivos ni omisos en el desarrollo de estrategias de resistencia frente a la aculturación misionera. Por mi parte, considero además que existió un cierto mestizaje hasta ahora poco estudiado, dándose en cambio como un hecho la supuesta extinción de los californios, cuando los libros de registro de bautizos, casamientos y defunciones misionales dan cuenta de una sociedad local mucho más compleja que aquella supuestamente dividida entre la "gente de razón" y los indios, por más que esta sea la impresión que suelen transmitir los propios cronistas y misioneros, recogida por la mayoría de los historiadores. Desde luego,

[63] Ignacio del Río Chávez, *Conquista y aculturación en la California jesuítica, 1697-1768* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1998).

desaparecieron las culturas y lenguas originarias, pero no queda claro en qué medida los californios se fusionaron con mestizos, europeos y hasta filipinos que llegaron en diversos momentos a la región y en otros momentos también migraron fuera de ella.

María de la Luz Gutiérrez realiza las siguientes observaciones en relación con el impacto de la presencia jesuita en la Antigua California:

> …es evidente que la literatura jesuita de Baja California no representa la etnohistoria del contacto, sino más bien la etnohistoria de un proceso de prolongada aculturación. Sin embargo, dos aspectos inusuales de la misión jesuita hicieron que los ajustes experimentados por la vida aborigen durante esa dilatada etapa fuesen en extremo peculiares, aunque a la larga resultaran en lo mismo: la desaparición de la cultura y, peor aún, el exterminio[64] de la gran mayoría de los indígenas, de los cuales sobrevivieron tan sólo algunos grupos de filiación yumana en el septentrión peninsular. Primero, los jesuitas prohibieron casi todo asentamiento secular durante su ocupación de la península, medida que no se repitió en ninguna otra parte de las provincias misionales del Nuevo Mundo. Esto significa que, durante gran parte del periodo misional, hubo sólo un puñado de europeos sobre Baja California. De esta manera, los nativos californianos peninsulares nunca enfrentaron las mismas presiones de invasión y competencia por la tierra que –por ejemplo– los grupos de la Alta California, especialmente a lo largo de la costa. En segundo lugar, el fracaso general de la agricultura significó que en muchas de las jurisdicciones misionales los grupos nativos tuvieron que continuar su tradicional economía de caza-recolección y ciclo estacional a todo lo largo del periodo misional. Además, en agudo contraste con la expansiva economía ganadera de los franciscanos de la Alta

[64] Nuevamente, insisto en la necesidad de discutir a fondo términos como exterminio o genocidio cuando se habla de los efectos de la presencia jesuita en la península, que en este mismo fragmento del texto de la autora parece contradecir al subrayar que dicha presencia impidió las peores formas de explotación de los nativos por parte de los europeos. En todo caso, fue durante el siglo XIX cuando la población nativa peninsular se redujo a no más de 400 individuos, lo cual autorizaría hablar de su desaparición, sin tomar en cuenta lo mencionado líneas arriba acerca de un muy posible mestizaje, al menos parcial. Del mismo modo que nos parece prudente tomar distancia ante una historiografía hagiográfica respecto a los misioneros, creemos que vale la pena ser escépticos ante una historiografía "genocídica", hoy en boga por motivos ideológicos más que debido a la generación de nuevos conocimientos.

California, la misión jesuita nunca se insertó en el extenso sistema mundial en donde la producción se subordinaba al trabajo cautivo de los nativos americanos.[65]

Figura 32. Ignac Tirš, Lámina 31, *Dos indígenas californios tumban un venado con flechas, lo desuellan y asan en el campo*. Imagen tomada de: Luis González Rodríguez y María del Carmen Anzures Bolaños (edición, paleografía, traducción, investigación, estudios y glosarios), *Ignac Tirš, S. I. (1733-1781) Pinturas de la Antigua California y México…* 103.

Otro tema que conviene profundizar es respecto a las relaciones sociales entre los propios grupos cazadores-recolectores y cómo esas relaciones influyeron o se movilizaron a través de las distintas formas de resistencia adoptadas frente a la aculturación misionera. Como explica la investigadora Rosa Elba Rodríguez Tomp, la organización social propia de estas culturas eran bandas compuestas por un número reducido de individuos con algún grado de parentesco, entre los cuales operaba una estricta división del trabajo "donde cada individuo, según su sexo, edad y condición, ocupa[ba] un lugar con el que se identifica[ba], dentro y fuera de la esfera de su comunidad, con suficiente tiempo libre para dedicarlo a otras actividades distintas a la consecución de alimentos."[66] Dicha investigadora señala que el carácter endogámico de las bandas obligaba a mantener tratos, relaciones y alianzas temporales con otras bandas para favorecer cierto nivel de exogamia y aprovechar de la mejor manera posible los recursos. De acuerdo con su propuesta,

[65] María de la Luz Gutiérrez, "Baja California: el Otro México", en Beatriz Braniff (coord.), *La Gran Chichimeca. El lugar de las rocas secas*… 276.
[66] Rosa Elba Rodríguez Tomp, *Cautivos de Dios. Los cazadores recolectores de Baja California durante la Colonia*… 26.

eran los ayuntamientos matrimoniales el mecanismo que concretaba estas alianzas y ampliaba los vínculos parentales.[67]

Se apunta, del mismo modo, que a pesar del optimismo que a veces expresan los misioneros en relación con la posibilidad de incorporar a los nativos californios dentro de una vida "política", en realidad fue reducido el número de californios dispuestos a residir en la misión y colaborar con ella, lo cual realizaban durante periodos cortos y más por conveniencia que por convicción, atraídos por la disponibilidad temporal de alimentos. El propio modelo implementado por los misioneros, de estancias cortas alternadas por parte de algunos grupos en los terrenos de la misión, condicionado por una baja disponibilidad de alimentos en relación con el número de neófitos, estimulaba pocas posibilidades de arraigo y, por el contrario, liberaba forzosamente a los nativos de cualquier obligación y hasta contacto con los misioneros durante periodos de tiempo en los cuales seguramente regresaban a sus viejas formas de vida.

Figura 33. Restos de construcciones nativas de piedra (cercos o "corrales") donde se resguardaban los californios. Fotografías tomadas de: Beatriz Braniff (coord.), *La Gran Chichimeca…* 59.

Por su parte, los misioneros no dejaron de quejarse del sentimiento de desapego manifestado por los nativos, pero también respecto a prácticas que denominan holgazanería, irresponsabilidad, gusto por las burlas, los engaños, etcétera; las

[67] Rosa Elba Rodríguez Tomp, *Cautivos de Dios. Los cazadores recolectores de Baja California durante la Colonia*… 139.

cuales en cierta manera deben haber constituido formas de resistencia cultural ante la vida de trabajo incesante que prometían los evangelizadores. Tomemos en cuenta lo ya mencionado en el sentido de que la vida de un grupo cazador-recolector es diametralmente distinta a la de un grupo agricultor. Mientras el primero se abastece de los recursos existentes, gozando de una importante cantidad de tiempo libre, el segundo está obligado a mantenerse al tanto de diversas actividades productivas. El agricultor y aún más, el ganadero (como era el modelo impuesto en las misiones) explota sus propios cultivos y crianzas, para lo cual es necesario invertir un cúmulo ingente de tiempo y atención. Tal es lo que realizan en la actualidad los habitantes de cualquier rancho en la propia península u otra zona del mundo donde el agua es escasa y el clima hostil. Sin duda, se requiere poner en práctica mucha disciplina y distintas acciones técnicas complejas y continuas, que permitan criar, sembrar, cosechar y almacenar los alimentos en un entorno como el peninsular, por no mencionar las actividades devocionales que también introdujeron los misioneros. Tales ocupaciones y preocupaciones eran del todo ajenas a los grupos de cazadores-recolectores, quienes tenían otras formas, no menos sofisticadas pero tal vez más relajadas o liberales, podría decirse, de interactuar con el medio.

Rosa Elba Rodríguez Tomp, quien no duda en asimilar la etapa misional californiana como un periodo durante el cual los nativos padecieron cautiverio, apreciación que no deja de ser discutible en virtud de varios de los datos que hemos mencionado, señala:

> Muy pronto quedó claro para los responsables de las misiones que los naturales no podrían, salvo contadas excepciones, integrarse a la vida sedentaria formando parte de la población mestiza, como había sucedido en otros lugares del reino. Lo que los misioneros juzgaron como tozudez, inmadurez, inconstancia o falta de compromiso en los catecúmenos puede ser considerado en la actualidad como un permanente desconcierto ante la pérdida de los rasgos culturales adecuados para mantener a las poblaciones en equilibrio con su entorno y las dudosas facultades de las nuevas costumbres para garantizarles la sobrevivencia. Los registros misionales abundan en casos de lo que se ha llamado resistencia pasiva, traducida en apatía,

desobediencia, descuido y otras manifestaciones de profunda inconformidad o de lo que algunos investigadores modernos atribuyen a trastornos psicológicos.[68]

Un aspecto importante para este trabajo y que resulta revelador tanto de las condiciones materiales de vida de los californios como de la forma en que se juzgaron éstas por parte de los misioneros, es la descripción que hace el padre Miguel del Barco acerca de sus habitaciones y las maneras de habitar el territorio:

> No es mejor ni más acomodada la casa y habitaciones de los californios que sus traje y vestidos. Moraban juntos los de cada ranchería en los parajes donde los forzaba a vivir la precisa necesidad, y los pocos aguajes que hay en la tierra; pero fácilmente mudaban de rancho, según la precisión de ir a buscar su sustento en otros lugares. Donde quiera que paraban, se acogían a la sombra de los árboles, para resistir de día los bochornos del sol y guarecerse de algún modo el resto de la noche e inclemencias del tiempo. En el rigor del invierno vivían algunos en cuevas subterráneas, que formaban, o que les ofrecían en sus grutas los montes. Hacia el cabo de San Lucas, hacían de ramas algunas chozas, semejantes a las cabañas de los pastores, habiendo acaso aprendido de las barracas que vieron formar en tierra a los navegantes, cuando por alguna necesidad han dado fondo cerca del Cabo. Bien que semejantes chozas se han hallado en el monte hacia los 30 grados de altura, y se encuentran también más adelante algunas, y todas éstas aun en medio de la tierra. Tienen por lo regular estas chozas del norte menos de dos varas de diámetro y, no pudiendo extenderse para dormir, duermen o encogidos o medio arqueados. Otros, en el mismo norte, no tienen chozas, hacen en la tierra una especie de sepultura como media vara de profunda, en donde están defendidos del aire pero a cielo descubierto.
>
> En lo demás de la tierra, sus casas se reducen a un cercadillo de piedra, en algunas partes de media vara de alto, y en una en cuadro, sin más techo que el

[68] Rosa Elba Rodríguez Tomp, *Cautivos de Dios. Los cazadores recolectores de Baja California durante la Colonia*… 196. Si realmente hubiera habido cautiverio en lugar de aculturación (que es el término propuesto por el historiador Ignacio del Río para analizar los mismos fenómenos y nos parece más preciso), los nativos no habrían podido, como el término indica, desprenderse de un destino marcado por el encierro más que por el cambio cultural y las enfermedades. Por mi parte, resulta asimismo muy difícil juzgar psicológicamente el comportamiento de individuos anónimos desaparecidos hace cientos de años, cuya conducta solo conocemos a través de las versiones claramente distorsionadas y distorsionadoras que nos ofrecen sus cronistas-aculturadores.

> cielo. Casas verdaderamente tan estrechas, y pobres, que en su comparación pueden llamarse palacios las sepulturas. Dentro de esta casa no caben tendidos, y les es forzoso dormir sentados dentro de aquel pequeño recinto. Mas esto deberá entenderse de alguna u otra ranchería[69] o acaso de alguna u otra persona, que usaba tales casas; pues por lo común eran estos cercadillos de más de dos varas de diámetro, de suerte que por lo menos cabían dentro marido, mujer y los hijos pequeños. Eran redondos, y de tres palmos o más de altos. Es verdad que en las cabeceras han hecho algunos por dar gusto a los padres, sus casas pequeñas, cubiertas de paja o cosa equivalente; pero muchos no las habitaban a los principios ni había forma de reducirlos a ellas; porque se angustiaban debajo de techado. Tan cierto es que la mayor parte de las necesidades de la vida son hijas solamente de la aprensión de los hombres, del ejemplo y de la costumbre. Mas ya en las misiones antiguas gustan mucho de vivir en las casas cubiertas, a excepción, cuando más, de los viejos, que se criaron sin conocer casas ni se acostumbraron después a vivir en ellas.[70]

Por su parte, el también misionero Juan Jacobo Baegert se expresa en los siguientes términos acerca del carácter de los californios, teniendo como pretexto la descripción de la lengua guaycura:

> Es fácil imaginarse qué clase de lenguaje melindroso, rico en palabras y abundante en hermosas locuciones, puede hablar una nación que no tiene ni policía, ni religión, ni autoridad, ni leyes; que viven sin honra, sin vergüenza, sin ropa y sin habitaciones; una nación que que no se ocupa en nada, que no habla, no piensa, no medita y no se preocupa más que de comer y de otras cosas características de las bestias; una nación que no lleva amistad ni relaciones, ni comercio con nadie; que solamente consiste de unos cuantos cientos de almas y nunca sale de una estrecha faja de

[69] Según aclara Miguel León-Portilla: "Es este un término ampliamente usado por los misioneros y exploradores, sobre todo en las regiones del norte de la Nueva España. Con él se designaba a un conjunto de varias familias emparentadas entre sí, generalmente dentro de un esquema de linaje patrilineal. Una ranchería incluía entre cien y doscientos cincuenta individuos. Las rancherías californianas tenían una zona más o menos circunscrita en la que sus miembros practicaban la caza y la recolección. Este concepto en modo alguno significa el establecimiento formal de una población fija a modo de aldea o pueblo." Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*… 188.

[70] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*… 188-189.

terreno, en cuyos confines no se ven más que espinas y piedras, animales, salvajes y sabandijas.

De mi misión, se escapó un hombre de unos sesenta años, llevando consigo a su hijo, un muchacho de unos seis años. Por mucho tiempo, los dos anduvieron prófugos y enteramente solos en los desiertos californianos. Al fin, después de cinco años, se logró dar con ellos y hacerlos regresar a la misión. Es fácil imaginarse qué uso deben haber hecho de su idioma estos dos ermitaños y qué sublimes problemas deben haber sido el tema de sus conversaciones, en su trato diario. A su regreso, el muchacho, que entonces tenía unos doce años, apenas supo pronunciar unas cuantas palabras; con excepción de agua, madera, lumbre, serpiente, ratón, etc., no conocía los nombres de las cosas, de modo que sus propios paisanos le calificaron de "tonto y sordo Pablo", que era su nombre de pila. No andaría muy desatinado el que quisiera aplicar la historia de este muchacho a todo el pueblo.[71]

Este tipo de expresiones, comunes en cierta medida a todos los misioneros, pero que en Baegert adquieren mayor beligerancia, son contradichas frecuentemente por los mismos autores, como veremos en otros apartados de este trabajo, cuando se celebra la disposición de los nativos para participar en las actividades colectivas o incluso fungir como talentosos operarios. Tal es el caso del famoso cochimí ciego bautizado como Andrés Comanji, de quien se trata en forma extensa dentro del capítulo dedicado a la arquitectura. También, en la misma parte de este trabajo otorgamos algún espacio al análisis acerca de los distintos grupos humanos, nativos y no nativos, que coexistieron en la Antigua California durante la época misional, así que no nos extenderemos demasiado al respecto en este apartado. Nos parece, en todo caso, que son temas de mucho interés y están lejos de agotarse, además de que requieren más investigación, dificultada por la desaparición de muchos documentos elaborados por los jesuitas pero también debido al carácter claramente parcial de los que sobreviven. Esto es, independientemente de los libros de misión (registros de bautizos, casamientos y fallecimientos), la mayor parte de la

[71] Juan Jacobo Baegert*, Noticias de la península americana de California* (La Paz: Archivo Histórico Pablo L. Martínez, 2013) 129-130.

documentación producida por los misioneros tiene una intención francamente propagandística.

Mientras los jesuitas estaban en la península deseaban proyectar, en general, una imagen de éxito o al menos posibilidades de lograrlo respecto a la evangelización, lo cual implicaba ponderar en alguna medida la respuesta y el carácter de los nativos. Cuando, en cambio, estaban en serio peligro frente a algunos de estos nativos o se encontraban expulsos, fuera de la península, deseaban desmentir acusaciones acerca de enriquecimiento y fortuna, o presentarse a sí mismos como víctimas de un destino adverso e inevitable, lo cual indujo posturas que han sido calificadas como pesimistas, cual es el caso de la expresada por el citado Juan Jacobo Baegert. Lo cierto es que ni en uno ni en otro contexto deberíamos dejarnos seducir por la elocuencia de estos discursos (en varias ocasiones, insistimos, claramente contradictorios); mucho menos apostar por su pretendida objetividad.

Figura 34. Ignac Tirš, Lámina 33, *Una india california carga pulpa de semillas verdes. Vaquero de origen español.* Imagen tomada de: Luis González Rodríguez y María del Carmen Anzures Bolaños (edición, paleografía, traducción, investigación, estudios y glosarios), *Ignac Tirš, S. I. (1733-1781) Pinturas de la Antigua California y México…* 107.

El historiador W. Michael Mathes hace una síntesis sumamente ilustrativa de la forma como misioneros y otros visitantes europeos de la península retrataron a sus habitantes originarios durante los siglos XVI-XIX, con estos dos párrafos que vale la pena transcribir:

Los misioneros presentaron una imagen generalmente negativa de los californios. Se les describió como ignorantes, insensibles, codiciosos, faltos de razón, holgazanes, infantiles, entregados al placer en sus juegos y danzas, así como con una débil voluntad. Según esto eran incapaces de abstraer conceptos, la razón natural y la gracia divina, pero eran ambiciosos y orgullosos sin avaricia, no dados al hurto, y únicamente entregados a satisfacer sus necesidades de sustento inmediato. Eran vengativos y violentos pero cobardes cuando se les confrontaba, y como los niños (Venegas). Las personas se consideraban de poca inteligencia, lentos para aprender, capaces de contar solo hasta seis, con escasa noción de culpa, vergüenza o gratitud, dados a las labores manuales, con poco interés por la higiene, bañándose infrecuentemente o lavándose nada más con agua caliente u orina. Sin embargo, se les consideraba buenos corredores y caminantes incansables (Baegert). Ninguna otra gente en el mundo era tan ignorante, pobre o lenta (Sales).

Los pericús fueron considerados amistosos, honestos, amables y alegres (Ascención, Ortega, Porter, Atondo), y no mentirosos, ni ladrones, ni aficionados al alcohol (Porter). La gente alrededor de Loreto se consideraba vivaz y alerta, corrigiendo en sus errores lingüísticos a los misioneros que trataban de hablar su lengua, mostrando un buen nivel de razonamiento e inteligencia (Píccolo). Los cochimíes fueron señalados como generalmente amistosos y pacíficos (Ulloa), más honestos y civilizados que otros grupos (Venegas). En Loreto, Cadegomó, Guadalupe y Mulegé la gente desagradable, falsa y dejada; en El Rosario y San Fernando, eran modestos, pacíficos y dóciles. Los yumanos de Santo Domingo y San Vicente eran incansables, arrogantes y rebeldes; en San Miguel eran veloces, indóciles, extremadamente independientes, valientes y belicosos (Sales). La gente del noroeste era dócil, aficionada al canto, a las adivinanzas y las carreras; a lo largo de las riberas del Río Colorado la población era belicosa y caníbal (Longinos).[72]

La Antigua California fue, durante todo el periodo virreinal, territorio de disputas e intereses no solo económicos y políticos, sino también programáticos (acerca de su visión del mundo dentro de un proyecto corporativo) en el caso de la Compañía de

[72] W. Michael Mathes, "Ethnohistoric Evidence", en Don Laylander and Jerry D. Moore (eds.), *The Prehistory of Baja California…* 50.

Jesús. Es necesario tener ello muy en cuenta. Del mismo modo, las distintas visiones actuales acerca del fenómeno misionero en el noroeste mexicano difícilmente escapan de una intención polémica estrictamente contemporánea, que tiene en su centro la disputa por una narrativa acerca de la colonización, el colonialismo, la aculturación y el cambio cultural en general. En ella se involucra el papel de los ignacianos dentro de la historia, ya dijimos, no solo peninsular sino del mundo entero, durante los siglos del virreinato, a la par que se juzgan fenómenos concurrentes con dicha expansión misionera (y no necesariamente idénticos a ésta), como la colonización septentrional por parte de mineros, soldados, pescadores de perlas y otro tipo de exploradores. Por último, es necesario considerar el impacto brutal que tuvieron sobre las poblaciones locales y al mismo tiempo rotundo fracaso en esta región de las llamadas reformas borbónicas, precisamente implementadas a la salida de los jesuitas, luego de una expulsión que en sí misma sigue siendo motivo de profundas reflexiones e intensos debates. Tales temas exceden las intenciones de este trabajo, si bien de una forma u otra inciden sobre la interpretación de prácticamente todos los temas que en él se tratan, constituyendo en muchos casos interrogantes abiertas que atañen al destino de los grupos nativos de la Antigua California.

Pensamos que hasta aquí se han planteado algunos de los motivos ambientales, geográficos y sociales que sustentan nuestra propuesta para considerar la existencia de un núcleo misional de la región. Los otros dos aspectos fundamentales: los propiamente históricos y los simbólico-devocionales, estrechamente ligados unos con otros, son inseparables de los procesos de exploración, fundación y desarrollo de los cuatro emplazamientos misionales que hemos estudiado. Por ello, hemos decidido tratarlos en los siguientes dos apartados de este capítulo, pero también en los dos capítulos subsiguientes, dedicados a la arquitectura en general y específicamente a cada emplazamiento. El motivo es que, evidentemente, los edificios misionales son resultado y al mismo tiempo testimonio de los procesos históricos, sociales y culturales que dieron forma a los sitios donde ahora se encuentran. De tal forma que el influjo social de los primeros misioneros californianos, sus acompañantes y sucesores, el relato de sus actividades, la huella

impresa por tales actos y momentos fundacionales en los lugares que dedicaron a determinadas devociones y donde incluso reposan hoy sus propios restos mortales en la mayoría de los casos, no pueden sino abordarse en relación con las características específicas (materiales y formales) de los edificios.

I.4 Exploraciones

Miguel León-Portilla, dentro de su libro *Cartografía y crónicas de la Antigua California*, plantea la importancia que tuvo el conocimiento del territorio peninsular bajacaliforniano durante los siglos XVI y XVII, no solamente por sus implicaciones dentro del ámbito de la expansión fronteriza del Imperio Hispánico sino incluso como aporte para la configuración de una imagen del mundo. Establecer una representación fiable de dicha región, a través de múltiples expediciones, especulaciones y tentativas de asentamiento, permitió la definición de los perfiles de América y el planeta entero, involucrando la posibilidad de comprender las relaciones geográficas con Asia, hasta entonces todavía inciertas.

> La gran cuestión de si el Nuevo Mundo estaba unido o no al continente asiático, cuya elucidación tanto interesó a cuantos siguieron en pos de lo alcanzado por Colón, es precisamente asunto clave de nuestro tema. Basta con asomarse a la cartografía del Nuevo Mundo, y del orbe en general, producida en los mencionados siglos, para percatarse de que la incógnita perduró mucho tiempo, localizada justamente en el ámbito noroeste del continente americano. En algunos mapas se mira allí una gran península de perfiles imprecisos, en tanto que en otros aparece una enorme isla cuyo extremo septentrional se representa de muy variadas formas.[73]

Por ello, la empresa exploradora de las Californias empezó muy temprano después del asentamiento de los conquistadores en el Valle de México. Fue justamente el conquistador Hernán Cortés quien primero organizó viajes de reconocimiento a la región, manifestando desde un momento tan incipiente como el año 1522 la

[73] Miguel León-Portilla, *Cartografía y crónicas de la Antigua California* (México: UNAM, 2001) 3.

importancia geoestratégica de la llamada Mar del Sur y los motivos que impulsaban la intención de incorporar sus islas al territorio de la Nueva España:

> Yo tenía, muy poderoso señor, alguna noticia, poco había, de otra mar del Sur, y sabía que por dos o tres partes estaba a doce y a trece y a catorce jornadas de aquí; y estaba muy ufano, porque me parecía que en la descubrir se hacía a vuestra majestad muy grande y señalado servicio, especialmente que todos los que tienen alguna ciencia y experiencia en la navegación de las Indias, han tenido por muy cierto que, descubriendo por estas partes la mar del Sur, se había de descubrir y hallar muchas islas ricas de oro y perlas y piedras preciosas y especiería y se había de descubrir y hallar otros muchos secretos y cosas admirables; y esto han afirmado y afirman también personas de letras y experimentadas en la ciencia de la cosmografía…[74]

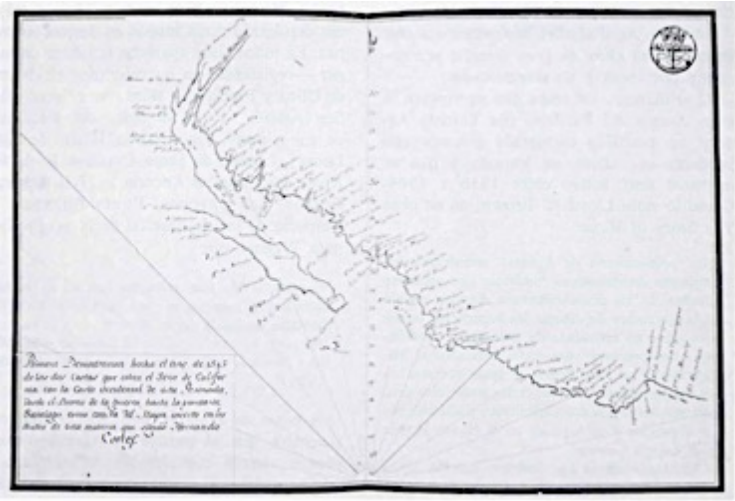


Figura 35. ***Primera Demostración hecha el año de 1543 de las dos Costas que ciñen el Seno de California con la Costa occidental de esta Península desde el Brazo de la Sierra hasta la Punta de Santiago, como consta del Mapa inscrito en los autos de esta materia que siguió Hernando Cortés.*** **Tomado de: Miguel León-Portilla,** ***Cartografía y crónicas de la Antigua California… 53.***

Efectivamente, aunque existía para esos tiempos un gran desconocimiento geográfico respecto a dicha zona, se compensaba con una enorme claridad acerca

[74] Hernán Cortés, *Cartas y documentos*, introducción de Mario Hernández Sánchez-Barba (México: Editorial Porrúa, 1969) 35.

de las expectativas que se tenían en “descubrir y hallar”, cuyos objetivos eran sustancialmente comerciales. En torno a las “islas” del Mar del Sur y en ellas mismas se preveía localizar yacimientos de perlas, oro y diversos minerales cuya existencia o al menos sospecha era de cierto conocimiento público. Por otra parte, tal ruta era inevitablemente la que posibilitaría cualquier navegación con rumbo a las islas de las especias. Se esperaba llegar fácilmente desde ahí hacia lugares como el archipiélago de las Molucas (región de Indonesia donde era posible obtener productos muy valiosos para la época, como la nuez moscada y el clavo de olor). Lo anterior debido a que ya desde tiempos de Cristóbal Colón esas zonas insulares se pensaron mucho más cercanas y disponibles para el continente americano de lo que realmente se encuentran.

Figura 36. ***Paso por tierra a la California y sus confinantes nuevas Naciones y Misiones nuevas de la Compañía de JHS [Jesús] en la América Septentrional. Descubierto, andado y demarcado por el Padre Eusebio Francisco Kino, jesuita, desde el año de 1698 hasta el de 1701*****, en Archivo General de Indias (AGI),** ***Signatura:*** **MP-MEXICO, 95.**

Con tales alicientes y bajo su propio riesgo, Cortés desarrolló un total de cuatro expediciones entre 1527 y 1539, participando personalmente en la tercera de ellas, durante la cual desembarcó, el 3 de mayo de 1535, en algún lugar cercano al actual

puerto y bahía de La Paz, Baja California Sur. En conjunto, las cuatro expediciones lograron vencer grandes dificultades y obstáculos, algunos de ellos puestos por el propio gobierno virreinal, ya fuera del control cortesiano y poco dispuesto a que este personaje continuara acumulando poder. Se obtuvo información muy valiosa para el futuro establecimiento del comercio transpacífico.

Entre otros datos, esos viajes dieron testimonio indudable de que el camino hacia Oriente pasaba por la península. La última de estas expediciones, encabezada por el navegante Francisco de Ulloa, logró reconocer tanto su litoral interior como exterior, es decir la costa del Golfo de California o Mar de Cortés, así como la del Pacífico (fig. 35). Tal recorrido llevó a descartar la idea de que existía un paso marítimo desde la costa interna hacia la Mar del Sur, estableciendo que California era península en lugar de ínsula, como siempre se había supuesto.[75] No obstante, tal confusión se prolongó todavía durante siglos y hasta el XVIII se siguió hablando acerca de un supuesto Estrecho de Anián que idealmente conectaría el océano Atlántico con el Pacífico. Tocó al padre jesuita Eusebio Francisco Kino realizar un par de viajes por tierra, el primero junto con el padre Juan María Salvatierra, en el año 1700 y luego de manera solitaria, en 1701, para confirmar que California estaba comunicada con tierra firme (fig. 36).[76]

Después de Cortés, fue el virrey Antonio de Mendoza quien tomó a su cargo el patrocinio de las exploraciones a California, llevado por un interés empresarial personal y también en representación de la Corona Española. Entre 1539 y 1542, fomentó el desarrollo de tres expediciones, algunas de ellas tanto por tierra como por mar. Éstas consiguieron avanzar bastante al norte en el reconocimiento de la costa del Pacífico o Mar del Sur, delineando los perfiles de lo que tiempo después se convertiría en la Alta California, hasta el cabo Mendocino e islas adyacentes. Por otra parte, también lograron navegar hasta las islas de Oriente denominadas Filipinas en honor a Felipe II, que ya habían sido exploradas por Magallanes unas décadas antes, si bien los expedicionarios enviados por Mendoza no pudieron encontrar ruta de regreso a la Nueva España.

[75] Miguel León-Portilla, *Cartografía y crónicas de la Antigua California…* 35-56.
[76] Ver: Carlos Lazcano Sahagún y Gabriel Gómez Padilla, *Kino en California. Textos, cartografías y testimonio 1683-1711* (México: Universidad Iberoamericana-ITESO, 2021).

El virrey Luis de Velasco, en 1564, fue quien organizó la expedición definitiva para lograr tal intento. En esa ocasión se aprovecharon todas las experiencias previas y reclutó asimismo a experimentados navegantes como el propio Andrés de Urdaneta, quien había acompañado a Juan Sebastián Elcano –segundo al mando durante los viajes de Magallanes– en una travesía previa, el piloto portugués Esteban Rodríguez y el capitán Miguel López de Legazpi, éste último quien iba al frente de la expedición. Tal viaje fue fundamental para el establecimiento del comercio transpacífico, pues utilizó información seguramente proporcionada por navegantes orientales para corregir la búsqueda de una ruta de regreso o tornaviaje desde Filipinas. Tal recorrido debía hacerse, partiendo de las islas Filipinas, en sentido contrario a lo que indicaba el sentido común, hacia el norte. Ahí transcurre una corriente llamada por los japoneses Kurosivo, "corriente negra", que conduce con gran fuerza desde dichas latitudes hasta las cercanías de la Alta California.[77]

Figura 37. ***Delinatio nova et vera partis avstralis Novi Mexici cvm australi parti insulae CALIFORNIA saeculo priori ab Hispanis detecta.*** **Tomado de: Miguel León-Portilla,** ***Cartografía y crónicas de la Antigua California…*** **110.**

El descubrimiento de la ruta del tornaviaje transpacífico conllevó un reforzamiento de la importancia que tenía California para estas navegaciones, pues dicha ruta implica un esfuerzo de mayor duración y dificultad que las previstas, haciendo indispensable el establecimiento de un puerto intermedio entre Filipinas y Acapulco, destino final de cualquier intercambio comercial novohispano con Oriente. Dicho

[77] Miguel León-Portilla, *Cartografía y crónicas de la Antigua California…* 59-71.

puerto solo podía situarse en algún lugar de la costa del Pacífico dentro del ámbito geográfico californiano, ya que de otra manera los marineros estaban condenados a perecer por agotamiento y enfermedad, además de hallarse expuestos a ataques por parte de corsarios bajo bandera de las naciones protestantes.

En general, el énfasis de las exploraciones posteriores se trasladó hacia la habilitación del mencionado puerto "de refresco" para el tornaviaje filipino y rumbo a la explotación perlífera del amplio espacio marítimo que rodea la península. Como ya dijimos, no dejó de haber confusiones respecto a la posibilidad de que existieran otras rutas para viajar de Occidente a Oriente, ni respecto a la peninsularidad de California. Pero la totalidad de las exploraciones desarrolladas durante la última etapa de este proceso, delimitada entre 1596 y 1682, tuvo tales fines primordiales. Estas expediciones ascienden a por lo menos media docena, con predominio del patrocinio privado y una contribución importante para delinear con mayor precisión los litorales de la región. No obstante, fueron expediciones menos ambiciosas que las anteriores, con excepción de las realizadas por el piloto extremeño Sebastián Vizcaíno, quien en 1596 y 1602-1603 recorrió estas costas y exploró más allá de la Alta California por el Pacífico.

Hay que mencionar, asimismo, que algunos de estos viajes se vieron obligados a combinar fines exploratorios y empresariales con la defensa militar de la nao de Filipinas, como ya hemos dicho asediada permanentemente por bucaneros de otras naciones europeas. Ello ocurrió especialmente en el tramo de su viaje que comprendía la navegación, cargada de mercancías, entre las costas de California y el puerto acapulqueño.[78]

No fueron fáciles de conseguir los objetivos propuestos por dichas iniciativas, sobre todo en virtud de que los empresarios involucrados veían muy difícil recuperar en un plazo razonable la inversión realizada. Por ello, en el año 1682 se optó por desarrollar una campaña de carácter mixto, encabezada por el jefe militar del actual estado de Sinaloa, almirante Isidro de Atondo y Antillón, en su doble carácter de empresario interesado por participar de la explotación perlera y representante del gobierno virreinal, responsable de facilitar el deseado puerto de abrigo para la

[78] Miguel León-Portilla, *Cartografía y crónicas de la Antigua California…* 81-101.

navegación transpacífica. Con enorme tino, Atondo (emparentado por vía materna con el santo jesuita Francisco Xavier) y el gobierno virreinal dispusieron que la expedición contara con el acompañamiento de un cosmógrafo ignaciano involucrado en la expansión misionera de su orden: el padre Eusebio Francisco Kino. La combinación de las habilidades militares y náuticas de Atondo con la destreza científica y los intereses evangelizadores de Kino probó ser la única fórmula viable para conquistar la península y se constituyó en antecedente inmediato sin el cual resulta imposible comprender la estrategia utilizada posteriormente por la Compañía de Jesús para establecerse en la Antigua California.

Atondo y Kino realizaron tres viajes a la península entre 1683 y 1685. El primero desembarcó en el actual puerto de La Paz, donde se instaló un real denominado Nuestra Señora de Guadalupe, en el cual seguramente hubo una capilla improvisada que constituiría la primera fundación jesuítica en la Antigua California. Sin embargo, tal emplazamiento solo duró tres meses y rápidamente quedó claro que no era lugar óptimo para establecerse. Ello, debido tanto al conflicto que surgió con los nativos guaycuras que ahí habitaban como las difíciles condiciones de aridez que caracterizaban el sitio y lo habían hecho inviable desde que Cortés y sus acompañantes trataron de establecer una población en sus inmediaciones durante el año 1535.

El segundo viaje inició el mismo año de 1683 y concluyó hasta 1685. Acompañaron a Kino y Atondo otros dos jesuitas: Juan Bautista Copart y Matías Goñi. El derrotero de la navegación se dirigió más al norte, pues la prioridad era localizar lugares menos áridos y expuestos a la enemistad con los nativos. Por diversos mapas que Kino elaboró en torno a 1685 y las relaciones que se conservan de este viaje es posible observar que hubo una exploración intensiva y detallada de una porción de la península que abarcó desde el sur de la Bahía de La Paz hasta el norte del actual Loreto, entonces identificados respectivamente como “provincias” de La Trinidad y San Andrés (fig. 38). La base para tales exploraciones fue un asentamiento localizado al norte de Loreto y en proximidad de la isla llamada de Coronados, lugar que adoptó el nombre de San Bruno. Ahí se proyectó una pequeña

fortificación cuyos planos se conservan en el Archivo General de Indias y constituye el único edificio peninsular de la época documentado en forma gráfica.

Figura 38. ***Delineación de la Nueva Provincia de S[an] Andrés, del Puerto de la Paz, y de las Islas circumvecinas de las Californias, ó Carolinas, que al Excell[entísi]mo Señor D[on] Thomás Antonio Lorenzo Manuel Manrique de la Zerda Enríquez y Afán de Ribera Porto-Carrero y Cárdenas, Conde de Paredes, Marqués de la Laguna, Comendador de la Moraleja en la Orden y Caballería de Alcántara, del Consejo de su Magestad, Cámara y Junta de Guerra de Indias, su Virrey, Lugarteniente, Governador y Capitán General de la Nueba España y Presidente de la R[ea]l Audiencia de al Nueba España y Chanzellaría della, dedica y consagra la Mission de la Comp[añí]a de IESVS de dichas Californias ó Carolinas en 21 de Dic[iembre] día del Glorioso Apóstol de las Indias S[anto] Thomas, de 1683 años*****. Archivo General de Indias (AGI), signatura: MP-MEXICO, 76.**

Aparte de explorar la costa y dedicarse a estudiar la lengua cochimí, propia de los nativos del centro y norte peninsular, los jesuitas y Atondo exploraron el interior de esa porción de la California. Conocieron una sierra a la cual denominaron La Giganta y tuvieron oportunidad de darse cuenta que sus características la convertían en la mejor zona hasta entonces identificada en cuanto a condiciones naturales para propiciar la agricultura y ganadería, actividades sin las cuales era impensable mantener población alguna. Asimismo, cruzaron a la contracosta del Pacífico, delineando en buena medida las rutas que comunican uno y otro litoral. Para Kino quedó claro que era posible fundar en la inhóspita península y que tal esfuerzo debía concentrarse por lo pronto en su región central, bañada por afluentes de agua dulce que descienden de la zona serrana. También exploraron una

ensenada que denominaron San Dionisio, actual puerto de Loreto, en la cual observaron que parecía haber más vegetación y agua dulce cerca de la costa que en el propio San Bruno. Todos estos datos se conservaron en la memoria y documentos, transmitiéndose a los involucrados en la expedición que realizaría con posterioridad Juan María de Salvatierra.

El último intento de expedición donde participó Kino, en 1685, resultó fallido porque Atondo tuvo que acudir precipitadamente a proteger la nao de Filipinas, pero también en virtud de que se consideraba haber gastado muchos recursos en estas campañas sin obtener ningún beneficio tangible por parte de la Corona ni la proyectada empresa perlífera. Se calcula en alrededor de un cuarto de millón de pesos lo que habían costado tales viajes y se les estigmatizó durante mucho tiempo como esfuerzos inútiles. En realidad tal consideración solo puede comprenderse a partir del enorme sentido de urgencia y crisis que impregnaba la visión de las autoridades virreinales, presionadas a su vez desde la metrópoli y apremiadas por ofrecer mejores condiciones de seguridad para la navegación transpacífica, muy ansiosas asimismo por ver florecer rápidamente la extracción de perlas. Tanto así, que el monarca español Carlos II, después de estas expediciones y con una evidente falta de visión respecto al futuro inmediato, prohibió que se hicieran más gastos para la exploración californiana.[79]

En el siguiente apartado nos dedicamos a analizar de manera detallada la forma como se constituyó y operó el Fondo Piadoso para las Misiones de Californias. Dicho instrumento, soportado por donaciones de particulares involucrados en la empresa evangelizadora pero también sumamente interesados en el comercio transpacífico, junto con una serie de estrategias adoptadas después de las expediciones de Atondo y Kino, compartidas por éste último y el padre Juan María de Salvatierra, entre otros actores, constituyeron la trama económica, política y logística que posibilitó al mencionado Salvatierra fundar Loreto en 1697.

Como podremos apreciar, los jesuitas no solo recopilaron una cantidad ingente de información geográfica y lingüística, sino que construyeron un andamiaje legal e institucional que les permitió emprender la aventura californiana con los

[79] Miguel León-Portilla, *Cartografía y crónicas de la Antigua California…* 105-131.

menores obstáculos posibles. En forma resumida, se puede afirmar que asumieron entre ellos y sus benefactores los aspectos financieros y negociaron con el gobierno virreinal los políticos para contar con una casi absoluta autonomía, no solo durante la expedición fundacional sino a lo largo de toda su presencia. Por último, se dirigieron hacia aquella zona geográfica más promisoria, mejor explorada y cartografiada, que para entonces era la mencionada región central de la península, donde fundarían sus principales misiones.

Figura 39. Garci Rodríguez de Montalvo, *Las sergas del muy virtuoso y esforzado caballero Espaldián hijo de Amadís de Gaula* (1508). Portada del libro caballeresco del cual supuestamente procede el nombre California. Tomado de: https://www.alamy.es/flyleaf-de-las-sergas-de-esplandian-cuarto-libro-de-una-serie-de-libros-de-caballeria-espanola-amadi-escrito-por-garci-rodriguez-de-montalvo-1504-madrid-biblioteca-nacional-ubicacion-biblioteca-nacional-de-coleccion-madrid-image219857684.html

Antes de continuar, cabe dedicar unas líneas al carácter “legendario” y “romántico” con el cual los historiadores del siglo XX, encabezados por el admirable Miguel León-Portilla, han teñido las interpretaciones predominantes acerca de los sucesos antes relatados. Nos parece que, sin negar el papel que dentro de la sociedad novohispana podían tener los mitos y la literatura caballeresca como instrumentos para la comprensión de la geografía del Nuevo Mundo, se han exagerado mucho esos factores en detrimento del sentido práctico que sin duda orientó todas las

exploraciones californianas, incluyendo las cortesianas.[80] Puede ser, incluso –eso pienso– que el nombre mismo de California proceda menos de la literatura caballeresca (como se suele afirmar casi unánimemente, ver fig. 39) que de una toponimia extraída de la lengua vasca con que se comunicaban muchos navegantes de la época. Lo anterior, pues la expresión euskera *kala-furni* significa "playa o rada junto al arco", lo cual describiría en forma bastante precisa el aspecto del actual puerto de Cabo San Lucas, originalmente la primera zona conocida como California y desde entonces hasta la fecha el rasgo geosimbólico más característico de la península.[81]

En todo caso, lo que interesa subrayar es que los diversos exploradores sucesivos de la California tenían objetivos muy claros y perseguían fines enteramente prácticos, y que desde Cortés hasta los propios Kino y Salvatierra hubo siempre conciencia de estarse enfrentando a una empresa que combinaba dos elementos típicos de la expansión hispánica durante los siglos XVI al XVIII: intereses comerciales-geopolíticos y un proyecto globalizador de la religión católica más allá de las fronteras por entonces constituidas, hasta abarcar al mundo entero. Pretender que el mito, la leyenda o la mera imaginación fueron motor central de las exploraciones californianas, razón de su toponimia y en último caso, justificación de casi todo lo ahí ocurrido durante los siglos virreinales puede sonar muy atractivo

[80] Se atribuye a Edgar Everett Hale haber "develado el enigma" etimológico del nombre California en al año 1862 y desde entonces tal hipótesis se ha mantenido prácticamente incuestionada. Ver, por ejemplo, lo que se dice al respecto en Miguel León-Portilla, *Cartografía y crónicas de la Antigua California*… Tal versión se resume en los siguientes términos: "El nombre procede, efectivamente, del libro de caballerías castellano *Las Sergas de Esplandián* ("sergas"=proezas). Ya en la *Chanson de Roland* aparece ´Califerne´ como topónimo de ficción, y es posible que de allí lo tomara Garci Ordóñez de Montalvo, autor de la versión castellana del Amadís de Gaula, a cuyos cuatro libros añadió él uno original, que tituló *Las Sergas de Esplandián*… Sitúa Motalvo las gestas de Esplandián –hijo de Amadís– en la isla de California, cercana al Paraíso terrenal, habitada exclusivamente por mujeres y rica en oro y elementos extraordinarios (datos probablemente copiados de una descripción similar hecha por Colón en el relato de su primer viaje, en 1492). Como es bien sabido, los libros de caballerías gozaban de gran popularidad y, de hecho, el de las Sergas de Esplandián aparece más tarde entre los que el cura y el barbero quema en la hoguera para librar a don Quijote de su pernicioso influjo. El libro de Montalvo conoció cinco ediciones más antes del descubrimiento de California, la última de ellas en 1526." Álvaro del Portillo Díaz de Sollano, *Descubrimientos y exploraciones en las costas de California 1532-1650* (Madrid: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1947) 113.

[81] Investigación propia, inédita. El nombre California se aplicó originalmente al puerto de San Lucas. La clave, nos parece, para defender esta hipótesis, radica en centrarse no en el origen de la palabra California sino en su significado (lógicamente, ambos datos pueden y deben estar relacionados). Sin embargo el tema del significado ha tenido una importancia secundaria para los historiadores, aunque a nuestro juicio debería interesar más a literatos, lingüistas y filólogos.

desde una perspectiva literaria pero hace poca justicia a la inteligencia y el conocimiento desarrollado conjuntamente por navegantes, autoridades, religiosos, etcétera, durante un periodo histórico que puede percibirse muy remoto pero no resulta tan ajeno como solemos creer a las formas de pensar y actuar imperantes en la actualidad. Por lo menos, a la luz de los datos, los hechos y actores históricos, cuesta mucho creer que la Nueva España era realmente un mundo gobernado incluso parcialmente por fantasías caballerescas.[82]

I.5 Intereses y benefactores

Como contraste con una visión "romántica" o literaria acerca de la toponimia y exploración peninsular, vale la pena dar continuidad al relato de las expediciones bajacalifornianas abundando respecto al origen de los recursos que permitieron estas exploraciones y la posterior edificación de los conjuntos misionales. Queda ya dicho que el proceso específico de exploración y fundación de los emplazamientos donde se levantarían Nuestra Señora de Loreto-Conchó, San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, San José de Comondú y Santa Rosalía de Mulegé, se desarrolla con detalle en el capítulo tercero de este trabajo, dedicado a analizar las particularidades de cada uno de estos sitios, conjuntos y misiones. Así, en el presente apartado hablaremos en general acerca del papel que tuvieron los fondos provistos tanto por parte de la Corona (en cantidades muy menores) como benefactores particulares (en cantidades sumamente importantes) para el establecimiento de la Compañía de Jesús en la Antigua California. Sin embargo, cabe partir de la premisa de que el respaldo de los benefactores hacia la evangelización peninsular iba más allá de aportar recursos económicos y se manifestaba de diversas formas, que expresaban verdaderas alianzas entre ellos y los jesuitas.

[82] De hecho, como bien se sabe, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha…* (libro que citan los defensores de la tesis caballeresca) tenía para el siglo XVIII algún tiempo circulando por estas tierras como remedio paródico contra tales historias. Suponer que los libros de caballería, por su éxito, constituían la clave del imaginario conquistador equivale a otorgar a las películas de superhéroes, tan populares en nuestro tiempo, un papel más preponderante para el entendimiento de nuestra realidad del que realmente desempeñan.

En principio, durante la época virreinal existió la institución denominada Patronato Real, que desde el estado aportaba recursos para obras pías, entre ellas edificaciones. También se podía apoyar la construcción de una obra religiosa mediante aportaciones realizadas por particulares. La naturaleza de tales aportaciones era diversa, convirtiendo a quien las otorgaba en benefactor o patrono. La figura del patrono implicaba asumir fuertes responsabilidades sancionadas legalmente mediante la firma de un contrato, involucrando desde la dotación del terreno donde se realizaría la obra hasta su costo constructivo y sostenimiento. A cambio, el patrono se beneficiaba con una serie de privilegios, como colocar su escudo de armas en un lugar visible del inmueble, contar con asientos y distinciones especiales durante las celebraciones litúrgicas que ahí se celebraban e incluso ser enterrado en su suelo.[83]

Claramente, ninguna de tales circunstancias podía verificarse en las misiones de la Antigua California, donde la tierra no tenía propietarios privados ni los donantes estaban en condiciones de hacerse presentes dentro de los edificios cuya construcción respaldaron. Por ello hablamos de benefactores en lugar de patronos de las misiones. El benefactor, a diferencia del patrono, realizaba una aportación determinada para una fundación, construcción o reconstrucción, variando el nivel de compromiso temporal y económico adquirido con respecto a tal obra. La característica más peculiar de nuestras edificaciones es que fueron construidas y sostenidas por medio de un mecanismo *sui generis*, conocido como Fondo Piadoso para las Misiones de California. El estudio de este fondo y su funcionamiento ha sido tema de interés creciente debido a su singularidad e importancia. Su constitución obedeció a las circunstancias específicas de la evangelización en la península.

Desde los inicios de la exploración californiana en el siglo XVI, constituyó, como ya hemos visto, un empeño costoso que ofrecía poca rentabilidad en el corto plazo. Simultáneamente, involucraba aspectos estratégicos sensibles que empujaban a las autoridades para establecer con cierta urgencia asentamientos

[83] María Cristina Montoya Rivero, "Juan Caballero y Ocio, patrono y benefactor de obras religiosas", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas,* vol. XXXII, No. 97, 2010*,* 30-32.

en la región. La ubicación geográfica de la península ponía en juego la viabilidad del comercio transpacífico y la probable penetración de potencias enemigas, como Rusia e Inglaterra, desde el norte. Como sea, los primeros exploradores de esta porción de tierra y sus dos mares fueron empresarios acaudalados y ambiciosos en competencia: Hernán Cortés y el virrey Antonio de Mendoza, como ya dijimos. Durante dicho periodo inicial, estos personajes disputaron, con recursos propios y en el caso del virrey las ventajas ofrecidas por su cargo, establecer algún puerto desde el cual favorecer tanto el comercio con Oriente como la pesquería de perlas, la explotación de minas y el ámbar, que se vislumbraban como importantes fuentes de ingresos.

Ninguno de ambos logró su objetivo. Por el contrario, los sonados fracasos que consiguieron sembraban la convicción de que era imposible someter a dicha región, inhibiendo la participación directa del gobierno como patrocinador de sus exploraciones. La supervivencia, sin embargo, del anhelo por emprender una industria perlífera provocó que durante prácticamente todo el siglo XVII se sucedieran distintos viajes de prospección a cargo de personajes como el famoso navegante Sebastián Vizcaíno. Estos esfuerzos eran desarrollados por empresarios que procuraban una licencia o concesión con vigencia temporal limitada para la explotación de los preciados recursos existentes y a cambio se comprometían a dar pasos hacia la delimitación de la zona y su poblamiento. El trato entre el gobierno y los empresarios consistía básicamente en que éstos últimos hicieran todos los gastos, otorgándoles únicamente la autorización para que desarrollaran sus actividades de explotación mineral o perlera una vez que ello fuera posible, quedando obligados a reportar un impuesto sobre las ganancias que obtuviesen.

Cada una de estas iniciativas arrojó algún resultado que a la postre benefició con mayor información y experiencia al proyecto peninsular, mas ninguna tuvo recompensas económicas ni colonizadoras tangibles. Fue hasta 1683 cuando realmente se dieron pasos definitivos para la conquista de California. Entonces, como ya se dijo en el anterior apartado, Isidro de Atondo y Antillón, militar

emparentado por ascendencia materna con san Francisco Xavier[84] y gobernador de Sinaloa, fue designado para encabezar la primera de tres expediciones financiadas por el gobierno virreinal. Dicho almirante contó con la compañía del también ya mencionado misionero jesuita Eusebio Francisco Kino, cosmógrafo alemán obsesionado por las misiones de China. Viendo malogrado su deseo de viajar a tales latitudes, el jesuita había llegado a la Nueva España y desde ahí, sin olvidar su meta oriental, recibió la encomienda de elaborar mapas de los litorales californianos.[85]

De enorme interés resulta el hecho de que Kino desarrollara su tarea cartográfica, al tiempo que iniciaba el contacto con los indígenas, bajo la autoridad de Atondo y el virrey, pero en estrecha comunicación con una acaudalada aristócrata hispano-portuguesa: la duquesa de Aveiro, María de Guadalupe Lencastre Cárdenas y Manrique (fig. 40).[86] Este nombre se menciona poco en la historiografía sobre la región y seguramente no aportó mayores recursos para las expediciones de Atondo, pero resulta indudable que constituía la persona más

[84] "Uno de esos ascendientes, Pedro de Jassu (llamado así por su lugar de origen) se había establecido en 1435 en la cercana villa… De sus tres hijos, dos de ellos: Arnalt Périz, el segundo, y Bernardo, el menor, habían emigrado a Pamplona. Arnalt… en 1441 casó con Guilherma de Atondo, hija del señor de Atondo." Georg Schurhammer, *Francisco Javier. Su vida y su tiempo. Tomo I…* 4.

[85] Francisco Eusebio Kino, *Crónica de la Pimería Alta: Favores celestiales* (México: Gobierno del estado de Sonora, 1985) 97-98. El interés por las labores de Kino y sus acompañantes en California fue tal que en 1683 se publica en México, en la imprenta de la viuda de Bernardo Calderón, un folleto de ocho páginas titulado *Relacion puntual de la entrada que han hecho los españoles Almirante D. Isidro de Atondo, y Antilo[n] en la Grande Isla de la California este año de 1683 à 31 de março sacada de carta de dicho Almirante de 20 y del Padre Eusebio Fra[n]cisco Kino de la Co[m]pañia de Iesus de 22 de abril, sus fechas en el puerto de la Paz*, que se publicó también en versión abreviada y traducida, en París, el año de 1685, junto con otros relatos de viaje orientales, bajo el título *Nouvelle descente des Espagnols dans l´Isle de Californie l´an 1683*. La versión mexicana de este texto comienza con la siguiente afirmación: "La isla de la California ha sido desde la conquista de la Nueva España empresa apetecible por la gran riqueza de almas y perlas que, en su prolongado seno, promete la opinión común, y confirman muchas experiencias de los que han navegado por él." Ernest J. Burrus, (ed.), *Kino escribe a la Duquesa…* 236. Según las fuentes, estas expediciones de Atondo y Kino tuvieron un costo para la Hacienda Real, de poco más de 225,000 pesos y se consideraron infructuosas. Miguel Venegas, *Obras californianas*… Tomo II, 13, 14.

[86] Azeitão, Portugal, 1630-Madrid, España, 1715. Fue considerada una de las mujeres más cultas de su época. Hablaba varios idiomas y reunió una biblioteca cuyo inventario se conserva en el Archivo Histórico Nacional en Toledo, constando de 4,347 entradas. En ella se encuentran obras religiosas, típicas de las damas de su época, pero también de muchas otras materias: literarias, artísticas, científicas, médicas, etc. Sor Juana Inés de la Cruz le dedicó un romance extenso en que la llama "única maravilla de nuestros siglos", "gran Minerva de Lisboa" o "Presidenta del Parnaso." Desarrolló una extensa labor de apoyo a las misiones de jesuitas y franciscanos en distintas partes del mundo.

involucrada, después del almirante y el propio misionero, en los proyectos vislumbrados a partir de cualquier resultado que ellos obtuvieran.[87] De hecho, el primer asentamiento californiano emprendido por Atondo y Kino, situado en la bahía de La Paz en el año 1683, adoptó el nombre de Real de Nuestra Señora de Guadalupe en su honor. Quizá, al menos simbólicamente, se le debería considerar entre los primeros patrocinadores de las misiones peninsulares, por su indudable interés y compromiso con estas fundaciones.[88]

La correspondencia entre ella y Kino deja ver que el jesuita tenía muy claro, tiempo antes de conocer a Juan María de Salvatierra y por supuesto de la constitución del Fondo Piadoso para las Misiones de California, el modelo de soporte privado que haría posible la expansión de su orden hacia Oriente desde la Nueva España. Desgraciadamente la casa de Aveiro se vio involucrada en conflictos políticos con la Corona Española, lo cual terminó por inhabilitar a la duquesa no solo como benefactora sino incluso para seguir siendo corresponsal del misionero. Pero los tres viajes realizados a la península esclarecieron en la mente de Kino las condiciones necesarias para asentarse en California: 1. Que dicha conquista no fuera encabezada por militares, sumamente deseosos de involucrarse en el comercio perlero y susceptibles de generar conflicto con los

[87] En estos términos, el padre Kino realizó la primera comunicación con la duquesa: "El padre Teófilo de Angelis vino de Salamanca a Sevilla, pasando por Madrid, donde habló con V. E. Me contó vuestros santos y apostólicos esfuerzos y vuestros deseos divinamente inspirados, de descubrir esas ignotas tierras del Sur, para enviar a sus habitantes la luz del Evangelio. También me dijo el Padre Teófilo que ha mencionado mi nombre a V. E. y expresó el deseo de llevarme como compañero en esta nueva empresa. Por consiguiente, me aconsejó que escribiera a V. E. y a nuestro Reverendo Padre General, ofreciéndome voluntario para esta misión." Ernest J. Burrus, (ed.), *Kino escribe a la Duquesa…* 80-81.

[88] De la siguiente manera, Kino hace ver el papel jugado por Aveiro como gestora de apoyos para los jesuitas en Sonora y California: "Verdad es que, gracias a su divina Magestad, por carta que escriví al Padre Provincial y por un memorial que su Reverencia dio a su Excelencia del Señor Virrei, haviendo cooperado en eso también la excelentíssima señora Virreina, hemos conseguido otras limosnas para tres missiones nuebas que, en viniendo la flota y muchos missioneros, con la divina gracia, iremos a empezar en la gentilidad de los indios seris y de los indios guaimas que también piden el santo bautismo. Y estas missiones nuebas también estarán enfre[n]te de la California y a su vista con tanta cercanía que no ay más que 15 leguas de mar entre las unas y las otras, y será de grandíssima utilidad para las unas y para las otras que se emprenda la conversión de un lado y del otro deste brazo de mar o estrecho de la California. Ernest J. Burrus (ed.), *Kino escribe a la Duquesa…* 312-313. Por otra parte, en un *Memorandum* sin fecha, pero posiblemente de 1687, la Duquesa de Aveiro solicita al virrey novohispano no desamparar "tantas y tan pobres almas" californianas, pidiendo tres o cuatro religiosos "y dando a éstos la escolta de algunos pocos soldados excogidos y a satisfacción de los Padres..." Ernest J. Burrus (ed.), *Kino escribe a la Duquesa…* 348.

nativos, y 2. Que los conquistadores no dependieran económicamente de la Real Hacienda, vislumbrada como una soga al cuello de los expedicionarios, cuya estrechez y volubilidad, por la impaciencia con que demandaba ganancias en poco tiempo, volvía irrealizable cualquier proyecto.

Figura 40. Francisco Ignacio Ruiz de la Iglesia (1649-1703), *María Guadalupe de Lencastre, Cárdenas y Manrique*, óleo sobre lienzo, 81 x 60 cm. Museo del Prado. Madrid, España. Fotografía tomada de: https://www.museodelprado.es/coleccion/obra-de-arte/maria-guadalupe-de-lencastre-duquesa-de-aveiro/732882a2-7b49-4337-8f7a-8ecea574d2ba

Para lograr dichas condiciones, los jesuitas requerían algo que a primera vista podía parecer imposible: autosuficiencia y autogobierno, no como algo a obtener en cierto plazo, sino desde el momento mismo de una nueva partida hacia la península. Resultaba obvio que garantizar la independencia económica sustentaba la exigencia de no ser gobernados por ninguna autoridad civil. Tal circunstancia solo era imaginable mediante la participación decidida de benefactores acaudalados. Las relaciones con este tipo de personas no eran extrañas para los integrantes de la Compañía de Jesús. Por ello, quizá deba considerarse una mera estrategia publicitaria la búsqueda de donativos casa por casa, de puerta en puerta, emprendida por Salvatierra y sus hermanos. Todo invita a pensar que pronto contaron con el asentimiento y concurso de importantes capitales. Especialmente, entre adinerados criollos novohispanos involucrados con el comercio filipino, pero también, como fue el caso de Aveiro, destacados nobles europeos.

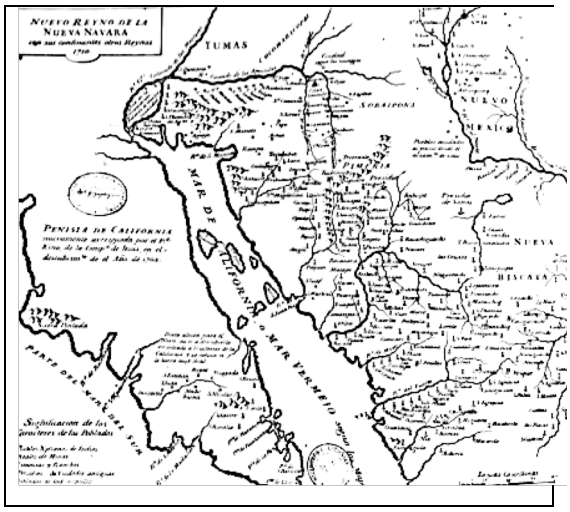


Figura 41. Mapa que se intitula *Nuevo Reyno de la Nueva Navarra con sus confinantes otros Reynos 1710*. Sobre la península se puede leer el siguiente texto: *Penisla de California nuevamente averiguada por el padre Eusebio Kino de la Compañía de Jesús, en el descubrimiento del Año de 1702.*[89] Tomado de: Miguel León Portilla, *Cartografía y crónicas de la Antigua California*… 122.

Una vez Kino trabó contacto con Juan María de Salvatierra, en torno al año 1690,[90] éste último se convirtió en cabeza del proyecto californiano y además de realizar las complicadas gestiones necesarias para que el gobierno virreinal autorizara emprender la evangelización de la región bajo las condiciones referidas, junto con el padre Juan de Ugarte y Francisco María Píccolo implementó una campaña de

[89] Aquí aparecen identificados como emplazamientos misionales peninsulares San Bruno, Loreto, San Xavier, Santa Rosalía y seguramente la visita de San Juan Bautista Londó. Poco más arriba se indica: *Desta altura para el Norte, no se a descubierto no intrado* (sic) *a lo interior de la California, y ay noticia es la tierra muy fertil.*

[90] "...pedí y conseguí venir a estas sus cercanas costas y gentilidades de esta provincia de Sonora, y habiéndome señalado por rector de estas nuevas Misiones y de las demás de San Francisco Javier de Sonora el padre provincial Ambrosio Oddón, y por el vicario de Sinaloa y de Sonora al padre Juan María de Salvatierra, cuando su reverencia el año de 1691 vino a visitar estas nuevas conversiones desta Pimería, entrando por espacio de un mes entero más de 50 leguas de camino, viendo estas tan amenas, tan pingües y fértiles tierras, que con facilidad podían socorrer a la cortedad las tierras de la California, nos pusimos de acuerdo el dicho padre visitador Juan María de Salvatierra y yo para procurar cuanto nos fuese posible pasar a la continuación de aquella nueva conquista y conversión de la California, y haciendo su reverencia a ese fin desde luego un buen informe, cuando siete años después conseguimos la deseada licencia [...] a mí me estorbaron la ida las reales justicias de esta provincia de Sonora [...] desde acá procuré solicitar el bien de entrambas conquistas y de sus nuevas conversiones desta dilatadíssima América Septentrional incógnita, que parece va, gracias al Señor, ofreciendo tanta oportunidad de su total conquista y conversión..." Francisco Eusebio Kino, *Crónica de la Pimería Alta: favores celestiales* (México: Gobierno del estado de Sonora, 1985) 14.

colecta de fondos en la ciudad de México,[91] que se relata por parte de los jesuitas como una verdadera empresa apostólica.[92] Por su lado, lejos de desligarse del proyecto, Kino permaneció activa y permanentemente involucrado en su fortalecimiento, desempeñándose sin el título pero con las funciones de un verdadero procurador de las misiones californianas ante sus similares de Sonora, Sinaloa y la Tarahumara, emplazamientos que proveyeron importantes recursos tanto humanos como materiales para la península.

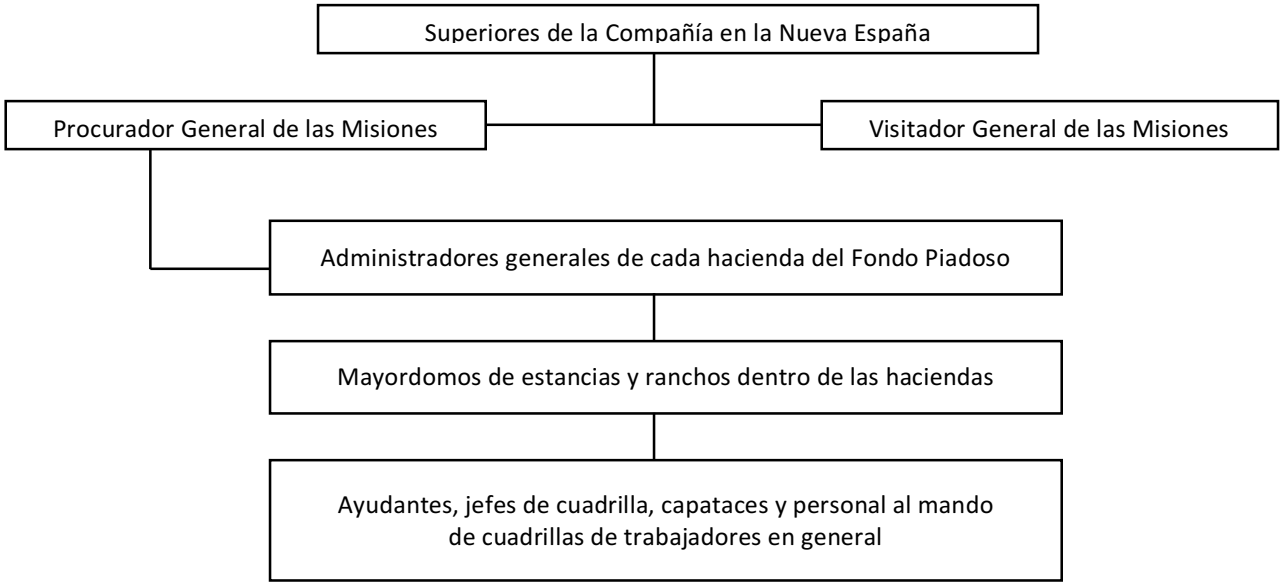


Figura 42. Estructura administrativa del Fondo Piadoso para las Misiones, 1697-1767. Imagen tomada de: Miguel Ángel Solís Esquivel, *Haciendas del Fondo Piadoso de las Californias: integración comercial y redes de influencia 1767-1621*, UNAM, Tesis para optar por el grado de doctor en Historia, disponible en:

https://repositorio.unam.mx/contenidos/haciendas-del-fondo-piadoso-de-las-californias-integracion-comercial-y-redes-de-influencia-1767-1821-70767?c=4v3zGy&d=false&q=*:*&i=2&v=1&t=search_0&as=0, consultada el 23 de marzo de 2021, 68.

Aunque sabemos que desde 1671 Alonso Fernández de la Torre había dejado una hacienda valuada en 200 mil pesos para fundar dos misiones por parte de los jesuitas; una en California y otra en la Nueva Galicia,[93] la primera donación

[91] Invariablemente, al hablar de la capital del virreinato usaré la expresión ciudad de México, mientras que al referirme a la actual urbe escribiré Ciudad de México, que es su apelativo contemporáneo.
[92] Miguel Venegas, *Obras californianas*… Tomo II, 11-12.
[93] María del Carmen Velázquez, *El Fondo Piadoso de las Misiones de Californias…* 13.

reportada por el padre Ugarte para este Fondo, en 1696, constó de dos mil pesos, comprometidos por Alonso Dávalos, conde de Miravalle y Mateo Fernández, marqués de Buenavista, mientras que otros bienhechores se comprometieron a dar quince mil pesos y otorgaron en efectivo cinco mil.[94] Posteriormente se sumaron compromisos de la Cofradía de Nuestra Señora de los Dolores del Colegio de San Pedro y San Pablo en México, y del acaudalado presbítero queretano Juan Caballero y Ocio, con cantidades que aseguraban lo necesario para fundar al menos tres misiones. Poco antes de partir hacia California en 1697, se afirma que los jesuitas peninsulares obtuvieron apoyos adicionales por parte de José Miranda Villazáin, fiscal general de la Audiencia de la Nueva Galicia y Pedro Gil de la Sierpe, tesorero de Acapulco.[95]

Tabla 2. Dinero hallado en la procuraduría de las misiones al momento de la expulsión.

Monto	Concepto
62,594 pesos y 2 reales	Legado de la Duquesa de Béjar y Gandía para fundar una misión en tierra de indios infieles.
1,952 pesos y 7 reales	De la marquesa de Zerralvo, sin decir el destino.
83,170 pesos y 7 reales	Géneros [de] oro y plata hallados en la procuraduría de Misiones de California.
15,100 pesos	Depósitos particulares.
9,492 pesos	Valor de los bienes caudal ocupado censos.
222,700 pesos	Valor de las haciendas.
284,100 pesos	Capitales censos antiguos y modernos.
6,850 pesos	En deudas.
140 pesos	En depósito.
861,529 pesos	Valor total del Fondo Piadoso al momento de la ocupación.

Fuente: Miguel Ángel Solís Esquivel, *Haciendas del Fondo Piadoso*… 86. La suma de todas las partidas mencionadas arroja un total de 689,098 pesos. Los 172,431 pesos que harían falta el valor total calculado no se aclara cómo se calcularon.

El mismo año de 1697 se constituyó por parte de Juan María de Salvatierra el Fondo Piadoso para las Misiones de California, una especie de fideicomiso que concentró, con una estructura administrativa propia (fig. 42), los donativos tanto en dinero como en propiedades que los benefactores otorgaban.

[94] Miguel Venegas, *Obras californianas* … Tomo II, 12.
[95] María del Carmen Velázquez, *El Fondo Piadoso de las Misiones de Californias…* 14.

Tabla 3. Donaciones al Fondo Piadoso de las Californias hasta el año 1720.

Benefactor	Monto
Marqués de Villapuente	$167,540
Don Juan Caballero y Ocio	$44,000
Don Diego Gil de la Sierpe	$25,000
Don Nicolás de Ermiaga	$14,000
Don Nicolás de Artega [y Josefa Vallejo]	$12,000
Don Luis de Velasco	$10,000
P. Juan [Bautista] de Luyando S. J.	$10,000
P. José de Guevara S. J.	$10,000
Marquesa de Torres [Gertrudis de la Peña]	$10,000
Duque de Linares	$9,000
Congregación de los Dolores del Colegio Máximo de los Jesuitas	$8,000
Duquesa de Valdivia	$4,000
Duquesa de Sesa	$2,000
Misiones de Sinaloa, Sonora y la Tarahumara (en frutos y limosnas solicitados en dichas provincias de Sonora de los hermanos piadosos que en ellas viven, así españoles como indígenas).	$105,000
Ciudades y villas, cuyas aportaciones fueron realizadas en dinero, ropa y otros generales.	$115,500
Total	$548,040

Fuente: Elaborado a partir de: Gaspar Rodero S. I., "Informe del P. Rodero sobre California (1737)", publicado en Francisco María Píccolo, *Informe del estado de la nueva cristiandad de California [1702] y otros documentos*, Ernest J. Burrus (ed.) (Madrid: José Porrúa Turanzas, 1962) 302.

Su funcionamiento permitió asegurar no solo los recursos necesarios para las fundaciones que iban a realizar, sino también garantizar su sostenimiento. El responsable de su operación era un procurador estrechamente vinculado con los misioneros, quien se relacionaba además de manera directa con los administradores de las haciendas que fueron adquiriendo o recibiendo en donación los padres y eran designados por ellos mismos. El procurador para las misiones, junto con un visitador general, constituían los funcionarios operativos de dicho fondo, rindiendo cuentas ante los provinciales de la Compañía de Jesús pero ejerciendo sus facultades con gran autonomía. El primer procurador fue el propio padre Juan de Ugarte y quienes después de él se desempeñaron en tal cargo indudablemente lo hacían a propuesta de la rectoría de las misiones californianas. Respecto a sus ingresos y el monto que se destinaba para el sostenimiento de una misión, el historiador Ignacio del Río señala lo siguiente:

> Los caudales conseguidos en un principio se incrementaron pronto con otros que hicieron posible ir extendiendo el sistema misional en tierras peninsulares. Además de las entregas directas de recursos en efectivo, varios benefactores fincaron depósitos irregulares, cuyos réditos, tasados al cinco por ciento anual, habrían de servir para sostener las misiones que se fundaran. Se estimaba que para cubrir el sínodo de cada misionero de California era necesario asegurar un depósito de 10 000 pesos, que rendiría 500 pesos anuales.[96]

Durante sus primeros veinte años, el fondo operó como una institución fiduciaria que realizaba préstamos a particulares, utilizando los rendimientos para sufragar la actividad misional. En 1717, año de su muerte, el propio Juan María de Salvatierra impulsó una nueva estrategia que consistió en invertir en la adquisición de haciendas donde se producían distintas mercancías, que luego eran comercializadas y sus productos reinvertidos en el fondo. Tal modelo partía de la experiencia de los colegios jesuitas novohispanos como propietarios de haciendas que servían para su sostenimiento. La eficiente administración ignaciana logró hacer muy productivas estas haciendas, cuyo número y extensión aumentó rápidamente merced a las donaciones que hicieron sus benefactores.[97]

Según Miguel Ángel Solís, en su tesis de doctorado, las haciendas del fondo operaban como un sistema que resolvía todas sus necesidades para, especialmente, la cría de ganado menor, ahorrándose el arrendamiento de tierras de agostaderos. Respecto a su papel como comercializadoras, atendían un mercado local y al mismo tiempo abastecían un mercado que involucraba varias regiones, satisfaciendo las necesidades de pieles, sebo, telas, carne y otros productos, cuya venta se benefició mucho del crecimiento poblacional y el auge minero ocurridos durante el siglo XVIII.[98]

---

[96] Ignacio del Río, "El Fondo Piadoso de las Californias. Notas sobre su integración, su situación legal y su aprovechamiento", publicación digital consultada el 20 de marzo de 2021 en: ih.tij.uabc.mx/iihDigital/Calafia/Contenido/Vol-I/Numero9/Elfondopiadoso.htm

[97] Miguel Ángel Solís Esquivel, *Haciendas del Fondo Piadoso…* 119.

[98] Miguel Ángel Solís Esquivel, *Haciendas del Fondo Piadoso…* 125.

Tabla 4. Propiedades que pertenecieron al Fondo Piadoso de las Californias.

Propiedad	Ubicación	Forma de adquisición
Arroyozarco	Jilotepec	Donación del marqués de Villapuente
San Pedro Ibarra	San Miguel el Grande	Donación del marqués de Villapuente y la marquesa de las Torres de Rada
San Agustín de los Amoles	Guadalcázar, S.L.P.	Compra
San Ignacio del Buey	Jurisdicción de Valles, S.L.P.	Compra
Agostaderos del Nuevo Reino de León	Nuevo Reino de León	Donaciones de Rosa de la Peña y adquisiciones
Hacienda de Guadalupe	Acolman	Compra
149 sitios de ganado menor y 45 caballerías	Indefinida	Compra
Nuestra Señora de los Dolores Buzio	Jurisdicciones de Jilotepec y San Juan del Río	Donación del marqués de Villapuente
San José de Petigán	Jurisdicciones de Jilotepec y San Juan del Río	Donación del marqués de Villapuente
Estancia del Arbolillo o el Pino	Jurisdicciones de Jilotepec y San Juan del Río	Donación del marqués de Villapuente
Estancia de Luis Marín	Jurisdicciones de Jilotepec y San Juan del Río	Donación del marqués de Villapuente
Estancia de Teupa	Jurisdicciones de Jilotepec y San Juan del Río	Donación del marqués de Villapuente
Estancia de Buxa	Jurisdicciones de Jilotepec y San Juan del Río	Donación del marqués de Villapuente
Estancia de Coapa	Jurisdicciones de Jilotepec y San Juan del Río	Donación del marqués de Villapuente
Estancia de Huapango	Jurisdicciones de Jilotepec y San Juan del Río	Donación del marqués de Villapuente
Estancia de Palmillas	Jurisdicciones de Jilotepec y San Juan del Río	Donación del marqués de Villapuente
Sitio de Otodejée	Jurisdicciones de Jilotepec y San Juan del Río	Donación del marqués de Villapuente
El Torreón	San Miguel el Grande	Donación del marqués de Villapuente y la marquesa de las Torres de Rada
Las Golondrinas	San Miguel el Grande	Donación del marqués de Villapuente y la marquesa de las Torres de Rada
Rancho La Cañada de Santiago de Huautla	Nuevo Reino de León	Donación del marqués de Villapuente
Santa María Magdalena	Nuevo Reino de León	Donación del marqués de Villapuente
Rancho Santiago	Nuevo Reino de León	Donación del marqués de Villapuente
Rancho San Luis de las Peras	Nuevo Reino de León	Donación del marqués de Villapuente
Reynera de San Francisco Xavier de la Baya	Nuevo Santander	Indefinido
Huapango	Indefinida	Indefinido
Metales	Indefinida	Indefinido
Las Adjuntas de la Purificación	Nuevo Santander	Indefinido

Fuente: Miguel Ángel Solís Esquivel, *Haciendas del Fondo Piadoso*… 61.

La singularidad del Fondo Piadoso para las Misiones es tal que Ignacio del Río añade la siguiente apreciación acerca de su carácter legal:

> Por cuanto que no hubo ninguna carta notarial constitutiva del fondo, la única manera de hacernos una idea acerca de la situación jurídica en que estaban los bienes que lo formaron es procediendo al análisis de algunas de las más importantes escrituras de donación. Dos de ellas bastante explícitas son las que otorgó el marqués de Villapuente el año 1718 y la que el mismo personaje y su prima la marquesa de las Torres de Rada otorgaron en 1735. Lo que se ve en ambos casos es que los donadores hicieron una "donación pura, mera, perfecta e irrevocable" de los bienes que en cada escritura se especificaban, y que dicha donación se hizo concretamente "a las misiones de California", representadas para el caso por el padre provincial de los jesuitas y el padre procurador de las misiones en California. Esto creaba en realidad una situación ambigua en cuanto a los donatarios por cuanto que "las misiones de California" no tenían la necesaria personalidad jurídica para obrar como sujetos de derecho. Lo que, en cambio, quedó claro en ambos documentos es que los jesuitas habrían de ser en todo tiempo administradores de los bienes que se donaban, cuyos aprovechamientos debían destinarse enteramente al sostenimiento y fomento de las misiones de California.[99]

Al momento de la expulsión de los jesuitas, en 1768, el Fondo Piadoso contaba con un capital que se calcula en poco más de 860 mil pesos (tabla 2), sin contar el valor del ganado producido en las haciendas. Este monto que, sin duda, pese a su importancia subestima los recursos realmente existentes, se constituyó con los donativos realizados por catorce particulares y tres agrupaciones, que están consignados con precisión para el año 1720 (tabla 3) y en las primeras dos líneas de la tabla 2. Los doce particulares fueron: Pedro Gil de la Sierpe, Juan Caballero y Ocio, José de la Puente y Peña, Gertrudis de la Peña, Rosa de la Puente, Nicolás de Ermiaga, Nicolás de Arteaga, Luis de Velasco, el duque de Linares, el jesuita

[99] Ignacio del Río, "El Fondo Piadoso de las Californias…"

José de Guevara, el jesuita Juan Bautista Luyando, la duquesa de Valdivia, la duquesa de Sesa, la marquesa de Cerralvo y la duquesa de Béjar y Gandía. Las agrupaciones fueron la ya mencionada Congregación de Nuestra Señora de los Dolores de los Colegios de San Pedro y San Pablo de la ciudad de México, varias ciudades y villas, así como las también mencionadas misiones de Sonora, Sinaloa y la Tarahumara.

Tabla 5. Valor asignado a las haciendas del Fondo Piadoso de las Californias en los inventarios de 1767-1768.

Hacienda	Valor
Hacienda de San Agustín de los Amoles	$92,001 pesos 7 reales
Hacienda de San Pedro de Ibarra	$125,926 pesos, 5 ½ reales
Hacienda de San Francisco Xavier de la Baya	$87,427 pesos, 6 reales
San Ignacio del Buey	¿?
Arroyozarco	¿?
Total sin contabilizar Arroyozarco y San Ignacio del Buey	$305,356 pesos, 2 ½ reales

Fuente: Miguel Ángel Solís Esquivel, *Haciendas del Fondo Piadoso*… 88.

Las propiedades del fondo, muy numerosas y productivas, se ubicaban en el Bajío, en los actuales estados de Guanajuato e Hidalgo, y al noreste, en los actuales estados de San Luis Potosí y Tamaulipas (tabla 4). Aunque dentro de los documentos utilizados para la elaboración de la tabla 2, como vimos, se les asigna un valor de 222,700 pesos a las haciendas, en los inventarios de dichas propiedades levantados entre 1767 y 1768, solo tres de ellas eran valuadas en más de 300 mil pesos (tabla 5), siendo una constante de este instrumento la dificultad para esclarecer con precisión tanto su manejo como su valor.

Conocemos quiénes fueron los benefactores que dotaron a cada misión, aunque, como podemos observar, las fechas de su fundación y dotación no siempre coinciden (tabla 6). Hay que tomar en cuenta que la fundación de cada misión estuvo apartada por muchos años de la construcción de sus templos de piedra, en caso de que se llegaran a construir. Por ejemplo, el padre Juan Bautista Luyando dotó a su misión de San Ignacio Kadakaamán en 1720 y realizó la construcción del primer templo en torno a 1728, pero la iglesia actual se comenzó a construir en 1750 por parte del jesuita Fernando Consag y se concluyó hasta

1786, por parte del dominico Juan Crisóstomo Gómez. Es importante señalar que las misiones de la Antigua California también recibieron apoyo de la Real Hacienda, pero el monto exacto de éste no se conoce con precisión.

Tabla 6. Benefactores, fundadores, fechas de fundación y dotación de las misiones jesuitas de la Antigua California.

Misión	Dotación	Fundación	Fundador	Benefactor
Nuestra Señora de Loreto	1698	1697	Juan María de Salvatierra	Juan Caballero y Ocio
San Francisco Xavier	1699	1699	Francisco María Píccolo	Juan Caballero y Ocio
Santa Rosalía de Mulegé	1700	1705	Juan Manuel de Basaldúa	Nicolás Arteaga y Josefa Vallejo
San Juan Bautista Liguí (desapareció en 1721)	1705	1705	Pedro de Ugarte	Juan Bautista López
San José de Comondú	1702	1708	Julián Mayorga	Marqués de Villapuente
Nuestra Señora del Pilar de La Paz (desapareció en 1748)	1718	1720	Jaime Bravo	Marqués de Villapuente
La Purísima Concepción	1718	1720-1722	Nicolás Tamaral	Marqués de Villapuente
Nuestra Señora de Guadalupe	1718	1720	Everardo Helen	Marqués de Villapuente
Nuestra Señora de los Dolores (La Pasión)	1702	1721	Clemente Guillén	Congregación de Nuestra Señora de los Dolores
Santiago	1718	1721	Ignacio María Nápoli	Marqués de Villapuente
San Ignacio Kadakaamán	1720	1728	Juan Bautista Luyando	Juan Bautista Luyando
San José del Cabo (desapareció alrededor de 1750)	1730	1730	Nicolás Tamaral y José de Echeverría	Marqués de Villapuente
Santa Rosa de las Palmas de Todos Santos (se le asimiló la de La Paz en 1748)	1732	1733	Segismundo Taraval	Rosa de la Peña
San Luis Gonzaga	1719	1737	Lamberto Hostell	Luis de Velasco
Santa Gertrudis (se le traspasó la dotación de San José del Cabo)	1750	1752	Fernando Consag y Jorge Retz	Marqués de Villapuente
San Francisco de Borja-Adác	1757	1762	Wenceslao Link	Duquesa de Béjar y Gandía
Santa María de los Ángeles Kabujakaamang	1757	1766-1767	Victoriano Arnés y Juan José Díez	Duquesa de Béjar y Gandía

Fuente: Elaborado a partir de Miguel Ángel Solís Esquivel, *Haciendas del Fondo Piadoso*… 54.

Resulta claro, en cambio, que los recursos provenientes de la Real Hacienda no se destinaron para la construcción de edificios sino para el pago de los soldados del presidio de Loreto y el sínodo que se otorgó durante algún tiempo, con grandes retrasos e irregularidad, a los misioneros, así como ocasionalmente para adquirir

objetos de culto. Respecto a estos recursos, la investigadora María del Carmen Velázquez observa:

> En 1701, el rey dio orden de que se pagara "todos los años seis mil pesos para la manutención y adelantamiento de la conquista espiritual de las Californias" a los religiosos de la Compañía de Jesús, y en 1703 mandó que se aumentara la cantidad a 13 mil pesos cada un año para pagar 25 soldados con su cabo que sirvieran de escolta a los misioneros. Además, ordenó se proveyera a las iglesias de las misiones fundadas de campanas, vasos sagrados, paramentos, imágenes, aceite y cera. En 1719, la ayuda del rey ya había aumentado a 18,725 pesos 4 reales.
>
> Según las quejas de los padres jesuitas de California, en los primeros años del siglo XVIII, la Hacienda Real de México no pagó con oportunidad el situado de los soldados del presidio de Loreto, ni los sínodos de los misioneros.
>
> En el primer momento, el rey había determinado que los seis mil pesos los pagaran los oficiales reales en las cajas de México; luego, a petición del procurador Rolandegui, mandó radicar los pagos en las cajas de Guadalajara. Quizá esos cambios entorpecieron los trámites para el pronto pago de la ayuda del rey. Es posible que parte de los gastos de las misiones se cubrieran entonces con lo que se iba juntando en el Fondo Piadoso. Se sabe que los misioneros jesuitas de Sonora, Sinaloa y Tarahumara contribuyeron sustancialmente a la fundación de las primeras misiones en la península. Parece que después de la rebelión indígena de los años 1734 y 1735 en California los virreyes pusieron mayor empeño en pagar el situado con puntualidad. Por lo menos desde 1739 hasta el año de la expatriación de la Compañía de Jesús del virreinato, en 1768, las misiones de California recibieron, de la Real Hacienda, 32 mil pesos al año para su sostenimiento.[100]

Por otra parte, la dotación de recursos para la fundación de una misión de ninguna manera aclara por completo de dónde procedió el capital ni mucho menos cuál fue el monto utilizado para edificar sus construcciones durante la etapa más avanzada,

[100] María del Carmen Velázquez, *El Fondo Piadoso de las Misiones de Californias…* 16-19.

cuando se levantaron en piedra. Esta información se desconoce y seguramente fue reservada celosamente por los jesuitas, ya que no existen documentos donde se mencione. Relativo a las biografías de los benefactores de estas misiones, algunos de ellos sumamente conocidos por los estudiosos del periodo virreinal y todos ellos integrantes de una élite social y económica que disfrutó condiciones de prosperidad concurrentes con la expansión jesuita hacia California, localizamos los siguientes datos, no siempre igualmente completos:[101]

Pedro Gil de la Sierpe Romero. El 22 de febrero de 1680 fue nombrado tesorero y factor de Acapulco y el 15 de octubre de 1681 tesorero de la hacienda. También se habla de un Diego Gil de la Sierpe, gobernador y capitán general interino de Venezuela en 1623, cuya gestión dejó malos recuerdos, pero no sabemos si sea el mismo Diego Gil de la Sierpe relacionado con las misiones californianas. En una carta que dirige Juan María de Salvatierra al virrey conde de Moctezuma desde Loreto, el 28 de noviembre de 1697, dice:

> Hago saber a vuestra excelencia que se le debe muchísimo para esta conquista al piadoso celo y gastos del tesorero de Acapulco, don Pedro Gil de la Sierpe, que, además de dejarme aquí de limosna una lancha ya proveída de marineros necesarios, despachó la galeota bien proveída de gente, que, a no traer en ella alguna gente que se pudo quedar aquí en tierra conmigo, era imposible haber podido saltar en tierra y plantar la primera cruz.[102]

Su participación como benefactor de las misiones se circunscribe a los primeros años de la Antigua California y no está ligada con una misión en específico, sino con la expedición fundacional emprendida por Salvatierra en 1697. Según Francisco María Píccolo, en carta dirigida a Felipe V el año de 1702, Pedro Gil de la Sierpe:

[101] Por ejemplo, no en todos los casos tenemos las fechas de nacimiento y muerte del personaje.
[102] Juan María de Salvatierra, "Carta al virrey José Sarmiento y Valladares, con fecha 28 de noviembre de 1697", en *Loreto, capital de las Californias.* (edición, introducción y notas), *Loreto, capital de las Californias. Las cartas fundacionales de Juan María de Salvatierra,* (México: FONATUR, 1997) 88-89.

> …no solo asistió con desvelo y singular actividad al socorro de los Padres missioneros y soldados de dicha conquista, sino que costeó y compró dos embarcaciones y mantuvo á su costa con gasto de más de treinta mil pesos de su caudal, todo solamente para el servicio de dicha mission de Californias, embiando de continuo los socorros y bastimentos y gente en dichas embarcaciones, de que hizo donación liberal y graciosa á dicha mission el primer año que fue el de mil seiscientos noventa y ocho… en el cual nos aiudó también Don Pablo Gil de la Sierpe Romero, su hermano, con una lancha, embarcación pequeña, que fue la primera que entró en la dicha California, tan olbidada ya por entonces…[103]

Juan Caballero y Ocio (1644-1707). Después del marqués de Villapuente y su parentela, constituye el benefactor más importante de las misiones peninsulares. Nació en la ciudad de Querétaro, hijo del capitán queretano Juan Caballero de Medina y Corona, y de Leonor de Ocio y Ocampo, castellana. La riqueza de su familia procedía de la crianza de ganado en Querétaro, actividad iniciada por su bisabuelo en el siglo XVI. Su padre declaró en 1674 poseer cinco haciendas: Las Bocas y Santa Ana, en San Luis Potosí; La Griega, en Querétaro, la Villa de San Miguel el Grande, otra de nombre desconocido y cinco agostaderos en San Luis Potosí. En esta última región, posteriormente, se allegaría también la hacienda de Illescas, así como dos haciendas más en el nuevo reino de León.

Se formó profesionalmente en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo de la ciudad de México, bajo la tutela de los jesuitas, y en la Universidad. En Querétaro fue alcalde ordinario y posteriormente consultor del Santo Oficio. En 1679 se trasladó a la ciudad de Puebla para ordenarse sacerdote, consagrándose como presbítero. El año siguiente asumiría como comisario del Santo Oficio y la Santa Cruzada, fungiendo además en tres ocasiones como prefecto de la Congregación de Santa María de Guadalupe en su ciudad natal.

[103] Francisco María Píccolo, *Informe del estado de la nueva cristiandad…* 95-96.

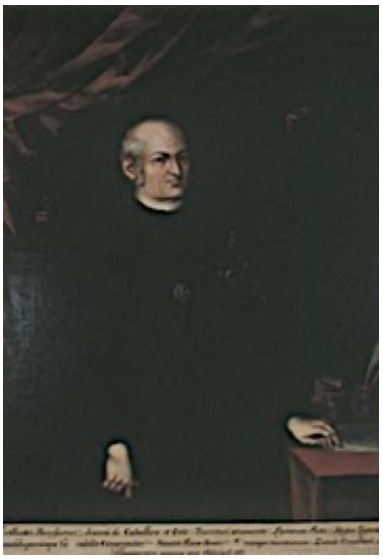


Figura 43. Nicolás Rodríguez Juárez. *Retrato de Juan Caballero y Ocio*. Museo Regional de Querétaro. Fotografía: Pedro Ángeles. Fototeca del Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM.

Fue benefactor y patrono de numerosas obras pías, como la iglesia de la Congregación de Guadalupe, el convento de El Carmen y el templo del Convento Real de Santa Clara de Jesús, el convento e iglesia de San Antonio de Padua, el convento dominico de San Pedro y San Pablo, el beaterio de Santa Clara, el colegio franciscano de propaganda fide de Santa Cruz en Querétaro, el templo de San Felipe Neri y convento de Santa Clara en México, los colegios jesuitas de San Ignacio y seminario de San Francisco Xavier en Querétaro y el también jesuita colegio de San Francisco Xavier de Tepotzotlán. Incluso favoreció obras póstumas de importancia, como la capilla de San Miguel o de Los Ángeles, en la Catedral de México, y el convento de San José de Gracia en Querétaro. Por un retrato suyo que le hiciera Nicolás Rodríguez Juárez se aprecia su cercanía con esta familia de artistas (fig. 43). Era amigo personal de Juan María de Salvatierra, quien acudió a visitarlo en su camino desde México hacia California en 1697.[104] Su aportación a las misiones peninsulares lo constituye como benefactor de Nuestra Señora de Loreto-Conchó y San Francisco Xavier Viggé-Biaundó. En virtud de que sus recursos fueron los primeros que ingresaron para estos fines al Fondo Piadoso de

[104] Miguel Venegas, *Obras californianas*… Tomo II, 71.

las Misiones, se considera su fundador. Fue muy devoto de la Virgen de Loreto y san Francisco Xavier.[105]

Marqués de Villapuente (1663-1667 hasta 1739). José de la Puente y Peña, Castejón y Salcines, nace en Camargo, Muriedas, España. Hijo de Juan de la Puente Castejón y María de la Peña Salcines. Su padre había fungido como alcalde de la Santa Hermandad y regidor en Muriedas, mientras que un tío materno, Francisco de la Peña, quien lo llevó a la Nueva España a la edad de 12 años, pertenecía a la orden militar de Calatrava. Rechazó el nombramiento como virrey novohispano y fue nombrado por el padre jesuita Juan de Villafañe "Tesorero de Cristo."[106] Por mucho, este "creso y manirroto en infinitas obras de caridad"[107] es el benefactor más importante de las misiones de la Antigua California y uno de los principales benefactores de las fundaciones jesuitas en general. A pesar de lo anterior, como del resto de los benefactores, su nombre apenas se conoce en las poblaciones peninsulares que ayudó a fundar, lo cual constituye un olvido que sin duda tiene origen en la visión "romántica" ya mencionada, que ha concebido por mucho tiempo la tarea misionera como una labor milagrosa y solitaria.

Desarrolló una doble y exitosa carrera como comerciante y militar. En la primera de estas actividades, como distribuidor de carne en el centro del virreinato, entre otros ámbitos, constituyó seguramente un pilar fundamental para la red productiva ganadera que los jesuitas implementaron desde sus haciendas durante el siglo XVIII.[108] Involucrado en la defensa del palacio virreinal durante los

[105] María Cristina Montoya Rivero, "Juan Caballero y Ocio..." 20-70.
[106] Juan de Villafañe, S. I., *La Limosnera de Dios: relación histórica de la vida y virtudes de la Excma. Señora Doña Magdalena de Ulloa; Toledo, Osorio y Quiñones, mujer del Excmo. Señor Luis Méndez Quijada, comendador del Viso y Santa Cruz, de Argamasilla y Moral, y Obrera Mayor de a Orden de Calatrava...* (Salamanca: Imprenta de Francisco García Onorato, 1723) 5, consultado en Biblioteca Digital de Castilla y León:
https://bibliotecadigital.jcyl.es/es/consulta/registro.cmd?id=13271, el 20 de abril de 2021.
[107] Constantino Bayle, *Historia de los descubrimientos y colonización de los padres de la Compañía de Jesús en la Baja California* (Madrid: Imprenta de V. Suárez, 1933) 16.
[108] "Su prestigio económico creció cuando controló el abastecimiento de carnes en Chalco y su jurisdicción, adonde había sido enviado. Sus rebaños llegaron a la cifra de 150 000 reses, que venían a producir 70 000 pesos fuertes de promedio anual […] Pero no se frenaron ahí sus intereses mercantiles ya que también participó en la compra-venta de plata y el comercio de la cochinilla de Oaxaca." María del Mar Muñoz González, "Donantes y patronos de las misiones jesuitas de la Antigua California. Un estudio de caso: la familia del marqués de Villapuente", publicado en *Acervo Mexicano. Legado de culturas,* 2017, 81-82.

disturbios de 1692, se le concedió nombramiento como caballero de la orden de Santiago en 1696. Fue gentilhombre de cámara de su Majestad, alcalde ordinario y de mesta de México. De 1703 a 1710 estuvo en España, donde se le concedió el título de marqués de Villapuente de Peña. Casó con su prima, Gertrudis de la Peña, en 1717, con lo cual la fortuna conyugal se acrecentó notablemente. Falleció en España en 1739, habiendo ingresado a la Compañía de Jesús. En abril de 1737 había cedido poder para testar al provincial jesuita en México, padre Cristóbal de Escobar Llamas, quien otorga testamento –es decir, formaliza la herencia del inmenso patrimonio del marqués a favor de los ignacianos novohispanos– el 8 de abril de 1744. Fue sumamente devoto de la Virgen de Loreto y poco antes de su muerte emprendió una peregrinación hacia su santuario y los Santos Lugares.[109]

Destaca como benefactor sobre todo de los jesuitas, pero también de los franciscanos y carmelitas. Para recoger su vastísima labor como patrocinador de órdenes religiosas, el padre Miguel Venegas, autor de las *Empresas apostólicas…,* le dedica este libro en el año 1739, con las siguientes líneas:

> …son tantas, y tan repetidas limosnas como ha derramado V. S. con mano liberal por todo el mundo christiano: porque aunque su christiana prudencia la ha hecho con aquel secreto, y cautela, que nos previene Christo en el Evangelio; pero quien podrá, Señor, tapar las voces de los que las reciben, para que callen, y no las pregonen?
>
> […]Y si applicamos el oido à percibir las vozes en que prorrumpen agradezidos, los que se hallan beneficiados de su magnifica liberalidad, nos dirá en primer lugar la California como objeto de aquesta historia: que a V. S. le debe por la mayor parte el ser, la conservacion, y el aumento: pues siendo catorze las missiones fundadas en lo ya conqusitado, las siete son fundaciones de V. S. con finca de setenta mil pesos: y de las otras tres tuvo el influxo moral de su consejo. Pero no con contento con esto ha erogado ya su liberal magnificencia, otros cienes y mas de

[109] Javier Sanchís Ruiz, "Título de Marqués de Villapuente de la Peña a don José de La Puente y Peña Castejón y Salzines", publicado en *Revista de Estudios Novohispanos*, no. 41, julio-diciembre 2009, 135-150.

> treinta mil pesos hasta el año de treinta y dos. A estos se han añadido otras muchas limosnas que ha ido embiando en los seis años siguientes.[110]

Aparte de estas obras, se enlistan numerosos apoyos para las misiones de China, Japón, la India y Filipinas, fundando un hospital en Macao, contribuyendo al rescate de cautivos cristianos en Argel y apoyando a los franciscanos en Jerusalén. En Europa, entre otras acciones, restauró el colegio de la Compañía de Jesús en Santander, apoyó la edificación de un colegio en Manresa, donó importantes sumas para el santuario dedicado a Ignacio de Loyola, en Guipuzcoa, el santuario de Monserrat, la fundación de un colegio dedicado a san Francisco Xavier en Navarra y la edificación de un convento carmelita en Andalucía. En América apoyó, entre otras obras, la fundación de un colegio en Caracas, el sostenimiento de otro en La Habana, la edificación del convento carmelita de Tacubaya, la fundación de dos misiones en Sonora, así como el fomento de varias más en Nayarit, el Moqui y Nuevo México.

La portada principal del templo actual de la Casa Profesa jesuita en la ciudad de México, edificado entre 1714 y 1720, según diseño del reconocido arquitecto novohispano de origen vasco Pedro de Arrieta, exhibe en su primer cuerpo la imagen de dos santas que flanquean el acceso: Santa Bárbara en el lado izquierdo y Santa Gertrudis en el derecho. Asimismo, en el segundo cuerpo, sobre el segundo segmento de las cuatro columnas que flanquean la imagen central de san Ignacio de Loyola en la escena conocida como *La visión de la Storta*, se observa el escudo de armas del apellido De la Puente y la divisa correspondiente,[111] tallados en piedra.

Según el padre Nicolás Segura, quien tuvo a su cargo el sermón por sus exequias, celebradas en el templo de la Casa Profesa jesuita de la ciudad de

[110] Miguel Venegas, *Obras californianas*… IV, XXII.

[111] El escudo de armas de este apellido, proveniente de Vizcaya, representa un episodio legendario. En él se observa un solitario caballero lanza en ristre sobre un puente (otras versiones integran un castillo o torre en la composición y también la cabeza de un moro flotando bajo el puente.) La divisa reza: "Por pasar la puente me puse a la muerte". En la casa-palacio edificada por el Marqués de Villapuente en Muriedas el año de la muerte de su esposa se describe un blasón compuesto por un puente de tres arcos sobre ondas y en ellas una cabeza de moro con turbante y media luna. Sobre el puente un castillo y dos leones empinados a él, y a la derecha un hombre a caballo, vestido de cota de malla, con su lanza en acción de acometer. Tal composición corresponde con lo labrado en La Profesa, siendo ésta una versión más discreta.

México en 1739, se le debe "la célebre conquista de California y la dotación de sus misiones".[112] Este sacerdote añade:

> ¡O[h] innumerables párvulos de Macán! [¡]O[h] vastísimos pueblos de Maduré, de Tunquin, de la China, y especialmente de Californias! [¿]A quién debéis vuestros baptismos, vuestras confesiones, y quizá vuestra salud eterna? [¿]Acaso a vuestros misioneros o a Villa-Puente?
>
> […]
>
> …que nuestro Villa-Puente no solo fue Misionero, sino más que Misionero, haciendo a tantos Misioneros.[113]

Con sus donativos se fundaron y sostuvieron las misiones de San José de Comondú, Nuestra Señora del Pilar de La Paz, La Purísima Concepción, Nuestra Señora de Guadalupe, Santiago, San José del Cabo y Santa Gertrudis. Las dos misiones dedicadas a su patrono San José, una de ellas en Comondú y la otra en el Cabo de ese nombre, dan testimonio de su devoción. El compromiso de Villapuente con los jesuitas de la Antigua California fue mucho más allá de la dotación de recursos para sus misiones, pues existe registro de que abogó por ellos ante el propio rey de España. La historiadora Linda Fajardo ubicó en el Archivo General de la Nación (AGN) y nos proporcionó generosamente lo que fue con toda probabilidad el borrador de una carta o una carta de la cual falta una porción, que José de la Puente dirigió a Felipe V en 1731, donde insiste vehementemente por aumentar el número de soldados en el presidio de Loreto, así como dotarlo de una galeota, anticipándose con su inquietud a las revueltas que a partir de 1734 y hasta 1737 pusieron en riesgo el proyecto jesuita.[114]

---

[112] Nicolás Segura (1676-1743), *Sermon en las exequias: que hizo la provincia de Nueva-España, de la Compañia de Jesus, en la Casa professa de Mexico a el Sr. D. Joseph de la Puente, Castejon, y Salzines, marquès de Villa-Puente* (México: Imprenta de la viuda de D. Joseph Bernardo de Hogal, 1742) 420.

[113] Nicolás Segura, *Sermon en las exequias…* 425-426..

[114] *Informe del Marqués Puente a su excelencia sobre Baja California. Solicita soldados para los presidios*. Baja California (¿?), septiembre de 1731. AGN, *Jesuitas* IV-II, Exp. 27, fs. 58-60. Ver anexos.

Gertrudis de la Peña (*c.* 1670-1738). Marquesa de las Torres de Rada, nacida en la ciudad de México, hija de Francisco de la Peña Salcines y Josefa de la Rueda, prima de José de la Puente y Peña, con quien casó en terceras nupcias. Su primer esposo fue Martin de Amor Otañez (¿?-1694) y el segundo Francisco de Lorenz y Arenaza (1660-1713), un destacado militar cántabro que fue caballero de Santiago, gobernador de Veracruz, canciller mayor de las Reales Audiencias y registrador perpetuo de los reinos de la Nueva España. Felipe V nombró a Lorenz marqués de las Torres de Rada en 1704 y vizconde de Santa Gertrudis en honor a su mujer. Al fallecer Lorenz y Arenaza, su fortuna pasó a la viuda. Casó Gertrudis de la Peña en 1717 con el marqués de Villapuente, a quien designó albacea, gestor y heredero de sus bienes, lo cual implicaba entre otras funciones la administración de las prósperas haciendas de San Pedro de Ibarra y Arroyozarco, transferidas a los jesuitas de California en 1735.[115] Esta destacadísima dama novohispana merecería que conociéramos más datos acerca de su vida. Se sabe que entre los años 1714 y 1720 sufragó la nueva fábrica del templo de la Casa Profesa jesuita en la ciudad de México, dotándola de un total de 125 mil pesos, por virtud de un contrato suscrito con el célebre arquitecto novohispano Pedro de Arrieta. También se conserva un escrito elaborado por los padres jesuitas Francisco Xavier Carranza y Juan Antonio de Oviedo, denominado *Llanto de las piedras en la muerte de la más generosa Peña*[116] que consigna algunos datos acerca de sus exequias, llevadas a cabo también en el templo de la Casa Profesa, el 28 de abril de 1738. Como dice Víctor Mínguez:

[115] En los anexos se transcribe en extenso el documento de *Donación de las haciendas de San Pedro de Ibarra y demás a ello pertenecientes a favor de las misiones de California*, (18 de junio de 1735), ubicado en Archivo de Notarías. Volumen 700. Notario Francisco del Valle. 1735, "Donación de las Haciendas de San Pedro de Ibarra y de más a ello perteneciente en favor de las Misiones de California", ff. 154-159v, publicado en María del Carmen Velázquez en *El Fondo Piadoso de las Misiones de Californias…* 183-189.

[116] Francisco Javier Carranza, *Llanto de las piedras en la sentida muerte de la mas generosa Peña: debidas honras, y solemnes exequias, que à la mui ilustre señora marquesa de las Torres de Rada, la señora doña Gertrudis de la Peña, celebró la casa professa de México, como à fundadora de su magnífico templo, benefactora insigne de la Compañía de Jesús* (México: Imprenta de Don Francisco Xavier Sánchez, 1739).

> Este texto contiene mucha menos información de la que es habitual en las crónicas de exequias, ya sean europeas o americanas. Carranza no incluye ninguna descripción del catafalco –del que sólo sabemos que tuvo siete cuerpos– y de los restantes adornos luctuosos, ni relata cómo transcurrieron las honras, ni menciona los personajes ilustres que en ellas participaron. El autor se limita a recoger el texto del epitafio y otras inscripciones latinas, y los veinticuatro jeroglíficos que adornaron el túmulo.[117]

Bárbara Ann Ailstock señala, no obstante, como elementos a tomar en cuenta dentro de dicha publicación y el suceso al cual alude:

> …la participación de varias figuras eclesiásticas muy importantes para la sociedad novohispana, particularmente aquellas comunidades asociadas con el buen morir y el ámbito religioso, como es el caso del padre Juan Antonio de Oviedo (Provincial de la Compañía), y el padre Nicolás Zamudio (Prefecto de la Congregación de la Buena Muerte), entre otros.[118]

En *Llanto de las piedras*, el padre Juan Antonio de Oviedo enumera las obras pías realizadas por De la Peña, donde además de la ya mencionada donación realizada para el templo de la Casa Profesa, se menciona que:

> …después dotó la cera y el adorno del monumento [de la iglesia en mención] en otros seis mil [pesos]. En la hermosísima Capilla de N. Señora de los Dolores que edificó en la Iglesia de los religiosísimos padres de S. Francisco en Tacubaya, gastó catorze mil pesos, y fuera de esto dotó el azeite de la lámpara, de la de los Dolores, la de la querida Patrona Santa Gertrudis, y la cera del monumento de la iglesia. Para fundar la Misión de los Dolores en las nuevas, y apostólicas conversiones de California dio diez mil pesos, y otros mil para el adorno de sus iglesias. Para la

[117] Víctor Mínguez, "El lenguaje emblemático de las gemas", en Sagrario Lopez Poza (ed.), *Literatura emblemática, I simposio internacional* (A Coruña: Universidade a Coruña, 1996) 559.
[118] Bárbara Ann Ailstock, "Una vida ejemplar para el buen morir: El concepto de la muerte vencida en las exequias de la Marquesa de las Torres de Rada", consultado en: https://www.academia.edu/5738959/UNA_VIDA_EJEMPLAR_PARA_EL_BUEN_MORIR_EL_CONCEPTO_DE_LA_MUERTE_VENCIDA_EN_LAS_EXEQUIAS_DE_LA_MARQUESA_DE_LAS_TORRES_DE_RADA, el 15 de abril de 2021.

> fábrica de la Iglesia del Sr. San Miguel en esta Ciudad dio quinientos pesos. A la celebérrima y devotísima imagen de N. Señora de Loreto del Colegio de San Gregorio donó unas riquísimas perlas, avalaudas en más de seis mil pesos, y para adorno de su Capilla un Nacimiento del Niño Dios de exquisita materia, hechura y primor. Y juntando pocos días antes de su muerte los bejuquillos de oro, y preciosísimas joyas, que le habían quedado, adornó con ellas aquella preciosísima Imagen de marfil de N. Señora, colocada ya en el Altar de S. Francisco Xavier, y nos la envió, declarando el gusto en que tendría, en que de las joyas, y bejuquillos, se fabricase un Cáliz de oro, guarnecido todo de diamantes, y rubíes, para que se estrenase el día en que celebrasemos la canonización del nuevo apóstol de la Francia, San Francisco Regis. A nuestra Señora Madre Santísima de la Luz del Colegio de San Andrés dio trescientos pesos para adorno de su altar. Toda la gruesa renta, que percebía de los Tenientes de Chanciller, de las Reales Audiencias de México, Guatemala, Guadalaxara, y Filipinas, por tener en este tan ilustre oficio toda la propriedad, toda, toda, sin reservar ni medio real para su uso, la tenía destinada para decir Misas para las almas del Purgatorio, y para limosnas a los pobres…[119]

Resulta de sumo interés que, al describir los preparativos de la marquesa para su propio entierro, ya que padecía una larga enfermedad, dispuso "lo que tenía muchos años antes destinado para mortaja, que era una sotana vieja, que estimaba por reliquia, por haberla usado el V. Padre y Apostólico Varón, Juan María de Salvatierra."[120] También llama poderosamente la atención, en *Llanto de las piedras,* una constante alusión durante sus exequias a las perlas como elemento simbólico con el cual se le relaciona, dejando ver gran afición y prodigalidad de su parte en la donación de estas joyas. Dicha referencia indudablemente remite a la riqueza de los mares californianos, aunque no contamos con ningún dato acerca de la muy probable participación de Gerrudis de la Peña y/o su esposo, el marqués de Villapuente, en algún aspecto de su explotación y comercio.

[119] Francisco Javier Carranza, *Llanto de las piedras…* 54.
[120] Francisco Javier Carranza, *Llanto de las piedras…* 58.

Figura 44. Bartolomé Mancine, *Mater Dolorosa*, siglo XVIII, óleo sobre tela, Pinacoteca de la Casa Profesa, México. Imagen tomada de: Luis Ávila Blancas, *La Pinacoteca de la Casa Profesa…* 11.

En honor a una donación directa de Gertrudis de la Peña se dedicó a su patrona la misión de Santa Gertrudis, independientemente de que la fortuna familiar estuvo involucrada asimismo en las donaciones realizadas por Villapuente. La principal devoción de la marquesa era la Virgen de Loreto y en segundo término la de los Dolores, ligada con la Congregación de la Buena Muerte, cuya sede estaba en la Casa Profesa jesuita. De hecho, donó un cuadro pintado en Roma por Bartolomé Mancine de la *Mater Dolorosa* para el altar del Santo Cristo de la Buena Muerte, que sin duda es el que se conserva actualmente en la Pinacoteca de la Casa Profesa (fig. 44)[121] y es mencionado por el padre Carranza en el jeroglífico 18 de su túmulo funerario:

> Ametisto en sus colores
> tuvo por inclinación,
> ternura con la pasión
> de María, y sus Dolores.
> su Imagen (pasmo a pintores)
> este extremo nos advierte:
> la apreciaba de tal suerte,

[121] Luis Ávila Blancas, *La Pinacoteca de la Casa Profesa* (México: Pinacoteca de la Casa Profesa, 1993) 6.

que por manda agradecida,
hasta no perder la vida,
no la dio a la buena muerte.[122]

María Rosa de la Peña Rueda. Hermana de Gertrudis de la Peña y esposa de Pedro de Tagle Villegas, caballero de Calatrava. En 1731 otorgó al Fondo Piadoso para las Misiones los agostaderos del Nuevo Reino de León, importantes terrenos que servirían a las haciendas donadas a las mismas misiones por Villapuente y su esposa. Básicamente, son cinco agostaderos los que se donan a las misiones, que representaban una enorme extensión territorial y sumaban, en conjunto, 77 sitios de ganado mayor, 92 de menor y 46 caballerías. Si una caballería de tierra equivalía a 43 hectáreas, un sitio de ganado menor a 526 hectáreas y un sitio de ganado mayor a mil 750 hectáreas, aproximadamente, tenemos que esta donación involucraba una superficie superior a las 186 mil hectáreas. Tengamos en cuenta que la superficie actual de la Ciudad de México es de 150 mil hectáreas y podremos imaginar la vastedad de estos terrenos. Su donación a las misiones fue honrada con la fundación de la misión de Santa Rosa de las Palmas, en Todos Santos, que absorbió a la de Nuestra Señora del Pilar de La Paz.[123]

Duque de Linares. Seguramente se trata de Juan Manuel de Lancaster y Noroña, IV duque de Linares (1717-1733), hijo del virrey novohispano Fernando de Alencastre, Noroña y Silva (1662-1717), II duque de Linares. El virrey fue un aristócrata nacido en Madrid, emparentado con la duquesa de Aveiro y especialmente interesado en promover el comercio entre la Nueva España y el Perú. Fungió como gobernante de la Nueva España entre 1711 y 1716. Por su parte, su hijo, el IV duque de Linares fue fundador de la Congregación de la Buena Muerte, con sede en la Casa Profesa jesuita, en 1731.[124]

---

[122] Francisco Xavier Carranza, *Llanto de las piedras…*

[123] En los anexos se transcribe en extenso el documento *Testimonio de cesión de los agostaderos del Nuevo Reino de León a las Misiones de Californias por doña María Rosa de la Peña (26 de noviembre de 1741),* ubicado en el Archivo General de la Nación (AGN), *Californias*, vol. 60 bis, exp. 28, ff. 481v-491, publicado por María del Carmen Velázquez en *El Fondo Piadoso de las Misiones…* 200-204.

[124] De acuerdo con María de los Ángeles Rodríguez Álvarez: "la Congregación tuvo dos fechas de fundación. La primera fue cuando el papa Alejandro VII le concedió bula con una serie de privilegios

Duquesa de Béjar. María Ana Antonia Luisa de Borja Aragón Centelles y Fernández de Córdoba (1676-1748), XII duquesa de Béjar y IX marquesa de Gandía. Hija de Pascual Francisco de Borja y Centellas Ponce de León, X duque de Gandía, y Juana María Fernández de Córdoba y Figueroa. Emparentada directamente con Francisco de Borja, santo jesuita impulsor de la llegada de la Compañía de Jesús a la Nueva España. Asumió el ducado al fallecer su hermano Luis. Murió en Madrid sin dejar descendencia.[125] Miguel del Barco, quien la califica como "la más insigne bienhechora que han tenido sus misiones [de California]", afirma que:

> …con munificencia propia de su grandeza, y con un corazón no menos piadoso que magnánimo, en su disposición testamentaria dejó varias obras pías, entre las cuales un crecido vitalicio a todas aquellas personas que componían su familia; y el remanente a la misión de California, con encargo que se fundase en ella una residencia dedicada a su glorioso ascendiente San Francisco de Borja. A este remanente debían ir acreciendo todos aquellos capitales correspondientes al vitalicio sobredicho, conforme iban muriendo las personas que lo gozaban. En esta forma, lo que el padre procurador de la California tenía en México había sucesivamente percibido hasta el tiempo del extrañamiento de los jesuitas de todos los dominios de España, era la suma de sesenta y dos mil pesos, o poco más. Y en Madrid tenía en escrituras, y a réditos, para mantenerlos vitalicios, y en otras recaudaciones, que se iban consiguiendo, como otra tanta cantidad; sin la esperanza que habrá de recobrar otras sumas crecidas litigiosas; y cobranzas detenidas por razón de pleitos, que había seguido la misma excelentísima señora. El motivo que tuvo para dejar un tan copioso legado a la California (según escribieron de Madrid a México, avisando de esta disposición), fue que un sujeto, que había estado algún tiempo de soldado en aquella península, algunos años

y excepciones, el 12 de febrero de 1659, en la Iglesia Profesa de México. [...] La segunda fecha es 1710, cuando la volvió a fundar el virrey Duque de Linares, quien junto con el visitador general, padre Andrés Félix de Espinosa, prepósito de la Casa Profesa, ejecutaron su restauración con la autoridad del Ordinario", en *Usos y costumbres funerarios en la Nueva España* (Zamora: El Colegio de Michoacán-El Colegio Mexiquense, 2001) 111.

[125] https://www.geni.com/people/Mariana-Antonia-Luisa-de-Borja-y-Fern%C3%A1ndez-de-C%C3%B3rdoba-XII-Duquesa-de-Gand%C3%ADa/6000000014695817829, http://www.jdiezarnal.com/palacioducaldegandialinaje.pdf, consultados el 15 de abril de 2021.

> después de haberse comenzado la conquista, volvió después a España, y, corriendo su fortuna, llegó a acomodarse (no sabemos con qué empleo), entre la familia de la citada señora. Este hombre refirió lo que había visto en la California: la suma pobreza de los indios, los trabajos de los padres de la Compañía en su reducción, enseñanza y administración, y, en fin, las grandes estrecheces en que se hallaba[n], para mantenerse a sí, y socorrer a sus indios con comida y vestido. Estas noticias, referidas de un testigo de vista (de cuya veracidad parece que estaba satisfecha), movieron tanto el piadoso corazón de esta señora, que determinó aliviar tantas necesidades, y procurar que se extendiese largamente la fe entre aquella gentilidad, como lo ejecutó en su testamento, según queda insinuado. Recibida esta favorable noticia en México, y comunicada a la California, pasaron algunos años antes de comenzar a percibir cosa alguna de este gran legado, por las dificultades que se ofrecieron después del fallecimiento de la señora duquesa. En fin, habiendo avisado al padre procurador general de Indias, existente en Madrid, que tenía en su poder veinte mil pesos (que fue lo primero que se recaudó), se tomó con más calor la fundación de otra nueva misión en la California pues estaba vencida esta primera dificultad de falta de dotación; habiendo con la cantidad recibida la suficiente para dos misiones.[126]

Independientemente de la anécdota relatada, es muy probable que la duquesa haya tenido trato cercano con otros benefactores de los jesuitas, tomando en cuenta su relación de parentesco con el santo Borja. De hecho, coincidió con Gertrudis de la Peña como benefactora del templo de la Casa Profesa jesuita en la ciudad de México, como podemos constatar mediante un documento que hemos localizado en el Archivo Nacional de Chile. En dicha escritura de transacción, suscrita el 30 de junio de 1758, los herederos de María de Borja, fallecida diez años antes, formalizan el cumplimiento de varias disposiciones que implican la entrega de la importante suma de 24 mil ducados, equivalente a 264 mil reales, destinada a mantener el culto de la Congregación de la Buena Muerte en la citada Casa Profesa y

[126] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*… 287-288.

específicamente concluir el altar dedicado a san Francisco de Borja.[127] Al entregar esta suma se estaba dando trámite al deseo de la duquesa de que se aplicase una parte de su legado testamentario para dicho congregación, al tiempo que se liberaba de esta obligación a los réditos generados por la administración de diversas propiedades, cuyo beneficiario eran las misiones californianas. Sus donaciones favorecieron la fundación de las misiones más norteñas de la Compañía de Jesús en la península: San Francisco de Borja-Adác y Santa María de Guadalupe-Kabujakaamán.

Duquesa de Sessa. María Andrea de Guzmán Dávila de Zúñiga y Osorio (1660-1709). Casada en segundas nupcias de éste con José Sarmiento y Valladares, virrey de la Nueva España que concedió a Kino y Salvatierra la autorización para pasar a California en 1697. Fue hija de Manuel Luis de Guzmán y Manrique y de Zúñiga, marqués de Villamanrique y marqués de Ayamonte, así como de Ana Dávila y Osorio, marquesa de Astorga, marquesa de Velada, condesa de Trastámara y condesa de Santa Marta.[128] Su aportación fue de las primeras en incorporarse al Fondo Piadoso para las Misiones de California, ya que el padre Juan María Salvatierra se comunicaba con ella por carta en fecha muy inmediata a la fundación de la primera misión en Loreto.[129]

Marquesa de Cerralbo. Existen dos personajes que podrían corresponder con la mencionada. El primero de ellos es Isabel de Nieto Silva y Guzmán (1690-1736), VIII marquesa de Cerralbo. Nacida en Salamanca, contrajo matrimonio con Juan Antonio de Guzmán Anaya y no tuvo descendencia. El segundo es María Manuela de Moctezuma Pacheco Nieto de Silva y Guzmán (*c.* 1722-1787), X marquesa de Cerralbo. También nacida en Salamanca, casó con Francisco Ventura Orense Moctezuma Portocarrero del Castillo. El virrey José Sarmiento y Valladares (1643-1708), conde de Moctezuma, quien otorgó a Juan María de

[127] *Escritura de transacción hecha entre los herederos de Doña Mariana de Borja, duquesa que fue de Béjar y Gandía…* Archivo Nacional de Chile (ANCH), *Fondo Jesuitas de América*, vol. 308, leg. 347, doc. 1. Ver anexos.

[128] https://gw.geneanet.org/wikifrat?lang=en&pz=honore+gabriel&nz=de+riqueti+de+mirabeau&ocz=0&p=maria+andrea&n=de+guzman+y+zuniga

[129] Juan María de Salvatierra, "Carta a la virreina Duquesa de Sessar, con fecha 26 de noviembre de 1697", en *Loreto, capital de las Californias. Las cartas fundacionales de Juan María de Salvatierra*… 91-92.

Salvatierra y Francisco Eusebio Kino en 1697 la autorización para acudir a California, estuvo emparentado políticamente con esta familia, como también el virrey Rodrigo de Manrique Osorio (1580-1652), III marqués de Cerralbo. En honor a éste último, el explorador Francisco de Ortega, quien viajó a California en 1632, 1634 y 1636, denominó una isla cercana a Loreto Isla Cerralbo.

Luis de Velasco. Seguramente se trató de un legado testamentario de Luis de Velasco y Castilla (1534-1617), quien fungió en dos ocasiones como virrey de la Nueva España, entre 1590-1795 y 1607-1611. Fue virrey del Perú de 1596-1604. Tuvo un hijo, muerto durante la juventud, que había ingresado al noviciado jesuita. Fue promotor de la exploración y conquista de Nuevo México por parte de Juan de Oñate, así como patrocinador de las exploraciones realizadas por Sebastián Vizcaíno a California y Japón. Tenía, como resulta evidente, un gran interés por el comercio transpacífico y desde su posición como virrey del Perú favoreció mucho la constitución de una red comercial que vinculara ese virreinato con la Nueva España y Oriente. La donación de este personaje se destinó a la misión de su patrono y el también novicio fallecido prematuramente, san Luis Gonzaga.

Respecto a Nicolás de Ermiaga y Nicolás de Arteaga, no está muy claro si se trató de dos personas o una misma persona registrada con diferentes pero muy similares apellidos. Se tiene noticia acerca de un Nicolás de Arteaga que habría donado para la fundación de la misión de Santa Rosalía de Mulegé, junto con su esposa, Josefa Vallejo. Se menciona también que esta persona era pintor y muy probablemente se dedicaba al comercio en la ciudad de México. Por otro lado, durante su estancia en la Tarahumara, el padre Francisco María Píccolo conoció a otro misionero llamado Francisco de Arteaga,[130] posiblemente emparentado con dicho benefactor. También, hubo un provincial jesuita en México con ese nombre. En todo caso, Arteaga y su esposa, Josefa Vallejo, financiaron la misión de Santa Rosalía de Mulegé, por lo cual con seguridad compartieron la devoción del padre Píccolo por la santa ermitaña.[131]

[130] Juan Antonio Baltasar, *Carta del P. Provincial Juan Antonio Balthassar…* 31.
[131] Miguel Venegas, *Obras californianas*… Tomo II, 126.

Resulta importante esclarecer las biografías de aquellos benefactores de los cuales poco se sabe todavía, como asimismo la naturaleza de las relaciones entre los jesuitas de la Antigua California y la sociedad novohispana de su época. Desde luego, para los misioneros la evangelización constituía un fin en sí mismo, pero la inserción de esta actividad dentro de un proyecto corporativo de orden global como el encabezado por la Compañía de Jesús determinó su articulación con el ámbito comercial, que constituyó la punta de lanza de los procesos de expansión mundiales a partir del siglo XVI. Como hemos mencionado, la ubicación estratégica de la península bajacaliforniana convirtió este territorio en punto central desde el cual se estimuló y fortaleció el comercio transoceánico. La investigadora Cristina Torales Pacheco ha explorado los muy estrechos vínculos existentes entre jesuitas y empresarios novohispanos, afirmando que:

> …en el siglo XVIII podemos reconocer como las principales redes sociales transoceánicas, las de los comerciantes y la de la Compañía de Jesús y proponer por ello a los mercaderes y a los jesuitas como los principales responsables de la interactividad cultural en el mundo hispánico (Asia-América-Europa) […] Añadido a esto quiero referirme a la interrelación sistemática entre éstos, desde fines del siglo XVI hasta avanzado el siglo XVIII. A ésta podemos atribuir, en mucho, el auge económico y la madurez intelectual que alcanzaron las élites criollas al final del siglo XVIII y principios del XIX.[132]

Para Torales, hubo afinidad y coincidencia entre empresarios y jesuitas, novohispanos, especialmente durante el siglo XVIII, así como, en consecuencia, la constitución de redes transoceánicas que favorecieron actividades científicas, tecnológicas y comerciales, sin excluir, desde luego, la expansión de la fe católica, mas relacionándola con esos otros ámbitos. Por ello, destaca, entre otros aspectos de la política desarrollada conjuntamente por comerciantes y religiosos, el papel jugado por los procuradores jesuitas en Madrid y Roma como "asesores y

[132] María Cristina Torales Pacheco, "Comerciantes novohispanos y sus redes transoceánicas", en Béatrice Peres, Sonia V. Rose & Jean Pierre Clement, *Des marchands entre deux mondes. Pratiques et représentations en Espagne et en Amérique (XVe-XVIIIe siècles)* (París: Presses de l'Université Paris-Sorbonne, 2007) 71.

representantes de los comerciantes", así como "promotores del libre comercio".[133] Dos personajes que plantea como ejemplo de estos vínculos y atañen muy de cerca a este trabajo son el provincial jesuita Juan Antonio de Oviedo[134] y el ya mencionado comerciante novohispano José de la Puente y Peña, marqués de Villapuente. Oviedo, destacado escritor y sacerdote, quien fungió en tres ocasiones como superior de la Compañía de Jesús en México, interactuó con Villapuente y otros empresarios contemporáneos, promoviendo sus intereses ante las cortes europeas. Su circulación entre las élites de Filipinas, la Nueva España, Roma y Madrid, refleja por sí misma el alcance geográfico de las redes corporativas constituidas por los jesuitas y sus aliados en ambos lados del Pacífico.

Por su parte, Villapuente, como hemos argumentado, defendió de manera muy notable no solo la viabilidad económica de las misiones jesuitas, sino la integridad del proyecto californiano en su conjunto. Su familia, integrada por Gertrudis de la Peña, Rosa de la Peña y el esposo de ésta, Pedro de Tagle Villegas, caballero de Calatrava, así como un hermano de Gertrudis y Rosa de la Peña, Andrés Antonio de la Peña, caballero de Alcántara y ministro del Consejo y Contaduría Mayor de Hacienda en Madrid, y el segundo esposo de Gertrudis de la Peña, Francisco de Lorenz y Arenaza, junto con él mismo, ilustran a un grupo familiar prototípico en la promoción de sus intereses comerciales, la acumulación de bienes y cargos, el servicio a la Corona y las relaciones con las órdenes

[133] "La referencia a los nexos entre jesuitas y empresarios en el patrocinio de obras pías, el papel que los soldados de Cristo tuvieron como asesores y representantes de los empresarios, a sus descripciones de la riqueza natural americana a propósito del libre comercio y a la protección a los jesuitas en el exilio por parte de los mercaderes, son afirmaciones que presento, no como conclusiones, sino como brechas que trato como puntos de continuidad de mis estudios sobre los comerciantes novohispanos y las redes mercantiles transoceánicas." María Cristina Torales Pacheco, "Comerciantes novohispanos…" 80.

[134] (1670-1757). Nacido en Bogotá, Colombia, se trasladó a Guatemala en 1678. Licenciado y doctor en la Real Universidad de Guatemala, ingresó posteriormente en la Compañía de Jesús. Rector del Colegio de San Ildefonso de México en 1698, rector del Colegio del Espíritu Santo en Puebla en 1711, rector del Colegio de Guatemala en 1714 y procurador de la provincia mexicana de la Compañía de Jesús en 1715. También, rector del Colegio del Espíritu Santo en Puebla en 1718, primer visitador de las misiones en Filipinas en 1723, rector del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo en 1727, provincial en México nuevamente en 1729 y 1736, prepósito de la Casa Profesa en 1732 y 1747, prefecto de Espíritu en el Colegio Máximo en 1736, rector del Colegio de San Andrés de 1750 a 1753 (sede de la Procuraduría de las Misiones de California); desde 1753 hasta el día de su muerte fue prefecto de la Purísima en el Colegio Máximo. Fue un escritor prolífico y un esmerado procurador en Madrid y Roma. http://dbe.rah.es/biografias/7651/juan-antonio-de-oviedo

religiosas, constituyéndose en un verdadero pilar para la consolidación del Fondo para las Misiones de California.[135]

Parece sumamente pertinente, en este punto, hacer un alto y tratar de entender la forma como durante la etapa virreinal se articularon los ámbitos espiritual y material, dejando a un lado, en la medida de lo posible, juicios y prejuicios contemporáneos. La relación entre abundancia económica y salvación espiritual suele ser percibida en nuestros días como algo conflictivo, contradictorio e incluso indeseable, pero de ninguna manera fue el punto de vista de los actores de la época. Mucho menos cabe afirmar que los benefactores de obras pías en el virreinato fueran personas que se tomaran a la ligera o con deshonestidad los asuntos del espíritu, subordinándolos a una vida material. Por el contrario, consideramos que las formas de pensar y actuar en dicha sociedad aportan matices importantes a la relación entre lo celestial y lo terrenal, que con frecuencia se nos escapan.

Al respecto, la investigadora Asunción Lavrin, dentro de su análisis del funcionamiento de las cofradías en la Nueva España, ha acuñado el término "economía espiritual" para describir la naturaleza del pacto establecido entre las instituciones religiosas y sus miembros durante el periodo que tratamos. Este pacto establecía las condiciones en las cuales cada individuo se relacionaba con sus propios deberes frente a la colectividad a través de actividades y normas religiosas, realizando una serie de "inversiones", tanto en dinero como en acciones, que redituarían a la postre para la salvación de su alma, pero sobre todo tendrían expresiones concretas y terrenales dentro del ámbito cotidiano. Sin la transferencia de riquezas a la espiritualidad, la sociedad virreinal difícilmente hubiera atendido la fundación de misiones y toda una serie de necesidades sociales, como la construcción de hospitales, refugios para huérfanos, viudas, etcétera.

Nos parece que el concepto y la precisión aplican no solamente para los integrantes de las cofradías sino para el conjunto de los benefactores de obras religiosas, ya sea que actuaran a título personal o familiar, en el seno de una cofradía o congregación o de cualquier otra manera. Más aún, podría hacerse

[135] María Cristina Torales Pacheco, "Comerciantes novohispanos…" 85.

extensivo este razonamiento al conjunto de la sociedad novohispana, que participaba, con sus matices, en una forma común de ver la vida. Desde luego, los integrantes de las élites y para nuestro caso, los comerciantes benefactores de los jesuitas, jugaban un papel sumamente destacado en el desarrollo de esta economía espiritual, que entendemos, como ya dijimos, como un contrato personal pero también como un pacto colectivo. Tal cual dice Lavrin:

> La definición de la reducción de la deuda espiritual y la salvación del alma como la acumulación de actos de piedad, oraciones, o asistencia a misas era una acción que envolvía la definición de un presupuesto de indulgencias y la inversión en obras ético-piadosas, cuyo cambio al "efectivo" espiritual implicaba una invasión de la economía material al territorio de la economía espiritual. Para el creyente de los siglos XVII y XVIII, tal conceptualización no significaba falta de respeto a lo divino, sino un sistema regulador de la conducta que todos podían entender y que daba a la empresa más importante de la vida una familiaridad y un sabor de cotidianidad muy confortable. Para la persona común, llevar la cuenta de su salvación no podía haber sido sino una gran fuente de consuelo y reafirmación de la fe.[136]

No olvidemos, por otra parte, que los benefactores de las misiones californianas en su mayoría participaban dentro de cofradías, como las mencionadas de Los Dolores y de La Buena Muerte, la primera de las cuales, ubicada en el Colegio de San Pedro y San Pablo en la ciudad de México hizo aportaciones al Fondo para las Misiones de California, mientras que tanto Gertrudis de la Peña como María Antonia Luisa de Borja y el duque de Linares tuvieron importante participación dentro de la de La Buena Muerte. Sin embargo, es claro que el Fondo Piadoso para las Misiones atrajo sobre todo a individuos y que los jesuitas buscaron especialmente el trato personal con sus benefactores, siendo menor el impulso que recibieron por parte de organizaciones. Dicha circunstancia, es decir la evidencia de un trato personal por encima del institucional, fortalece la hipótesis planteada por Cristina Torales

[136] Asunción Lavrin, "Cofradías novohispanas: economía material y espiritual", en Pilar Martínez López-Cano, Gisela Von Webser y Juan Guillermo Muñoz, *Cofradías, capellanía y obras pías en la América colonial* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1998) 64.

Pacheco, que en nuestras propias palabras interpretamos como una relación de alianza más que de beneficencia entre los soldados de Loyola y sus socios.

Para concluir este apartado, vale la pena llamar la atención en torno al desconocimiento que existe respecto a muchas de las implicaciones que posiblemente tenían los donativos realizados por los benefactores a las misiones, de los cuales solo se sabe su monto y destino, pero por carecer de un contrato que los formalizara, salvo en aquellos casos cuando hay algún breve comentario por parte de los misioneros, no está del todo claro hasta qué punto los benefactores tenían derecho a participar en ciertos aspectos de la fundación misional. Por ejemplo, respecto a las características del edificio a construir. Suena muy lógico que quien encomendaba una fundación expusiera su deseo de que su templo inmediato o futuro tuviera ciertas características. Mientras que logramos más evidencia a este respecto, queda claro, tanto por el tipo de menciones que referimos en los escritos de los misioneros, como por los nombres mismos de las misiones, que el benefactor determinaba invariablemente cuál era la devoción a la que se dedicaría su fundación. Ello representaba una manera de perpetuar su nombre, quizá más importante que si se hubiera colocado una placa ostentándolo.

En el mismo sentido, cabe afirmar que en lugar de una relación formal de apropiación entre el benefactor y el edificio misional lo que se verificaba a través de este mecanismo era un profundo vínculo identitario sustentado por lazos de devoción con orígenes familiares, patronímicos, así como también étnicos y geográficos. Ello ocurrió, por ejemplo, con aquellas devociones estrechamente ligadas con ciertas regiones del Viejo Mundo. Es el caso de la zaragozana Nuestra Señora del Pilar o la siciliana Santa Rosalía, cuyas devociones se impusieron por los benefactores, en acuerdo con los misioneros, a ciertos emplazamientos. Esto nos lleva a pensar que no solo se elegía la devoción a la cual se dedicaría la misión que apoyaba, sino también al misionero que llevaría a cabo tal fundación, pues observamos lazos étnicos, regionales y devocionales vinculando de manera muy evidente a Juan María de Salvatierra con Nuestra Señora de Loreto, a Juan de Ugarte con San Francisco Xavier y a Francisco María Píccolo con Santa Rosalía.

En todo caso, no debe caber duda que los benefactores conocían muy de cerca a los misioneros y que la relación entre unos y otros era de extrema confianza. De hecho, la correspondencia que se conserva entre algunos misioneros como Salvatierra, Ugarte y Píccolo, y los benefactores a los cuales se dirigen sus cartas, deja ver una comunicación directa, que evidentemente no elude pero sí rebasa la jerarquía de los superiores jesuitas y las autoridades tanto hispanas como novohispanas. Ello sustenta la posibilidad de afirmar que las alianzas entre misioneros jesuitas y sus benefactores indudablemente trascendían los aspectos materiales, derivando en coincidencias políticas tanto respecto al proyecto de sociedad que se deseaba construir en la Nueva España como al acontecer de los territorios gobernados por el Imperio Hispánico en general; todo ello enmarcado por el carácter y la visión corporativa global del proyecto jesuita.

Veamos, por ejemplo, el tono con el cual el padre Juan María Salvatierra escribe al presbítero queretano Juan Caballero y Ocio, desde su misión en Loreto, el 27 de noviembre de 1697:

> Mi padre, hermano, amigo, comisionero y mi capitán Señor Don Juan Caballero y Ocio Pax Christi:
>
> Ea, que ya estamos en California y Juanico [uno de los primeros californios bautizados en la península], el primer Juan que haya tenido este pedazo de Nuevo Mundo, aquí está conmigo y con su rosario al cuello; ya está la fe en Californias y con el pie fijo en ella. Ya la gran conquistadora María Santísima venció a cuatro naciones de enemigos que nos asaltaron en un tiempo todos, para consumirnos a todos; pero vive María, reina María, vence María. ¿Y a quién ha escogido María para plantar la fe en tan escogido reino con el principio de su salvación? Escogió a don Juan Caballero; dichoso el escogido para poblar de tantas naciones el reino perdido por Luzbel. ¡Oh, y qué gloria de mi señor don Juan para el Cielo! Yo no puedo escribir esto sin deshacerme en lágrimas de consuelo. Ea, pues, prosiga Vuestra Merced en el amparo de esta obra tan suya.
> […]

> Ea, ánimo, que ya California es de María y con esto de es de don Juan Caballero, su devoto, y de San Francisco Xavier.[137]

Por otro lado, como gestor de los intereses de un benefactor, gran interés tiene asimismo la carta que el padre Francisco María Píccolo remitió el 16 de mayo de 1702 a Felipe V, valiéndose del padre jesuita Guillermo Daubenton, confesor real, para abogar a favor de Pablo, hermano de Pedro Gil de la Sierpe:

> …hallandose en esta Ciudad de Mexico para solicitar y agenciar, en nombre y con poder de el Padre Juan Maria Salbatierra y de toda la misión y nueba conquista de las Californias, el alivio y socorro de dicha misión, y siendome pedido por parte de D. Pablo Gil de la Sierpe, hermano de D. Pedro Gil de la Sierpe, tesorero fator que fue de la Real hazienda y Caxa de Vuestra Magestad en el puerto de Acapulco, que informe a Vuestra Magestad sobre lo que dicho tesorero Don Pedro Gil aiudó y fomentó a la dicha nueva conquista y mission de Californias, como también sobre lo que assimismo ha cooperado a dicha empresa el mismo Don Pablo Gil, quien esperamos lo continuará en adelante con el mismo zelo…
>
> […]
>
> Por lo qual, y aviendome pedido este informe, me veo obligado por la charidad y el agradecimiento á lo mucho que a su Hermano difunto le debimos en dicha empresa de Californias, a poner en noticia de Vuestra Magestad lo uno y lo otro, para que, con su Christiano zelo y Catholica piedad, tenga presente á dicho Don Pablo Gil…
>
> […]
>
> …si Vuestra Magestad le hace merced de uno de tres officios desta Nueva España, que son el govierno de la Villalta, Xicayan o Tepeaca, con futura de official Real del Puerto de Acapulco o de la Veracruz…[138]

[137] Juan María de Salvatierra, "Carta a Don Juan Caballero y Ocio, con fecha 27 de noviembre de 1697", en *Loreto, capital de las Californias. Las cartas fundacionales de Juan María de Salvatierra*… 123-124.

[138] Francisco María Píccolo, "Petición del P. Píccolo al Rey en favor de Gil de la Sierpe (México, 16 de mayo 1702)", Archivo General de Indias (AGI) *Guadalajara*, 134, publicada en Francisco María Píccolo, *Informe del estado de la nueva cristiandad…* 94-99.

No deja de resultar sorprendente constatar el carácter de una comunicación como ésta, dirigida a título personal al rey de España por parte de un misionero, con la intención central de abogar a favor de los intereses de un benefactor del proyecto californiano. Lo mismo aplica para el informe que incluimos en los anexos de este trabajo, dentro del cual el marqués de Villapuente solicita al rey de España apoyos muy concretos para las misiones peninsulares. Queda manifiesto a través de tales documentos, pequeña muestra de un indudable ejercicio diplomático continuo, que el compromiso entre benefactores y misioneros era mutuo y sincero, rebasando los límites de las aportaciones económicas realizadas por unos y la lealtad e intercesión tanto espiritual como terrenal ofrecida por otros.

Los comerciantes y nobles, lo mismo que los sacerdotes involucrados en la empresa evangelizadora de la Antigua California, estaban dispuestos a empeñar nombre y prestigio para favorecer a su contraparte, en una asociación de confianza que se percibe sin la mínima grieta o titubeo. De ello podemos extraer la conclusión de que en todo momento, a partir de que Salvatierra constituyó el Fondo Piadoso para las Misiones y hasta la expulsión de los jesuitas, las decisiones y acciones corporativas de la Compañía de Jesús respecto a los territorios bajacalifornianos fueron consultadas, consensuadas y compartidas con sus aliados civiles, en la búsqueda seguramente del objetivo estratégico de ejercer conjuntamente la mayor influencia política, económica y cultural posible dentro de la región.

II. Arquitectura en el núcleo de la Antigua California

Como ya señalé en la introducción de este trabajo, considero que la historia de las misiones jesuitas de la Antigua California debe abordarse mediante el análisis de un complejo sistema de vínculos entre distintos actores y factores de su época, operando en diversos niveles y con distintos grados de influencia sobre el conjunto de actividades que desarrolló la Compañía de Jesús dentro de la península. Pero también estoy convencido de que la historia particular, específica, de cada una de estas misiones, y sobre todo la singular materialidad que sus edificios reflejan, responde a circunstancias muy locales, improbables de percibir desde una visión de conjunto. Por ello, en cuanto a la arquitectura, retomando las metodologías implementadas por los ya mencionados Harry W. Crosby, James E. Ivey y Clara Bargellini, pondré sobre la mesa información que proporcionan las fuentes escritas acerca del desarrollo de las misiones dentro de los ámbitos político, social, cultural y económico, cruzando estos datos con testimonios materiales que los propios edificios y sus procesos constructivos representan, abordando cada una de estas construcciones como documento central para los fines de esta investigación.

Es evidente que hace falta todavía mucha información de carácter científico y arqueológico acerca de los edificios, por ejemplo para identificar de manera precisa diferentes etapas constructivas, hoy superpuestas en una suerte de palimpsesto. No obstante, creemos que el enfoque que se aplica, además de proponer una interpretación más integral acerca de la historia de las misiones en la zona central de la Antigua California, puede contribuir a identificar preguntas puntuales, responder algunas de ellas y enriquecer el conocimiento acerca de temas específicos respecto a las misiones del septentrión novohispano en general. Por ejemplo: algunos planteamientos respecto a la temporalidad y características materiales de las distintas etapas constructivas de los templos y sus anexos. Si bien no es mi intención profundizar en el análisis de las misiones franciscanas y dominicas de la Antigua California, también acudiré a la revisión de algunos aspectos de ellas, en un ejercicio comparativo como el que realiza el ya citado James E. Ivey, entre otros investigadores. Un amplio estudio comparado de la arquitectura misional en esta región, involucrando las etapas jesuita (1697-1768),

franciscana (1769-1773) y dominica (1773-1840) es, fuera de cualquier duda, una asignatura importante y pendiente, que excede las posibilidades de este trabajo.

II.1 Urbanismo

Puede parecer extraño el uso del término urbanismo[139] para referirse a un contexto aislado, remoto y casi atemporal, como el descrito por Arthur Walbridge North a principios del siglo XX. En esta visión tradicional de las misiones como sitios desolados donde una iglesia precaria y sus anexos se yerguen como espectros, no cabe hablar siquiera de los remanentes de un pueblo. Ciertamente, cuando las misiones de la Antigua California fueron descubiertas por los historiadores de nuestro tiempo su aspecto remitía a escombros sumergidos en el sopor de un sueño o las reliquias de una utopía. Nada indicaba que hubiesen sido centro de populosos proyectos urbanísticos donde una variedad de personas con distintos orígenes y ocupaciones coexistieron en forma cotidiana. A la par, el concepto de las misiones californianas como espacios destinados de manera exclusiva para la vida espiritual, impuesta bajo una rígida autoridad jesuita, no invita a imaginar conglomerados bulliciosos en constante actividad, que incluirían ocupaciones tan profanas como los paseos, la fabricación de todo tipo de artesanías, el comercio, los bailes y las fiestas.

Lo cierto es que para entender el ámbito misional habrá que remitirse, por principio, al marco jurídico provisto por las Leyes de Indias. Desde el siglo XVI tales bases legales fueron delimitando el tipo de relación que se deseaba establecer entre la Corona Hispánica y sus territorios. En ellas se instruyen una serie de preceptos relativos al trato con los nativos en tierras descubiertas y por descubrir, el establecimiento de poblaciones y las características de ellas. En relación con los descubrimientos de nuevas tierras, como la California, Felipe II ordena lo siguiente:

> Porque el fin principal que nos mueve a hacer nuevos descubrimientos es la predicación y dilatación de la santa Fe católica, y que los indios sean enseñados, y

[139] El arquitecto e investigador Enrique González González, en su tesis de maestría: *Arquitectura y urbanismo en la Antigua California, (1697-1780)*, ya citada, utiliza este término. Su trabajo representa un antecedente para esta aproximación al tema, al plantear la existencia del urbanismo en las misiones bajacalifornianas.

> vivan en paz y policía: Ordenamos y mandamos, que antes de conceder nuevos establecimientos y poblaciones, se de orden de que lo descubierto, pacífico y obediente a nuestra santa madre Iglesia católica, se pueble, asiente y perpetúe, para paz y concordia de ambas repúblicas [la de españoles y la de indios], como se dispone en las leyes que tratan de las poblaciones, y habiéndose poblado y dado asiento, en lo que está descubierto, pacífico, y debajo de la obediencia espiritual de la Santa sede apostólica, y de la nuestra se trate de descubrir y poblar lo que con ello confina, y de nuevo se fuera descubriendo.[140]

En referencia con las cualidades que debían tener los lugares destinados para el establecimiento de poblaciones, las ordenanzas promulgadas por este mismo monarca dan instrucciones sumamente precisas en aspectos diversos. Entre ellos, respecto a la disponibilidad de materia prima para la construcción. Estas indicaciones seguramente eran tomadas en cuenta, no solo por su índole prescriptiva sino debido a un carácter eminentemente práctico:

> Ordenamos que habiéndose resuelto de poblar alguna provincia o comarca, de las que están a nuestra obediencia, o después descubrieren, tengan los pobladores consideración y advertencia a que el terreno sea saludable, reconociendo si se conservan en él hombres de mucha edad, y mozos de buena complexión, disposición y color: si los animales y ganados son sanos, y de competente tamaño, y los frutos y mantenimientos buenos, y abundantes, y de tierras a propósito para sembrar y coger: si se crían cosas ponzoñosas y nocivas: el ciclo es de buena, y feliz constelación, claro y benigno, el aire puro y suave, sin impedimentos ni alteraciones: el temple sin exceso de calor o frío, (y habiendo de declinar a una, o otra calidad, elijan el frío):[141] si hay pastos para criar ganado, montes y arboledas para leña, materiales de casas y edificios: muchas y buenas aguas para beber, y regar: indios y naturales a quien se pueda predicar el Santo Evangelio, como primer

[140] *Recopilación de leyes de los reinos de las Indias mandadas imprimir y publicar por la magestad católica del Rey Don Carlos II* (Madrid: Roix Editor, 1841) Libro IV, Título I, Ley primera, 93.
[141] Advertencia notable, junto con la disponibilidad de "muchas y buenas aguas para beber", si la aplicamos al entorno californiano.

> motivo de nuestra intención; y hallando que concurren estas, o las más principales calidades, procedan a la población, guardando las leyes de este libro.[142]

La puntualidad de estas disposiciones nos lleva a advertir que al menos parcialmente la proverbial curiosidad misionera respondía en el fondo a imperativos de orden práctico, condicionados por la observación de una serie de aspectos que hoy calificaríamos como geográficos, ambientales y etnográficos, pero en realidad conformaban criterios para poblar mencionados por la legislación indiana. Esta curiosidad era fuente de datos que debían conocerse y considerarse antes de invertir esfuerzo y recursos para el establecimiento de poblaciones. Sobre todo, queda claro que los objetivos tanto espirituales como materiales de las nuevas fundaciones desarrolladas por religiosos y seglares debían estar orientadas en el corto plazo a su transformación en pueblos de indios. Se concebía a éstos como la única forma de establecer entre los habitantes de los nuevos territorios una vida política. Las dificultades para concretar esta intención en comunidades como muchas de las que se hallaban en el septentrión novohispano, no habituadas a una existencia enteramente sedentaria, de ninguna manera provocaron que se abandonara esta orientación. Los misioneros simplemente adaptaban dichos criterios a su realidad, eligiendo los mejores emplazamientos posibles. Por decirlo de otro modo, se asentaban en el lugar menos malo en cuanto a condiciones ambientales (desde la perspectiva de una generalizada escasez de agua, terrenos áridos y muy altas temperaturas), haciendo igualmente lo que podían para reducir a los indios a una vida sedentaria.

Aunado con lo anterior, la forma habitual de proceder por parte de los integrantes de la Compañía de Jesús, a partir de su fundador, san Ignacio de Loyola, denota una gran conciencia de la necesidad de aprovechar propagandísticamente el espacio para destacar su presencia en cualquier entorno donde se asentaran. Como puede apreciarse por la situación de sus principales edificios en Roma, pero también dentro de otras ciudades europeas y asiáticas, en las urbes novohispanas e incluso en los considerados periféricos enclaves californianos, los jesuitas

[142] *Recopilación de leyes…* Libro IV, Título V, Ley primera, 102.

concebían la ciudad material y simbólica como eje de una vida cristiana. Por tanto, buscaban establecer o establecerse de manera notable en poblaciones que dieran un aspecto de eficacia, modernidad y orden.

El motivo principal por el cual en la actualidad no percibimos las misiones peninsulares como viejos pueblos tiene que ver con que lo restante de ellas, en el mejor de los casos, son únicamente edificios aislados de piedra. Sin embargo, el panorama constructivo de la Antigua California era mucho más diverso y la generalidad de sus edificaciones correspondía con otras técnicas y materiales, como son las estructuras de madera conocidas como ramadas, que en otras regiones del virreinato se denominaban "de bahareque", al igual que edificios de adobe, siendo las construcciones pétreas una singular excepción. El padre Juan Jacobo Baegert, en sus *Noticias de la península americana de California*, describe el panorama variopinto de esta materialidad constructiva en la península, empeñándose en refutar cualquier posible sofisticación arquitectónica:

> En California no hay más edificios que los siguientes: las iglesias y casas de las misiones que cada misionero construyó como Dios le dio a entender –y según se lo permitía el tiempo y las circunstancias– de piedra y cal, de piedra y lodo, de adobes enormemente grandes, o de cualquier otro material; unas barracas que poco a poco iban levantando los indios y que se empleaban en los servicios religiosos o en los quehaceres de la casa, así como algunos otros jacales que unos indios hacían; y, finalmente, las chozas de los pocos soldados, marineros, vaqueros y mineros. Fuera de esto, no se nota nada en California que se parezca a una ciudad, a un pueblo, a una mansión, a una casucha o a una perrera.[143]

En el texto anterior, "barracas", "jacales" y "chozas" serían seguramente términos para referirse a distintas variedades de ramadas, edificios de varas trabadas, de muros de palma y otras construcciones sencillas de adobe, mientras que la distinción entre piedra y cal-piedra y lodo nos habla de construcciones con distintos tipos de mampostería que analizaremos más adelante; algunas de ellas más

[143] Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana de la California*… 78.

resistentes que las otras. Respecto a la misión de Nuestra Señora de Loreto, puerto de entrada y sede de la administración gubernamental californiana, esto es lo que Baegert comenta en relación con su heterogénea arquitectura y singular urbanismo:

> Se parece tan poco a una ciudad, a un fortín o a una fortaleza como una ballena a un búho. La habitación del misionero, que al mismo tiempo era mayordomo… era un pequeño cuadrilátero de un solo piso, de adobes, ligeramente revocado con cal, con techo totalmente plano. La iglesia ocupa un ala que, en parte está construida de cantera y mezcla. Las otras tres alas consisten de seis cuartitos de tres brazas por cada lado, cada uno con un agujero para la luz que da a la arena o al mar, la sacristía, la cocina y una pequeña tienda…
>
> Además de este cuadrilátero, hay todavía otras cuatro paredes, entre las que se guardan: carne de res, dura como la piedra, sebo, manteca, jabón, azúcar sin clarificar, chocolate, paños, cueros, trigo, maíz… Fuera de estos espléndidos edificios, se ve, a la distancia de un tiro de carabina, un techado de zacate que desempeña el papel de cuarto de guardia y, al mismo tiempo, de cuartel de los soldados solteros.
>
> […]
>
> Hacia el Poniente, se ven dos hileras de chocitas de lodo, en las que viven alrededor de ciento veinte californios… Además, se ven, desordenadamente diseminadas sobre la arena, de dos a tres y media docenas de barracas o casas de cuartilla, hechas de tierra, que más bien se asemejan a una vaqueriza en el pueblo más miserable, que a una casa, y, que, por lo regular, sólo consisten de una pieza. Este cuarto hace las veces de mesón, habitación, sala, vestíbulo y recámara para los soldados casados, para los pocos marineros, para carpintero y medio e igual número de herreros y para mujeres y niños. Por último, a unas enramadas se las echan de arsenal y astillero, y todo lo dicho junto, presume de "Capital" de Loreto.[144]

Con una perspectiva más benévola, el padre Ignac Tirš, quien de 1763 a 1768 fue responsable de la misión sureña de Santiago[145] y su visita en San José del Cabo,

[144] Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana…* 157-158.

[145] "El sitio de la misión de Santiago de los Coras, localizado a cien kilómetros al sureste de la misión de Nuestra Señora del Pilar de La Paz, fue establecido inicialmente en la costa del golfo por el padre Ignacio María Nápoli, el 10 de agosto de 1721, pero después fue cambiado al interior por el padre

nos legó una serie de dibujos con anotaciones, hoy conocidos como el *Códice Klementinum de Praga*.[146] Entre ellos hay media docena que ilustran a su manera las características arquitectónicas y urbanísticas del entorno misional jesuita en la Antigua California. Sin pretender que estas imágenes figuren literalmente los objetos y espacios existentes, pero asumiendo que debe haber un grado de identidad con lo que muestran, dentro de un lenguaje visual que ha sido calificado como ingenuo, pues claramente no aspira a la exactitud pero tampoco es muy diferente a otras imágenes producidas durante la época virreinal, podemos asomarnos a sus paisajes. Éstos revelan escenas de la vida cotidiana.

Así, en la lámina denominada *La misión de Santiago, en California, que casi he terminado* (fig. 45), tenemos una vista general del terreno donde se asentaba la misión, dividida en dos zonas por el arroyo que lo cruza diagonalmente. Del lado izquierdo del observador, al fondo están unos palmares y en primer plano un camino que pasa sobre un puente de madera. Del lado derecho, los terrenos para el ganado, un edificio de adobe con techo de dos aguas cubierto por hojas de palma y atrás el huerto. Hacia el centro, el camino pasa por un costado del cementerio y su pequeña capilla de planta semicircular, que parece construida en piedra o por lo

---

Jaime Bravo y el capitán Esteban Rodríguez en 1723. En 1724 una iglesia, dotada por el marqués de Villapuente, fue construida en el tercer sitio, y se establecieron las visitas de Santa María de la Luz, Los Mártires, San Borja y San José de Caduaño. Los padres Ignacio María Nápoli (1721-1726; 1735-1737), Lorenzo Carranco (1726-1734), Antonio Tempis (1737-1746), fray José Munguía (1768-1769), fray Juan Rioboo (1771-1772), fray Francisco Villuendas (1771-1773) y fray Francisco Hontiyuelo sirvieron como padres ministros residentes, y el padre Juan Antonio Baeza sirvió como párroco desde marzo de 1769 a 1771, cuando la misión estuvo temporalmente bajo la jurisdicción de la diócesis de Guadalajara. La población indígena fue calculada en 350 en 1745, 198 en 1762, 350 (incluso los neófitos de San José de Caduaño) en 1768 y 70 en 1795. La hostilidad de los indios retardó el desarrolló de la misión y la rebelión general de 1734 causó la destrucción de la misma y el martirio del padre Carranco el 1º de octubre de aquel año. Reconstruida por el padre Nápoli en 1736, la misión continuó en un estado de decadencia debido a las epidemias de 1742, 1744 y 1748 así como al alto índice de la sífilis entre la población indígena. El último sitio de la misión, en San José de Caduaño, fue establecido en 1779 pero abandonado permanentemente en 1795 debido a la falta de población." Michael W. Mathes, *Las misiones de Baja California, 1683-1849. Una reseña histórica-fotográfica* (La Paz: Gobierno del estado de Baja California Sur, 1977) 5.

[146] Ignac Tirš S. I. (1733-1781) *Pinturas de la Antigua California y de México. Códice Klementinum de Praga*… La historia de este documento es interesante, pues recoge una serie de dibujos realizados por el padre Ignac Tirš (1733-1781) durante su paso por la Nueva España y larga estadía en la Antigua California como misionero. El motivo de que se encuentre en la Biblioteca de Praga es que la nacionalidad del jesuita era "bohemio", nacido en dicha ciudad, y que una vez expulsado de la península, regresó ahí, donde se depositaron sus trabajos visuales. Es impreciso el origen del nombre *Códice Klementinum*, aunque seguramente refiere, por asociación, al Papa Clemente XIV, quien en 1774 decretó la extinción de la orden jesuita.

menos ostenta elementos posiblemente de cantera labrada, como el vano de acceso, al igual que la utilización de sillares compuestos tal vez por piedras de arroyo en sus esquinas. Detrás del cementerio está el templo misional, mostrando una planta de una sola nave, techo de dos aguas y espadaña. Le sigue un largo muro o edificio con ventanas que se prolonga por su costado, enlazando los anexos (entre ellos posiblemente una escuela para niños), los cuales muestran techumbres planas.

Figura 45. Ignac Tirš, Lámina 9, *La misión de Santiago, en California, que casi he terminado.* Ignac Tirš S. I. (1733-1781) *Pinturas de la Antigua California…* 59.

Todo el conjunto, seguramente de adobe, pero donde el templo muestra también elementos que parecen de cantera labrada, se ve encalado y cubierto por tejas. Al fondo hay más edificios encalados con techo de dos aguas. Aparentemente la misión se articulaba en torno a un amplio espacio abierto donde destaca una especie de cocina con horno de barro, seguramente de carrizo, con techo de palma y en torno a ella, frente al templo se muestran las casas de adobe de los residentes. Son de planta circular y también con techos de palma. En los edificios de adobe se percibe la utilización de travesaños de madera para el soporte de puertas y ventanas. Merecen atención, además, las portadas del templo y la capilla, con arcos de medio punto ornamentados y columnas adosadas en ambos casos, un remate con una pequeña campana en la capilla y un segundo cuerpo con óculo, coronado por un alto remate en la iglesia.

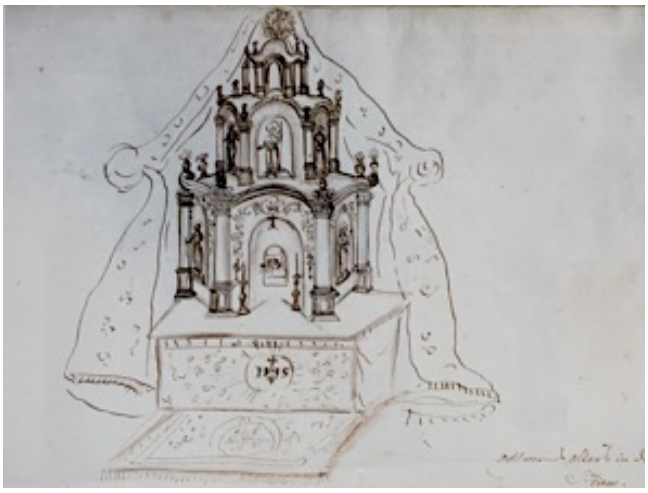


Figura 46. Ignac Tirš, Lámina 4v, *Así se ve mi altar en la iglesia de Santiago.* Imagen tomada de: *Ignac Tirš S. I. (1733-1781) Pinturas de la Antigua California…* 49.

Esta imagen se complementa con las láminas 4v y 5, que muestran el interior del templo. La primera de ellas, titulada *Así se ve mi altar en la iglesia de Santiago* (fig. 46), muestra un retablo seguramente de madera, compuesto por tres cuerpos con columnas clásicas, sagrario, candeleros y cinco esculturas, ubicado sobre un altar ornamentado con frontal que ostenta el monograma del Nombre de Jesús y alfombra. Todo ello enmarcado por el drapeado de unas cortinas.

La segunda imagen, nombrada *Interior de mi iglesia de Santiago, que sin embargo todavía no he del todo terminado* (fig. 47), muestra el retablo anterior en su ubicación dentro del templo, que aparece con techos abovedados sobre una cornisa que recorre toda la nave y reposa en cuatro columnas de orden corintio. Aparentemente hay arcos o nervaduras en el techo, enfatizados en la zona del presbiterio. Llaman mucho la atención las elegantes cortinas que caen a ambos lados de la nave, en dos piezas, con borlas y galones. Ostentan colores rojo y azul, haciendo juego con el policromado de las columnas azules, quizá con basas y capiteles dorados. Lo anterior, aunque no sabemos si por el título de la ilustración corresponde con una proyección de cómo debería verse el templo una vez terminado, realmente sorprende, pues contradice la imagen austera y desnuda que transmiten actualmente estos templos misionales.

Figura 47. Ignac Tirš, Lámina 5, *Interior de mi iglesia de Santiago, que sin embargo todavía no he del todo terminado.* Imagen tomada de: *Ignac Tirš S. I. (1733-1781) Pinturas de la Antigua California…* 51.

Es posible que el interior de la iglesia estuviera efectivamente abovedado aunque su techumbre fuera en lo exterior de dos aguas. Además, como sabemos que en el sur de la península, según veremos más adelante, resultaba muy complicado edificar con piedra y buena madera, nos preguntamos acerca del material del cual estaban hechas las columnas y sus elementos de soporte, pues éstos revelan un lenguaje formal refinado y clasicista. Pudiera ser que dichos elementos, como algunos otros en los edificios principales de las misiones, fueran resultado de un esfuerzo extraordinario por obtener y trasladar desde largas distancias el material necesario para contar con soportes de piedra labrada. Sin embargo, también es posible que se hayan importado de la contracosta columnas ya hechas de madera o el material requerido para fabricarlas, a pesar de que para esta misión carecemos de cualquier testimonio al respecto. Por último, pudiera ser que tales columnas se hubieran simulado de alguna manera y fueran elementos mucho más sencillos de lo que Tirš da a entender.

Aquí me permitiré una digresión que considero ineludible. En el año 2017 se incorporó al Museo Regional del INAH en La Paz, Baja California Sur, un par de soportes estípite de madera (fig. 48), en cuya cédula se describe que pertenecieron a la misión de Santiago y añade: “Al parecer, formaron parte del pequeño retablo bermellón de la iglesia misional.” La inferencia evidentemente procede de los

inventarios correspondientes a esta misión levantados en fecha posterior a la presencia jesuita, durante la entrega de los franciscanos a los dominicos en 1773, cuando se menciona que en Santiago había: “Un altar con retablo pequeño pintado con bermellón y algunas florecitas de talla dorada por dentro y tres santos de bulto…”[147] En las ilustraciones de Tirš también se muestra un retablo de color rojo en el interior de su templo de Santiago, que el misionero presenta dos veces y con alto grado de detalle. En modo alguno este artefacto cuenta con soportes estípite sino columnas de orden clásico, como ya mencionamos. De tal manera, queda abierta una interrogante respecto a la procedencia de estas interesantes piezas (o la existencia de un retablo estípite durante la estancia de Tirš en Santiago). Lo único que a nuestro juicio se puede afirmar al respecto es que, por sus características formales, estos soportes seguramente corresponden con el siglo XVIII y muy probablemente formaron parte de un retablo jesuita sureño.

Figura 48. Soportes estípite procedentes del sur de la península bajacaliforniana. Museo Regional de Antropología e Historia en La Paz, BCS. Fotografía: Gabriel Vázquez, 2020.

Ahora bien, como veremos más adelante, la madera disponible en el sur de la Antigua California no era adecuada para la elaboración de muebles de este tipo, por lo cual indudablemente se trata de objetos importados. Cabe notar la tipología de los angelillos y el San José representados, con facciones esquemáticas, grandes

[147] Eligio Moisés Coronado (ed.), *Descripción e inventarios de las misiones de Baja California, 1773* (La Paz: Gobierno de BCS, CONACULTA, UABCS, 1994) 181.

cabezas y cuerpos minúsculos. Estas tallas recuerdan las que se realizaban durante el siglo XVI en el centro novohispano por parte de artesanos indígenas. Por otra parte, la presencia tan destacada de San José en ambos soportes remite a la también sureña misión de San José del Cabo, de donde se podría haber traslado este retablo hacia cualquier otro emplazamiento. La importancia de estas piezas reside en su gran originalidad y que posiblemente sean lo único que se conservó del siglo XVIII en las misiones del sur peninsular.

Figura 49. Ignac Tirš, Lámina 8, *San José del Cabo, la otra misión de San José, al pie del promontorio de San Lucas en California, la cual también casi he terminado de construir. Aquí se representa la llegada del galeón de Filipinas que ahí se provee de bastimentos.* Imagen tomada de: *Ignac Tirsč S. I. (1733-1781) Pinturas de la Antigua California…* 57.

En relación con el edificio de la misión de Santiago, los mencionados inventarios levantados en 1773 durante la entrega de los franciscanos a los dominicos registran: "…una iglesia de adobes y lodo, cubierta de jacal, de veintidós varas de largo y cinco de ancho; [donde] detrás del altar mayor hay una sacristía muy reducida, de adobes y lodo, con petates y tierra."[148] Asimismo, se menciona que en "el Colegio o casa de los padres" había: "Una casa que sirve a los padres hecha de adobes, cubierta con mezcla y petate por abajo, con un corredor bastante largo y capaz; tiene dos puertas labradas de madera…"[149] Además de esta casa se menciona que había: " dos cuartos que sirven de cárcel: el uno para hombres y el otro para

[148] Eligio Moisés Coronado (ed.), *Descripción e inventarios…* 181.
[149] Eligio Moisés Coronado (ed.), *Descripción e inventarios…* 207.

mujeres" y "otra casa inmediata que también sirve de oficina que es bastante larga y capaz; sus paredes de adobe, su techado de jacal."[150] Como podemos ver, tal descripción parece desmentir en parte las ricas imágenes que hemos observado, pero no hay que perder de vista que este tipo de documentos, debido a su naturaleza burocrática, suelen ser poco detallados sino es que a veces equívocos y especialmente desinteresados por ahondar en aspectos estéticos.

Figura 50. J. R. Slevin, *Church of Mission Santiago in 1919*. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 110.

Figura 51. J. R. Slevin, *Church in ruins from the cyclone of 1918*, 1919. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 130.

La lámina 8, con el título *San José del Cabo, la otra misión de San José, al pie del promontorio de San Lucas en California, la cual también casi he terminado de construir. Aquí se representa la llegada del galeón de Filipinas que ahí se provee de bastimentos* (fig. 49), muestra una composición y distribución del espacio similares a la misión de Santiago, con el arroyo dividiendo diagonalmente la imagen, de un lado los huertos y seguramente la bodega con techo de palma. Del otro lado están las viviendas, el templo, presidio y anexos. A diferencia de Santiago, aquí solamente observamos un edificio encalado, seguramente el del presidio establecido después de las revueltas pericúes de 1734-1737. En tanto, la iglesia luce sumamente sencilla y todos los edificios tienen techo de paja. Al centro hay una especie de pozo cubierto, mientras que casi todas las construcciones evidencian haber sido realizadas con adobe. No se observa ningún tipo de ornamentación externa en la

[150] Eligio Moisés Coronado (ed.), *Descripción e inventarios…* 211.

iglesia pero sí un arco de medio punto con pilastras a la entrada del presidio, cuyas esquinas sugieren ser de piedra. Hay una suerte de garita a un lado del puente que cruza el arroyo.

Dentro de los inventarios de 1773 encontramos, para el caso de la misión de San José del Cabo,[151] información de que tenía: "…esta misión una iglesia de jacal, muy reducida y ruinosa…" y "una troje de adobe con techo de terrado que está ya para caerse."[152] Cabe observar que tras la expulsión de los jesuitas de la península las iglesias del sur fueron las que más resintieron el cambio de administración, debido a estar edificadas con adobe y madera. El régimen irregular de lluvias propio de la península, así como la falta de mantenimiento, podían llevar este tipo de construcciones a condiciones desastrosas en un tiempo relativamente corto. Además, como en el caso de Santiago, se carece de descripción dentro de estos inventarios acerca del resto de los edificios que seguramente coexistían con el templo y sus anexos.

Aunque las iglesias que actualmente se ubican donde estuvieron las misiones de Santiago y San José del Cabo no corresponden con aquellas del periodo misional e incluso si así fuera no sabemos con precisión qué modificaciones sufrieron tras la expulsión jesuita, existen fotografías tomadas en las primeras décadas del siglo XX que nos permiten darnos una idea de lo que todavía existía entonces y comparar especulativamente esos vestigios con los edificios que

[151] "El sitio de la misión Estero de las Palmas de San José del Cabo, localizado a cincuenta kilómetros al sur de la misión Santiago de los Coras en la costa del Golfo de California, fue establecido en abril de 1730 por el padre visitador José de Echeverría y el padre Nicolás Tamaral. La misión, dotada por el marqués de Villapuente, fue fundada por el padre Tamaral, quien permaneció como padre ministro después de la salida del padre Echeverría en julio de 1730, para continuar su visita de inspección. Se establecieron visitas en San José y La Soledad, así como en Santa Rosa. En 1733 se trasladó la misión a la playa, pero en 1735 fue restablecida en el sitio original de San José. El padre Nicolás Tamaral (1730-1734) y fray Juan Morán (1768-1769), fray Juan Antonio Rioboo (1769-1773) y fray Pablo Zárate sirvieron como padres ministros residentes. Sujeta a ataques y epidemias en 1742, 1744, 1748 y 1769, la población indígena fue calculada en 100 en 1750, 63 en 1762, 50 en 1769 y 200 en 1800. La rebelión general de 1734 causó el martirio del padre Tamaral el 3 de octubre de aquel año y el abandono temporal de la misión. Hubo dos tragedias: en mayo de 1769 la epidemia de fiebre que causó la muerte de la mayoría de la población indígena, así como la del padre fray Juan Morán; en 1793 las inundaciones que destruyeron la misión, no siendo reconstruida hasta 1799. Aunque un ataque del navío Independencia al mando de insurgentes chilenos fue rechazado el 17 de febrero de 1822, la misión se encontró en un estado tal de decadencia que fue abandonada permanentemente en 1840 debido a la falta de personal." Michael W. Mathes, *Las misiones…* 97.

[152] Eligio Moisés Coronado (ed.), *Descripción e inventarios…*169-174.

muestra Tirš. Por ejemplo, el templo de Santiago en 1919 (fig. 50), del cual solo se alcanzaba a apreciar lo que seguramente eran restos de una portada con elementos de cantera y una estructura de adobe, podría ser un remanente alterado, muy deteriorado, del que aparece en las ilustraciones del jesuita. Lo anterior, pues tiene planta cuadrangular y techo de dos aguas, como en el dibujo.

Figura 52. Alexander Jean Nöel, San José del Cabo, 1769. Imagen tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 126.

Figura 53. Columnas de piedra soportando un techo en el rancho La Presa. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 156.

El templo que había en San José del Cabo en 1919 (fig. 51), guarda menos semejanza con lo ilustrado por Tirš y de hecho se parece más al que ubica en Santiago. Se trataba de un edificio de adobe o ladrillos con ventana de coro y un remate con arcos donde se situaba una espadaña. Como podemos observar, el pórtico contaba con un arco de medio punto, tal cual Tirš muestra en algunos edificios de ambas misiones. Por otra parte, poco más de un año después de la expulsión de los ignacianos, el pintor francés Alexander Jean Nöel acompañó a Jean Baptiste Chappe d´Auteroche al sur de la península en mayo de 1769, como parte de una famosa expedición hispano-francesa interesada en observar un singular fenómeno astronómico: el tránsito del planeta Venus por el disco solar. Dicha expedición fue infausta pues San José del Cabo, a donde llegaron, padecía entonces una severa epidemia que provocó la muerte de muchas personas, incluyendo al propio d´Auteroche.

Durante este viaje Nöel pintó una escena en la cual se observa la misión cabeña, articulada en torno a lo que parece un fogón central y compuesta por diversas construcciones con paredes de hojas de palma, ramadas y techos de palma o tule (fig. 52). Al fondo se observa el templo, seguramente de adobe con techo de palma, en el cual destacan dos pares de columnas de piedra que aportan dignidad al edificio y al mismo tiempo remiten, dentro de un contexto de gran austeridad arquitectónica, a las primitivas iglesias cristianas. Respecto a estas columnas, en un rancho de las inmediaciones de la también sureña misión de Nuestra Señora de los Dolores-Chillá (que fue extinguida por el visitador José de Gálvez en 1768, apenas se expulsó a los jesuitas)[153] Edward W. Vernon registró unas viejas columnas de piedra (fig. 53), que sugieren la fabricación de este tipo de elementos durante algún momento del pasado para ornamentar edificios constituidos por otros materiales en esa zona de la península, donde la cantera resulta escasa y difícilmente podría disponerse salvo para unos pocos elementos, como los mostrados. Llama la atención el capitel abierto de tales piezas, aparentemente modificado o diseñado *ex profeso* para la inserción de vigas. Por otra parte, existe un gran parecido entre los edificios pintados por Nöel y su disposición con lo que muestra Tirš en su dibujo del mismo emplazamiento.

En la lámina 6 de Tirš, titulada *Rancho de mi misión de Santiago a tres millas en el camino a San José del Cabo* (fig. 54), se observan tres pequeñas edificaciones rectangulares, dos de ellas encaladas, una de ellas luciendo bloques de adobe. Los techos son de tule o palma en dos casos y en el tercero aparentemente de teja.

[153] "El primer sitio de la misión de Nuestra Señora de los Dolores del Sur en Apaté en la costa del Golfo de California, localizado a ciento trece kilómetros al sur de la misión de Nuestra Señora de Loreto, fue descubierto en noviembre de 1720 por el padre Clemente Guillén, quien fundó allí la misión en agosto de 1721. Después se trasladó ésta al interior a Tañuetía, y en 1737 los padres Lambert Hostell y Bernard Zumpziel la restablecieron en el arroyo de La Pasión. Fueron establecidas visitas en La Concepción, La Santisima Trinidad, La Redención y La Resurrección. Los padres Clemente Guillén (1721-1737), Lambert Hostell (1737-1767), Bernard Zumpziel (1737), Gaspar Trujillo (1747) y fray Francisco Gómez sirvieron como padres misioneros residentes. La población indígena fue calcualada en 350 en 1745, 537 en 1762 y 450 en 1768. Aunque mantuvo una alta población indígena, la misión quedó reducida a una visita de la misión de San Luis Gonzaga en 1740, y en septiembre de 1768, el visitador general José de Gálvez ordenó su abandono permanente y el traslado de sus neófitos a la misión de Santa Rosa de las Palmas (Todos Santos-Nuestra Señora del Pilar)." Michael W. Mathes, *Las misiones…* 89.

Figura 54. Ignac Tirš, Lámina 6, *Rancho de mi misión de Santiago a tres millas en el camino a San José del Cabo.* Imagen tomada de: *Ignac Tirš S. I. (1733-1781) Pinturas de la Antigua California…* 53.

Por último, la lámina 10, que se denomina *Mi casa en la playa donde se guardan la lancha y otros implementos domésticos* (fig. 55), nos muestra el habitáculo del misionero, elaborado con bloques de adobe y estratégicamente ubicado junto a la playa, como podemos suponer, previniendo alguna agresión por parte de los nativos y poniendo a disposición del padre una embarcación para la fuga marítima. Llaman la atención las ventanas pareadas, colocadas a mayor altura que la puerta, así como el dintel y los vanos de dicho acceso, resaltados, y un portón que se presume de madera.

Figura 55. Ignac Tirš, Lámina 10, *Mi casa en la playa donde se guardan la lancha y otros implementos domésticos.* Imagen tomada de: *Ignac Tirš S. I. (1733-1781) Pinturas de la Antigua California…* 61.

Estas ilustraciones, en su conjunto, idealizan el entorno californiano y es posible que incluso sean fruto de la memoria del misionero, quien muy probablemente realizó sus acuarelas en el exilio, luego de la expulsión, pero sin duda evidencian también algunos datos acerca de la materialidad arquitectónica existente. El más conspicuo de ellos es la ya mencionada heterogeneidad de construcciones tanto en su forma como en sus componentes, confirmando las afirmaciones de Baegert antes citadas. Entre una diversidad de tipos de edificios es notorio que la mayoría eran de adobe, madera o carrizo con techos de palma o tule, si bien frente a esta austeridad se perciben algunos lujos que se permitían los misioneros en cuanto a la elaboración de elementos arquitectónicos con una función principalmente decorativa, como son las columnas o pilastras de orden clásico en torno a algunos accesos y posiblemente en el interior de templos como el de Santiago. Estas columnas podrían haber sido como las que se conservan actualmente cerca de la misión de Nuestra Señora de los Dolores-Chillá.

Además, llama la atención el arreglo de las viviendas por un lado y los edificios de servicio por otro, la ubicación de los conjuntos de edificios en torno a espacios abiertos y el carácter estratégico de los arroyos con sus puentes de madera, quizá constituyendo una barrera defensiva. También, la disposición aparente de todos los conjuntos sobre terrenos bien nivelados. Aunque las calles son de tierra, se observan en algunas partes cubiertas por losetas. No podemos asumir que el esquema redondeado del espacio en que aparentemente se distribuyen las construcciones de las dos misiones representadas (Santiago y San José del Cabo) sea fidedigno. Muy posiblemente se trata de una convención representativa, que permite al dibujante desarrollar su propio tipo de perspectiva, en una especie de vista a ojo de pájaro donde resulta posible captar todo el conjunto.

Es preciso resaltar que además de la variedad de edificios y su número se observan viñetas que describen la vida colectiva transcurriendo apaciblemente, muy lejos del tono épico o trágico con que suele teñirse la historia de las misiones. En la misión de Santiago no observamos a ningún religioso pero sí gente laboriosa o francamente despreocupada, cuya vestimenta pudiera corresponder con la de cualquier habitante civil de un poblado novohispano de la época. Incluso se observa

un jinete –posiblemente el soldado de la misión– luciendo capa y sombrero, mujeres infantiles y adultas con faldas, hombres que conversan y vaqueros haciendo suertes con un toro. En la misión de San José del Cabo es la hora del crepúsculo, hay doncellas que llevan al arroyo ropa para lavar, dos misioneros y uno o dos soldados siguen a un indio por el puente, parejas y seguramente familias cruzan la calle principal con atuendos mas o menos a la moda. Un pastor camina con sus animales, una pareja conversa y dos jóvenes comentan la carrera del indio. Dos perros y quizá un gato rondan por ahí. En la playa se están acarreando bastimentos para la gente que llega de su largo viaje desde Filipinas y está a punto de desembarcar a bordo de una chalupa. Desde luego, nunca podremos saber hasta qué punto el evidente deseo del padre Tirš por mostrar indicios de una vida civilizada se impuso a las condiciones reales de vida en la península. En todo caso, sus dibujos transmiten la impresión de que en la Antigua California hubo, al menos durante cierto tiempo, pueblos estables y pacíficos.

Respecto a la traza de estos pueblos, James E. Ivey, en su texto ya comentado, realiza observaciones acerca de las plantas de los conjuntos misionales jesuitas y después franciscanos en California, considerando una mayor apertura del espacio por parte de los ignacianos. Esta característica, que se observa con claridad en los dibujos, sería según su hipótesis, adoptada por los franciscanos para sus propias fundaciones en la Alta California. Ivey llama la atención sobre la forma como las misiones ignacianas de la Antigua California agrupaban en torno a un solo patio la iglesia y sus edificios adjuntos, con un plano que solía adquirir forma rectangular y dentro de la cual el templo ocupaba generalmente uno de sus lados cortos. Esta sería una disposición más sencilla y abierta que la tradicional franciscana, compuesta por dos o tres patios.

La investigadora Catherine R. Ettinger plantea, asimismo, importantes aspectos del diseño urbanístico empleado por los franciscanos, que nos sirven para entender el urbanismo misional en las Californias. Su texto, titulado “De claustro a cuadro grande. Los espacios abiertos y sus usos en los conjuntos misionales de la

Alta California"[154] desarrolla una perspectiva crítica acerca de la definición de la arquitectura occidental como espacio interior a partir de la década de los cincuentas del siglo XX. Distanciándose de tal enfoque, observa que los conjuntos de la orden seráfica en la Alta California, durante el siglo XVIII, abandonaron las restricciones propias de su arquitectura conventual para adoptar un nuevo arreglo. Ahí, sin carecer de estrategias de control del acceso y sobre todo para evitar que los nativos abandonaran la misión de manera imprevista (pues su residencia en ella era obligatoria), se privilegió la construcción en torno a explanadas abiertas muy amplias que sustituyeron los atrios cerrados. La mayor parte de estos espacios, incluso, carecían de apego por la ortogonalidad.

El razonamiento de Ettinger es que: "Por las características de la misión, como enclave que aspiraba a la autosuficiencia, se generó un programa arquitectónico complejo, que en algunos aspectos recuerda las grandes haciendas agrícolas".[155] Esta investigadora coloca en un primer plano el hecho de que, a diferencia de los conventos, las misiones ubicaron gran cantidad de actividades cotidianas en un ámbito comunal no delimitado, como: el almacenamiento de agua en pozos, fuentes o acequias, la preparación de alimentos en fogones, el lavado de ropa, la manufactura de todo tipo de objetos, la forja de metales, el curtido de pieles, la fábrica de vino, los bailes y hasta diversiones taurinas.[156] Añade que incluso el espacio inmediato frente a los templos perdió su connotación sagrada y que: "La escala de estos espacios es inmensa; si bien no se asemeja al atrio, tampoco se parece a una plaza urbana, tanto por su carácter abierto como por su morfología."[157] Sus conclusiones apuntan a que los misioneros franciscanos en California realizaron una versátil adaptación a condiciones muy distintas de las que habían enfrentado en todos sus otros emplazamientos de la Nueva España, configurando verdaderos pueblos donde los espacios sagrados y profanos no estaban rigurosamente separados. Consecuentemente, llama la atención acerca de la

[154] Catherine R. Ettinger Mc Enulty, "De claustro a cuadro grande. Los espacios abiertos y sus usos en los conjuntos misionales de la Alta California." *Boletín de Monumentos Históricos*, n. 17, 127-147, 31 dic. 2009.
[155] Catherine R. Ettinger Mc Enulty, "De claustro a cuadro…" 135.
[156] Catherine R. Ettinger Mc Enulty, "De claustro a cuadro…" 140.
[157] Catherine R. Ettinger Mc Enulty, "De claustro a cuadro…" 137.

necesidad de estudiar el espacio y las funciones de los conjuntos misionales y no solamente, como suele hacerse, la forma de sus edificaciones.

Esto se relaciona, como ya apuntamos, de manera muy directa con lo observado en los dibujos del padre Ignac Tirš. Tanto en su ilustración de la misión de Santiago como en la de San José del Cabo se percibe la configuración del conjunto misional en torno a un espacio muy abierto que rehúye la definición de explanada (no parece ser completamente cuadrangular pero tampoco circular). Como testimonio del control sobre este espacio aparentemente abierto, en la lámina que representa la misión de San José está retratada una escena donde se muestra posiblemente un intento de huida de un nativo, hecho que resulta advertido dada la disposición del puente y la garita que está cerca. Lo anterior nos hace sospechar que la viñeta fue integrada precisamente para mostrar que las condiciones de vida en esa misión (junto con la de Santiago, protagonista de actos violentos de rebeldía indígena en el lapso comprendido entre 1734-1737) contemplaban mecanismos sutiles pero efectivos de vigilancia pese a su apertura espacial.

Como ya dijimos, ambas misiones tienen en la parte central de los dibujos un espacio utilitario (un fogón en Santiago y un probable pozo en San José del Cabo) y en cambio, no aparece nada similar a un atrio frente a las iglesias, que se articulan con naturalidad a los espacios profanos. También observamos los ejercicios taurinos, mencionados por Ettinger, en Santiago, y una multiplicidad de actividades productivas y recreativas dentro del ámbito de dichas misiones.

Cabe, entonces, aseverar que lo dicho por esta investigadora para la Alta California vale asimismo para la península. También propongo que la configuración asimétrica de los emplazamientos misionales, tanto jesuitas como franciscanos, no surge de un programa urbanístico ingenuo o carente de aprecio por la geometría, sino de la necesidad de abrazar entornos vastísimos, habitados por grupos humanos acostumbrados a la inmensidad de sus territorios, donde no existía ninguna referencia urbana sino la necesidad de aprovechar óptimamente los materiales, mano de obra y características del terreno. ¿Hasta qué punto tal definición del entorno se distancia del pensamiento utópico y providencialista de los mendicantes y la Compañía de Jesús en su construcción de la ciudad ideal? Se

trata de una pregunta que para los franciscanos responde en parte Ettinger dentro de los textos ya citados. Para los jesuitas, podemos decir que, como ya hemos también referido, sus construcciones urbanas reflejan el rechazo a la construcción de conjuntos amurallados, similares a conventos. Tal actitud de apertura, ligada con una concepción renacentista del espacio, contrasta con la arquitectura del medievo, en la cual tuvieron su origen las mencionadas plantas conventuales. Se sabe bien que los ignacianos se distanciaron de esta tradición tanto por su forma (los espacios cerrados) como por su función (la clausura). Ninguna de ambas dimensiones del espacio arquitectónico reflejaba el pensamiento contrarreformista jesuita.

No sorprende, pues, que los entornos misionales de la Antigua California se articulen como espacios abiertos y que, cual veremos dentro de cada misión, incluso algunas zonas delimitadas, como los cementerios, huertos y el propio acceso a los edificios, ostenten en ocasiones bardas de poca altura y elementos estructurales que se integran muy libremente con el paisaje. Para James E. Ivey, como hemos visto, tal adaptación jesuita al entorno peninsular resultó atractiva o necesaria también a los ojos de los franciscanos. Ello en modo alguno significa que no podamos apreciar en la Antigua California estrategias de protección y espacios que permitieron el resguardo de objetos y personas. Sin embargo, salta a la vista que no existieron, en ningún lado donde no fueran imprescindibles para sostener un techo, grandes muros ni tampoco bardas perimetrales. Añado como factor importantísimo para esta configuración que las misiones de California nunca contaron con cantidades inagotables de piedra ni mano de obra indígena acostumbrada a edificar construcciones monumentales, como las que tuvieron a su disposición los frailes mendicantes en el centro de la Nueva España, donde erigieron sus enormes atrios bardeados, sobre todo durante el siglo XVI.

Es importante mencionar que Ettinger, en otro texto,[158] considera que las misiones (en su caso, de la Alta California) no cumplían con lo dispuesto por las Ordenanzas de Felipe II. Ya mencionamos que, evidentemente, los asentamientos misionales no responden al trazo en damero ni la disposición cuadrangular que

[158] Catherine R. Ettinger, "Spaces of Change: Architecture and the Creation of a New Society in the California Missions", en *The Journal of the California Mission Studies Association*, vol. 21, núm. 1, 2004, 23-44.

estas Ordenanzas instruyen. Sin embargo, coincido con Antonio Padilla Corona, cuando en su trabajo "Relación entre las Ordenanzas de Felipe II y el espacio misional californiano", observa que más que hablar de una desobediencia de estas normativas (cuyo cumplimiento, por otro lado, nunca estuvo sujeto a discusión para quien fundaba nuevas poblaciones de cualquier tipo en la Nueva España), lo que hay en los espacios misionales es una necesaria adaptación al contexto local.

Asimismo, este autor hace interesantes observaciones sobre la ubicación de los templos respecto a la dirección de los vientos, por motivos de sanidad. Coincido en considerar que dentro de las Californias eran más importantes factores como la iluminación –y añado, la ventilación, pero no solo por motivos de salud sino para contar con una temperatura mínimamente soportable dentro de espacios cerrados– como criterios a partir de los cuales orientar los edificios. También creo posible aplicar a las misiones de la Antigua California esta observación realizada por Padilla Corona respecto a las de la Alta California:

> En el caso de las iglesias californianas, los franciscanos procuraron ubicarlas en sitios seleccionados especialmente para hacerlas sobresalir, por ejemplo: al centro o frente a un valle o en la ladera de una loma […] La entrada principal de la iglesia siempre se posicionó frente al camino de acceso. Encontramos esta característica en conformidad con lo indicado en la Ordenanza 119. Sin embargo, a diferencia de las iglesias de los pueblos coloniales, en donde la imagen de la iglesia se enfatizó dentro del espacio mismo de la plaza central, los misioneros buscaron destacar la presencia de la iglesia misional hacia el exterior del conjunto. Puesto que no tenían edificios aledaños que pudieran interferir en la imagen, no resultó difícil lograr este objetivo. Asimismo, los elementos arquitectónicos de mayor altura como las torres o espadañas, permitieron que fuera visto el claustro misional desde la lejanía.[159]

Como complemento de lo anterior, contrastemos los dibujos de Tirš y los dichos del también misionero Baegert con la información existente acerca del urbanismo en la

[159] Antonio Padilla Corona, "Relación entre las Ordenanzas de Felipe II y el espacio misional californiano", en *Meyibó, Revista del Instituto de Investigaciones Históricas-UABC,* Año 7, No. 14*,* julio-diciembre de 2017, 11-36 [33-34].

misión principal de la Antigua California: Nuestra Señora de Loreto-Conchó. Para fundarla, lo primero que hizo Salvatierra en 1697 fue descartar la opción de asentarse donde Isidro de Atondo y Eusebio Francisco Kino habían fincado el real de San Bruno unos años atrás, a pesar de que encontró los vestigios de la fortificación construida por sus predecesores (figs. 56 y 57).[160] Los motivos por los cuales se tomó esta decisión fueron los siguientes:

> Mucho se desanimaron los pocos conquistadores por razón de agua tan salobre, por la grande distancia de la mar hasta el primer aguaje, por la dificultad de poder desembarcar con tan poca gente, cargar más de media legua, aun por el camino más derecho, tantas cargas que venían, por no oírse un tiro de arcabuz desde el real viejo hasta la embarcación. […] El capitán Juan Antonio Romero dijo que en otra ensenada muy cercana había hecho el aguada dos años antes y que estaba el agua buena y dulce, y se llamaba la ensenada de San Dionisio; que le pareció estar todo eso verde, y en más cercanía de la mar, aunque no lo había registrado entonces con refleja.[161]

Así que Salvatierra y sus acompañantes acudieron a este segundo emplazamiento, ubicado 25 kilómetros al sur de San Bruno, donde habían estado los nativos monquíes junto a un arroyo seco, en cuyas inmediaciones se hallaban pozas o depósitos de agua fácilmente accesibles, producto de escurrimientos con origen en la cercana sierra La Giganta. Explorando la tierra, localizaron hacia el suroeste una planicie o meseta a unos tres metros de altura, que además de contar con una pendiente para que las bestias pudieran bajar al agua, presentaba hacia el norte

[160] "El sitio de la misión de San Bruno está localizado en un cerro de aproximadamente treinta metros de altura sobre el Golfo de California al este y el arroyo de San Bruno al sudoeste; fue escogido el 5 de octubre de 1683 por el padre Eusebio Francisco Kino y el almirante Isidro de Atondo y Antillón. Una fortaleza y una pequeña capilla construida con piedra y dotadas por el último testamento de Don Alonso Fernández de la Torre de 1761, fueron levantadas durante los meses de octubre y noviembre de 1683, y las temporalidades localizadas por los márgenes del arroyo eran sembradas de maíz y trigo. San Bruno sirvió como base para las exploraciones al oeste hacia el Océano Pacífico y al sur hacia la Bahía de San Dionisio (Loreto) durante 1683-1684 y los primeros meses de 1685. La esterilidad de la tierra y la escasez de las lluvias en la región, junto con el alto costo y la llegada irregular de provisiones desde Sinaloa, forzó el abandono permanente de San Bruno el 8 de mayo de 1685." Michael W. Mathes, *Las misiones…* 45.

[161] Miguel León-Portilla (edición, introducción y notas), *Loreto, capital de las Californias…*101.

una densa cortina de arbustos espinosos, útil para resguardar el enclave de ataques. La primera misión californiana naturalmente debía tener acceso a un puerto, y aunque aquí se carecía de piedras y madera adecuada para construir en las inmediaciones, como no hallaron mejor sitio, se aprobó el emplazamiento.[162]

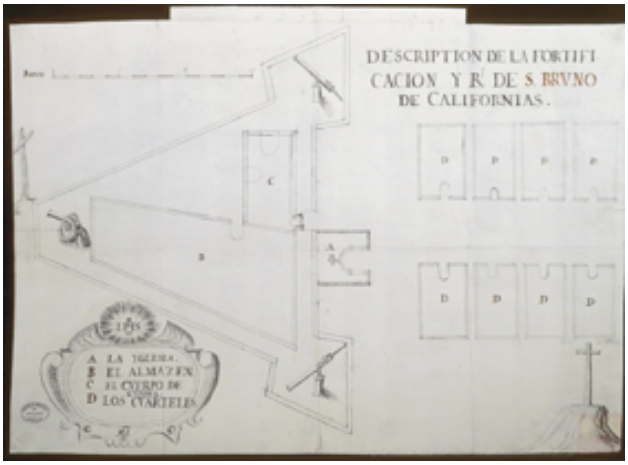


Figura 56. *Plano de la fortificación del Real de San Bruno en Californias*, 1685-03-26, ES.41091. (Archivo General de Indias) AGI, Signatura: MP-MEXICO, 77.

No me detendré a describir las distintas etapas constructivas de sus edificios, lo cual desarrollo en un apartado posterior. Además, no queda muy claro hasta qué punto la ubicación del templo y presidio lauretano se modificó con los años, así que daré un salto hasta el periodo comprendido entre 1752 y 1757, cuando la configuración de Loreto como pueblo se hallaba, según sabemos, prácticamente concluida. Retomando la crónica de Baegert ya citada, tenemos que, para entonces, en primer término había lo que se describe como un cuadrilátero, del cual la iglesia ocupaba uno de sus lados. Los otros tres lados conformaban seis habitaciones, sacristía, cocina y una tienda, ligando de manera directa el espacio sacro con edificios dedicados a actividades productivas y para la recepción de visitantes. Curiosamente, la vivienda de los padres se situaba fuera de este conjunto, al otro lado de una calle que corría frente al templo de este a oeste, mientras que hacia el este y también desligada físicamente estaba una bodega. Hacia el oeste del templo había dos hileras paralelas de chozas donde vivían ciento veinte neófitos. Entre el complejo de la iglesia y las casas se hallaba un pozo.

[162] Harry W. Crosby, *Antigua California…* 268.

Figura 57. Restos del Real de San Bruno. Imagen tomada de: Michael W. Mathes, *Las misiones de Baja California, 1683-1849. Una reseña histórica-fotográfica* (La Paz: Gobierno del estado de Baja California Sur, 1977) 6.

Luego, hacia el este, más o menos equidistante de la playa que se encontraba en esa misma dirección, a unos 400 metros del mar y otro tanto de la iglesia, se ubicaba el presidio. Su forma era también cuadrangular, aunque construido con materiales menos duraderos que el templo y sus anexos. En sus alrededores había de treinta y tantas a cuarenta y tantas construcciones, donde vivían los civiles hispanos. Estas últimas viviendas no perfilaban una plaza, pues Baegert afirma que estaban "desordenadamente diseminadas." Cerca del mar se hallaban las viviendas y los talleres de la marinería.

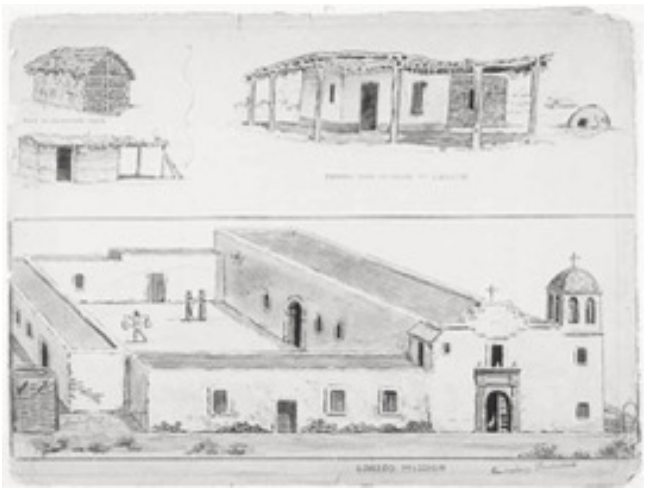


Figura 58. José Jacinto "Jo" Mora (1876-1947), *Loreto Mission*, acuarela y grafito sobre papel. Imagen tomada de: Michael Komanecki, "Jo Mora and the Missions of California", 215.

El viajero uruguayo José Jacinto Mora estuvo en Loreto alrededor de 1903 y realizó unos dibujos donde muestra el conjunto de la iglesia y sus anexos tal cual se encontraba por aquel año. Asimismo, ilustra las chozas con paredes de palma en las cuales vivían los neófitos y una casa de adobe con ramadas proveyéndole sombra y espacios abiertos de trabajo.[163] El aspecto de estas construcciones sugiere grandes semejanzas con lo descrito por Baegert y ayuda a imaginar la probable fisonomía del pueblo durante un momento más cercano a la etapa misional que el nuestro (fig. 58).

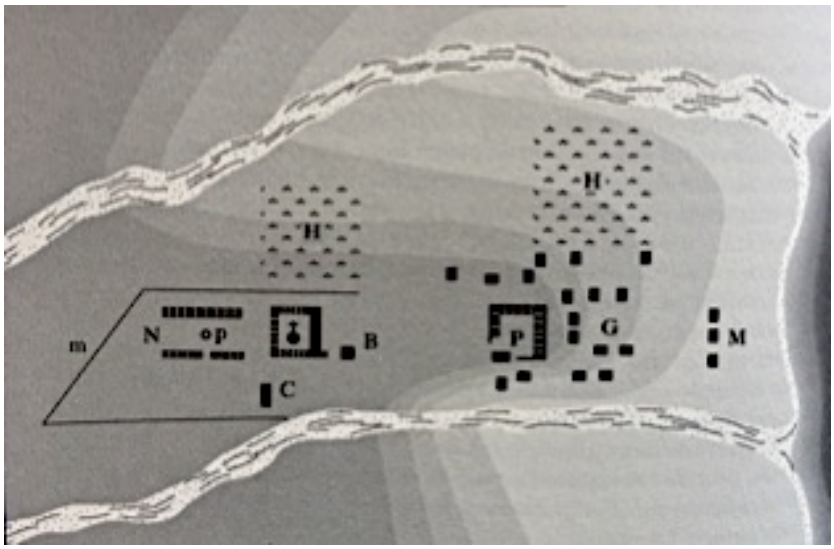


Figura 59. Plano conjetural de Loreto durante la etapa jesuita. Al centro, el complejo del templo en cuadrángulo, junto a la B: bodega. Enfrente, C: la casa de los padres. Por otra parte, G: casas de pobladores hispanos, H: huertos, M: marinería, m: dique. N: casas de los neófitos, que estaban cerca del templo, a diferencia del P: presidio. El p: pozo, entre las casas de los neófitos y el templo. Imagen tomada de: Harry W. Crosby, *Antigua California…* 176.

Un plano conjetural de Loreto jesuita elaborado por Harry W. Crosby con base en diversas fuentes de la época (fig. 59), ilustra la disposición que hemos descrito líneas arriba para el periodo comprendido en torno a la década de los cincuentas del siglo XVIII y nos permite apreciar que aunque esto fue sin duda lo más parecido a un pueblo entre las misiones peninsulares, el misionero Baegert tenía razón al reprochar que su forma no le recordaba (como tampoco sus materiales) la de una villa o ciudad europea ni novohispana. No había ninguna plaza ni tampoco un

[163] Michael Komanecki, "Jo Mora and the Missions of California", en *Anales del Instituto de Investigaciones*, 29 (91), 2012, pp. 207-21. https://doi.org/10.22201/iie.18703062e.2007.91.2245

arreglo propiamente ortogonal, aunque tanto el templo como el presidio constituían conjuntos cuadrangulares, algo que igualmente no veremos en otras misiones de la Antigua California, donde se carece de este tipo de grandes espacios cerrados. Lo único que se tenía como referencia para dar sentido a la disposición de los edificios en Loreto era un eje oeste-este determinado por el cauce de los arroyos en su camino hacia el mar. Por cierto, estos arroyos seguramente eran bastante pobres sino es que un cauce seco durante la mayor parte del año. Los huertos, ubicados en la zona norte de la misión, constituyen elementos que por su importancia también constituyeron elementos a tomar en cuenta dentro de dicha configuración espacial.

En similitud con lo planteado por Ettinger respecto a la apertura de las misiones franciscanas de la Alta California, tendríamos en Loreto dos conjuntos independientes en cuadro (el de la iglesia de piedra y el del presidio de adobe), dentro de un espacio muy amplio y abierto en todas direcciones. Incluso resulta evidente que se procuró mantener las instalaciones militares a distancia de las habitaciones de los néofitos. Más allá del papel defensivo y para el aprovechamiento de las paredes que implicaba la disposición cuadrangular de los conjuntos principales, las únicas estructuras de protección adicionales serían una palizada que rodeaba el presidio y un dique construido hacia el extremo oeste, junto a las casas de los indios, para evitar las crecidas de agua. En síntesis, observamos un pueblo amplio y extendido, con límites imprecisos determinados por la adaptación a las particularidades del terreno, pero que, como en el caso de las dos misiones ilustradas por el padre Ignac Tirš, estructuraba sus actividades con base en la cercanía de las fuentes de agua.

Resulta sumamente significativo que los fundadores y renovadores sucesivos de esta misión principal de la Antigua California, religiosos imbuidos de ideas providencialistas y utópicas, jamás se plantearan la necesidad de contar con una disposición que no estuviera estrictamente determinada por resolver aspectos prácticos y cotidianos. Lo mismo, sorprende que incluso uno de sus compañeros, el multicitado padre Baegert, no fuera capaz de percibir esta funcionalidad de un acomodo en apariencia poco ortodoxo. Sus comentarios irónicos y despectivos acerca de la falta de carácter urbano en Loreto derivan sin duda de un deseo

personal por que las misiones peninsulares replicaran usos urbanos que a él le resultaban familiares pero resultaban inadecuados para el contexto peninsular. No solo hubiera resultado difícil de conseguir un arreglo como los que conocía Baegert, sino además poco útil en un entorno determinado por factores de terreno y clima que eran lo más importante a tomar en cuenta.

Como veremos cuando analicemos a detalle el resto de las misiones de las cuales se ocupa este trabajo, la disposición espacial en ellas es igualmente abierta y consciente de la necesidad de adaptarse a su entorno. Si bien la población española o no indígena en esas otras misiones no era tan numerosa como la que seguramente hubo en Loreto, podemos suponer que también en ellas se aplicarían estrategias destinadas a mantenerla apartada de los neófitos, pues lo que se buscaba propiciar era una máxima cercanía de los nativos con los padres y que los civiles llegados de la contracosta no los perturbaran ni corrompieran. Incluso, es posible pensar que en la misión lauretana los habitantes del presidio debían sentirse marginados tanto por los materiales de sus viviendas e instalaciones (menos sólidos que los de la iglesia y sus anexos) como por su ubicación, más expuesta. Sin duda ésta debe haber sido una de muchas fuentes de tensión que hubo entre soldados y misioneros, pero queda claro que justamente simboliza el poder ejercido por éstos últimos en la Antigua California.

II.2 Plantas y alzados

Las condiciones y los recursos disponibles en cada uno de los emplazamientos jesuitas favorecieron soluciones diversas. No obstante, existen constantes formales así como materiales que nos permiten distinguir algunas características propias de las construcciones realizadas por estos misioneros dentro de la península, dentro de su singularidad. A lo largo del siguiente apartado abordaré aspectos generales de sus edificios de madera –ramadas, en realidad–, de adobe y de piedra, respecto a su materialidad. Por lo pronto, aquí me concentro en el examen de las plantas y alzados de aquellos que han llegado hasta nuestros días en condiciones que nos permiten reconocer con cierta fidelidad, a pesar de las intervenciones que han sufrido, su diseño.

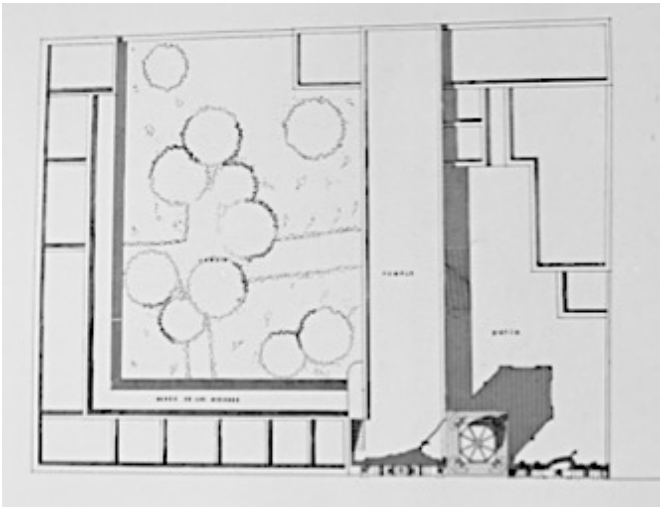


Figura 60. Planta de conjunto de la iglesia de la misión de Nuestra Señora de Loreto-Conchó. Salvador Hinojosa Oliva, *La arquitectura misional…* 24.

Como ya mencioné, James E. Ivey llama la atención sobre la configuración de los conjuntos misionales de la Antigua California en torno a un espacio abierto o patio, con forma generalmente de rectángulo en uno de cuyos lados cortos se ubicaría la iglesia. También resulta cierto que dichos rectángulos no suelen hallarse claramente delimitados y que, por el carácter abierto de esta composición en realidad recuerdan más una L o, en el caso de Loreto, una herradura (fig. 60). Lo anterior, debido a que por la forma alargada de los templos, de una sola nave todos salvo el de San José de Comondú (destruido en las primeras décadas del siglo XX), el resto de las dependencias se articulaba con ellos en forma perpendicular, conectándose con la fachada o la cabecera. Por ejemplo, en Loreto tendríamos una L de brazos igualmente largos e independiente del templo, conectada con éste desde su fachada para configurar una especie de herradura.

En San Francisco Xavier en cambio, tenemos una L donde los anexos, muy desarrollados, están más que conectados, integrados con el presbiterio (fig. 61). En San José de Comondú (fig. 62), Santa Rosalía de Mulegé (fig. 63) y San Luis Gonzaga (fig. 64), tenemos una L cuyo brazo corto es ocupado por el templo, lo que representa la configuración propiamente señalada por Ivey. En tanto, para San Ignacio Kadakaamán (construcción iniciada por los jesuitas pero concluida por los dominicos) tenemos una doble L donde los anexos se articulan y prolongan en

ambos lados del presbiterio, abarcando un espacio muy amplio (fig. 65). Este tipo de configuraciones tendría su razón de ser a partir del hecho de que los jesuitas ejercían conjuntamente la autoridad civil y religiosa. Por ello debían estar al tanto –o por decirlo mejor, ejercer una centralidad– respecto tanto a los asuntos espirituales como de gobierno en su misión. Así, el misionero a la vez que fungía como cabeza de la actividad evangelizadora realizaba funciones de administración del personal, los bienes y productos locales.

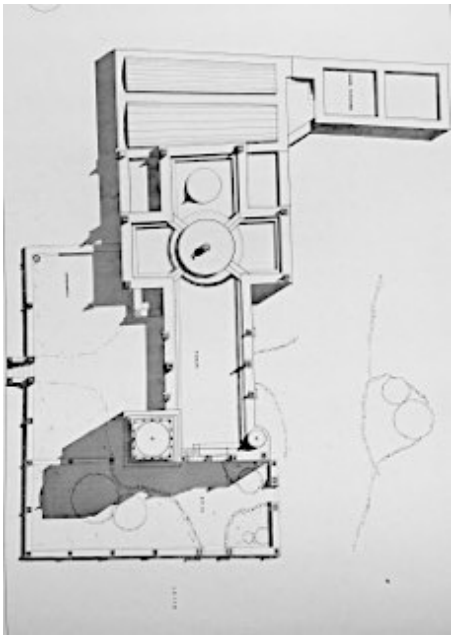


Figura 61. Planta de conjunto de la iglesia de la misión de San Francisco Xavier Viggé-Biuandó. Salvador Hinojosa Oliva, *La arquitectura misional…* 44.

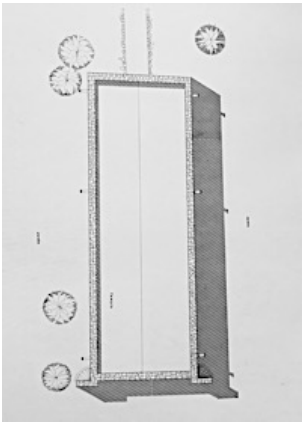


Figura 62. Planta de conjunto de los restos de la iglesia de la misión de San José de Comondú. Salvador Hinojosa Oliva, *La arquitectura misional*… 74.

Es muy probable que, en estos términos, la circunstancia peculiar ya mencionada, de hallarse desligada la casa de los padres del conjunto del templo, para el caso de Loreto, haya respondido al menos en parte a una necesidad por hacer visible el carácter independiente y temporal de la actividad ejercida por el rectorado general de las misiones, que quizá no deseaba verse limitado o confundido con aquellas áreas donde se desarrollaban tareas específicas de servicio litúrgico al templo lauretano.

El rector superior de las misiones californianas, residente en ese puerto, desarrollaba generalmente la doble función de misionero en Loreto y dirigente del resto de los padres peninsulares, siendo evidente que para ejercer sus delicadas funciones político-administrativas necesitaba un espacio no necesariamente vinculado con las actividades propiamente sacerdotales y al mismo tiempo dotado de condiciones de seguridad y privacidad distintas a las que implicaba el trato con los neófitos. En una casa independiente como la que disponía podría recibir adecuadamente a superiores y visitantes, así como despachar un sinnúmero de tareas no ligadas con el culto religioso.

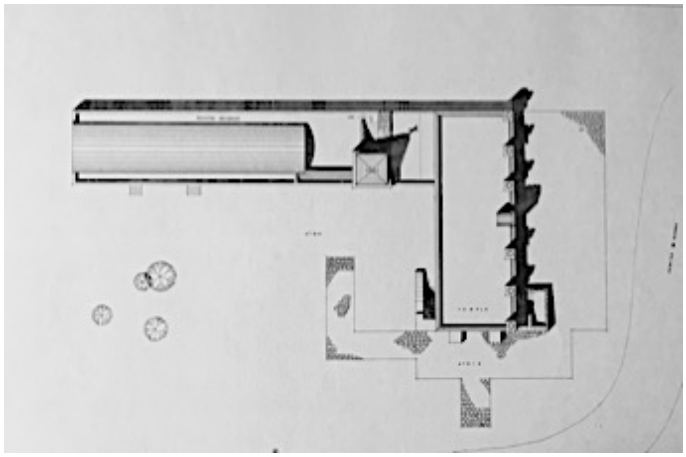


Figura 63. Planta de conjunto de la iglesia de la misión de Santa Rosalía de Mulegé. Salvador Hinojosa Oliva, *La arquitectura misional…* 61.

En todos los restantes emplazamientos jesuitas, con mucho menos habitantes civiles y donde generalmente los diversos ámbitos de autoridad se concentraban en uno solo: el misionero y si acaso un hermano coadjutor, la configuración en L seguramente permitía una circulación fluida desde el templo hacia sus anexos y

viceversa, participando de esta manera los padres en todas las actividades que se desarrollaban dentro de la misión. En el templo de San Francisco Xavier observamos, en ese sentido, una configuración espacial donde una serie de habitaciones ligadas con la cabecera del templo llegan a adoptar una forma muy densa y casi fortificada, o al menos lo más parecido a una zona fortificada que podría haber en la Antigua California, aparte de sus presidios. Es decir, no como una serie de habitaciones en torno a un patio sino cual un amplio agregado de dependencias cuya estrecha vinculación las resguarda en cierto modo del exterior. Incluso, estas instalaciones, ubicadas hacia la zona norte del templo y que muy probablemente sirvieron en parte como almacén, cuentan con un doble sistema de desagüe: en los techos, por cañerías saledizas conectadas con el drenaje pluvial, y en los pisos bajos, a partir de un dispositivo compuesto por discretas hendiduras al pie de los muros, que prácticamente solo se perciben cuando están en uso.

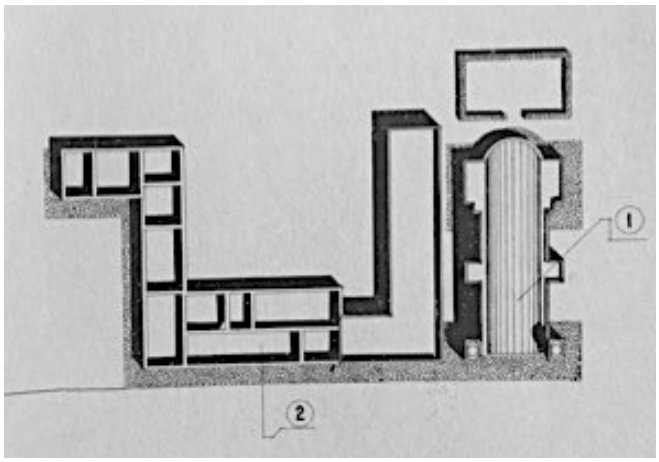


Figura 64. Planta de conjunto de la iglesia de la misión de San Luis Gonzaga. Salvador Hinojosa Oliva, *La arquitectura misional*… 114.

Los productos que se almacenaban en los anexos de las misiones solían ser muy diversos y numerosos, como podemos notar incluso cuando estos bienes se hallaban disminuidos tras la estrechez que padeció la administración franciscana, gracias a los inventarios elaborados por esta orden durante su entrega a los dominicos en 1773. Así, sin tomar en cuenta una gran cantidad de objetos utilizados para la cocina, huertos, panadería, carpintería, albañilería, fragua, atención del ganado, prensas para vino, telares, trapiches y un largo etcétera, observamos por

ejemplo, que en Loreto no se registran productos agrícolas ni ganaderos, pero en San Francisco Xavier había para 1773: seis fanegas de trigo, dos de candeal, aproximadamente seis de maíz y dos de frijol, tres fanegas de "sembradura" de trigo, tres almudes de candeal "para segarlo dentro de poco tiempo" y quince tercios de carne seca.[164] En San José de Comondú: setecientas setenta fanegas de trigo y siete de maíz, nueve cargas de carne seca, cinco botanas de sebo en rama, dos fanegas de arvejón, once varas de sayal para cotones, treinta y seis varas de manta de algodón para taparrabos, once arrobas de lana hilada y cuatro sin hilar (que se especifica servirían para vestir a los neófitos de la misión durante todo un año), seis cargas de sal, cuarenta cueros de res curtidos, ciento treinta tinajas, doce botijas y dos alambiques, resguardándose en algunos de estos recipientes vinagre y vino.[165] En Santa Rosalía de Mulegé no se registran este tipo de bienes.

Siempre será difícil dar adecuada importancia a los anexos de cada iglesia misional, pues implica conocer mejor una serie de procesos constructivos y de utilización de los propios espacios, que no están suficientemente documentados. Trataré, sin embargo, de analizar los conjuntos desde esta perspectiva, en el apartado que corresponde con cada una de las misiones estudiadas. Observo, por ejemplo, que en el caso de Nuestra Señora de Loreto-Conchó la larga y estrecha nave de la iglesia se articulaba con un amplio corredor en forma de L que conectaba con su frente, mostrando una fachada que otorgaba acceso directo a este corredor. También noto que las instalaciones de la sacristía y la capilla lateral, ubicados junto al presbiterio, eran completamente independientes de los otros anexos y no contaban con acceso sino desde el propio templo. La nave de la iglesia se comunicaba transversalmente con el resto del conjunto, cuya dimensión en su frente la triplicaba y en su extensión la igualaba, circunscribiendo un gran patio que no sabemos si durante la presencia jesuita estuvo cerrado (como lo dibuja José Jacinto Mora) o abierto hacia los huertos, como sugiere la planta arquitectónica levantada por Salvador Hinojosa. Debido a la configuración que tienen el resto de las misiones

[164] Eligio Moisés Coronado (ed.), *Descripción e inventarios*… 65.
[165] Eligio Moisés Coronado (ed.), *Descripción e inventarios*… 79-80.

peninsulares, donde no hay indicios de patios cerrados, puede pensarse que lo más probable es que dicho espacio tuviera libre acceso desde su zona posterior.

La descripción de Baegert acerca del conjunto lauretano no deja entrever cuál era la utilización que se daba a este importante espacio en L unido a la iglesia, salvo que había "seis cuartitos de tres brazos por cada lado, cada uno con un agujero para luz…" y que estaban incluidas la cocina y "una pequeña tienda."[166] Por las crónicas de los misioneros sabemos que Loreto, además de servir como sede para una nutrida y diversa población, era lugar donde ocasionalmente se concentraba una parte o incluso a veces el total de los misioneros peninsulares, por motivos diversos, como era el caso de practicarse anualmente los *Ejercicios espirituales* o por situaciones excepcionales, como ocurrió al momento de la expulsión. Además, desde luego era la misión a la cual llegaban los padres que recién se incorporaban a la península. No resulta descabellado pensar, por tanto, que el hospedaje temporal de visitantes constituyó una de las actividades a las cuales se destinaron estas habitaciones.

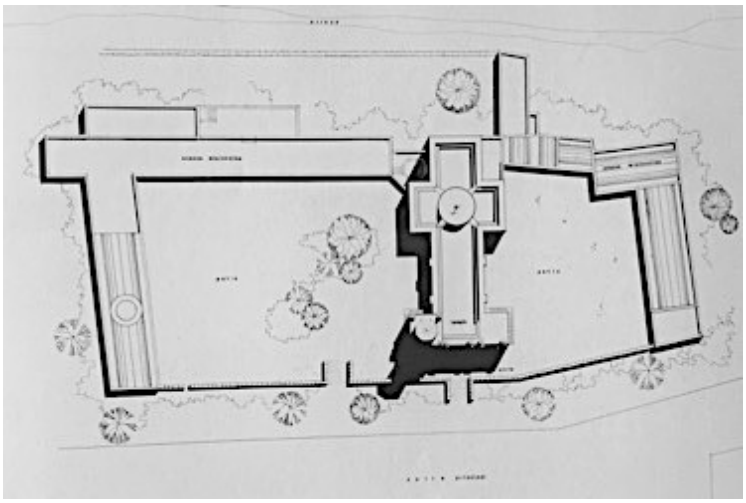


Figura 65. Planta de conjunto de la iglesia de la misión de San Ignacio Kadakaamán. Salvador Hinojosa Oliva, *La arquitectura misional…* 95.

También está el tema de la tienda lauretana (una especie de tienda de raya, si se me permite la analogía, pues era obligado su uso para los empleados de la misión y presidio, a quienes se les descontaba de su sueldo lo adquirido), la cual resulta

[166] Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana…* 157-158.

muy interesante por su cercanía con el templo, pues como sabemos, los padres administraban de manera directa la venta de una serie de productos a los soldados, así como a otros pobladores civiles de la península, incluso aquellos, muy escasos, que no residían en las misiones, un rasgo más que emparenta al menos está misión con las haciendas. No veremos en ninguna otra misión peninsular que se mencione la existencia de un local destinado a la venta de productos, no obstante que en las del sur hubo mayor cercanía (si bien indeseada por parte de los jesuitas) e interacción con trabajadores mineros que se hallaban fuera de la jurisdicción misional. Tampoco, hasta donde se sabe, es posible encontrar en otras misiones indicios de una independencia física del almacén ni mucho menos la casa de los padres con respecto al conjunto de la iglesia, lo cual subraya el carácter singular de Loreto.

Esta aproximación, aunque somera, nos da una idea de la importancia que tenían las áreas anexas de los templos, especialmente en relación con el resguardo de numerosos objetos y productos de las misiones. Los misioneros no suelen ser muy prolijos en torno a ello, sin duda porque no deseaban hacer notar condiciones de abundancia y cualquier dato que sugiriera que sus actividades productivas y comerciales en la Antigua California tenían cierto peso. Además, está claro que su espacio principal de atención era el templo, que constituye obviamente el eje de la vida misional. Sin embargo, en términos prácticos resulta necesario observar que la viabilidad de la misión estaba determinada en mayor medida por sus actividades no religiosas. Por ello, la arquitectura de las misiones es quizá mucho más compleja en su estructura y difícil de entender en su funcionalidad que la de un “simple” templo urbano, pues involucra todas estas otras actividades y edificios.

Esto resulta evidente para quien visita un entorno misional, incluso dejando de lado las amplias instalaciones hidráulicas que se localizan en prácticamente cada misión, así como aquellos edificios que no se articulan directamente con el templo. Cabe asumir que los anexos inmediatos de la iglesia dentro de cada uno de estos conjuntos configuraban una suerte de área industrial y de servicios de ninguna manera secundaria y como bien señala James E. Ivey, similar en su desarrollo a las instalaciones que se podrían encontrar en el entorno de cualquier hacienda.

II.3 Tipologías

La tipología más abundante de iglesia misional de piedra en la Antigua California se constituye por edificios de una sola nave, compuesta por cinco módulos longitudinales de forma cuadrangular o rectangular, reconocibles por las divisiones internas que señalan estos tramos mediante arcos fajones o la disposición de vanos para puertas y ventanas. En Loreto tenemos una configuración donde el largo del edificio se percibe desproporcionado de su anchura, lo cual, según sabemos, se debió a la necesidad de ajustar estas dimensiones a la medida de las vigas de madera que habrían de soportar el techo (fig. 66). El primer módulo tiene un perfil prácticamente cuadrangular, ajustándose a la forma de la base de la torre y siendo por tanto de menor amplitud que el resto de los módulos, donde la longitud de los lados largos del rectángulo, orientados en dirección al largo del edificio, casi duplica la de los cortos.

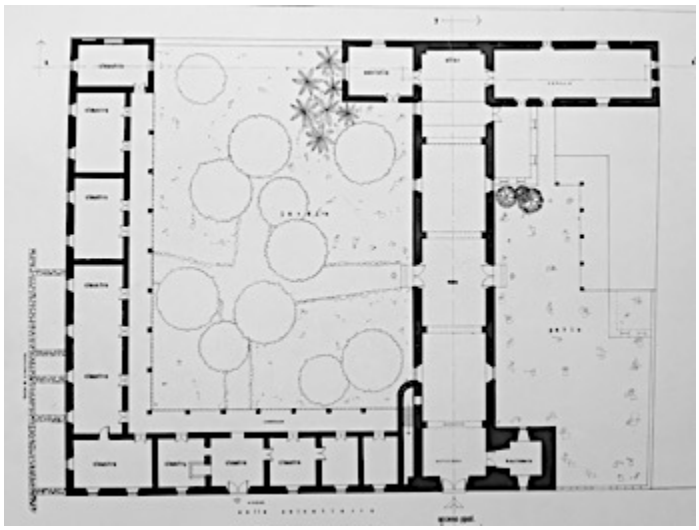


Figura 66. Planta arquitectónica de la iglesia de la misión de Nuestra Señora de Loreto-Conchó. Salvador Hinojosa Oliva, *La arquitectura misional…* 26.

En San Francisco Xavier la proporción es mucho más armónica, pues los lados largos del rectángulo en sus módulos se orientan hacia lo ancho de la nave, dotándola de una amplitud que le otorga mayor volumen. El primer módulo, como en Loreto compuesto por el coro y sotocoro, rebasa la anchura de la base de la torre pero coincide plenamente con las dimensiones del tercer y quinto módulo. Los módulos segundo y cuarto son ligeramente más anchos, el segundo abriéndose en

dos accesos laterales y el cuarto recibiendo una cúpula sobre pechinas cuyo perfil es hemisférico. Los datos anteriores nos hablan, como veremos más adelante donde corresponde con esta misión javeriana, de un edificio en el cual se observaron como en ningún otro de la península relaciones de proporción entre sus componentes, ofreciendo en conjunto un aspecto monumental. La antesacristía y la sacristía, ubicadas en perfecta simetría en torno al presbiterio, corresponden perfectamente con la anchura de los brazos del transepto, cuyo perfil rectangular, en sus lados más cortos representa la mitad del ancho de la nave. Las seis habitaciones bajas de los anexos, vinculados eficientemente con la sacristía, se constituyen por cuatro rectángulos de silueta trapezoidal (con uno de sus lados cortos más estrechos que el otro) ligados mediante un lienzo donde se ubican dos habitaciones cuadrangulares. El lienzo que une los dos cuerpos de estas habitaciones cumple además la función de soportar una escalera que conduce a una serie de cuartos en un segundo piso sobre los dos cuartos inferiores de forma rectangular (fig. 67).

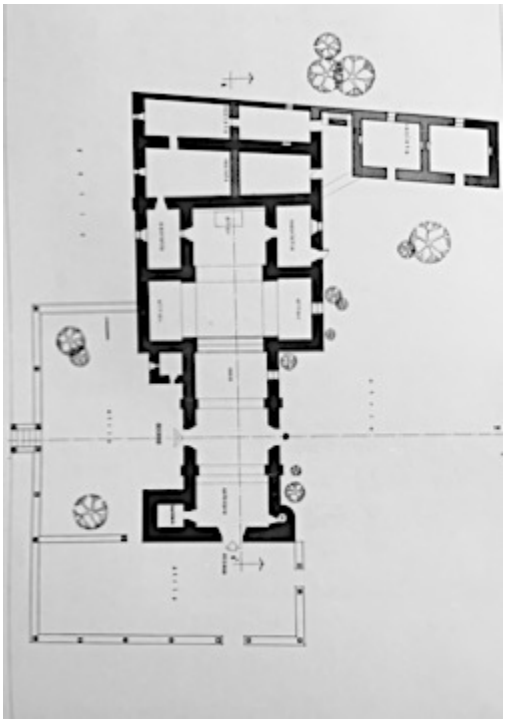


Figura 67. Planta arquitectónica de la iglesia de la misión de San Francisco Xavier-Viggé-Biaundó. Salvador Hinojosa Oliva, *La arquitectura misional…* 46.

Así, se tienen en los anexos de San Francisco Xavier un total de por lo menos ocho espacios anexos muy amplios, ventilados con ventanas colocadas a cierta altura y con accesos sumamente estratégicos, ya sea desde el propio presbiterio o desde el exterior en su zona oeste. Otros rasgo muy notable es que la forma irregular de las habitaciones rectangulares en la zona trasera del templo produce un perfil en ángulo del largo muro trasero. Debido a que esta zona del edificio es la que se orienta hacia el arroyo llamado Viggé, no puede sino pensarse que tal configuración se diseñó para ofrecer un borde anguloso a las crecientes de agua, que permitiera su desviación hacia el lado del edificio donde se encuentran algunos huertos y sobre todo que este choque con una posible corriente torrencial durante la época de lluvias fuera lo menos violento posible. Tales precauciones corresponden con la orografía del terreno, donde como su nombre indígena señala (Viggé-Biuandó: "meseta en el arroyo") el edificio se alza sobre una superficie elevada perfectamente nivelada por los constructores del conjunto. La periferia fue, además, protegida por un muro bajo que circunda las zonas del cementerio en el lado este (por donde corre el arroyo) y algo similar a un pseudo-atrio frente a su fachada. La sofisticación de este diseño no debe dejar duda de que se trató de un edificio sumamente planeado, carente de cualquier clase de improvisación en su desarrollo y orientado a resolver de la manera más eficiente y estética posible tanto las necesidades del culto religioso como cualquier otra actividad de la misión. Sus soluciones formales, sin ser inéditas para la Nueva España, constituyen en la península un indicio claro de modernidad y pericia técnica, representando lo más cercano a un templo urbano –o mejor dicho, seguramente la adaptación a este medio de la ingeniería propia de los edificios urbanos– por el modo tan ceñido y organizado como se articulan todos sus elementos.

Como ya dije, el conjunto de San Francisco Xavier no ofrece un aspecto realmente militar o fortificado, pero por su carácter sumamente compacto, es el templo que más involucra una posible función defensiva, ya sea práctica o simbólica (en defensa de la fe), contando incluso con remates tanto a lo largo de la nave del templo como sobre su torre, que le dan cierto aspecto almenado. Es también el único templo misional peninsular con campanario donde la escalera de acceso a

éste se ubica dentro del templo, configurando una espiral de caracol en dos tramos que se desplanta sobre los dos vértices de la fachada; el primero de ellos de piedra y ubicado a la derecha del acceso (hacia el coro) y el segundo de madera, en el lado izquierdo superior de la entrada (hacia el campanario). De tal manera que, como en Loreto, la base de su torre está libre de escaleras y sirve como baptisterio.

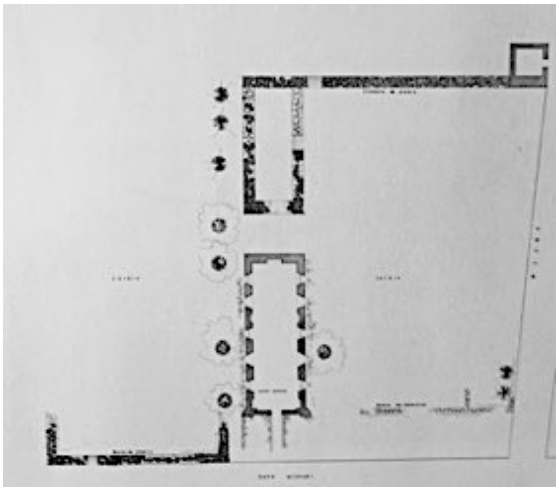


Figura 68. Planta arquitectónica de los restos de la iglesia de la misión de San José de Comondú. Salvador Hinojosa Oliva, *La arquitectura misional*… 76.

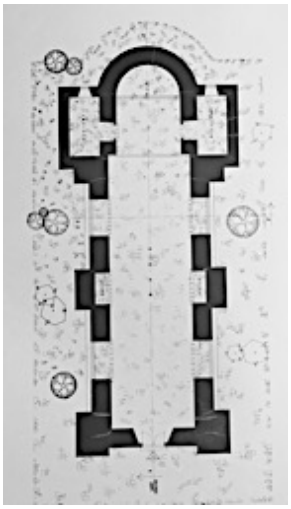


Figura 69. Planta arquitectónica de la iglesia de San Luis Gonzaga. Salvador Hinojosa Oliva, *La arquitectura misional…* 116.

Los templos de las misiones de San José de Comondú (fig. 68) y San Luis Gonzaga (fig. 69) son actualmente similares en su configuración como espacios rectangulares cuya longitud triplica su anchura, pero el de San José de Comondú no corresponde con el templo original de piedra, que como sabemos y veremos en el apartado correspondiente, tenía una planta basilical de tres naves, siendo el único peninsular y uno de los muy pocos en el noroeste con esa tipología. Actualmente el de San José de Comondú carece de anexos, pues es tan solo una capilla, mientras que los de Santa Rosalía de Mulegé se conectan con la sacristía y prolongan en una torre de campanario y después un largo recinto rectangular. Todos estos anexos replican la anchura del último módulo de la nave, siendo los dos primeros cuadrangulares y el último rectangular, con una proporción que equivale cuatro veces a la dimensión del presbiterio.

El templo de Santa Rosalía de Mulegé (fig. 70) es el único de los mencionados cuyo conjunto presenta una composición donde la torre se vincula con el templo a través de la sacristía, ofreciendo un aspecto donde los valores horizontales tienen más relevancia que su verticalidad. Sin duda es un conjunto de lectura compleja, seguramente determinada por las características del terreno elevado en que se encuentra y la intención de aprovechar una superficie extendida donde no se contaba con condiciones susceptibles para edificar un conjunto de varios pisos. Incluyo dentro de sus condiciones contextuales la muy probable consideración del aspecto sísmico. Es, también, el edificio donde son más ostentosos los contrafuertes que en todos los otros templos peninsulares, pues juegan importante papel estructural al encontrarse colocados en su portada. Este hecho hace que el templo recuerde en alguna medida el aspecto de las iglesias edificadas por las órdenes mendicantes durante los primeros siglos de la evangelización novohispana, remitiendo a elementos conocidos como “tajamares” que suelen caracterizar algunas de las portadas de dichos edificios. La enorme prominencia de estas estructuras de carga trae a la mente construcciones religiosas de estilo románico. Pero lo que prima en dicho aspecto no fue seguramente un deseo de imitación sino la adopción de una solución técnica eficaz y accesible para obtener la mayor solidez estructural posible.

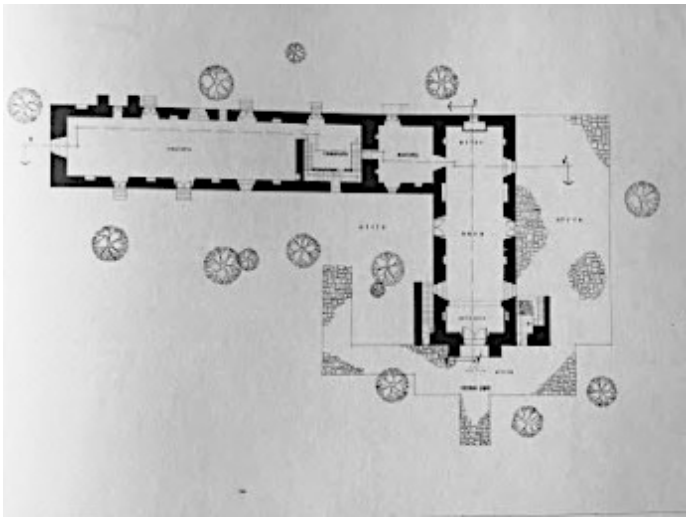


Figura 70. Planta arquitectónica de la iglesia de la misión de Santa Rosalía de Mulegé. Salvador Hinojosa Oliva, *La arquitectura misional…* 63.

El templo y conjunto de San Ignacio Kadakaamán (fig. 71) constituye, desde mi punto de vista, una estructura que prácticamente replica la forma del templo también con crucero de San Francisco Xavier, pero con una serie de añadidos y soluciones derivados de su conclusión por los dominicos, incluyendo los aspectos más relacionados con la fachada y el acabado del edificio, que le dan una configuración distinta a San Francisco Xavier. No obstante, creo que la estructura corresponde con lo afirmado acerca de los conjuntos jesuitas en la península. Sus anexos, desplegados hacia ambos lados del templo y conectados con éste a través del presbiterio, muestran lo que seguramente fue un proceso de agregación sobre la base de una L inicial que después se fue ampliando, sin estar constreñida por una ubicación que condicionara, como en San Francisco Xavier, un desarrollo tan compacto.

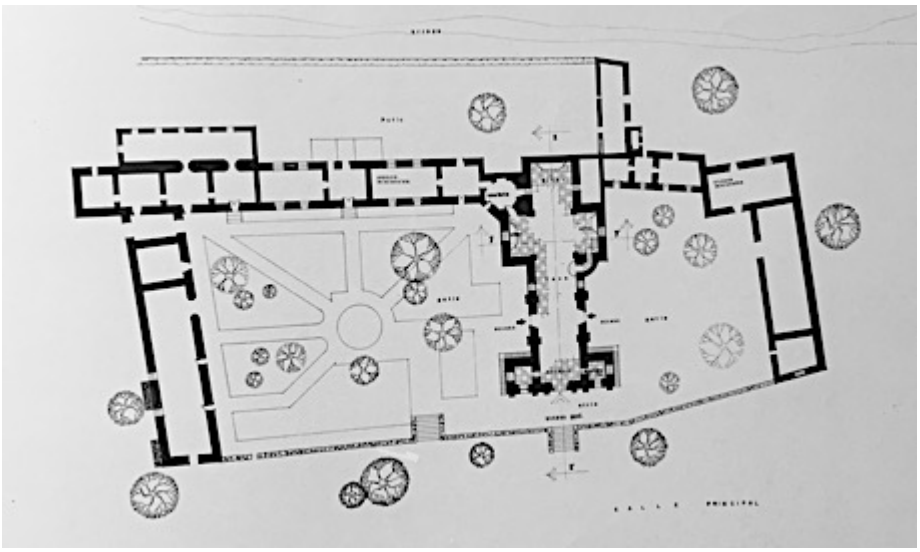


Figura 71. Planta arquitectónica de la iglesia de la misión de San Ignacio Kadakaamán. Salvador Hinojosa Oliva, *La arquitectura misional…* 97.

Sin embargo, al igual que el de San Francisco Xavier es un conjunto que se desplanta sobre una gran meseta nivelada, en las inmediaciones de terrenos susceptibles de inundarse y que por ello –como estuvo en su tiempo una zona del pueblo, pero no el conjunto principal de Loreto– se vio obligada a resguardarse con muros bajos sin mayor utilidad que evitar la disgregación del terreno por las avenidas de agua. En sus dimensiones, el de San Ignacio Kadakaamán es un

conjunto con anexos muy amplios que nos hablan de una febril actividad y gran riqueza productiva, pues en las últimas décadas de la presencia jesuita, aunque aún no se habían concluido estos edificios (como sabemos por el padre Fernando Consag) este emplazamiento era la punta de lanza para la exploración y evangelización de los territorios más norteños. La intención de expandirse, como el conjunto mismo, no se alcanzó a completar por los ignacianos. De hecho, San Ignacio constituye la última misión próspera serrana hacia el norte, que de alguna forma vincula el centro y norte peninsular, teniendo una ubicación sumamente favorable para la agricultura y la ganadería, en inmediación de importantes fuentes de agua, lo mismo que San Francisco Xavier, San José de Comondú y Santa Rosalía de Mulegé.

II.4 Materiales

Los misioneros jesuitas ofrecen información muy concreta acerca de aspectos materiales constructivos en la península. Por principio, dentro de su *Historia natural y crónica de la Antigua California*, el padre Miguel del Barco clasifica en tres regiones diferenciadas los recursos naturales de los cuales la Antigua California disponía. Señala que:

> Fuera de la sierra se halla poca piedra en el sur; por eso es necesario valerse de adobes para fabricar casas y iglesias. Mas por esto mismo de estar desembarazada de piedras, y por llover allí algo más que en lo restante de California, abunda el sur de pastos, que es la causa de haberse multiplicado allí mucho los ganados.[167]

La península estaba dividida administrativamente en tres rectorados durante la etapa final de la presencia jesuita: sur, centro y norte. En consonancia con esta división, para Del Barco la región serrana representaba geográficamente la zona central de la Antigua California; concretamente, donde se ubicaban las misiones situadas dentro del ámbito de las cordilleras de La Giganta y Guadalupe. El sur comprendía, en cambio, desde San Luis Gonzaga hasta San José del Cabo. Por

[167] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica…* 60.

último, el norte involucraba las misiones de Santa Gertrudis La Magna, San Francisco de Borja-Adác y Santa María de los Ángeles, en una zona que apenas estaba siendo explorada para la fecha de la expulsión y prometía tierras fértiles entre montañas, como las que se habían encontrado en la zona central. La realidad es que los misioneros se toparon ahí con una inmensidad de llanuras áridas y cumbres poco accesibles. Pudiera sorprender que los jesuitas contaran ya con tres fundaciones en ese terreno apenas conocido. Lo cierto es que las misiones que existían en la zona norte, como la presencia de los propios misioneros en dicha región, eran todavía incipientes y por supuesto no corresponden con los edificios que actualmente se encuentran en Santa Gertrudis[168] o San Francisco de Borja, construidos posteriormente por los dominicos.

En todo caso, con los conocimientos que habían logrado acumular los padres de la Compañía de Jesús para 1768, Del Barco[169] enumera los minerales y las maderas que eran útiles, hasta donde se sabía, en cada una de esas regiones. Consiguientemente, en la porción sureña identifica los siguientes materiales y describe sus usos:

Maderas

- Palo chino (*Pithecollobium mexicanum)*. Árbol cuya madera es de mediana corpulencia y color rojo, utilizada para puertas y ventanas.

[168] "El sitio de la misión Santa Gertrudis, localizado a ochenta y nueve kilómetros al norte de la misión San Ignacio Kadakaamán, fue descubierto el 22 de mayo de 1751 por el padre Fernando Consag y nombrado La Piedad. Edificios temporarios fueron construidos bajo la dirección del padre Sebastián Sistiaga y Andrés Comanji, un indio cristiano ciego, iniciándose, por medio de canales de riego de piedra y un pozo artesiano, el cultivo de trigo, olivos, higos, granadas, dátiles y uvas. La misión, dotada con los fundos restantes de la abandonada misión Estero de las Palmas de San José del Cabo, y nombrada Santa Gertrudis bajo los términos dictados por el dotador marqués de Villapuente, fue fundada el 15 de julio de 1752 por el padre George Retz, y una visita fue establecida en San Pablo. La iglesia permanente, construida de la piedra sacada de una cantera cercana, fue comenzada por el padre Retz y terminada en 1796. El padre George Retz (1752-1767) y los padres fray Dionisio Basterra, fray Juan Sancho de la Torre, fray Gregorio Amúrrio (1768-1773), fray José Espín (1794) y fray Sigismundo Fontcuberta (1812) sirvieron como padres ministros residentes. Debido a su aislamiento la misión no padeció muchas epidemias durante sus primeros años y la población indígena fue calculada en 1,735 en 1862, 1,000 en 1768, 1,138 en 1771, 317 en 1782, 300 en 1785 y 203 en 1800. Aunque abandonada en 1822 debido a la falta de población, la iglesia de piedra está en buen estado de conservación…" Michael W. Mathes, *Las misiones…* 109.

[169] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica*… 55-93, 153-156. No cito literalmente, sino que retomo y complemento con datos adicionales las descripciones realizadas por el jesuita.

- Palma colorada (*Erythea brandegea).* Palma de madera fuerte, pardo-rojiza (más solida que otras palmas), que servía para hacer vigas sin labrar, mientras que sus hojas se utilizaban para techar.
- Álamo blanco (*Platanus mexicana*). Árbol que se encuentra en la inmediación de cañadas y arroyos. Del Barco menciona que había algunos de ellos en las cercanías de San José del Cabo.

Tintes

- Palo de Brasil (*Haematoxylum brasiletto*). Árbol pequeño utilizado para obtener un tinte encarnado.
- Añil (seguramente *Indigofera suffruticosa)*. Arbusto del cual se obtenía un tinte azul poco utilizado en la península.

En la porción central, Del Barco identifica los siguientes materiales:

Maderas

- Guáribo o Güeribo (*Populus montícola*). Árbol de madera muy sólida y adecuada para carpintería, que crecía en barrancos de la alta serranía, por lo cual era poco frecuente. Se utilizaba para vigas y otras piezas labradas (por ejemplo, según Del Barco, las puertas pequeñas del templo de San Francisco Xavier). En 1721 fue utilizado por Juan de Ugarte para la construcción de un barco, viéndose obligado a obtener su madera y trabajarla en una región remota de la sierra de Guadalupe.
- Encino (*Querques brandeggei, Q. devia, Q. idónea, Q. chrisolepis,* etcétera). Árbol de madera muy sólida, utilizada para vigas y otras piezas labradas. Su presencia era también poco frecuente, localizable en zonas altas de la sierra La Giganta.
- Mezquite (*Prosopis juliflora*). Árbol de madera muy sólida, tortuosa y pesada, que crecía en zonas bajas, en torno a arroyos, y se utilizaba para elaborar piezas curvas de escaleras o barcos, como la escalera de San Francisco Xavier. Resulta interesante observar cómo a pesar de su extrema dureza, los jesuitas se las arreglaron para emplear este pequeño árbol y aprovechar sus

características en la construcción de elementos que no podían ser de grandes dimensiones ni tener la forma alargada necesaria, por ejemplo, para configurar vigas, pero en cambio aportaban gran solidez. Se sabe que su utilización, además de las piezas con que se ensamblaron las escaleras mencionadas, estuvo en elementos como dinteles de puertas y ventanas, al igual que balaustradas y rejas.

- Palo blanco (*Lysiloma candida).* Árbol de madera blanca, recta y sólida, que servía para hacer horcones de enramadas y parras, casas "de cajón", "madres" y "latas" (tablas de madera como apoyo para construir edificios y ligeras para aseguramiento de tejas, respectivamente), así como su corteza para el curtido de pieles. Sin duda, la mayor parte de las ramadas que se edificaron en la zona central se beneficiaron de este material.
- Palo de brea (*Cercidium sp.*) Árbol que exuda una resina útil para el carenado de barcos y naves, así como el sellado de tinajas. La aplicación de esta brea se realizó también en los techos de los edificios, constituyendo una suerte de impermeabilizante que protegió las construcciones en temporada de lluvias.
- Uña de gato (*Olneya tesota).* Árbol de madera muy dura y pesada, apta para piezas torneadas como balaustres, prensas, etcétera. Se aprovechó para construir elementos que sobreviven hasta nuestros días en los templos, tales como rejas para ventanas.
- Corcho *(Ammona palustris).* Árbol de madera muy ligera y ajustable, que no corresponde con el corcho que se conoce en otras zonas del mundo, es decir la corteza del Alcornoque (*Quercus suber*). Era utilizado para fabricar tapones de recipientes por parte de los misioneros, mientras que los nativos lo aprovechaban en la elaboración de balsas.

Minerales

- Tiza (mineral terrestre localizado en algunos cerros). Más blanco y fino que el yeso, se utilizaba para blanquear edificios. De acuerdo con Del Barco, en Nueva España se usaba para blanquear la plata.

- Yeso (mineral terrestre de aspecto cristalino, localizado especialmente en laderas de cerros). Se utilizaba para blanquear edificios, entre ellos el de Santa Rosalía de Mulegé, en cuyas cercanías existe un gran yacimiento de yeso de mucha calidad, conocido por los jesuitas, en la isla San Marcos.
- Piedra múcara (mineral marino formado por aglutinaciones de esqueletos de madréporas). Su composición es fundamentalmente calcárea. Se localizaba en la costa oriente de la península. Porosa y ligera, utilizándose en bloques que se unían con cal como material para edificar sobre todo fortificaciones. En California solo se utilizaba para fabricar cal. La totalidad de la que se hizo en Loreto, de acuerdo con Del Barco, fue de este material.
- Rizo (mineral marino formado por los brazos del coral o madrépora). Su composición era fundamentalmente calcárea. De color blanco, también se utilizaba para fabricar cal.
- Cantería (mineral marino de carácter pétreo, seguramente compuesto por piedras calcáreas con incrustaciones de conchas de moluscos). Se trataba de un material localizado por ejemplo en Loreto, en dos variedades, una más sólida que otra.
- Mármol (mineral terrestre localizado en inmediaciones de arroyos, con aspecto similar al tecali o alabastro más que al mármol). Se trataba de un material pétreo apreciado que se localizaba en las inmediaciones de algunos arroyos, constituyendo un material que permitió labrar pilas bautismales como la que se encuentra en San Francisco Xavier.
- Tezontle (mineral terrestre de origen volcánico). Se localizaba en laderas y cerros, bajo la forma de piedras sueltas, ligeras y porosas, muy útiles, como en la Nueva España en general, para la fabricación de bóvedas, incluyendo las de San Francisco Xavier y las que había en San José de Comondú.
- Piedras de amolar (mineral seguramente marino que se encontraba en algunas costas del Golfo). Útil para la elaboración de gamellones (piedras donde pisar las uvas para hacer vino).

Figura 72. Recipiente de piedra basáltica que se encuentra en los alrededores de la misión de Santa Gertrudis La Magna. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas*… 168.

- Ocre (mineral terrestre localizado en algunos cerros). Piedra de color amarillo oscuro que al quemarse producía un pigmento rojo. Se utilizaba para pintar en cualquiera de sus dos colores (rojo y amarillo) y los indios lo usaban para "embijarse" el cuerpo.

Respecto al norte, como ya dije, se percibía como un territorio mucho más próspero de lo que resultó. Por ejemplo, se pensaba que habría grandes bosques de encino pero dicha especie solo está presente en regiones alejadas y de difícil acceso, como la sierra de San Pedro Mártir. El único material exclusivo de esta zona descrito por Del Barco es el:

- Cirio (*Idria columnaris*). Cactácea de aspecto columnar localizada entre los 29 y los 31 grados (de la misión de Santa Gertrudis a la de Santa María). Solo se utilizaba para leña y eso a falta de otra mejor, en zonas como la misión de San Francisco de Borja-Adác.

Respecto a otros materiales, en las tres zonas de la península se menciona la existencia de:

Maderas

- Sauce (*Salix bomplandiana).* Árbol localizado en el cauce de los arroyos, de madera ligera. Se utilizaba para vigas en techos de caballete, cubriéndolas con paja o tule.
- Carrizo (*Arundo sp.)* Planta propia de los arroyos, cuya madera delgada, larga y flexible se utilizó por los nativos para fabricar diversos objetos y por los misioneros aparentemente no era considerada de calidad adecuada, aunque ocasionalmente se menciona su uso para techar ramadas.
- Junco o Tule (*Parkinsonia aculeata, P. microphylla*, etc.) Se trata del tallo de una planta ligera que crecía en lugares húmedos, al igual que la espadaña o enea, sirviendo para techar construcciones.
- Pino (*Pinus sp.)* Del Barco lo menciona de paso, señalando que no era muy abundante y se aprovechaba para la construcción.

Minerales

- Piedra común (mineral suelto de diversos tipos y tamaños). Se hallaba en todas partes salvo en las playas y sobre todo estaba presente en las serranías, teniendo un aspecto quemado y ocasionalmente del color del fierro, siendo quebradizo. También podía haber en color blanco y de constitución muy sólida.

Tintes

- Púrpura (*Púrpura haemastoma*). Gasterópodo que producía una sustancia apta para el teñido sobre todo de textiles. Su tintura indeleble era utilizada por los nativos, sobre todo en la zona de Loreto, pero poco recurrida por los misioneros. Todo ello, según Del Barco.

Figura 73. Estrella de yesería en el techo del coro alto del templo de San Francisco Xavier Viggé-Biuandó. Fotografía: Leonardo B. Varela Cabral.

Figura 74. Restos de policromía en la portada principal del templo de San Francisco Xavier Viggé-Biuandó. Fotografía: Leonardo B. Varela Cabral.

Por la precisión con que este autor describe las característicos y usos de los materiales, varios de ellos endémicos de la Antigua California e incluso de algunas regiones específicas de ésta, se percibe que los jesuitas habían desarrollado un aprendizaje minucioso respecto a los recursos que les ofrecía su entorno, aprovechando no solamente aquellos, como el tezontle y el encino, que ya conocían en otras zonas de la Nueva España o del mundo, sino también especies que seguramente les eran previamente desconocidas, como la madera de uña de gato y el cirio. También, las observaciones que realiza Del Barco permiten deducir que esta información la habría recopilado tanto a partir de la observación directa como en un ejercicio de interlocución con otros misioneros y los propios nativos.

Un mineral que este autor no comenta, quizá por obvio, es la arena requerida para cualquier fábrica arquitectónica.[170] La calidad de la que existe en los lechos de arroyos californianos, en cuyas cercanías se establecieron los templos misionales,

[170] Juan de Villanueva, *Arte de albañilería o instrucciones para los jóvenes que se dediquen a él, en que se trata de las herramientas necesarias al albañil, formación de andamios, y toda clase de fábricas que se puedan ofrecer, con diez estampas para su mayor inteligencia: por el célebre Don Juan de Viilanueva, y para perpetuar su memoria lo da a luz, por lo útil y sencillo para la clase a que se refiere, Don Pedro Zengotita Vengoa, arquitecto y académico de la Real de San Fernando* (Madrid: Oficina de Don Francisco Martínez Dávila, impresor de Cámara de S. M., 1827) 12. Elegí como referencia para las técnicas y los materiales de la arquitectura de la segunda mitad del siglo XVIII este texto clásico que recoge las prácticas constructivas del mundo hispano, sin suponer que los constructores de las misiones en la Antigua California lo hubiesen leído, pero asumiendo que seguramente participaban de este conocimiento colectivo generado durante un amplio lapso de tiempo.

resulta muy adecuada para su utilización en labores constructivas. Vale la pena destacar también que el uso del yeso es muy notorio al menos en la zona central de la Antigua California y además de su documentada incorporación para encalados sobre las fachadas de los edificios, permitió la realización de elaboradas ornamentaciones de estuco que quizá son solo una parte de las que en su momento existieron en estas misiones. Por ejemplo, las que hay en el templo de San Francisco Xavier Viggé-Biuandó (fig. 73). Tal tipo de decoraciones y otras que comentaré al analizar cada misión, desmienten en gran medida la pobreza y austeridad que suele caracterizar la adjetivación del arte y la arquitectura peninsulares, incluso a través de la pluma de sus cronistas. En el mismo sentido, aunque Del Barco no detalla mucho el uso que los jesuitas hicieron de los pigmentos minerales, en algunas misiones como la javeriana existen restos de policromía que evidencian el aprovechamiento del ocre, algo que hace falta investigar más y posiblemente daba a los templos misionales un aspecto bastante más colorido del actual (fig. 74).

Otro misionero que aporta información relativamente abundante acerca de los materiales constructivos peninsulares es el ya mencionado Juan Jacobo Baegert. Sus *Noticias de la península americana de California* abren con un párrafo que establece el tono imperante en todo el libro, dentro del cual su autor enfatiza las carencias del entorno:

> Todo lo concerniente a California es tan poca cosa, que no vale la pena alzar la pluma para escribir algo sobre ella. De miserables matorrales, inútiles zarzales y estériles peñascos; de casas de piedra y lodo, sin agua ni madera; de un puñado de gentes que en nada se distinguen de las bestias, si no fuera por su estatura y su capacidad de raciocinio, –¿qué gran cosa debo, qué puedo decir?[171]

Ya Del Barco había establecido que el recurso más anhelado era la madera de buena calidad, en suficiente cantidad para la construcción:

[171] Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana…* 3. El subrayado es mío.

> En todo este tan dilatado terreno… no hay madera a propósito para hacer vigas con que techar. Y si en Loreto, la iglesia y otras piezas y también la iglesia que antes hubo en la misión de San Javier, se techaron con buenas viguetas, se llevaron por mar de la costa de Sinaloa y de Matanchel.[172]

Como puede notarse, Baegert es mucho menos objetivo en su análisis que otros autores de su época, consignando dentro de frases lacónicas las impresiones que surgen del criterio escéptico que lo caracteriza. No obstante, sus razonamientos terminan confirmando lo planteado por Del Barco:

> Porque madera y agua en California, piedras y espinas, son 4 elementos, de los que California tiene, en cuanto a los dos primeros, una indecible escasez, y, en cuanto a los dos restantes, una enorme abundancia.
>
> …toda la madera que es menester emplear en construcciones o para trabajos de carpintería y ebanistería, hay que importarla de ultramar…[173]
>
> …tal vez haya algo en la sierra de Cabo San Lucas, o en el cerro de la Giganta cerca de Loreto, o en el de Guadalupe, o en algunas regiones detrás de la última misión hacia el Norte […] y donde se ven unos pinos, encinos y otros palos, desconocidos en Europa, muy distantes el uno del otro. Lo que sí hay son mezquites, pero estos tienen el tronco muy bajo y su madera es tan dura que perjudica los serruchos y los cepillos…
>
> Fuera de los mezquites, sólo hay en la parte Sur de California y en la punta extrema, algunos palos de Brasil muy chaparros y, además, diseminados sobre todo el territorio, unos sauces silvestres y palmeras que no dan fruto, *ídem*, el árbol que los españoles llaman *paloblanco* […] el *palohierro* o sea madera de fierro por ser más dura que la del mezquite; el *chino*, *uñagato* e higueras silvestres que no dan fruto. […] Todos estos palos sentirían vergüenza de presentarse ante un encino o nogal europeo…

[172] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica*… 60.
[173] Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana…* 21, 32.

Desde la perspectiva de Baegert, no había madera suficiente ni adecuada siquiera para hacer leña, respecto a lo cual alude a la misión de San Ignacio Kadakaamán,[174] diciendo que el padre Juan Bautista Luyando, quien la fundara, "nunca quiso resolverse a construir una iglesia de cal y canto porque le pareció imposible conseguir la leña necesaria para quemar la cal…" También expresa una queja porque "hallé suficiente leña para mi cal cuando edifiqué mi iglesia y mi casa [la iglesia de la misión de San Luis Gonzaga], pero treinta mil tabiques [es decir, el material para las bóvedas] tuve que cocerlos con el corazón o esqueleto de las matas o nabos…"[175]

En todo caso, su descripción acerca de los minerales californianos es muy curiosa, derivando en la siguiente clasificación:

1) grandes peñascos o lomas y también grandes vetas anchas sobre el terreno, que se parecen a un mármol blanco, áspero y duro y que no son otra cosa que conchas marítimas, petrificadas y conglomeradas, de las que se puede hacer una magnífica cal. Otras personas y yo, hemos edificado iglesias y casas con este material;

[174] "El sitio de la misión de San Ignacio Kadakaamán, localizado a ciento dos kilómetros al noroeste de la misión Santa Rosalía de Mulegé, fue descubierto por el padre Francisco María Píccolo el 19 de noviembre de 1716. La misión, dotada por el padre Juan Bautista Luyandó en 1724, fue fundada por el mismo dotador, juntamente con el padre Sebastián de Sistiaga, el 20 de enero de 1728. Por medio de canales de riego fue introducido el cultivo de trigo, higos, uvas, dátiles y granadas y se establecieron visitas en San Borja, San Joaquín, San Sabás, Santa María de Magdalena, Nuestra Señora de los Dolores, San Atanasio, Santa Mónica, Santa Martha, Santa Lucía, Santa Ninfa, Santa Ana, Santa Clara y San Juan Bautista. La iglesia de piedra, comenzada por el padre Fernando Consag, fue terminada en 1786 por el padre Juan Crisóstomo Gómez. Los padres Juan Bautista Luyando (1728-1733), Sebastián de Sistiaga (1728), Sigismundo Taraval (1733), Fernando Consag (1733-1758), José Rotea (1767), Fernando Cos, fray Juan León de Medina Veitia, fray José Legomera (1768-1773), fray Juan Crisóstomo Gómez (1773), fray Joaquín calvo (1794), fray Domingo Timón (1795) y fray Pedro González (1812) sirvieron como padres ministros residentes. Aunque la epidemia de la peste de 1729 y las inundaciones de 1750, 1761 y 1770 causaron pérdidas entre la población indígena, ésta fue calculada en 750 en 1745, 800 en 1762, 750 en 1768, 558 en 1771, 241 en 1782 y 130 en 1800. No obstante haber sido abandonada en 1840 por la falta de personal, la iglesia de la misión ha permanecido en uso casi continuo desde aquel año, conservada en su estado original, así como la mayoría de los demás edificios de la misión." Michael W. Mathes, *Las misiones…* 91.

[175] Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana…* 37-39. Marco Díaz, en su texto mencionado en la *Introducción* de este trabajo, interpreta literalmente como nabos la denominación curiosa que este misionero utiliza para referirse a las cactáceas en general y particularmente a las conocidas como cardones o quizá biznagas.

2) hay cerros enteros que parece consisten de un solo guijarrón, vaciado a altas temperaturas;
3) otros cerros consisten de un conglomerado de inmensas cantidades de piedras rodadas que quedan tan firmemente pegadas entre sí por medio de una argamasa muy parecida a nuestro mortero, que ninguna fuerza es capaz de separarlas;
4) en muchos cerros y laderas, especialmente al norte de los 25 grados de latitud, se ven grandes cantidades de piedras de diferentes tamaños, lisas y pulidas, que causan la impresión de que alguien las hubiera colocado allí a propósito, amontonándolas y colocando la una al lado de la otra…
5) Con menos frecuencia, se encuentran también areniscas y piedra de cantera que son propias para construcciones; grandes yacimientos de pedernales, de yeso, y finalmente, tan extrañas mescolanzas, costras y capas, unas encima de otra, (que no son tierra, ni piedras, ni arenas, ni cal, ni ninguna otra cosa que se conozca en Europa), que no sabe uno qué nombres darles o cómo bautizarlas de otro modo que no sea "minerales de California".[176]

Este misionero enfatiza que los minerales para la cal eran un recurso que no estaba disponible en todos los emplazamientos y la escasez de leña podía convertir en una tarea difícil su fabricación, incluso cuando se contara con tales ingredientes. También, hace saber que los cantos rodados podían usarse para sustituir la cantera. Ello nos recuerda las imágenes elaboradas por el padre Ignac Tirš, donde hay edificios con piedras en sus esquinas, marcos de puertas y ventanas, pero posiblemente el resto de la construcción sería de adobe:

> …la cal se conseguía algunas veces desde muchas leguas de distancia, y las piedras talladas de los arroyos, se tallaban, por falta de otras, para utilizarlas en la cantería de las esquinas, puertas y ventanas.[177]

En forma contradictoria, pues termina aseverando que se podía edificar en casi cualquier sitio, añade información respecto a las penurias a las cuales se veían

[176] Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana…* 30-31.
[177] Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana…* 169-170.

enfrentados los constructores para improvisar andamios y armaduras de madera para las bóvedas:

> Para los andamios, se aprovecha cualquier clase de palos chuecos o viguetas, y si una sola resulta corta, se juntan dos o más con correas de cuero fresco; también se utilizan las palmeras, las cuales, si no las hay en las cercanías de la misión, hay que traerlas desde distancias de ochenta o más horas de camino. En vez de tablas para la armadura de las bóvedas, se utiliza cualquier clase de madera torcida o los esqueletos de las matas que he descrito en otro lugar de este libro [cardones], cubiertos con una capa de barro o estiércol. Con excepción de las tres misiones meridionales, por todas partes hay abundancia de piedra común y corriente para la mampostería. De modo que no resulta imposible, levantar en el lapso de pocos años y con pocos gastos, una iglesia decente en su debido lugar, y además, en tal forma, que no haría mal papel en ninguna ciudad europea.[178]

Figura 75. Muro en la zona oriente de los anexos del templo de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó. Fotografía: Leonardo B. Varela Cabral.

Los únicos remanentes que conozco de estructuras efímeras como las mencionadas, en la Antigua California, son los soportes para apoyar los andamios, conocidos como "puentes" colocados en orificios que se denominaban "mechinales",[179] y que en el caso del templo de la misión de San Francisco Xavier Viggé Biaundó, se dejaron salientes en uno de los muros de sus anexos (fig. 75),

[178] Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana…* 72.
[179] Juan de Villanueva, *Arte de albañilería…* 82.

evidenciando una fábrica arquitectónica que seguramente estaba activa al momento de la expulsión.

II.5 Técnicas

El tema de los materiales necesariamente conduce al de las técnicas. Al respecto habrá que iniciar recordando las disposiciones planteadas por las Leyes de Indias acerca de la selección del lugar donde se fundaría una población. Ya se comentó el proceso de ubicación de la misión de Nuestra Señora de Loreto-Conchó. Añadamos a ello que durante exploraciones posteriores a la fundación de Loreto, en el año 1701, Salvatierra ubicó el valle de Comondú, al cual le condujeron los cochimíes, donde había un arroyo. Ese sitio le pareció adecuado para que más adelante se fundase el que sería primer emplazamiento de la misión de San José de Comondú.[180]

Tal cual podremos constatar al revisar la historia de cada misión, conforme se profundizaba en el conocimiento de las condiciones de su entorno y se registraban nuevos datos acerca de ciclos amplios de lluvia, posibilidades de defensa y calidad del terreno, no era infrecuente que las misiones se movieran y, aunado al comportamiento demográfico de cada lugar, desaparecieran, pasaran de ser cabeceras a visitas o viceversa. Este procedimiento de cambios, con todo, no era infalible, pues conocemos al menos un caso, el de la misión de Nuestra Señora de Guadalupe,[181] en que la elección del emplazamiento del templo, junto con otros

[180] Harry W. Crosby, *Antigua California…* 223.

[181] "El sitio de la misión Nuestra Señora de Guadalupe Huasinapí, localizado a cuarenta y siete kilómetros al oeste de la misión de Santa Rosalía de Mulegé, fue explorado por vez primera en septiembre de 1719 por los padres Juan de Ugarte y Sebastián Sistiaga. La presencia de grandes bosques de árboles de güéribo en la región motivó el establecimiento de un astillero en el arroyo de Magdalena para la construcción de un pequeño buque que permitiría la exploración del Golfo de California. Bajo la supervisión del padre Ugarte, el buque El Triunfo de la Cruz fue construido en la costa del golfo, al norte de la misión de Santa Rosalía de Mulegé, y botado al agua el 16 de julio de 1720. Con la terminación del trabajo del astillero, la misión, dotada por el marqués de Villapuente, fue fundada por el padre Everard Helen el 12 de diciembre de 1720. Los padres Everard Helen (1720-1735), Fernando Consag (1735), Joseph Gasteiger (1736), Benno Ducrue (1767), fray Juan Sancho de la Torre, fray Andrés Villaumbrales, fray Manuel Lago (1768-1773) y fray Rafael Aviña (1794) sirvieron como padres ministros residentes. Se establecieron visitas en La Concepción, San Pedro y San Pablo, San Miguel, Santa María y San José de Gracia. Aunque una plaga de cigarras (cicadas) y una epidemia de disentería en 1722 causaron grandes pérdidas, la población indígena se calculaba en 530 en 1754, 521 en 1762 y 520 en 1768, pero la decadencia de la misma, calculada en 140 en 1771, 105 en 1782 y 74 en 1795, causó el abandono permanente de la misión en este año y el

factores, derivó en tragedia, con su derrumbe en el año 1744. Por ello, habrá que entender la incesante exploración jesuita del territorio peninsular, entre otras cosas, como una actividad ligada muy de cerca con la prospección de nuevas fundaciones y el desplazamiento de las ya realizadas.

En ese mismo sentido, aunque tal dato ha sido completamente ignorado por la historiografía debido a que los terremotos no son tan frecuentes como en otras partes del virreinato, es importante tener en mente que las Californias están ubicadas en una zona sísmica y que los jesuitas indudablemente tuvieron que tomar en cuenta esta circunstancia para construir, aunque no dediquen una sola palabra al tema. Lo anterior, seguramente debido a que no deseaban llamar la atención respecto a un riesgo enorme si bien muy esporádico para su proyecto peninsular, teniendo que enfrentar al mismo tiempo recurrentes sequías, hambrunas, epidemias, huracanes, rebeliones, etcétera. Volveré a ello y por lo pronto apunto que León Diguet, en su *Territorio de la Baja California. Reseña geográfica y estadística*, publicada en París en 1912, anotó respecto al templo de Nuestra Señora de Loreto: "Esta construcción, [se halla] hoy en gran parte arruinada por los terremotos y la falta de cuidado…" y acerca de "las ruinas de la iglesia y la antigua misión de San José de Comondú": "Esta construcción comenzada en 1708 por los misioneros jesuitas fue en gran parte destruida por los terremotos."[182]

Regresando al proceso constructivo de una misión, cuando se identificaba el lugar para su primera fundación los padres levantaban generalmente un edificio sencillo de madera del tipo de los cuales se denominan ramadas o enramadas. Éstas se constituían por un armazón de palo blanco y no usaban elementos constructivos como vigas, columnas u otro tipo de soportes de mayor envergadura, que solo se pueden obtener a partir de árboles robustos. La fábrica de uno de estos artefactos es minuciosamente descrita por Del Barco dentro de su *Historia natural y crónica…*:

---

traslado de la población restante a la misión de la Purísima Concepción de Cadegomó." Michael W. Mathes, *Las misiones…* 81.

[182] León Diguet, *Territorio de la Baja California. Reseña geográfica y estadística* (edición facsimilar) (Mexicali: Gobierno del estado de Baja California, 2009 [1912]) 17, 18. No se registra, como ya dije, ninguna mención acerca de terremotos por parte de los misioneros cronistas.

…las fábricas eran de tal calidad, que muy poco se necesita para ser maestro de ellas. Fabrícanlas de esta suerte. Hincan en el suelo cuatro horcajones en cuadro, que serán las cuatro esquinas de la casa, si ésta ha de ser pequeña, o una sola pieza. De horcón a horcón ponen otros palos menos gruesos, que llaman latas, y descansan sobre las horquetas de dichos horcones. Las latas delinean los cuatro lienzos de la casa, y de la altura de ella será lo alto de las paredes. Para formar el caballete del techo con suficiente declive para el agua de las lluvias, ponen otros dos horcones, mucho más altos, en el medio de los dos lienzos opuestos de la casa, hincados también en el suelo cerca de tres palmos para su firmeza. De uno a otro de estos horcones más altos viene otra lata, la cual, así como las que se ponen sobre los horcones más bajos, se amarra fuertemente contra los mismos horcones con correas de cuero de toro o de vaca remojadas. De esta lata más alta a las más bajas ponen, de uno y otro lado, otros palos más delgados o latillas en distancia, de una a otra, de dos o tres palmos, y forman el declive del techo. Estas latillas se amarran también con correas de cuero contra las gruesas: y de esta suerte queda trabada y unida toda la armazón del edificio. Sobre estas mismas latillas atraviesan unos varejones fuertes o carrizos, a proporcionada distancia de unos a otros; y sobre todo esto va el *tule* o espadaña, que es mejor para techar que la paja del trigo.

En esta especie de edificios (que es la más humilde y pobre), las paredes se forman de esta suerte. A distancia de medio palmo del suelo amarran contra un horcón dos palos no gruesos; uno por un lado, y otro por el otro del mismo horcón, que queda en medio. Estos palos por el otro extremo se amarran contra el otro horcón del mismo lienzo, y a la misma distancia del suelo, de suerte que estos dos palos quedan desviados uno de otro lo que tienen de grueso los horcones. Como palmo y medio más arriba se ponen otros dos palos amarrados por sus extremos contra los dos horcones de la misma suerte que los primeros. Y así, de distancia en distancia, se ponen otros hasta llegar a la horqueta de los horcones. Hecho esto, se levantan las paredes con lodo y piedra menuda o no gruesa, puesta sin cuidado de asentarla, sino como cae, rellenando con estos materiales el hueco que hay entre los palos dichos, que van atravesados. Y como este hueco es sólo lo que tienen de grueso los horcones (que en la California serán muy gruesos si tienen ocho dedos de diámetro), este mismo grueso tienen las paredes, las cuales, por su debilidad y mala fábrica no pudieran sustentarse, si no fuera por los palos atravesados, entre los cuales se forma la pared, que la sirven de sustentáculo. Porque, aunque éstos

> no van continuados, sino de trecho en trecho, esto basta para que se mantenga también aquel corto espacio que hay de unos a otros. Si la pieza que se fabrica ha de ser mayor, o más larga, se aumentan los horcones y las latas y todo lo demás al modo que queda dicho. En otras provincias de Nueva España, en que se usa este modo de edificar, como tienen mejores y más gruesas maderas, estos edificios aunque siempre rústicos, salen mucho mejores y más durables que los que de esta calidad se fabrican en la California cristiana.[183]

Se ve, pues, que las ramadas eran un sencillo aunque eficiente armazón techado. No es extraño que estas construcciones duraran poco pero se puede imaginar su utilidad como recintos de rápida fabricación, capaces de resguardar de las inclemencias de un clima extremoso como el peninsular, con mucho calor y dominante sequía pero también grandes derrames de agua en las temporadas de lluvia. Tan socorrido y útil fue este tipo de edificios que la técnica para construirlos subsiste hasta la actualidad en el noroeste mexicano (fig. 76), junto con sencillas construcciones de vara trabada conocidas como jacales (fig. 77), conformando una tradición constructiva vernácula en zonas rurales de Sinaloa, Sonora y la península bajacaliforniana.

Figura 76. Ramada yaqui en un pueblo de Sonora. Fotografía tomada de: https://arkisanchez.wordpress.com/2017/06/12/bellas-ramadas-tradicionales-en-los-pueblos-yaquis-de-sonora/

Figura 77. Construcciones de vara trabada en las inmediaciones de la antigua visita de San Juan Bautista Londó. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 37.

[183] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica…* 277-278.

Durante la época misional coexistieron estas ramadas y jacales con los edificios de adobe y piedra. Muchas veces se les utilizaba como anexos de los edificios más duraderos para instalar talleres, cocinas u otro tipo de actividades que se beneficiaban del libre acceso y la ventilación. Además, podemos retomar de los testimonios de Tirš y Baegert que había construcciones cuya estructura era de madera pero cuyas paredes estaban compuestas por hojas de palma. Seguramente estas edificaciones perecederas son a las que Baegert denomina chozas.

En su primera fundación misionera de la Nueva España, Santa Teresa de Guazaparis, en la Tarahumara, el padre Juan María de Salvatierra había iniciado la misión erigiendo una ramada.[184] En Loreto, como seguramente no encontró madera suficiente, pasó del campamento inicial, integrado por lonas, a edificar lo más pronto posible "de piedra, y lodo, con techos pagizos, una Capilla, para colocar a Nuestra Señora; y tres cortas habitaciones, una para los Padres, otra para el Capitan, y otra para el Almagacen."[185] La elaboración de bloques rectangulares de adobe se realizaba con tierra arcillosa amasada junto con fibras vegetales y estiércol de ganado, colocando después esta mezcla dentro de unos moldes conocidos como adoberas, en los cuales se compactaba y extraía el exceso de agua. Los tabiques resultantes se dejaban secar al sol en un espacio abierto. Podían unirse con barro o si se deseaba mayor solidez, con un mortero de arena y cal para formar paredes.[186]

El historiador Harry W. Crosby, apoyándose en los libros de misión que sobreviven y otras fuentes de la época, ha logrado una descripción muy convincente de la forma como se construía un edificio de adobe, refiriéndose al templo de San José de Comondú que se dedicó en 1716, construido bajo la dirección del padre Julián Mayorga:

> Trabajadores néofitos [cristianos recientes] cavaban zanjas y recolectaban piedras de forma y tamaño apropiados para los cimientos. Los muros de cimentación, de piedra rajada y ajustada se tendían hasta una altura de dos y medio pies

[184] Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo V, 64.
[185] Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo III, 39, Tomo V, 122.
[186] Juan de Villanueva, *Arte de albañilería…* 9.

> [aproximadamente un metro], esto es, desde el fondo de la zanja hasta aproximadamente un pie [alrededor de treinta centímetros] o poco más sobre el nivel del suelo. Cuando había alimentos para apoyar a los trabajadores, se elaboraban muros de adobe y las paredes laterales gradualmente se colocaban hasta una altura de diez pies [algo más de tres metros]. Las paredes finales e intermedias se construían más altas en los puntos de ensamble que permitían alcanzar el ángulo de las vigas y sustentar un mástil.[187]

Como vemos, estos edificios de adobe tenían elementos de madera que se construían usando las ramas o troncos disponibles, seguramente de palo blanco o palma. Además, Del Barco insiste en que debían ir montados sobre cimientos de piedra que necesitaban tener profundidad adecuada no solo para soportar el empuje de los muros y la techumbre, sino también considerar el gran esfuerzo que representaba para el conjunto recibir los afluentes de agua que bajaban de las montañas durante la temporada de lluvias. Un error en el cálculo de estos requerimientos y/o un mal emplazamiento provocaron la caída de una pared y el techo del templo de Nuestra Señora de Guadalupe en el año 1744, como ya dije, ocasionando la muerte de casi cien personas. Del Barco, quien relata la desgracia, también habla de la reconstrucción posterior, indicando que:

> …aunque por la estrechez del sitio en que está la misión, entre el arroyo y el cerro, fue necesario edificarla en el mismo lugar en que estuvo la ya caída, se hizo gastando primero mucho tiempo, trabajo y pólvora en dar barrenos, y arrancar peñascos hasta allanar tanta parte del cerro, cuando era necesaria, no sólo para la nueva fábrica, sino también para que el agua de las lluvias corriese lejos de la pared. Así ésta como las demás de la iglesia subieron de cal y canto hasta la altura de cinco o seis palmos [cuatro a cinco metros], y, por haber poca cal, se prosiguió lo restante con adobes hasta proporcionada altura.[188]

[187] Harry W. Crosby, *Antigua California…* 227 (traducción nuestra).
[188] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica…* 261-262.

Figura 78. Restos de muros con cimentación en la visita de San Miguel, cercana a San José de Comondú. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 55.

Figura 79. Restos de cimentación donde se ubicó la misión de San Juan Bautista Liguí, 1972. Fotografía tomada de: Michael W. Mathes, *Las misiones…* 60.

Vemos una edificación que según su autor representa técnicamente a la generalidad de las construidas en la península, donde no solo los cimientos eran de piedra sino incluso una porción de sus paredes. También observamos, como dato notable, que se usaba pólvora para la extracción de minerales. En la mayoría de los entornos misionales, los cimientos de piedra de un edificio es lo único que subsiste, mostrando la importancia que tenía este elemento constructivo, integrado generalmente por cantos rodados de arroyo o en su lugar, como dice Crosby, "piedras rajadas", aglutinadas con un mortero denso de cal, capaz de resistir las corrientes de agua y el paso del tiempo.[189] En algunos emplazamientos, como es el caso de la la visita de San Miguel, próxima a San José de Comondú (fig. 78) o la misión abandonada de San Juan Bautista Liguí,[190] cerca de Loreto (fig. 79) pueden apreciarse fragmentos de muros que reposan sobre cimientos de piedra

[189] Juan de Villanueva, *Arte de albañilería…* 34.

[190] "El sitio de la misión de San Juan Bautista Malibat, localizado a treinta y un kilómetros al sur de la misión de Nuestra Señora de Loreto en la costa del Golfo de California y el arroyo de Liguí, fue elegido el 12 de julio de 1705 por los padres Juan María de Salvatierra y Pedro de Ugarte. En noviembre de 1705 el padre Ugarte construyó una pequeña capilla de piedra en la margen septentrional del arroyo, estableciéndose como padre ministro residente. La epidemia de la peste de 1708 disminuyó en mucho la población indígena y dañó también la salud del padre Ugarte, quien hubo de ser remplazado en 1709 por el padre Francisco Peralta. El padre Clemente Guillén reemplazó a este último en 1714, sirviendo como padre ministro residente hasta 1721, en que la misión fue abandonada permanentemente debido a la hostilidad de los indios, la decadencia de la población y la escasez de agua." Michael W. Mathes, *Las misiones…* 61.

seleccionada por su tamaño y forma, colocada para configurar superficies lo más uniformes y compactas posibles.

Este tipo de cimientos asemeja por su estructura y materiales, que aportan una enorme solidez, las construcciones hidráulicas misionales, compuestas por muros, cisternas y canales tan resistentes que actualmente se encuentran todavía en condiciones de uso. Los misioneros situaron estas instalaciones cerca de sus huertos para contener y canalizar el agua. Un estudio específico de la ingeniería desarrollada por los jesuitas en la Antigua California permitiría integrar dentro del conocimiento de la arquitectura misional sencillas pero muy eficientes estructuras como las que se ubican en el primer asentamiento de San Francisco Xavier (fig. 80), construidas por el padre Juan de Ugarte, y las que están en el actual templo de San Francisco Xavier Viggé-Biuandó, levantadas por el mismo padre Juan de Ugarte y Miguel del Barco (fig. 81). Esta última obra, que aprovecha al máximo las condiciones del terreno, se compone por un extenso muro de contención que atraviesa de lado a lado el arroyo adyacente, diversas acequias y una profusa red de canales que hasta la fecha alimenta los huertos.

Figura 80. Restos de un muro para contener agua en el antiguo emplazamiento de San Francisco Xavier Viggé (1699-1703), hoy conocido como "San Javier viejo". Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 22.

Figura 81. Estructura de contención de agua al norte de la actual misión de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó. Fotografía: Leonardo B. Varela Cabral, 2017.

Como señala James E. Ivey, citando a Clara Bargellini, los dos tipos de edificios más abundantes en el entorno misional eran las ramadas y las construcciones de

adobe,[191] aunque no mucho de ellos ha sobrevivido hasta nuestros días. La evidencia y los documentos indican que el adobe no era un material desdeñable en absoluto, tomando en cuenta la excelente relación entre costo, esfuerzo y beneficio involucrados en una edificación de este material. Todo hace suponer que la técnica constructiva, forma y función de dichos edificios no varió demasiado durante las etapas jesuita, franciscana y dominica. En el año 1880 todavía se podían apreciar bastante bien las estructuras básicas de la misión dominica de San Vicente Ferrer (fig. 82).[192] Su planta rectangular amplia permite distinguir el templo de otras construcciones más angostas.

Figura 82. Restos de la misión de San Vicente Ferrer en 1880. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 240.

Figura 83. Restos de la visita de San Pablo. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 150.

[191] Clara Bargellini *et al., El arte de las misiones…* 101.

[192] "La misión de San Vicente Ferrer fue fundada en 1780 por los padres fray Miguel Hidalgo y fray Joaquín Valero en un sitio descubierto por el padre fray Juan Crespí en 1769, localizado a setenta kilómetros al noroeste de la misión Santo Domingo de la Frontera y a veinte del Océano Pacífico. Aunque proyectada algunos años antes, la fundación de la misión se vio retrasada debido a la hostilidad de los indios de las rancherías situadas al este y a la escasez de soldados en la península La misión de San Vicente Ferrer, incluyendo la ranchería San Jacinto, sirvió como el núcleo de la frontera misionera dominica, y por ello mantuvo una fortaleza de adobe guarnecida con un número de veinticinco a treinta soldados, bajo el mando de un alférez, dentro de la zona amurallada. Los padres fray Luis Sales (1785), fray Miguel Gallego (1790), fray José Manuel Ruiz, fray Cayetano Pallás y fray Tomás Valledón (1794), fray Ramón López y fray Sigismundo Fontcuberta (1797) y fray Antonio Fernández (1812) sirvieron como padres ministros residentes. La población indígena de la misión, sostenida por el cultivo de maíz, frijol, trigo y cebolla bajo riego, y manadas de ovejas, cabras y vacas, fue calculada en 83 en 1782, 257 en 1784, 317 y 246 en 1800. Aunque la epidemia de la viruela de 1782 disminuyó sustancialmente la población, las epidemias de 1789, 1794, 1805, 1808 y 1818 tuvieron un efecto mínimo. La misión fue abandonada permanentemente en 1833 debido a la falta de personal." Michael W. Mathes, *Las misiones…* 157.

Como podemos observar, los edificios de adobe de grandes dimensiones se configuraban con un acusado perfil triangular que desplazaba el peso del techo hacia los cimientos y también liberaba las paredes, en la medida de lo posible, de indeseables escurrimientos. Tal forma angulosa podía surgir desde la base misma de un edificio con paredes laterales sumamente bajas, como ocurre en el que aparece en primer plano en la mencionada misión dominica o como los restos de la visita jesuita de San Pablo (fig. 83). También podía desplantarse de una traza rectangular, como en el templo dominico que se observa en San Vicente Ferrer, configurando cubiertas de dos aguas.

Figura 84. Vano de un edificio en Santa María de los Ángeles Kabujakaamang. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 192.

Figura 85. Vano de un edificio en Nuestra Señora del Rosario-Viñadacó. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 212.

El grosor de los muros era un aspecto muy importante de estas construcciones, involucrando por necesidad varias hileras de adobes para componer una masa sólida y consistente, sobre todo en las cabeceras del edificio, que en varios casos es lo mejor o único que se conserva. La erosión provocada por los elementos desgastaba estas construcciones de fuera hacia dentro, determinando el aspecto de derretimiento o lenta desintegración que caracteriza sus vestigios. El arco de sus vanos podía ser recto, soportado por maderos como en el caso de la misión jesuita de Santa María de los Ángeles-Cabujakaamang (fig. 84),[193] el emplazamiento más

[193] "El sitio de la misión Santa María de los Ángeles, localizado a ciento treinta y ocho kilómetros al noroeste de la misión de San Francisco de Borja […] fue descubierto por el padre Fernando Consag en 1746 y 1765 por el padre Wenceslaus Linck, la primera vez durante una expedición a la isla Ángel de la Guarda. La misión, dotada por la duquesa de Béjar y Gandía, fue fundada en mayo de 1767

septentrional de los ignacianos, o apuntados cuando se carecía de madera, como ocurre en la mucho más norteña misión dominica de Nuestra Señora del Rosario-Viñadacó (fig. 85).[194] En la misión norteña de San Francisco de Borja-Adác,[195] aledaños al conjunto edificado por los dominicos, pueden observarse los restos de la construcción previa jesuita en adobe (fig. 86).

---

por los padres Victoriano Arnés y Juan José Díez, y una iglesia y residencia fueron construidas de adobe. Las provisiones para la misión llegaron por la Bahía de San Luis Gonzaga, veinte kilómetros al este, que fue descubierta por el padre Consag en 1746. Los padres Victoriano Arnés, Juan José Díez (1767-1768) y fray Juan León de Medina Veitia (1768) sirvieron como padres ministros residentes. La población indígena fue calculada en 330 en 1768 y 523 en 1771. La última de las misiones jesuíticas, la misión Santa María de los Ángeles, fue ocupada por los franciscanos durante unos meses de 1768, pero quedó abandonada a favor del sitio de Velicatá, sesenta y siete kilómetros al noroeste y a corta distancia del Océano Pacífico. Reducida a una visita de la misión San Francisco Borja, el sitio Cabujakaamang fue abandonado permanentemente en 1818." Michael W. Mathes, *Las misiones…* 76.

[194] "El sitio de la misión de Nuestra Señora del Rosario de Viñadacó, explorado inicialmente por los franciscanos en 1771, y localizado a siete kilómetros del Océano Pacífico y cincuenta al noroeste de la misión franciscana San Fernando Rey de España de Velicatá, fue visitado de nuevo en 1773 por el padre fray Francisco Galisteo, fundó la misión en julio de 1774. Las rancherías de Santa Rosa, Santo Tomás, El Rosario, Socorro, Cava, Fiel, Domingo, Macopá y Agustín le fueron incorporadas como visitas. Se restablecieron temporalidades extensas en el arroyo del Rosario con el cultivo de maíz, frijol, trigo, cebada, uva e higos, al mismo tiempo que se iniciaba la crianza de grandes manadas de caballos, burros, mulas, ovejas, cabras y cerdos. Los padres fray Pedro Gandiaga (1790), fray Vicente Belda (1794), fray Juan Rivas (1797) y fray José Caulas (1812) sirvieron como padres ministros residentes. La población indígena fue calculada en 577 en 1776, 251 en 1782, 390 en 1793 y 257 en 1800, decadencias sufridas por las epidemias de 1777, 1782, 1789, 1794, 1800, 1805, 1818 y 1824. La inundación del arroyo, que sucedió con frecuencia, fue la causa de epidemias entre los néofitos y de daños en la misión. Tales inundaciones forzaron su traslado a su sitio actual en 1802, y su abandono permanente en 1832." Michael W. Mathes, *Las misiones…* 145.

[195] "El sitio de la misión San Francisco Borja, localizado a ciento dos kilómetros al noroeste de la misión Santa Gertrudis, cerca del ojo de Agua de Adac, fue descubierto por el padre George Retz en 1758, y el 27 de agosto de 1759 el mismo padre comenzó la construcción de canales de riego de piedra y una capilla de adobe para servir como una visita de la misión de Santa Gertrudis. Dotada por doña María de Borja, Duquesa de Béjar y Gandía, la misión fue fundada el 1º. de septiembre por el padre Wenceslao Linck, y se establecieron visitas en San Ignacio, Santa Ana, San Francisco Regis, San Miguel, Adac, San Juan, Nuestra Señora de Guadalupe, Longeles y Calamajué. El cultivo de trigo, maíz, cebada, garbanzo y uvas fue introducido, obteniéndose provisiones adicionales por mar, vía la Bahía de los Ángeles, veinticinco kilómetros al noreste, descubierta por el padre Fernando Consag en 1746. Se construyeron de adobe numerosos edificios y un hospital, así como una iglesia que fue erigida en 1769. En 1801 una iglesia mayor, construida de piedra, fue levantada. Los padres George Retz (1762-1767), Victoriano Arnés (1764), fray Fermín Francisco de Lasuén, fray Marcelino Senra (1768-1773), fray Manuel García (1775), fray Martín Zavaleta (1783), fray Melchor Pons (1794), fray Antonio Lázaro (1797), fray Juan María Salgado (1799), fray Ramón de Santos (1812) y fray José Martín (1816) sirvieron como padres ministros residentes. La población indígena fue calculada en 2,059 dentro de la jurisdicción misionera en 1762, 115 en la misión en 1770, 184 en la misión en 1771, 657 en 1782 y 400 en 1800. Aunque abandonada permanentemente en 1818 debido a la falta de población, existen extensas ruinas de adobe de los edificios de la misión y la gran iglesia de piedra está en buen estado de preservación." Michael W. Mathes, *Las misiones…* 72.

Edificios de adobe construidos durante los siglos XIX y XX, siguiendo una tradición vernácula, se conservan como parte del paisaje de los ranchos e incluso dentro de los barrios más viejos de las ciudades peninsulares. En ellos podemos observar, como sabemos que ocurría en los edificios misionales, el uso del encalado para lograr mayor durabilidad y mejor aspecto en las construcciones, al igual que amplios porches compuestos por la prolongación de un techo de varas o palma (fig. 87), que no dejan de recordar las estructuras adyacentes ilustradas por Jacinto Mora en sus dibujos de Loreto. Como podemos apreciar, este tipo de construcciones procuran evitar la utilización de grandes ventanas, que ocasionarían zonas de debilidad estructural en los muros. Seguramente eso mismo buscaban los constructores de edificios de adobe durante la época jesuita.

Figura 86. Restos de la misión jesuita de adobe en San Francisco de Borja-Adác. Fotografía tomada de: Antonio Ponce Aguilar, *Misioneros jesuitas en Baja California. 1683-1768*, 161, disponible en: https://www.academia.edu/24223279/MISIONEROS_JESUITAS_EN_BAJA_CALIFORNIA_ANTONIO_PONCE_AGUILAR

Figura 87. Casa ranchera de adobe en cercanía de la misión de Nuestra Señora de Guadalupe-Huasinapí. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 91.

Si había a disposición de los constructores suelos de arcilla especialmente fina, los adobes se podían fabricar de este material y después hornear para producir ladrillos, los cuales tienen mayor dureza que el adobe, adquiriendo una consistencia casi pétrea. La arquitectura con ladrillos era considerada en el mundo hispánico de singular belleza y resistencia,[196] pero en la Antigua California solo apreciamos su uso de manera ocasional, sin duda porque a diferencia de otras regiones del

[196] Juan de Villanueva, *Arte de albañilería…* 10, 38.

septentrión novohispano, no en todas partes se contaba con arcilla adecuada para elaborarlos.

Figura 88. Muro del templo de Nuestra Señora de Loreto-Conchó. Fotografía: Leonardo B. Varela Cabral.

Figura 89. Puerta lateral de acceso al templo de Nuestra Señora de Loreto-Conchó. Fotografía: Leonardo B. Varela Cabral.

Figura 90. Restos de una fuente en la misión de San Francisco Xavier Viggé-Biuandó. Fotografía: Leonardo B. Varela Cabral.

Los misioneros usaron ladrillos, más ligeros que la piedra, en ciertas zonas de paredes construidas con otros materiales como el adobe y/o la piedra, para otorgar mayor solidez a la estructura, en una configuración en hiladas que se conocía como "verdugos".[197] En el templo de la misión de Nuestra Señora de Loreto-Conchó es donde observamos una mayor utilización de este recurso, dispuesto sobre determinadas muros del edificio (fig. 88) y en algunos vanos (fig. 89). También, en

[197] Juan de Villanueva, *Arte de albañilería…* 37.

el lado oeste del templo de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó se pueden observar losetas de ladrillo que formaban parte de una fuente con perfil de estrella flordelisada, quizá un adorno existente en otras misiones pero del cual es el único ejemplar superviviente en la Antigua California (fig. 90). Dicho tipo de losetas cuadrangulares y delgadas también se utilizaron en el templo javeriano, así como seguramente en otras iglesias, para los pisos. Un uso adicional del tabique de arcilla fue la elaboración de tejas, que constituyen una adaptación del ladrillo tradicional, adoptando forma acanalada para permitir el desagüe de los techos. Según vemos en los dibujos ya mencionados del padre Tirš, muchos edificios peninsulares con cubierta de dos aguas contaron con este tipo de elementos.

Figura 91. Nave del templo de San Luis Gonzaga, con bóveda de ladrillo encalado. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 145.

Figura 92. Nave del templo de San José de Comondú, con bóveda de tezontle. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 59.

Aunque la iglesia lauretana carece de bóvedas, siendo el único templo peninsular con techo plano soportado por vigas que, como ya vimos, fueron importadas desde la contracosta, otro uso importante de los ladrillos en la Antigua California fue la construcción de cubiertas abovedadas, tal cual realizó en el templo de San Luis Gonzaga,[198] como relata dentro de sus escritos, el padre Juan Jacobo Baegert (fig.

[198] "El sitio de la misión de San Luis Gonzaga, veintiocho kilómetros al oeste de la misión de Nuestra Señora de los Dolores del Sur, fue establecido inicialmente como una visita de esta misión por el padre Clemente Guillén en 1721. En 1740, bajo una dotación de don Luis de Velasco, conde de Santiago, la misión fue fundada por el padre Lambert Hostell, y las visitas de San Juan Nepomuceno, Santa María de Magdalena, San Hilario, San Luis y La Pasión fueron establecidas. Por medio de la construcción de canales de riego de piedra, se inició el cultivo de higos, uvas, dátiles y azúcar, y una

91). La cocción dificultosa de esos tabiques, por falta de leña, hubo de ser realizada por el misionero debido a que en la zona no hay suficiente piedra volcánica. En cambio, los templos de las misiones de San José de Comondú (fig. 92), Santa Rosalía de Mulegé y San Francisco Xavier Viggé-Biaundó se beneficiaron de la abundancia de tezontle en la zona peninsular central, un material conocido y apreciado por su ligereza para construir este tipo de estructuras en toda la Nueva España.

La arquitectura misional en piedra tuvo distintas expresiones en la Antigua California. Se utilizó con recurrencia la llamada "piedra tosca",[199] es decir fragmentos irregulares de mineral con los cuales se conformaban muros y, como ya vimos, también cimientos para edificios de adobe. La piedra irregular utilizada por los misioneros para levantar paredes podía ser de distintas formas, según lo que hubiera a disposición en el entorno donde se construía. Logramos observar fragmentos de lajas o láminas gruesas de perfil rectangular pero también en ocasiones piedras redondeadas y con mayor frecuencia bloques más o menos cuadrangulares que seguramente se seleccionaban a partir de los desprendimientos que suelen localizarse en cercanía de cerros y arroyos.

Figura 93. Ruinas de la misión de Nuestra Señora de Guadalupe-Huasinapí. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 89.

Figura 94. Ruinas de la visita de Calamajué. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 185.

Figura 95. Restos de lienzos en la misión jesuita de San Francisco Xavier Viggé-Biuandó. Fotografía: Leonardo B. Varela Cabral, 2017.

iglesia de piedra fue levantada por el padre Johan Jakob Baegert en 1751." Michael W. Mathes, *Las misiones…* 105.

[199] Juan de Villanueva, *Arte de albañilería…* 31.

La técnica para alzar estos muros era diversa, dependiendo de los fines a que se destinaran. Por ejemplo, se utilizó una técnica conocida como "piedra seca",[200] que consistía en simplemente apilar piedras de tamaños similares para conformar corrales. Algunos de los lienzos derruidos que se encuentran en torno a varias misiones peninsulares están elaborados de este modo (figs. 93, 94 y 95), que contra lo que podría suponerse tiene larga duración si las piedras han sido bien seleccionadas y encajadas unas con otras. Esta es la técnica, además, con la cual en la península, hasta la fecha, se configuran los caminos serranos.

Figura 96. Muro del templo de la visita de San José de Magdalena. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 223.

Figura 97. Muro en los anexos de San Francisco Xavier Viggé- Fotografía: Leonardo B. Varela Cabral.

Figura 98. Muro del templo de Santa Rosalía de Mulegé. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 48.

Con el uso de "piedra tosca" se podían también erigir muros más resistentes, aglutinando el mineral con barro para construir edificios que son los que seguramente hacen a Baegert hablar de "casas de piedra y lodo", aunque las mejores fábricas en cuanto a su duración y resistencia eran aquellas donde la piedra se unía con cal y arena.[201] Esta última técnica es con la cual se componen la mayor parte de los edificios misionales subsistentes en la Antigua California (fig. 96), incluso aquellos, como el templo de San Francisco Xavier Viggé-Biuandó, donde existe un mayor uso de la cantera labrada (fig. 97). "Piedra tosca" unida con cal y

[200] Juan de Villanueva, *Arte de albañilería…* 31.
[201] Juan de Villanueva, *Arte de albañilería…* 34.

arena conforma en su totalidad el conjunto de la misión de Santa Rosalía de Mulegé (fig. 98), siendo seguramente esta circunstancia uno de los factores materiales que ha llevado a algunos historiadores a mencionar que los edificios peninsulares ofrecían un aspecto primitivo.

Figura 99. Howard E. Gulick, Nuestra Señora de Loreto-Conchó, 1957. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library. https://library.ucsd.edu/dc/object/bb26288287

Figura 100. Howard E. Gulick, San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, 1952. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library. https://library.ucsd.edu/dc/object/bb0103210r

En efecto, la utilización tan generalizada de técnicas en apariencia elementales, sin embargo probadamente efectivas, puede sugerir carencia de ambiciones estilísticas como las que se desarrollaban en las urbes novohispanas contemporáneas. Sin embargo, desde mi punto de vista, apoyado en los análisis ya citados de James E. Ivey y Catherine Ettinger, los constructores de estos espacios y edificios no sentían necesariamente interés por adoptar características de estilo. En cambio, sin duda pensaban en la eficacia de sus construcciones, así como el aprovechamiento de los recursos materiales y humanos disponibles. Para ello estarían dispuestos y capacitados para adoptar y adaptar viejas tradiciones, sin importar cuan anticuadas nos parezcan. Incluso, no podemos dejar de lado que desde la perspectiva particular de los misioneros jesuitas sería sumamente aceptable la semejanza de sus edificios –como el caso de este templo de Santa Rosalía– con viejos templos que evocaran el cristianismo primitivo. Por otro lado, hay que considerar que aunque actualmente muchos edificios lucen descarnadamente pétreos, en su momento estuvieron encalados, lo cual les daba otra fisonomía. En todo caso, la implementación de tales

prácticas constructivas evidencia una habilidad que en modo alguno puede calificarse como primitiva, desde la selección de la piedra hasta su uso para la elaboración de paredes y otras estructuras. Por ejemplo, en el muro que mostramos de la misión de San Francisco Xavier (fig. 97), podemos apreciar un vano rebajado con distintos tipos de piedra, que muestra conocimiento de los materiales y solvencia para combinarlos en el logro de resultados impecables tanto dentro del terreno técnico como el estético.

La diferenciación que los constructores hacían entre la piedra tosca y el uso de sillares para ser tallados era tal que se consideraba el trabajo de la primera de estas técnicas una labor de albañilería, mientras que el tallado de sillares y por supuesto, los conocimientos de estereotomía necesarios para fabricarlos con una forma regular constituían ocupación del cantero.[202] En la Antigua California encontramos la utilización de sillares regulares sin tallar y tallados en muchos edificios cuya construcción evidentemente constituía la última etapa arquitectónica de un emplazamiento que había logrado sobrevivir y prosperar, justificando que se emprendiera el esfuerzo mayúsculo que significaba la participación de operarios especializados en el corte y talla de piedras con las cuales levantar edificios destinados a durar mucho tiempo.

Los edificios mejor conservados del periodo jesuita en la Antigua California, que se ubican en la zona central de la península, integran este tipo de sillares y son aquellos a los que hemos dedicado nuestro principal interés: Nuestra Señora de Loreto (fig. 99), San Francisco Xavier (fig. 100), San José de Comondú (fig. 101) y Santa Rosalía de Mulegé (fig. 102). Sin embargo, también existen ruinas de otras misiones y visitas donde se observa la utilización de sillería regular tallada o sin tallar. En ninguno de estos casos la sillería regular constituye la única técnica y ni siquiera la predominante con que se construyeron pues, como ya comentamos para el caso de San Francisco Xavier, lo normal es que se mezclen diferentes técnicas en una misma edificación, siendo los sillares regulares generalmente utilizados solo en portadas y algunas zonas de los muros de los templos, con el afán seguramente de acentuar estos espacios.

[202] Juan de Villanueva, *Arte de albañilería…* 11.

Figura 101. San José de Comondú. Fotografía tomada de: Archivo Histórico Pablo L. Martínez (AHPLM-BCS).

Figura 102. Howard E. Gulick, Misión de Santa Rosalía de Mulegé, 1953. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library. https://library.ucsd.edu/dc/object/bb2355790w

Figura 103. Arthur Walbridge North. Portada de la misión de La Purísima Concepción de María de Cadegomó en 1905. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 74.

Figura 104. Muro del templo de la visita La Presentación. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 206

Figura 105. Muro del templo de la visita San Juan Bautista Londó. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 36.

Por ejemplo, el templo de Nuestra Señora de Loreto incorpora sillares regulares especialmente en su portada principal, el de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó en sus tres portadas y en los vanos de puertas, ventanas, esquinas de algunos muros, etcétera, mientras que del templo de San José de Comondú solo se conserva una pequeña capilla donde observamos los sillares regulares en su portada y el templo de Santa Rosalía de Mulegé únicamente incorpora este material en vanos de puertas y ventanas, así como esquinas de algunos muros. Respecto a

la proporción de sillares y distintas piezas de cantera labrada que existe en cada uno de estos templos, la mayor corresponde a San Francisco Xavier y las menores a Santa Rosalía y Nuestra Señora de Loreto, mientras que sabemos que el templo de San José tuvo en su momento portadas de este material.

Por otra parte, observamos en los restos de edificios que seguramente fueron mucho más sencillos, ya sea de adobe o piedra irregular, detalles de cantería estrictamente ornamentales, que les significarían un porte más digno a los ojos de sus constructores y usuarios (figs. 103, 104 y 105). Ante ello, se puede afirmar que la solidez de un edificio y la sofisticación de sus técnicas constructivas dependía, entre otros factores, de la importancia material y simbólica que había adquirido su enclave dentro del proyecto evangelizador jesuita. Consiguientemente y en la medida de lo posible, al explorar los cuatro conjuntos que hemos elegido trataré de indagar no solamente sus circunstancias materiales y contextuales dentro de la red de emplazamientos misionales, sino también las plausibles relaciones habidas entre su ennoblecimiento constructivo y el valor devocional que, en consonancia con estos procesos de mejora material, seguramente le otorgaron sus benefactores, misioneros y pobladores.

Figura 106. El Horno, sitio entre San Francisco Xavier y San José de Comondú, donde está un horno para producir cal. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 32

Figura 107. Horno para la producción de cal, ubicado hacia el noroeste de Loreto. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 19.

Existen importantes vestigios materiales acerca de las fábricas misionales. Uno de ellos es el horno para la fabricación de cal, elaborado con muros circulares concéntricos de piedra, que se encuentra estratégicamente localizado a medio

camino entre San Francisco Xavier Viggé-Biaundó y San José de Comondú (fig. 106), dos conjuntos que se construyeron en fechas contemporáneas y cuya cercanía facilitó esta posibilidad. También, en las inmediaciones de Loreto se encuentra otro horno excavado directamente en un promontorio de roca calcárea, que seguramente dio servicio a esta misión y sus visitas (fig. 107).

Asimismo, en la zona trasera del conjunto de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó es posible observar distintos lienzos de piedra pobres en mortero, que quizá formaron parte de construcciones previas, talleres y zonas de trabajo durante la fábrica del templo. Éste, como ya hemos dicho, evidencia en sus anexos haberse encontrado todavía en proceso de construcción a la fecha cuando los jesuitas fueron expulsados, pues podemos ver una gran pared con un vano que seguramente estaba pensado para conectar con otras zonas aún no edificadas del conjunto (fig. 108). Del mismo modo, se observan grandes rocas con distintos tipos de cortes y fracturas, que seguramente corresponden con procesos térmicos y mecánicos para la fabricación de sillares (fig. 109).

Figura 108. Muro de la zona sur del templo de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó. Fotografía: Leonardo B. Varela Cabral.

Figura 109. Piedras fracturadas en las inmediaciones del templo de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó. Fotografía: Leonardo B. Varela Cabral.

Respecto a las herramientas necesarias para construir los diversos tipos de edificios, en los inventarios misionales vemos que en la Antigua California había, entre muchos otros utensilios, “adoberas”, es decir moldes para la fabricación de bloques de adobe, pero también “adoberas para horno”; esto es, moldes para el horneado de dichos bloques. Durante la entrega de los jesuitas a los representantes

del gobierno virreinal, se consigna que en San José de Comondú había un número indefinido de herramientas "de albañilería y carpintería", así como picaderas, una plomada, garlopas, un martillo y diversas herramientas de fragua.[203] En Santa Gertrudis La Magna, durante ese mismo proceso se registraron las siguientes herramientas de carpintería: cinco sierras grandes y chicas, siete barrenitas, dos azuelas, siete cepillos, un compás, cuatro escoplos, una tinaja, un martillo y otras piezas; así como, en una zona parcialmente legible del documento: una enigmática herramienta "de piedra de mason" (seguramente un utensilio para realizar labores de cantería) y diversos de fragua.[204]

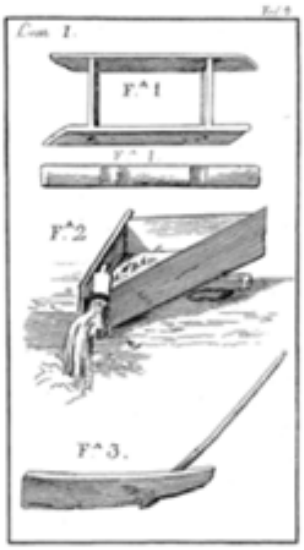


Figura 110. Utensilios para la fabricación de adobes. Juan de Villanueva, *Arte de albañilería…* Lámina I.

También, los inventarios de 1773 dan cuenta de herramientas para el trabajo de la madera, la albañilería, el cortado y labrado de piedra. En Loreto se contaba, de acuerdo con estos documentos, con: seis cucharas, tres picaderas, una escoda, tres escoplos de labrar piedra, cuatro martillos, una escuadra, una plomada, una cuña, dos barras grandes, dos adoberas, cinco ladrilleras, una adobera de horno,

[203] *Inventario de la misión de San José de Comondú, manifestado por el padre Francisco Inama a Fernando de Rivera y Moncada,* Archivo Histórico Pablo L. Martínez (AHPLM-BCS), *Fondo:* Colonia, *Sección:* Aspecto Religioso, *Ramo:* I, *Volumen:* 12, *Documento:* 3, diciembre 30 de 1767.
[204] *Inventario de la misión de Santa Gertrudis, manifestado por el padre Jorge Retz a Fernando de Rivera y Moncada*, Archivo Histórico Pablo L. Martínez (AHPLM-BCS), *Fondo:* Colonia, *Sección:* Aspecto Religioso, *Ramo:* I, *Volumen:* 12, *Documento:* 5, enero 16 de 1768.

una vara de medir y una azuela de dos manos.[205] En San Francisco Xavier había: once cucharas, dos plomadas, un escoplo grande, un martillo, un macho, doce picaderas, dos escuadras de hierro, un compás grande y cuatro niveles.[206]

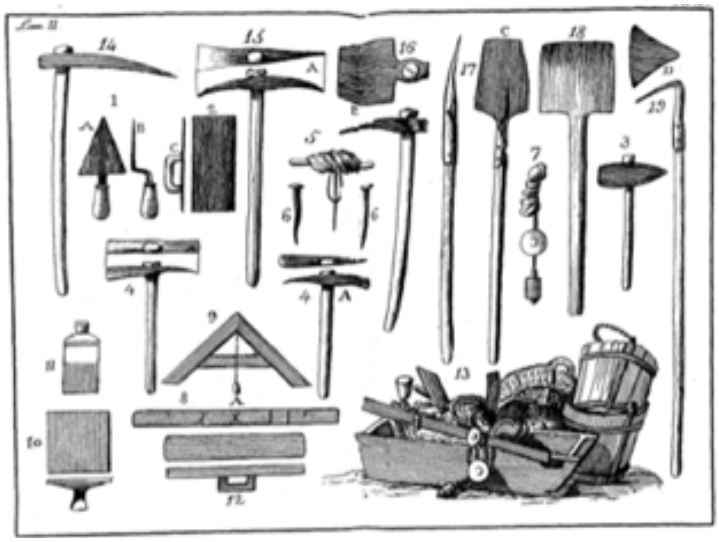


Figura 111. Herramientas para la albañilería. Juan de Villanueva, *Arte de albañilería…* Lámina II.

En San José de Comondú: diversas picaderas, una plomada, dos garlopas, martillos, un yunque y un tornillo, tres martillos, un taladro, limas, tajaderas, tenazas, veinte escoplos y formones, doce gubias, tres azuelas de dos manos, siete de una mano, seis barrenas, dos junteras, dos garlopas, doce talones, dos compases, una tenaza, un gramil, una escuadra de fierro, dos codales, seis cepillos, una lima o escofina, un martillo, un guíame, un trabador, un cartabón, un acanalador, varios fierros para tornear y seis sierras de mano, una sierra bracera, nueve cucharas, trece picaderas, doce cinceles, una plomada, un nivel, un compás y una escuadra de fierro.[207] Y en Santa Rosalía de Mulegé: dos sierras braceras, dos sierras de mano, dos garlopas, tres azuelas de una mano y otra de dos, dos cepillos, dos cartabones, cuatro hierros de tornear, tres formones, ocho escoplos, dos tenazas, siete gubias, un hacha, tres compases, dos escofinas, ocho talones de moldear, un acanalador, un guillamen, tres gramiles, un martillo, un trabador, seis barrenas, dos

[205] Eligio Moisés Coronado (ed.), *Descripción e inventarios…* 44-45.
[206] Eligio Moisés Coronado (ed.), *Descripción e inventarios…* 62-63.
[207] Eligio Moisés Coronado (ed.), *Descripción e inventarios…* 79-80.

prensas, un mollejón, tres yunques, una bigornia, tres pares de tenazas, dos machos, un martillo de mano, otro pequeño, un tornillo, dos taladros, cinco limas, unos fuelles, una tajadera y un punzón grande.[208]

Estas herramientas dan constancia del trabajo que se realizaba en las fábricas misionales y su número, más abundante en unas misiones que en otras, seguramente tiene que ver con la intensidad de los trabajos que ahí se realizaban. Por ejemplo, observamos una vasta cantidad de utensilios para la carpintería especialmente en San José de Comondú, una misión que sabemos era grande y próspera, a pesar de que no ha llegado hasta nosotros sino una ínfima parte de sus edificios.

A partir de la información proporcionada por las distintas fuentes que hemos citado, así como las evidencias materiales comentadas, puede percibirse que la instalación de fábricas constructivas en la Antigua California implicaba una enorme movilización de recursos y personas, y que consiguientemente la construcción de los edificios de piedra en su zona central no debe concebirse como una serie de campañas arquitectónicas aisladas ni aleatorias sino como un proceso integral, sumamente planificado, coincidente o sucesivo, en el cual se aprovecharon al máximo las personas y los materiales de los cuales se disponía. Para ello se reciclarían incluso elementos como los que se utilizaban para elaborar andamios, armazones y estructuras de soporte para bóvedas y cúpulas. Los carpinteros y albañiles se desplazarían a lo largo de la península, residiendo amplias temporadas que les permitirían ejercer una labor instructiva para las poblaciones locales, auxiliada por la presencia de nativos ya capacitados, llegados desde la contracosta novohispana, y también filipinos o "chinos", diestros como veremos más adelante, sobre todo para el trabajo de la madera.

Los gastos y esfuerzos para construir un edificio con sillares regulares, sobre todo si contaba con bóvedas y cúpulas, representaba la mayor ambición constructiva de los jesuitas y sus benefactores. En el siguiente apartado nos dedicaremos a explorar el tema de los constructores de edificios, recurso humano altamente capacitado sin el cual los templos de la Antigua California no hubieran

[208] Eligio Moisés Coronado (ed.), *Descripción e inventarios…* 109.

alcanzado el nivel de firmeza, eficacia y belleza que ostentan. Sabemos que además de los propios misioneros y sus coadjutores, a los primeros de los cuales suelen adjudicarse la mayor parte del mérito constructivo, hubo maestros arquitectos, carpinteros, albañiles y canteros criollos, indígenas, mestizos, incluso seguramente orientales, de cuyo paso por la península se conoce todavía muy poco.

II.6 Constructores

La concepción "romántica" tradicional de las misiones como lugares aislados y solitarios, que ya hemos comentado, es resultado en buena medida de las estrategias propagandísticas desarrolladas en sus textos por los cronistas jesuitas, quienes deseaban subrayar su propio protagonismo como agentes de la evangelización. Sin embargo, este afán, asumido desde la óptica corporativa de la Compañía de Jesús, donde lo que se buscaba era exaltar su tarea colectiva y para ello enaltecer la labor heroica de cada uno de los misioneros, deja en la sombra a otros personajes que también deben haber jugado un papel importante en la fundación y el desarrollo de la vida misional.

Más que descuido o menosprecio ante la participación de estas personas, hay que tener en cuenta que para los misioneros en general y no solo los jesuitas, su función como dirigentes del emplazamiento era asumida desde un punto de vista providencial y mesiánico, involucrando un sentimiento de autoría respecto a cada una de las acciones que ahí se ejecutaban, desde las religiosas hasta las profanas. El padre se sentía y era, ante los ojos de sus hermanos y la sociedad de la época, responsable de cuanto ocurría en "su" misión, incluyendo para el caso de la Antigua California jesuita, la impartición de justicia. Por ello, múltiples actividades y por supuesto la erección de templos y otros edificios, son relatados en primera persona. En pocas palabras, el misionero se percibía a sí mismo como "arquitecto" de la misión con base en la interpretación literal de su función simbólica como autor y constructor del diseño social, responsable de su forma y funcionamiento.

Ello no debe provocar el equívoco de pensar que los misioneros estaban solos y carecían del apoyo proporcionado por distintos operarios tanto locales

como foráneos, llevando a pensar que levantaron con sus propias manos, con base en sus propios cálculos, cada uno de los muros de sus templos. Por inverosímil que esto resulte, si lo pensamos bien, es lo que se ha repetido durante bastante tiempo, ya que así lo sugieren en sus escritos los misioneros. Pero lo lógico, desde luego, es dudar de este tipo de afirmaciones. En el presente y el próximo capítulo analizaremos con detalle algunas características respecto a la presencia de artesanos en las misiones peninsulares, subrayando que la construcción, sobre todo de edificios pétreos, era un trabajo colectivo y en muchos aspectos especializado. Incluso, leyendo entre líneas las referencias que hacen los propios misioneros a los aspectos prácticos de dicha actividad constructiva se aprecia que hubo numerosos obreros y artesanos trabajando junto con ellos.

Juan Jacobo Baegert, por ejemplo, en su texto más polémico y propagandístico, afirma que: "En California no hay más edificios que… las iglesias y casas que cada misionero construyó como Dios le dio a entender –y según se lo permitían el tiempo y las circunstancias–,"[209] pero respecto a su propia misión, la de San Luis Gonzaga, ofrece información más amplia, detallada y matizada, dentro de una serie de cartas dirigidas a sus familiares:

> Adjunto a la presente carta, envío a Su Reverencia [un hermano suyo] un burdo trazo de la casa e iglesia que empecé el año pasado en marzo y que parcialmente terminé el pasado julio… y que en parte espero terminar con la ayuda de Dios. Los cimientos para la iglesia ya se cavaron, pero no puedo encontrar a un albañil; que lo mismo que respecto a quien construyó la casa, no quiero vivir con él ni tampoco sin él.
>
> Los cimientos de la casa y su anexo los empecé a cavar en la roca sólida el pasado febrero, y el pasado julio me mudé ahí. Hablando en general, desde Guadalajara hasta aquí, no he visto ningún edificio que se compare con este ni en los materiales ni en la forma, pues todos aquellos edificios están hechos de tierra, y ninguna simetría se guardó en ellos. Mi casa, como sea, está hecha de piedra, y la simetría –como el plano muestra– está bien cuidada. Puertas y ventanas son de

[209] Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana de California…* 78.

piedra cortada…

[…]

El piso está cubierto de piedras planas naturalmente cortadas, que encontramos a tres horas de aquí mientras construíamos un nuevo camino.

[…]

¿Pero cómo es posible –Su Reverencia probablemente preguntará– construir así en California? Todo el material, con la excepción de los mencionados ladrillos, no está a más de tres tiros de distancia de la casa. Poner una piedra puede también ser aprendido por el tirolés o la gente más estúpida de los Alpes. Conocí a un soldado español que entiende algo de tales operaciones. Con su ayuda se pudo erigir este edificio. Se hizo lo mejor posible de su tipo en este país, sólido, fresco, y limpio para protegerlo de bichos. Dios lo guarde de terremotos y rayos, para que dure doscientos años, que de otro modo uno tiene que construir cada seis o siete años. Hice el plano de la planta para la casa e iglesia, y esto desde luego no es ningún encantamiento.[210]

También recordamos que indica, en otro momento: "hallé suficiente leña para la cal cuando edifiqué mi iglesia y mi casa, pero treinta mil tabiques tuve que cocerlos con el corazón o esqueleto de las matas o nabos…"[211] Asimismo, dice que:

Era costumbre construir las iglesias antes que pensar en arreglar cómodamente la casa de sus siervos. Se levantaban las iglesias todo lo fuertes y hermosas que parecía posible… El papel del arquitecto, lo desempeñó o el misionero mismo, o algún carpintero, o un soldado que entiende algo de este oficio, o, finalmente, se le pide que venga un maestro de otra parte, y a quien, entonces, se le paga su sueldo. Los indios son los jornaleros, a quienes de esta manera, se les ahorra el trabajo de buscar su sustento en el campo mientras dura la construcción, y quienes de todos modos, no tienen que dejar desatendido nada de sus quehaceres domésticos o de sus negocios.[212]

[210] Juan Jacobo Baegert, *The Letters of Jacob Baegert, 1749-1761…* 170-172 (traducción mía). Nótese el modo impersonal como algunas veces afirma que "se" hizo el edificio y no que él lo hizo.
[211] Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana…* 37-39.
[212] Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana…* 170-171.

Queda claro que la tarea constructiva involucraba a los padres pero era limitado lo que podían hacer por sí mismos. Sin duda, además de que necesitaban la colaboración de los nativos como jornaleros, les resultaba indispensable la participación de especialistas para la erección de bóvedas y seguramente el corte de roca para la elaboración de sillares, así como cálculos precisos para levantar grandes estructuras. Cuando Baegert se ufana de las proporciones y simetría de su templo, sería equivocado pensar que era el único responsable de tales logros. Podemos, por el contrario, suponer que el soldado español "que entiende algo de tales operaciones" y también aquel anónimo albañil "quien construyó la casa" tuvieron mucho más mérito del que les reconoce. Extraemos de sus apreciaciones, igualmente, la certeza de que circulaban por las misiones, aunque sin la abundancia que se hubiera deseado, varios carpinteros y albañiles profesionales. Del mismo modo, se entiende que la convocatoria de "un maestro de otra parte, a quien, entonces, se le paga su sueldo" fue algo que ocurrió en repetidas ocasiones dentro de la Antigua California; seguramente todas aquellas cuando se edificaron grandes templos de piedra.

Con estas consideraciones en mente hemos de leer las escuetas líneas dedicadas por el padre Ignac Tirš a su misión de Santiago *"que no he terminado"* y "*que sin embargo todavía no he del todo terminado."*[213] Apreciación que confirmará el padre Miguel Del Barco al referir, también muy breve pero contundentemente, lo relativo al proceso de construcción del templo actual de la misión de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, donde:

> Por estar la iglesia antigua amenazando ruina, se comenzó a fabricar otra el año de 1744. Y aunque esta fábrica tuvo varias interrupciones de algunos años por la dificultad de hallar maestro de satisfacción, que quisiera venir a tierras tan remotas, en fin, con el favor de Dios, se concluyó, se bendijo y estrenó el año de 1758, en abril.[214]

[213] Ignac Tirš, *Pinturas de la Antigua California y de México…* 51-59.
[214] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*… 430.

Entonces, si los misioneros no eran los únicos constructores y tampoco, en la mayoría de los casos, los más avezados, ¿qué tanto sabrían hacer realmente en esa materia? Con base en las diversas fuentes consultadas, parece razonable asumir que:

1. Debió haber misioneros quienes, además de su formación académica, adquirida en los colegios de la Compañía y/o en prestigiadas universidades, se distinguieran por la posesión de aptitudes especiales para cualquier tipo de arte (como las tuvo Ignac Tirš para el dibujo, o se dice que Juan de Ugarte y Miguel del Barco para la construcción de instalaciones hidráulicas, entre otras actividades, y las tuvieron casi todos para la escritura) pero no es evidente que los jesuitas en general recibieran instrucción especializada en materia de arquitectura.
2. Quizá, como parte de su formación humanista, algunos padres accedieran por propio interés a la lectura de Vitruvio, Alberti y otros tratadistas de la arquitectura, pero nada indica que en general fueran eruditos en ello ni se registran este tipo de autores en las bibliotecas misionales californianas inventariadas en el año de 1773, durante la entrega de los franciscanos a los dominicos, donde sí se encuentran grandes dosis de textos edificantes, de teología, leyes, doctrina, historia e incluso administración y herbolaria.[215]
3. En cambio, resulta seguro que la mayoría de los misioneros que llegaban a la Antigua California conocía los principios de la mecánica y diversas disciplinas científicas, aplicándolos dentro de la arquitectura, entre otros ámbitos. Sin duda dominaban técnicas vernáculas de construcción como la elaboración de ramadas, la producción de cal, la fabricación de adobes y su colocación, la fabricación de ladrillos, el uso de la "piedra seca", la agricultura, la ganadería y el manejo de una infinidad de habilidades (no muy distintas de las que en la actualidad utilizan los rancheros de la

[215] Eligio Moisés Coronado (ed.) *Descripción e inventarios…*

península),[216] indispensables para sobrevivir y prosperar en el agreste medio donde se desarrollaron.

4. Estas habilidades prácticas del misionero seguramente no se desarrollaban durante la formación escolar sino como parte de una educación informal ligada con la vida en comunidad dentro de los colegios de novicios. Sobre todo, con seguridad adquirían o perfeccionaban estas aptitudes y conocimientos en el territorio de misión a donde eran enviados, al tiempo que profundizaban el conocimiento de las lenguas locales mediante la enseñanza directa por parte de los misioneros con mayor antigüedad en el emplazamiento, fungiendo los nuevos misioneros como auxiliares o coadjutores de los viejos durante cierto periodo preparatorio.
5. La experiencia del misionero en su trabajo cotidiano incorporaba la curiosidad y el aprendizaje continuos, tanto frente a otros padres como a las poblaciones locales, en todo aquello que involucrara su responsabilidad. Así, seguramente no perdieron oportunidad de conocer y entender, hasta donde otras actividades se los permitieran, el trabajo que realizaban albañiles, carpinteros, canteros y arquitectos, sin que exista testimonio de que en general hayan logrado dominar estas disciplinas. Lo anterior, debido a que por sí mismas las tareas domésticas, administrativas, litúrgicas, de exploración del terreno y evangelización de los naturales implicaban una agotadora carga de trabajo que indudablemente mantenía ocupados a los misioneros la mayor parte del tiempo, alejándolos de cualquier posibilidad de perfeccionar habilidades cuya utilidad no fuera inmediata.
6. Sin duda, el misionero opinaba y participaba con gran protagonismo en todas las decisiones que atañían a las fábricas del templo y los edificios bajo su responsabilidad, pero en dichas decisiones habría que distinguir

[216] Harry W. Crosby, *Californio Portraits. Baja California´s Vanishing Culture* (Norman: Oklahoma University Press, 2015).

los aspectos técnicos de los estéticos y formales. Muy probablemente, por los testimonios que conocemos, los misioneros junto con sus hermanos coadjutores, superiores de la Compañía y benefactores, determinaran aspectos estéticos y formales, dejando en manos de especialistas las soluciones técnicas en los edificios más complejos, mediante el planteamiento de alternativas que volvieran viables las ideas de quienes impulsaban o concebían dichas construcciones. Por supuesto, una vez levantado un edificio, el misionero y sus auxiliares eran quienes debían decidir y encabezar las acciones cotidianas de conservación, decoración y adecuación para su uso cotidiano.

7. Respecto al diseño de los edificios, es bien sabido que los jesuitas estaban obligados a enviar para aprobación de sus superiores en Roma los planos de cualquier construcción importante que emprendieran. No obstante, en los archivos de la Compañía de Jesús que se conocen no se conservan planos de algún templo misional de la Antigua California ni que sepamos, de ningún otro emplazamiento en el septentrión novohispano.[217] Los planos que se conservan, de construcciones preponderantemente urbanas, muestran que bastaba someter la planta de los edificios para su aprobación y que esta normatividad se ocupaba únicamente de garantizar la solidez de las construcciones, dejando libertad a los constructores y sus superiores para decidir otros aspectos del proyecto arquitectónico a desarrollar.

Hechas estas observaciones, mediante la consulta de las fuentes disponibles ubicamos al menos seis categorías de actores directamente involucrados en la construcción de edificios misionales en la Antigua California:

---

[217] Jean Vallery Radot, *Le recueil de plans d´edifices de la Compagnie de Jesús. Conservé a la Bibliotheque Nationale de Paris* (París: Bibliotheque Nationale, 1960). El detallado plano que se conserva actualmente en el Archivo General de Indias del real de San Bruno, en la Antigua California, único documento existente de tal tipo que atañe a esta región y época, corresponde con una obra de carácter militar, que se emprendió como parte de una expedición gubernamental de exploración y prospección, en la cual los jesuitas Kino, Goñi y Copart estaban bajo las órdenes del almirante Isidro de Atondo y Antillón. En realidad, no se puede considerar, por tanto, una construcción jesuita.

1. Misioneros responsables de cada emplazamiento, quienes ejercían una labor de gestión, supervisión y posiblemente también en algunos casos diseño, además de colaborar, según se necesitara, en la realización de otras actividades generalmente no especializadas.
2. Hermanos coadjutores, quienes constituían el principal auxiliar para los misioneros responsables de cada emplazamiento y disponían de una serie de habilidades prácticas, dentro de las cuales las constructivas deben haber ocupado un lugar preponderante. Los misioneros jóvenes y recién llegados a la península, como se menciona en el análisis específico de las cuatro misiones de nuestro interés haciendo referencia a algunos de estos operarios, solían desempeñar tal función durante un determinado lapso de tiempo, que les servía para terminar de capacitarse en muchos aspectos pero también les permitía apoyar a los misioneros de mayor edad.
3. Carpinteros, albañiles y herreros especializados y asalariados, seguramente itinerantes, con residencia durante amplias temporadas en la península, ya fuera que se dedicaran a ello de tiempo completo o compartieran sus funciones con, primordialmente, las de soldado o marinero. En el caso de los soldados, la totalidad serían hispanos o descendientes de hispanos, mientras que entre los marineros podía haber también nativos americanos y filipinos, como veremos más adelante.
4. Arquitectos y carpinteros foráneos altamente especializados, asalariados, reconocidos, aptos para diseñar, calcular y dirigir la construcción de grandes edificios con elementos tan complejos como amplios arcos, bóvedas y cúpulas, quienes todo indica debían ser contratados en la contracosta y transportados hasta la península, en donde residían durante un tiempo limitado, de acuerdo con encargos específicos. Como veremos enseguida, los había de origen hispano pero tampoco faltarían indios ni mulatos.

5. Los neófitos que contaban con alguna experiencia y conocimientos previos en la construcción de edificios, ya sea que provinieran de la misma península o de la contracosta, quienes trabajaban sin recibir salario alguno, a cambio solo de sus alimentos.
6. Los neófitos que colaboraban como obreros no experimentados, sin percibir un salario, a cambio igualmente de sus alimentos, y seguramente eran la mayor parte de quienes participaban en estas tareas.

Respecto a la conformación de cuadrillas especializadas o grupos de trabajo dedicados a una construcción de grandes dimensiones, aunque no contamos con datos precisos para los templos de la Antigua California, podemos inferir que sería similar a lo que refiere Mardith K. Schuetz-Miller, quien en Building and *Builders in Hispanic California, 1769-1850* investigó los procesos de construcción del presidio de Monterrey (realmente una reconstrucción) alrededor de 1793 y el de San Diego en el año 1795. Para el primer edificio se contrató a "tres canteros del rey", así como dos maestros carpinteros y más de ochenta gentiles reclutados como mano de obra. Para el segundo, el liderazgo del equipo lo conformaba "un maestro albañil, un maestro herrero con su fragua, un maestro carpintero con sus herramientas, y ocho peones hispanos", mientras que la numerosa fuerza de trabajo se integraba por varias decenas de nativos, quienes tenían a su cargo la obtención y transporte de rocas, así como la elaboración de materiales como tejas, adobes, ladrillos, etcétera.[218]

Ahora bien, cabe aclarar que dentro de textos especializados de la época inmediatamente posterior a la expulsión de los jesuitas, cuando ya habían surgido las academias de arte y por tanto había mayor diferenciación entre distintos oficios, como por ejemplo el *Arte de albañilería* de Juan de Villanueva, documento ya citado, encontramos una distinción entre las actividades que realizaban el albañil,

[218] Mardith K. Schuetz-Miller, *Building and Builders in Hispanic California, 1769-1850* (Tucson: Southwestern Mission Research Center, 1994) 43-45.

el cantero, el carpintero y el arquitecto o alarife. No obstante, en los escritos de los misioneros y otros registros anteriores, así como seguramente en la vida cotidiana de estos emplazamientos, quienes se dedicaban a labores constructivas suelen designarse de manera más o menos indistinta como albañiles, arquitectos y/o carpinteros, distinguiéndose de los peones (que supervisaban a los obreros) y los obreros o jornaleros, quienes constituían la mano de obra menos especializada pero más abundante y necesaria.[219]

Se entiende, por tanto, de la clasificación usada por los misioneros en sus registros y crónicas que el albañil desarrollaba una labor fundamentalmente mecánica, mientras que el arquitecto y el carpintero tenían además aptitudes para diseñar y calcular estructuras. La labor del herrero, no muy mencionada dentro de las fábricas arquitectónicas, era sin embargo indispensable para fabricar y reparar toda una serie de implementos y herramientas aptos para la extracción, corte y transporte de rocas, así como desde luego la carpintería. Por supuesto, dichos artesanos eran además requeridos para equipar los edificios con rejas, chapas y otros aditamentos.

Distinguimos una categoría de operarios conocidos como "maestros" herreros, albañiles o carpinteros. Este término, que sugiere una connotación honorífica, procede de las ordenanzas de los gremios, aplicadas en las principales ciudades del virreinato desde el siglo XVI. Un "maestro", en ese contexto, no era otra cosa sino un artesano examinado, aprobado y supervisado en el ejercicio de su disciplina o en un par de ellas, de acuerdo con la normatividad vigente. Sin embargo, como bien señala Mardith K. Schuetz-Miller,[220] ante la inexistencia de ordenanzas y gremios en las Californias –y de un gobierno civil en la Antigua California–, así como nuestro desconocimiento respecto a las circunstancias de su reclutamiento, hay que interpretar el uso de dicho término con prudencia. Seguramente remite a la "maestría" de los aludidos pero no es seguro que garantice su carácter como artesanos examinados. Se aplica sobre todo a quienes

[219] También es importante tomar en cuenta, como ya hemos aludido, que no fue sino hasta la apertura de la Real Academia de San Carlos, en 1785, que la arquitectura adquirió en la Nueva España reconocimiento como arte liberal, distinguiéndose de las artes mecánicas y los oficios.
[220] Mardith K. Schuetz-Miller, *Building and Builders…* 36-39.

recibían algún encargo relevante, teniendo en la mayoría de los casos un origen foráneo al lugar de residencia del misionero. En cambio, los encargos cotidianos, por lo que hemos visto, eran encomendados a carpinteros, herreros y albañiles que habitaban en una misión peninsular o circulaban por varias de ellas. Así se advierte de lo expresado en citas anteriores y a partir de lo que refiere Baegert respecto a que:

> Además de los soldados y pocos marineros, vivían en California y tenían su domicilio en Loreto, uno o dos medio-ebanistas y medio-carpinteros, así como otros tantos herreros. De vez en cuando vagaba por el país otro carpintero independiente que trataba de ganarse algo en las misiones, si había bastante madera. Este llevaba tan poca herramienta de fierro que la podía cargar en la bolsa de sus pantalones.[221]

Miller plantea que en la Alta California los carpinteros podían ser totalmente responsables en la construcción de edificios de adobe, pero un albañil y cantero (oficios usualmente concurrentes en la misma persona) tenía que supervisar la construcción de los edificios de piedra desde la excavación de las zanjas para los cimientos, acotando la participación del carpintero a la fábrica de puertas, ventanas, techos y seguramente las estructuras de cimbra. No obstante, apreciamos que tal inferencia de la investigadora surge de lo planteado por las ordenanzas de los gremios, vigentes en las ciudades novohispanas, pero como ya dijimos no necesariamente observadas en las misiones.[222] Parece más probable que en la práctica se echara mano de cualquier recurso humano disponible para realizar todas aquellas funciones para las que se le considerara capaz, sin importar su especialidad y muy difícilmente dichas capacidades estaban avaladas por algún documento. Así se entiende el hecho de que algunos misioneros, coadjutores, neófitos o soldados se desempeñaran como especialistas sin estar acreditados para ello. También a esta circunstancia, que en otro contexto novohispano podría haberse considerado irregular o incluso ilegal, respondería, al menos en parte, el

[221] Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana de California…* 170-171.
[222] Mardith K. Schuetz-Miller, *Building and Builders…* 39.

tono sarcástico con que Baegert habla de “medio-ebanistas” y “medio-carpinteros” en Loreto.

Como ya dije, los misioneros suelen omitir nombres de estos artesanos o incluso maestros. Existen excepciones notables a esta constante, sin embargo. Por ejemplo, Miguel del Barco, al relatar la fundación de la misión norteña de Santa Gertrudis, en torno al año 1751, dice que:

> Por director y maestro de estas fábricas fue enviado el célebre ciego Andrés Comanji, quien habiendo sido de mucho alivio a los padres, primero en Santa Rosalía Mulegé, de donde era natural, y después en San Ignacio, principalmente en enseñar a los catecúmenos las oraciones y doctrina cristiana para que la tomasen de memoria, estaba ahora destinado a pasar con el padre [Jorge] Retz a Santa Gertrudis con el mismo oficio de catequista.
>
> Parecerá cosa bien extraña que un ciego fuese escogido para maestro de obras; mas a la verdad su capacidad, su tino y retentiva eran tales que suplía en gran parte con el tacto lo que le faltaba de vista. Por otro lado, las fábricas eran de tal calidad que muy poco se necesita para ser maestro en ellas.[223]

Evidentemente este neófito no era un arquitecto capaz de diseñar y edificar templos de piedra –como el que actualmente se encuentra en Santa Gertrudis, construido por los dominicos– sino un catequista que había demostrado pericia para la construcción de estructuras como las que denominamos ramadas o enramadas, que son a las cuales el misionero se refiere. La mención del “director y maestro” ciego deriva de la gratitud y el reconocimiento que le guardaban los jesuitas pero también corresponde con un deseo implícito por mostrar las capacidades de estos misioneros para captar e integrar culturalmente a los nativos, lo cual se reitera en diversos momentos de sus crónicas. Al mismo tiempo, nos deja ver la importancia que dichos californios asimilados a la vida misional tuvieron como auxiliares en la expansión jesuita y posteriormente franciscana.

[223] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*… 276-277.

Dentro del mismo texto de Del Barco, en un apartado donde relata cómo se construyó una embarcación en Loreto alrededor de 1761, el misionero afirma que:

> Para maestro de la fábrica [del barco] llamó [el padre Lucas Ventura] a un indio filipino, que muchos años antes había servido de marinero en la California y después se había retirado a Sinaloa, llamado Gaspar Molina, por haber oído que éste era inteligente en esta facultad, pero ni en la California, ni en los vecinos mares se había visto obra suya, con que hubiese dado espécimen de su habilidad, si no es que fuese alguna canoa. Pero la necesidad y el no haber otro inteligente, obligó al padre procurador a fiarse de él, y de la palabra que daba de que el barco saldría como se le pedía y a satisfacción de todos. Cumplióla tan bien como se deseaba; porque procedió en todo con maestría, y el madero, labrado según sus medidas y dibujo, siempre vino ajustado, sin ser necesario desechar ninguno.[224]

Es indudable que un carpintero habilitado para la construcción de embarcaciones y reconocido por su maestría hubiera sido también aprovechable dentro de la arquitectura. Otras menciones que encontramos de carpinteros en la península son las de quienes fueron contratados para la construcción de la balandra "El triunfo de la Cruz", que coordinó el padre Juan de Ugarte, contando con tres anónimos oficiales llegados desde la contracosta en el año 1721.[225] También se dice que, poco antes de 1761, el hermano coadjutor Juan Bautista Mugazábal, debido a su avanzada edad, fue enviado a Loreto, donde tenía a su cargo, entre otras responsabilidades, "correr inmediatamente con el pagamento de los soldados, marineros y otros oficiales para los barcos [así] como herreros, carpinteros y calafates…",[226] quienes por lo visto residían ahí de manera permanente. En el mismo sentido, sabemos que en la misión sureña de Santiago, el padre Antonio Tempis, llegado ahí el año 1736, tenía "un sirviente filipino (a los cuales en la California, como en México y en toda la Nueva España, llaman chinos), hombre de

[224] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*… 335.
[225] *Relación del descubrimiento del golfo de California por el padre Juan de Ugarte…* citada en Ignacio del Río, *Conquista y aculturación en la California jesuítica…*149.
[226] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*… 294.

buenas costumbres, de buen natural, de mucha razón y no poca industria para cualquiera mecánica, cuyo nombre era N. Carrera."[227]

No hallaremos mucha más información al respecto dentro de los textos misionales. Sin embargo, los libros de registro de bautizos, casamientos y defunciones, dispersos y escasos, suelen consignar la profesión a la cual se dedicaba un padrino, familiar o el propio registrado. Ello ha permitido a Harry W. Crosby localizar datos acerca de arquitectos y carpinteros que trabajaron en la Antigua California, y a Mardith K. Schuetz-Miller, junto con contratos y nóminas, respecto a quienes trabajaron en la Alta, una parte de los cuales procedían de las viejas misiones jesuitas.

Crosby detecta, por ejemplo, al "maestro carpintero" Sebastián Manríquez, residente de Loreto, fungiendo como padrino de bautismo, el año 1754, en San José de Comondú. En el año 1733, una nómina elaborada en el puerto lauretano ubica a alguien con ese nombre como primer asistente de la marinería y también se menciona a un Antonio Manríquez en funciones de apoyo a la pequeña armada local. El investigador ha logrado identificar a estos dos personajes como muy probables hijos de Francisco Manríquez, nativo de Compostela, en la Nueva España, quien percibía un salario como carpintero en Loreto y estaba casado con Augusta Regina sin apellido, posible india o integrante de una casta. No es explícito que la presencia de Sebastián en San José de Comondú, desde 1754 hasta 1760, estuviera relacionada con la construcción del actual templo pero parece muy probable. En la misión de San Ignacio Kadakaamán, un registro del año 1764 hace constar que el padre José Mariano Rothea le bautizó un hijo y que se hallaba ahí para trabajar en la construcción de la iglesia. Enviudó y se volvió a casar en San José de Comondú. Deja de aparecer en los registros peninsulares alrededor de 1775 y reaparece en torno a 1780 como residente de San Diego, en la Alta California, donde un hijo suyo, Luis Gonzaga Manríquez, nacido en Comondú, fungió como soldado del presidio en el año 1790.[228]

[227] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*… 316.
[228] Harry W. Crosby, *Antigua California*… 259-262.

También, de 1738 a 1744, Crosby localiza dentro de San José de Comondú a Juan *el Carpintero* y Felipe *el Carpintero*, y de 1739 a 1747, a Juan Clemente Padilla, *el albañil*. Es muy probable que se tratase de una cuadrilla de trabajo liderada por Padilla, quien gozaría de mayor estatus debido a su oficio como albañil y su apellido español, aunque seguramente fue mestizo. El investigador piensa que se trataba de un maestro llegado de Sinaloa o Jalisco, mientras que los dos carpinteros podrían ser neófitos de la contracosta. Resultaría además muy factible que esta cuadrilla y otras de su tipo hubieran trabajado previa o alternadamente en las misiones sonorenses y sinaloenses, que tanto apoyo brindaron a las californianas. En el mismo sentido, por las fechas de su presencia en Comondú, seguramente laboraron entre ese emplazamiento y San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, donde la última fábrica arquitectónica estuvo activa, al menos, desde 1744 hasta 1758. Si trabajaron en tal construcción, lo más factible es que dichos artesanos estuvieran por esas fechas siguiendo las instrucciones de un maestro llegado desde alguna ciudad como Guadalajara o la propia capital del virreinato, tomando en cuenta que Miguel del Barco menciona que la erección del templo javeriano "tuvo varias interrupciones de algunos años por la dificultad de hallar maestro de satisfacción, que quisiera venir a tierras tan remotas…"[229]

Se sabe que en San José de Comondú, Padilla, seguramente con su equipo de trabajo, supervisó la erección de una capilla de adobe que precedió a la iglesia de piedra, construyendo habitaciones y bodegas de ese material, así como desarrollando actividades constructivas relacionadas con las instalaciones hidráulicas, al igual que muros de retención para los huertos.[230] Cabe mencionar que no existen suficientes datos para comprobar la presencia de estos u otros artesanos en las demás misiones, como la mencionada y muy cercana de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, pero es probable que siguieran patrones de itinerancia como los desarrollados por el carpintero Sebastián Manríquez, quien como ya vimos residió y trabajó en al menos tres emplazamientos, todos ellos ubicados de Loreto hacia el norte de la península.

[229] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica*… 430.
[230] Harry W. Crosby, *Antigua California…* 240-242.

Sin duda la circulación regional de este tipo de personajes estuvo determinada por el momento que vivían las misiones, es decir la afluencia de recursos económicos y materiales para emprender campañas constructivas. No obstante, por lo menos con fines de mantenimiento y mejoramiento de las instalaciones hidráulicas y los edificios ya existentes, difícilmente les faltaría trabajo todos los años y durante todo el año a estos artesanos, salvo en épocas de mucha escasez.

Vale la pena recordar que, como hemos señalado en el primer capítulo de este trabajo, las campañas constructivas misionales en la Antigua California jesuita tuvieron una clarísima distribución regional y temporal. Ello nos permite reconocer los periodos fundacionales de la zona central peninsular de 1697 a 1708, de la zona sur en torno a 1720 y de la zona norte después de 1750, todos ellos con templos de ramadas o adobes. La última etapa constructiva, dentro de la cual se edificaron los templos de piedra subsistentes hasta nuestros días, en cambio, no fue anterior al año 1744 y se extendió hasta 1768, constituyendo el periodo de mayor abundancia económica en toda la península. Cabe aseverar que la presencia de albañiles, carpinteros, arquitectos y cuadrillas de trabajadores de todo tipo, necesarios para esas actividades, fluctuó en relación directa con tales zonas y fechas, configurando un mercado de trabajo del cual apenas tenemos noticia por muy escasos documentos y el testimonio mudo que constituyen las propias construcciones.

Por otro lado, es importante señalar que después de la expulsión de la Compañía de Jesús, en torno a 1786, los dominicos concluyeron el templo de San Ignacio Kadakaamán –donde colocaron, las bóvedas y terminaron su portada y torre– y edificaron los de Santa Gertrudis y San Francisco de Borja durante las dos últimas décadas del siglo XVIII.[231] Estos esfuerzos y sus resultados despiertan un par de preguntas: ¿seguían activas hasta la llegada de esa orden, al menos en parte, las fábricas arquitectónicas emprendidas por los jesuitas, que seguramente se encontraban en un momento importante poco antes de la expulsión? ¿Los dominicos, tras su llegada, fueron capaces de realizar solamente las obras arriba

[231] Guadalupe de la Torre y Jacinto Barrera B., *Monumentos históricos. Baja California* (México: INAH-Gobierno del estado de Baja California, 1988) 14-23.

mencionadas o también intervinieron constructivamente de alguna forma –que no está documentada ni resulta evidente en los propios edificios– dentro de otros emplazamientos de origen jesuita?

La respuesta a tales cuestionamientos no es sencilla. Sabemos, por una parte, que en los primeros años de fundación de la Alta California, de 1769 a 1773, los franciscanos, bajo la autoridad del visitador general José de Gálvez, desplazaron muchos recursos tanto humanos como materiales hacia las zonas donde se iban a establecer nuevas misiones. Asimismo, que los padres de la orden de Santo Domingo, llegados en 1773, tenían como prioridad construir hacia el norte de San Fernando Velicatá, para cerrar la brecha entre la Alta y la Antigua California. Se advierte igualmente, en distintos documentos, el abandono generalizado de las misiones jesuitas de la Antigua California durante dicho periodo, exceptuando obviamente aquellas que hemos mencionado como edificaciones nuevas o por concluir. Resulta, debido a los motivos anteriores, poco probable que aparte de las obras ya conocidas y mencionadas, una de ellas emprendida por terminar una fábrica interrumpida y las otras dos por consolidar fundaciones previas, que debido a su origen jesuita gozaban de réditos establecidos dentro del Fondo Piadoso para las Misiones de California, se hayan hecho otros esfuerzos constructivos notables en la región después de 1768.

Consecuentemente, cabe pensar que sobre todo durante las últimas décadas de presencia ignaciana –a partir de que inicia la fábrica de San Francisco Xavier-Viggé-Biaundó en 1744, fecha en la cual puede datarse el comienzo de la etapa de construcción de templos de piedra peninsulares, como hemos dicho– hubo una no pequeña masa de trabajadores especializados capaces de emprender estas tareas arquitectónicas, quienes residieron temporal o permanentemente en la Antigua California. Después de la expulsión jesuita, lejos de emigrar a la contracosta en busca de mejores horizontes, por vía de paga o reclutamiento, según su estatus, estos artesanos y obreros seguramente se incorporarían para las fundaciones primero y sobre todo franciscanas; luego también, pero en menor escala, dominicas. Indudablemente, buena parte de estos trabajadores siguió un patrón de desplazamiento y asentamiento similar al desarrollado por soldados y otros

operarios especializados que habían servido a los jesuitas, terminando sus días en la Alta California.

Esta hipótesis se confirma con la información que registra en misiones de aquella región Mardith K. Schuetz-Miller dentro de la publicación ya citada. El periodo de tiempo analizado por dicha investigadora abarca desde 1769 hasta 1850, es decir a partir de las expediciones fundacionales de la Alta California hasta la secularización de esas misiones. Localiza en la región, a lo largo de todo su trabajo, poco más de 260 albañiles, arquitectos, herreros, carpinteros, pintores, etcétera, cuyas identidades podían ser mulatos, indios, españoles peninsulares, criollos, mestizos, europeos no hispanos y norteamericanos (estas últimas dos categorías durante el siglo XIX). Se nota, especialmente a partir de 1780, un incremento en los reclutamientos y contratos realizados en otras ciudades del virreinato, dentro de lugares como Sinaloa, Nayarit, Jalisco, Durango, Puebla y la ciudad de México. De tales registros solamente retomaremos aquellos que remiten a vínculos con la Antigua California.

Por principio, hay documentos consignando que las expediciones fundacionales de 1769 hacia la Alta California, lideradas por el franciscano fray Junípero Serra, realizadas en parte por tierra y en parte por mar, contaron con la participación de 219 marineros e indios, de los cuales únicamente 126 sobrevivieron al difícil viaje.[232] Podemos pensar que la proporción de indios seguramente fue mayor que la de marineros. Así, inferimos que al menos un número cercano al centenar de nativos con toda probabilidad llegó a la Alta California, compuesto por neófitos con experiencia previa colaborando con los jesuitas en todo tipo de tareas, incluyendo las constructivas. Una investigación realizada por Lisbeth Haas, también respecto a la fundación de las misiones altocalifornianas,[233] confirma que dichos viajeros eran seleccionados por las habilidades que habían demostrado como auxiliares de los misioneros en el sur peninsular.

[232] Mardith K. Schuetz-Miller, *Building and Builders…* 4.
[233] Lisbeth Haas, *Saints and Citizens. Indigenous Histories of Colonial Missions and Mexican California* (Oakland: University of California Press, 2013) 51.

Después de tal etapa inicial, donde no se cuenta con nombres, pues los neófitos mencionados eran obreros y artesanos anónimos, Miller informa acerca de los siguientes personajes:

Miguel Blanco (¿?-1825). Soldado y maestro albañil indio, aparece en el censo de 1773 como residente de la misión de San Ignacio Kadakaamán, en la Antigua California. Registrado en la misión de San Gabriel bautizando a dos hijas suyas, respectivamente, en los años de 1794 y 1796. Entre 1803 y 1825 sirvió posiblemente como albañil y luego soldado de cuera. Está enterrado en San Diego.

Felipe García Romero (*c.* 1754-1764 hasta 1817). Maestro herrero mulato, originario de Guadalajara, Jalisco. Testificó en 1771 dentro de una causa legal en la misión de Todos Santos, en la Antigua California, donde llevaba tres años residiendo y trabajando. A partir de 1774 se trasladó a San Diego, en cuyo presidio se desempeñó como maestro herrero y armero. A la fecha de su muerte residía en Monterrey, Alta California.

José María Claudio López (*c.* 1766-1767 hasta 1833). Soldado y posiblemente carpintero hispano, originario del Real de San Antonio, centro minero de la Antigua California. Se le atribuye la construcción del primer molino de la misión de San Gabriel.

Felipe Santiago Moreno (*c.* 1739-1740 hasta 1799). Soldado y maestro herrero mulato, nacido en la ciudad de México. En 1769 aparece una persona con ese nombre como padrino de bautizo de un niño indio en la misión de Santa Gertrudis, en la Antigua California. Empleado del presidio de Loreto, contrae segundas nupcias en 1778 con una mujer nacida en Santa Rosalía de Mulegé, donde probablemente residía. A partir de 1785 aparece asignado a Santa Bárbara, en la Alta California. Se le registra como herrero solo a partir de 1791, en Los Ángeles, por lo cual es posible que haya dejado la carrera militar. Residente de la misión de San Gabriel, donde está enterrado, a partir de 1797.

Aunque el anterior listado es breve, nos da idea acerca de una diversidad de orígenes, características étnicas y trayectorias profesionales de los artesanos. Resaltan dos aspectos en su composición. Por una parte, la presencia destacada de mulatos e indios. Parecería lógico que el septentrión fuese región propicia para

que los integrantes de las distintas castas y los nativos adquirieran un reconocimiento social acorde con sus habilidades, al margen del celo de los integrantes hispanos y criollos de las agrupaciones gremiales presentes en los principales centros poblacionales del virreinato. Más allá del reducido número de individuos que hemos mencionado por su presencia en la Antigua California, en el total de registros realizados por Miller para la Alta California, 103 artesanos son identificados como indios, 51 como carpinteros, 24 como albañiles, dos como carpinteros y albañiles, 22 como herreros y tres como pintores (decoradores de edificios). Es decir, una cifra cercana al treinta por ciento del total.

De ningún modo puede haber sido menor esta proporción en la Antigua California. Todo lo contrario, ya que los jesuitas eran más restrictivos ante la presencia de civiles en sus misiones que los franciscanos, lo cual favorecería su interés por capacitar y aprovechar la mano de obra neófita, desalentando en la medida de lo posible la llegada de nuevos pobladores. Además, un patrón de distribución de estos trabajadores identificado por Miller y que sin duda resulta similar con lo que ocurría en la península, es que las misiones más viejas contaban con un mayor número de neófitos experimentados e instruidos, susceptibles de ser enviados para apoyar nuevas fundaciones y fábricas, convirtiéndose en sus principales proveedoras de mano de obra.

También resulta notable el protagonismo de soldados que aparte de esa actividad eran herreros, albañiles o carpinteros. Es muy posible que en algún grado estas habilidades se consideraran deseables para los militares que se enlistaban para servir en la región. Del mismo modo, es altamente factible que los militares en la península hayan aprovechado la oportunidad de volverse más capaces en tales disciplinas para obtener mejores ingresos y un nivel de vida más favorable en la península, pues se sabe que los ingresos de un carpintero en la Alta California eran superiores a los de un soldado y con toda probabilidad esa circunstancia aplicaría en las misiones jesuitas. Como ya comentamos con algunos ejemplos concretos, el personal dedicado a labores de mar en la Antigua California, por motivos obvios, estaba muy vinculado también con el ejercicio de la carpintería dentro de la construcción. Por tanto, sin duda constituía un grupo que igualaba o superaba

numéricamente a los soldados en el ejercicio de dicha actividad como una fuente adicional de ingresos.

Conviene mencionar datos adicionales obtenidos del registro de Miller. Tenemos, por ejemplo, la mención de frailes franciscanos cuya participación en actividades constructivas y artesanales destaca. Ellos son:

Narciso Durán (1776-1846). Sacerdote catalán que arribó a la Nueva España en 1803, trabajó en el Colegio de San Fernando. Llegó a Monterrey en 1806 y es autor, por lo menos, del diseño de un monumento alusivo al Jueves Santo, que se utilizó en la misión de San José, en la Alta California.

José Antonio de Jesús Murguía (1717-1784). Sacerdote alavés a quien el padre franciscano Francisco Palou menciona como constructor de una iglesia dedicada a San Miguel Arcángel, de piedra y mortero, entre los indios pames de la Sierra Gorda, donde pasó diecinueve años. Llegó a la Antigua California en 1767, donde sirvió hasta 1773. Fundó la misión de Santa Clara, en la Alta California, en 1777, y se le menciona como "maestro, director y capataz" de las fábricas de su primera iglesia de adobe, dedicada en 1784.

Esteban Tapis (*c.* 1756-1825). Sacerdote catalán que llegó a la Alta California en 1790. Se le acredita el diseño de la decoración del nuevo templo de la misión de Santa Bárbara en 1794, así como, en 1818-1819, un retablo pintado para la misión de San Juan Bautista, que realizaría el artista Thomas Doak.

También resulta de interés que Miller identifique a los titulares de dos talleres en la ciudad de México, quienes fabricaron retablos contratados por los franciscanos para sus misiones en la Alta California:

Marcos López. En agosto de 1802 se bendijo un retablo para el templo de la misión de Santa Clara, posiblemente fabricado por el taller de este maestro hispano, con presencia en la ciudad de México en torno a 1786.

José María Uriarte. En 1809 se elaboró en el taller de este maestro también hispano, ubicado en la ciudad de México o Guadalajara, un retablo destinado a la misión de San Buenaventura, que no llegó sino hasta 1811 o 1812. Ese mismo año se construyó otro para la misión de San Diego, con un costo de 1,500 pesos. Un tercer retablo llegó a la misión de San Gabriel en 1810 y se presume que las

misiones de San Miguel, San Carlos, La Purísima, San Fernando, San José, San Luis Rey y San Francisco también contaron con muebles fabricados por dicho taller.[234]

Aunque las fechas de elaboración de tales muebles corresponden con un periodo posterior en tres décadas a la expulsión jesuita y además, seguramente sus características formales apelaban al gusto propio de fines del siglo XVIII e inicios del XIX, resulta factible que los mismos talleres hubieran fabricado retablos para las misiones peninsulares ignacianas. Si no fuera el caso, al menos quedaría constancia de la estrecha relación que los misioneros californianos y los talleres ubicados en la capital de la Nueva España mantuvieron. Estos vínculos se remontan al origen de las misiones bajacalifornianas, articuladas con los intereses de los jesuitas, cuyas sedes y benefactores principales se asentaban en México, circunstancia que coincide con las de franciscanos y dominicos. Por otra parte, sabemos que existieron retablos de corte clasicista o neoclásico en misiones ignacianas de la Antigua California, los cuales podrían haber sido llevados ahí en algún momento posterior a la presencia ignaciana, sin que existan documentos que confirmen tal especulación.

Aunque, como es pertinente recalcar, no contamos con registros de contratos elaborados por los padres jesuitas de la Antigua California, se conservan algunos realizados para las misiones franciscanas de la Alta California. En ellos podemos observar que los artesanos recibían un salario variable. Una parte podía ser convenida en efectivo y otra en especie. Algunas veces, cuando el trabajo era considerable, este salario se estipulaba por el total de la obra encomendada, mientras que otras –suponemos que cuando los trabajos eran más sencillos– se contrataba a estos trabajadores por jornal.

Por ejemplo, el maestro albañil indio Miguel Blanco, originario de la misión bajacaliforniana de San Ignacio Kadakaamán, fue contratado en la misión altocaliforniana de Santa Bárbara durante un periodo del año 1806 por un salario diario de dos reales más raciones semanales de tres almudes de maíz y uno de frijol. Por su parte, el maestro carpintero criollo José Antonio Ramírez, en la misión

[234] Mardith K. Schuetz-Miller, *Building and Builders…* 51-145.

de Santa Bárbara, contrató en 1802 el pago de un peso diario y una ración diaria de dos libras de chocolate. El mismo Ramírez, contratado en 1811 por los misioneros de La Purísima, recibió un total de 200 pesos en plata, tres bebidas diarias y dos libras mensuales de chocolate para realizar un encargo; en 1814, contratado por los franciscanos de San Gabriel para construir un templo en Los Ángeles, se le comprometió el pago de seis reales diarios y un barril de vino cada tres meses.

En 1835, la misión de San José contrató a dos artífices para elaborar tres altares, un púlpito y realizar otros quehaceres arquitectónicos y de pintura. Al carpintero se comprometieron 100 terneros, 30 yeguas y un semental, 15 toros pequeños, 5 caballos viejos y 150 pesos. Al pintor, 750 pesos. Como dato curioso, se sabe que la mayor parte de los pagos recibidos en efectivo por esos artesanos fueron destinados para comprar aguardiente, comida, tabaco, textiles y otros bienes producidos y vendidos en la propia misión. Así que, por lo visto, las ganancias obtenidas por un profesional de ese nivel no le permitían hacer grandes ahorros, salvo que invirtiera una parte de sus ingresos en la compra de ganado, como hizo el carpintero mencionado.

En el mismo sentido, Miller comenta que los contratantes civiles pagaban mejor que los misioneros (por ejemplo, para la construcción de edificios de gobierno en la Alta California) y que los indios seguramente eran discriminados, recibiendo un salario menor que los mestizos o hispanos, aunque realizaran el mismo trabajo.[235] Estas circunstancias, en general, no deben haber sido muy distintas dentro de la Antigua California. No obstante, es necesario insistir que ahí los jesuitas contaron con mayor disponibilidad de mano de obra no asalariada, ya que sus misiones estaban enlazadas con una red corporativa ubicada en ambas costas del Golfo de California y además los padres ejercían tanto el gobierno espiritual como el temporal. Por ello, quienes deseaban trabajar de forma independiente en la península inevitablemente estaban obligados a ser sus empleados. Tal circunstancia, determinando un mercado laboral que podríamos denominar monopólico, con mucha probabilidad derivaba en salarios menos atractivos que los de la Alta California.

[235] Mardith K. Schuetz-Miller, *Building and Builders*… 41-42.

Respecto al registro de misioneros jesuitas californianos destacados como constructores, podemos mencionar, tomando en cuenta que las únicas fuentes que se disponen para identificar sus habilidades son los propios escritos de los misioneros, a los siguientes:

Francisco María Píccolo (1654-1729). Nacido en Palermo. Ingresó a la Compañía de Jesús en 1673. Enseñó gramática en la isla de Malta. Muy devoto de Santa Rosalía, al ser notificado de su salida como misionero, acudió a encomendarse a su santuario. Se dice que portaba una reliquia de esa santa, obtenida de un compañero jesuita. Antes de pasar a América estuvo en Roma. Llegó a la Nueva España en 1682, después de haber estado en Guatemala. Fue misionero en la Tarahumara, donde conoció al padre Juan María de Salvatierra. En Nombre de Jesús Carichi, en el actual estado de Chihuahua, tuvo bajo su responsabilidad la edificación de un gran templo de madera y es posible suponer que al menos participó de su diseño singular, con planta basilical, si bien Clara Bargellini ha identificado al arquitecto Simón Santos, quien realizó la construcción bajo las órdenes de Píccolo.[236] De la estancia del misionero en Carichi se dice que:

> Acabó de fundar el Pueblo, que estaba en bosquexo. Acabó de fundar el Pueblo, disponiendo tan acertadamente todas las cosas, que pocos Pueblos hay en aquellas Missiones, que puedan competir con este. Fabricó la bella Iglesia, que es una de las mejores de la Provincia, adornóla con muy buenas alhajas, siendo entre estas, una muy rica colgadura de damasco, con la continua asistencia de su pueblo…[237]

Ya en California, a donde llegó en 1697 poco después de Juan María de Salvatierra, se le atribuye capacidad para organizar la fabricación de trincheras y las primeras

[236] "La iglesia fue primero "un jacal", pero en 1684 llegó el jesuita siciliano Francesco María Piccolo, de 28 años… Carichi fue donde inició su trabajo como misionero. Pocos años antes, entre 1672 y 1678, había llegado a Parral el `maestro en arquitectura y carpintería´ Simón de los Santos, quien había sido traído a Parral desde la ciudad de México por los mineros y comerciantes del real de minas para que les construyera una nueva parroquia […] En 1686 la parroquia de Parral estaba acabada, y poco después Simón de los Santos llegó a Carichi, donde estuvo hasta 1698, cuando fue llamado a Durango para encargarse de la obra de la catedral." Clara Bargellini, *Misiones para Chihuahua…* 134-135.

[237] Juan Antonio Baltasar, *Carta del P. Provincial Juan Antonio Balthassar, en que da noticia de la exemplar vida, religiosas virtudes, y apostólicos trabajos del fervoroso Missionero el Venerable P. Francisco Maria Piccolo*, (México: s/n., 1752), 32.

ramadas que se levantaron en Loreto. También, en 1699, la primera capilla erigida a San Francisco Xavier en la sierra La Giganta, construida con adobe junto con los soldados a lo largo de solo dos días y que "tenía siete varas de largo, quatro y medio de ancho, con lo correspondiente de alto, y el techo de paja", así como una casa para el padre, con dos habitaciones.[238] Posiblemente fomentó también la tipología basilical, usada por primera vez en su templo de Carichi, en la Antigua California, con el diseño posterior de la iglesia que sería edificada décadas más tarde en piedra, a partir del año 1750, bajo la autoridad del padre Franz Inama, misionero de San José de Comondú. Su papel como promotor de la devoción a Santa Rosalía lo hace igualmente susceptible de haber jugado un papel importante en la concepción y diseño del templo de Mulegé, en la misión bajacaliforniana dedicada a dicha santa, donde residió desde 1708 hasta 1718, aunque tal templo se edificaría en torno a 1766, bajo el cuidado del misionero Francisco Escalante. Fue visitador de las misiones de California y Sonora entre 1705 y 1708.

Juan de Ugarte (1662-1730). Misionero hondureño de ascendencia vasca, a quien se menciona, entre otras características, por su gran fortaleza física y capacidad para las labores mecánicas. Enseñó filosofía en el Colegio Máximo de México y fue rector del colegio de indios de San Gregorio. Fundó el Fondo Piadoso para las Misiones de California junto con Juan María de Salvatierra y Eusebio Francisco Kino. Llegó a la península en 1701, haciéndose cargo de la misión de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, donde construyó sus primeros edificios e instalaciones hidráulicas. También elaboró, con el apoyo de los carpinteros que se comentaron líneas arriba, un barco fabricado con madera dificultosamente extraída de las entrañas de la sierra de Guadalupe, así que tenía las nociones e iniciativa necesarios para emprender y supervisar este tipo de tareas. A partir de 1720 fue visitador de las Californias. Se dice de este misionero que:

> En la fábrica de la iglesia y casas para sí y para los indios, era el P. Ugarte no sólo maestro y sobrestante de la obra, sino carpintero, albañil y peón de todos los oficios, que de todos debía llevar el trabajo principal, porque, aun movido del ejemplo, de

[238] Juan Antonio Baltasar, *Carta del P. Provincial Juan Antonio Balthassar…* 39.

> las dádivas y de las caricias, no acababan [los nativos] de sacudir la pereza y desidia arraigadas en las médulas y no dieran paso, si no vieran al Padre trabajar más que todos. Así era el primero en traer piedra, a pisar el barro, a mezclar la arena, a cortar, traer y desnudar las maderas, a sacar la tierra y colocar los materiales.[239]

Tanto Píccolo como Ugarte fueron los misioneros fundadores que junto con Juan María de Salvatierra acudieron a acometer la empresa californiana. Este dato debe tomarse en cuenta, pues a ellos tocó afrontar responsabilidades mucho mayores que quienes los sucedieron, involucrándose en múltiples aspectos de la construcción de las misiones peninsulares, desde la gestión de fondos hasta la edificación de los primeros recintos de vara y/o adobe. Ninguna de estas construcciones, por razones evidentes, sobrevive hasta nuestros días. Excluimos al propio Salvatierra de la nómina de misioneros constructores porque aparentemente no se destacó de manera especial en dichos oficios, aunque sí en otras actividades que se mencionan a lo largo de diversas partes de este trabajo.

Miguel del Barco (1706-1790). Nace en Casas de Millán, Extremadura. Hijo de Juan Fernández del Barco e Isabel González. Ingresó en 1728 a la Compañía de Jesús, en Castilla. Maestro de gramática en Monterrey, Galicia, y posteriormente de filosofía en el colegio jesuita de Santiago de Compostela. Estudió en la Universidad de Salamanca, dedicándose a la filosofía y el derecho. En 1735 viajó a la Nueva España, ingresando al Colegio Máximo para concluir estudios de teología y ordenarse sacerdote. Entre 1738 y 1739 fue enviado a la Antigua California y por lo menos desde 1741 se hizo cargo de la misión de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, gestionando y supervisando la fábrica del actual templo desde 1744 hasta al menos 1758. Se le atribuye haber contribuido a la construcción del complejo y eficiente sistema de captación y distribución de agua que existe hasta la fecha en esa misión.[240]

---

[239] Miguel Venegas, *Obras californianas*… Tomo II, 114. Gerard Decorme, S.I., *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial, 1572-1767* (México: Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1941) Tomo II, 491-492.
[240] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*… XVII-XXV.

Juan Jacobo Baegert (1717-1772). Misionero alsaciano llegado a la Nueva España y a la Antigua California en 1751. Hijo de un curtidor. Tuvo bajo su responsabilidad la misión de San Luis Gonzaga, en una zona de la península sumamente aislada y poco productiva, ubicada al sur aunque bastante alejada de otras misiones en la región, contrastantemente escasa en recursos naturales. El templo actual, de piedra y ladrillo, fue construido bajo su supervisión y con su participación, como el propio sacerdote detalla dentro de sus textos ya citados. Es importante notar que esta pequeña iglesia es la única pétrea de la región, mérito que indudablemente corresponde al misionero (auxiliado, como ya dijimos, por al menos un anónimo soldado carpintero y otro constructor, tal vez albañil o cantero). En las cartas que dirigió a sus familiares durante el viaje desde su tierra natal hasta la Nueva España, hace, asimismo, observaciones acerca de múltiples temas, como las costumbres locales en España e Italia, al igual que respecto a los edificios en algunas ciudades que visitó. Ello deja ver que si no era un experto en el tema, se trataba de un individuo con curiosidad y capacidad crítica frente a la arquitectura.[241]

Juan Bautista Luyando (¿?-1758). Perteneciente a una familia acaudalada de Guanajuato, nació en la ciudad de México. En 1725 aportó 10,000 pesos de su propia fortuna para la misión de San Ignacio Kadakaamán. Llegó a la península en 1725 y en 1728 fundó esa misión, donde residió seis años, tras lo cual por motivos de salud dejó la Antigua California. Se le atribuye haber levantado ocho capillas en los pueblos de visita. Según sus propias palabras, hizo en la cabecera:

> …una iglesita de adobe y dos solas para habitación asi mesmo de adobe. Casi al año de llegado, el día 1º de Pascua de Navidad dediqué la iglesia. Una y otra fue de techos pajizos, por no haber maderas para otra cosa. Después hice para troje, una galera de unas 30 varas de largo con paredes de adobe y piedra con dos varas de ancho cada pared para troje, y la pieza 9 varas de ancho para asegurar el maíz…[242]

[241] Ver: Juan Jacobo Baegert, *The Letters of Jacob Baegert…*

[242] *Interrogatorio sobre la misión de San Ignacio, que envía el padre Miguel Venegas al padre Juan Bautista Luyando, Hacienda de San José, 8 de enero 1737. Y respuestas del padre Luyando, México, 11 de enero 1737*. Biblioteca Nacional de México, Archivo Franciscano 4/60.1.

Baegert, Del Barco y Luyando pertenecen a la segunda y última generación de jesuitas californianos, quienes llegaron a la península cuando el proyecto ya estaba asentado, para protagonizar su expansión. Aunque en tal grupo se menciona por parte de los cronistas el intenso trabajo de otros padres, además de los mencionados, durante la fundación y el establecimiento de sus misiones, no tenemos testimonios para suponer que ello implique el hecho de que hayan superado un nivel básico de habilidades constructivas. Más bien, según se ha descrito al inicio de este apartado, es altamente probable que se circunscribieran a la edificación de ramadas y edificios más o menos sencillos de adobe.

III. Los edificios

III.1 Nuestra Señora de Loreto-Conchó: la Santa Casa y la Casa Santa

Sobre la puerta de acceso al templo de la misión de Nuestra Señora de Loreto-Conchó existe una inscripción grabada en piedra, que reza: “Cabeza y madre de las misiones de la Alta y Baja California” (fig. 112). Dicho texto, incorporado en los años cincuentas del siglo XX, al remodelarse la iglesia en ruinas, colocándosele una nueva portada de cantera, entre otros importantes cambios que apuntaban hacia su rescate y puesta en valor, da cuenta del papel que jugó esta misión como punto de partida desde el cual se desarrolló la evangelización de las dos Californias. Por obvia que parezca su leyenda, la división política del territorio californiano entre dos naciones difuminó la conciencia colectiva de esta historia en común a partir del siglo XIX.

Figura 112. Howard E. Gulick. Fachada del templo de la misión de Loreto, 1957. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb3789249c

En cualquier caso, la inscripción mencionada hace visible tal proceso histórico. También, en forma sutil pero implícita dentro del sustantivo “madre”, alude a la poderosa presencia en este lugar de la virgen de Loreto como advocación titular del templo y de la empresa evangelizadora ignaciana peninsular en su conjunto. Por ello, me parece que al estudiar la arquitectura del edificio y sus anexos resulta preciso tomar en cuenta que se trata centralmente de un santuario dedicado a

albergar tal imagen mariana, considerada por los jesuitas su principal estímulo y tutela para estas fundaciones.

Los santuarios dedicados a la virgen de Loreto no eran simple o solamente edificios, sino edificios que solían contener otro edificio: una réplica de la famosa Santa Casa donde según la tradición nació María y que luego de la invasión musulmana a Tierra Santa fue trasladada, el 10 de diciembre de 1294, de Nazaret al poblado italiano de Loreto, en Italia.[243] Como veremos y discutiremos más adelante, la intención de Salvatierra no era construirle una iglesia a la madona lauretana, sino edificar su Santa Casa. Lo anterior, según interpretamos, podía significar construirle una iglesia y una Santa Casa, o levantarle una iglesia en calidad de Santa Casa. Pero en ninguno de ambos casos se puede pasar por alto el término utilizado y lo que implica: hacer patente la correspondencia con un edificio concreto y a la vez de gran valor simbólico, cuya importancia ha sido central para la difusión del cristianismo a nivel mundial.

Figura 113. El puerto de Loreto y su misión, ubicados en el mapa de 1701 elaborado por Eusebio Francisco Kino. Imagen tomada de: Miguel León-Portilla, *Loreto, capital de las Californias…* 38.

Por otro lado, dentro de un ámbito estrictamente cotidiano, Loreto conformó el centro de gobierno desde el cual se ejercieron las principales actividades políticas, administrativas, militares y comerciales en relación tanto con la Antigua como la Alta

[243] Respecto a este tema, ver: Luisa Elena Alcalá, "Piedras y ladrillos, tepetates y oro: traslaciones materiales entre Tierra Santa, Italia y Nueva España", en Gabriela Siracusano y Agustina Rodríguez Romero (eds.), *Materia americana. El cuerpo de las imágenes hispanoamericanas (siglo XVI a mediados del XIX)* (Buenos Aires: ENDUTREF, 2020).

California, incluso hasta 1776, una fecha avanzada de la colonización franciscana del hoy sur estadounidense, cuando Monterrey se convirtió en sede de gobierno. A lo largo de las próximas páginas buscaré, entre otras cosas, entender cómo se articularon estas funciones tan distintas –a veces quizá incompatibles–, de gobierno y devoción, encabezadas simultáneamente por los propios jesuitas, dentro y en torno a los edificios que sobreviven a su época. En el apartado de urbanismo he abordado algunos aspectos acerca del desarrollo de Loreto, por lo cual procuraré evitar redundancias, sino precisar y ampliar lo ya comentado.

Puerto fundacional

Previo a la fundación de Loreto, las distintas expediciones que se dedicaron a explorar la Antigua California desembarcaron en distintos lugares, sin encontrar alguno que conjuntara condiciones de protección, acceso y disponibilidad de recursos mínimos indispensables para sentar una cabeza de playa. Por este motivo y en virtud del gran territorio que se debía recorrer durante las campañas emprendidas al efecto, desde los primeros viajes realizados por iniciativa de Hernán Cortés, en el siglo XVI, se trabajó con base en una estrategia de ensayo-error, hasta quedar claro que la zona con mejores condiciones para establecer alguna población no estaba en el sur de la península sino en su parte central. De hecho, las expediciones determinantes para esta decisión, desarrolladas entre 1683 y 1685 bajo el mando del almirante Isidro de Atondo Antillón[244] y el padre Eusebio Francisco

[244] "Nació en Valtierra, un pueblito de Navarra cerca de Tudela, y fue bautizado el 3 de diciembre de 1639. Sus padres, Luis de Atondo y Agustina de Aybar, eran nobles, aunque no ricos. En 1651, don Luis fue elegido alcalde de su pueblo y desde entonces Isidro vivió dentro de un ambiente de servicio público y honor familiar. […] A los dieciocho años, se alistó como soldado en el ejército de Galicia. Isidro de Atondo fue condecorado por su valor en las batallas de San Luis Gonzaga, Noguera, Castillo de la Pela, Monzón y Salvatierra durante las sublevaciones de Cataluña, Aragón y Navarra. También prestó servicio en las campañas de 1661 contra los separatistas de Portugal. […] Llegó a México en 1669 y pronto pasó al noroeste de la Nueva España, en donde fue capitán del presidio de Sinaloa. En este momento es cuando ofrece su persona, no sus bienes, al virrey-arzobispo Fray Payo de Rivera para la conquista de California. Atondo improvisó sus astilleros en Nío, en la desembocadura del río Sinaloa, a donde llegó Kino para formar parte de la expedición como misionero y también como cosmógrafo, para ahorrar dinero a las arcas reales. Desde los trabajos de construcción de las naves (1681) hasta el rescate de la nao de China (1685) se fue forjando –no obstante serias dificultades en cuanto al buen trato de los indios– una sólida y respetuosa amistad entre el padre Kino y don Isidro. En enero de 1685 ambos personajes unieron sus esfuerzos en una titánica lucha diplomática para salvar la empresa de las Californias. Cuando Atondo tuvo que abandonar la Baja California, continuó su carrera militar en Nueva Vizcaya hasta 1688, cuando se

Kino, probaron asentarse primero en el actual puerto de La Paz, al sur. Luego se trasladaron hacia la zona central, desembarcando y fundando un real en el lugar denominado San Bruno, que a la postre resultó poco adecuado para establecer una población.[245]

Pero esas mismas expediciones habían detectado, sin tiempo suficiente para realizar una exploración a fondo, la que llamaron ensenada de San Dionisio (fig. 113). Gracias a esta información, el viaje de Juan María de Salvatierra hacia California no fue una expedición preparatoria más, sino la definitiva. Este misionero partió del puerto de Chacala, en el hoy estado de Sinaloa, el 10 de octubre de 1697, con dirección al real de San Bruno, a bordo de dos embarcaciones. El 13 de octubre tuvieron a la vista California, el 14 desembarcaron para conocer un lugar que denominaron Bahía de la Concepción y el 18 arribaron a su destino. Ahí, según Salvatierra:

> Al caer el sol llegamos muy fatigados al antiguo real de San Bruno, fundado en una loma, en que no había más que piedras caídas y todo derrumbado entre abrojos y espinas, menos un pedazo de cortina, que todavía estaba levantado, como de una vara de alto, que mira a la llanada arriba.
>
> […]
>
> Mucho se desanimaron los pocos conquistadores por razón del agua salobre, por la grande distancia de la mar hasta el primer aguaje salobre, por la dificultad de poder desembarcar con tan poca gente, cargar más de media legua, aun por el camino más derecho, tantas cargas que venían, por no oírse un tiro de arcabuz desde el real viejo hasta la embarcación. Y por ser tan pocos necesitábamos tener unión mayor, para poder ser ayudados de los de la mar, y poder nosotros ayudarlos en desembarcando para venirnos a ver el real. El capitán Juan Antonio Romero dijo que en otra ensenada muy cercana había hecho el aguada dos años antes y que estaba el agua buena y dulce, y se llamaba la ensenada de San Dionisio; que le

trasladó a Oaxaca en calidad de ayudante de su tío, don Isidro de Sariñana, obispo de aquella diócesis." Gabriel Gómez Padilla, "Kino en California: 1681-1686", publicado en *Espiral* vol. 21 No. 61, Guadalajara, septiembre-diciembre de 2014, 166-167.

[245] Al respecto, consultar: Michael Mathes, *First from the Gulf to the Pacific. The Diary of the Kino-Atondo Peninsular Expedition* (Los Angeles: Dawson´s Book Shop, 1969).

pareció estar todo eso verde, y en más cercanía de la mar, aunque no lo había registrado entonces con refleja.

Había asimismo otras dificultades para desamparar San Bruno e ir a la ensenada de San Dionisio, y que, por lo tanto, habiendo dificultades por todos lados, tomamos a la Madona por patrona y que ella nos diese la mano. Y echamos las suertes en su nombre y nos salió en suerte el papelico de San Dionisio.[246]

Los expedicionarios se trasladaron por la costa 25 kilómetros al sur. Aunque la visión pretérita de Romero, recabada durante la última expedición de Atondo (1685) con toda probabilidad fue engañosa, tomando los manglares como indicios de abundante vegetación terrestre, en la ensenada desembocaban vertientes con origen en la cercana sierra La Giganta (fig. 114 y 115).

Figura 114. Harry W. Crosby. Loreto y La Giganta desde Isla del Carmen, 1992. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb11274928

Figura 115. Howard E. Gulick. Calle de Loreto, 1957. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb4881788c

El navegante no debe haber conocido muchos detalles del paraje, si bien guardaba memoria de lo más importante: depósitos de agua en torno a un arroyo seco. Desembarcaron y de inmediato toparon con nativos guaycuras de lengua monquí, quienes recordaban la visita anterior de los conquistadores y con los cuales

[246] Juan María de Salvatierra, "Carta al padre Juan de Ugarte", en Miguel León-Portilla, *Loreto, capital de las Californias…* 100-101.

Salvatierra pudo comunicarse mínimamente gracias al diario del padre Juan Bautista Copart, quien fuera acompañante de Atondo y Kino. Su disposición era tan buena que "besaron el Santo Cristo hincados, y la Virgen".[247] Localizaron al suroeste una "mesa alta como más de una pica todo llana",[248] que además de contar con una pendiente para que las bestias pudieran bajar al agua, presentaba hacia el norte una densa cortina de arbustos espinosos, útil para resguardar el emplazamiento.[249] La vegetación estaba compuesta por mezquites, que si bien ofrecen buena sombra y leña, constituyen madera difícil de trabajar.

El 19 de octubre, después de explorar los alrededores, decidieron que era el mejor lugar disponible y desembarcaron sus bastimentos. Formaron trincheras con la carga y constituyeron un campamento precario. El 25 de ese mes (día que se considera de la fundación de Loreto, tal cual consigna otra inscripción en la portada del templo) desembarcaron "a la Madona", es decir la imagen de la virgen de Loreto que se conoce como *La Conquistadora*. Levantaron una capilla con la "tienda de don Domingo de la Canal". El 23 de noviembre arribó el padre Francisco María Píccolo, lo cual fue muy celebrado por Salvatierra y sin duda permitió compartir el liderazgo para fortalecer las labores de asentamiento, pues de hecho durante las últimas semanas de octubre hubo fuertes enfrentamientos con grupos de nativos hostiles.[250]

Un templo de adobe

En torno a las tiendas de lona se había construido con las ramas de los mezquites que fue necesario desmontar una suerte de empalizada. Esta instalación resultaba insuficiente para defenderse y protegerse de las condiciones climáticas, en una temporada de viento y lluvias. Por tanto, pronto la capilla y otras tres habitaciones se fortalecieron con edificaciones rudimentarias de varas trabadas, sustentadas por pedazos de piedra tosca y cubiertas con techos de zacate. Más tarde se añadieron cobertizos habilitados como talleres y corrales. Hasta 1699 no hubo edificios

[247] Juan María de Salvatierra, "Carta al padre Juan de Ugarte…" 103.
[248] Juan María de Salvatierra, "Carta al padre Juan de Ugarte…" 102.
[249] Harry W. Crosby, *Antigua California…* 268.
[250] Juan María de Salvatierra, "Carta al padre Juan de Ugarte…" 110-122.

mejores en el puerto.[251] Ese año, en el mes de marzo, Salvatierra hizo una solicitud a la audiencia de la Nueva Galicia:

> Pide que se le envíe un albañil oficialmente calificado, competente para construir la Santa Casa de Loreto. Joaquín, capataz de la fábrica en la catedral [de Guadalajara, se entiende], sabe que ya he hablado con una persona. Él puede ser convocado por el Señor Presidente [de la audiencia], y puede alcanzarse un acuerdo para el salario apropiado que debe ganar en California.[252]

Resulta interesante en esta comunicación constatar cómo la fábrica de iglesias importantes en las ciudades o poblados cercanos a ellas constituía el lugar más propicio para hacer contactos y contrataciones destinados a la asignación de tareas constructivas en lugares remotos. Naturalmente, Salvatierra conocía bien Guadalajara, Tepotzotlán y México, localidades en las cuales había residido, así que sería de éstas la urbe más cercana a la costa desde donde pretendió que la audiencia correspondiente, presidida por su amigo y aliado, José Miranda Villazáin, enviara gente a California. Como podemos ver, el solicitado era un operario especializado que no acudió a la península, seguramente por no lograrse que la autoridad aludida lo contratara.

Pero quizá lo más importante que ocurre entonces no es esta solicitud, sino la expresión de que Salvatierra estaba empeñado en sustituir la modesta capilla de varas por una Santa Casa de adobe, lo cual evolucionó de la siguiente manera:

> Cuydadoso se hallaba por este tiempo el P. Juan Maria, apremiado de los deseos, que tenia de dar asiento firme a la mission de Loreto, de la cual pendia el buen progreso de las demás. Contaba ya veinte y un meses de residencia en Californias; y todo este tiempo lo havian pasado con el suplemento de una pequeña Capilla, y tres aposentos, harto incomodos y estrechos. Quisiera ya, levantar nuevas fábricas de Yglesia, aposentos y otras piezas necesarias para la conservación y perpetuidad de aquella mission; pero se hallaba atajado en sus intenciones por falta de medios

[251] Harry W. Crosby, *Antigua California…* 268.
[252] The Bancroft Library, *Mexican Manuscripts*, "Papeles de jesuitas, 1649-1749", No. 27, citado en: Harry W. Crosby, *Antigua California…* 269.

> necesarios para la fábrica. Tardaba ya mucho el socorro que havian de llevar los barcos de la Nueva España… Por esta causa no se atrevía el Padre a poner en execución sus deseos de dar principio a la nueva fábrica, por no tener maíz, ni otro precio con que pagar el trabajo de sus obreros.
>
> […]
>
> Por otra parte, considerando que aquella obra era del servicio de Dios y de María SSma., y acordándose de lo mucho que la Señora havia favorescido hasta entonces aquella conquista, parescióle que era poca confianza en su patrocinio el no empeñarse a su Santa Casa, aunque se viesse destituido de los medios indispensables: pues debía confiar que la gran Señora se daría como obligada por favorescer este intento, viéndolo metido en el empeño por su amor y servicio.[253]

La estrategia de Salvatierra fue sencilla pero reveladora de sus dotes de convencimiento. Reunió a los soldados en el espacio que servía como capilla el 27 de junio, para oficiar, como era costumbre cada fin de semana, en honor de la virgen del Rosario y la lauretana. El padre Miguel Venegas cuenta que hizo hincapié en lo mucho que debían a María y en lo imperativo que era "promover las cosas de su servicio. Que entre ellas la más urgente por entonces era edificar la Yglesia, y la Santa Casa de la Señora: para que allí fuese colocada su Santa Imagen con mayor decencia, y venerada con más devocion."[254] Suena un tanto desconcertante esta reiterada afirmación respecto a edificar iglesia y Santa Casa, ya que no aclara, como dije, si expresaba el deseo de erigir literalmente un edificio nuevo y luego otro más pequeño dentro de éste (tal cual se estilaba en los santuarios dedicados a la advocación lauretana) o el más modesto de alzar un solo edificio que contuviera simbólicamente al otro.

Como sea, el misionero habló acerca de su propia prudencia por decidirse a esperar bastimentos (y sueldos retrasados de los soldados) en los barcos antes de poner a la gente a trabajar. Luego, en un giro dramático, maldijo dicha prudencia y en un ejercicio sorpresivo, preguntó a los soldados si valía la pena someter al arbitrio de estas contingencias la retribución de todos los presentes a los favores de la

[253] Miguel Venegas, *Obras californianas*… Tomo IV, 123.
[254] Miguel Venegas, *Obras californianas*… Tomo IV, 124.

virgen. Por supuesto, ellos respondieron que no y se comprometieron a trabajar sin ningún pago desde el día siguiente. Además, el barco llegó aquella misma tarde con provisiones y las libranzas de los soldados, así como bienes solicitados en la memoria de ese año, que surtía el entonces procurador en la capital novohispana, padre Juan de Ugarte.

Se decidió que la nueva casa de los padres e iglesia estuvieran alejados del presidio, trasladándose en dirección oeste de la empalizada, para situarse más o menos donde se encuentra el templo actual. Los soldados desmontaron el terreno y según Venegas: “Corrió los cordeles el P. Francisco María Píccolo, acompañado del Capitán D. Antonio García de Mendoza, y señaladas las lineas para las zanjas, dieron principio a cabar en ellas”. El emplazamiento se hallaba “ como dos quadras del Pressidio”, orientado en dirección norte-sur (con el frente hacia el sur, como el actual templo) y con unas dimensiones de veinte varas de largo por seis de ancho (aproximadamente 17 x 5 metros).

La anchura de tal edificio, como la del actual, estaba inevitablemente limitada por el tamaño que tendrían las vigas de madera destinadas a sostener su techumbre, que habían de ser transportadas por vía marítima desde la contracosta. Lo anterior sin duda determinó el aspecto final de aquel templo y del actual como alargados rectángulos. Para entonces, solamente conocían de métodos constructivos Salvatierra, Píccolo y el militar García de Mendoza, quienes instruyeron a los indios cómo “batir lodo” y fabricar adobes, único material disponible. También se menciona que el avance de la construcción fue muy lento, al punto que Salvatierra “dispuso que se le hiziera [a la virgen] una Capilla de adoves junto a la Yglesia mas capaz que la primitiva.” Es decir, no se edificó la capilla para albergar una Santa Casa anexa a la iglesia, sino como lugar provisional para la imagen mientras el templo se concluía.

El 8 de septiembre de 1700 se dedicó esta capilla, “con techo pajizo de tixera” y completamente encalada por dentro, conmemorándose la Natividad de María con una procesión que trasladó la imagen a su nueva sede. Para decorar este recinto provisional, el padre Salvatierra: “Havia solicitado en aquel año […] a costa de varios benefactores un retablito muy decente al tamaño de la Capilla, y juntamente algunas

imágenes, quadros y doseles, para adorno de las paredes".[255] Al tiempo que se concluía la capilla se llevó a cabo la edificación de la casa de los padres, que constaba de tres aposentos colocados en ángulo recto con respecto al templo. Los días 21 y 22 de septiembre hubo una fuerte tormenta que puso a prueba las nuevas construcciones y casi destruyó la casa misionera, cuyos adobes no terminaban de secarse. En 1701, el padre Francisco María Píccolo describe los avances que tenía Loreto:

> El Estado de la Fortificación es razonable. Está situada en la Encenada de S. Dionisio, a orillas del mar en vn puesto llamado por los Naturales Conchó y oy Loreto Conchó. Dicha Fortificación consta de vna Trinchera, que está en quadro, y es bastante para una buena Plaza de Armas y quarteles de los Soldados. A distancia de dos tiros de arcabuz está la Capilla de nuestra Señora de LORETO; y junto a ella, la vivienda del P. Missionero, con oficinas y vna buena huerta, con pozo dispuesto para Noria. La materia de la Capilla, casa del P. Missionero y quarteles de los Soldados, es de adobe bueno y sus techos de tixera.[256]

La iglesia demoró cuatro años, dedicándose también en ocasión de la Natividad de María, el 8 de septiembre de 1704, con la asistencia de los cinco sacerdotes que por entonces se encontraban en California: Salvatierra, Píccolo, Juan de Ugarte, Pedro de Ugarte y Juan Manuel de Basaldúa. Ese mismo mes Salvatierra fue llamado a México para asumir como provincial de la Compañía y Ugarte debió hacerse cargo de mantener los edificios ante el embate de un huracán. Este misionero construyó un almacén "fuerte con paredes de cal y canto y en su continuación otro aposento muy capaz para habitación del P. Missionero, y otra pieza, para aumentar vivienda, en que hospedar a los Padres Missioneros cuando baxaban de Loreto."

[255] Miguel Venegas, *Obras californianas*… Tomo IV, 127.
[256] P. Francisco María Píccolo, S. J., *Informe del estado de la Nueva Cristiandad de California*… 52-53.

> Para hazer estas piezas, halló piedras sufficientes para quemar la cal en la Isla de Coronados, que está cerca de la Isla del Carmen azia el Norte. Ingeniose también en hazer ladrillos para techar las azoteas, y enladrillar los suelos de abaxo. Pusoles viguería de Cedro, y de la misma madera hizo todas las puertas y ventanas. Las bigas se cortaron en la mission de [San] Saba de la Provincia de Cinaloa, y por el rio de A[h]ome se conduxeron hasta el puerto: desde donde fueron transportadas a Californias. Con estos materiales, quedaron bien seguras y fuertes aquellas piezas, que el Padre fabricó en poco más de dos años, que estuvo por Superior del Presidio por ausencia del P. Juan Maria. Y aunque deseaba hazer lo mismo en la Yglesia, techándola con bigas, no se pudo entonces por no haver fuerzas para tanto: pero se consiguió en los años siguientes: como también el perficionar el recinto del Pressidio, y acabar los quarteles de los Soldados: los cuales desde el dia dos de Julio [de 1699], en que se tiraron los cordeles para la nueva Yglesia, quedaron aumentados hasta el número de treinta…

Con tales edificaciones, de adobe en su mayor parte, pero también de mampostería en el caso de las construidas por Juan de Ugarte, y un huerto para legumbres y árboles frutales que requirió la apertura de un pozo, la misión quedó compuesta. Poco después el padre Pedro de Ugarte, hermano de Juan, edificó una habitación que cerró el conjunto.[257] Su traza conformaba un cuadrángulo en cuyo centro había un patio de aproximadamente ocho metros (la longitud de la iglesia) por lado. Como podremos ver, esta disposición es la misma que se mantiene hasta la fecha. No solo eso, sino que muy probablemente se aprovecharon algunas partes de ese templo y conjunto para edificar el actual. Hacia el oeste se construyeron asimismo dos hileras de casas de adobe destinadas a los neófitos. Todo ello, según parecería, buscando mantenerlos lo más alejados que fuera posible del presidio y en cambio cercanos a los padres.

Me he demorado en esta prolija descripción de la construcción del templo de adobe de Loreto y sus anexos porque es el mejor testimonio que existe al respecto en la península y con la intención de hacer hincapié en lo poco desdeñables que deben haber sido los templos de dicho material construidos por los jesuitas, pese a

[257] Miguel Venegas, *Obras californianas*… Tomo IV, 127.

que solo conocemos actualmente sus ruinas. También resulta importante destacar la exposición que tuvo y tiene el puerto de Loreto al impacto de huracanes que se forman estacionalmente cada año. Estos fenómenos no han dejado de golpear sus edificios, siendo una de las principales causas de la casi destrucción del templo actual. Sabemos que por lo menos en 1717 y 1728 causaron fuertes daños a la iglesia, que requirieron reparaciones mayores.[258] El año 1877 quedó marcado por la ocurrencia de un terremoto que dejó la iglesia de piedra, posterior desde luego al templo de adobes, en muy mal estado.[259]

El templo de piedra y la casa de la discordia

Todo indica que entre 1740 y 1742 comenzó a construirse el actual templo de Nuestra Señora de Loreto, estando a cargo de la misión el padre Jaime Bravo, sacerdote aragonés que llegó a la península como hermano coadjutor con Salvatierra en 1705, cuando el entonces padre provincial acudió a visitar sus propias fundaciones. Le sucedió a Salvatierra tras su muerte en 1717 como superior de las misiones californianas. Formaba parte de la segunda generación de jesuitas californianos y sin embargo había tenido oportunidad de conocer perfectamente a los fundadores: Salvatierra, Píccolo y Ugarte, de quienes había aprendido todo lo necesario para desenvolverse en la región.

El padre Francisco María falleció en 1729 y el padre Juan en 1730, así que el terreno estaba ahora dispuesto para que sus sucesores dieran continuidad a la empresa jesuita. Píccolo estaba enterrado en el templo de Loreto, Ugarte en el de San Francisco Xavier y Salvatierra había perdido la vida, luego de una larga enfermedad, en Guadalajara, donde fue sepultado. En todo caso, seguramente el padre Jaime tenía muy presentes a los tres personajes y especialmente la devoción de Salvatierra por la lauretana cuando se encargó de impulsar la fábrica final de su templo, que por cierto no incluye una Santa Casa pero en algunos sentidos, como veremos más adelante, enuncia cierta identidad con esta reliquia. En 1744, el padre

[258] Harry W. Crosby, *Antigua California*… 271.
[259] Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…*17.

visitador Juan Antonio Baltasar, en informe dirigido al provincial, padre Cristóbal de Escobar y Llamas, se refiere a este templo en los siguientes términos:

> En la misión de Loreto, el padre rector Jayme Bravo, acompañado de el hermano [coadjutor, Juan Bautista] Mugazábal (que *est vir bonus atque pius*, criado en sencillez y aplicado bien a su trabajo) ha acabado una fábrica que remeda un collegio y es tal que excede todas nuestras misiones y, desde Guadalaxara acá, ni en Chiguagua ni Parras hay cosa tan buena; iglesia, casa, troxes, almazén: todo de cal y canto, firme y sólido que causa admiración. El P. Jayme causa respeto al verlo, y respira perfección y mortificación. Merece toda alabanza y le deberá la California eterna memoria y agradecimiento. No obstante, ni me conformo a todos sus dictámenes; y lo que hay en contra de el padre, lo apuntan los papeles aclusos.[260]

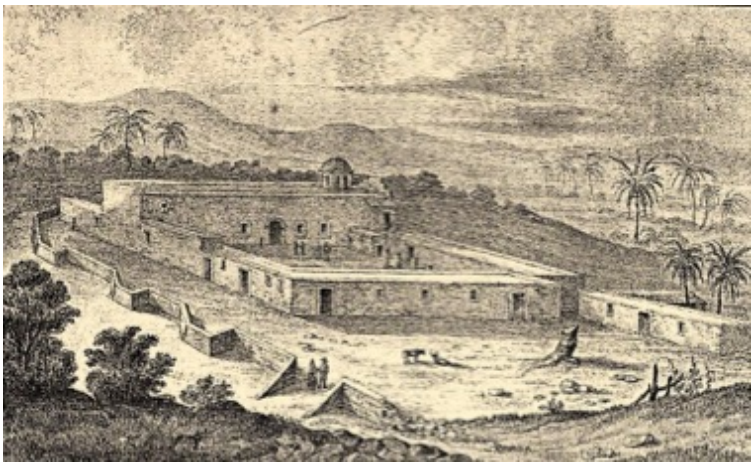


Figura 116. Joseph Antoine Decaen (¿?-1866). La misión de Loreto en el siglo XIX (1855-1856). Litografía. Imagen tomada de: https://www.paratodomexico.com/historia-de-mexico/evangelizacion-de-mexico/primera-mision-jesuita-en-mexico.html

Desde luego, notamos en este informe que no se hace ninguna mención de una Santa Casa aunque en cambio se pondera enormemente la calidad y dimensiones de lo construido, comparándolo con un colegio. Para Harry W. Crosby esta similitud aparente surgiría de la simpleza de volúmenes y sus dimensiones toscas o poco

[260] "Informe redactado hacia 1744 por el visitador de las misiones norteñas, padre Juan Antonio Baltasar, y dirigido al padre provincial Cristóbal de Escobar y Llamas, reseña a los catorces misioneros de Baja California.", en Ernest J. Burrus S. J. y Féliz Zubillaga S. J., *El noroeste de México. Documentos sobre las misiones jesuíticas 1600-1769* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1986) 484-485.

amables.[261] Por el contrario, considero que Baltasar se refería no solo a la iglesia sino al conjunto, que debe haberle parecido demasiado amplio e innecesariamente ostentoso para un lugar tan apartado. Tal interpretación coincide con el hecho de que a la par que Bravo coordinaba la construcción del conjunto propició que se edificara una amplia casa para los padres. Dicha casa, desligada físicamente del resto de los edificios, se halla hasta nuestros días en una esquina de la plaza frente al templo (fig. 117). Construida con sólida piedra y mortero, mide 22 x 10 metros y seguramente en la época cuando Baltasar la visitó debe haber lucido lo más semejante a una mansión que puedan haber imaginado los misioneros del noroeste novohispano. Ciertamente, en cualquier otro emplazamiento hubiera servido con tanta capacidad y calidad como para convertirse al menos en una capilla. Es utilizada en la actualidad como vivienda. Desde la expulsión de los jesuitas, en 1768, hasta 1829 fungió como vivienda para el gobernador de las Californias.[262] El hecho es que en su momento despertó la envidia de los soldados del presidio, albergados todavía en una serie de cuartos de madera dentro de su empalizada, motivando al visitador las siguientes palabras:

> Lo cierto es que, en la misión de Loreto, ay tales obras y fábricas que denotan mucho gasto. Este de dónde aiga salido el padre Jaime lo dice y lo tiene apuntado. Todos, nuestros y extraños, affirman ser de lo ganado en el manejo del presidio (porque lo ganado de la misión sola de Loreto y sus frutos sepparados del almacén es respectivamente corto y está todo apuntado). De aquí nacen las dudas si estas ganancias sean lícitas, de quién sean, y si sean bien gastadas.
>
> Las ganancias nacen porque, en esta tierra, todo vale el doble que en México, y no parece que aya razón porque esta ventaja no la logren nuestros géneros y frutos.
>
> […]
>
> La duda mayor solamente es, si se ha hecho algo más de lo necesario en viviendas, en que me parece que sí. Pues, aunque para el concurso de

[261] Harry W. Crosby, *Antigua California*… 272.
[262] Harry W. Crosby, *Antigua California*… 273.

> padres para sus juntas no es nimia, sino moderada la fábrica; pero a estas juntas y hospederías no estaban obligados los soldados si de ellos era la ganancia [porque las ventas del almacén se realizaban a estos soldados y eran sus salarios los que, según el razonamiento de Baltasar, creaban cierta abundancia para los padres]. También, y con razón, se duda si se debiera aver fabricado el presidio, casas para el capitán y soldados, de lo qual ay casi nada; y en esto también me parece que reclaman bien los soldados (si la ganancia era de ellos), viendo acomodados a los padres, y a sí mismos desatendidos. Y este punto, precissamente, pide reforma y satisfacción.[263]

No se sabe a ciencia cierta si el nuevo templo de piedra aprovechó la estructura del anterior de adobe pero resulta muy probable. En primer término, porque se articuló con un conjunto previo cuya similitud en la disposición es muy grande. También, para no modificar la ubicación de la tumba del padre Píccolo. Este misionero se encontraba enterrado frente al altar desde 1729 y difícilmente sería exhumado o desplazado de tal sitio. Lo más probable es que simplemente se haya agrandado la estructura precedente. En 1744 falleció el padre Bravo, con lo cual de alguna manera se acallaron las quejas de los soldados y el reclamo de los superiores debido al costo de sus construcciones. Le sucedió el padre Gaspar Trujillo, quien incorporó al templo un retablo principal dorado, seguramente el que se menciona en los inventarios de 1773. Durante la administración de Trujillo se adquirió un órgano que permitió dar mayor esplendor a la liturgia y se dio paso también a la construcción de la torre del templo, que podemos apreciar en un grabado del viajero francés Joseph Antoine Decaen, elaborado en el siglo XIX (fig. 116). Tal añadido se concluyó hasta que Juan de Armesto se hizo cargo del gobierno de la misión, sucediendo a Trujillo, es decir entre 1748-1752.[264]

Sobre este conjunto y su entorno tenemos las siguientes palabras del padre Juan Jacobo Baegert, ya citadas con anterioridad:

[263] "El padre Juan Antonio Baltasar discute el estado económico de la procuraduría de Loreto, Baja California", en Ernest J. Burrus S. J. y Féliz Zubillaga, S. J., *El noroeste de México…* 490-491.
[264] Harry W. Crosby, *Antigua California…* 273-275.

Se parece tan poco a una ciudad, a un fortín o a una fortaleza como una ballena a un búho. La habitación del misionero, que al mismo tiempo era mayordomo… era un pequeño cuadrilátero de un solo piso, de adobes, ligeramente revocado con cal, con techo totalmente plano. La iglesia ocupa un ala que, en parte está construida de cantera y mezcla. Las otras tres alas consisten de seis cuartitos de tres brazas por cada lado, cada uno con un agujero para la luz que da a la arena o al mar, la sacristía, la cocina y una pequeña tienda…

[…]

Hacia el Poniente, se ven dos hileras de chocitas de lodo, en las que viven alrededor de ciento veinte californios… Además, se ven, desordenadamente diseminadas sobre la arena, de dos a tres y media docenas de barracas o casas de cuartilla, hechas de tierra, que más bien se asemejan a una vaqueriza en el pueblo más miserable, que a una casa, y, que, por lo regular, sólo consisten de una pieza. Este cuarto hace las veces de mesón, habitación, sala, vestíbulo y recámara para los soldados casados, para los pocos marineros, para carpintero y medio e igual número de herreros y para mujeres y niños. Por último, a unas enramadas se las echan de arsenal y astillero, y todo lo dicho junto, presume de "Capital" de Loreto.[265]

Figura 117. Howard E. Gulick. La casa más vieja en Loreto, 1957. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb96254799

Contrastando esas afirmaciones con las palabras del padre Baltasar, quien de ningún modo era adversario de los jesuitas californianos, pero sí un crítico de

[265] Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana…* 157-158.

aquello que había despertado rumores entre la soldadesca, no queda sino pensar que Baegert en buena medida usa ese tono despectivo que tanto lo caracteriza para desmentir las acusaciones que se le hacían a la Compañía de Jesús en la península. Su libro, escrito y publicado en el exilio europeo, indudablemente debe ser leído como una ingeniosa defensa de la empresa evangelizadora en California. Sumamente astuta, porque además de encarecer los esfuerzos y sufrimientos de los padres, como hicieron todos sus hermanos, echó mano de algo que parece frustración, resentimiento o amargura, pero en realidad opera esencialmente como un recurso retórico: hablar mal de las misiones, tratarlas cual si hubieran sido un penoso fracaso, acallando de este modo, con su propia crítica, a quienes impugnaban riquezas, prosperidad y dispendio. Evidentemente, omite con toda intención referirse a las construcciones de piedra que además de la iglesia componían el conjunto lauretano. De la gran casa de los padres, ni hablar. Poniendo atención a sus palabras, el énfasis recae, por el contrario, en las malhadadas habitaciones de los soldados, que efectivamente deben haber sido bastante pobres.

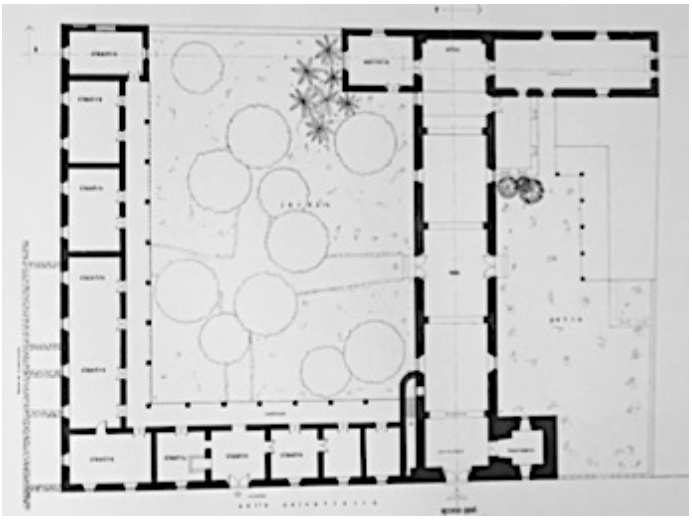


Figura 118. Planta arquitectónica del templo y conjunto misional actual de Loreto. Imagen tomada de: Salvador Hinojosa Oliva, *La arquitectura misional de Baja California Sur*… 26.

Con toda probabilidad, el puerto de Loreto, después de la construcción de su último templo se convirtió en un lugar notable dentro del noroeste novohispano (fig. 118). No hace falta mayor prueba de ello que la continuidad en su consideración como centro administrativo y comercial de las Californias, como ya dije, hasta 1776, y de

la Baja California hasta 1877, cuando los daños provocados por un terremoto obligaron a cambiar la sede de gobierno hacia el sur. El conjunto es relacionado en los siguientes términos dentro de los inventarios de 1773, elaborados durante la entrega de las misiones de los franciscanos a los dominicos:

> Una iglesia de cal y canto de cincuenta y siete varas de largo y siete de ancho, enladrillada, con azotea de vigas; su coro de madera y bajo de él una capilla de Nuestra Señora de Dolores, también de cal y canto, de veinte varas de largo y seis de ancho también con su azotea enladrillada y al lado del evangelio una pieza para la sacristía, también de cal y canto, con una azotea de ocho varas de largo y seis varas de ancho; tiene la reja torneada hacia el presbiterio, y lo mismo la capilla.
> […]
> El bautisterio (que está bajo el coro, dentro del cubo de la torre, se reduce a una pieza cuadrada como de cuatro varas); tiene su puerta de reja torneada de madera…
> […]
>
> Una vivienda pegada a la iglesia clausurada con cal y canto, con sus azoteas, que tiene trece piezas bajas y dos altas, y otro cuartito chico con una puerta afuera y dos corralitos de adobe.[266]

Figura 119. George E. Lindsay. Templo de la misión de Loreto, 1938. Fotografía tomada de: Archivo Histórico Pablo L. Martínez de BCS (AHPLM-BCS).

[266] Eligio Moisés Coronado (ed.), *Descripción e inventarios…* 25-26.

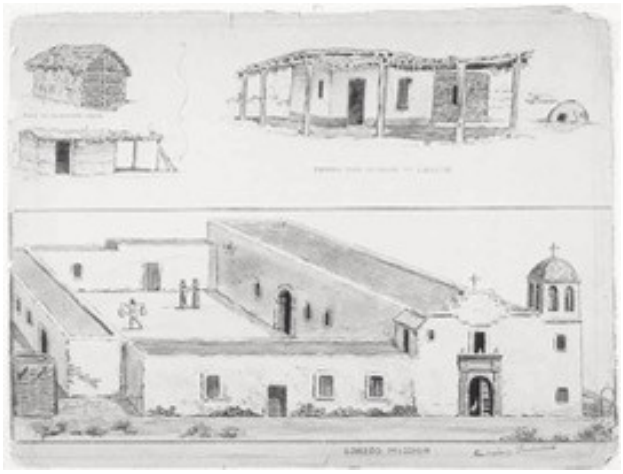


Figura 120. José Jacinto "Jo" Mora (1876-1947). *Loreto Mission*, acuarela y grafito sobre papel. Imagen tomada de: Michael Komanecky, "Jo Mora and the Missions…" 215.

Cabe apuntar que todas las medidas referidas coinciden con las actuales. Por ejemplo el templo, construido con un esquema modular que replica cinco cuerpos a lo largo de la nave, separados por pilastras adosadas que sostienen arcos de medio punto, mide 49 x 6 metros. Es decir, su anchura equivale a poco más de la octava parte de su longitud. Por ello se le ha descrito como un largo pasillo con apariencia de almacén,[267] pero tal forma alargada, como ya dijimos, es resultado de la decisión de techarlo con vigas de cedro provenientes de Sinaloa, cuya máxima longitud disponible condicionó el ancho del edificio. Éste se concibió amplio para recibir un gran número de fieles y tiene una altura de nueve metros. Juan Jacobo Baegert afirma al respecto:

> La iglesia de Loreto es amplia, pero solo consiste de cuatro muros sin adornos con techo plano de vigas de cedro, muy bien talladas. En cambio, ninguna otra la iguala en cuanto a pinturas murales y suntuosidad de sus ornamentos.[268]

Juan Javier Bischoff, procurador en Loreto de 1752 a 1757, empezó la construcción de un dique para proteger las instalaciones del conjunto en temporadas de lluvias. Esta obra puede apreciarse en el grabado ya citado de Joseph Antoine Decaen.

[267] Harry W. Crosby, Antigua California… 272.
[268] Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana*… 170.

Alrededor de 1903, el viajero uruguayo José Jacinto Mora estuvo en Loreto y realizó unos dibujos donde muestra el conjunto de la iglesia y sus anexos tal cual se encontraban por aquel año. En esos dibujos podemos observar una torre-campanario bien proporcionada, con su cúpula enladrillada, que todavía estaba en pie (fig. 120). Por tanto, fue más avanzado el siglo XX cuando se derrumbaron tanto dicha torre como las cubiertas del templo, dejándolo en un estado ruinoso que se puede apreciar por fotografías tomadas entre los años treintas y cincuentas (figs. 121, 122 y 123).

Figura 121. Howard E. Gulick. Parte posterior de la portada del templo de Loreto, 1950. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb7885077t

Figura 122. Roger Revelle. Coro del templo de Loreto, 1939. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb3687086p

Figura 123. Roger Revelle. Ruinas del templo de Loreto, 1939. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb58031459

En este punto es preciso aclarar que el aspecto actual del templo de Nuestra Señora de Loreto se debe a las polémicas tareas de remodelación encabezadas por el padre Modesto Sánchez Mayón. Este sacerdote, nacido el año 1897 en Atengo, Jalisco, llegó a Loreto en 1947. Eran tiempos de abandono y una presencia muy limitada del Estado como salvaguarda de los monumentos históricos, además de que, según se dice, las condiciones del templo habían propiciado la pérdida de múltiples objetos y la destrucción de sus retablos. En este contexto, dicho sacerdote se propuso junto con la comunidad local rehabilitarlo, logrando que se abriera de

nuevo al culto el 3 de diciembre de 1952. Como parte de dicha campaña se colocó y encaló la portada con una cubierta de cantera que luce hasta la fecha (figs. 124 y 125). Posteriormente, en un golpe de suerte (nuevo giro dramático, al estilo de lo ejecutado por Salvatierra para levantar el primer templo de adobe) o lo que la voz popular interpreta como un milagro, el padre Mayón ganó el premio mayor de la Lotería Nacional el 15 de septiembre del año 1955. Se decidió entonces edificar una nueva torre al templo, la cual desentona con el resto del edificio tanto por la piedra empleada, que es una cantera diferente a la de la portada, como por su exagerada altura (por lo menos triplica la de la torre original) y la incorporación de numerosos arcos y relojes (figs. 126 y 127).

Figura 124. Marquis McDonald. Templo de la misión de Loreto, 1949-1950. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb94569091

Figura 125. Marquis McDonald. Templo de la misión de Loreto, 1949-1950. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb6180431s

La polémica posterior con el gobierno federal por este añadido tan fuera de lugar y aspecto tan discordante con el resto del edificio resultó agria. Se pretendió que al menos se eliminaran los relojes de la torre, concluida en 1957 (y que, podemos pensar, ninguna dependencia supervisó durante todo el tiempo que duró su construcción, pues en el entonces Distrito Sur del Territorio de la Baja California no había oficinas aptas para tal función). Los habitantes de Loreto se opusieron y movilizaron, argumentando que habían solicitado repetidas veces asesoría y

respaldo para su iniciativa, sin encontrar eco en las distantes autoridades federales. El hecho es que la torre con relojes se quedó tal cual, el templo se conserva y el padre Mayón fue reconocido en el Vaticano por el papa Juan XXIII, quien lo nombró monseñor.[269]

Figura 126. Howard E. Gulick. Templo de Loreto, 1957. Fotografía tomada de: University of California-SanDiego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb5495747w

Como último gesto de homenaje al padre Juan María Salvatierra, el sacerdote jalisciense propuso al pueblo la construcción, en 1974, de una Casa Santa, es decir una réplica no de la Santa Casa lauretana sino de la basílica que la contiene. La obra se realizó fuera del perímetro del conjunto misional, hacia el norte del pueblo, en una escala y con características más modestas que su modelo, pero preservando la tipología basilical inspirada en la Basílica de la Santa Casa en Ancona, Italia. No es materia de este trabajo abundar en el conflicto que rodeó la remodelación del templo de Loreto, pero sin duda las iniciativas del padre Mayón, así como el respaldo que recibieron por parte de la comunidad lauretana, podrían servir como motivo de reflexión en torno a la importancia de la participación de las colectividades donde se encuentran asentados los monumentos artísticos e históricos. El padre

[269] No hemos localizado referencias al padre Modesto Sánchez Mayón sino en páginas electrónicas como las siguientes: http://vamonosalbable.blogspot.com/2009/02/el-padre-modesto-le-pego-al-gordo.html,
http://www.inafed.gob.mx/work/enciclopedia/EMM03bajacaliforniasur/municipios/03009a.html y
https://tallerdehistoriadetecate.org/2017/08/30/modesto-sanchez-mayon-1897-1987-fundador-de-la-estacion-misional-santa-maria-de-tecate/

Modesto murió en 1987, a los noventa años. Se encuentra enterrado dentro de su Casa Santa, frente a la cual existe un busto que lo recuerda, mientras que sobre la Carretera Transpeninsular, en las inmediaciones de Loreto, se exhibe en calidad de reliquia un viejo *Jeep* donde supuestamente se trasladaba por la zona (figs. 128, 129 y 130).

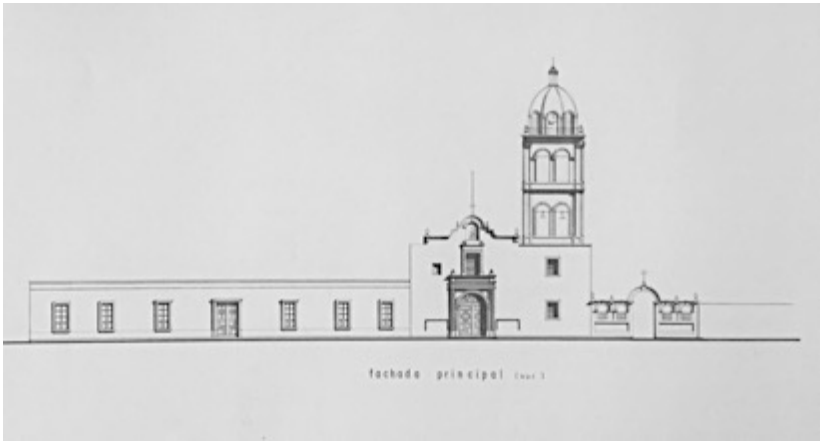


Figura 127. Fachada del templo y conjunto misional actual de Loreto. Imagen tomada de: Salvador Hinojosa Oliva, *La arquitectura misional de Baja California Sur…* 29.

Materialidad, confusión y devoción

Seguramente al fundador de las misiones californianas le sorprendería mucho saber que en Loreto existe hoy en día una Casa Santa en el poblado pero no una Santa Casa dentro del templo, cual posiblemente fue su intención. Aunque es difícil entender exactamente qué es lo que se propuso el padre Modesto Sánchez Mayón al edificar una réplica de la basílica de Ancona y no la Santa Casa que está dentro, cabe deducir que sus propuestas tuvieron que ver con que en la década de los setentas, después de la remodelación del templo, le resultaba imposible intervenir nuevamente el edificio misional, pues las autoridades gubernamentales estaban puestas sobre aviso de la creatividad del religioso.

De cualquier manera, éste se empeñaría por dotar a la misión bajacaliforniana de una referencia directa hacia el santuario italiano. Su lejanía frente a la tradición jesuita quizá lo llevó a concebir un santuario desligado de la imagen que necesariamente constituiría el foco devocional lauretano, incluso desprovisto de una réplica de la reliquia tan anhelada por Salvatierra, que junto con

la imagen de la madona otorga sentido a la devoción hacia la Santa Casa. Es decir que se desentendió del contenido y reprodujo en cambio el continente. Lo cierto es que, con todo lo bien hecha y atractiva que luce su pequeña basílica, hasta donde sabemos carece de vínculo alguno dentro del imaginario colectivo local con el templo misional y su venerada imagen mariana.[270]

Figura 128. Busto del padre Modesto Sánchez Mayón. Fotografía tomada de: http://vamonosalbable.blogspot.com/2009/02/el-padre-modesto-le-pego-al-gordo.html

Figura 129. "Casa Santa" de Loreto, Baja California Sur. Fotografía tomada de: http://vamonosalbable.blogspot.com/2009/02/el-padre-modesto-le-pego-al-gordo.html

Figura 130. *Jeep* del padre Modesto Sánchez Mayón, sobre la Carretera Transpeninsular. Fotografía tomada de: http://vamonosalbable.blogspot.com/2009/02/el-padre-modesto-le-pego-al-gordo.html

Resulta de cualquier manera harto significativo que la insistencia de Salvatierra por contar con una Santa Casa en la península haya encontrado alguna clase de eco, incluso distorsionado, en el siglo XX. De hecho, la relación entre el padre Juan María y el edificio donde según la tradición nació y vivió María nos inducen a replantear en términos muy particulares su identidad y carácter como fundador de las Californias. Aunque este misionero no es principalmente reconocido por sus dotes para la construcción, como sí ocurre con sus hermanos Francisco María Píccolo y Juan de Ugarte, y quizás tuvo una participación directa menor en la fábrica de edificios, de ellos (y de todos los misioneros novohispanos) representa el más

[270] He visitado Loreto una docena de veces, varias de ellas durante las fiestas patronales; también conozco a muchas personas oriundas de ese poblado. Sin embargo, no había tenido noticia alguna de la Casa Santa sino hasta que investigué la obra singular del padre Sánchez Mayón.

estrechamente ligado con la arquitectura. Lo anterior, porque su devoción, vocación y actividad como evangelizador está indisociablemente ligada con la construcción de Santas Casas en la Nueva España.

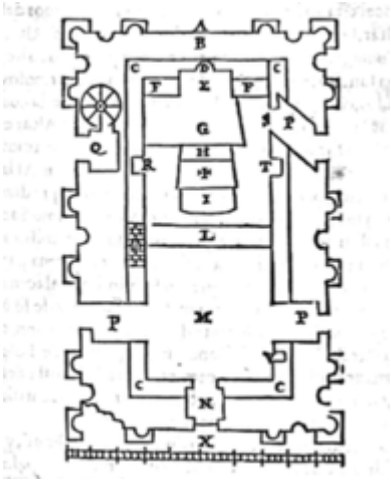


Figura 131. Planta de la Santa Casa de Loreto. Imagen tomada de: Juan de Burgos, *Discursos panegíricos de las glorias de la serenísima reina de los ángeles en su sagrada Casa de Loreto…* 148.

Los dos textos principales en lengua castellana que dan cuenta de la devoción por la Santa Casa lauretana son: *Discursos panegíricos de las glorias de la serenísima reina de los ángeles en su sagrada Casa de Loreto*, de Juan de Burgos, publicado en Madrid el año 1671,[271] y *La casa peregrina* de Francisco de Florencia, publicado en México en 1689.[272] No resulta casual que ambas obras se hayan editado en el siglo XVII y que uno de sus autores resulte español, mientras que el otro novohispano. Tampoco es azaroso que apenas medien dieciocho años entre ambos libros. La dupla de autores jesuitas y las fechas de sus publicaciones señalan el auge que tuvo dentro de esta orden religiosa y sobre todo en el ámbito hispanoamericano la devoción lauretana durante el segundo siglo del virreinato. No obstante, la relación entre los ignacianos y la virgen de Loreto se remonta al siglo XVI, pues la Compañía de Jesús se hizo presente en dicho poblado italiano y tomó

[271] Juan de Burgos, S. J., *Discursos panegíricos de las glorias de la serenísima reina de los ángeles en su sagrada Casa de Loreto* (Madrid: José Fernández de Buendía, 1671).
[272] Francisco de Florencia, S. J., *La casa peregrina en que nació la Reyna de los Ángeles* (México: Herederos de la Viuda de Fernández Calderón, 1689).

bajo su cuidado el santuario dedicado a dicha reliquia a partir del 3 de diciembre (día de San Francisco Xavier) de 1553.[273]

Juan María de Salvatierra nació en Milán, Italia, el año 1748. Sus padres fueron Juan de Salvatierra, de Andújar, Andalucía, y Bárbara Visconti, descendiente de los duques milaneses. Estudió letras en el seminario de Parma, mostrando desde muy joven vocación religiosa y especial devoción hacia la virgen María, motivo que lo llevó a adoptar su segundo nombre. Inició el noviciado en Génova y lo concluyó en Chieri, cerca de Turín. En este último lugar conoció a Juan Bautista Zappa, quien le llevaba cinco años y se convirtió en una especie de tutor espiritual, además de compañero inseparable. A instancias del padre Francisco de Florencia, a la sazón procurador de la Provincia Mexicana en Roma, ambos desarrollaron un interés especial por misionar en la Nueva España, así como la devoción guadalupana. Sumaron a ésta la de Loreto, una imagen de la cual visitaban a las afueras de Génova. Solicitaron su envío a las misiones y llegaron a América en 1675. Continuaron estudios en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo de ciudad de México.[274]

Posteriormente asignado al Colegio del Espíritu Santo de Puebla, Salvatierra se incorporó como asistente del anciano Juan de Burgos, autor del importante libro lauretano que ya he mencionado, quien seguramente fue impulsor de una mayor devoción en torno a la virgen de Loreto. Luego regresó a la ciudad de México, donde se reunió de nuevo con Zappa. Junto con éste y en esa época, tras superar una fuerte enfermedad, concibe su primer proyecto arquitectónico: la edificación de la Santa Casa de Nazaret en el Colegio de Indios de San Gregorio de la capital. Ambos iniciaron el proyecto en torno a 1679 pero a Zappa lo enviaron al Colegio de San Francisco Xavier de Tepotzotlán, así que Salvatierra lo concluyó. Resulta sobremanera curiosa la forma como el padre Juan María recorría la ciudad de México pidiendo donativos para este fin:

[273] Clara Bargellini, "Lugares de reliquias: la capilla de Loreto y el relicario de San José", en *Jesuitas, su expresión mística y profana en la Nueva España* (Toluca: Gobierno del estado de México, 2011) 200.
[274] Miguel Venegas, *Obras californianas*… Tomo V, 2-55.

> …havida licencia de los Superiores, resolvió a salir con unas arganas al ombro por las calles de Mexico, y para mover mas suavemente las voluntades, hizo fabricar de carton un pequeño modelo de la Santa Casa, que cargaba siguiendo al Padre un Indiezuelo Colegial del Seminario de S. Gregorio, y servia de muestra para dar noticia de la obra de la Santa Casa, para cuya fabrica se pedia la limosna.[275]

Aparte del ingenio, queda claro que las habilidades técnicas que se les suelen atribuir a los misioneros tenían sus límites, porque aquí se menciona que el padre no construyó él mismo la maqueta, cual sería tarea rutinaria para un arquitecto experimentado, sino que la "hizo fabricar." Tampoco se menciona en ninguna parte que Zappa o Salvatierra hayan desarrollado personalmente actividades constructivas, lo cual sería innecesario en un sitio urbano, pero sin duda fueron los autores del proyecto y quienes se aseguraron de cumplir un requisito indispensable en el caso de réplicas de la Santa Casa: que sus medidas y características se ajustaran con rigor a la de Italia.

Estas medidas y planta precisas le fueron enviadas a Salvatierra por un hermano suyo, de nombre Juan, quien residía en Génova y también remitió "una Cabeza de la Señora de Loreto, y un Niño Jesus, como el que tiene en sus manos en aquella Casa original, y Angelical…"[276] Las medidas de la casa son poco más de 9 x 4 metros, con una configuración rectangular donde el largo del edificio excede en poco más de dos veces su anchura (fig. 131). La Santa Casa en San Gregorio se dedicó junto con una imagen dotada por Isabel Medina Picazo (integrante de la misma acaudalada familia que donó la imagen titular del templo bajacaliforniano) el 5 de enero de 1680. Posteriormente, el padre Zappa reedificó dicha casa en 1686, para acercarla más al centro de la iglesia. El mismo Zappa, en Tepotzotlán, se hizo cargo de promover la Santa Casa de Loreto que está en dicho Colegio, dedicada en 1680, mientras que Salvatierra fue enviado a las misiones de Sinaloa y la Tarahumara, donde permanecería hasta poco tiempo antes de su salida para California. No se conoce que en esos emplazamientos haya fomentado la construcción de Santas Casas, seguramente porque ahí apenas desarrollaba un

[275] Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo V, 48-49.
[276] Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo V, 48.

duro aprendizaje de la vida en misiones. Está claro, sin embargo, que conservó el proyecto de expandir tal devoción y que, aprovechando las experiencias adquiridas, en cuanto tuvo oportunidad de hacerlo, asumió de nuevo y de una manera determinante para la evangelización californiana el impulso lauretano. Previo a su salida hacia la península, se desempeñó un tiempo como Rector del noviciado en Tepotzotlán y ahí refrendó con entusiasmo su devoción por la Santa Casa y su virgen (fig. 132).[277]

Figura 132. Vista exterior de la Casa de la Virgen, 1733. Capilla de la Virgen de Loreto, Iglesia de San Francisco Xavier, Tepotzotlán, Fotografía: Javier Hinojosa y Lourdes Almeida, tomada de: Luisa Elena Alcalá, "Piedras y ladrillos, tepetates y oro…", 373.

Aunque, como ya indiqué, las medidas de la Santa Casa determinan un rectángulo en el cual la anchura representa poco menos de la mitad de la longitud, y tales dimensiones en modo alguno coinciden con las de nuestros sucesivos templos lauretanos en la Antigua California: ni el de adobe ni el de piedra, ambos mucho más largos que anchos, es imposible no suponer que de alguna forma Salvatierra trató de llevar a cabo su proyecto constructivo en Loreto como una alusión a la reliquia del santuario italiano. Por principio, desconocemos la capilla que edificó junto al templo de adobes en construcción entre 1699 y 1704, así que resulta factible suponer que su tipología pudiera haber resemblado una casa, sino la Santa Casa.

[277] Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo V, 2-55. Respecto a la estancia de Salvatierra en Tepotzotlán y la devoción lauretana en dicho sitio, se recomienda ver: Gabriel Gómez Padilla, "Salvatierra en Tepotzotlán" y Alma Islas Olivares*, "La devoción lauretana en el colegio jesuita de Tepotzotlán",* ambos en *Jesuitas, su expresión mística y profana en la Nueva España…*

Esta precisión es pertinente, pues más allá del tema de la fidelidad exacta a las dimensiones y planta de la esidencia, importa mucho para los fieles de esta devoción su carácter domestico; es decir, su capacidad para simbolizar y representar un hogar sencillo y rústico en el cual la madre de Cristo se hubiera sentido literalmente dentro de su casa, rodeada por un ambiente humilde.

La investigadora Luisa Elena Alcalá, dentro de su texto "Piedras y ladrillos, tepetates y oro: traslaciones materiales entre Tierra Santa, Italia y Nueva España", ha puesto importante acento en la materialidad de la Santa Casa de Loreto. Este ensayo, centrado en la recepción y materialidad de la reliquia en el ámbito novohispano, concede un lugar relevante no solo a las medidas con que las réplicas locales de la Santa Casa pretendieron asimilarse a la italiana, sino, concretamente, a sus materiales y aspecto. La Santa Casa lauretana es difícil de apreciar en su forma original dentro de la mayor parte de fotografías existentes, pues en el siglo XVI, los papas Julio II y León X propiciaron que se construyera un lujosísimo santuario de mármol para contenerla. En ese diseño intervinieron artistas como Antonio da Sangallo, Baccio Bandinelli y Antonio Sansovino (fig. 133):

> Con la nueva estructura, la experiencia visual de los peregrinos en el santuario se transformó por completo. Al llegar, encontraban ante sus ojos el esplendor de la Roma renacentista: un conjunto clásico de mármol que proyectaba ideas acerca del arte y la modernidad, y que se servía del nuevo lenguaje visual para narrar y conmemorar la historia de la Virgen y la vida de Cristo. En su interior, veían la verdadera Casa de Nazaret. Si bien tenía su propia decoración lujosa –concentrada alrededor del altar levantado en el muro posterior, el *Santa Sanctorum*, donde se albergaba la escultura de la Virgen y el Niño Jesús–, el peregrino estaba rodeado por tres muros oscuros y sencillos que, hasta la actualidad, poseen un aura poderosa. Tanto es así que los peregrinos de ayer y de hoy buscan tocar esos muros, y algunos incluso les han quitado fragmentos raspándolos y arrancándolos. Como no sucede con ninguna reliquia, la verdadera experiencia del visitante de la Santa Casa de Loreto –pese a su magnífico revestimiento– siempre ha estado en su interior, y consistía en entrar en contacto con esos muros a través de la vista pero

también del tacto. Los muros parecen estar hechos de un material similar al ladrillo, pero esos "ladrillos" varían de tamaño y tonalidad…[278]

Figura 133. Vista exterior de la Casa de la Virgen de Loreto. Santuario de la Santa Casa de Loreto, Loreto. Fotografía: Archivo fotografico della Congregazione Universale della Santa Casa di Loreto, tomada de: Luisa Elena Alcalá, Luisa Elena Alcalá, "Piedras y ladrillos, tepetates y oro…", 367.

Figura 134. Vista interior de la Santa Casa de la Virgen de Loreto. Santuario de la Santa Casa de Loreto, Loreto. Fotografía: Archivo fotografico della Congregazione Universale della Santa Casa di Loreto, tomada de: Luisa Elena Alcalá, "Piedras y ladrillos, tepetates y oro…" 368.

Sin entrar en discusión acerca de si los muros son de piedra o ladrillo, queda claro que su aspecto es de ladrillo y que el tema de los muros resulta esencial en cuanto a su materialidad. También, que el cambio de un techo plano a un techo de bóveda determinó una diferencia importante. En pocas palabras, interpretando el texto de

[278] Luisa Elena Alcalá, "Piedras y ladrillos, tepetates y oro**…"** 366-367.

Alcalá, lo esencial de la materialidad de la Santa Casa, su autenticidad, reside en última instancia sobre la capacidad para semejar una vivienda digna y sencilla, donde pudo haber habitado una familia humilde (fig. 134). En ese sentido, para el caso novohispano, la Santa Casa del Colegio de San Gregorio desapareció junto con su templo, mientras que la de Tepotzotlán sobrevive pero con dos intervenciones (1687-1689 y 1733); en la primera de las cuales se colocó también un techo distinto al original y semejante a una bóveda, pero ambas sin duda apelaban a tales cualidades materiales, trasluciendo valores espirituales ligados con la sencillez y la pobreza.[279]

Figura 135. George E. Lindsay, Patio del templo de la misión de Loreto, 1938. Fotografía tomada de: Archivo Histórico Pablo L. Martínez de BCS (AHPLM-BCS).

Fig. 136. George E. Lindsay, Patio del templo de la misión de Loreto, 1938. Fotografía tomada de: Archivo Histórico Pablo L. Martínez de BCS (AHPLM-BCS).

Considero que Salvatierra tenía una idea inicial, que era construir un templo y también en su momento una Santa Casa, que bien podría haberse albergado en una capilla propia, en todo caso similar al modelo del Colegio de San Francisco Xavier en Tepotzotlán, del cual este misionero había sido rector y no solo conservaba memoria, sino por el cual sentiría seguramente nostalgia y el deseo de replicarlo. No olvidemos que el templo de Loreto, en la península, además de un lugar de culto fue también centro que recibía y concentraba a los misioneros en la Antigua California y por tanto en buena medida sitio de hospedaje e instrucción para sacerdotes. Por ello, la analogía realizada por el visitador Juan Antonio Baltasar cuando compara el conjunto lauretano edificado por Jaime Bravo con un colegio

[279] Luisa Elena Alcalá, "Piedras y ladrillos, tepetates y oro**…"** 371.

deja de tener valor solamente anecdótico o incluso crítico respecto de su amplitud, sino que sustenta la posibilidad de que tanto estos edificios como los anteriores, edificados durante la vida de Salvatierra por éste, Píccolo y los hermanos Ugarte, apelaran realmente a la disposición y funcionalidad de un auténtico colegio jesuita.

Que Tepotzotlán dejó honda huella en la concepción que Salvatierra y sus hermanos tenían del espacio me parece innegable y a ello volveré cuando analice la misión de San Francisco Xavier. Pero también insisto en que la Antigua California no era espacio para replicar sino adaptar e innovar. Si Salvatierra y Bravo tenían en mente retomar en alguna medida elementos de este colegio con su claustro y templo en Loreto, no lo replicaron aunque aludieron a su disposición del espacio. Pero, evidentemente, no se construyó nunca una verdadera réplica de la Santa Casa. Aunque, como ya dije, queda la duda de si la capilla provisional construida con adobes en lo que se concluía la iglesia del mismo material llegó a semejarla en cierta manera. Y añadiría también otro cuestionamiento, difícil de responder, acerca de si se pensaba para un futuro construir la capilla que serviría a una Santa Casa. Después de todo, en 1744 el padre Jaime Bravo estaba enfermo y era severamente cuestionado por su entusiasmo constructivo, así que bien pudo haberse inhibido tal proyecto, si existiese.

Figura 137. George E. Lindsay, Vigas en el techo del templo de la misión de Loreto, 1938. Fotografía tomada de: Archivo Histórico Pablo L. Martínez de BCS (AHPLM-BCS).

Figura 138. George E. Lindsay, Techo del templo de la misión de Loreto, 1938. Fotografía tomada de: Archivo Histórico Pablo L. Martínez de BCS (AHPLM-BCS).

Por último, cabe afirmar que el templo de Nuestra Señora de Loreto-Conchó refleja un paralelismo quizá no casual con la Santa Casa italiana: en su interior y durante su primer momento es posible reconocer un edificio que ha sido calificado como simple, demasiado sencillo, con techos planos y paredes parcialmente de ladrillos, que bien podrían sugerir una gran casa rústica (figs. 135, 136, 137 y 138):

> Todos los muros del templo son de mampostería de piedra con incrustaciones de tabique de barro recocido, colocadas en hiladas y unidas con argamasa de cal de concha […] igualmente todas las azoteas son planas sostenidas por medio de vigas de madera, algunas de ellas originales […] este caso es el único que se da en Baja California Sur en su época por la dificultad de conseguir madera para salvar claros y porque en la región no existe.[280]

En su exterior, en cambio, observamos un santuario que se ha ido transformando, adornando y alterando de maneras que no corresponden con la intención original de su fundador. Las huellas de dichas mutaciones necesariamente representan un devenir histórico mucho más complejo y rico de lo que suele suponerse y que vale la pena seguir elucidando en su carácter conflictivo, acaso contradictorio, entre contenido y continente.

III. 2 San Francisco Xavier Viggé-Biaundó: el gran santuario corporativo

Mucho se ha hablado acerca de la importancia que para la Compañía de Jesús tenía el ejercicio de la memoria y la imaginación. Los *Ejercicios Espirituales,* propuestos por su autor como fundamento para una experiencia religiosa interior, se basan en la posibilidad de traducir y asumir desde la subjetividad sensible los dogmas católicos. Del mismo modo, la práctica de una memoria colectiva a través de cartas, informes, noticias, imágenes y todo tipo de documentos y objetos, se constituyó en componente esencial para la identidad corporativa de la orden. Los propios edificios y en este caso particular el templo javeriano en la Antigua California, pueden

[280] Salvador Hinojosa Oliva, *La arquitectura misional…* 27.

considerarse palimpsestos sobre cuyas paredes están plasmadas las experiencias acumuladas por distintas generaciones de religiosos ignacianos.

Lo anterior, no en el mero sentido de diferentes etapas constructivas superpuestas, sino simbólicamente, como diversos estratos de memoria en los cuales es posible registrar las huellas de la personalidad y actividad de los actores más importantes del proceso de expansión mundial de la Compañía. Por supuesto, para nuestro templo al decir esto nos remitimos a la trayectoria vital del santo navarro que da nombre al lugar y sustenta la vocación misionera de los jesuitas en su conjunto, aglutinando asimismo a una élite de benefactores con gran devoción por san Xavier y fuertes vínculos con el comercio transpacífico, del cual fue precursor y luego patrono. También, a la memoria vívida de sus émulos californianos. Especialmente, en torno a la persona y los hechos del padre Juan de Ugarte, cuya importancia para el desarrollo del proyecto peninsular resulta inseparable de la historia de esta misión y sus edificios. Como veremos, el actual templo remite de una forma explícita, aunque a veces cifrada, a las biografías tanto de Xavier como Ugarte, constituyéndose, a mi juicio, en un santuario donde se exalta de manera central la labor misionera jesuita, reflejada en el expansión universal de la simbología eucarística y lo que ella implica, en tanto traslación del cuerpo de Cristo.

La puerta de la sierra

La zona donde actualmente se encuentra la misión de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, en plena sierra La Giganta, fue explorada por primera vez durante las expediciones de Isidro de Atondo y Antillón y el padre Eusebio Francisco Kino en torno a 1684-1685, cuando atravesaron la península en busca de un posible puerto de arribo para el galeón de Filipinas. De hecho, un mapa elaborado por Kino, cuando a la parte entonces conocida de las Californias se otorgaba la demarcación provisional de “Provincia de San Andrés”, señala un lugar denominado “Llanos de S. Xavier” (fig. 139). Si no corresponde con el sitio exacto, al menos ubica en dirección oeste, con alguna aproximación, la región serrana donde tiempo después se fundaría este asentamiento. Otro mapa elaborado por el mismo misionero, del

año 1701, da cuenta de la existencia de “San Xavier Biaundo” y ubica este sitio como referencia a partir de la cual se delimita la parte norte de la península bajacaliforniana (fig. 140).

Figura 139. “Llanos de S. Xavier”, en: *Delimitación de la Nueva Provincia de San Andrés, del Puerto de La Paz y de las Islas circunvecinas de las Californias o Carolinas…* [que] *Dedica y consagra la Mission de la Compañía de Jesús de dichas Californias o Carolinas en 21 de diciembre, día del Glorioso Apóstol de las Indias Santo Thomas, de 1683* [*sic*] *años,* Archivo General de Indias de Sevilla (AGI), MP-MEXICO, 76, 1683 [*sic*] -12-21.[281]

Figura 140. “Sn. Xavier Biaundo”, en: *Paso por tierra a la California y sus confinantes nuevas Naciones y Misiones nuevas de la Compañía de JHS [Jesús] en la América Septentrional. Descubierto, andado y demarcado por el Padre Eusebio Francisco Kino, jesuita, desde el año de 1698 hasta el de 1701*, Archivo General de Indias de Sevilla (AGI), MP-MEXICO, 95.

Tras el arribo de los padres Juan María de Salvatierra y Francisco María Píccolo a California en 1697, ambos sacerdotes iniciaron la exploración de lugares cercanos al puerto de Loreto donde fundarían nuevas misiones. El padre Píccolo, de quien ofrezco una amplia semblanza biográfica en el apartado dedicado a San José de Comondú y en otras partes de este trabajo, narra así estas expediciones:

[281] Es necesario aclarar que en 1683 Kino apenas había iniciado la exploración de la península, comenzando por el actual puerto de La Paz y no su zona central, por lo cual dada la complejidad de este mapa, que abarca un portentoso cúmulo de información geográfica hasta entonces desconocida e imposible de reunir en tan solo un año, la fecha correcta debe ser indudablemente 1685, al finalizar las exploraciones californianas desarrolladas durante varias campañas sucesivas. La datación en 1683 no puede ser sino producto de un error de imprenta o una mala lectura del original.

> En el entretanto que se acudía con este cuidado a la enseñança [en Loreto], no nos descuydabamos en descubrir los parajes circunvezinos: el P. Rector Juan Maria Salvatierra por la parte del Norte; y Yo por la parte del Sur y Poniente. Porque, como sabíamos ya la lengua, y los naturales estaban ya satisfechos de nuestro buen animo, ellos mismos nos convidaban para sus tierras y Rancherias; y solicitaban la suerte que ya gozaban sus vecinos, a cuya causa nos traían a sus hijos.
>
> Nosotros, sin faltar a la enseñança de los que teníamos en casa, salíamos en busca de los que nos solicitaban, y con estas salidas descubrió el P. Rector Juan Maria todas las Rancherias de que consta la Mission de Loreto-Conchó y San Juan de Londó; y Yo descubrí la Mission de San Francisco Xavier Biaundo, que me abrió la puerta para passar a la Contracosta, y descubrir todas las Rancherias que en su lugar van expresadas.
>
> Aviendo ya el P. Rector Juan Maria descubierto, por el lado del Norte, y Yo, por el lado del Sur y Poniente, copiosa mies, nos dividimos en dos Missiones, en donde a poco tiempo reconocimos aver en ellas mescla de Naciones de diversas lenguas: la una era la lengua Monqui, que ya sabíamos, la otra era la Laymona, que ignorábamos. Luego nos pusimos, con todo cuidado, a aprenderla; y por ser esta lengua trascendental y que parece que es la general en tan dilatado Reyno, con el continuo estudio la supimos en breve; y en ella a los Laymones, como en la Monqui a los Monquis, se les predica continuamente y se les enseña la Doctrina.[282]

En pocas palabras, tal ubicación se caracterizaba por ser un lugar donde confluían diversos grupos nativos que se desplazaban por territorios cercanos, tanto guaycuras (los primeros con que Salvatierra y sus acompañantes toparon en Loreto) como cochimíes, que en general fueron considerados por los jesuitas más susceptibles para adaptarse a la vida misional. Este primer emplazamiento, localizado veintidós kilómetros al oeste de Loreto (figs. 141 y 142), no es el mismo donde actualmente se encuentra la misión, a poco más de treinta y tres kilómetros del puerto, en esa misma dirección (figs. 143 y 144). Ambos lugares están ubicados por encima de los 400 metros de altura y el nombre en lengua cochimí Biaundó significa “en el arroyo”, lo cual nos da idea de su localización dentro de una copiosa

[282] P. Francisco María Píccolo, S. J., *Informe del estado de la Nueva Cristiandad de California…* 50-51.

vertiente de agua que baja de la sierra, así como de su exposición a los elementos, factor que a la postre motivó el abandono del primer emplazamiento como cabecera misional.

Figura 141. Howard E. Gulick. Rancho Viejo, antes San Javier Viejo, 1955. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb4096417t

Figura 142. Howard E. Gulick. Rancho Viejo, antes San Javier Viejo, 1955. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb5359230b

Figura 143. Howard E. Gulick. Vista aérea de San Francisco Xavier Viggé-Biuandó, 1961. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb4472222s

Figura 144. Howard E. Gulick. Vista aérea de San Francisco Xavier Viggé-Biuandó, 1961. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb6724809q

Ahí, en Biaundó, levantó Píccolo casa y capilla de adobe, convirtiéndose en responsable de una misión con diez pueblos de visita. En la inmediación de uno de ellos se nombró a una montuosidad “Cerro de Cavallero” para homenajear al benefactor queretano Juan Caballero y Ocio, quien había aportado los recursos para esta fundación así como la de Nuestra Señora de Loreto-Conchó. Así cita el padre

Juan María de Salvatierra, un año antes de su viaje a California, a este benefactor cuando describe su devoción por el santo navarro e inscribe dentro de ella a la misión lauretana (dejando claro que fueron tanto el benefactor como el propio Salvatierra quienes acordaron tales dedicaciones):

> …está pronto don Juan Cavallero a fundar dos misiones de nuestra compañía: la una con título de Loreto; y la otra de San Francisco Xavier, en la California. Y así, en carta, su fecha 9 de julio de este presente año [16]96, me escrive el párrafo siguiente, rayado y escrito de su mano: *Yo, desde luego, para la maior honra y gloria de Dios y el servicio de mi padre y patrón el señor San Francisco Xavier, dotaré las dos misiones, como vuestra paternidad me dise…*[283]

En este primer emplazamiento, Edward W. Vernon ha documentado la existencia de los cimientos de un edificio de aproximadamente 3.5 x 6 metros, que considera deben haber pertenecido a la capilla y menciona que hay restos de otras dos construcciones (figs. 145 y 146).[284]

Figura 145. Edward W. Vernon. Restos de una acequia o represo en San Javier Viejo. Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas*… 22.

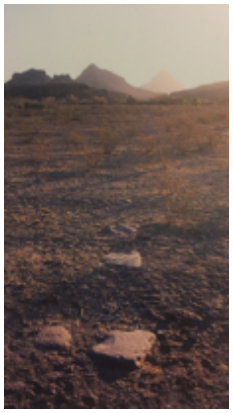


Figura 146. Edward W. Vernon. Restos de cimentaciones en San Javier Viejo. Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas*… 22.

[283] Juan María de Salvatierra, en "El padre Salvatierra escribe (1696) al padre provincial Juan de Palacios…", Ernest J. Burrus y Félix Zubillaga (eds.), *El noroeste de México. Documentos sobre las misiones jesuíticas…* 393.
[284] Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 22.

En 1700 llegó a la Antigua California el padre Juan de Ugarte, quien había acompañado a Salvatierra en su campaña de obtención de fondos para las misiones previa a 1697 y después de ello fungió como procurador para las mismas misiones desde la ciudad de México. Nacido en Tegucigalpa, Honduras, en 1662, entró a la Compañía de Jesús en 1679. Fue maestro de filosofía en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo de México, donde conoció a Salvatierra y Kino, involucrándose desde entonces por entero en el proyecto californiano. También enseñó gramática en el colegio de la Compañía en Zacatecas y fue rector del colegio de San Gregorio. Poco tiempo después de su llegada a California, Píccolo se vio obligado a trasladarse a la ciudad de México para solicitar apoyo para las misiones, así que Ugarte pasó a convertirse en responsable de San Francisco Xavier Biaundó. Ya durante el tiempo que Píccolo estuvo ahí se habían suscitado ataques por parte de los nativos:

> …los Indios de la Mission de *Viggé Biaundó* [*sic*], incitados de sus Sacerdotes, y Curanderos, se conjuraron de repente, para matar al Padre Piccolo, y destruir su pequeña Casa. Havia salido de ella poco antes el Padre, por disposicion de Dios: y no hallándole, convirtieron su irracional furor contra la Casa, y Capilla, y sus pobres alhajas, arruinando, y destrozandolo todo. Hicieron pedazos un Crucifixo, y traspassaron con dos saetas el rostro de una Imagen de Nuestra Señora de los Dolores, pintada en un Lienzo, porque uno de ellos dixo: *Esta es la que quiere el Padre*; este, avisado de un Indio fiel, se retiró a Loreto. No podía abandonarse el parage de Viggé [*sic*], siendo el mas a proposito para siembras en todo lo descubierto…[285]

A pesar del riesgo de contar con una ubicación en la cual resultaba difícil mantener un grupo permanente de soldados sin desamparar Loreto, quedaba claro que tal sitio y sus inmediaciones representaban la puerta de entrada a la sierra. Asentarse ahí significaba abrir la posibilidad de contar en algún momento con producción agrícola y ganadera susceptible de generar cierta autosuficiencia para las misiones,

[285] Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo II, 109-110. Es claro que Venegas confunde el sitio de Viggé con Viggé-Biaundó.

con la expectativa de soportar la larga espera entre un arribo y otro de bastimentos que se enviaban desde Sonora y Sinaloa. Sin embargo, a la postre se necesitaba tratar de prescindir incluso de tales importaciones, pues de lo contrario sería inviable el proyecto evangelizador. El padre Miguel Venegas narra las circunstancias que rodearon la asignación del padre Ugarte como responsable del emplazamiento:

> El fin del mismo año 1700, ya tenia el Padre Ugarte bastante conocimiento de la Lengua del País: los Indios de Viggé [*sic*] se mostraban sossegados, y era preciso no desamparar aquella Mission. El Padre Piccolo estaba para pasar a Nueva-España, y assi el Padre Salva-Tierra la encomendó al Padre Ugarte delante del Altar de Nuestra Señora de Loreto, Conquistadora y Patrona de la Mission. Recibió el Padre su asignación, con accion de gracias, como especial favor de Dios, y colmo de sus deseos: pasó a ella con algunos Soldados; pero tuvo desde luego que sufrir la prueba, que Dios hizo de su ardimiento. Los Indios, o por desaficion, o por temor de los Soldados, huyeron, sin dexarse ver uno por muchos dias. Los Soldados mortificaban al Padre con inquietudes, porque ni tenian Indios que los sirviesen, ni el Padre permitia que los buscasen, por temor de que les hiciesen alguna vexacion. Al fin, se resolvió a despedir los Soldados, quedando solo entre Barbaros, enemigos, mal reconciliados, fiandolo todo a la providencia de Dios…[286]

Figura 147. Poza en las inmediaciones de San Javier Viejo, ahora llamado Rancho Viejo. Fotografía: Leonardo B. Varela Cabral.

Figura 148. Corriente de agua en las inmediaciones de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó. Fotografía: Leonardo B. Varela Cabral.

[286] Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo II, 111.

Después de un tiempo los nativos reaparecieron y se portaron amigables con Ugarte, quien inició su adoctrinamiento y los trabajos para hacer productiva la tierra. Su objetivo era aportar a la manutención de las dos misiones existentes, pues: "En Loreto era muy poco el terreno oportuno para siembras, y solo pudo disponerse una huerta de frutales, y hortaliza, cuyos frutos eran poco menos que nada para tanta gente." El misionero organizó a los californios en tareas de desmonte y siembra, así como "a la Fabrica de la Iglesia, y casas para si, y para sus Indios..",[287] por lo cual podemos pensar que llegó a constituir un pequeño poblado.

Figura 149. Acequia de la misión de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó. Fotografía: Leonardo Varela.

Figura 150. Represo de la misión de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó. Fotografía: Leonardo Varela.

> En las Fabricas no solo era el Padre Ugarte Maestro, y Sobreestante de la Obra, sino Carpintero, Albañil y peon de todos los oficios, que de todos debía llevar el Trabajo principal; porque aun movidos [los nativos] del exemplo, de las dádivas, y de las caricias, no acababan de sacudir la pereza, y desidia arraygada en las médulas, y no dieran passo, si no vieran al Padre trabajar más que todos. Assi él era el primero a traer la piedra, a pisar el barro, a mezclar la arena, a cortar, traer y desnudar las maderas, a sacar la tierra, y colocar los materiales. Del mismo modo, sudaba y se afanaba en los demás trabajos, ya con el hacha cortando la espesura, ya con el hazadon cabando la tierra, ya con la barra hendiendo peñascos, ya disponiendo, ya llevando el riego, ya cortas reses, que logró para su Mission, enseñando por sí mismo a los Indios a hacer todas las labores.
>
> […]

[287] Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo II, 112.

…y logró tener abundantes cosechas de trigo, maíz, y otras semillas. Venció impossibles en el riego, y cultivo de tierras asperas, y fragosas, y disfrutó cosechas de vino generoso de cepas, y parras, que servian al consumo de las Missas en California, y aun sobraba para llevar a Nueva-España, en trueques de otros frutos. Crió cavallada, y ganado lanar en abundancia, y fue el proveedor general del Presidio, y de las Missiones, que del todo hubieran perecido, a no haber tenido dentro de la Peninsula el socorro del Padre Ugarte, hombre de corazón magnánimo, y de genio industrioso, a quien ninguna dificultad aterraba, que reducia, con el favor de Dios, a la practica, quanto intentaba…[288]

Figura 151. Huertos de la misión de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó. Fotografía: Leonardo Varela.

Figura 152. Huertos de la misión de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó. Fotografía: Leonardo Varela.

Píccolo regresó de México en 1702 para hacerse cargo de San Francisco Xavier y Ugarte fue a Loreto para apoyar a Salvatierra. El hermano coadjutor Juan Manuel de Basaldúa pasó a la misión javeriana junto con el palermitano, donde se formó como misionero para hacerse cargo, a partir de 1705, de Santa Rosalía de Mulegé. Píccolo permaneció como responsable de su misión hasta 1704, cuando marchó a Sonora, para regresar en 1709. De hecho, también Juan de Ugarte realizó en al menos una ocasión ese mismo trayecto hacia la contracosta, en la procura de ganado para las misiones, entre 1702 y 1703. Pero Píccolo ya no volvió a hacerse cargo de San Francisco Xavier después de 1704, sino que su tiempo se distribuyó entre Santa Rosalía de Mulegé y Nuestra Señora de Loreto-Conchó, donde falleció

[288] Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo II, 113-118.

en 1729. Por tanto, desde 1704 el padre Juan de Ugarte volvió al primer sitio javeriano, donde fortaleció las obras hidráulicas que había iniciado, entre las cuales se encuentra un represo de mampostería cuyos restos seguramente forman parte de lo documentado por Edward W. Vernon. Desde su misión, en julio de 1707, un año que se caracterizó por fuertes sequías que afectaron al noroeste novohispano, Ugarte escribió al presidente de la Audiencia de la Nueva Galicia en Guadalajara, José Miranda Villazáin, amigo y aliado de los misioneros, destacando los éxitos alcanzados:

> Gracias a Dios, ya va para dos meses, que comemos aquí, con la gente de Mar, y Tierra buen pan de nuestra cosecha de trigo, pereciendo los pobres de la otra banda, assí en Cinaloa, como en Sonora. Quién lo hubiera soñado? Viva Jesus, y la Gran Madre de Gracias, y su Esposo, Obtendedor de Imposibles.[289]

Según afirma Venegas, tales cosechas apenas alcanzaban para complementar lo que llegaba desde fuera de California, pero sin duda durante momentos especialmente difíciles como los mencionados se constituían en una tabla de salvación. También se menciona que cuando hubo suficientes ovejas y carneros, Ugarte promovió el aprovechamiento de su lana, construyendo "él mismo las ruecas, tornos, y telares, del mejor modo que pudo", trayendo desde la ciudad de Tepic a "un Maestro texedor, llamado Antonio Moran, con sueldo de quinientos pesos, el cual estuvo algunos años en California, hasta dexar instruidos en todas las mani-obras a los Indios."[290]

San Pablo se convierte en San Francisco Xavier Viggé-Biaundó

Todo indica que las condiciones del emplazamiento en Biaundó se modificaron, seguramente porque estaba demasiado expuesto a las condiciones climáticas y las variaciones en el régimen de lluvias en la península, de uno a otro año, pueden ser dramáticas hasta llegar a la catástrofe o en cambio la desolación. La mudanza se realizó un año después de la muerte del fundador de las misiones californianas,

[289] Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo II, 119.
[290] Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo II, 119.

padre Juan María de Salvatierra, rumbo al que había sido pueblo de visita denominado San Pablo (conocido como Viggé-Biaundó, que significa "meseta en el arroyo" en lengua cochimí). Las causas de este traslado no son muy claras. Por una parte, se dice que en 1717 golpeó un fuerte huracán y por otra, que en esas mismas fechas hubo gran sequía (quizá ocurriera una combinación de ambos fenómenos):

> En el Otoño del año 1717, sobrevinieron a la California, y su Golfo, tan espantosos uracanes, por espacio de tres días, acompañados de aguaceros tan fuertes, y copiosos, que arrebatando, y destrozando quanto encontraban, derribaron la Iglesia y Casa del Padre Ugarte, salvando este la vida al abrigo de un peñasco, donde se mantuvo expuesto al agua veinte y quatro horas: destrozaron todas las demás de las otras Missiones: cegaron la zanja, y rompieron la presa *San Xavier*, y aun robaron la tierra cultivada allí, y en Mulegé casi del todo, quedando cubierto el suelo de pedregales inútiles.[291]

> Habiendo una sequía de cuatro años, arruinado su labor de S. Javier, hizo [Ugarte] otra en una barranca tres leguas de allí que llamó San Pablo donde trasladó la cabecera en 1718.[292]

Décadas más tarde, en 1744, el padre Miguel del Barco, quien sería el último jesuita a cargo de la misión, describe este proceso y la nueva ubicación de su cabecera:

> Está situada esta misión en las serranías de la California a los 25 grados de altura con poca diferencia. Confina por el oriente con la misión y real presidio de Nuestra Señora de Loreto a distancia de nueve leguas de dicha misión. Por la parte del norte con la de San Joseph de Comondu, de que dista por lo menos 12 leguas. Por el poniente tiene al Mar del Sur a distancia de cosa de 20 leguas: y por el medio día o sur tampoco se halla misión alguna hasta la de San Luis [Gonzaga] con la que no hay hasta ahora comunicación por tierra ni camino abierto; pero, según informes, distará dicha misión de san Luis de esta de San Francisco Javier mas de 30 o 35 leguas.

[291] Miguel Venegas, *Obras californianas*… Tomo II, 310.
[292] Gerard Decorme, *La obra de los jesuitas mexicanos…* Tomo II, 493.

Su clima es bastante saludable y benigno: ni el frío es en invierno tan intenso que llegue a helarse el agua (sino que fuera una cosa muy extraordinaria), aunque sí caen a veces ligeras escarchas; ni el calor en el estío tan grande que no refresque por la tarde o por la noche algún tanto ordinariamente.

[…]

Está cercada casi por todas partes esta misión de naciones de diversa lengua. Sólo por el norte confina con gente de la misma lengua que, en su raíz, es la misma que se usa en todas las gentes descubiertas hasta ahora por aquella parte del norte. […] Al poniente, en la playa del mar, habitan algunas pocas familias de la nación guaycura, las que se agregarán a la nueva misión que se intenta fundar entre otra gente de su misma lengua casi en medio día de esta misión.[293]

Figura 153. Autor desconocido. Retrato de fray Juan de Zumárraga "dedicado por Dn. Pedro de Ugarte" de la Cofradía de Aránzazu. Óleo sobre lienzo. Siglo XVIII. Museo del Colegio de las Vizcaínas, Ciudad de México. Fotografía: Leonardo Varela.

No deja de ser curioso el doble paralelismo que se fue configurando en relación con el emplazamiento final de la misión. Este paralelismo relaciona a san Pablo con san Xavier y a san Xavier con el padre Juan de Ugarte. Por una parte se considera a san Pablo precursor de la tarea misional, entendida como la difusión del mensaje evangélico de Cristo, y san Francisco Xavier era, a los ojos de los jesuitas su

[293] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica*… 423.

indudable sucesor; quien dentro de un entorno moderno, globalizado, reavivaba la flama apostólica y la voluntad de llevar la palabra redentora a todos los pueblos del orbe. Por otra, san Francisco Xavier era un jesuita navarro, de identidad vasca, lo mismo que san Ignacio. A su vez, Ugarte era un evangelizador descendiente de vascos, alguno de cuyos parientes debe haber sido ese Pedro de Ugarte que llegó a presidir la Cofradía de Aránzazu en la Nueva España, comisionando un retrato del primer obispo mexicano (vasco también) fray Juan de Zumárraga, según se puede constatar en la cartela de un lienzo que se conserva en el museo del Colegio de las Vizcaínas de la capital mexicana (fig. 153).

Figura 154. Howard E. Gulick. Entrada a San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, 1955. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb9488961r

Figura 155. Howard E. Gulick. La misión de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, 1955. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb634899

60

Teniendo en cuenta, como ya he insistido, la gran importancia que los jesuitas otorgaban a temas como memoria e identidad, parece poco probable que ambas elecciones (la del sitio dedicado al santo y la del misionero destinado a consolidar en él dicha devoción) fueran casuales. Si bien, resulta imposible negar algún papel del azar o la mera contingencia en estos procesos, lo cierto es que los padres californianos procuraban ajustar las circunstancias a su voluntad. En todo caso, el mejor pueblo de visita de la misión, San Pablo, era asimismo el que ostentó la posición secundaria más relevante (solo después de San Francisco Xavier) y luego se convirtió en su cabecera. Como veremos al tratar el tema de San José de Comondú, también su segundo emplazamiento, cercano al de la misión javeriana,

conformaba un lugar muy productivo. Sin exagerar, uno y otro pueblo de visita constituían el núcleo productivo de las Californias, por lo cual resultó natural que ambos se transformaran en algún momento en cabeceras de sus respectivas misiones.

Por otro lado, la asignación de Ugarte a la misión javeriana (figs. 154 y 155) se mantuvo hasta su muerte, en el año 1730. Incluso siguió residiendo ahí cuando en 1717, fallecido el padre Juan María de Salvatierra, se le nombró superior de las misiones en California. Tampoco dejó el emplazamiento cuando acudió, en 1719 y 1720, a explorar la costa occidental de la península y fundar nuevas misiones en el sur (Nuestra Señora del Pilar de La Paz) y norte (Nuestra Señora de Guadalupe), ni cuando en 1729, tras la muerte de Píccolo se vio en la necesidad de asumir como rector de Loreto. Ahí albergó al exsoldado de Loreto Juan Bautista Mugazábal, también vasco, quien decidió ordenarse como sacerdote y de manera excepcional realizó su noviciado en California para incorporarse luego como misionero. El carácter incansable y gran protagonismo de Ugarte en prácticamente todos los hechos importantes acaecidos desde su llegada hasta su deceso en esas tierras (lo cual incluye construir un barco con madera de la Sierra de Guadalupe o dar muerte a un puma para demostrar a los californios que tales animales no tenían poderes sobrenaturales) le valieron convertirse en casi una leyenda que, según Venegas, "los demás misioneros trataban de imitar" y ser nombrado por sus hermanos "Atlante y Apóstol de las Californias."

Una clara muestra de sus esfuerzos es la labor desarrollada para edificar obras hidráulicas en San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, con el auxilio de un importante número de nativos transportados desde Sonora (figs. 149 y 150):

> Luego que vio el agua, le pareció que no se debía perder tiempo en aprovecharse de tan oportuno socorro, que podía serlo grande para la misión y para la conquista. Quedóse allí con los indios yaquis, que se ofrecieron pronto a ayudarle en el trabajo. Envió a la misión, esto es a su casa, por hachas, azadones y otros instrumentos para desmontar, arrancar piedras, abrir zanjas, y disponer la tierra para sembrar. Y como los yaquis estaban hechos al trabajo, dirigidos por el padre Ugarte, y con su ejemplo, en poco tiempo hicieron mucho, y levantada una presa en el arroyo para

> encaminar el agua a la zanja prevenida, se comenzó desde luego a establecer allí una siembra… y el padre prosiguió después con los suyos en disponer más tierras y aumentar la sementera, según lo que el agua alcanzaba a regar; de suerte que logró allí muy buenas cosechas de trigo y maíz, que fueron de mucho alivio en aquellos calamitosos tiempos. En este sitio edificó iglesia y casa para el padre con otras para indios y formalizó pueblo. Allí plantó un parral, y después una viña, de que se comenzó a hacer el primer vino en la California.[294]

Podemos afirmar, sin restar mérito alguno a Salvatierra y Píccolo, que Ugarte era quien mejor encarnaba las cualidades físicas y de ánimo deseables para un misionero. Poseía fortaleza pero también temperamento; era perseverante, tenía sentido del humor y desempeñaba con destreza cualquier trabajo rudo. Consecuentemente, sin menosprecio de sus prendas intelectuales (que tuvo ocasión de mostrar en el centro novohispano, según su biógrafo, José de Villavicencio)[295] representa de los tres misioneros fundadores a quien mejor se reconoce como un hombre de acción y el único que jamás se menciona en trance dubitativo o melancólico.

Genera la impresión de que constituía un pilar emocional para sus compañeros. Y por otro lado, si como suponemos, su familia estaba vinculada con la poderosa cofradía de Aránzazu y la comunidad vasca en la capital de la Nueva España, sus contactos con los benefactores de ese origen deben haber sido fundamentales para la empresa peninsular, en virtud de la importancia que para los oriundos de aquella región hispana tienen aspectos identitarios como lengua, devociones, lugar de nacimiento y parentesco.[296] Resulta sintomático de su aprecio entre los jesuitas que en el actual Museo Nacional del Virreinato (antiguo colegio de

---

[294] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica*… 257-258.

[295] Juan Joseph de Villavicencio, *Vida, y virtudes de el venerable, y apostólico padre Juan de Ugarte de la Compañía de Jesús, misionero de las Islas Californias, y uno de sus primeros conquistadores* (México: Imprenta del Real y más Antiguo Colegio de San Ildefonso, 1752).

[296] Como muestra de ello y de la participación de los vascos en la evangelización de la Antigua California, ver: Amaya Garritz (ed.) *Los vascos en las regiones de México. Siglos XVI a XX* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, Ministerio de Cultura Vasco, Instituto Vasco Mexicano de Desarrollo, 1996-1999) VI tomos; y Asun Garikano, *Noticias de la California: Los vascos en la época de la exploración y colonización de California (1533-1848)* (Navarra: Pamela Argitaletxea, 2017).

novicios) de Tepotzotlán los únicos misioneros californianos retratados sean Salvatierra y Ugarte.

Continuidad y cambio

Como hemos visto, Ugarte edificó en el nuevo emplazamiento templo y casa, pero también colegio y hospital, de los cuales se conservan cimientos de piedra y en algunas fotografías de las primeras décadas del siglo XX todavía se puede apreciar parte de las paredes (fig. 156). Luego de su muerte, acaecida en un nuevo pueblo de visita al cual denominó San Pablo, lo sucedió en la administración de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó el padre Agustín María Luyando (1696-1752), quien se hizo cargo de la misión durante un periodo poco documentado para este emplazamiento, entre 1730 y 1740. Aunque es poco lo que se sabe acerca de tal misionero, era hermano mayor de Juan Bautista Luyando,[297] integrante de una acaudalada familia novohispana de origen vasco y fundador, con sus propios recursos, de la misión de San Ignacio Kadakaamán.

Figura 156. George E. Lindsay. Templo de la misión de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, apreciándose del lado derecho parte de un edificio anterior, 1938. Fotografía tomada de: Archivo Histórico Pablo L. Martínez de Baja California Sur (AHPLM-BCS).

[297] Nacido en la ciudad de México en 1700 y fallecido en la misma ciudad en 1757. Se formó en el noviciado de Tepotzotlán y fue enviado a la misión de Santa Rosalía en 1725, preparándose junto con el apoyo del padre Sebastián Sistiaga para fundar la misión de San Ignacio Kadakaamán, a la cual aportó íntegramente su herencia familiar y de la que se hizo cargo hasta 1732, cuando por motivos de salud dejó California. Fue operario de la Casa Profesa en la ciudad de México, superior del seminario poblano de San Gerónimo y rector del colegio de San Luis Potosí. Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana…* 256.

La muerte de Píccolo y Ugarte, con solo un año de diferencia, puso fin al pequeño grupo fundador de la Antigua California. Sus relevos se habían incorporado desde tiempo atrás, destacando el caso del jesuita aragonés Jaime Bravo, de quien traté en el apartado dedicado a la misión de Nuestra Señora de Loreto. Por tanto, aunque Venegas narra tales decesos como hechos traumáticos para el proyecto peninsular, había ya una nueva generación de misioneros bien preparados que participaban de lleno en la administración de sus emplazamientos.

A esta misión llegó el padre Miguel del Barco alrededor de 1741. Nacido en Casas de Millán, Extremadura, el año de 1706, fue maestro de gramática en Galicia y de filosofía en Santiago de Compostela. Luego completó estudios de filosofía y jurisprudencia en Salamanca. En 1735 viajó a la ciudad de México como parte de un grupo de jóvenes jesuitas comandados por el padre vasco Juan de Guenduláin. Acudió al Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo para realizar estudios teológicos y ordenarse sacerdote. Pasó al colegio del Espíritu Santo en Puebla y a fines de 1738 o inicios de 1739 se trasladó a la Antigua California. Su arribo coincidió con el restablecimiento de la siempre inestable "normalidad" de las misiones, luego de escaramuzas y conflictos ocasionados a partir de la rebelión de los pericúes. Tales trastornos se prolongaron desde 1734 hasta 1737, poniendo en riesgo todas las fundaciones y propiciando una intromisión larga e insidiosa por parte del jefe militar de Sinaloa, quien como muchos de los de su oficio, recelaban de los jesuitas, en parte porque aspiraban a participar del negocio de la extracción de perlas, que los misioneros regulaban con mano firme.

Del Barco estuvo poco tiempo en el sur de la península y pasó luego a San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, de cuya misión se hizo cargo hasta su expulsión en 1768. Fue un sacerdote inquieto, curioso y con dotes de escritor, que le permitieron componer en el exilio un texto que aspiraba a corregir en aspectos muy específicos la densa crónica de Venegas sobre la península, además de adicionar un estudio acerca del entorno natural. Este escrito, ya mencionado, valioso independientemente de aquellos temas en los que puntualiza a Venegas, quien a diferencia de él jamás estuvo en la península, fue denominado *Historia natural y*

crónica de la Antigua California[298] por Miguel León-Portilla, quien lo publicó en 1984. Tal texto, como el del multicitado Juan Jacobo Baegert, nos deja ver la influencia del pensamiento ilustrado en los ignacianos y el afán por construir una historia moderna y científica, distinta de los textos apologéticos y edificantes a los cuales eran tan proclives los integrantes de la Compañía.

Miguel del Barco tenía dos prioridades: fortalecer la misión de San Francisco Xavier y mantener viva la memoria del padre Ugarte. Así, durante su administración aprovechó las obras hidráulicas conseguidas por su antecesor para establecer los extensos huertos que subsisten hasta la actualidad (figs. 151 y 152):

> Buscó con todo cuidado y estudio aquellas partes por donde corrían algunos arroyuelos, juntando por decirlo así varios hilos de aguas, y éstos los conduxo por canales abiertos entre los peñascos a un sitio que hallo tener alguna llanura; mas como ésta era un plan de piedra, hizo su invicta paciencia ir buscando y juntando poco a poco tierra, que la recogía barriendo los cerros y varios terrones y barros que, a fuerza de golpes, con un mazo deshacía, y de este modo fue acumulando tierra e hizo bellísima huerta donde plantó una viña, árboles frutales y hortalizas, llegando con la continua asistencia a dar mucho fruto, siendo utilísimo no sólo a él y a su grey, sino a todos demás misioneros de aquella infructífera región.[299]

También construyó depósitos de agua y "otros conductos que causaron admiración a cuantos los vieron, siendo una obra de las más perfectas en su género y de las más difíciles de aquel país…"[300] Pero su actividad más memorable fue coordinar la construcción del templo actual, edificio al cual únicamente dedica las siguientes palabras:

> Por estar la iglesia amenazando ruina, se comenzó a fabricar otra en el año de 1744. Y aunque esta fábrica tuvo varias interrupciones de algunos años por la dificultad de hallar algún maestro de satisfacción que pudiese venir a tierras tan remotas, en fin, con el favor de Dios, se concluyó, se bendijo y estrenó el año de 1758, en abril. Es

[298] Miguel de Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*…
[299] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica*… XXV.
[300] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica*… XXV.

> toda de cal y piedra, con cimientos y paredes bien firmes, todo de buenas bóvedas, con su crucero y media naranja bien hecha, y torre proporcionada. Está adornada más que medianamente con tres retablos en sus altares, alhajas de plata y ornamentos decentes para el culto divino.[301]

Resulta verdaderamente notable que un templo tan importante y bien construido (figs. 157 y 158) haya provocado apenas esta brevísima mención por parte de quien se podría haber adjudicado un gran mérito con su edificación. Si tomamos, por ejemplo, en cuenta la manera como el padre Juan Jacobo Baegert, citado al respecto en el capítulo anterior, se vanagloria por la construcción de su templo en San Luis Gonzaga, edificio mucho más modesto, y leemos las menciones que el propio Del Barco hace de los procesos constructivos en otros templos, como el de San Francisco de Borja-Adác, la intriga acerca de esta discreción aumenta. Como resulta imposible conocer lo que el misionero realmente pensaba, podemos inferir las circunstancias del momento en que escribe.

Figura 157. Templo de San Francisco Xavier Viggé- Biaundó, 2017. Fotografía: Leonardo Varela.

Figura 158. George E. Lindsay. Templo de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, 1938. Fotografía tomada de: Archivo Histórico Pablo L. Martínez de Baja California Sur (AHPLM-BCS)

En principio, aunque el texto citado se encuentra dentro de la edición que Miguel León-Portilla hace del libro de Del Barco, forma parte de un informe rendido a un

[301] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica*… 429-430.

superior jesuita en el año 1762 y por lo tanto no pertenece a lo redactado durante su exilio europeo. Así, en *Historia natural y crónica…* no hay en realidad mención alguna al templo por parte del misionero. El motivo de esto no puede ser otro sino el deseo de no llamar la atención, precisamente, hacia los esfuerzos y gastos realizados en esas fábricas, en un tiempo cuando los jesuitas de California eran señalados, entre otros motivos, por supuestamente comerciar con Oriente, manteniendo un estado de excepción en sus misiones, que les otorgaba poder y supuestas riquezas.

Seguramente por ello Del Barco apenas cumple el expediente de ponderar la calidad y adecuación de su iglesia, utilizando el eufemismo "adornada más que medianamente" para describir lo que debe haber sido un entorno de cierto lujo y opulencia, al menos en lo que se refiere al edificio y sus adornos. Claramente, si se hizo llevar "algún maestro de satisfacción… a tierras tan remotas" para construirlo, la obra constituyó un proyecto de gran envergadura, tanto por los materiales y mano de obra requeridos como por la ubicación donde se levantó. Tampoco ninguno de los demás cronistas jesuitas californianos dice gran cosa sobre este templo. Solo Juan Jacobo Baegert comenta:

> La iglesia de San Xavier está construida en cruz, tiene tres puertas muy vistosas, tres altares totalmente dorados, una torre alta, una cúpula graciosa y altas ventanas de reflejos que ostentan los primeros vidrios que, desde hace pocos años, se han visto en California.[302]

A principios del siglo XX, el historiador Arthur Walbridge North recogió una tradición oral local que exageraba los gastos efectuados en las fábricas del templo, reconociendo en forma implícita su valor material y el misterio acerca de su financiamiento, afirmando que la gente de San Xavier decía que "costó en su momento un millón de pesos, que se obtuvieron de la pesca de perlas".[303] Si tomamos en cuenta que cada misión de la Antigua California se fundó con un capital

[302] Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana…* 170.
[303] Arthur Walbridge North, *The mother of California*… 20-21.

de diez mil pesos, cuyos réditos de 500 pesos anuales servían para su mantenimiento, parece difícil concebir un gasto tan elevado como el que se menciona, aunque ciertamente tampoco tenemos una idea muy clara de lo que costaba construir en esta región.

Cual parámetro para el tipo de gastos que se hicieron en la conquista de la península, sabemos que se calculaba el costo total de las expediciones realizadas por Atondo y Kino entre 1682 y 1685 en algo así como 225 mil pesos. No creo que el costo del templo de la misión pudiera ser mayor que el de esta serie de viajes durante los cuales se fundaron y mantuvieron varios emplazamientos. En cualquier caso, lo que sí constituye un dato concreto y significativo es que la construcción se comenzó en 1744. El 8 de abril de ese año, el provincial de la Compañía de Jesús en México, padre Cristóbal de Escobar y Llamas, otorgó a los jesuitas novohispanos el testamento del marqués de Villapuente, fallecido en 1731 y quien legó su fortuna al Fondo Piadoso para las Misiones de California.[304] También en 1744 se firmó la *Carta del rey Felipe V de España al Virrey Don Agustín Pedro de Cebrián, Conde de Fuenclara*, donde se determina:

> …tratándose en el referido [documento] mi consejo del modo con que se podía acabar de conseguir esta conquista y teniendo presente lo que con este motivo informaron la contaduría del Padre Ignacio Altamirano; Procurador General de la Compañía de Jesús por sus provincias de la Indias y especial de las misiones de las Californias y otros sujetos de vuestra misma religión inteligentes y prácticos en aquellas conversiones y sobre todo lo que expuso mi fiscal, considerando lo mucho que importa el que se apliquen desde luego los medios más eficaces y oportunos para acabar de reducir al gremio de la Santa Iglesia y a mi dominio la enunciada provincia de las Californias…
>
> […]
>
> Yo el Rey. Por mandato del Rey nuestro Señor, Fernando Treviño –señalado con tres rúbricas– al Padre Provincial de la Compañía de Jesús de la provincia de México participándole la orden que se da al Virrey de la Nueva España para que se ponga

[304] Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo IV, 15-26.

> en práctica la conquista espiritual y temporal de las Californias y encargándole que por su parte concurra a este intento…[305]

Esta Real Orden es del tipo de documentos que más que definir un curso de acción o instrucciones muy precisas, sirven para despejar cualquier duda respecto al interés de quien suscribe a favor de una causa determinada. En este caso, la continuidad del proyecto jesuita en la península. Podemos pensar, pues, que se trata de un gesto concurrente o relacionado con el legado testamentario de Villapuente y muy posiblemente con la obtención de un flujo monetario difícil de precisar, por la naturaleza opaca, ya comentada, del Fondo Piadoso para las Misiones de California. Sin duda se requirió un financiamiento importante para favorecer las distintas fábricas misionales peninsulares emprendidas durante la cuarta década del siglo XVIII y en años subsiguientes. Puede ser que las circunstancias mencionadas tengan algo que ver con ello, en el marco del aprovechamiento y administración de los recursos generados por el mencionado Fondo Piadoso, creado en 1716 y que por estas fechas ya estaba bien consolidado.

Singularidades y paralelismos

Este templo de San Francisco Xavier fue el primero con planta de cruz latina erigido en California (figs. 159 y 160). El segundo fue la iglesia de San Ignacio-Kadakaamán, contemporánea en el inicio de su última etapa constructiva y que seguramente aprovechó como modelo la iglesia javeriana. También fue la primera en contar con cúpula en su transepto y cristales en las ventanas, lo cual solo representa algunos de los muchos indicios de su modernidad en un contexto donde la mayoría de los edificios suelen compararse no con los que se construían durante el siglo XVIII en las urbes virreinales, sino aquellos que poblaban pequeños emplazamientos de la Europa medieval. El inventario donde se consigna su entrega de los franciscanos a los dominicos, en el año 1773, registra la siguiente descripción:

[305] *Carta del rey Felipe V de España al Virrey Don Agustín Pedro de Cebrián, Conde de Fuenclara,* también registrada como *Real Orden a favor del Provincial Jesuita de México para iniciar* [sic] *la conquista espiritual y temporal de las Californias.* Ver anexos.

Una iglesia de siete y medio varas de ancho y cuarenta y una de largo, de cal y canto, con su crucero y media naranja, campanario, sacristía de cuatro varas y media de ancho y ocho de largo, oficina de ella con el mismo ancho y largo; su bautisterio de tres varas y medio de ancho y cuatro y medio de largo y su coro; todo lo dicho es de bóveda.

Tres retablos dorados, los dos nuevos y uno viejo bien tratado. En el mayor de ellos está la imagen de San Francisco Javier, de talla y lienzos de varias advocaciones y una lámina de Nuestra Señora de los Dolores con siete cuadros de varias advocaciones con sus marcos dorados. Dos nichos de media caña, como de vara, de los cuatro doctores que adornan las pechinas. El campanario tiene seis campanas medianas, dos de ellas están quebradas, vivienda y oficina de la casa de dos cuartos de cal y canto con su bóveda; uno de adobe y terrado; dos trojones de piedra y lodo; un cuarto que sirve de soldado de escolta.[306]

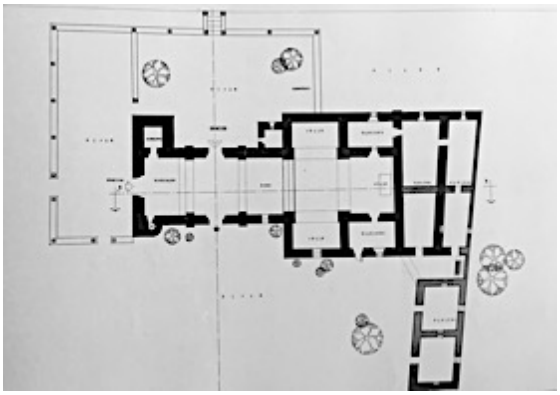


Figura 159. Planta arquitectónica del templo de San Francisco Xavier. Imagen tomada de: Salvador Hinojosa Oliva, *La arquitectura misional de Baja California Sur…* 46.

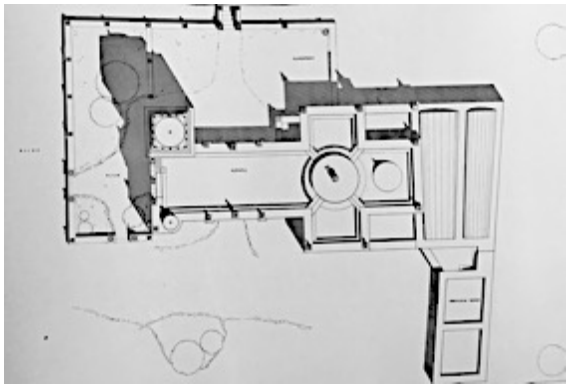


Figura 160. Planta de conjunto del templo de San Francisco Xavier. Imagen tomada de: Salvador Hinojosa Oliva, *La arquitectura misional de Baja California Sur…* 44.

Tenemos un edificio de aproximadamente 34 metros de largo por 6 de ancho, es decir con una proporción de casi cinco a uno, compuesto por cinco secciones rectangulares que brindan un aspecto armónico tanto a su interior como exterior. La proporción de estas secciones es bastante regular, con medidas aproximadas de 6 metros de ancho por 4 de largo, lo cual representa una relación de 1:1.5. Si contrastamos con las medidas del templo de Loreto, por ejemplo, es un edificio que

[306] Eligio Moisés Coronado (ed.), *Descripción e inventarios…* 54.

no parece demasiado largo en relación con la anchura y además ofrece una visibilidad idónea desde cualquier parte de su interior hacia el altar.

Las dependencias colocadas a los lados de éste (sacristía y antesacristía) tienen una longitud igual a la del presbiterio y prácticamente la mitad de su anchura. Los brazos del transepto se proyectan en una mitad aproximada del ancho del templo, prolongándose hacia su parte trasera como un semipolígono irregular que abraza, además de la sacristía y antesacristía, cuatro grandes habitaciones, dos de forma rectangular y dos semirectangulares, de proporción descendente y las últimas dos divididas en su altura por una especie de entrepiso comunicado con escaleras, que seguramente sirvió para su utilización como almacenes (figs. 161, 162 y 163).

Figura 161. Acceso al entresuelo en anexos del templo. Fotografía: Leonardo Varela.

Figura 162. Acceso al entresuelo en anexos del templo, primer nivel. Fotografía: Leonardo Varela.

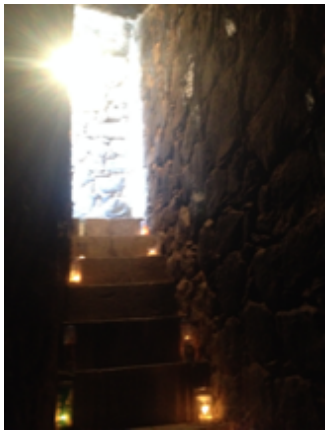


Figura 163. Acceso al entresuelo en anexos del templo, segundo nivel. Fotografía: Leonardo Varela.

Fuera de este cuerpo principal pero enlazadas con un muro, hay además otras dos grandes habitaciones de forma menos oblonga. Como dato curioso pero que podría alentar otras investigaciones, las proporciones de la planta de este templo son las mismas que las del templo de San Francisco Xavier del Bac (fig. 164), hoy en el estado norteamericano de Arizona. Cabe deducir una relación de la planta cruciforme latina con estas proporciones, así como con la dedicación javeriana (pues el santo era un apóstol de Cristo y por lo tanto alguien que reproduce su imagen, simbolizada en la cruz).

La planta de cruz existe también en el templo de San Francisco Xavier en Tepotzotlán (fig. 165), con grandes similitudes respecto a sus proporciones generales en relación con nuestro templo. No obstante, en este último edificio (el de Tepotzotlán, que antecedió a los dos templos misionales mencionados) estamos hablando de una construcción a mayor escala, que se ubica en un lugar donde hubo numerosa concentración poblacional tanto de sacerdotes y novicios como nativos.

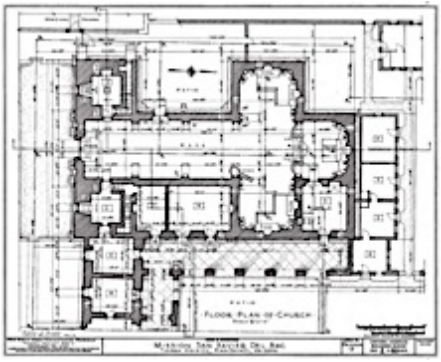


Figura 164. Planta del templo de San Francisco Xavier del Bac, Arizona. Imagen tomada de: https://missions.arizona.edu/node/24

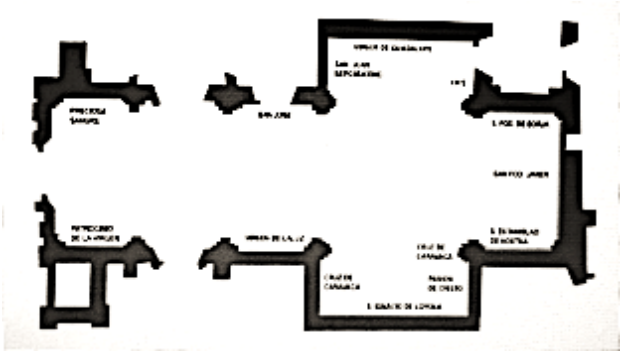


Figura 165. Planta del templo de San Francisco Xavier en Tepotzotlán. Imagen tomada de: Mario J. Vargas Muñoz, *50 Aniversario del Museo Nacional del Virreinato. Un museo, una historia*, (México: INAH, 2014) 30.

En ese sentido, resulta notoria, por ejemplo, la anchura relativa de los brazos del transepto del templo en Tepotzotlán, para su utilización como grandes altares secundarios, de dimensiones equiparables a las del altar principal. Este tipo de diseño no tendría sentido en un templo misional. Pero es muy posible, y ello lo argumentaremos más adelante, que el templo de Tepotzotlán haya servido como modelo, en determinado grado, para otros templos misionales dedicados a San Francisco Xavier, al menos para el caso de la Antigua California. Recordemos que el templo de Tepotzotlán constituía un edificio suburbano emblemático para la Compañía de Jesús, lo mismo que la Casa Profesa de la ciudad de México representaba dentro de un ámbito urbano. Igualmente, es un hecho que en el colegio de novicios de Tepotzotlán:

> …se formó casi la totalidad de los jesuitas de la provincia mexicana, y [fue] donde estudiaron o vivieron misioneros como Francisco Javier Alegre, Juan y Pedro de

Ugarte, Juan María Salvatierra, Eusebio Francisco Quino [*sic*], Juan Bautista Zappa y Francisco Javier Clavijero.[307]

Insisto que ello no implica hablar de la copia de un modelo, en tanto reproducción difusionista del mismo acomodo arquitectónico, sino de su utilización como base para un nuevo arreglo espacial, que sin embargo toma en cuenta experiencias previas gratas y exitosas.

Figura 166. Vano en un muro a medio terminar en la misión de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó. Fotografía: Leonardo Varela.

Figura 167. Muro a medio terminar en la misión de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó. Fotografía: Leonardo Varela.

No debería caber duda, a partir del análisis de su planta, que nuestro templo peninsular se concibió desde el inicio como parte de un gran conjunto de edificios planificados cuidadosamente tanto en términos de su aspecto como del acceso que debían tener unos espacios hacia otros. Lo anterior pues, por ejemplo, la sacristía comunica interiormente con dos cuerpos de habitaciones interconectadas. Incluso, en virtud de la existencia de muros y vanos que se proyectan fuera de la construcción (figs. 166 y 167), permitiendo suponer que dicho conjunto estaba inconcluso al momento de la expulsión de los jesuitas, ya sea que hubiera fábricas en marcha (lo cual se deduce de la presencia de "mechinales" de madera insertos

[307] Manuel Ignacio Pérez Alonso, "Los jesuitas en Tepotzotlán", en *Tepotzotlán. La vida y obra en Nueva España* (México: Asociación de Amigos del Museo Nacional del Virreinato, 1988) 84.

en algunos muros) o que se previera su puesta en obra durante algún momento posterior.

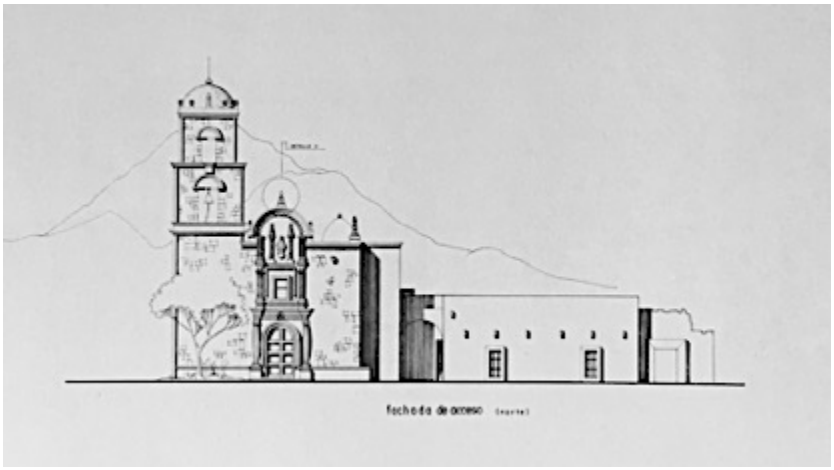


Figura 168. Fachada de acceso al templo de San Francisco Xavier. Imagen tomada de: Salvador Hinojosa Oliva, *La arquitectura misional de Baja California Sur…* 48.

Orientado el edificio sobre un eje norte-sur, su portada principal mira al norte (fig. 168), sin duda con el afán de darle mejor visibilidad hacia el acceso desde la sierra como en la intención de aprovechar durante la mayor parte del día una luz indirecta (fig. 169). En cambio, sus dos portadas laterales cumplen una importante función simbólica en relación con el ascenso y caída del sol, como se puede constatar por la presencia de sendas cruces de piedra que se proyectan dentro del marco de las ventanas superiores, produciendo efectos de sombra que marcarían un ciclo de aparición-desaparición de tal silueta, asimilable con el ciclo de muerte y resurrección de Cristo. Sumamente sofisticado para un templo que se edificó en California es este ingenioso dispositivo, semejante al constituido por el relieve de Nuestra Señora del Pilar en la ventana del coro del Templo de la Enseñanza, en la Ciudad de México. También lo es el hecho de que casi todas las cubiertas tengan bóvedas (de arista en el templo, de cañón corrido en los anexos, salvo la sacristía, que tiene una losa plana), lo cual contribuye a generar una sensación de amplitud y favorece la iluminación interior.

Figura 169. Howard E. Gulick. Templo de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, 1956. Fotografía tomada de: University of California-SanDiego Library, disponible en : https://library.ucsd.edu/dc/object/bb4710760v

Por otro lado, la proporción de la fachada en relación con su única torre-campanario, colocada del lado oriental, es también sumamente precisa y armónica, elevándose a una altura equivalente al edificio, por lo cual la altura total de esta torre representa exactamente el doble que la de los muros. La base de la torre es cuadrangular y está completamente integrada a la primera sección de la nave. Desde ahí se desplantan dos sólidos cuerpos telescópicamente proyectados. Cada uno de estos cuerpos tiene vanos en sus cuatro caras. El segundo cuerpo se remata con un cupulín (fig. 170).

Figura 170. Harry W. Crosby. Torre del templo de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, 1967. Fotografía tomada de: University of California-SanDiego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb2731605n

Figura 171. Harry W. Crosby. Detalle en las jambas de la portada principal del templo de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, 1967. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb4096417t

Figura 172. Harry W. Crosby. Detalle en dintel de acceso lateral al templo de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, 1967. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb5905696n

El trabajo de cantería tanto en la portada principal como en las laterales e incluso en algunos vanos que comunican desde fuera con la oficina de sacristía es sumamente elaborado y de calidad difícil de encontrar en otro templo de la península (figs. 171 y 172). Estos detalles minuciosos, como la calidad de las bóvedas de arista y la cúpula de media naranja con linternilla y cupulín sobre pechinas, nos hablan seguramente de la intervención del maestro que menciona Del Barco cuando dice que hubo que trasladar a tal arquitecto desde una considerable distancia, con toda probabilidad de la ciudad de México. También, nos habla de la presencia durante bastante tiempo de artesanos bien capacitados y experimentados en la talla de cantera. Como ya he observado, la devoción javeriana era común a los principales benefactores de los jesuitas en California, así que resulta altamente factible que hayan deseado promover la edificación de un santuario dedicado a este personaje, que respondiera a sus muy personales gustos arquitectónicos y vastas capacidades económicas.

Si tomamos en cuenta la probable relación entre el legado testamentario del marqués de Villapuente y el inicio en la construcción de nuestro templo, resulta

pertinente recordar que el marqués y su esposa, Gertrudis de la Peña, marquesa de las Torres de Rada, habían aportado recursos para la reedificación del templo de la Casa Profesa jesuita en la capital entre los años 1714 y 1720.[308] El arquitecto responsable de esa obra fue Pedro de Arrieta, quien gozaba de la confianza de los mencionados benefactores y además, según algunos investigadores, muy probablemente había participado también, aunque muy joven, en el proceso constructivo del templo de San Francisco Xavier de Tepotzotlán entre 1689 y 1692 (fig. 173),[309] formándose en esta obra bajo las instrucciones del maestro José Durán, padre del también arquitecto Miguel Custodio Durán, quien con el tiempo se convirtió en socio de Arrieta.[310]

Lo anterior constituye un indicio no desdeñable respecto a la muy posible pertenencia del "maestro de calidad" que se trasladó hasta California a la escuela de Pedro de Arrieta. En el edificio peninsular encontramos rasgos que coinciden o más bien remiten, cual trasuntos del estilo metropolitano en boga durante la primera mitad del siglo XVIII en la ciudad de México, hacia las formas y los motivos recurrentes dentro de edificios fabricados tanto por Arrieta como por su socio Miguel Custodio Durán. En el caso del primero, baste mencionar su sobrio geometrismo, la

[308] Es cierto que tales fechas son lejanas a la de edificación del templo peninsular, pero existen testimonios de que en una fecha tan tardía como 1758, se entregó un legado que la duquesa de Gandía, María Ana de Borja, dejaba para "la Conclusion de Altar de Sn. Francisco de Borja con la obligación expresa qe. impongo, de… las rentas Destinadas para la fabrica de la Casa Profesa…", por lo cual es muy posible que en ese templo hubiera albañiles, retablistas y otro tipo de artesanos laborando durante periodos más amplios de tiempo para la realización de diversas obras. Ver: *Escritura de transacción de los herederos de Doña Mariana de Borja, duquesa de Béjar y Gandía, del 30 de junio de 1758*, en anexos.

[309] Edificado en una primera etapa por José Durán y Diego de la Sierra, fue modificado en el siglo XVIII. A partir de una planta en cruz latina, tipología muy extendida durante todo el virreinato, se retoman elementos clasicistas propios del siglo XVII, empleados en las edificaciones catedralicias de México y Puebla, como son las cubiertas de bóvedas vaídas y una cúpula ubicada en el transepto. La abrumadora dimensión de la portada y torre, con extremo sentido ascensional, instaladas durante el siglo siguiente, no siempre permiten apreciar la proporcionada horizontalidad del planteamiento original de este templo. Ver: Mario J. Vargas Muñoz, *50 Aniversario del Museo Nacional del Virreinato. Un museo, una historia* (México: INAH, 2014).

[310] Inés Ortiz Bobadilla, *Arquitectura mudéjar en México. Elementos estructurales y compositivos aplicados en la época virreinal* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2008), 191; Joaquín Bérchez, *Arquitectura mexicana de los siglos XVII y XVIII* (México: Grupo Azabache, 1992) 177. Para abordar el tema del "mudejarismo" o mejor dicho la influencia de la arquitectura hispano-islámica en el templo de Tepotzotlán y novohispana en general, ver: John P. Moffitt, *The islamic Design Module in Latin America. Proportionality and the Techniques of Neo-Mudéjar Architecture* (Jefferson, North Carolina and London: Mc Farland and Co., 2004).

recurrencia a elementos que se han calificado como “tardo-románicos” como el labrado de goterones en el Antiguo Palacio de la Inquisición, que asimismo podemos encontrar en elementos pétreos del templo javeriano, y el gusto por otros “tardo-góticos” como las puertas con arco de medio punto con apuntamiento semiconopial, que podemos observar en el acceso principal del templo de la Casa Profesa y tal vez fueron reinterpretadas en las dos portadas laterales de la iglesia peninsular.

Figura 173. Templo de San Francisco Xavier en Tepotzotlán. Imagen tomada de: Mario J. Vargas Muñoz, *50 Aniversario del Museo Nacional del Virreinato. Un museo, una historia* (México: INAH, 2014) 15.

Figura 174. Portada principal de la parroquia de San Gabriel en Tacuba, Ciudad de México. Fotografía tomada de: https://www.flickr.com/photos/jicito/11784240926/in/photostream

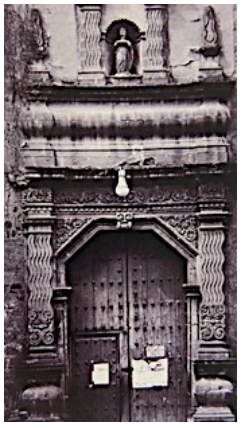


Figura 175. Portada lateral de la parroquia de San Gabriel en Tacuba, Ciudad de México. Fotografía tomada de: y Joaquín Bérchez, *Arquitectura mexicana…* 179.

Del segundo, es conocido y característico el uso del orden “flamígero” basado en el “ondegiante” de Guarino Guarini, que observamos en muchas de sus obras; por ejemplo, la parroquia de San Gabriel de Tacuba, Ciudad de México, obra donde colaboraron Arrieta y Custodio Durán (figs. 174 y 175).[311] Este templo tiene una portada principal de clara adscripción al estilo del primero y una lateral atribuible al segundo. Coincidentemente, se perciben elementos geométrico-clasicistas en la portada principal del templo de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, mientras que destacan los ondegiantes-flamígeros en sus portadas laterales.

Figura 176. Templo misional de San Francisco Xavier de Batuc, Sonora. Fotografía tomada de: http://josebatuc.blogspot.com/2011/10/historia-y-tradiciones-de-batuc-sonora.html

Figura 177. Portada principal del templo de la Casa Profesa en la ciudad de México. Imagen tomada de: Giovanni Sale, S. J. (ed.), *Ignacio y el arte de los jesuitas* (Madrid: Mensajero, 2003) 228.

Figura 178. Portada principal del templo del convento de San Francisco, Zacatecas. Fotografía tomada de: https://programadestinosmexico.com/que-ver/arquitectura-colonial/arquitectura-colonial-en-zacatecas.html

El traslado, adaptación y transformación de estilos citadinos hacia los remotos territorios del norte novohispano no sería, en todo caso una novedad, ni tampoco la reproducción hasta cierto punto de modelos elaborados por Arrieta, al menos en detalles o partes de un edificio. Esto lo podemos observar al comparar las portadas de la Casa Profesa jesuita en la Ciudad de México (fig. 177), el templo del exconvento de San Francisco en la ciudad de Zacatecas (fig. 178) y el templo misional de San Francisco Xavier de Batuc en el actual estado de Sonora (fig.

[311] También en la portada del templo de Santo Domingo en la ciudad de México se advierten elementos propios de ambos estilos, aunque esto resulta quizá mucho más evidente o contrastante en Tacuba debido a la diferenciación entre sus dos portadas, mientras que en Santo Domingo habría una especie de síntesis de los dos estilos dentro del mismo espacio.

176).[312] Se trata de edificios que además de un aspecto muy similar comparten el patrocinio de benefactores que tuvieron presencia y relaciones importantes durante el siglo XVIII en la ciudad de México.[313]

Figura 179. Leticia Villanueva. Parroquia de San Miguel, en Mocorito, Sinaloa. Fotografía tomada de: Clara Bargellini y Chantal Cramaussel, *Libro registro de la segunda visita del padre Tamarón y Romeral, obispo de Durango* (México: Alianza Editores, 1997.)

Figura 180. Templo de San Francisco, Guadalajara. Fotografía tomada de: https://www.pinterest.com.mx/pin/790522540822609489/

Figura 181. Templo de San Juan de Dios, Ciudad de México. Fotografía tomada de: https://www.mexicoenfotos.com/antiguas/distrito-federal/ciudad-de-mexico/iglesia-de-san-juan-de-dios-ciudad-de-mexico-1920-MX16154003301327/7

Elisa Vargas Lugo, en un análisis que realizó en torno a tres templos del actual estado de Sinaloa (El Rosario, San Sebastián Concordia y San José Copala), planteó que tales edificios manifestaban semejanzas formales con iglesias

[312] La identificación del templo de la Casa Profesa como posible modelo para San Francisco Xavier del Batuc la hizo Clara Bargellini en una comunicación verbal presentada el año 2017 en el antiguo Colegio de San Ildefonso, mientras que la comparación con el templo de San Francisco está publicada en Juan Encinas Blanco, *Iglesia sumergida: San Francisco Javier de Batuc. La pérdida de una joya arquitectónica* colonial (Hermosillo: Edición del autor, 2017) 142.

[313] San Francisco Xavier del Batuc fue misión fundada por Martín de Azpilcueta. Familiar por el lado paterno del santo navarro, quien naciera en Monreal el año de 1594 y falleciese en el Colegio de Sinaloa en 1637, había iniciado la misión ópata en 1629 para abandonarla por motivos de salud en el año 1636. Juan Encinas Blanco, *Iglesia sumergida…* 89-92. El convento de San Francisco en Zacatecas se edificó en 1730 bajo el patrocinio de un rico minero novohispano residente en la ciudad de México, el conde de San Mateo de Valparaíso, Fernando de la Campa y Cos. Bernardo del Hoyo Calzada, *Los conventos de Zacatecas*, disponible en: http://historiadeladiocesisdezacatecas.blogspot.com/2015/01/los-conventos-de-zacatecas.html

metropolitanas, pero opina que en el noroeste los arquitectos contaban con una libertad que les permitía al mismo tiempo apartarse de imperativos estilísticos como los que se traslucen en las ciudades. Ello derivaría en una adaptación más bien libre de los rasgos importados desde las urbes dentro de un contexto local, provocando en el espectador contemporáneo la impresión de que las iglesias de las misiones se parecen a las urbanas aunque lucen un tanto "atrasadas" en cuanto a su estilo.[314] A mi juicio, esta sería una forma ciertamente convencional pero comprensible y tal vez incluso razonable de describir lo que se observa en el templo de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó.

Figura 182. Portada principal del templo de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó. Fotografía: Leonardo Varela.

Figura 183. Portada lateral del templo de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó. Fotografía: Leonardo Varela.

En otras iglesias del actual estado de Sinaloa, registradas por Clara Bargellini, encontramos otros tipos de similitudes formales (en el alzado y la portada principal) y también seguramente reminiscencia de la adaptación de modelos urbanos, que remiten a nuestro templo (fig. 179). Estos modelos encuentran también eco en edificios localizados en ciudades como Guadalajara, tal cual ocurre con el templo de San Francisco (fig. 180); o en la ciudad de México, con el de San Juan de Dios (fig. 181). Una de las diferencias más notables que saltan a la vista entre estos

[314] Elisa Vargas Lugo, "El arte barroco en el territorio de Sinaloa", en José Guadalupe Victoria *et al.* (eds.) *Regionalización en el arte. Teoría y praxis* (México: Gobierno del estado de Sinaloa, 1992) 68.

edificios ubicados en lugares sumamente diversos y distantes es que las torres de los templos ubicados fuera de la ciudad de México tienden a mostrar un aspecto más masivo. Tal es el caso de nuestra iglesia y ello posiblemente se deba a esa libertad que Vargas Lugo infiere en los arquitectos "de provincia" para no ceñirse estrictamente a imperativos estético-estilísticos, así como la decisión de privilegiar la fortaleza de sus edificios por encima de cualquier otra consideración.

La portada principal de nuestro templo (fig. 182), conformada por tres cuerpos con un arco de medio punto como elemento central incorpora en su segundo y tercer cuerpos columnas de orden salomónico que claramente corresponden con la modernidad impulsada inicialmente desde la fachada de la Catedral de México, en el siglo XVII, y son las únicas de este tipo en California. Las portadas laterales (fig. 183) son prácticamente idénticas entre sí y completamente distintas a la principal, estando conformadas por un arco conopial soportado en pilastras que se prolongan más allá de los arcos, al uso urbano de muchos templos y casas de las primeras décadas del siglo XVIII. Las molduras que enmarcan el remate de los arcos conopiales se resuelven en un baquetón enrollado con pequeños roleos hacia dentro, dando el aspecto de un cortinaje (motivo que se repite en varios lugares del edificio) que en su parte externa está ornado por dentículos triangulares o puntas de diamante. Sobre cada vano lateral hay un entablamento elaborado a la manera de ménsula sobre el cual reposa una alta cruz ornada con motivos ondulantes de clara estirpe guariniana.

Las ventanas cuadradas ubicadas a cada lado del templo (figs. 184 y 185), como la de la portada principal están enmarcadas por un cordón labrado de reminiscencias franciscanas. En el caso de las ventanas laterales, al igual que en el último cuerpo de la portada principal existen dos remates piramidales muy acusados, de tipo flamígero –coronados los laterales por siluetas del sol y la luna– a la manera de los que se observan en templos y capillas de la ciudad de México, como por ejemplo en la famosa capilla patrocinada por la familia Medina Picazo del Convento de Regina Coelli. Estas portadas laterales están flanqueadas por contrafuertes que se integran a la composición y lucen remates piramidales con decoración ondulante. En su lado oeste hay una fuente con perfil de estrella

flordelisada (fig. 186). Es la única fuente que sobrevive en las misiones bajacalifornianas y quizá nos da una idea de la que se menciona asimismo en documentos relativos a la misión de San José de Comondú.

Figura 184. Harry W. Crosby. Detalle de la portada lateral en el templo de San Francisco Xavier Viggé-Biuandó, 1967. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en:https://library.ucsd.edu/dc/object/bb983064q

Figura 185. Harry W. Crosby. Detalle de la portada lateral en el templo de San Francisco Xavier Viggé-Biuandó, 1967. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb0888585

Figura 186. Restos de una fuente de arcilla cocida en el lado oeste del templo de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó. Fotografía: Leonardo B. Varela Cabral.

El sotocoro se sostiene sobre un arco de tres puntos como en Loreto (aunque allá es de madera y aquí de piedra), que reposa sobre ménsulas de cantera. Los tres accesos a la nave están abocinados hacia dentro y las amplias ventanas hacia fuera, favoreciendo también la iluminación. Las secciones interiores están marcadas por pilastras estriadas que soportan arcos moldurados en cuya pieza toral existen

monogramas dedicados a María (fig. 187), Santa Ana, San Joseph, Nuestra Señora del Rosario, San Ignacio y San Francisco Xavier, decoración que no observamos en ningún otro templo peninsular.

Figura 187. Monograma de María en el sotocoro del templo de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó. Fotografía: Leonardo B. Varela Cabral.

Dos elementos ingenieriles de extrema sofisticación técnica en los que poco se ha reparado respecto a este edificio son: primero, que la media naranja con linternilla ubicada sobre el transepto cuenta con incisiones difícilmente perceptibles por su angostura, pero extendidas, en su unión con la techumbre, de forma rectangular. Funcionan a modo de dispositivos para la circulación del aire, logrando una ventilación que en forma alguna modifica el aspecto de la cúpula. Es posible suponer que esta innovación se debiera a la conciencia de ser el único recinto californiano que contaría con vidrios en sus ventanas, por lo cual se debió pensar en alternativas para controlar de mejor manera su temperatura interior.

La segunda innovación, muy eficaz y al mismo tiempo también discreta, es un complejo sistema de desagüe que se aprecia en la parte posterior del conjunto, donde en la parte inferior de la gran pared que mira hacia el sur se abren estrechas tarjas rectangulares que seguramente sirvieron para permitir el aseo de los almacenes o habitaciones ubicados en esa zona. Asimismo, como se puede apreciar, el templo se edificó sobre la pequeña meseta (Biaundó en lengua cochimí) situada en el centro de un arroyo (Viggé), por lo cual está semicircundado por una barda perimetral, que más que servir para fines defensivos en realidad aporta a mantener seco, sólido y compacto el terreno elevado en que se asienta la construcción.

Figura 188. Harry W. Crosby. Detalle de la portada principal en el templo de San Francisco Xavier Viggé-Biuandó, 1967. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb1093367m

Tema apostólico, devoción transpacífica, motivos vascos

En algún sitio frente al altar de este templo debe estar enterrado el padre Juan de Ugarte y la presencia de san Francisco Xavier constituye el motivo central del retablo principal. Sin embargo, consideramos que existen otros elementos en el edificio vinculados con estos dos personajes y su misión apostólica, que da sentido y tutela, junto con la devoción por Nuestra Señora de Loreto, al proyecto evangelizador en la Antigua California. Por principio, se trata de un templo profusamente ornamentado con relieves y tallas de cantera tanto en su interior como exterior.

En su fachada destaca sobre la calle central del remate un enorme motivo laboriosamente trabajado que remite a la custodia y por tanto al cuerpo de Cristo (fig. 188), consagrado mediante la Eucaristía. Se trata del elemento principal de este muro y su alusión a los sacramentos señala de una forma indudable el edificio como santuario destinado a conmemorar la tarea evangelizadora. Es un motivo que tiende a la abstracción o síntesis y donde podemos notar los famosos goterones que hemos mencionado al remitirnos a la obra del arquitecto Pedro de Arrieta, uno de cuyos socios y sucesores, el también arquitecto capitalino Eduardo de la Herrera, llegó a presidir precisamente la Cofradía del Santísimo Sacramento, en la ciudad de México, por las fechas cuando se construía este edificio. El motivo de la custodia se

observa asimismo en una serie de relieves en piedra tallada localizados a lo largo de la nave, en el extradós de los arcos fajones y las pechinas que soportan la cúpula (fig. 189). Son elementos de los cuales no se tiene ninguna muestra en los demás templos de la Antigua California y que atraen la vista por su reiteración en este recinto.

Figura 189. Detalle de las pechinas del templo de San Francisco Xavier Viggé-Biuandó. Fotografía: Leonardo B. Varela Cabral.

Figura 190. Harry W. Crosby. Detalle de las yeserías del sotocoro del templo de San Francisco Xavier Viggé-Biuandó, 1967. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb8875007c

Cabe señalar que una peculiaridad más de esta iglesia son las yeserías dispuestas en diferentes zonas tanto del templo como en algunos de sus anexos. Sobresale la profusa composición que reviste el sotocoro (fig. 190), donde podemos apreciar un sol o estrella de ocho puntas flanqueado por dos flores de ocho pétalos (seguramente lirios, asociados con la pureza de María, y que encuentran eco en numerosas representaciones de la flor de lis), cuatro estrellas de ocho puntas más pequeñas y ocho perlas estilizadas. Esta zona del templo está dedicada precisamente a María, según reza el monograma colocado sobre la clave del arco correspondiente. Estas yeserías recuerdan motivos semejantes ubicados en el sotocoro del templo de San Francisco Xavier en Tepotzotlán.

Figura 191. Yesería policromada en las bóvedas de la nave del templo de San Francisco Xavier Viggé-Biuandó. Fotografía: Leonardo B. Varela Cabral.

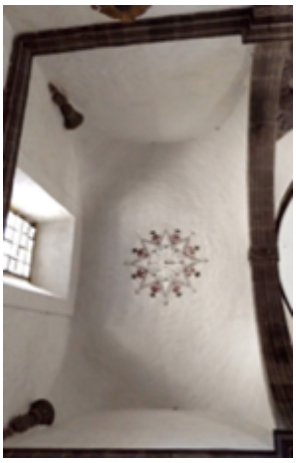


Figura 192. Yesería policromada en las bóvedas de la nave del templo de San Francisco Xavier Viggé-Biuandó. Fotografía: Leonardo B. Varela Cabral.

Figura 193. Yesería policromada en las bóvedas de la nave del templo de San Francisco Xavier Viggé-Biuandó. Fotografía: Leonardo B. Varela Cabral.

Desde lo alto del coro se puede apreciar la continuidad de yeserías policromadas que ornamenta cada sección de la bóveda, enunciando variaciones de una forma estrellada (fig. 191). Ésta se transmuta, conforme se aproxima al altar, primero en una rosa de los vientos, aludiendo a la dispersión de la tarea evangelizadora pero seguramente también a la vocación universal de la Compañía y el carácter geoestratégico de las misiones californianas como enlace javeriano entre Asia, América y Europa (fig. 192). Después, tal rosa de los vientos asume la forma final de un monograma de la Compañía de Jesús, haciendo totalmente explícito el papel de San Francisco Xavier (frente al arco fajón cuya piedra clave ostenta el monograma del santo) como agente corporativo propagador de la palabra sagrada (fig. 193). Nos parece que este motivo de la estrella es polisémico, e involucra tanto la *Stella Maris*, asociada con María y vinculada con la navegación, como la propia rosa de los vientos y el sol cristológico, que es posible articular con las numerosas imágenes alusivas a la comunión ya mencionadas. Se trata, en todo caso, de emblemas corporativos jesuitas que, con una connotación triunfalista, están documentados en varios de los principales edificios de la Orden en Roma (figs. 199 y 200) y aquí aparecen reinterpretados.

Figura 194. Emblema solar de la Compañía de Jesús en edificio romano. Imagen tomada de: Thomas M. Lucas, Saint, *Site and Sacred Strategy. Ignatius, Rome and Jesuit urbanism* (Roma: Biblioteca Apostolica Vaticana, 1990).

Figura 195. Rosa de los vientos de la Compañía de Jesús en edificio romano. Imagen tomada de: Thomas M. Lucas, *Saint, Site and Sacred Strategy…*

Figura 196. Acceso a la sacristía del templo de San Francisco Xavier Viggé-Biuandó. Fotografía: Leonardo B. Varela Cabral.

En los dos costados del altar, sobre el dintel de las puertas de acceso a la sacristía y antesacristía, existe una compleja ornamentación de cantera labrada, totalmente idéntica en los dos casos (fig. 196). Se conforma por un motivo giratorio de cuatro puntas entre dos veletas. El motivo giratorio lo he identificado como un “lauburu”, elemento fuertemente ligado con la cultura vasca y que se asocia con esa identidad pero tiene especial relevancia en contextos funerarios, muy posiblemente haciendo alusión, en este caso, a la presencia del cuerpo del padre Juan de Ugarte frente al

altar.[315] Las cuatro veletas son idénticas a las de metal colocadas sobre la cúpula del templo y el cupulín de la torre, a mi juicio reiterando la alusión simbólica a los cuatro puntos del orbe que constituyen las direcciones hacia las cuales se dirige el apostolado javeriano y de Ugarte, en tanto personalidades ejemplares y modelos a seguir para el resto de los misioneros.

Por último, coronando su advocación apostólica, todo el perímetro exterior del templo está rematado por pináculos pétreos cuyo número de doce alude a los apóstoles de Jesucristo (figs. 197 y 198). Ninguno de ellos es igual a otro en forma ni tamaño, mostrando una variedad de estrías, bulbos, perlas, ovas, dardos, motivos ondulantes, geométricos y fitomorfos, que en una lectura simbólica más detenida y minuciosa seguramente se podrían asociar con cada uno de los primeros discípulos cristianos.

Figura 197. Howard E. Gulick. Pináculos del templo de San Francisco Xavier Viggé-Biuandó. Fotografía tomada de: University of California-SanDiego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb4096418b

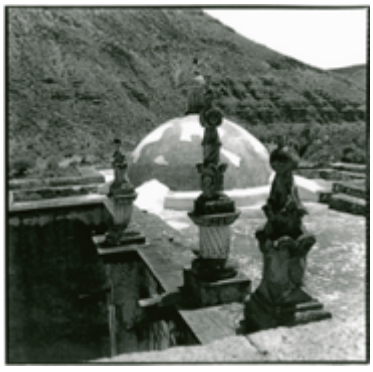


Figura 198. George E. Lindsay. Pináculos del templo de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó. Fotografía tomada de: Archivo Histórico Pablo L. Martínez de Baja California Sur (AHPLM-BCS).

La profusión decorativa de este templo no se agota en la apretada descripción realizada, ya que existen muchos otros elementos por analizar dentro y fuera del edificio, tales como celosías simuladas, recurrentes representaciones de rosas y lirios, así como una diversidad de motivos asociados con la letanía lauretana. Sin embargo, a reserva de realizar un estudio específico acerca de esos objetos, vale afirmar que los aquí mencionados son los más conspicuos en su interior y exterior.

[315] Kosme María de Barañano *et al.*, *Arte en el país vasco* (Madrid: Editorial Cátedra, 1987).

Por tanto, sustento en ellos y en otros criterios simbólicos ya comentados anteriormente, la afirmación de que San Francisco Xavier Viggé-Biaundó constituye el gran santuario corporativo de la California, donde se celebra la presencia universal de la Compañía de Jesús, encarnada en la vida y obra de sus dos misioneros vascos reunidos bajo un mismo techo.

III. 3 San José de Comondú: una basílica en el desierto

Los jesuitas reconocieron por primera vez el lugar denominado por ellos Comondú (derivado de *caamanc cadeu*, "carrizal en la cañada" en lengua cochimí), 50 kilómetros al noroeste de Loreto, en diciembre de 1684. El padre Eusebio Francisco Kino y el almirante Isidro de Atondo y Antillón cruzaban por entonces la sierra La Giganta buscando un emplazamiento sobre el océano Pacífico susceptible de acoger a la nao de Filipinas. Ahí encontraron zonas irrigadas por los escurrimientos que caían desde las montañas y aunque no establecieron ninguna población, dejaron testimonio de la existencia de mejores condiciones que las imperantes en la salobre y estéril región porteña de Loreto.

Posteriormente, cuando en 1701 Juan María de Salvatierra desarrolló sus propias exploraciones por el ámbito serrano (fig. 199), impuso el nombre de san José a la región completa, que denominó "San José de la Giganta". Según Harry W. Crosby, esto ocurrió en consecuencia del deseo de homenajear al importante benefactor queretano Juan Caballero y Ocio, devoto josefino, quien en fecha reciente había enviado a California una escultura de Cristo niño con su padre.[316] Sin embargo, la misión de San José de Comondú no se fundó sino hasta el verano de 1708, siendo la primera en la península dedicada al esposo de María. Tal fundación se realizó con recursos aportados desde 1702 por José de la Puente y Peña, marqués de Villapuente, quien comprometió 30 mil pesos para sostener este y otros dos emplazamientos: Nuestra Señora de Guadalupe y La Purísima, establecidos, respectivamente, entre 1717-1720 y en 1720.

[316] Harry W. Crosby, *Antigua California…* 223.

Figura 199. Mapa de las primeras exploraciones realizadas por Juan María de Salvatierra y Juan de Ugarte por la zona serrana de La Giganta, mostrando al noroeste de Loreto el sitio denominado Comondú. Imagen tomada de: Harry W. Crosby, *Antigua California…* 222.

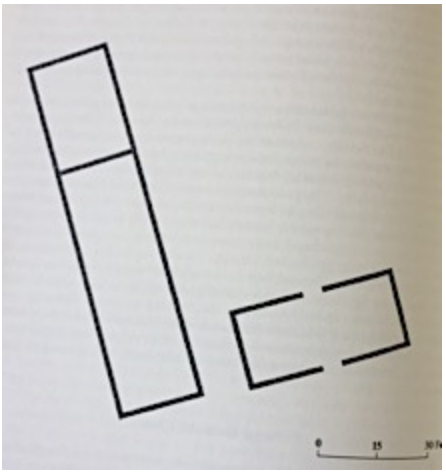


Figura 200. Planta del primer templo de San José de Comondú en su emplazamiento inicial, hoy conocido como "San José Viejo", elaborada a partir de restos de cimentaciones. Imagen tomada de: Harry W. Crosby, *Antigua California…* 228.

Resulta lógico pensar que el marqués de Villapuente habría solicitado a los misioneros de manera explícita a quién deseaba dedicar las tres misiones. Según el historiador Francisco Xavier Clavijero, así se desarrolló este proceso:

> En diversos viajes hechos por los misioneros en la península buscando lugares donde plantar misiones, habían hallado el de *Comondú*, distante de Loreto treinta leguas al noroeste, y situado en el centro de las montañas, casi a igual distancia de ambos mares. En las cercanías de un arroyuelo que corre por aquel sitio, había esparcidas varias tribus de indios, para cuya conversión se resolvió que se plantase allí una de las dos misiones fundadas por el marqués de Villapuente. Con este fin se trasladaron al mismo lugar a principios de 1708 los padres Salvatierra y Juan de Ugarte, llevando consigo al padre Mayorga, destinado a la nueva misión, en donde se estuvieron con él algunos días ayudándole a domesticar aquellos salvajes y a formar dos cabañas de ramas, una para la habitación del misionero y otra que debía servir de iglesia mientras se fabricaba una buena, como de facto la fabricó después el padre Mayorga y la dedicó con gran solemnidad.[317]

El padre Julián Mayorga, entonces con treinta y ocho años de edad, había nacido el año 1670 en Villarejo de Salvanés, cerca de Madrid. Educado en un ambiente cortesano, dentro del Colegio Imperial de esa ciudad, se integró al colegio jesuita de Alcalá de Henares y luego regresó al instituto matritense como profesor de filosofía. Su vocación estaba en las misiones, así que en 1705 abordó un barco en Cádiz para dirigirse a la Nueva España. En 1707 se hallaba en Loreto pero tuvo que permanecer ahí hasta recuperarse de un fuerte malestar que puso en riesgo su fundación.[318] La asistencia, una vez recuperado Mayorga, del propio Salvatierra y Juan de Ugarte, así como el capitán Esteban Rodríguez Lorenzo, a la sazón responsable del presidio de Loreto, arrieros, soldados y numerosos ayudantes, en lo que se describe como una expedición muy numerosa, muestra la importancia que para ellos tenía esta nueva misión. Al mismo tiempo, deja ver la preocupación manifestada por los padres ya establecidos en California para que los nuevos misioneros se aclimataran. San José de Comondú fue la quinta misión en fundarse,

[317] Francisco Xavier Clavijero, *Historia de la Antigua o Baja California* (México: Editorial Porrúa, 2007) 130-131.

[318] "…presto enfermó el Padre Julian, asi por la fatiga de los viajes, y navegaciones, y variacion de clima, como por la extrañeza de los alimentos de Atole, Tassajo, y Maíz, que solo havia entonces en el Presidio. Debilitabase cada dia mas por el empeño de ayudar a todos los ministerios, y el Padre Juan Maria resolvió mandarlo a la costa de Nueva-España. Mas sabido por el Padre Mayorga, le suplicó de rodillas, que le dexasse morir en California, a donde Dios, por medio de la Obediencia, le havia destinado." Miguel Venegas, *Obras californianas*… Tomo II, 202-203.

después de Nuestra Señora de Loreto (1697), San Francisco Xavier Viggé-Biaundó (1699), Santa Rosalía de Mulegé (1705) y San Juan Bautista Malibat (1705); ésta última desaparecida poco tiempo después.[319]

Fábricas y traslado

Durante este periodo fundacional, Juan de Ugarte dirigiría las fábricas de las sencillas estructuras de madera que menciona Clavijero, mientras que Salvatierra seguramente involucró a los nativos de las rancherías cercanas, pulsando el ánimo que existía para el futuro desarrollo del establecimiento. El papel del primero como impulsor material y el del segundo como concertador diplomático están claramente documentados por distintas crónicas, así que no cabe dudar que tales fueron sus principales actividades. Tras establecerse, Mayorga fue dejado en compañía de un soldado. Más adelante, la cercanía con la misión de San Francisco Xavier permitió a su responsable, el industrioso padre Ugarte, acudir con más soldados y neófitos para ayudar al misionero a construir en San José casa e iglesia de adobe.[320]

Esta segunda fábrica se vio constreñida por la carencia de albañiles para trabajar la piedra volcánica, muy abundante en la región, así como la lejanía de materiales para producir cal. Las dimensiones del templo se calculan en unos dieciséis metros de largo por cuatro de ancho, con gruesas paredes de casi ochenta centímetros de espesor. El techo del edificio se extendió hasta cubrir una superficie mayor en seis metros, incorporando sacristía y bodega dentro de una planta rectangular. La casa del padre se ubicó en ángulo recto con ese edificio, con una dimensión equivalente a la tercera parte del mismo (fig. 200). Por lo visto, como se observa en Loreto y Santa Rosalía de Mulegé, dicha disposición espacial fue recurrente en varios momentos y lugares de la Antigua California, ya que permitía articular como conjuntos edificios construidos en diferentes etapas y con fines diversos, configurando espacios más o menos abiertos pero que brindaban protección, fácil acceso y orden. Los cimientos de piedra de estas dos

[319] Francisco María Píccolo S. J., *Informe del estado de la Nueva Cristiandad…* 313.
[320] Harry W. Crosby, *Antigua California…* 124-125.

construcciones, concluidas en octubre de 1716, sobreviven, por lo cual es posible enterarse de sus dimensiones.[321]

Resulta de gran interés constatar que en este caso el lapso entre la fundación misional y la construcción de sus edificios de adobe fue de casi una década, lo cual nos da una idea acerca de lo dificultosa que podía llegar a ser la paulatina sustitución de las primeras construcciones, relativamente provisionales, por otras más duraderas. Lo anterior, en virtud del cambiante estado de las misiones, donde la población variaba, las prioridades se modificaban, se registraban altibajos en la producción agrícola, desastres naturales, alzamientos, y también había que planear y organizar este tipo de fábricas. Un informe elaborado por Mayorga acerca de su misión en 1720, que el padre Juan de Ugarte, entonces visitador, envió al padre Alejandro Romano, antes Procurador de las Californias y ahora Provincial de la Compañía, describe templo, casa y bodega levantados con doble hilera de adobes "tan fuerte como permite el carácter de esta tierra".[322] No únicamente se levantaron tales edificios sino que se erigieron "Seminario de Niños en su Casa, y de Niñas, en otra, con Maestra, y Hospital, asistiendo, y manteniendo de todas tres Casas".[323]

Figura 201. Howard E. Gulick. Restos de un templo de piedra en San José de Comondú, en su primer emplazamiento, hoy conocido como "Comondú Viejo", 1956. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb07520622v

Figura 202. Harry W. Crosby. Restos de un templo de piedra en San José de Comondú, en su primer emplazamiento, hoy conocido como "Comondú Viejo", 1990. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb78852368

[321] Harry W. Crosby, *Antigua California…* 229.
[322] Harry W. Crosby, *Antigua California…* 229.
[323] Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo II, 204.

La misión contaba con dos pueblos de visita: San Ignacio y San Juan Londó,[324] siendo solo el primero de estos lugares el que tenía condiciones de suelo e irrigación propicias para la siembra de hortalizas y granos. A partir de la muerte del padre Juan de Ugarte en 1730, el padre Mayorga comenzó a hacerse cargo también del pueblo de San Miguel, ubicado en cercanía de un lugar llamado San Ignacio, si bien este poblado era visita de la misión de San Francisco Xavier. San Ignacio, ubicado hacia el suroeste del primer San Miguel y que no tiene nada que ver con el actual emplazamiento de San Ignacio Kadakaamán, se convirtió por sus cualidades, a partir de 1736, en la nueva localización de la cabecera misional.

En el contexto de las rebeliones pericúes ocurridas entre 1734 y 1737, el jesuita escocés William Gordon, asignado a La Paz, se mudó a la visita de San Miguel, separada de San Ignacio por solo tres kilómetros, lo cual consolidó la relación entre ambas localidades y permitió a San Miguel, con excepcionales condiciones de suelo y riego, prosperar.

Figura 203. Howard E. Gulick. Oasis de los Comondú, 1956. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb8260654d

Figura 204. Howard E. Gulick. Camino a Comondú, 1956. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb75098042

Antes de 1736, Mayorga impulsó la construcción de un templo de piedra y mortero (figs. 201 y 202), pero ya era claro que la misión tenía mejores posibilidades si se trasladaba su cabecera a San Ignacio. En diciembre de ese año, seguramente a instancias del padre visitador Sebastián de Sistiaga y con Mayorga fallecido apenas

[324] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica*… 257, 259.

un mes antes, se realizó dicho traslado. San José de Comondú se transformó en Comondú Viejo, convirtiéndose por tanto en pueblo de visita. San Ignacio se renombró San José de Comondú y el arroyo que lo unía con San Miguel se denominó Comondú (figs. 203, 204 y 205). San Miguel, en consecuencia, dejó de ser visita de San Francisco Xavier para serlo de San José y el padre William Gordon administró durante parte de 1737, de manera interina, ambos emplazamientos.

Para julio de ese año, el sacerdote alemán Francisco Javier Wagner sucedió a Mayorga. Apenas tenía treinta años Wagner, pues nació en 1707 en Eichstatt, un pequeño poblado entre Nuremberg y Munich. Desde 1733 se había enlistado para las misiones. Pasó cuatro años previos a su llegada a la península en España y el centro de la Nueva España, aunque su labor misionera inició propiamente hasta que arribó a Comondú. Después de un corto pero muy peligroso y accidentado periodo de soledad, contó con la asistencia de los españoles Miguel Caravajal como mayordomo y Juan Antonio de Aguilar en calidad de soldado. Para entonces, sus visitas eran San Miguel y San Juan Londó.

Durante la administración de Wagner se desarrolló la construcción de diversos edificios en el nuevo emplazamiento de San José de Comondú. Harry W. Crosby ha identificado dentro de libros de registro misionales la presencia en dicha población, entre 1739 y 1747, de José Clemente Padilla, *el albañil*. Asimismo, entre 1738 y 1734, la de Felipe *el carpintero* y Manuel *el carpintero*, por lo cual todo indica que se trató de una cuadrilla de artesanos que tuvo a su cargo la erección de capilla, bodega y otras habitaciones de adobe, al igual que distintas estructuras de carrizo techadas con palma. Crosby considera que Padilla era mestizo, originario de Sinaloa o Guadalajara, mientras que sus ayudantes, por la falta de apellido, seguramente serían indios bautizados provenientes de la contracosta, quienes se habrían capacitado con toda probabilidad en las misiones de Sonora y Sinaloa.[325] También realizarían obras de captación y canalización del agua, que siguiendo la dirección emprendida por el padre Juan de Ugarte como visitador que empezó tales instalaciones, permitieron a la misión convertirse en importante centro de producción agrícola, concentrando un núcleo poblacional nutrido y diverso.

[325] Harry W. Crosby, *Antigua California…* 241-242.

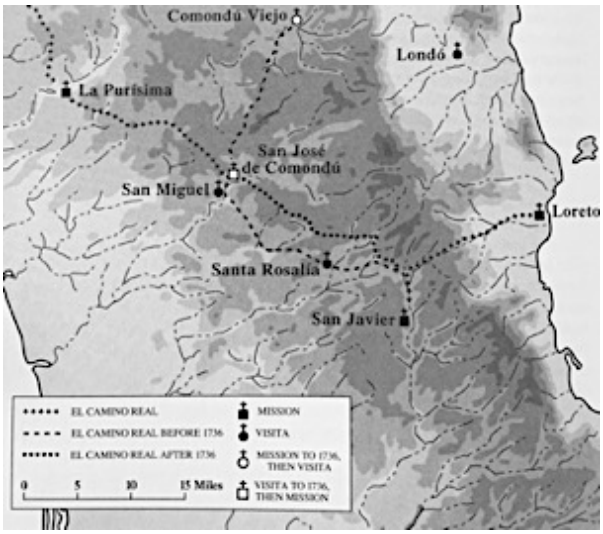


Figura 205. Mapa de la zona central peninsular con la red de misiones constituidas a partir de la reubicación de la cabecera misional de San José de Comondú en 1736. Imagen tomada de: Harry W. Crosby, *Antigua California…* 236.

Desde que se llamaba San Ignacio, en dicho lugar se produjeron higos, cañas, uvas e incluso arroz, y una vez transformado en San José reportó para el año 1753 cosechas de setenta y dos toneladas de avena y treinta y tres de maíz. En 1744 tenía cuatro viñedos y en 1767 los inventarios registran dos prensas para vino que permitían producir y almacenar hasta setenta barriles y 140 tinajas.[326] Desde 1742 habitaban ahí cinco familias de "gente de razón"[327] y había neófitos especializados en múltiples tareas, incluyendo la interpretación musical.[328]

Francisco Xavier Wagner murió el 12 de octubre de 1744. De manera provisional, quedó a cargo de la misión el padre Jacobo Druet, responsable de la misión de La Purísima.[329] Luego, en septiembre de 1745 llegaría el padre José Rondero, nacido en Puebla entre 1717 y 1718, destinado a permanecer en San José hasta 1751, cuando fue transferido a las misiones de Sonora. El periodo de administración de Rondero estuvo marcado por fuertes epidemias que redujeron la población. En abril de 1751 llegó a la misión el sacerdote vienés Franz Inamma Von Sternberg, con treinta y dos años de edad, quien había sido profesor de

[326] Harry W. Crosby, *Antigua California…* 242, 244.
[327] En las fuentes de la época se denomina así a los habitantes no nativos, sino colonos.
[328] Harry W. Crosby, *Antigua California…* 249.
[329] Gerard Decorme, *La obra de los jesuitas mexicanos…* Tomo II, 529.

Humanidades en los colegios de Passau, Linz y Sopron. Durante seis meses estuvieron a cargo del emplazamiento tanto este nuevo misionero como el saliente, en un hecho inusual que seguramente tendría que ver con actividades de reorganización y la construcción del templo de piedra.[330]

Esta iglesia, única en su tipo dentro de la península y sumamente singular en todo el norte novohispano, por su tipología basilical, se comenzó a construir en torno a 1751, bajo la administración de Inamma.[331] Para 1755, el padre visitador José de Utrera deja constancia de haber encontrado en Comondú templo de piedra y mortero "con tres naves abovedadas".[332] En 1762 el también visitador Ignacio Lizasoáin registró "una iglesia bien abovedada con buena decoración".[333] Acerca del edificio, los inventarios levantados durante la entrega de los franciscanos a los dominicos, en 1773, describen:

> Una iglesia de tres naves con sus bóvedas, la que tiene tres puertas, y cerca de ellas, al lado interior, tres pilas para agua bendita; está enlozada de piedra labrada, y tiene también un presbiterio con su enrejado de madera y su coro de bóveda en el que hay un manocordio viejo y un bajón.[334]

Es importante añadir que estos mismos inventarios registran, aparte del templo de piedra, la sacristía con bóveda, que seguramente es el espacio subsistente utilizado como capilla, al igual que dos cementerios, una casa del padre techada en parte con jacal y en parte con bóveda, trapiche y bodega, donde se conservaban 135 tinajas, botijas y alambiques para vino, aceite y otros productos, un taller con telar, espacio para labores del zapatero, troje y establos para el ganado.[335] La mayoría de estos espacios eran seguramente abiertos, algunos de madera con techo de palma, como se observa en las acuarelas del padre Ignac Tirš referentes a las misiones de Santiago y San José del Cabo, que hemos consignado en el anterior

[330] Harry W. Crosby, *Antigua California…* 252.
[331] Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana de California…* 155. Gerard Decorme, *La obra de los jesuitas mexicanos…* Tomo II, 495.
[332] Harry W. Crosby, *Antigua California…* 260.
[333] Harry W. Crosby, *Antigua California…* 260.
[334] Eligio Moisés Coronado (ed.) *Descripción e inventarios…* 75.
[335] Eligio Moisés Coronado (ed.) *Descripción e inventarios…* 75-81.

capítulo. Las tres pilas de bautismo nos dan idea acerca de la expectativa de evangelizar a una población creciente, lo cual fue obstaculizado por las epidemias, cuyo impacto negativo los padres trataron de contrarrestar concentrando la población de diversas rancherías cercanas a la misión en su cabecera.[336]

No constituye dato menor que a partir de 1744 se comenzara la construcción del templo actual en San Francisco Xavier, misión sumamente cercana a San José. Resultaría entendible que, por su contemporaneidad, se hubieran compartido recursos materiales y sobre todo humanos para erigir ambos templos de piedra, tan distintos entre sí como son los emplazamientos en los cuales se hallan.

Aunque no se conservan registros de constructores para la misión javeriana en esas fechas, como hemos mencionado en apartados anteriores de este capítulo, en San José de Comondú Harry W. Crosby identificó al "maestro carpintero" Sebastián Manríquez como residente al menos a partir de marzo de 1754. Por información acerca de pagos realizados en Loreto se localizó asimismo, en 1733, a Francisco Manríquez, padre de Sebastián y a un hermano de éste, Antonio, realizando labores de carpintería. Francisco, el padre, era originario de Xalisco, en el ahora estado de Nayarit, y se había casado posiblemente con una india, de nombre Augusta Regina. Lo cual indicaría que era un hombre de frontera y que en esos territorios desarrolló su actividad profesional. Sebastián, por su parte, nació en Compostela, también hoy Nayarit, y fue el más famoso de los tres carpinteros. Además de Loreto y San José, se le ubica en San Ignacio Kadakaamán, donde el sacerdote José Mariano Rotea, quien le bautizó una hija, afirma que el artesano "se estacionó aquí para trabajar en la construcción de la iglesia".[337] Este artífice mudó a la Alta California en 1769 y vio el fin de sus días allá.[338]

Cabe suponer que participó tanto en la construcción del templo de San Francisco Xavier como el de San José de Comondú, aunque no hay datos que indiquen contara con los conocimientos necesarios para calcular y diseñar la cúpula del primer templo y las bóvedas de ambos. Por ello, más bien se antoja que realizó

[336] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica*… 260.
[337] Harry W. Crosby, *Antigua California*… 260.
[338] Harry W. Crosby, *Antigua California*… 262.

actividades bajo la supervisión de un maestro foráneo anónimo,[339] seguramente el mencionado por Miguel del Barco cuando se refiere a la construcción del templo javeriano.

Figura 206. Arthur North. El templo de San José de Comondú en 1905, visto desde el lugar donde debió haber estado el presbiterio. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las misiones antiguas*… 69.

Características materiales y formales

Durante la década de los treintas del siglo XX, el general Juan Domínguez Cota, gobernador del distrito sur del territorio de la Baja California, instruyó demoler los restos del templo basilical y aprovechar la roca que se hallaba en el sitio donde estaba el edificio en ruinas de la misión dedicada a San José. Con este material se levantó una escuela y a partir de entonces quedó cancelada la posibilidad de erigir nuevamente el único templo con planta basilical que alguna vez construyeron los jesuitas en la península de Baja California. La misión había sido abandonada en 1822 por falta de población y desde 1854 se reportó que el techo de las naves de la iglesia estaba a punto de caerse, por lo cual resultaba imposible oficiar misa en su interior.[340]

No obstante que solo queda una parte de sus anexos, se han planteado reconstrucciones hipotéticas a partir de los cimientos y con base en viejas fotografías. Algunas de estas imágenes nos permiten observar, a principios del siglo

[339] Que nunca residió de manera permanente en la península y por tanto no figura en algún libro de bautizos, casamientos o defunciones.
[340] Salvador Hinojosa Oliva, *Cuaderno histórico del templo misional de Nuestro Señor de San José de Comondú* (La Paz: Gobierno del estado de BCS-ISC-AHPLM, 2009) 36.

XX, cómo se veía el templo. En la primera de ellas (fig. 206) contemplamos los arcos de medio punto que sostenían la nave central, ya derrumbada, desde la zona del presbiterio hacia el coro, del cual se aprecia su ventana rectangular.

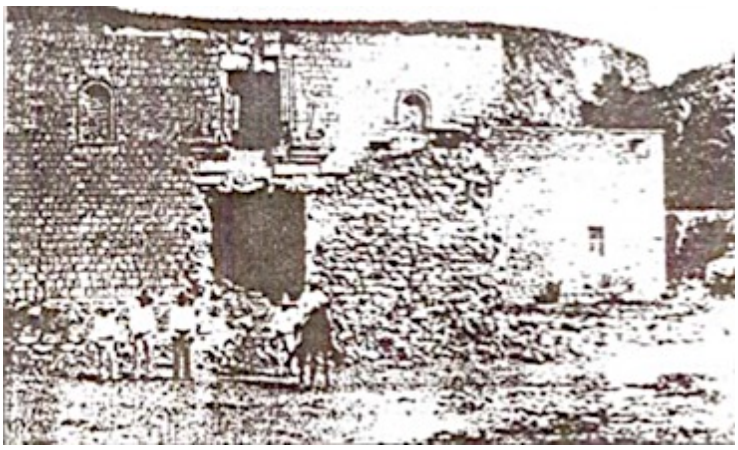


Figura 207. Autor desconocido. Portada principal del templo de San José de Comondú en 1905. Tomada de: Edward W. Vernon, *Las misiones antiguas…* 71.

A los costados se observan, semiderruidas, las dos naves laterales. Como dato curioso, todo indica que las tres bóvedas de cañón corrido tenían la misma altura y la luz entraba no por virtud de un inexistente desnivel entre ellas, sino a partir de ventanas ubicadas en sus extremos y a los lados, sobre los muros exteriores. Lo anterior resulta perfectamente lógico en un emplazamiento como éste, donde la temperatura durante la mayor parte del año rebasa los cuarenta grados centígrados y la iluminación disponible posiblemente superaba lo deseable. Las dovelas se desplantan de unas ménsulas ornamentadas que emergen de la pared, haciendo gala de la destreza técnica de sus constructores. Perpendicularmente a la nave se observa una arcada soportada por ocho columnas sencillas de base ochavada, que seguramente proporcionaban gran amplitud. Sobresale esta forma ochavada de los fustes de las columnas, así como el número de columnas, que asimismo sería ocho en el interior del templo, lo cual nos induce a pensar en la importancia simbólica de tal cifra (rasgo en común con el templo de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó), asimilable simbólicamente con las cualidades del cuadrado y el círculo, y que se

consideraba por tanto mediadora entre los planos terrenal y celestial.[341] También se observan restos del encalado interior.

Por otra fotografía (fig. 207) podemos apreciar en forma parcial cómo era el frente del templo, de aspecto masivo y sencillo, compuesto por un gran volumen rectangular donde apenas destacan la puerta y ventana de coro, ambas también rectangulares y separadas por una cornisa, así como dos nichos. La ventana tiene a sus lados dos pináculos de forma piramidal rematados por esferas. Su aspecto general no deja de ser sumamente sencillo, pese a la sofisticación implícita dentro de la elección de una planta basilical. Este exterior del templo remite más a una fortificación que a un edificio sagrado, lo cual recuerda el templo de Santa Rosalía de Mulegé, en cuyo diseño, como en este templo, pienso puede haber influido el padre Francisco María Píccolo, por dedicarse a la santa ermitaña patrona de Palermo, su tierra natal, cuya devoción introdujo a la península. Considero, como argumento más adelante, que bien puede deberse al palermitano la erección de estos dos templos que de maneras distintas pero complementarias (la basílica y la gruta) remiten a las primeras experiencias cristianas, aunque como veremos, ni el de San José de Comondú ni el de Santa Rosalía se edificaron en vida de Píccolo, pero el primer emplazamiento fue fruto de sus exploraciones y gestiones, mientras que en la misión rosalina residió desde 1708 hasta 1718.

En la actualidad, como he dicho, solamente subiste una capilla que formaba parte de los anexos al templo basilical de San José de Comondú (figs. 208 y 209) y de acuerdo con María Bertha Peña Tenorio, quien dedicó su tesis de maestría al templo, pudo haber funcionado como sacristía. Las medidas de su planta son: 7.56 x 22.8 m (9 x 27 varas) y con una proporción 1:3 (figs. 210 y 211). Su orientación es poniente-oriente, con acceso por el poniente y el grosor de sus muros de 0.70 m. La altura de su fachada es de 8.20 x 9.40 m. La parte superior de la puerta está ornamentada con un óculo con perfil interior cuadrifolio. Los muros laterales tienen

[341] María Bertha Peña Tenorio, *La misión jesuita de San José de Comondú, Antigua California (1708-1768) Reconstrucción histórica de la iglesia basilical*, Tesis para obtener el grado de Maestra en Historia del Arte, UNAM, 2009, 62.

cada uno de ellos dos puertas y cuatro ventanas rectangulares. Tal como en el templo de San Francisco Xavier, las ventanas por dentro están abocinadas.[342]

Figura 208. Portada de la capilla del templo de San José de Comondú. Fotografía tomada del Archivo Histórico Pablo L. Martínez de Baja California Sur (AHPLM-BCS).

Figura 209. George E. Lindsay, Vista lateral de la capilla del templo en San José de Comondú, 1938. Se aprecian los restos de la porción derrumbada del templo, que fueron luego utilizados para edificar una escuela. Fotografía tomada del Archivo Histórico Pablo L. Martínez de Baja California Sur (AHPLM-BCS).

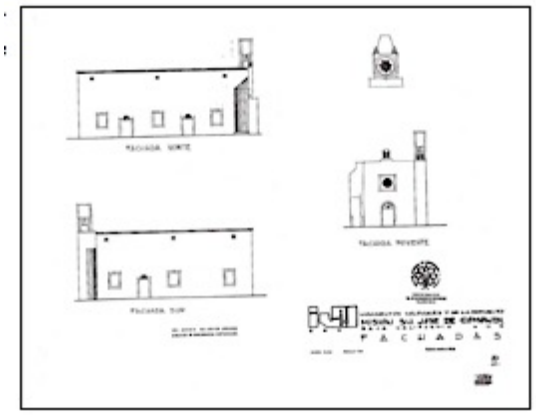


Figura 210. Fachadas de la capilla de San José de Comondú antes de una intervención realizada por el INAH en 1973. Planoteca de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos, expediente San José de Comondú, plano No. 12. Imagen tomada de: María Bertha Peña Tenorio, *La misión jesuita…* 85.

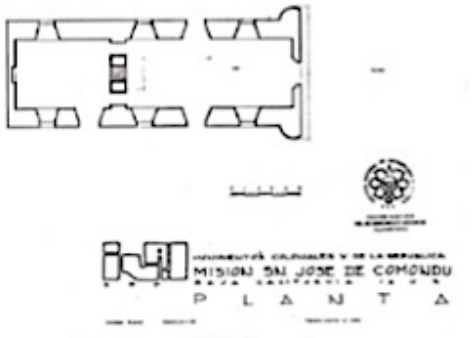


Figura 211. Planta arquitectónica de la capilla de la misión de San José de Comondú antes una intervención realizada por el INAH en 1973. Planoteca de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos, expediente San José de Comondú, plano No. 9. Imagen tomada de: María Bertha Peña Tenorio, *La misión jesuita*… 84.

[342] María Bertha Peña Tenorio, *La misión jesuita de San José de Comondú, Antigua California (1708-1768) Reconstrucción histórica de la iglesia basilical*…13-15.

Las fotografías históricas del templo y otras más recientes, de la mencionada capilla remanente, muestran edificaciones realizadas con sillarejos de piedra volcánica, proveniente sin duda de las zonas aledañas al arroyo Comondú, colocada en hiladas, lo cual aportaría fortaleza a la iglesia, que sin embargo resintió el embate de los elementos, tanto huracanes que descargan con violencia viento y lluvias en la sierra, como probablemente sismos.

Su piedra fue unida con mortero de cal elaborado a partir de conchas de la región. Las esquinas de los edificios, vanos de puertas y ventanas eran de cantera, mientras que los elementos ornamentales estaban elaborados en cantera labrada. Existió, en partes muy identificadas del templo, perceptibles tanto a través de las fotografías como en el remanente arquitectónico, un uso extendido de la estereotomía, que desmiente el carácter supuestamente improvisado o "primitivo" que suele adjudicarse a los edificios misionales peninsulares.[343] Por el contrario, se observa el trabajo de canteros y albañiles especializados, quienes lograron regularidad en el corte y disposición de los materiales. Incluso cabe aseverar que se aprecia una búsqueda intencional de la sencillez, que no es lo mismo que una simplicidad arquitectónica derivada necesariamente de la falta de conocimientos y/o recursos.

Reconstrucciones

En el año 1975, el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) realizó la segunda de dos intervenciones en los terrenos del antiguo templo misional, documentando los restos de la cimentación de dicho edificio basilical (fig. 212). Durante su tesis de maestría ya citada, María Bertha Peña Tenorio recabó dichos documentos y realizó un análisis exhaustivo, que junto con observaciones realizadas *in situ* por ella misma y, en otra publicación, por el investigador norteamericano Edward W. Vernon, nos permiten contemplar reconstrucciones

[343] "El carácter primitivo de muchas de estas misiones resulta de la utilización de formas sólidas, sencillas y no claramente determinadas, haciendo ver estas construcciones como bastante más antiguas, lo que constituye parte de su encanto." Jorge Gurría Lacroix *et al.* "Las misiones de Baja California", en *Antropología. Boletín del Instituto de Antropología e Historia*, No. 67 (2002), 52.

hipotéticas seguramente muy cercanas al aspecto y funcionamiento que debe haber tenido el edificio en cuestión. Las medidas calculadas por María Bertha Peña Tenorio, a partir de tales datos, para el templo basilical, son las siguientes: 34.8 metros de largo por 13.70 de ancho y una altura aproximada de 8.8 metros en su portada.[344]

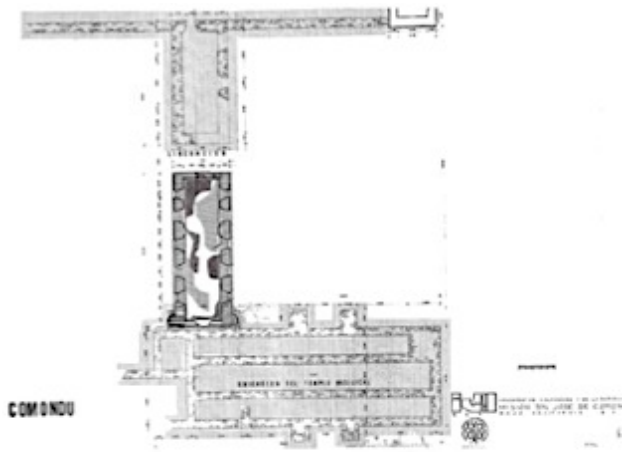


Figura 212. Planta de conjunto de la misión de San José de Comondú, temporada 1975 (donde se aprecian los cimientos del templo basilical en la parte inferior y la actual capilla resaltada en un tono más oscuro). Planoteca de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos, expediente San José de Comondú, plano No. 12. Imagen tomada de: María Bertha Peña Tenorio, *La misión jesuita…* 92.

El templo estaba orientado en dirección sur-norte, tal como ocurre en el de San Francisco Xavier, aunque en sentido inverso, pues en el caso javeriano la entrada está al norte. Lo anterior seguramente en parte estuvo determinado por su posición relativa dentro del entorno natural al cual tenía acceso (fuentes de agua, principalmente) pero también serviría para aprovechar una cantidad de luz solar indirecta, con su entrada luminosa principal por el norte, a través de la ventana que se observa en la fotografía ya citada, durante la mayor parte del día. Esta situación sería imposible con una ubicación oriente-poniente, donde la luz cae dramáticamente. Si bien el eje oriente-poniente, por motivos simbólicos es privilegiado por muchos templos dentro de distintas geografías, cabe suponer que los misioneros del septentrión novohispano tomaron muy en cuenta las

[344] María Bertha Peña Tenorio, *La misión jesuita…* 54.

circunstancias propias de sus emplazamientos para evitar la intrusión de rayos de luz cegadores en ámbitos donde, más allá de simbolismos, el sol era un verdadero obstáculo para las tareas cotidianas. Por supuesto, hasta el día de hoy, la placidez y frescura interior de estos templos inteligentemente diseñados constituyen cualidades que se agradecen, especialmente en los meses de calor, que se prolongan más de una tercera parte del año.

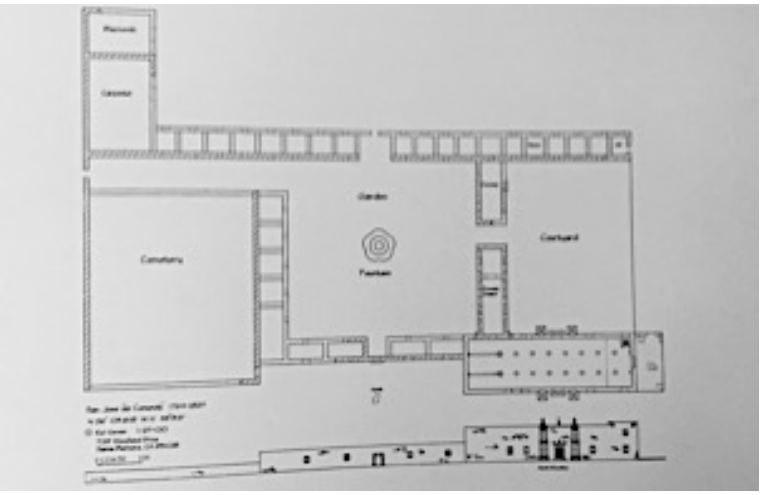


Fig. 213. Boceto para la reconstrucción hipotética de planta y alzada del templo basilical de San José de Comondú, así como el conjunto conformado con los edificios aledaños. Imagen tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 65.

La disposición de los cimientos en relación con la capilla subsistente confirmaría que ésta operó muy probablemente como sacristía, comunicándose en ángulo recto con el presbiterio. El investigador Edward W. Vernon realizó una serie de bocetos a partir de los restos de cimentaciones no solo de la basílica, sino de toda la zona adyacente, complementados con testimonios de la tradición oral (figs. 213 y 214). Ello le permite proponer un conjunto arquitectónico de dimensiones considerables y con una funcionalidad y orden que recuerdan los multicitados dibujos del padre Ignac Tirš en el capítulo anterior, desmintiendo la idea tan común que tenemos acerca de los edificios misionales como solitarias construcciones en mitad de un páramo. Sin duda, ello es producto de la situación y el estado en que se hallaron tales templos en fechas muy recientes hasta su restauración, después de siglos de abandono, deterioro y saqueo. Incluso hoy en día, la mayoría de estos inmuebles se alzan en un entorno de aislamiento, en el mejor de los casos calificable como

monumental, pero desde luego sin que se pueda percibir la cercanía que otrora tuvieron con múltiples edificios ya desaparecidos de piedra y adobe, adobe y carrizo, etcétera.

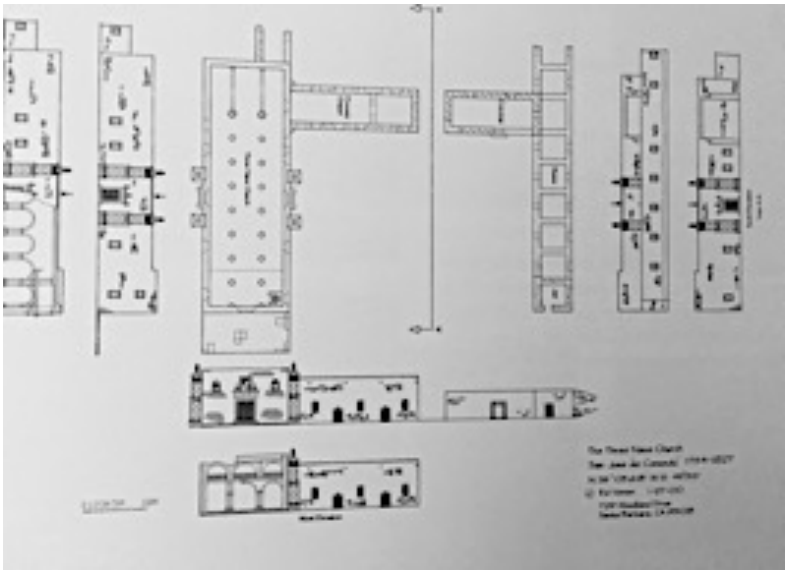


Figura 214. Bocetos para la reconstrucción hipotética de planta y alzada del templo basilical de San José de Comondú. Imagen tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 64.

La sacristía encararía por uno de sus costados una construcción muy similar a ella misma en forma y dimensiones, que Vernon denomina "cocina" pero Peña Tenorio juzga, a mi juicio acertadamente, la casa del padre, ya que esta dependencia solía ubicarse en las inmediaciones de la sacristía. La simetría del enorme conjunto, compuesto por diversas habitaciones, talleres, depósitos y almacenes, resulta notable, distribuyendo los edificios en torno a dos patios abiertos.[345] El primero de ellos, adyacente al templo, haría las funciones de atrio, mientras que el segundo, mejor resguardado, contaría con una fuente al centro, similar seguramente a la que aún se observa en San Francisco Xavier. A sus costados estarían, suponemos, los almacenes, abriéndose por un ancho corredor hacia una zona última más alejada, donde se hallarían cobertizos para la carpintería y la forja de metales, frente al o los cementerios.

[345] Este dato es interesante, pues acercaría la disposición espacial de este conjunto a las que los franciscanos implementaron posteriormente en la Alta California, según hemos analizado en este trabajo. Ver el apartado dedicado al urbanismo del capítulo anterior.

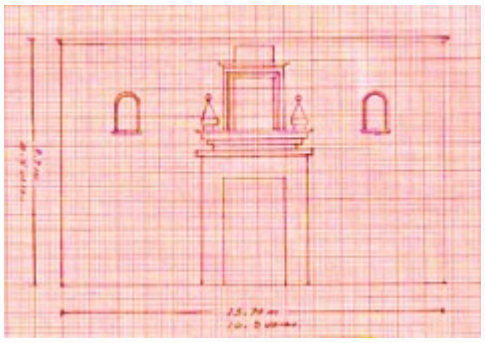


Figura 215. Probable aspecto de la portada principal de la iglesia basilical de San José de Comondú, según María Bertha Peña Tenorio. Imagen tomada de: María Bertha Peña Tenorio, *La misión jesuita…* 99.

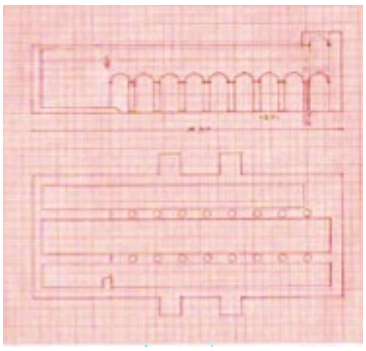


Figura 216. Probable aspecto de las portadas oriente y poniente de la iglesia basilical de San José de Comondú, según María Bertha Peña Tenorio. Imagen tomada de: María Bertha Peña Tenorio, *La misión jesuita…* 100.

Tomando en cuenta el templo y sus anexos, el conjunto, según los apuntes de Vernon, tendría una dimensión rectangular de al menos unos 120 x 40 metros, que, para darnos una idea, es lo que abarca una cancha de futbol soccer promedio, según las normas oficiales (entre 45-90 metros de ancho por entre 90-120 metros de largo, en un formato invariablemente rectangular). En esa enorme extensión cabrían al menos doce veces el templo basilical y treinta veces el edificio que actualmente se utiliza como capilla. Esto nos confirma que pese a lo que su aspecto actual induce a pensar, las misiones bajacalifornianas seguramente constituían verdaderos poblados, con un aspecto mucho más articulado del que pudieron tener en los años posteriores al régimen misional. No está de más comparar esta propuesta acerca de la extensión de San José de Comondú con los datos acerca de existencias materiales en sus bodegas y almacenes para 1773, que ya hemos referido.

Lo único que resulta extraño en los dibujos de Vernon es la suposición de que el coro, ubicado sobre el acceso al templo desde su cara principal, en el sur, constituía una prolongación de sus tres naves, anomalía que advierte Peña Tenorio. Efectivamente, ese tipo de coros suelen estar abovedados pero con una ubicación transversal en relación con la o las naves de la iglesia. Peña Tenorio nos brinda sus propios apuntes (figs. 215 y 216), que consideramos más acertados respecto a este detalle específico, si bien coincidentes en general con lo planteado por Vernon. Las

reconstrucciones digitales elaboradas por éste último, que involucran únicamente el templo y la sacristía, nos permiten advertir el aspecto sólido y masivo de la gran fortaleza basilical que seguramente fue el templo de San José de Comondú, aunque muy probablemente, como ya hemos indicado, sin un aspecto desnudamente pétreo, sino con encalado y también policromía, otorgándole un carácter menos adusto (figs. 217, 218, 219 y 220). Un rasgo muy notable y, hasta donde hemos podido observar, de amplio alcance en el norte de la Nueva España, es la importancia de los contrafuertes como elementos no solamente estructurales sino también en calidad de principales ornamentos. Ello se ha interpretado en términos estrictamente estilísticos como un rasgo arcaico o "primitivo", pero sin duda responde a consideraciones más bien prácticas, que buscaban conjuntar solidez, sencillez y sobriedad en estos templos.

Figura 217. Reconstrucción digital del templo basilical de San José de Comondú. Imagen tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 66.

Figura 218. Reconstrucción digital del templo basilical de San José de Comondú. Imagen tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 68.

Tanto la configuración espacial como el alzado y acabado de los muros de la basílica en San José de Comondú, disposición de accesos y ventanas, recuerdan el conjunto peninsular de San Francisco de Borja-Adác y el más pequeño de Santa Gertrudis, construidos ambos por los dominicos a finales del siglo XVIII. Podemos observar en estos últimos edificios plantas rectangulares muy esquemáticas, ubicadas en ángulo recto, que seguramente constituían el principal elemento organizador de los edificios y asimismo perfiles rectilíneos de gruesos muros. Ante tal afán de robustez en el resto de las misiones, el uso de arcadas interiores y las

tres bóvedas de nuestra basílica deben considerarse con toda probabilidad soluciones ambiciosas, riesgosas, innovadoras y a la postre fallidas. Respecto a la materialidad del edificio, lo mismo que como se observa en la misión de San Francisco Xavier, se plantea por parte de Vernon la utilización de sillarejos en el conjunto y sillares de cantera solamente en zonas muy específicas de sus fachadas, al igual que en las esquinas de los muros.

Figura 219. Reconstrucción digital del templo basilical de San José de Comondú. Imagen tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 54.

Figura 220. Reconstrucción digital del templo basilical de San José de Comondú, fachada. Imagen tomada de: Edward W. Vernon, *Las Misiones Antiguas…* 70.

Abundando en torno a similitudes observadas con los templos post-jesuitas arriba mencionados, es posible que los misioneros de Santo Domingo, llegados a la península en 1773, y los constructores por ellos contratados siguieran con cierta fidelidad ejemplos de aquellos edificios peninsulares que tenían al alcance y cuyos materiales constructivos estaban asimismo disponibles a lo largo de zonas extensas de la región (figs. 221 y 222). De hecho, tanto en los dos templos mencionados como en San Ignacio Kadakaamán, iglesia concluida por ellos, se observa que esta orden no realizó grandes cambios estructurales para la concepción del espacio ni para el diseño de los edificios, sino que aprovechó lo mejor que pudo, tal cual era de esperar, las experiencias constructivas previas, tanto en sus aspectos materiales como formales (excepción hecha en la fachada del templo de San Ignacio). Acaso otra diferencia interesante sea el tamaño más amplio y menor altura de las ventanas en los templos dominicos que en algunos jesuitas, como San José y San Francisco Xavier. Lo anterior, posiblemente en virtud de que las misiones de los predicadores, ubicadas muy al norte y en contextos de escasísima población, no hacían temer

agresiones o incursiones inesperadas por parte de los indios. Pero incluso con esas características, los edificios dominicos recuerdan, como ocurre con el de San Francisco de Borja, el conjunto arquitectónico jesuita de Loreto, un emplazamiento que tenía presencia permanente de soldados en su presidio y además no he dudado en calificar por su carácter y aspecto, lo más cercano que hubo en la Antigua California a un emplazamiento urbano.

Figura 221. George E. Lindsay. Templo de la misión de San Francisco de Borja-Adác, 1935. Archivo Histórico Pablo L. Martínez de Baja California Sur (AHPLM-BCS).

Figura 222. George E. Lindsay. Templo de la misión de Santa Gertrudis La Magna, 1939. Archivo Histórico Pablo L. Martínez de Baja California Sur (AHPLM-BCS).

La herencia del padre Píccolo

A mi juicio, existen dos motivos por los cuales se edificó esta excepcional construcción basilical en la Antigua California. La primera es propagandística y reside en el hecho de que el padre siciliano Francisco María Píccolo, quien tuviera bajo su cargo la erección del templo de Nombre de Jesús Carichi, en la sierra Tarahumara, en 1684, se encontraba para 1702 en la ciudad de México, abogando ante diversos benefactores y autoridades por conseguir apoyos para el proyecto californiano. Ahí seguramente se entrevistó con el marqués de Villapuente y acordó fundar la misión de San José.[346] El marqués y su prima, Gertrudis de la Peña, notables benefactores de los jesuitas a nivel mundial, tenían su principal devoción en el templo de la Casa Profesa jesuita de la capital de México, que ayudaron a

[346] Francisco Maria Piccolo, *Informe del estado de la nueva cristiandad de California [1702] y otros documentos*, Ernest J. Burrus (ed.) (Madrid: José Porrúa Turanzas, 1962).

reedificar entre 1714 y 1720.[347] La tipología basilical de esta Casa Profesa, reproducida tanto en la Tarahumara como en California, seguramente evocaba para el padre Píccolo, sus hermanos y estos notables benefactores, los recintos que albergaron a los primeros cristianos en Roma, aludiendo de manera implícita el retorno a los valores originales de la iglesia católica, cuestión de principal interés para la Compañía de Jesús, plasmada en el Concilio tridentino.[348]

Además, el mencionado padre Francisco María Píccolo, nacido en Palermo el 25 de marzo de 1654, tenía apenas treinta años cuando llegó a la Nueva España y fue destinado a las misiones de Tarahumara, por la época cuando Kino exploraba California, en 1684. Aunque sus escritos dejan ver gran optimismo y resolución, debe haber mostrado algunas veces cierto temperamento melancólico o al menos propensión por la nostalgia. En la ya citada carta del padre jesuita Juan Antonio Baltasar donde relata la vida del misionero, detalla que, entusiasmado por llegar cuanto antes a su emplazamiento asignado en Carichi, sufrió gran desánimo luego de quedarse solo y sin entender la lengua de los nativos. Según este biógrafo, "padeció notable tedio y horror a la soledad", tal como le había ocurrido a su devota santa Rosalía cuando se instaló en la cueva palermitana donde según la tradición vivió como ermitaña. Acudió Píccolo en este trance con el misionero más cercano, Francisco de Arteaga, quien tiempo después llegaría a ser Provincial de la Compañía. Éste le aconsejó dedicarse de lleno a levantar la misión a su cargo, que por lo visto se encontraba en una fase muy incipiente. En consecuencia, el misionero:

> Acabó de fundar el Pueblo, disponiendo tan acertadamente las cosas, que pocos pueblos hay en aquellas Missiones, que puedan competir con este. Fabricó la bella Iglesia, que es

[347] Juan de Villafañe, *La Limosnera de Dios…* Francisco Javier Carranza, *Llanto de las piedras en la sentida muerte de la mas generosa Peña…* Nicolás Segura, *Sermon en las exequias: que hizo la provincia de Nueva-España…* María del Mar Muñoz González, "Donantes y patronos de las misiones jesuitas de la Antigua California. Un estudio de caso: la familia del marqués de Villapuente", publicado en *Acervo Mexicano. Legado de culturas, 2017.* Javier Sanchís Ruiz. "Título de Marqués de Villapuente de la Peña a don José de La Puente y Peña Castejón y Salzines"…

[348] George Kubler, *Arquitectura mexicana del siglo XVI* (México: Fondo de Cultura Económica, 1984) 352. Clara Bargellini, "Arquitectos jesuitas en la tarahumara: ¿centro o periferia?", en Elisabetta Corsi (coord.) *Órdenes religiosas entre América y Asia*: *Ideas para una historia misionera de los espacios coloniales* (México: El Colegio de México, 2008) 6.

una de las mejores de la Provincia, adornóla con muy buenas alhajas, siendo entre estas, una muy rica colgadura de damasco…[349]

No solo estaba reconstruyendo simbólicamente Píccolo en un lejano norte novohispano el paisaje devocional europeo que seguramente echaba de menos, sino que citó posiblemente los hitos arquitectónicos de Roma, que había tenido oportunidad de visitar poco antes de su viaje a América. En esa ocasión, acompañando a un alto funcionario jesuita, recorrió las principales sedes del catolicismo e incluso fue recibido por el Papa en San Pedro. Sin embargo, como ya hemos señalado, cabe precaverse contra un recurrente tipo de explicaciones que atribuyen única o principalmente a los misioneros las decisiones constructivas de sus templos. Lo anterior, porque desembocan en la conclusión determinista de que la diversidad de tipologías y estilos en dichos edificios correspondieron con la nacionalidad, por no decir el gusto, de cada sacerdote.

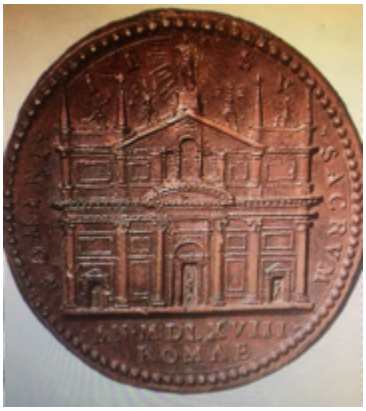


Figura 223. Medalla de 1568, reverso: Proyecto de Vignola para la fachada del Gesú. Imagen tomada de: Thomas M. Lukas, *Saint, Space and Sacred Strategy: Ignatius, Rome and Jesuit Urbanism* (Roma: Biblioteca Apostólica Vaticana, 1990).

Figura 224. El desaparecido Templo de la Annunziata del Colegio de la Compañía de Jesús, diseñado por Girolamo Tristano, en grabado publicado dentro de *Le Cose Meravigliose Dell´Alma Città di Roma*, de 1590, de Girolamo Francino. Imagen tomada de: Thomas M. Lukas, *Saint, Space and Sacred Strategy*…

En lugar de pensar en dichas tareas constructivas como labores solitarias y voluntaristas, valdría la pena ahondar en el concepto de una empresa colectiva consensuada entre distintos actores. Ello involucraría, por lo menos, además del

[349] Juan Antonio Baltasar, *Carta del P. Provincial Juan Antonio Balthassar*… 32.

conjunto de los misioneros californianos, considerados en plural más que como una suma de individualidades independientes o incluso aisladas, a sus superiores y benefactores, al menos. También es importante recalcar que Píccolo no copió una basílica ya existente (si fuera el caso), sino que transmitió un modelo formal o incluso mental para que posteriormente se concretara dentro de un contexto específico. Todo ello enmarcado en una cultura corporativa propia de los jesuitas. De hecho, Clara Bargellini es enfática al recordar que, tras su llegada a la Nueva España:

> En la ciudad de México, después de dos templos provisionales, los jesuitas levantaron una iglesia en forma entre 1597 y 1610, descrita poco después por el padre Pérez de Rivas como un "templo de tres naves bien anchas... la nave central está cubierta de madera como toda la iglesia". Es decir, se trataba de una planta basilical, construida justo en los años que se estaba debatiendo la destrucción final de la antigua iglesia de San Pedro que todavía conservaba buena parte de la nave.[350]

En todo caso, los templos basilicales representaban para los ignacianos en general y no solo para Píccolo, una vuelta a los espacios y valores de los primeros cristianos, simbolizados por una tipología evocadora de la memoria de una exitosa adaptación de los viejos edificios imperiales para el nuevo culto religioso (figs. 223 y 224). Se trataba, pues, de un modelo arquitectónico que expresaba la confianza en el poder de la conversión de los paganos durante las postrimerías del mundo clásico y esta confianza resultaba indudablemente necesaria para los nuevos escenarios de conversión. No necesariamente, por otro lado, construir basílicas refleja sencillez. Más bien evoca la grandeza de un momento fundacional en el corazón mismo del Imperio. Nos atreveríamos incluso a afirmar que su elección implicaba por parte de los jesuitas un discurso triunfalista, que hacía visible el papel que se autoasignaban dentro de la historia profunda de la Iglesia.

[350] Clara Bargellini y Rie Arimura, *Los misioneros como "extranjeros": Japón y Nueva España,* XLII Coloquio Internacional de Historia del Arte: *Migraciones y transformaciones en las artes*, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, 1-4 de octubre de 2018, borrador digital, 8.

Figura 225. Libertad Villarreal. Templo de Nombre de Jesús, Carichi, Chihuahua. Vista exterior. Fotografía tomada de: Clara Bargellini (coord.) *Misiones para Chihuahua* (México: Ed. México Desconocido, 2004) 133.

Figura 226. Libertad Villarreal. Templo de Nombre de Jesús, Carichi, Chihuahua. Vista interior. Fotografía tomada de: Clara Bargellini (coord.) *Misiones para Chihuahua* (México: Ed. México Desconocido, 2004) 135.

Levantando basílicas, la Compañía de Jesús afirmaba de manera muy explícita su filiación romana y se ostentaba como heredera del primer gran momento del cristianismo. Clara Bargellini, quien dio a conocer fuera de un ámbito regional este templo y ha insistido tanto en su importancia como en el papel jugado por Píccolo para su construcción, opina respecto a su tipología: "a nivel de concepto arquitectónico se trata de la basílica como símbolo de ortodoxia y renovación espiritual". Tal cual señala dicha investigadora, la mayoría de los templos novohispanos (y subrayadamente los misionales) fueron de una sola nave. Por eso, considera muy notable el templo basilical levantado por Píccolo en Carichi, dentro del hoy estado de Chihuahua (figs. 225 y 226):

> La misión fue fundada por Tomás de Guadalajara el 8 de noviembre de 1675, según los documentos jesuitas, quienes la consideraban el inicio de la expansión de sus misiones hacia la sierra… La propia dedicación de la misión da una idea de estas expectativas. Está directamente vinculada al sentido fundacional de la Compañía de Jesús, que se ve reflejado en el escudo con el sagrado nombre (JHS), omnipresente en las obras de los jesuitas, tal como lo vemos sobre la iglesia de Carichi.[351]

[351] Clara Bargellini (coord.) *Misiones para Chihuahua*… 133-134.

La investigadora identificó asimismo a un arquitecto europeo que itineró por esos rumbos y desarrolló el ambicioso proyecto planteado por el misionero siciliano:

> Pocos años antes [de la llegada de Píccolo a Carichi], entre 1672 y 1678, había llegado a Parral el "maestro de arquitectura y carpintero" Simón de los Santos, quien había sido traído a Parral desde la ciudad de México por los mineros y comerciantes del real de minas para que les construyera una nueva parroquia, la iglesia de San José, que es el edificio abovedado más antiguo que se conserva en lo que era la Nueva Vizcaya. En 1686 la parroquia de Parral estaba acabada, y poco después Simón de los Santos llegó a Carichi, donde estuvo hasta 1698, cuando fue llamado de Durango para encargarse de la obra de Píccolo.[352]

Figura 227. Basílica de Santa María en Aracoeli, Roma. Fotografía tomada de: https://urbatorium.blogspot.com/2018/02/la-basilica-de-santa-maria-de-aracoeli.html

Figura 228. Basílica de San Francisco de Asís en Palermo. Fotografía tomada de: https://hmong.es/wiki/Church_of_Saint_Francis_of_Assisi,_Palermo

Como posible influencia formal concreta para el templo peninsular puedo pensar en una iglesia basilical romana que comparte con la nuestra sencillez, solidez y un aspecto un tanto atávico, que no dejaría de resultar atractivo en el contexto californiano: la basílica de Santa María de Aracoeli, en Roma (fig. 227). Desde luego, junto con la muy distinta referencia ya hecha a la Casa Profesa en México. Se logra, en todo caso, identificar una cultura arquitectónica seguramente común a cierta élite compuesta por jesuitas novohispanos de la época y sus benefactores. En el propio Palermo existe una notable basílica dedicada a san Francisco de Asís,

[352] Clara Bargellini (coord.) *Misiones para Chihuahua*… 134-135.

que con toda probabilidad conoció Píccolo (fig. 228). Asimismo, coincido con la investigadora María Bertha Peña Tenorio, cuando afirma que:

> En un primer momento, por la distribución de los elementos decorativos de la fachada principal, la relación entre la puerta y la ventana y los medallones que flanquean el vano superior, me recordó [la portada que alguna vez tuvo la iglesia de San José de Comondú] la forma en que los jesuitas solucionaron la fachada del Templo del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo.[353]

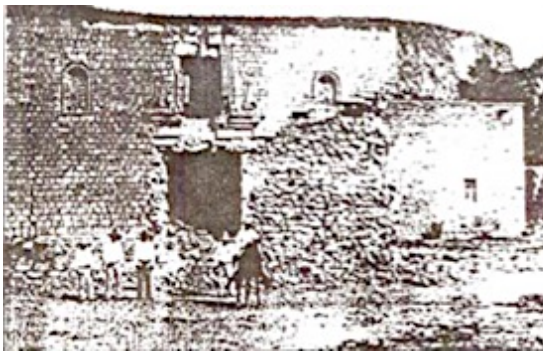


Figura 229. Autor desconocido. Portada principal del templo de San José de Comondú en 1905. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las misiones antiguas…* 71.

Figura 230. Extemplo del Colegio de San Pedro y San Pablo, Ciudad de México, en las primeras décadas del siglo XX. Fotografía tomada de: https://museodelasconstituciones.unam.mx/museo/el-recinto/

Ciertamente, parecería haber gran afinidad en la disposición de elementos y proporciones en las portadas de ambos templos (figs. 229 y 230). Amén de ello, un esquema formal severo, masivo y sencillo debe haber sido la constante en las iglesias misionales del norte, no solo por motivos estéticos sino especialmente debido, como ya dije, a la disponibilidad de materiales y las extremas condiciones climáticas, que propiciaban un énfasis en la solidez por encima de otras consideraciones arquitectónicas. Esto podemos observarlo con otros ejemplos de Chihuahua como el templo de San José Baquiachi, construido por los jesuitas e intervenido por los franciscanos en el siglo XVIII (fig. 231), así como el templo de San Pedro Chametla, reconstruida en torno a 1798 (fig. 232), y la Parroquia de San

[353] María Bertha Peña Tenorio, *La misión jesuita…* 61-62.

Felipe y Santiago, construida en torno a 1770, en Sinaloa (fig. 233). Si bien ninguna de estas tres iglesias tiene planta basilical, comparten con la de San José de Comondú semejanzas en la solución de sus portadas.

Por otro lado, la planta basilical del templo tanto en Comondú como en Nombre de Jesús Carichi tiene un componente funcional: la creación de espacios abovedados de tres naves permitiría aprovechar a los misioneros jesuitas del septentrión la mayor amplitud visual posible del altar frente a una feligresía numerosa. Asimismo, induciría a desplegar recursos tan atractivos para la evangelización como eran las procesiones y la representación de autos sacramentales dentro del templo. Ello brindaría acceso a los neófitos de una serie de rancherías aledañas a estos emplazamientos para participar de las expresiones más llamativas y espectaculares del culto barroco impulsado por la Compañía de Jesús. Sin duda, durante las fiestas del señor san José y las celebraciones de la Semana Santa, entre otras efemérides, los ignacianos de California desearían hacer patente, con todos los elementos a su alcance, la relación estrechísima de compromiso que tenían con el patrono y las devociones de su principal benefactor. Para ello no resulta imaginable que escatimaran recursos en el afán de contar con las mejores condiciones posibles.

Referente a lo anterior, en el año 2008 se publicó en La Paz, Baja California Sur, la investigación de José Antonio Sequera Meza en torno a una pieza teatral denominada *Coloquio de San Miguel*, que en sentido estricto se puede clasificar como lo que ahora conocemos con el nombre de pastorela.[354] Hasta su publicación por este investigador, se conocía solamente como una tradición oral y escénica que todavía en fecha reciente se representaba precisamente en la zona central peninsular, en torno a los templos misionales. A mi juicio se trata de una pieza teatral muy posiblemente del siglo XIX, con fragmentos tomados de una tradición popular hispana anterior, deudora de la presencia misionera y que corresponde regionalmente con una práctica posiblemente de larga data respecto al teatro evangelizador. Aunque los jesuitas no hacen mención del tema, relatan diversas

[354] José Antonio Sequera Meza (ed.), *El coloquio de San Miguel* (La Paz: Instituto Sudcaliforniano de Cultura, 2008).

actividades procesionales, festivas y dancísticas de carácter colectivo, que bajo el sol peninsular indudablemente merecerían algún tipo de consideración arquitectónica, como pudo ser esta basílica de tres naves con un amplio interior transitable y también seguramente vastos espacios exteriores sombreados.

Figura 231. Libertad Villarreal. Iglesia de San José Baquiachi, Chihuahua. Fotografía tomada de: Clara Bargellini (coord.) *Misiones para Chihuahua* (México: Ed. México Desconocido, 2004) 117.

Figura 232. Libertad Villarreal. Iglesia de San Pedro Chametla, Sinaloa. Fotografía tomada de: Clara Bargellini y Chantal Cramaussel, *Libro registro de la segunda visita del padre Pedro Tamarón y Romeral, obispo de Durango* (México: Siglo XXI Ediciones, 1998).

Figura 233. Libertad Villarreal. Parroquia de San Felipe y Santiago, Sinaloa. Fotografía tomada de: Clara Bargellini y Chantal Cramaussel, *Libro registro de la segunda visita…*

Resumiendo, mi hipótesis acerca de que la basílica peninsular, lo mismo que la chihuahuense de Carichi, se construyó a instancias de Píccolo y, al menos en el caso californiano, de su cercanísimo benefactor, José de la Puente y Peña, así sea con varias décadas de diferencia y en el caso de la peninsular, tiempo después de la muerte del misionero, tiene como fundamento la clara inclinación de este padre por promover la erección en esta zona concreta del virreinato de edificios que fueron a un mismo tiempo modernos, propagandísticamente ligados con la identidad romana de los jesuitas y funcionales en un entorno donde se carecía totalmente de espacios urbanos o semiurbanos capaces de articular simbólicamente el espacio público. Me parece razonable proponer que fue este misionero, guiado por un afán modernizador y una acendrada conciencia acerca de la importancia geosimbólica de la arquitectura (producto, entre otros hechos, de su experiencia romana), el principal promotor, quizá la cabeza más visible de una intencionalidad como ya he

dicho colectiva, para la conformación urbanística de las misiones jesuitas en la Antigua California. Volveré a ello cuando toque el tema de la misión de Santa Rosalía de Mulegé.

Es imposible dejar de lado, por último, la visión a veces utópica e idealista que tienen los testimonios misionales jesuitas en la Antigua California, coincidentes con la creencia de que era factible conseguir una milagrosa renovación espiritual de la humanidad en ciertos reductos del mundo casi inexplorados hacia los siglos XVII y XVIII. En esas zonas apenas descubiertas, geográficamente aisladas y en proceso de ocupación, como fueron la península californiana y las regiones del Paraguay, parecía posible imaginar una verdadera actividad fundacional más que simplemente colonizadora. Es decir, susceptible de sustraerse a la modernidad, determinada en buena medida por la voracidad de los representantes civiles de las potencias europeas. Tales entornos utópicos, percibidos a veces como trasuntos del Paraíso Terrenal, seguramente alimentaron la fantasía de volver a una Edad Dorada del cristianismo y consiguientemente estimularían, lo mismo que a los primeros ignacianos en Roma, a los últimos jesuitas de los siglos virreinales en el septentrión, para construir basílicas.

No olvidemos, por ejemplo, que cuando Píccolo recién se internaba por la sierra La Giganta y descubrió las zonas verdes que yacían a unos kilómetros de Loreto, afirmaba en un escrito: "La calidad de la tierra parece que al influxo de la Nueva Estrella MARÍA, que apareció en su Santa Imagen de Loreto, se ha mudado en otra mejor de la que era antes."[355] Incluso el también citado sacerdote Juan Jacobo Baegert, a pesar de su frecuentemente amargo realismo (por el cual se ha llegado a considerar sus *Noticias de la península americana de California* el "libro negro" de la Antigua California), tuvo sus momentos de entusiasmo en el recuerdo de aquellas tierras y gente agreste, expresando:

> Aparentemente los californios no poseen nada, pero siempre tienen algo y todo lo que quieran, porque no quieren nada y no exigen más de lo que su triste y pobre tierra produce, lo cual siempre está dentro de su poder el conseguir.

[355] Francisco María Píccolo S. J., *Informe del estado de la Nueva Cristiandad…* 88.

[…]

Los que viven en Europa, pueden, ciertamente, sentir envidia por la bienaventuranza de los californios, pero solamente podrán disfrutar de ella por medio de una perfecta indiferencia ante la cuestión de poseer mucho o poco, algo o nada en este mundo, y de una completa conformidad con la Divina Voluntad en todas las contingencias de la vida.[356]

Figura 234. Arroyo de Mulegé. Fotografía tomada de: Archivo Histórico Pablo L. Martínez del estado de Baja California Sur (AHPLM-BCS).

III.5 Santa Rosalía de Mulegé: la ermita en las montañas

El primer lugar dedicado a santa Rosalía en la Antigua California fue un pueblo de visita de la misión de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó. Este sitio se ubicaba en una zona serrana explorada en 1704 por el misionero Francisco María Píccolo, quien del mismo modo que el padre Juan María de Salvatierra se asumió como promotor de la Virgen de Loreto, importó a la península su propia devoción palermitana. Píccolo se hallaba entonces al frente de la misión de San Francisco Xavier y desde ahí realizó varias incursiones hacia el océano Pacífico, donde junto con sus acompañantes:

A quatro leguas, entre Sur y Poniente, hallaron una gran Rancheria de Indios mansos, que el Padre Piccolo consagró a su Paisana y Devota Santa Rosalía. Desde aqui siguieron un pequeño arroyo, que los conduxo al Mar […] sin hallar, aunque corrieron parte de la Costa, parage a propósito para poblar ni Puerto donde

[356] Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península*… 66.

> pudiesse hacer la escala deseada el Galeon de las Philipinas. Volvieronse, acariciando de passo los Indios de Santa Rosalia, y combidandolos a acudir a San Xavier…[357]

Previamente, durante un viaje a la ciudad de México en 1701, el padre había realizado gestiones ante el gobierno y los benefactores, logrando que se liberara la paga para el presidio de Loreto, compró diversos bienes solicitados en las memorias de ese año y acordó la fundación de cuatro nuevas misiones. Tres de ellas serían financiadas por el marqués de Villapuente, José de la Puente y Peña. Estas misiones: San José de Comondú, Nuestra Señora de Guadalupe y La Purísima. La cuarta misión, Santa Rosalía, sería financiada por un comerciante capitalino de origen vasco a quien se suele mencionar también en calidad de pintor, Nicolás de Arteaga, y su esposa, Josefa Vallejo.[358] Muy posiblemente este personaje era pariente del sacerdote jesuita Francisco de Arteaga, quien había estado en la Tarahumara como misionero, coincidiendo con Píccolo en esos territorios, y por el tiempo cuando el palermitano se hallaba en California fungía como provincial de la Compañía de Jesús en México.[359] Justamente durante el mencionado viaje a la capital, Píccolo se entrevistó con este superior con la finalidad de solicitar refuerzos a la tarea misionera y se asignaron dos nuevos padres para la península: el michoacano Juan Manuel de Basaldúa y el nativo de Cerdeña Gerónimo Minutili. Éste último quedó en Loreto para apoyar a Salvatierra, mientras que Basaldúa se instaló en San Francisco Xavier "a instruirse en la Lengua, ayudar, y acostumbrarse a los Ministerios." [360]

Evidentemente, para 1704, además de explorar en busca de un puerto para la nao de Filipinas, Píccolo buscaba un mejor lugar donde fundar su nueva misión, dedicada a su patrona. Sucediéndolo en la responsabilidad, Juan de Ugarte se hacía ya cargo de la misión dedicada a su propio patrono, San Francisco Xavier. Por otra parte, la devoción hacia santa Rosalía, si bien estrechamente ligada con la

[357] Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo II, 55.
[358] Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo II, 126.
[359] Francisco Javier Alegre, *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva-España* (México: Impresa por J. M. Lara, 1842) Tomo III, 129.
[360] Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo II, 127-128.

biografía de Píccolo, gozaba asimismo de gran aceptación en la Nueva España. Conocida como protectora contra las enfermedades infecciosas y la peste, los presuntos restos de la santa fueron hallados por un cazador dentro de una cueva palermitana apenas el año 1624, noticia que contribuyó a su devoción americana a partir del siglo XVII y sobre todo en la siguiente centuria.[361]

En agosto de 1701, junto con Basaldúa, Píccolo había navegado por el Golfo de California hacia el norte a bordo una lancha que abordaron en Loreto "…y pasando poco de la Bahía de la Concepcion, hallaron la embocadura del Rio, que en Lengua del Pais se llama *Mulegé*, antes del *Cabo de las Vírgenes*."[362] El lugar les había parecido adecuado para fundar la misión rosalina debido a la afluencia de agua que desembocaba desde la sierra, al punto de confundir con un río lo cual no es sino arroyo bien provisto durante todo el año y hasta la fecha ostenta el nombre de Mulegé, significando en lengua cochimí "barranca de boca blanca." También, advirtieron que era un lugar sumamente próximo al puerto de Guaymas, en la contracosta (fig. 235).[363] Sin embargo, no lograron abrirse paso en esa zona demasiado abrupta para establecer un camino por tierra que comunicara con Loreto y la fundación se debió posponer.

[361] La devoción hacia la noble joven Rosalía Sinibaldi (1130-1156) fue inicialmente promovida por los benedictinos del convento de San Esteban de Quisquina, comunidad en cuyas inmediaciones se localiza la gruta donde la tradición oral ubica el retiro de la santa. Ahí se afirma haber hallado la inscripción latina: *Ego Rosalia Sinibaldi Quisquinae et rosarum Domini filia amore Domini mei Jesu Christi in hoc antro habitari decrevi.* Fue canonizada por Urbano VII en 1630. Su fiesta se celebra en Sicilia el 15 de julio y en el resto del mundo el 4 de septiembre. De acuerdo con Luisa Elena Alcalá, la gran devoción que alcanzó en tierras novohispanas "se explica por dos razones: Como rescatadora de plagas podía cumplir una función consoladora durante las epidemias que sufrió la cuidad de México en 1727, 1734 y 1736. En segundo lugar, como patrona de Palermo y después de Sicilia, era importante para el gran número de jesuitas italianos, muchos sicilianos, residentes en Nueva España." Luisa Elena Alcalá, "La obra del pintor novohispano Francisco Martínez", *Anales del Museo de América*, No. 7, 1999, 184-185. Ver: Juan José de Arriola, *Vida y virtudes de la esclarecida virgen y solitaria anacoreta santa Rosalía, patrona de Palermo*, prólogo, estudio introductorio y notas de Estela Castillo Hernández (Xalapa: Universidad Veracruzana, 2020).

[362] Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo II, 135.

[363] De hecho, a partir de 1704 se decidió por parte de los jesuitas que la misión de San José, en Guaymas, fundada por los padres Eusebio Francisco Kino y Juan María de Salvatierra en 1701, quedara adscrita a California "para que estando baxo de la mano de un mismo Superior, y Visitador, fuesse mayor la harmonia, y mas facil el socorro de viveres, y bestias, que la California necesitaba." Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo II, 138.

Figura 235. Templo de San José de Guaymas, Sonora, 1922. Fotografía tomada de: https://www.mexicoenfotos.com/antiguas/sonora/guaymas/catedral-de-san-jose-de-guaymas-MX15773002630148

La ocasión propicia fue en 1705, poco antes del regreso de Salvatierra a California, después de un breve periodo como provincial de la Compañía. Píccolo estaba ocupado entonces en San Francisco Xavier, además de que la salida de Salvatierra lo había puesto al frente de las misiones peninsulares. Por su parte, en carácter de provincial, el milanés había instruido, luego de una visita realizada a California "establecer prontamente las dos Misiones al Sur, y al Norte de Loreto:[364] hacer entradas tierra adentro en busca de parages cómodos de otras Missiones, hallados los quales, ofrecio proveer de Missioneros…"[365] Fue el padre Basaldúa quien emprendió una difícil expedición por tierra para fundar la misión mulegina:

> En el mismo dia, que fue el del Patrocinio de Nuestra Señora, a fines de noviembre del año 1705, salieron baxo los auspicios de la gran Madre, y Patrona de la Mission, por contrarios rumbos por tierra, el Padre Pedro de Ugarte a la Playa de Ligui, catorce leguas distante al sur de Loreto, y el padre Juan Manuel de Bassaldúa al Rio Mulegé, distante quarenta leguas al Norte, quedando el Padre Juan de Ugarte con el cuidado de las tres Missiones antiguas…[366]

[364] Se refiere a las misiones de San Juan Bautista Liguí, cercana a Loreto y tiempo después desaparecida, y de Santa Rosalía de Mulegé.
[365] Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo II, 181.
[366] Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo II, 181-182.

…[Basaldúa] salió de Loreto azia el Norte el mismo dia del Patrocinio de Nuestra Señora de 1705. Caminó con gran dificultad por la aspereza de la tierra hasta la Bahia de la *Concepcion*. Es desde ella muy corto el espacio de tierra, hasta el pequeño Rio *Mulegé*, ya reconocido por Mar; pero tan áspero, y montuoso, que tentado antes dos veces, no se pudo penetrar. Ahora venció esta dificultad el Padre Basaldúa, cortando el monte, y matorrales, derrocando piedras, hinchendo barrancos, y abriendo camino bastante al tragín de las bestias. Salió felizmente a la margen del Rio *Mulegé*, y en el Rancho mas oportuno estableció su Mision, con los mismos trabajos, que el Padre Pedro de Ugarte la suya, añadiéndose el de allanar el camino de quarenta leguas, desde ella hasta el Presidio de Loreto…[367]

Figura 236. Marquis Mc Donald. Camino entre San Ignacio y Santa Rosalía, al fondo el volcán de las Tres Vírgenes, 1950. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb4028157k

Figura 237. Marquis Mc Donald. Camino entre San Ignacio y Santa Rosalía, 1950. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb39598991

Todo indica que en 1705 los misioneros habían perdido la esperanza de un apoyo gubernamental extraordinario inmediato para sus emplazamientos, mas confiaban en la reiterada benevolencia de sus benefactores. Desde 1703, los padres Bernardo Rolandegui y Nicolás de Vera comparecieron ante el rey de España, Felipe V, llamando la atención del monarca sobre la importancia del proyecto californiano. En septiembre de ese año, el rey suscribió cinco cédulas, una de las cuales instruía al virrey duque de Albuquerque otorgar diversos apoyos para el fomento de las misiones en la península. Las otras cuatro misivas eran de agradecimiento para el

[367] Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo II, 187-188.

fiscal de la Nueva Galicia, José Miranda Villazáin, el presbítero queretano Juan Caballero y Ocio, el provincial jesuita Francisco de Arteaga y la Congregación de Nuestra Señora de los Dolores, por su apoyo a estas fundaciones. Las cartas llegaron a la Nueva España en abril de 1704 pero pronto la cédula a favor de California quedó sin efecto merced a la burocracia virreinal.[368]

De acuerdo con Miguel Venegas, la dedicación de la misión a santa Rosalía fue una encomienda de los benefactores. Evidentemente ello habría surgido en acuerdo, de tiempo muy anterior, con Píccolo cuando éste logró el compromiso de Arteaga y su esposa para fundarla. En Santa Rosalía de Mulegé levantó Basaldúa templo y casa de adobes. Rodeado por un espeso mezquital, el terreno elevado en que se encuentra la misión está separado de la sierra por una llanura y tomó a los misioneros algún tiempo establecer en ella terrenos cultivables. Para tal fin, seguramente Basaldúa fue quien construyó un represo que aprovechaba el agua del arroyo. El michoacano residió en este sitio cuatro años, hasta que enfermó y se trasladó a Guaymas para hacerse cargo de la misión sonorense de San José, que se muestra en una fotografía líneas arriba y estaba muy estrechamente vinculada con el emplazamiento rosalino peninsular.

Figura 238. Vista aérea de la misión de Santa Rosalía de Mulegé, 1952. Fotografía tomada de: Archivo Histórico Pablo L. Martínez del estado de Baja California Sur (AHPLM-BCS).

Figura 239. George E. Lindsay. Misión de Santa Rosalía, 1938. Fotografía tomada de: Archivo Histórico Pablo L. Martínez del estado de Baja California Sur (AHPLM-BCS).

[368] Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo II, 139-142.

Por tanto, Píccolo asumió el gobierno de Santa Rosalía de Mulegé a partir de 1709, siendo responsable de la misión hasta un año después de la muerte de Salvatierra, es decir 1718, trasladándose entonces a Loreto para asumir como superior de las misiones californianas.[369] Más que dedicar tiempo a la construcción, para lo cual seguramente no contó con los recursos humanos ni materiales necesarios, todo indica que Píccolo orientó la mayor parte de sus esfuerzos en Santa Rosalía al acercamiento con distintos grupos californios y sobre todo la exploración del territorio peninsular hacia el norte. Lo anterior, no obstante que, como recordamos, había coordinado la erección de una notable basílica en la Tarahumara y por lo tanto en absoluto era ajeno a la arquitectura. Según testimonios retomados por el padre Juan Antonio Baltasar, en California:

> El cuidado primero, que tenia, era el de la Santa Missa, que por acaecimiento ninguno dexaba de decir, llevando siempre consigo el altar portátil con todo lo demas necessario, y en llegando al paraje en que hacia mansión, componía dicho altar baxo de un pavellon, y disponía todas las cosas necesarias para celebrar, no fiándose para esto de otra persona, sino que todo lo hacia por su propia mano.[370]

De igual modo, según su biógrafo, manifestaba:

> …singular esmero […] en el culto divino, en el asseo quanto su possiblidad alcanzaba, en las Iglesias, en la cuidadosa, y puntual observancia de los Ritos y Ceremonias Eclesiasticas. Cada año quitaba parte de la limosna anual para hacer alguna alhaja, con que adornar la Iglesia, y como en una ocasión le notasen, que en las Iglesias de los Indios no havia para que gastar tanto adorno, respondio el P. diciendo: el mismo Dios; digno, por su inefable Magestad, de la mayor reverencia, y el mismo Jesu-Christo, que assisste en las Iglesias de las Ciudades, es el que es venerado, y assiste en las de los Indios.[371]

[369] Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo II, 187-188.
[370] *Carta del padre Juan Antonio Balthassar…* 59.
[371] *Carta del padre Juan Antonio Balthassar…* 65.

Este mismo autor destaca por supuesto la devoción por Santa Rosalía pero también hacia Nuestra Señora de los Dolores, de quien dice, Píccolo portaba una imagen "que era su preferida".[372] Lo anterior involucra sin duda al palermitano con la poderosa cofradía correspondiente a la Dolorosa, cuya sede estaba en el colegio de San Pedro y San Pablo en México, y que fue importante benefactora de las misiones peninsulares. Con toda probabilidad, los benefactores Arteaga y Vallejo serían integrantes de esta agrupación, si bien la aportación de 10 mil pesos para fundar la misión de Santa Rosalía la realizaron a título personal.

Figura 240. Templo de la misión de Santa Rosalía. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las misiones antiguas…* 46.

Los sucesores de Píccolo

Al trasladarse el palermitano a Loreto, el padre Sebastián de Sistiaga se hizo cargo de la misión. Nacido en Teposcolula, Oaxaca, en 1684, residió en California desde 1717 hasta 1748, participando en las misiones de Santa Rosalía de Mulegé y San Ignacio Kadakaamán. Arribó a la península en compañía del padre Jaime Bravo cuando éste regresaba de la expedición durante la cual el padre Salvatierra perdió la vida en Guadalajara y Bravo debió entrevistarse con las autoridades virreinales para abogar por sus misiones. Para cuando llegó a Santa Rosalía, este sitio era puesto de avanzada desde el cual se exploraba hacia el norte y la costa del Pacífico, entre otros motivos buscando nuevos sitios donde fundar. A la postre ello permitió que el padre Juan Bautista Luyando fundara San Ignacio Kadakaamán con el apoyo

[372] Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo II, 110.

de Sistiaga, en 1728. A su vez, Luyando se hizo cargo de Santa Rosalía de 1726 a 1728, mientras Sistiaga residía en Loreto. Por otra parte, Sistiaga sustituyó a Luyando en el gobierno de San Ignacio cuando el misionero marchó enfermo fuera de California y fue asimismo tres veces visitador de las misiones. Es posible que haya construido un nuevo templo de adobe y se sabe que logró cultivar trigo y maíz en Santa Rosalía.

Por esos tiempos, los misioneros practicaban la atención personal de los nativos durante periodos limitados según la disponibilidad de alimentos, enviándolos de vuelta a sus territorios cuando no tenían para darles qué comer. Como alternativa para no desentenderse de sus tareas evangelizadoras, se dice que Sistiaga los acompañaba en sus correrías por el monte y así llegó a conocer muy bien la región.[373] También se considera mérito suyo haber reclutado a dos nativos leales y muy capaces, quienes se dedicarían a la elaboración de ramadas y apoyarían la evangelización del norte peninsular. Sus nombres: Bernardo Davaba y Andrés Comanají (o Comanji), han llegado hasta nosotros por el reconocimiento que los propios jesuitas hicieron de su trabajo en diversas crónicas y manuscritos.[374] En 1747 Sistiaga se retiró de California por motivos de salud. Sirvió como prefecto de la Congregación de la Buena Muerte en la Casa Profesa de la ciudad de México y falleció en la ciudad de Puebla de los Ángeles, adscrito al colegio de novicios, en el año 1756.[375]

Sucedió a Sistiaga el sacerdote alemán Everardo Helen. Nacido en Colonia y educado en Praga, llegó a la Nueva España en 1717 y en 1718 a California. Desde su arribo a la península colaboró muy estrechamente con Sistiaga y Juan de Ugarte. Éste último le encomendó la fundación de la misión de Nuestra Señora de Guadalupe, de la cual se hizo cargo a partir de 1720. Su estancia en Mulegé se alternó con la del padre Juan Bautista Luyando, quien como ya he mencionado, desde ahí planificó y desarrolló el proceso fundacional de San Ignacio

[373] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica…* 265.
[374] Miguel Venegas, *Obras californianas…* Tomo II, 190.
[375] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica…* 264.

Kadakaamán.[376] Después de Helen, fue responsable de la misión rosalina el padre Pedro Nascimbén, nacido en Venecia en 1703. Este sacerdote llegó a California el año 1735 y sirvió a las misiones de Nuestra Señora de Guadalupe y Santa Rosalía de Mulegé hasta su muerte en dicha última misión, en el año 1754. Su presencia no generó mayor información relevante sino aquella relacionada con exploraciones en las cuales participó y especialmente acerca del trágico episodio ocurrido en el templo de Nuestra Señora de Guadalupe en el año 1744, cuando por una fuerte lluvia la iglesia se derrumbó mientras él oficiaba. Fallecieron un centenar de neófitos aunque el religioso no resultó lesionado. Durante cortos periodos de tiempo, fue suplido en la administración de su emplazamiento por los padres Andrés Javier García en 1737 y José Gasteiger en 1746.[377]

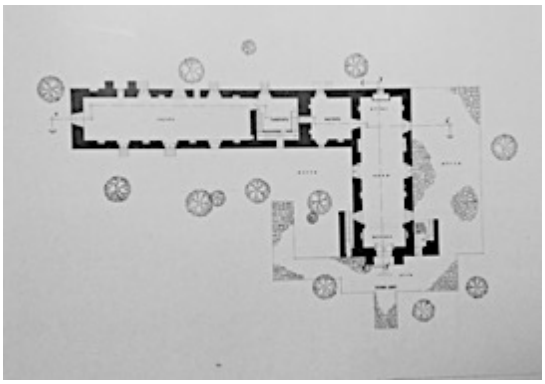


Figura 241. Planta arquitectónica del templo de la misión de Santa Rosalía. Imagen tomada de: Salvador Hinojosa Oliva, *La arquitectura misional…* 63.

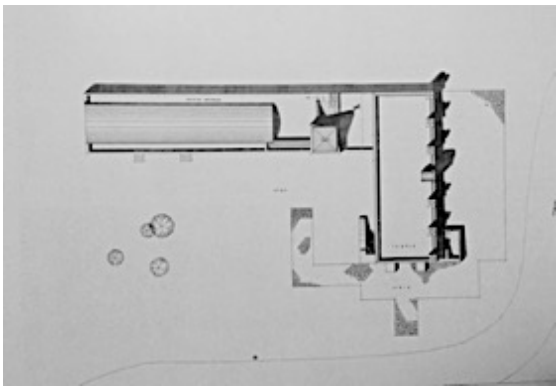


Figura 242. Planta de conjunto del templo de la misión de Santa Rosalía. Imagen tomada de: Salvador Hinojosa Oliva, *La arquitectura misional…* 61.

El último misionero jesuita en Santa Rosalía de Mulegé fue el padre Francisco Escalante, quien tuvo a su cargo la construcción del actual templo y permaneció en esta misión hasta 1768. Nacido en Jaén, Andalucía, en 1724, tenía veinticuatro años cuando lo enviaron a California en 1748. Murió en el exilio italiano en el año 1806. Se desconoce cuándo comenzó la construcción de su iglesia pero no debe haber

[376] Francisco Javier Clavijero, *Historia de la Antigua o Baja California* (México: Imprenta de Juan R. Navarro, 1852) 148.
[377] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica…* 262.

sido mucho después de su arribo a las misiones, ya que la cuarta década del siglo XVIII fue lapso temporal dentro del cual se desarrollaron las principales campañas constructivas jesuitas en la mayor parte de la península, excepto sus fundaciones más norteñas, en el ahora estado de Baja California. La conclusión del templo de Santa Rosalía de Mulegé está fechada en 1766, casi una década después de la dedicación del templo de San Francisco Xavier.[378]

Lo anterior refuerza mi hipótesis de que en esta etapa final de la presencia jesuita californiana se aprovecharon las habilidades de cuadrillas móviles de artesanos circulando ampliamente, por lo menos a lo largo de la zona central peninsular. Incluso es posible inferir una planificación de tareas que asignaba temporadas muy definidas para acciones específicas, como son la cimentación, la elevación de muros, construcción de bóvedas y torres, de tal manera que se optimizara la disponibilidad tanto del personal como de los materiales. Como he mencionado en el capítulo anterior, resulta indudable que los andamiajes y cimbras de madera se reutilizaban mientras que los hornos para producir cal se compartían. Nada induce a pensar que algo similar no ocurriese con quienes realizaban tareas de carpintería y albañilería.

Figura 243. Marquis Mc Donald. Templo de Santa Rosalía de Mulegé, 1950. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb7884850d

Figura 244. Marquis Mc Donald. Templo de Santa Rosalía de Mulegé, 1950. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library, disponible en: https://library.ucsd.edu/dc/object/bb7168117f

[378] Miguel del Barco, *Historia natural y crónica…* 212.

El templo de piedra

Respecto a la historia del templo actual, construido durante la administración del padre Francisco Escalante realmente es poco lo que se sabe. En los inventarios del año 1773, durante la entrega de los franciscanos a los dominicos, se describe escuetamente "…una iglesia de cal y canto, de bóveda."[379] Además, se enlistan bienes de sacristía, casa y oficina, sin detallar las características de tales espacios. El conjunto se compone por la iglesia y tres anexos enlazados al presbiterio, que bien podrían corresponder con los espacios mencionados. Su disposición en escuadra conforma la familiar L que hemos visto configuró asimismo el primer templo de Loreto y seguramente representa la forma básica para articular iglesia y habitaciones en las etapas iniciales de los edificios misionales (figs. 241 y 242). Como podemos observar en fotografías de la primera mitad del siglo XX, alguna vez hubo una pequeña barda perimetral (figs. 243 y 244) pero todo indica que se trató de un añadido moderno y el conjunto fue originalmente tan abierto como se observa en la actualidad (fig. 240).

Figura 245. Zona trasera del templo de Santa Rosalía. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las misiones antiguas…* 48.

Una peculiaridad de este conjunto consiste en la gran sala abovedada que se extiende en sentido perpendicular al templo, de similares dimensiones a éste y quizá prefigurando un futuro patio que jamás llegó a realizarse, posiblemente parecido al de Loreto. Entre el templo y tal recinto, que seguramente fungía como casa del padre (o de los padres, tomando en cuenta el papel que la misión jugaba como

[379] Eligio Moisés Coronado (ed.), *Descripción e inventarios…* 104.

punto de partida de constantes expediciones) se localizan primero la sacristía y después la torre-campanario, con su escalera interior; ambas habitaciones de forma cuadrangular.

Orientado sobre un eje sur-norte, con su portada principal hacia el sur, este es sin duda el templo misional bajacaliforniano cuya determinación práctica pesa más que cualquier otra. Lo anterior, determinado por la ubicación del emplazamiento, su exposición a los elementos (tanto la lluvia durante temporada de huracanes como probables sismos ocasionales) y una limitada disponibilidad de recursos materiales como la madera para carpintería, y rocas que se circunscriben a sillarejos de piedra caliza y cantera rosa para zonas como los vanos de puertas y ventanas. La técnica de toda su construcción se enmarca en lo que solía denominarse “mampostería ruda”, que ya he descrito.

En la parte trasera del templo, es decir en dirección norte, se aprecian restos de muros, indicando un conjunto de mayores dimensiones, donde quizá hubiera una antesacristía (fig. 245). Es evidente, asimismo, el patrón modular que se siguió para la conformación de los espacios, correspondiendo cada uno de dichos módulos con la forma cuadrangular que tienen la torre y sacristía, que se multiplica por cuatro para el caso de templo y sala-habitación de los padres. No puedo pasar por alto el importante papel que jugaba el edificio y dentro de él su torre como puesto de vigía desde el cual era posible estar al tanto de los movimientos registrados en una amplia zona de terreno visible desde sus alturas. Incluso, es un factor que se suma al aspecto fortificado del conjunto, indudablemente concebido como una especie de marcador geosimbólico donde se resaltan justamente el resguardo de la fe y su eminencia por encima del plano terrenal; tema al que volveré y que de ningún modo contradice los aspectos prácticos de la construcción ni su sencillez.

Desde mi punto de vista, la orientación hacia el sur de su portada principal tiene que ver con la posibilidad de ofrecer un aspecto notable a quienes arribaban de las otras misiones y zonas bajas, así como abarcar el mayor espacio posible para apreciar el entorno a lo largo de una amplísima terraza conformada por la torre y las cubiertas planas del templo y sacristía, por encima de sus bóvedas.

La iluminación del espacio interior se consigue mediante la ubicación de ventanas y puertas localizados a intervalos regulares. No resulta difícil imaginar el bullicioso centro de partida de las expediciones norteñas que se encaminaban a la sierra o tomaban la ruta de la costa para explorar el septentrión, ni justificar por qué en ese sentido, la amplia habitación del padre y los visitantes se ubicó apartada del templo, buscando seguramente que tales actividades no interfirieran con los oficios religiosos. En la actualidad, el sotocoro del templo reposa sobre vigas y un entarimado, además de contar con una balaustrada (fig. 246). Con toda probabilidad estas estructuras de madera se elaboraron con mezquite, del cual había en abundancia por los alrededores de la misión y el personal de marinería, especialmente los filipinos, eran especialistas en su trabajo.

Figura 246. Coro del templo de Santa Rosalía. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las misiones antiguas…* 51.

Figura 247. Altar del templo de Santa Rosalía. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las misiones antiguas…* 51.

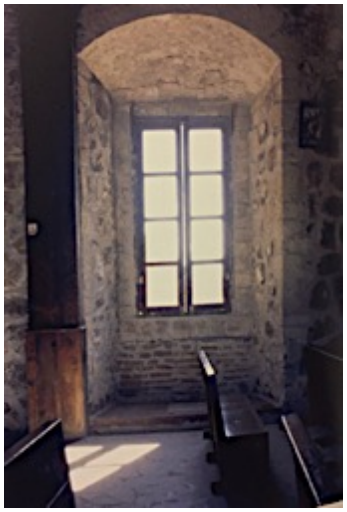


Figura 248. Ventana del templo de Santa Rosalía. Fotografía tomada de: Edward W. Vernon, *Las misiones antiguas…* 50.

Los vanos de puertas y ventanas son rebajados por dentro para maximizar la entrada de luz, evidenciando la solvencia técnica de sus constructores (fig. 248). Otro aspecto a tomar en cuenta es el notable esfuerzo de nivelación que se realizó en la meseta sobre la cual se encuentra ubicado el conjunto. Suele pasarse por alto el gran trabajo de desmonte y acondicionamiento del terreno que implicaba la erección de estos edificios en espacios montuosos. Los planos elaborados por Salvador Hinojosa muestran el cuidado con que se asentaron los edificios sobre un

terreno desigual, que se resolvió enlazando iglesia, sacristía, torre y recinto mediante escalones y desniveles (figs. 249 y 250).

Además, tanto el templo como la sacristía y el recinto están abovedados con cañón corrido. Este aspecto contribuye a la amplitud e iluminación del espacio interior, resuelve la sustentación de techos de amplitud considerable en una zona donde únicamente se disponía de madera de mezquite, con dimensiones reducidas para la elaboración de vigas, y determina un simbolismo ascensional difícil de percibir desde fuera. Si bien el aspecto exterior del conjunto es severamente rectilíneo, por dentro invita a contemplar la forma curva elevada de sus techos (fig. 247). El hecho de que el recinto carezca de cubiertas planas encima de la bóveda puede ser indicador de una etapa constructiva posterior y desde luego revela menor esmero y recursos para el logro de efectos como los conseguidos en las otras partes del conjunto.

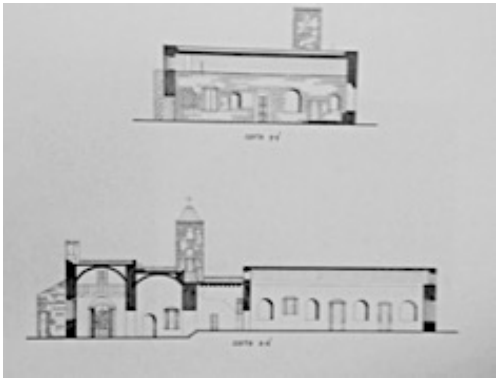


Figura 249. Cortes del templo de la misión de Santa Rosalía. Fotografía tomada de: Salvador Hinojosa Oliva, *La arquitectura misional…* 67.

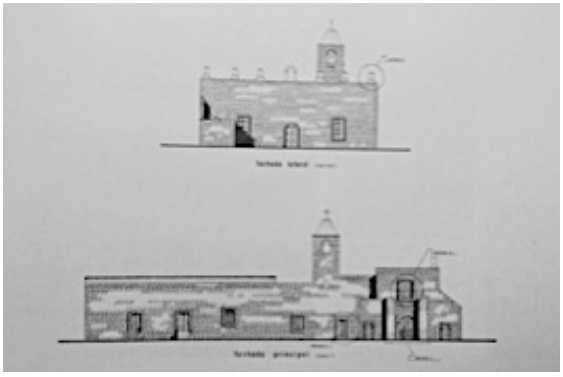


Figura 250. Fachadas del templo de la misión de Santa Rosalía. Fotografía tomada de: Salvador Hinojosa Oliva, *La arquitectura misional…* 65.

Según Salvador Hinojosa Oliva, el conjunto fue abandonado en 1828 y cayó en un total abandono, siendo restaurado en diferentes ocasiones, entre ellas el año 1972. Tal arquitecto, estrechamente involucrado en la conservación de los monumentos misionales, señala que los edificios mantuvieron su aspecto externo y que las mayores modificaciones se realizaron en el interior.[380] Recordemos que no son muchos los templos abovedados en la Antigua California, destacándose únicamente

[380] Salvador Hinojosa Oliva, *La arquitectura misional de Baja California Sur…* 58.

San Francisco Xavier, San José de Comondú, San Luis Gonzaga y este templo. Salvo San Luis Gonzaga, templo sureño cuya edificación, como ya hemos mencionado, Juan Jacobo Baegert atribuye al trabajo realizado por un soldado con experiencia como albañil, las otras tres misiones se encuentran dentro de la misma zona, así que posiblemente, como hemos propuesto, fueron obra del mismo grupo de oficiales dentro de campañas itinerantes.

La portada principal luce sumamente austera y al mismo tiempo sobria, con dos gruesos estribos que hacen el papel de contrafuertes y aportan solidez al paramento. Esta portada se prolonga hacia los lados en dos muros reducidos que sirven para ocultar las escaleras al coro y al mismo tiempo hacen las veces de contrafuertes. Dicha solución constructiva recuerda en cierta medida las que se adoptaron en muchas portadas de los conventos del siglo XVI en la Nueva España, sobre todo en la región central y especialmente en torno a los volcanes. No es casual que Santa Rosalía de Mulegé esté ubicada en cercanía del complejo volcánico conocido desde tiempos de los jesuitas como de las "Tres Vírgenes." La puerta de acceso ostenta un arco de medio punto y sobre ésta se observa una amplia ventana de coro, con forma rectangular y un arco rebajado. La torre está rematada por un elemento piramidal, mientras que el lado este de la azotea del templo ostenta seis pináculos alineados, de perfil bulboso (fig. 251). Solo las aristas de algunos elementos como las pilastras, jambas y marcos de ventana lucen sillarejos de cantera, toscos y sin labrar. El interior del conjunto está pavimentado con piedra laja. La fachada lateral es sumamente sencilla, con arco de medio punto en el acceso y ventanas rectangulares.

Devoción y geosímbolo[381]

Como demuestra el conjunto de Santa Rosalía de Mulegé, resulta de central interés tomar en cuenta las condiciones contextuales del emplazamiento, que eran

[381] El concepto de geosímbolo se deriva de la geografía cultural según es propuesta por Joël Bonnemaison, *Le geographie culturelle*, Curso de la Universidad París IV-Sorbona 1884-1997 (París: Editions del CTHS, 2004). Desde esta óptica, el paisaje consiste en una construcción cultural donde confluyen hombre y naturaleza. Tal perspectiva, a mi juicio, es la que mejor permite apreciar la adecuación de las misiones bajacalifornianas a su entorno.

insalvables para la construcción de sus edificios. Esto es, se tenía que trabajar con los materiales disponibles y la mano de obra que estuviera a la mano, además de ponderar como una determinante central la posibilidad de hacer frente al clima, tipo de suelo, etcétera, en circunstancias que en todos sentidos eran mucho más adversas –por las limitantes tecnológicas existentes– de lo que son en la actualidad.

Figura 251. Marquis Mc Donald. Templo de Santa Rosalía de Mulegé, 1950. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library.

Debemos también pensar en una variedad de problemas materiales y necesidades técnico-prácticas a resolver, que los propios edificios manifiestan. De hecho, tales problemas y necesidades están plasmados en las crónicas y se hacen aún más palpables tras la destrucción o por la supervivencia de las propias edificaciones después de siglos. Igualmente, es necesario asumir la existencia de repertorios de múltiples soluciones disponibles para los constructores, a lo largo de una o varias tradiciones constructivas concurrentes, vinculadas con aspectos técnicos de las edificaciones pero asimismo con aspectos más subjetivos de su materialidad y formalidad arquitectónica. Estas últimas consideraciones, caracterizadas desde nuestro actual punto de vista como estéticas, en su momento con toda probabilidad estuvieron ligadas más bien con los ámbitos devocional y simbólico.

Ya he hablado en el capítulo anterior de las particulares circunstancias físicas y materiales que determinaron las características arquitectónicas de los templos en la Antigua California. Asimismo, del papel que jugó la disponibilidad de recursos y mano de obra. Al cerrar esta discusión, desearía hacer hincapié en que, además de

ello, las cualidades formales de cada uno de los edificios están sumamente vinculadas con el deseo de que manifestaran una personalidad propia, cierta singularidad que resultara evidente a simple vista pero cuyos motivos, medios y expresiones no siempre parecen fáciles de esclarecer, aunque indudablemente se ligan con la dedicación a determinada virgen o santo.

Figura 257. Marquis Mc Donald. Templo de Santa Rosalía de Mulegé, 1950. Fotografía tomada de: University of California-San Diego Library.

Propuse, por tanto, que el templo de Nuestra Señora de Loreto-Conchó corresponde en algún grado con la proyección mental que Salvatierra tenía de la Santa Casa lauretana, que el de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó enlaza con la idea de un santuario corporativo vasco-transpacífico motivado por Ugarte y que la parcialmente destruida basílica de San José de Comondú tuvo su razón de ser en la referencia a los primeros templos cristianos, portada por Piccolo. Consecuentemente, me parece que el templo de Santa Rosalía de Mulegé manifiesta características que remiten a los ideales de ascetismo, elevación y alejamiento de lo terrenal reflejados por la santa palermitana que el mismo padre Píccolo llevó a la península. Si bien, no se trata de una cueva ni una oquedad en la montaña (condiciones inviables para un templo funcional), como aquella en que según la tradición se recluyó la santa, estoy convencido de que traduce dentro de su propio contexto las mismas pulsiones geosimbólicas, constituyéndose literalmente en una suerte de fortaleza desde la cual se contempla la realidad circundante sin integrarse del todo en ella, cual ocurre dentro de los otros tres conjuntos analizados.

No es dato menor, desde luego, la importancia que para el padre palermitano tenía santa Rosalía como su patrona, así que resulta imposible obviar las implicaciones simbólicas de su dedicación del templo. Si bien Píccolo fue, como la mayoría de sus hermanos, un incansable explorador, existe una veta eremítica y quizás incluso mística dentro del trabajo misionero (de los jesuitas y también de las órdenes franciscana y dominca, que los sucedieron en el árido paisaje peninsular). No podemos pasar este aspecto por alto y en el caso de nuestro edificio puede jugar un papel determinante para el lugar y tipo de construcción elegidos. Que el misionero Píccolo (como tampoco Salvatierra o Ugarte) haya estado directamente involucrado en la construcción no debería considerarse inconveniente para un ejercicio de memoria e imaginación propiamente ignaciano, dentro de la "composición de lugar" que busca recrear ciertas cualidades sensibles capaces de estimular la experiencia religiosa; una experiencia religiosa sumamente específica, ligada con la posibilidad de recrear el entorno de una ermita.

Si entendemos la ubicación eminente, así como las características sencillas, casi rudas, del templo rosalino como una suerte de metáfora de la elevación y el aislamiento, es posible que accedamos a una clave interpretativa no solo de la búsqueda de una "estética" atemporal o por lo menos no asimilable a ningún estilo canónico definido dentro de estas construcciones, sino incluso respecto al sentido mismo de la actividad misionera tal cual fue concebida por sus desarrolladores. Es un hecho que los padres que viajaban a California se entregaban a la práctica fatigosa de un sinfín de tareas, ejerciendo un liderazgo colectivo constante. Pero no menos cierto es que esta elección vital significaba para ellos principal y esencialmente una renuncia al mundo en que habían nacido, se habían formado y prosperado.

Con toda su majestuosidad en la cima de una meseta, este templo refleja, según mi particular consideración, el testimonio arquitectónico más claro dentro de la Antigua California, del sentido de ruptura virtuosa, al menos para los padres, entre dos realidades: la de lo real y la de lo posible. Seguramente Píccolo y sus hermanos vislumbrarían, mejor que en ningún otro sitio, desde esta iglesia que mira al mundo como lo harían Cristo y sus discípulos, un utópico paraíso en mitad del desierto.

Conclusiones

La ubicación geográfica de los templos y edificios misionales jesuitas en la Antigua California, por los márgenes del territorio novoshipano y la frontera de lo que fue el Imperio Hispánico, ha prolongado un equívoco acerca de su supuesta precariedad y carácter primitivo, tan repetido en nuestro tiempo por la historiografía tradicional como lo resultó en su momento la certeza de que los habitantes en la árida península eran asimismo primitivos e incivilizados. En ambos casos, la explicación que se ofrece para explicar la pobreza que caracterizaría y el poco interés aparente que suscitarían estas culturas "periféricas" y sus expresiones es de tipo determinista: las condiciones ambientales dificultaron realizaciones capaces de trascender e incluso estar al mismo nivel que aquellas características de los centros urbanos.

Esto tal vez refleja un etnocentrismo transformado después en centralismo, que todavía en ocasiones orienta la mirada de los estudios del arte en nuestro país, pese a las aportaciones realizadas por personajes como Francisco de la Maza, Georges Kubler, Miguel León-Portilla, Ignacio del Río, Elisa Vargas Lugo, Clara Bargellini, entre otros, y numerosos estudiosos locales y regionales, quienes desde esos mismos márgenes hacen esfuerzos para la puesta en valor del arte y la cultura de las misiones. En todo caso, el paradigma centro-periferia merece ser cuestionado y rebatido; no solo por sus implicaciones ideológicas, sino claramente en virtud de sus efectos metodológicos, al dificultar la posibilidad de acercarse en forma desprejuiciada y específica hacia los edificios y el arte "periférico."

La circunstancia virreinal de la Antigua California es muy distinta a la de la Baja California actual, desvinculada o semiaislada de lo que ocurre en el resto del mundo y de México. Por el contrario, esta región fue durante los siglos del virreinato y especialmente bajo la administración de la Compañía de Jesús, un territorio cuya posición geográfica dentro de la ruta del tornaviaje transpacífico le otorgó un carácter estratégico dentro de la ruta de circulación e intercambio de bienes, personas e ideas más importante de la época. En buena medida, un reconocimiento apenas parcial de tal realidad constituye eco de la eficaz labor propagandística realizada por los propios jesuitas, dedicados a no llamar demasiado la atención

hacia la riqueza y abundancia de objetos, la diversidad de personas y la originalidad de las ideas atravesando mares y tierras por ellos recorridos.

A través del análisis crítico de los textos producidos por los distintos cronistas misioneros, así como una revisión exhaustiva de los estudios modernos producidos en torno a la arquitectura misional del noroeste de México y especialmente la observación directa y –creo– desprejuiciada de los propios edificios, pienso que es posible dejar a un lado el menosprecio o si se quiere la comparación prejuiciosa de los edificios peninsulares con otros contemporáneos en zonas urbanas del virreinato. La revisión de las condiciones ambientales, sociales, materiales y simbólicas en que se produjeron estas construcciones nos permite apreciar con mayor justicia su singularidad única y el enorme grado de diversidad en el tipo de soluciones constructivas adoptadas por sus fabricantes dentro de una misma región, en la cual, sin embargo, imperan distintos entornos y circunstancias muy particulares.

Si bien los jesuitas eran portadores de una cultura corporativa, por la cual estaban sumamente al tanto de novedades arquitectónicas en la Nueva España y el resto del mundo, donde su presencia resultó central durante los setenta años que duró la evangelización de la Antigua California, todo indica que sus pretensiones en el ámbito de la arquitectura no se reducían a buscar la réplica de modelos exitosos, por muy conocidos o prestigiados que resultaran dentro de su propio entorno de formación y desarrollo intelectual tanto como devocional. Por el contrario, pareciera que estos modelos y esta cultura corporativa, aunada a los vínculos personales e institucionales con el entorno urbano de Guadalajara y México, funcionaron en las lejanas tierras peninsulares como fermento para un proceso local de adaptación o incluso ensayo de soluciones distintas, que al mismo tiempo aprovecharon el conocimiento y la experiencia acumulados en otras tierras septentrionales por sus propios hermanos durante años precedentes.

Desde mi punto de vista, los cuatro conjuntos y emplazamientos localizados en la zona de confluencia de las sierras La Giganta y Guadalupe que se analizan en este trabajo, aportando los nombres de poblados modernos que se han incorporado al estado de Baja California Sur sin perder memoria de su fundación:

Loreto, San Javier, San José de Comondú y Mulegé, representan el núcleo fundacional de una Antigua California que halló su expresión más propia a través de una arquitectura integrada totalmente con su entorno y portadora de profundos significados en el ámbito de la fe cristiana. Se trata de edificios que no solo testimonian calidad, firmeza, diversidad y riqueza tanto material como técnica, sino también profunda resonancia dentro de la memoria colectiva de la región, enmarcada en una identidad corporativa ignaciana que está expresada en cada uno de sus muros.

Ninguno de los cuatro conjuntos analizados: Nuestra Señora de Loreto-Conchó, San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, San José de Comondú y Santa Rosalía de Mulegé muestra rasgos en común evidentes. Su diversidad formal y material no nace únicamente de las condiciones contextuales (disponibilidad de materiales constructivos y recursos naturales, ya reiterados) sino también de factores sociales como las circunstancias poblacionales, la presencia de distintos operarios y artesanos especializados, e incluso arquitectos bien calificados para la erección de edificios de calidad, durabilidad y belleza. Del mismo modo, es resultado de programas devocionales y constructivos distintos, portados e impulsados por los misioneros fundadores, en acuerdo con sus acaudalados benefactores: algunos de los hombres y mujeres más ricos de fines del siglo XVII y mediados del siglo XVIII en la Nueva España y Europa, para quienes la península no era solo un espacio donde promover su poder y devoción, sino también un enclave desde el cual desplegar cierto proyecto político, social y cultural.

Mucho se ha repetido que la nacionalidad de los misioneros favoreció el aspecto y las características de sus edificios, si bien lo que he tratado de mostrar a través de este trabajo es que ni los misioneros fueron los únicos o principales agentes en la construcción de los edificios misionales, ni su nacionalidad fue con probabilidad la determinante principal de los rasgos formales para sus construcciones. En cambio, las devociones compartidas entre misioneros, benefactores y la Compañía de Jesús como una institución de carácter multinacional, global y comprometida con la inserción del Nuevo Mundo dentro de un programa mesiánico pero también con componentes ilustrados, fueron aquello

que a mi juicio, junto con las ya mencionadas condiciones del contexto local, aportó identidad propia a cada una de sus construcciones y emplazamientos en la Antigua California.

Creo sustentable la hipótesis acerca de que no existen dos edificios misionales iguales en esta zona porque los distintos actores y circunstancias involucrados en la concepción y construcción de cada uno de ellos fueron peculiares e irrepetibles. Además, debido a que estos agentes deseaban dejar constancia de sus diferencias, testimoniar sus experiencias, capacidades adaptativas y aprendizaje tanto respecto a los individuos como colectividades participantes en todas las etapas de sus procesos constructivos. Más que pensar el día de hoy en estos templos y sus anexos como realizaciones titánicas a cargo de un solitario religioso, considero haber brindado elementos para observarlos como producto de una colectividad compleja, conflictiva y diversa, articulada en torno a la evangelización pero también la construcción de redes comerciales, nexos políticos y sociales.

El protagonismo fundacional de Eusebio Francisco Kino, Juan María de Salvatierra, Francisco María Píccolo, Juan de Ugarte y un numeroso grupo de jesuitas que trabajaron, residieron y en no pocos casos murieron en la península no representa la labor solitaria, egocéntrica, obcecada y poco realista de un reducido grupo de religiosos infundidos de furores mesiánicos –o no solo ni mucho menos principalmente eso– sino tal vez el despliegue de una visión arquitectónica (constructiva, en el sentido más amplio del término) compartida con un sector importante de las élites regionales y virreinales de su época. En un contexto como el de la expansión hispánica y la construcción de una identidad novohispana, posiblemente los misioneros jesuitas junto con sus aliados concibieron la edificación de edificios y poblados en la remota California no como un fin por sí mismo, sino en tanto reflejo de la voluntad por construir una nueva versión del mundo, distinta a la que se promovía en Europa e incluso diferente a las que se implementaban en la mayor parte de América, donde las condiciones de explotación humana y material resultaban claramente inaceptables como fundamento para la implantación universal del catolicismo y la defensa de sus dogmas.

En forma paralela aunque distinta a la edificación de un reino mariano dentro de las reducciones del Paraguay, en la Antigua California se intentó con toda probabilidad (pero igualmente, poca fortuna) la construcción de un reino mariano-lauretano, josefino, rosalino y javeriano desde el cual proponer un nuevo orden, en el que confluyeran distintas culturas bajo una misma religión y se promoviera un indudable sentido de pertenencia a nuevas identidades, distintas a las europeas, nutriéndose de saberes y tradiciones tanto europeos como autóctonos. Las asimetrías en las relaciones entre los distintos grupos humanos involucrados, fulminantes epidemias pero sobre todo la discordancia de este proyecto con la implementación de un modelo económico y socialmente extractivo, consagrado por la expulsión de los jesuitas y posterior implementación, tan fallida como catastrófica, de las llamadas reformas borbónicas en el septentrión no dejó en pie sino poco más que los edificios aquí estudiados.

Reconocer en este territorio y tales edificios la diversidad y riqueza de sus programas y propósitos, incluso asumiendo contradicciones, conflictos y múltiples problemas inmersos dentro de su concepción, construcción, uso y conservación; situar dentro de su materialidad y rasgos formales el pulso de ideas individuales y colectivas, la aportación de muchas personas (mayoritariamente anónimas), la devoción por ciertas imágenes y el discurrir de una memoria que subsiste hasta nuestros días, pretende ser una aportación de este trabajo y estímulo para futuras investigaciones críticas, que aporten nuevas y más precisas perspectivas acerca de su historia factual y simbólica.

Epílogo

Como ya dije, originalmente esta tesis se había planteado analizar conjuntamente los edificios y la cultura material de cada una de las misiones seleccionadas. Ello derivó en un trabajo de investigación muy amplio, que terminó rebasando los límites razonables para una tesis académica. No obstante, la indagación en torno a retablos, pinturas, esculturas, alhajas, vestimentas litúrgicas y bienes muebles en estos emplazamientos, enriqueció mucho la visión de ellos en tanto objetos relacionados con otros objetos, conformando parte de un conjunto amplio de lenguajes materiales y simbólicos que en realidad son inseparables.

La información recabada en torno a objetos de todo tipo que se hallaron o encuentran en la actualidad en estas misiones se reservará para un trabajo futuro, aunque no deja de alimentar mi percepción acerca de las particularidades de cada emplazamiento y sobre todo, de su inserción, tal cual planteo en la introducción de este trabajo, dentro de distintos ámbitos de circulación de ideas, objetos y personas, que exceden el territorio de la península y lo enmarcan en la ruta transpacífica al mismo tiempo que lo enlazan con el resto de la Nueva España y especialmente el septentrión; región donde las órdenes religiosas y principalmente los jesuitas construyeron eficaces redes de apoyo para sus fundaciones.

Por último, cabe afirmar que este trabajo, en su desarrollo, me permitió percibir con claridad la existencia de continuidades en la cultura material y arquitectura misional, subyacentes tras la ruptura significada por la expulsión de los jesuitas en 1768. Pese al carácter traumático de tal hecho histórico, la revisión de los procesos culturales que le precedieron y sucedieron deja ver un esfuerzo tanto de los franciscanos y dominicos como posteriores generaciones de sudcalifornianos o “californios” modernos (a partir del siglo XIX se llama así a los habitantes de la península, aunque no sean nativos) por conservar y mantener en pie una memoria colectiva que adquiere sustancia en sus edificios y objetos. Esto, a pesar del indudable abandono y los sobresaltos que la historia ha deparado en más de una ocasión a tal patrimonio común, hasta hoy en buena medida preservado.

Anexos

En apego a la reducción del espectro de objetos analizados dentro de la tesis a edificios y conjuntos arquitectónicos, los anexos que se presentan como complemento de este trabajo se han reducido, quedando fuera una variedad de inventarios correspondientes con el siglo XIX, que localicé en el Archivo Histórico Pablo L. Martínez de Baja California Sur (AHPLM-BCS). Decidí, sin embargo, mantener los Anexos I y II, que corresponden con los únicos inventarios que se conservan, hasta donde sé, de la entrega de las misiones bajacalifornianas jesuitas al gobierno virreinal, entre diciembre de 1767 y enero de 1768. Por su importancia histórica y debido a que no existen muchos testimonios documentales de tal proceso, los presento aquí tanto transcritos como en versión digital, ya que pueden ser de interés para numerosas investigaciones. Lamentablemente, en ellos no se habla acerca de los edificios misionales, lo cual constituye una gran incógnita, pues en los inventarios que en el año de 1773 levantaron los franciscanos para entregar las mismas misiones a los dominicos (documentos multicitados en este trabajo) sí se mencionan los bienes inmuebles con cierto grado de detalle.

Respecto a los Anexos III-VI, ilustran con gran detalle el compromiso de los benefactores de las misiones con el proyecto jesuita en la Antigua California, ya sea intercediendo a favor de un incremento del número de efectivos militares dentro del presidio de Loreto o, como es el caso de la mayoría de estos documentos, consignando importantes donaciones realizadas por algunos de los principales benefactores al Fondo Piadoso para las Misiones.

Por último, el Anexo VII consiste en la transcripción completa de la Cédula Real emitida en España por Felipe V, en noviembre del año 1744, de la cual, desde mi punto de vista, se desprende un entorno político y económico propicio para la puesta en marcha de la campaña constructiva que derivó, entre otras cosas, en la edificación de los actuales edificios de piedra en las cuatro misiones estudiadas.

Anexo I. *Inventario de la misión de Santa Gertrudis [La Magna] del año 1768*

Fuente: Archivo Histórico Pablo L. Martínez de La Paz, BCS (AHPLM-BCS).

Fondo: Colonia, *Sección:* Aspecto Religioso, *Ramo:* I, *Volumen:* 12.

Documento: 5, *Fojas:* 4, enero 16 de 1768, sin lugar.

Asunto: Inventario de la misión de Santa Gertrudis, manifestado por el padre Jorge Retz a Fernando de Rivera y Moncada.

1768

Inventario

Mision de Sta. Gertrudis y Enero diez y seis de mil setecientos sesenta y ocho ante mi el Capitan y Testigos se hace el Inventario de las Alhajas y demas cosas pertenecientes a esta Mision, según las manifiesta el Reverendo Padre Jorge Retz como Misionero de ella.

Iglesia

Diez ornamentos, de estos cuatro son de tela y de estos el uno tiene dos Dalmáticas.

Once Albas, ocho manteles grandes y tres chicos.

Cuatro sobrepellices: doce singulos de estos, unos son de tela, otros de liston de seda, y otros de algodon.

Un Almayzal.

Tres calices de plata con su patena, de estos uno es dorado.

Cuatro pares de vinajeras con sus platos, tres pares son de plata y un par de losa de china.

Dos campanitas de plata: un atril de plata.

Dos incensarios con sus navetas y otras alhajas de plata como son una custodia dorada: dos ciriales y cruz alta, seis blandones: cuatro chrismeras, un copon pequeño y una concha.

Catorce blandones o candeleros de cobre.

Tres campanas, dos ruedas de campanita y otras chicas sueltas.

Un Galón de terciopelo carmesí bordado, con su cruz de plata.

Un caxón para los ornamentos, dos pares de [---]

Veinte y dos corporales, veinte y tres cornualtares.
Sesenta y siete Purificadores, ocho palias.
Cuatro media alfombras, seis opas, seis roquetes.
Un acetre de cobre: una palanga para bautizar [---] metal de china.
Trece de a doce para las arras, diez y siete amitos.
Un nicho de Christal con una estatua de Ntra. Señora del Rosario mediana, dos Rosarios de la imagen y el Niño son perlas, tienen tambien en el cuello y mas perlas gruesas y especiales [----]
[1]
echura, y de esta tiene la Virgen un par de aretes, Item tiene la Virgen al cuello una cadenita de oro y el Niño tiene otra, la estatua de Santa Gertrudis tiene al cuello un relicario de plata.

Casa y Cosina
Tres camastros de cuero, con sus pabe[---]
manta de la tierra: tres mesas una g[---] tres chicas.
Dos caxas grandes de cedro, dos medianas [---] otras de pino.
Cinco manteles de mesa, veinte y cuatro servilletas, una cuchara, tenedores, y cuchillos: seis platos de peltre: platos y taza de losa de china.
Dos frasqueras con frascos, seis candeleritos de cobre y una cadeneta.
Unos vasitos de vidrio, y uno grande, siete sillas, ocho chapas, un estante con libros nuevos y viejos, chicos y grandes: quince casos de cobre, seis casitos, quince ollas de cobre entre grande y chico.
Tres telares, tres pares de cardar.
Moneda seis pesos y dos reales.

Bodega
Diez y seis bunques de piedra de mason al menos treinta y ocho tinajas: dos Alambiques, una prensa: nueve botijuelas, ay algun vino.
Avio de carpintería cinco sierras grandes y chicas: siete barrenitas, dos azuelas, siete zepillos: un compas: cuatro escoplos, una tinaja, un martillo, y otras piezas.

Herramienta de fragua un yunque: dos tornillos, cinco martillos, dos tenazas, seis limas y otras piezas.
Avio de campo ocho sillas con frenos diez y seis aparejos treinta y nueve cargas de [---] catorce barras quarenta azadones
[2]
Cinco coas, cinco cucharas de Albañil, diez y [---] cadenas: dos pares de grillos.
Diez y ocho hachas, y en Santa Rosalia ha de aver otras tres que pertenecen aqui: seis machetes: cinco cucharas de cobre.
Una romana, una balanza y otras cosas o menudencias.
Cuatro burras, con cuatro crías, y un burro.
Ganado menor de lana, y cabrio ochocientas y ochenta cabezas.
Ganado mayor se descolaron cuatrocientas y nueve reses grandes, se herraron setenta, y falto o se huio mucho ganado p[---] bronco.
Cavallos mansos treinta y nueve.
Diez y ocho potros grandes, y catorce potrillos.
Setenta y dos yeguas, potrancas grandes catorce, y quince crias.
Mula de silla, y carga, sesenta y dos.
Carreras doce, y tres chicas.
Caballos manaderos cuatro, y burros tres.

Concluido este inventario para que conste lo firma el Reverendo Padre y yo con dos testigos y el soldado Juan de Osuna quien cuida de la Mision por retirarse el Padre entre[---]=de plata= Manifiesta=Vale=
(Rúbricas) Fernando de Rivera y Moncada JHS Jorge Retz de la Compañía de JHS
Joseph Maria de Góngora Juan de Osuna Juan Bautista Bald[---]

Esta misión ha de tener en Loreto trescientos
[3]
setenta y tantos pesos de plata, y lo que deberá en aquellos libros de Almacen constara.
[4]

1768 — Inventario —

Mission de S.ta Getrudis y Enero diez y seis de mil setec.os sesenta y ocho ante mi el Cap.n y testigos se hace el Inventario de las Alhajas y demas cosas pertenecientes a esta Mission, segun las manifiesta el R.do P.e Jorge Rest como Missionero de ella.

Iglesia

Diez ornamentos, de estos quatro son de tela, y de estos el vno tiene dos Dalmaticas.
Once Albas: ocho manteles grandes, y tres chicos.
Quatro sobrepellices: doce singulos de estos vnos son de tela, otros de liston de seda, y otros de algodon.
Vn Almayzal.
tres calices de plata con sus Patenas, de estos vno es dorado.
Quatro pares de vinajeras con sus platos, tres pares son de plata, y vn par de losa de china.
Dos Campanitas de plata: Vn atril de plata.
Dos incensarios con sus navetas, y otras alhajas de plata como son Vna Custodia dorada: dos ciriales y cruz alta: seis blandones: quatro chrismeras: Vn Copon pequeño, y vna concha.
Catorce blandones, ô Candeleros de cobre.
tres Campanas, dos ruedas de Campanitas, y otras chicas sueltas.
Vn Guion de terciopelo carmesi bordado, con su cruz de plata.
Vn caxon p.a los ornamentos. Dos pares de Palab.s
Veinte y dos corporales: Veinte y tres Cornualtares.
Sesenta y siete Purificadores: ocho Palias
Quatro medias alfombras: seis opas, seis Roquetes.
Vn acetre de cobre: Vna Palanga p.a bautisar de metal de china.
trece de adoces p.a las arras: diez y siete amitos.
Vn Nicho de Christal con vna Estatua de Nra. Señora del Rosario mediana, los Rosarios de la Virgen y Niño son perlas, tienen tambien en el Cuello vnas perlas q. no son Especiales

1768 año

echura, y de estas tiene la Virgen vn par de aretes;
Ytt.n tiene la Virgen al cuello vna cadenita de
oro, y el Niño tiene otra: la Estatua de S.ta
Getrudis tiene al Cuello vn relicario de plata.

Caja, y Cosina

Tres camas de Cuero, con sus pabel[illegible]
manta de la tierra: tres mejas vna [illegible]
tres chicas.
Dos caxas grandes de cedro, dos media[illegible]
otras de pino.
Cinco manteles de meja, Veinte y quatro
servilletas, vnas cucharas, tenedores, y cuchi-
llos: seis platos de peltre: platos, y tasa de
losa de china.
Dos frasqueras con frascos. seis candeleritos de
cobre, y vnas caderetas
Vnos vasitos de vidrio, y vno grande. siete sillas.
ocho chapas. Vn Estante con libros nuevos
y viejos, chicos y grandes: quince casos de co-
bre, seis casitos, quince ollas de cobre entre gran-
de y chico.
Tres telares, tres pares de cardas.
Moneda dos pesos y dos reales.

Bodega

Diez y seis bunques de piedra de maior, ã menor
Veinte y ocho tinajas: dos Alambiques: vna
Prensa: Nueve botijuelas, ay algun vino.
Avio de Carpinteria Cinco sierras grandes
y chicas: siete barrenitas: dos azuelas: siete
Zepillos: vn Compas: quatro escoplos: vnas
tenasas: vn martillo, y otras piezas.
Herramienta de fragua vn Yunque: dos
tornillos: Cinco martillos: dos tenasas: diez
y seis limas y otras piezas.
Avio de Campo ocho sillas con frenos: diez
y seis Aparejos: treinta y nueve cargas de cor-
tales: catorce barras [illegible]

cinco Coas: cinco cucharas de Albañil: diez y
cadenas: dos pares de grillos.
Diez y ocho hachas, y en S.ta Rosalia ha de
aver otras tres q̃ pertenecen aqui: seis ma
chetes: cinco cucharas de cobre.
Vna romana: vnas balanzas, y otras cosas
ô menudencias.
Quatro Burras, con quatro crias, y vn burro.
Ganado menor de lana, y cabrio ochocientas y
ochenta cabezas.
Ganado mayor se descolaron quatrocientas y
nueve reses grandes, se herraron setenta, y
falto, ô se huio mucho ganado p.r bronco.
Cavallos manjos treinta y nueve.
Diez y ocho potros grandes, y catorce potrillos.
Setenta y dos Yeguas, potrancas grandes
catorce, y quince crias.
Mulas de silla, y carga sesenta y dos.
Cerreras doce, y tres chicas.
Caballos manadaros quatro, y burros tres.
Concluido este Inventario para q̃ conste
lo firma el R.do P.e y yo con dos testigos,
y el Soldado Juan de Ojuna quien cui-
da de la Mission por retirarse el Padre
entre reng.s = de plata = Manifesta = Vale =

Fern.do de Rivera y
Moncada

Jhs
Jorge Ret.z de la Comp.a
de Jhs

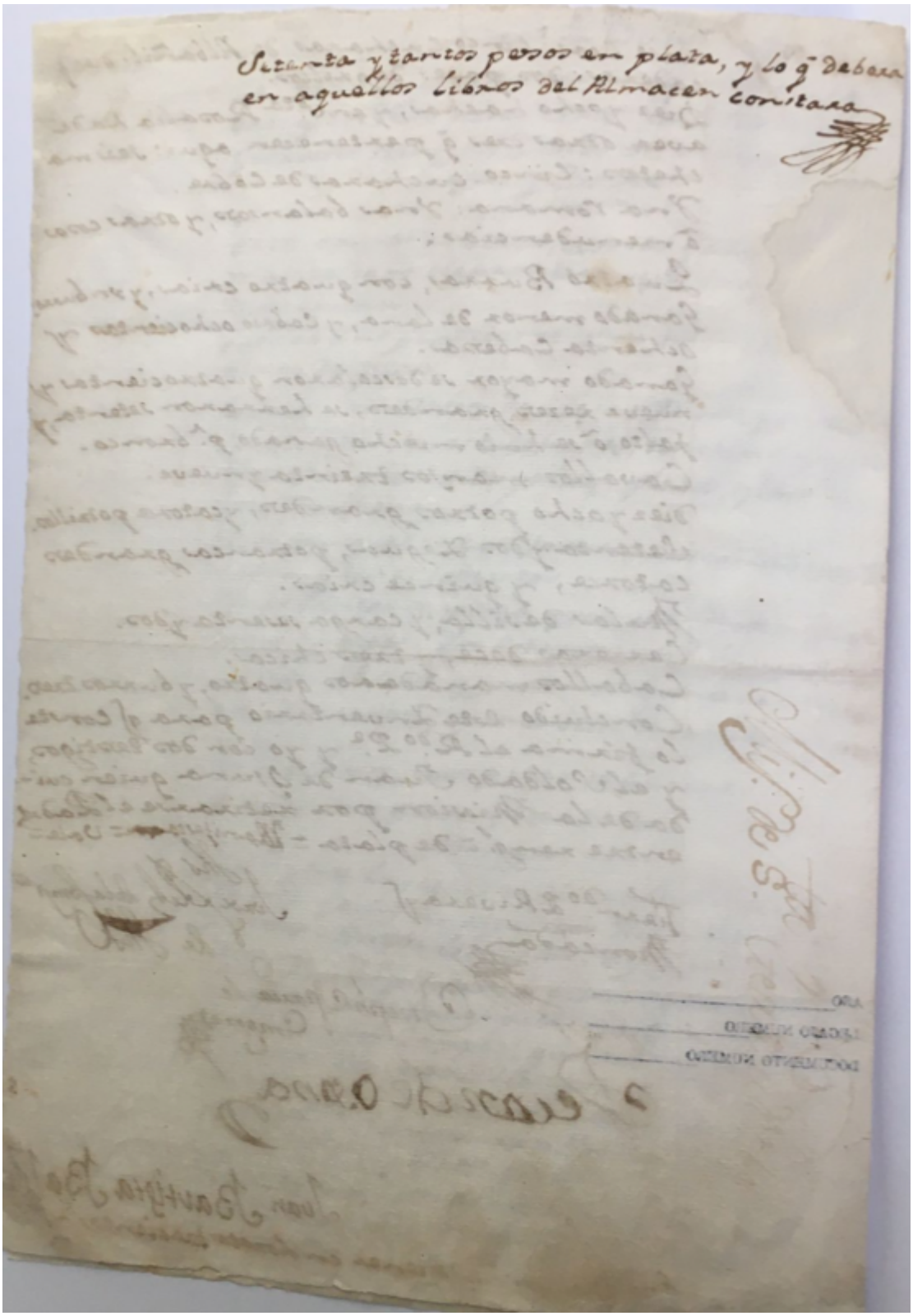
Joseph Maria de
Gongora

Juan de Osana

Juan Bautista Bal

Esta Mission ha de tener en Loreto trecientos y

AÑO 1768 - (Enero 16)
LEGAJO NUMERO 12
DOCUMENTO NUMERO 5


Sesenta y tantos pesos en plata, y lo q̃ debera
en aquellos libros del Almacen constara

Anexo II. *Inventario de la misión de San José de Comondú del año 1767*

Fuente: Archivo Histórico Pablo L. Martínez de La Paz, BCS (AHPLM-BCS).

Fondo: Colonia, *Sección:* Aspecto Religioso, *Ramo:* I, *Volumen:* 12.

Documento: 3, *Fojas:* 4, diciembre 30 de 1767, sin lugar.

Asunto: Inventario de la misión de San José de Comondú, manifestado por el padre Francisco Inama a Fernando de Rivera y Moncada.

Comondú

Mision de San Joseph Comondu y Diziembre treinta de mil setescientos sesenta y siete, hacese ante mi el Capitan y Testigos Inventario de las alhajas y demas cosas pertenecientes a la mision segun me ha manifestado el Reverendo Padre Francisco Inama Missionero de ella.

[Al margen, en lápiz: Inventario Dic.- 1777 (*sic*)]

Iglesia

Cinco calices, tres de ellos sobredorados, con sus patenas.

Cuatro pares de vinajeras de plata con sus platillos: dos de ellas sobredoradas con sus campanillas.

Una custodia de plata sobredorada.

Dos conchas de plata para bautizar.

Un acetre de plata con su hisopo.

Un terniario de chrysmeras con su caxita de plata.

Dos incensarios y una naveta de plata.

Un atril de plata.

Un Guion de terciopelo bordado con cruz y cañones de la lanza de plata.

Una vara de San Joseph, y dos diademas de plata.

Un ornamento de tela de oro de Tisu con frontal, y dos Dalmaticas.

Otro blanco de una tela de plata, y un Palio de lo mismo con seis varas de palo sobredorada.

Tres ornamentos colorados, el uno con tela de oro y dos con flores de plata, y estos últimos con [---] tres blancos con frontales, de estos uno aderezado de Damasco colorado con frontal, y otro [---] con frontal y capa con flores de plata.
Cinco ornamentos viejos servibles con frontales.
Una capa de tela de plata, otra [---]
Cuatro palias de tela: cuatro [---]
Catorce albas nuevas, y viejas [---]
Veinte y cuatro corporales [---]
Seis amitos, Diez cíngulos.
Diez sobrepellizes, tres de los neófitos.
Ocho opas con sus roquetes.
Seis candeleros de palo dorados. Otros seis.
Un ternario de palabreros marcos de [---]
Cuatro manteles.
Diez lienzos de pintura de la [---]
[1]
Un cajón nuevo de ornamentos con su sobrepuesto. Otro [---]

Casa
Cinco mesas, cinco camas de vaqueta.
29 frascos en dos frasqueras, onze botellas.
Seis candelabros de mesa, de metal, u ocho de cobre.
Nueve tixeras despabiladeras.
Avio para la mesa manteles, servilletas, cuchillos, cucharas, y tenedores de metal.
36 platos de loza de china, con otras piezas como son tazas, pozuelos y salero, seis vasos de vidrio.
Un colchon, seis sillas de aposento.
Cuatro telares, los tornos para hilar y las cañas necesarias.
Una romana, una Balanza con su marco.
Una vacia barbera, un baúl, cinco camaritas.
Un escritorio de cedro.

Una librería con ciento y tantos libros y libritos cuya nomina se detalla en el inventario de esta misión.

Cocina

Siete casos grandes, siete medianos, cuatro chicos.

Cinco ollas grandes, cuatro chicas y otras piezas.

Bodega

Dos prensas, una grande y una chica, y otra para el aceite. Un b[---] Dos [---] Dos alambiques.

Una lima grande, cuatro menores, diez y siete barriles, ciento treinta y nueve tinajas y vinajeras, una martabana.

[---] arrieros, 26 aparejos con sus aperos.

[---] sillas con frenos y espuelas y sesenta y [---] costales de baqueta.

[---] cuatro machetes, doce arados [---] y otras piezas.

[---] herramienta de carpinteria y de albañileria.

[---] picaderas, una plomada, siete [---]

[---] dos garlopas [---] martillos [---]

[2]

Erramienta de la fragua un yunque y un tornillo.

Tres martillos, taladro, limas, tajaderas, tenasas y otras piezas.

Cavallada

Cuarenta y cuatro caballos mansos, cinco manaderos, onze de dos rienda, veinte potros, tres potrillos de yunta y una yegua de vientre, treinta y cuatro potrancas, una chica, y otros que faltan, y pueden despues hallarse.

Veinte y cuatro mulas mansas de carga, veinte y dos de silla, mulas y machos quebrantados, diez, veinte y cuatro carreros, y trece mulatos crias de este año.

Burras diez y seis, tres burros manaderos, tres otros burros, y una chica.

Hay Rancho suficiente de ganado mayor, pero assi por ser bronco como por [---] que estos últimos años causo la escases de pasto y agua no se puede saber el numero.
Ganado menor
Ochocientas y cuarenta cabezas de lana.
Doscientas treinta y cinco de pelo.
Lo que el almacen de Loreto debe a esta Mission [---] aquel libro se podra ver.
Ademas tiene esta Mission treinta y cinco marcos [---] onza, tres cuartas y media de [---] pla[---] de azogue [---] nueve marcos una onza, [---] de azogue de Sonora.
Item veinte y nueve marcos, una onza [---] plata de fuego de California.
Item veinte y cuatro onzas y media [---] estaba de oro.
Esta Mission no debe nada, y [---] le debe la de la Purisima ciento [---]
[3]
ocho pesos, y por ajuste que luego se han de pagar en trigo a cuatro pesos la fanega=

Concluido este inventario lo firma el Reverendo Padre y yo, con el soldado Thomas, quien quedara al [---] sigue cuidando en ver todo de la Mission, hasta nueva orden, y firman otros dos testigos para que conste = entre renglones = de cargo [---]

[Rúbricas]
Fernando de Rivera Moncada
Francisco Inama de la Compañía de Jesus
Guillermo Carrillo
Mathias Thomas
Joseph Ibarra de Gongora

Comondu —

Mission de S. Joseph Comondu y Diz.re treinta á mil setec.os sesenta y siete, hacese ante mi el Cap.n y testigos. Inventario de las Alhajas y demas cosas pertenecientes a dha Miss.n segun me ha manifestado el R.do P.e Francisco Ynama Missionero de ella — — — — — —

Inventario

Dic — 1777.

1777

Yglesia

Cinco calices, tres de ellos sobredorados, con sus patenas.
Quatro pares de vinageras de plata con sus platillos:
dos de ellas sobredoradas con sus Campanillas.
Vna Custodia de plata sobredorada.
Dos conchas de plata p.a bautizar.
Vn acetre de plata con su hisopo.
Vn ternario de chrysmeras con su caxita de plata.
Dos incensarios y vna naveta de plata.
Vn Atril de plata.
Vn Guion de terciopelo bordado con su Cruz y cañones de la hasta de plata.
Vna vara de S. Joseph, y dos diademas de plata.
Vn ornam.to de tela de oro de Tisu con frontal, y dos Dalmaticas.
Otro blanco de tela de plata, y vn Palio de la misma con seis varas de palo sobredoradas.
Tres ornam.os colorados, el vno de tela de oro viejo y dos con flores de plata, y estos vltimos con frontales.
Tres blancos con frontales, de estos vno es de te[illegible]
Vno de Damasco colorado con frontal, y otro, [illegible]rado con frontal, y capa con flores de plata.
Cinco ornam.os viejos servibles con frontales.
Vna Capa de tela de plata: Otra negra de Da[illegible]
Quatro Palias de tela: quatro [illegible] de seda.
Catorze albas nuevas, y viejas. Vn Ba[illegible] de tela
Veinte y quatro Corporales. Vna mu[illegible]
Seis amitos. Diez Cingulos.
Dos sobrepellizes. tres de los Acolitos.
Ocho opas con sus roquetes.
Seis candeleros de palo dorados. Otros seis [illegible]
Vn ternario de palabreros marcos de [illegible]
Quatro manteles.
Diez lienzos de pintura de la vid. [illegible]

Vn cajon nuevo de ornam.os con su sobrepuesto. otro viejo

Casa

Cinco mesas. cinco camas de vaqueta.
29 frascos en dos frasqueras. onze botellas.
Seis candeleros de mesa, de metal, y ocho de cobre.
nueve tixeras despaviladeras.
Avio para la mesa manteles, servilletas, cuchillos,
cucharas, y tenedores de metal.
36 platos de loza de china, con otras piezas como
son tasas, posuelos, y salero, seis vasos de vidrio.
Vn colchon. seis sillas de aposento.
Quatro telares, los tornos p.a hilar, y las cardas ne-
cesarias.
Vna romana, vnas Balanzas con su marco.
Vna vacia barbera. vn baul. cinco camaritas.
Vn Escritorio de cedro.
Vna libreria con ciento y tantos libros y libritos
cuia nomina se halla en el Libro Imbentario de
esta Mission.

Cosina

Siete casos grandes: siete medianos: quatro chicos
cinco ollas grandes: quatro chicas, y otras piezas.

Bodega

Dos prensas vna grande, y vna chica, y otra para
el azeite. Vn bunque. dos canoas. dos alambiques.
Vna Pipa grande: quatro menores. Diez y siete
barriles. Ciento treinta y nueve tinajas y tina-
juelas. vna martabana.
Avios de arrieros 26 aparejos con sus aperos.
[illegible] sillas con frenos y espuelas y setenta y
cinco costales de baqueta.
Erramienta [illegible] el Campo treinta y seis azadones
3 coas. quatro machetes. Doze arados aperados
veinte hachas, y otras piezas.
Erramienta de Carpinteria, y de Albañiles
[illegible] picaderas, vna plomada. siete cucharas vnos
[illegible] pases. Dos Garlopas, martillos escoplos, sierras
hachas y otras piezas.

GOB CA Devoción
ARCHIV HAJA C PARIA

ocho pesos, y por ajuste q̃ huvo se harde paga
en trigo aquatro pesos la fanega = —

Concluido este inventario lo firma dho Rdo
Pe y yo, con el soldado Morras, quien yendose
el Pe sigue cuidando en vn todo dela Mision, has
ta nueva orden, y firman otros dos testigos
pa q̃ conste = entre renglones = de carga = Ve
Ferndo Z Rivera y
Moncada

Franco Inama, dela Compa de JEMs
Mr.

Mathias Morras

Guillermo Carrillo

Joseph Maria de
Gongora

GOBIERNO DE BAJA
CALIFORNIA SUR
Dirección Gral. de Acción Social

ARCHIVO HISTORICO DE
BAJA CALIFORNIA SUR
"PABLO L. MARTINEZ".

AÑO 1777 - (Diciembre 30)
LEGAJO NUMERO 1, 12
DOCUMENTO NUMERO 3

Anexo III. *Informe del marqués de Villapuente a Felipe V, septiembre de 1731*

Fuente: Archivo General de la Nación (AGN), *Fondo:* Jesuitas IV-II, Exp. 27, fs. 58-60.

Informe del Marqués Puente a su excelencia sobre Baja California. Solicita soldados para los presidios.
Baja California (¿), septiembre de 1731.

Excelentísimo Señor

Los Reverendos Padres de la Compañía de JHS en California, y su Provincial, en su nombre, representaron al Rey Nuestro Señor, la urgentísima necesidad de aumento de soldados en el real presidio que su majestad mantiene en aquella tierra, con 25 plazas y su capitán, suplicando a su piedad, el creze [*sic*] de otras 25, subordinadas al mismo cabo, para la conservación y progresos de aquella nueva cristiandad; implorando asimismo de su benignidad y real ánimo para otras misiones, la gracia de la Goleta del Carmen, que es una de las muchas desiertas que hay en aquella cordillera, y por hallarse la expresada frente a la misión principal de Nuestra Señora de Loreto, puede servir a todas de notable alivio, destinándola para potrero seguro de los ganados, que en campos abiertos fuérales crecidas pérdidas, acarreando cuántas y graves ofensas de Dios.

Su Majestad pide [---] su parecer sobre uno y otro punto, y V. E., noticioso sin duda de mi inclinación al fomento de aquella tierna cristiandad, me ordena le informe con individualidad de su estado, lo que ejecutaré gustoso en obedecimiento por superior mandato de V. E. por sí hallarme enterado de todo desde sus principios, pues anualmente me favorecen los reverendos padres misioneros con relaciones extensas, desde el primero, que emprendió con ardiente celo la conquista por el año de 1697, fue el Reverendo padre Juan María de Salvatierra [al margen: y puso la primera piedra del santo evangelio], y poco después le siguieron los reverendos padres Juan de Ugarte y Francisco María Píccolo, que espero gocen de Dios, y cuyas vidas saldrán en breve a luz para común edificación.

Habiendo plantado los referidos padres nuestra fe en California, e informado nuestro rey Carlos segundo de este feliz exordio, mandó erigir presidio con 25 soldados y su capitán, para resguardo de los padres y fomento de la nueva cristiandad, a 50 leguas a la orilla del mar que confina con estos reinos, donde fundaron la primera y arriba citada misión de Nuestra Señora de Loreto, y se situó el real presidio; y siendo mucho lo que se ha crecido después nuestra santa fe, y aumentádose los dominios de nuestro cristiano rey, es más que impracticable pueda tan corto número de soldados ~~contener las cantidades de tanta tierra, y~~ oprimir las avilanteces de tan bárbara gente, y contener las hostilidades de tanta tierra, como está reducida al gremio de nuestra religión, la que tiene de longitud más de 260 leguas de sur a norte, empezando desde el Cabo de San Lucas, que está al sur, hasta la última misión del norte, que es la de San Ignacio; su latitud de mar a mar se extiende hasta 50 leguas en parte, y en otras cuarenta, y en otras menos; en todo este ambión de tierra son sin número las naciones de gentiles que la habitan y todas de diferente lengua, aumentando el trabajo de los padres misioneros; todo esto está pacífico y reducido a cristiandad, habiendo recibido el santo bautismo los párvulos; y los adultos instruidos y bautizados los unos, y los otros instruyéndose para el mismo efecto; fuera de estas 260 leguas reducidas, han penetrado para el norte los padre misioneros, que son 15, otras 200 leguas más, todas muy pobladas de gentiles dóciles y que por sus intérpretes explican sus ansias de que pasen a sus tierras los padres, franqueando con gusto a sus hijos para que se les bauticen, pero por ser más que temerario arrojo, no exponen sus vidas los padres haciendo misión en estas tierras, por no alcanzar las limosnas para costear y llevar escoltas de indios cristianos; supuestos estos progresos en que tiene la mayor parte la piedad de V. E., en su puntual asistencia con el situado; esté cierto V. E. hará gran obsequio a ambas majestades en que con su protección coopere al aumento del presidio, hasta el número de 80 o 100 plazas, todas sujetas al capitán que existe, corriendo con las circunstancias, y en su gobierno; y aunque el presidio fuera de más soldados, no dudo tuvieran en qué emplear bien sus fuerzas, pues a la extensión de tanta tierra se añade el recelo y cautela con que se debe proceder en Californias por si los ingleses u otros enemigos, haciendo pie en ellas, intentasen

lograr los intereses del Galeón que anualmente viene de Filipinas y que precisamente ha de navegar por la costa de Californias hasta el Cabo de San Lucas, donde hay puerto muy capaz, no digo para un Galeón pero para una armada entera, según el reconocimiento y fondeo que por los padres misioneros se hizo el año pasado de 1730; y bien tendrá V. E. presente cómo haciendo guarida en estas mismas costas se llevaron [en] años pasados los ingleses el Galeón con todos sus intereses la capitana, escapándose milagrosamente la almiranta, como consta del milagro en el santuario de Guadalupe extramuros de esta ciudad, donde señorearan de la isla, este ciento, o que habían de naufragar los intereses de Filipinas, o se había de atrapar el comercio por no haber otro rumbo seguro.

Sobre el segundo punto de la goleta, debo decir a V. E. tienen diferentes en el mar que divide California de estos reinos y corren, como el mismo mar, de sur a norte; entre ellas se halla la expresada llamada El Carmen, frente a la citada misión de Loreto; es desierta y solo sirve de abrigo de indios gentiles malévolos y de cristianos que aúllan, los unos por hostilidades que ejecutan y los otros por huir de castigos; es de alguna capacidad y muy cómoda para potrero y dehesa de estas misiones, donde con seguridad podrán tener su ganado, que en campos abiertos se menoscaban con robos de los indios, en especial de los gentiles, a costa de las vidas de los que los guardan: en esta atención no dudo que la benignidad de V. E. concurra con sus influjos para que el rey nuestro haga la gracia y mande de otra isleta a la misión de Nuestra Señora de Loreto, que está inmediata, que del bien de ésta resultará beneficio a todas.

Sin embargo de varias cédulas en que su majestad asigna en estas reales cajas el estipendio que a las demás misiones, a las de Californias, nunca lo han pretendido los padres misioneros (sirva de mérito), por estar dotadas catorce ~~de varios bienhechores~~, las ocho por mí, fuera de la mayor parte de mi caudal, que para su conquista di con especial gusto, por experimentar su feliz logro, por los reverendos padres haberse ejecutado sin que el real erario gastase ni un real, cuando poco antes no lo pudo conseguir el general Otondo (*sic*), habiendo gastado de la real hacienda 225 mil pesos.

Están distantes unas misiones de otras 40 y 50 leguas, y tienen agregados varios pueblos y rancherías, muy pobladas como se infiere de lo que este año me escriben, de haber bautizado entre dos mil y [dos mil] quinientos párvulos en un año.

Mediante la industria de los padres, goza ya Californias de todo género de ganado y de toda especie de frutos y frutas, de que antes se carecía, no solo de las que tienen su origen de Europa, que prueban mejor, pero ni aun de las que estos reinos producen.

[…]

Anexo IV. *Escritura de transacción de los herederos de Doña Mariana de Borja, duquesa de Béjar y Gandía, del 30 de junio de 1758*

Fuente: Archivo Nacional de Chile (ANCH), *Fondo:* Jesuitas de América, Vol. 308, leg.347, doc.1.

Escriptura de transacción hecha entre los
Rmos; Pes; Herederos (por representación de la Misión de las Californias) de la Excma; Sra; Da; Mariana de Borja Duqsa. que fue de Bejar y Gandia.
y
La fabrica dela Casaprofesa dela Compa. de Jesus de esta Corte la qe. debe dar pa. los fines qe. en ella se Expresan 62600xxS. Cada Año, qe. empiezan a devengarse desde – Julio de 1758 perpetuamente por haver recibido 2640 Rs.

En la Villa de Madrid a treinta días del mes de junio año de mil Setezientos Cincuenta y Ocho: Ante mi el Escribano y testigos parecieron los Rmos. Pes. Lorenzo Arias Vize Provincial de esta Provincia de Toledo, y Rector del Colegio Imperial: Pedro Ignacio Altamirano Procurador Gral de Indias; y Francisco Lozano Velez que lo es de esta dicha Provincia: Como Administrador de las Rentas dela Fabrica de la Casa Profesa de esta Corte, todos tres de la Compañia de Jesus, qe. el ser tal Administrador el citado Rmo. Pe. Francisco Lozano, consta por el Poder que ante mi le otorgó en veinte y ocho de Febrero de este año el Rmo. Pe. Antonio Espinosa Preposito de ella: Y dijeron que la Exma. Señora Da. Mariana de Borja Duquesa que fue de Bejar y de Gandia por el testamento bajo del que falleció y otorgó Ante Joseph Gabriel Gasco Escrivano de S. M. en esta villa en veinte y quatro de Noviembre del año pasado de mil Setezientos quarenta y siete que se abrió y publicó ante la R. Justicia de ella en Cattorce de Mayo de mil setezientos quarenta y ocho por el oficio de Dn. Eugenio Aguado Moreno Secretario de S. M.; Escrivano de Camara del Supremo Consejo de Castilla, siéndolo entonces del Numero: Nombró su Ilsa. por Administrador delos Bienes y Haciendas que dejase al tiempo de su fallecimiento, al Rmo. Pe. Procurador Gral. de indias de la Compañia de Jesus, afin de que se empleasen en la Misión o Doctrina de las Californias a cargo

de los Padres dela misma Sagrada Religion con el nombre de San Francisco de Borja, y que por una de las Clausulas de una Memoria qe. otorgó el día treze del mismo mes de Mayo y año de mil setezientos cuarenta y ocho que fue el inmediato a su muerte y que se hubo por parte de su testamento. Mandó que todos los años perpetuamente entregasen sus Herederos XX seiscientos Ducados de –- al Pe. Preposito de dicha Casa Profesa de esta Corte, que entonces era y en adelante fuese por via de limosna, para qe. se los emplease, y distribuyese en lo preciso para la perpetua permanencia del Santo ejercicio de la Buena Muerte, practicándose como lo dejase establecido el Pe. Preposito, que entonces era el Pe. Juan Tomas Cambiaso y qe. fue su voluntad que esta carga estuviese perpetuamente anexa a su Herencia, y que con ella permaneciese en sus herederos; lo qe. mas por menos resultaba de otras Disposiciones. Y teniendo descubierta utilidad y por mui conveniente a la otra Fabrica de la Casa Profesa tomar por Via de transaccion irrevocable XX Veinte y quatro mil Ducados para la Conclusión del Altar de San Francisco de Borja, y para otras precisiones sobre sus ventas y la Hazienda titulada la Granja, o predio de la Junquera, Arrendamientos de Casas, Valores de ellas, y otros cualesquiera bienes que la perteneciesen: Estava conforme ntro. Rmo. Pe. Pedro Ygnacio Altamirano como tal Procurador Gral. de Indias, y por la representación de Heredero de la nombrada Exma. Señora dejar otra suma como Capital Correspondiente a los Seiscientos Ducados a la razón de Dos y medio por Ciento de Reditos, que para los fines explicados dejó la Exa. Anualmente, pero con la calidad de que a la Hazienda se la de por libre perpetuamente de esta carga, asi en el Capital como en sus réditos; y que haviendose expuesto la otra utilidad a los Rmos. Pes. Consultores de esta Provincia, fueron participados sus Dictamenes al Muy Rdo. Pe. Lorenzo Ricci Preposito Gral. quien en treinta y uno de Mayo ultimo concedió su Consentimiento al expresado Rmo. Pe. Lorenzo de Arias, que para hazerle constar se inserta aquí testimonio de el Capitulo que trata en el asumpto expuesto y su tenor es el siguiente.

Testimonio

Diego Alonso Moreno Escrivano del Rey Ntro. Señor Procurador de los Rs. Consejos doy fe, que por via de la --- el Rmo. Pe. Lorenzo Arias Vize Probincial de esta Probincia de Toledo de la Compañía de Jesus, me exhibio un consentimiento original, puesto en carta qe. le escribe el mui Rdo. Pe. Lorenzo Ricci Preposito Gral. de esta Sagrada Religion su --- en Roma treinta y uno de mayo próximo pasado, que por contener otros asumptos separadamente pide inserte como lo hago el Capitulo Siguiente Comunicado aquí con el Pe. Probincial y Pes. electores de esa Probincia, el tratado de utilidad que embió V. M. dias ha, a este oficio con aprobación y firmas de V. M. y sus Consultores, convengo en que los Veinte y quatro mil Ducados dejados por la Duquesa de Bejar para todos estos gastos de la Congregación de la Buena Muerte, se puedan emplear en la Conclusion de Altar de Sn. Francisco de Borja con la obligación expresa qe. impongo, de que las rentas Destinadas para la fabrica de la Casa Profesa, asi como en la Granja, o predios de la Junquera, como en arrendamiento de Casas y otros cualesquiera bienes raizes se paguen todos los años aquellos gastos, que fue o es intención de esta Señora Duquesa, que se paguen en la sobre dicha Congregación de aquellos fondos, haciendo instrumento autentico, de donde Conste haberse empleado en eso dicho Dinero, y que la Frabrica o Vienes de ella se obliguen a esa pagar=Siervo en Christo de --- Lorenzo Ricci=

Concuerda con el otro capitulo, el que acaba con la palabra, que dice a esa paga. Cuyo original debolvi al Rmo. Pe. Vize Provincial de Toledo como a quien esta escrita y quien firmó aquí su Rezibo. Y para que Conste lo signó y Firmó en la villa de Madrid a veinte y seis días del mes de Junio año de mil setezientos cinquenta y ocho= En testimonio de verdad=Diego Alonso Merino= Rezibí el original de donde se sacó el Capítulo antecedente= Arias.

Prosigue.

Y en virtud del Consentimiento inserto el citado Rmo. Pe. Francisco Velez, como tal Administrador de las Rentas de la Fabrica de esta Casa Profesa, confiesa haver

rezivido del nominado Rmo. Pe. Pedro Ignacio Altamirano los Veinte y quatro mil Ducados, que hacen XX Doscientos sesenta y quatro mil Reales ---llon; cuya entrega de ellos se ha hecho a mi presencia y por testigos Instrumentales, la mayor porción en Doblones de a ocho, y el resto en monedas de plata y algunas de --- llon de que doy fe y de que fue contado y pesado por dicho Rmo. Pe. Francisco Lozano, y que se pasó esta suma a su poder realmente y con efecto, por lo que otorga tan bastante carta de pago y finiquito como le necesite El explicado Rmo. Pe. Ignacio Altamirano, y la Hazienda que dejó la referida Excma. Sra. Da. Mariana de Borja; y el expresado Rmo. Pe. Lorenzo de Arias, usando dicho consentimiento del muy Rdo. Pe. Preposito Gral. y de las facultades que tiene, como Vize Probincial, y dicho Rmo. Pe. Administrador en virtud de las que le competen como a tal; y en utilidad de la fabrica, cargan y consignan XX Seis mil seiscientos Rs. que son los seiscientos Ducados de --- que corresponden en cada año a dos y medio por ciento, que empiezan a correr desde primero de Julio próximo, y permanezeran perpetuamente sobre todas las Rentas de la Fabrica de esta Casa Profesa, que aseguran importan libres anualmente Dos mil Ducados poco mas o menos, asi la Granja o Predio de la Junquera, como las casas, censos, efectos contra esta Villa, y otros vienes raíces y derechos que tiene que otras rentas y sus principales dejan gravado, sujeto y obligado, sin reservación alguna a la satisfacción de los referidos x Seis mil y seiscientos xx Cada año, que se han de entregar a el Rmo. Pe. Preposito que es, y en adelante fuese de la nominada Casa Profesa para convertirlos en los fines a que los destinó esta Exma. Sra. Duquesa los que se han cumplido cada plazo, sin mas tardanza, siendo como es Condicion, que en todos los rezibos que se den de los citados seiscientos Ducados, se ha de explicar precisamente se perziben en cumplimiento de la Obligazion qe. impuso la referida Exma. Señora Duquesa, a sus Herederos en la Clausula de la Memoria q. queda relacionada para qe. en todo tiempo conste se le debe la continuacion del Santo Ejercicio de la Buena Muerte en esta Casa Profesa; y que los citados sus herederos son la causa de su perpetua permanencia con la cantidad entregada: Y desde ahora indemnizan, y dan por libre para siempre jamas el citado Rmo. Pe. Pedro Ignacio Altamirano, y a sus sucesores, y a la Misión de las Californias, como tal heredero de su Exma. y a toda la hazienda

que esta dejo, de la paga de réditos, y del capital, mediante el efectivo entregado q. ha hecho de los Doscientos sesenta y quatro mil xx. y quieren no se pida cosa alguna sobre ello en adelante, y en el caso de qe. la fabrica y quien la represente no haga la entrega anual de los seis mil y seiscientos Rs. cumplidos los plazos, quieren se la apremie por la via y remedio qe. mas convenga, a fin de q. se cumpla perpetuamente la voluntad de la Exma. Duquesa, y para ello someten a la misma fabrica y a su Comunidad, al fuero y Jurisdiccion de las Justicias de S. M. qe. de las causas y negocios de ella deban conocer conforme a ---: y a la que corresponda la residencia de ultimas voluntades; para qe. cada una haga cumplir lo qe. se deba mandar, renuncian las Leyes qe. la puedan aprobechar para qe. no se balga de sus efectos en tiempo ni con pretexto alguno, y todas las demás, qe. le favorezen como Comunidad y menor; Que por escusar mas prolijidad las dan por inscritas y renunciadas: Y los tres Rmos. Pes. otorgantes, cada uno por la representazion y --- que llevan expuesto; asi lo dijeron, otorgaron y firmaron, a quienes doy fe conozco: Siendo testigos Dn. Fco. Suarez Valdes. Manuel de Bonilla y Gaona; y Manuel Antonio de Alcalde residente de esta Corte=Lorenzo de Arias=Pedro Ignacio Atamirano=Franco. Lozano= Ante mi=Diego Alonso Merino.

[Rúbricas de los mencionados]

Anexo V. *Donación de las haciendas de San Pedro de Ibarra y demás a ello pertenecientes a favor de las misiones de California, (18 de junio de 1735)*

Fuente: Archivo de Notarías (AN). Volumen 700. Notario Francisco del Valle. 1735, "Donación de las Haciendas de San Pedro de Ibarra y de más a ello perteneciente en favor de las Misiones de California", ff. 154-159v.

En el nombre de Dios Nuestro Señor Todopoderoso a cuya honra y gloria se dirige el presente instrumento, por cuyo tenor Nos el maestre de campo, Joseph de la Puente y Peña, caballero del orden del Señor Santiago, gentilhombre de cámara de S.M., marqués de Villa Puente y doña Gertrudis de la Peña, marquesa de las Torres de Rada, vecinos de esta muy noble y leal ciudad de México, considerando los innumerables beneficios que sin méritos nuestros, a la Divina Misericordia debemos especialmente en bienes temporales con que liberalísimamente y con abundancia nos ha favorecido, de que rendidamente le damos gracias con el más humilde respeto de nuestra gratitud, que aunque por nuestra limitación no pueden ser las debidas y condignas, nos asiste la firme esperanza y confianza de que redistribuyendo a su Divina Majestad con parte de lo que nos ha dado su beneficencia merezcan por su infinita bondad y piedad la aceptación que deseamos, confesando como nuestro justo y debido reconocimiento, confiesan estar constituidos por tan singulares multiplicados beneficios en la mayor obligación y deber por ella anhelar y procurar en el modo que nos sea posible su Santo servicio La Gloria de su Santísimo nombre y emplear nuestras fuerzas y facultades a fin de que sea reconocido y adorado por verdadero Dios como lo es y criador de todo lo visible e invisible, siendo como es notorio y manifiesto, que la sagrada religión de la Compañía de Jesús, con su acreditado santo celo se ha empleado e incesantemente se está empleando en la conversión de los naturales infieles de las Californias, que sus religiosos con su predicación y doctrina han reducido al número de nuestra santa fe católica innumerables de aquellos bárbaros, a que se han dedicado y dedican por su instituto sacrificando sus vidas y exponiéndolas a inminentes peligros de insultos de gentiles sólo al fin de la mayor gloria de Dios

Nuestro Señor. Y porque en la propagación de su santa fe que a costa de tantas fatigas han logrado para su permanencia y que el resto de tantas naciones que están a las puertas del Evangelio y las más que faltan por descubrir, no se priven de este beneficio, necesitan de humano socorro que sea instrumento y medio para que felizmente vaya adelante, atendiendo a esto y que ambos nos hallamos sin herederos que conforme a derecho nos puedan y deban heredar y sin esperanza de tenerlos y con cierta ciencia de que aunque a mí, la enunciada marquesa, me toca en propiedad la hacienda nombrada San Pedro de Ibarra, en la jurisdicción de la Villa de San Miguel el Grande, que el maestre de campo don Francisco Lorenzo de Rada, caballero que fue del dicho orden del señor Santiago, marqués de las Torres de Rada y canciller mayor de esta Nueva España, mi segundo marido hubo y compró del capitán don Antonio de Pedraza Marmolejo, y por su muerte, con otros bienes, se me adjudicó en cuenta y parte de pago de mi dote y herencia de mis dos hijos legítimos que fallecieron y tuve del primero matrimonio que contraje con el capitán don Martin de Amor y Otañés con los agostaderos que le pertenecen, es acreedor único el expresado señor marqués de Villa Puente, mi primo, por haber suplido de su caudal propio doscientos cuatro mil y más pesos que me ha ministrado, que ahí lo confieso y es constante, según lo cual tenemos e igual derecho y por ello de un acuerdo y conformidad hemos deliberado donar a las Misiones de dicha sagrada Compañía de Jesús de las Californias, las referidas haciendas con las que irán mencionadas y poniéndolo en efecto ambos de mancomún, a voz de uno, cada cual de Nos, de por sí y por el todo in solidum, renunciando, como expresamente renunciamos las leyes y defensas de la mancomunidad, beneficio de la división y excusión como en ellas se contienen y el auténtico o el anolus neri devende. Ciertos y sabedores e nuestros derechos y de lo que en este caso nos conviene.

Por la presente y en aquella vía y forma que mejor proceda de derecho, de nuestra libre y espontánea voluntad, otorgamos que donamos a las misiones de la Compañía de Jesús fundadas y que en adelante la misma sagrada Compañía fundare en dichas Californias la referida hacienda nombrada San Pedro de Ibarra en dicha jurisdicción de la Villa de San Miguel, que según sus títulos y el de

composición con su majestad, se compone con diez sitios de estancia para ganado mayor, una caballería de tierra y medio sitio de estancia para ganado menor que llaman el de Juan Álvarez, a que están agregadas las haciendas nombradas el Torreón y la de Las Golondrinas, que por otro nombre llaman el Rincón de Ibarra con los sitios y tierras que les pertenecen, bajo los límites, términos y linderos que, según sus títulos, ciñen y comprenden a todas tres, sus casas principales con el ajuar y menaje que en ellas se haya, la capilla con su adorno y ornamentos, en la casa un corral y zahúrda para cebar ganado de cerda y pailas de cobre para hacer jabón con todos sus adherentes, casa de tresquila con sus portales y patio empedrado. Dos bodegas grandes, un cuarto para lana de aninos, encerradero de dos naves. Tres trojes de madera, que en cada una cabe como tres mil fanegas de maíz con toda la cantidad que de esta semilla existe en ellas y el frijol y cebada que hubiere, bueyes mansos de arado con aperos de rejas, yugos y coyundas; manadas de yeguas regiegas, parte aburradas, caballos mansos, ganado vacuno cría y grande y vacas de vientre e mansas de ordeña. Cuatro atajos de mula de recua aparejadas. Un chichorro de ovejas como de quinientas cabezas chico y grande y como otras quinientas de ganado de cerda; los géneros de Almabarcos que a más del necesario que se envió para el avío de sirvientes de dicha hacienda y el de las dos haciendas de ovejas que agostan en el Nuevo Reino de León hubiesen quedado con todo lo demás que hubiese y se hallare dentro y fuera de dichas haciendas que por los libros, cuentas y papeles a cargo de sus administradores y mayordomos constare y todos los derechos y acciones por los que los sirvientes en actual ejercicio, ausentes y fugitivos debieren. Y asimismo tres agostaderos, el uno en el valle que llaman de San Antonio de los Llanos de dicho Nuevo Reino de León, que se compone de cincuenta sitios de estancia, la mayor parte de ganado mayor y la otra parte de ganado menor, como consta de sus títulos que unos y otros reducidos a ganado menor corresponden a más de setenta sitios. El otro agostadero donde llaman el Álamo o los Álamos y el Cerro de Bercebú, que por un viento está cerca del Real de las Salinas en dicho Nuevo Reino que también se compone de cincuenta sitios y en éste y en el antecedente agostadero a más de dichos sitios hay diferentes caballerías de tierra con sacas de agua para su riego y cultivo de labores, buenos

parajes para ahijadoreos, salitres y buenos aguajes. El otro agostadero en la jurisdicción del Real y Minas de San Pedro Guadalcázar en los parajes que llaman San Juan de la Miquiguana, Palmillas, Gavilán, Mamaleón, Juadmade y pueblo de Tula, que según sus títulos se compone de otros cincuenta sitios de estancia para ganado mayor y menor, que según la reducción respectiva antecedente, hacen más de setenta sitios para ganado menor. Las dos haciendas de ovejas, que como va dicho pastan en dicho Nuevo Reino de León, con todo el número de cabezas de dicho ganado chico y grande y el aumento que trajeren los mayordomos a cuyo cargo son y sus exquilmos; la caballada mansa y cerrera con todo el demás avío para los ranchos y todo cuanto de hecho y de derecho perteneciese a dichas haciendas, ganados mayores y menores, frutos, útiles y aprovechamientos, según se halla de presente sus montes, pastos, potreros, sitios, agostaderos, aguajes, abrevaderos, sus entradas y salidas, usos, costumbres, derechos y servidumbre, cuantas han y tienen, por fuero y derecho le traen y pertenecen sin exceptuar ni reservar cosa alguna que a ellas toque y pertenezca, pueda tocar y pertenecer, aunque aquí no vaya expreso ni hecha en especial mención, por comprenderse, como queremos que se comprenda en lo general de esta donación que hacemos buena, pura mera perfecta e irrevocable, como contrato firme entre vivos de hoy para siempre a dichas Misiones fundadas y por fundar en las Californias, así para la manutención de sus religiosos, ornato y decencia del culto divino como para socorro que acostumbran a los naturales, catecúmenos y convertidos de alimentos y vestuarios por la miseria de aquel país de tal suerte que si en los venideros tiempos con el favor de Dios en las reducciones y Misiones fundadas hubiere providencia de mantenimientos, cultivadas sus tierras, sin que se necesiten llevar de esta tierra miniestras, vestuarios y demás necesario se han de aplicar los frutos y exquilmos de dichas haciendas a nuevas Misiones que se plante en lo que falta por descubrir de las dichas Californias a discreción del padre superior de dichas Misiones y las haciendas han de ser perpetuamente inalienables, que jamás han de venderse, pues aun en el caso de que toda la California esté pacificada y convertida a nuestra santa fe católica, los frutos de dichas haciendas han de aplicarse a lo que necesitaren dichas Misiones para su conservación.

Y en el caso de que la Sagrada Compañía de Jesús voluntariamente o, precisada, dejare dichas Misiones de las Californias o lo que Dios no permita, se rebelen aquellos naturales apostando de Nuestra Santa Fe o por otro contingente, en este caso ha de ser a arbitrio del R.P. Provincial que a la sazón fuere de esta Compañía de Jesús de esta Nueva España el aplicar los frutos de dichas haciendas, sus exquilmos y aprovechamientos [----] Misiones en lo que falta descubrir de esta Septentrional América o para otras del [---] mundo, según le pareciere ser más del agrado de Dios Nuestro Señor y en tanto que siempre y perpetuamente se continúe el dominio y gobierno de dichas haciendas con la Sagrada Compañía de Jesús y sus prelados sin que jueces algunos, eclesiásticos ni seculares tengan la más mínima intervención. Y todo lo que produjeren sea para el efecto y fines expresados de propagar nuestra santa fe católica. Y mediante esta donación, ambos otorgantes nos apartamos de la propiedad, dominio, señorío, acciones y derechos reales y personales, directos y ejecutivos y otros cualesquiera nos pertenezcan y por cualquiera otra causa, título o razón nos puedan tocar o pertenecer, y todos los cedemos, renunciamos y traspasamos en dicha Sagrada Compañía de Jesús, sus Misiones de Californias, sus prelados y religiosos a cuyo cargo fuere el gobierno de dichas Misiones y de esta provincia de Nueva España que de presente son y en adelante fueren, para que de los frutos de dichas haciendas, producto de sus ganados mayores y menores, sus aprovechamientos útiles naturales o por industria mantengan las referidas Misiones, en la forma que va propuesta, prevenida y advertida perpetuamente. Y declaramos que todas las referidas fincas donadas, todo lo a ello anexo y perteneciente se halla libre de cargo, gravamen, deuda e hipoteca especial ni general.

Y damos poder y facultad tan bastante cuanto por derecho se requiera y sea necesario a la parte de dichas Misiones y a dicha Sagrada Compañía de Jesús para que de su autoridad o como quisiere aprehenda la tenencia y posesión de dichas haciendas y de todo lo que a ellas pertenece según va expresado. Y entre tanto nos constituimos por sus inquilinos tenedores precarios para dársela y acudirle con ella cada que se nos pida, bajo de la obligación de lo contenido en la especial cláusula de constituto y con un tanto de esta escritura estando en su poder dichas haciendas

con los títulos de ellas, que entregamos, se entienda haber ganado y adquirido dicha posesión. Y por saber, como sabemos que las donaciones inmensas, o de todos los bienes, como sean en favor de Iglesias u otras obras piadosas son firmes, estables y valederas, por lo cual aunque excedan del valor de los quinientos sueldos áureos, no necesitan de insinuarse, sin embargo confesamos que por la Misericordia divina nos quedan bienes bastantes para nuestra decente manutención, sin que nos hagan falta dichas haciendas y en esta conformidad nos obligamos a no revocar esta donación por testamento, codicilio, por otra escritura, ni en otra manera alguna, tácita ni expresamente y si la revocamos por el mismo hecho quede revalidada y perfecta siguiendo la naturaleza de contrato entre vivos, como lo es, ni menos la reclamaremos por decir que los bienes que nos quedan son insuficientes, ni alegaremos que dio causa a ella, dolo, ni que intervino engaño, daño o lesión enorme, ni enormísima, porque nada de esto interviene para hacerla como la hacemos de nuestra libre y espontánea voluntad, con bastante anticipada premeditación y acuerdo.

Y a su cumplimiento obligamos nuestros bienes presentes y futuros, damos poder bastante a los jueces y justicias de S.M. de cualquiera parte que sean, especial a los de esta ciudad, su corte y Real Audiencia a cuyo fuero y jurisdicción nos sometemos, renunciamos el nuestro propio domicilio, vecindad, ley si convenerit, las demás de nuestro favor y defensa con la general del derecho para que a su cumplimiento nos compelan, como por sentencia pasada en autoridad de cosa juzgada, y yo la dicha marquesa de las Torres, renuncio a las leyes del emperador Justiniano, beneficio de Beleyano, las de Toro, Madrid y Partida que hablan en favor de las mujeres de cuyo auxilio fui sabedora por el presente escribano y como entendida de ellas, no me aprovecharé de su remedio y juro por Dios Nuestro Señor y la señal de la Santa Cruz en forma de derecho que para el otorgamiento de esta escritura, no soy ni he sido compulsa, apremiada, inducida, ni atemorizada por persona alguna y que no reclamaré en contrario por sacar de mi dote mitad de multiplico, bienes para pernales ni en otra manera y que lo hago y otorgo de mi espontánea voluntad, como va asentado y bajo de dicho juramento

declaro no tener hecha protesta antes, ni la haré después si pareciere la revoco para que no valga, ni haga fe en juicio ni fuera de él.

Y de dicho juramento no pediré absolución ni relajación de él ante juez o prelado que me lo pueda y deba conceder en ningún efecto. Y si de motu proprio la absolución y relajación se me concediere no usaré de ella en manera alguna, pena de perjura y de caer en caso de menos valer, sobre que no quiero ser oída ni admitida en juicio, antes sí desechada de él y condenada en costas, para que por lo que a mí toca quede siempre perfecta e irrevocable esta donación y surta efecto cumplida en tal manera que ambos otorgantes queremos que en tiempo alguno se inculque ni por ningún juez eclesiástico o secular se entrometa a saber si se cumple o no se cumple la condición de esta donación, pues nuestra voluntad es que en esta razón no haya lugar ninguna pretensión. Y que se cumpla o no se cumpla la Sagrada Compañía con el fin de las Misiones, en esta materia sólo a Dios Nuestro Señor tendrá que dar cuenta, pues tenemos la entera satisfacción de que cumplirá con su obligación y hará que fuere más del agrado de Dios Nuestro Señor.

Y presente el Pe. Juan Francisco de Tompes, de dicha Sagrada Compañía, procurador electo y nombrado por el Rmo. Pe. Andrés Nieto, prepósito provincial que fue de dicha Compañía con el poder que le dio en esta ciudad a los tres de noviembre de mil setecientos veinte y nueve, ante Juan Alvarez de la Plata, escribano real, para todo lo tocante a las Misiones de Californias, en su virtud otorga que acepta esta donación según y como en ella se contiene, expresa y declara y desde ahora se da por entregado en nombre de dichas haciendas y de todo lo perteneciente a ellas sobre que renuncia leyes del caso. Y en nombre de dicha Sagrada Compañía y de sus misiones da las gracias a los señores donantes. Es fecha en esta ciudad de México en ocho días del mes de junio de mil setecientos treinta y cinco. En cuyo testimonio los otorgantes que yo el escribano doy fe conozco, así lo otorgaron y firmó dicho marqués de Villa Puente y el padre procurador. Y por la señora marquesa que no puede firmar por impedimento del brazo derecho, lo firmó a su ruego un testigo, siéndolo el licenciado don Agustín Navarro, clérigo presbítero, Miguel Buitrón y Pedro del Valle, escribano real, vecinos de esta ciudad. Testado…

A ruego de la Sra. Marquesa
y por testigo Sr. Agustín Navarro
[Rúbrica]
Ante mí Francisco del Valle,
Escribano Real y de Provincia
[Rúbrica]

El Marqués de Villa Puente
[Rúbrica]

Juan Francisco de Tompes
[Rúbrica]

En 12 de febrero de 1754, a pedimento de la parte de las Misiones de Californias y de mandato de uno de los señores jueces de provincia, di testimonio de esta escritura y para que conste pongo esta razón en México, dicho día, mes y año. –Pedro Lorenzo del Valle. –Escribano público y de provincia. –Rúbrica.

Anexo VI. *Testimonio de cesión de los agostaderos del Nuevo Reino de León a las Misiones de Californias por doña María Rosa de la Peña (26 de noviembre de 1741)*

Fuente: Archivo General de la Nación (AGN), *Fondo:* Californias, vol. 60 bis, exp. 28, ff. 481v-491.

En el nombre de Dios Nuestro Señor Todopoderoso, amén: Por este público instrumento conste a todos y sea notorio como yo, doña María Rosa de la Peña, viuda de don Pedro de Tagle Villegas, caballero que fue del Orden de Calatrava, que por ahora me hallo residente en el pueblo de Tacubaya, cercanía de la ciudad de México: Digo que, por cuanto por fin y muerte de dicho mi esposo, y por de sus propios bienes, quedaron en el Valle de San Antonio de los Llanos de la Gobernación del Nuevo Reyno de León, ciertos agostaderos para ganados mayores y menores, que se componen de varios sitios y caballerías de tierra, de cuyo número ubicación adquisición adelante se hará expresión, en lo más preciso los cuales a más de treinta años que están abandonados por haberse perdido la esperanza, que lo provectuoso, que en alguna manera se imaginaba, a causa de la infestación de la bárbara nación Meca, que hace imposible con su ferocidad multitud matanzas y homicidios, no sólo el uso de todo sino, (aun en lo menos arriesgado) la población, que se pretendía; pues para el intento se han llegado a prometer de balde y ni así ha habido quien admita por cuya desestimación y considerando que su valor es tan del menos del muy poco que tuvieron cuando a el principio se maquinarían útiles, no siendo para mí menos cabo ni la importancia tal que ceda en perjuicio de heredero, de deliberado disponer de los dichos agostaderos, transfiriendo el dominio y propiedad por vía de limosna en favor de las Misiones de California, de la sagrada Compañía de Jesús, por si acaso con el tiempo desalojados los mecos pudieren servir a las haciendas de donde procede la conservación de ellas, mediante el presente instrumento público, para cuya validación, y teniendo presentes algunos puntos de derecho, que pudieran ser artículos de nulidad, propongo y declaro (para deducir mi acción), lo primero, que cuando dicho don Pedro, mi esposo, pasó a la eterna vida, dejó en la presente una crecida suma de

dependencias, que sin estar obligada cosa alguna (por el amor que le tuve) me allané a pagar, como con el favor de Dios llegué a conseguir. Lo segundo (que por lo dicho primero es visto) que no sólo padecí las considerables cantidades que después de su muerte a fuerza de mis afanes pagué, si no la privilegiada de mi dote que no alcanzó a cubrirse, con el corto caudal que quedó, como todo lo hacen cierto, ciertísimo y constante verdad los autos de inventarios que de sus bienes se hicieron instrumentos públicos y otros papeles a que me remito: Con que así por hallarme acreedora de dominio a lo menos que fue de dicho difunto, por lo más, que tengo lastado como por que dicha cesión no será ni es inmensa de mis bienes, por quedarme suficiente caudal y congrua para mi manutención y decencia y no resultar en perjuicio de heredero por caber la importancia de dichos agostaderos y mucha más que fuera en aquella parte que el derecho permite donar en vida, o en el quinto de mis bienes, de que libremente puedo disponer para después de ella, procederé a el otorgamiento de dicha cesión, relacionando primero los que son en la forma siguiente:

Como dicho tengo, están dichos agostaderos situados en el Valle de San Antonio de los Llanos de la Gobernación del Nuevo Reyno de León y según sus títulos y cinco mercedes.

1ª. Por primera partida. Son treinta sitios, los quince de ganado mayor y los otros quince de ganado menor y ocho caballerías de tierra, en el Cerrito de la Cruz, de que el gobernador que fue de dicho reyno, don Cipriano García de Pruneda hizo merced a don Antonio López de Villegas, de quien pasaron por donación a dicho don Pedro de Tagle Villegas, mi esposo difunto; su fecha de dicha merced en el pueblo de San Antonio de los Llanos, a veinte de abril de mil setecientos y ocho, firmada de dicho gobernador y refrendada de don Antonio Martínez de Ledezma, escribano de Gobernación y Guerra.

2ª. Item. En unas lomas abajo del Cerrito del Jabalí, treinta sitios por mitad de ganado mayor y menor y ocho caballerías de tierra de que el mismo gobernador hizo merced al mismo don Antonio López de Villegas, de quien

también pasaron por donación a el dicho don Pedro de Tagle Villegas, mi esposo; su fecha de dicha merced en la ciudad de Monterrey a trece de abril de mil setecientos y ocho, firmadas de los mismos gobernador y escribano de Gobernación y Guerra.

3ª. Item. En la punta de la Mesa Prieta cuarenta y siete sitios, los treinta de ganado menor y los quince de mayor y ocho caballerías de tierra, de que hizo merced el capitán de caballos corazas don Gregorio de Salinas Varona, gobernador que fue de dicho Reyno, al dicho don Pedro de Tagle Villegas, mi esposo; su fecha en dicha ciudad de Monterrey a diez y siete de julio de mil setecientos diez y seis firmada de dicho gobernador y refrendada de don Diego de Iglesias, teniente de escribano de Gobernación y Guerra.

4ª. Item. En unos cerritos altos, así a la otra banda de un arroyo, cincuenta sitios por mitad y doce caballerías de tierra, en que entran las mesas que llaman de Castrejón, donde viven los indios salineros, de los cuales hizo merced el mencionado gobernador, don Cipriano García Pruneda, a el general don Pedro Echevers de quien los hubo y compró dicho don Pedro de Tagle Villegas la fecha de dicha merced en la jurisdicción de San Christóbal de la misma Gobernación del Reyno de León, a diez y ocho de abril de mil setecientos y ocho, firmada de dicho gobernador y de el escribano de Gobernación y Guerra don Antonio Martínez de Ledezma.

5ª. Item. Por quinta y última partida, en el Llano de San José Río de San Marcos, catorce sitios, los siete de ganado mayor y los otros siete de menor y seis caballerías de tierra, los que dicho don Pedro de Tagle Villegas, mi esposo, hubo y compró de Bartholomé de Escobedo, por escritura de siete de marzo de mil setecientos y siete, y dicho Bartholomé los hubo de José de Escobedo, su padre, a quien se le hizo merced, que está adjunta con las demás citadas a las cuales y a los demás instrumentos y papeles que dicen de dichos agostaderos me remito.

Los cuales según y son bajo los términos y linderos que los ciñen y comprenden y con cuanto les toca y pertenece de hecho y de derecho, como son aguas, montes, abrevaderos, entradas, salidas, usos y costumbres,

según dichas mercedes y se expresan por menor en las diligencias de la posesión que tomó el capitán Manuel Díaz Guerrero, en nombre de dicho don Pedro, mi esposo, que constan por el testimonio que le mandó dar el gobernador don Luis García de Pruneda, de quien está firmada y de su escribano de Gobernación, don Antonio Martínez de Ledezma, su fecha en la ciudad de Monterrey a treinta de marzo de mil setecientos y ocho, cuyo cuaderno está adjunto con dichas mercedes y papeles, según y como en él se contienen y sin reservación de cosa alguna; y en aquella vía y forma que lugar tenga en derecho y más firme sea, por mí y en nombre de mis herederos reproduciendo las expresiones, fundamentos y acción expotica que llevo deducida por principio de esta escritura y cierta y sabedora de los derechos que me asisten, otorgo, que los cedo, renuncio, dono y transfiero todos, noventa y dos de ganado menor, setenta y siete de mayor y cuarenta y seis caballerías de tierra en favor de dichas Misiones de Californias de la Compañía de Jesús, y en su nombre a favor de el padre Juan Francisco de Tompes de dicha Compañía como su procurador y parte formal de ellas y por los padres que en su oficio le sucedieren, para que si en algún tiempo por Divina y humana Providencia se hicieren habitables aquellos páramos, hallan y tengan por propios de dichas Misiones los dichos agostaderos, sitios y caballerías de tierras y puedan disponer de ellos a su voluntad, como suyos propios habidos y adquiridos con justo y derecho título, como lo es esta cesión, que les hago pura mera y perfecta e irrevocable, como contrato entre vivos, habiéndola por insinuada, como si la estuviese ante juez competente y con las renunciaciones de leyes que en este caso me favorezcan y por ratificada en tal manera que no la revocare por instrumento posterior ni por mi testamento, codicilio, poder para testar u otro que la desvanezca y si lo intentare o pareciere expreso quiero que por el mismo hecho quede más firme y válido el tenor de la presente cesión, que dicho es hago por vía de limosna, que aplico (si se lograre) alguna utilidad, por modo de sufragio a las almas de dicho don Pedro de Tagle Villegas, mi marido difunto, y a las que por el orden de justicia debieren ser partícipes; por lo cual y por lo que en ellos les

va, mando, ruego y encargo a mis herederos (sin embargo de haber atendido a sus derechos con la satisfacción de no perjudicarles como lo enuncian las primeras expresiones de este instrumento), lo hallen por bueno, firme y permanente ahora y en tiempos futuros y por hecho con su expreso consentimiento en el caso (que no se asoma) de ser damnificados. Con lo cual doy poder y facultad como se requiera y sea necesario a dicho padre procurador, Juan Francisco de Tompes, y sucesores en su oficio para que en nombre de dichas Misiones por sí y por medio de otra persona con su poder, cuando posible sea, tomen y aprehendan la posesión y tenencia de dichos agostaderos, que tales cuales están libres de censo, gravamen, hipoteca u otra enajenación especial o general por no parecer esto por las citadas mercedes, testimonio y papeles que dicen de su adquisición, los cuales instrumentos le entrego a dicho padre procurador en señal de tradisción verdadera y me obligo a la evición, seguridad y saneamiento de esta dicha cesión y donación, en la mejor y más bastante forma, que por derecho puedo y debo ser obligada, con alegación de todos mis bienes presentes y futuros dando poderío a los jueces y justicia de su majestad de cualquiera parte que sean especialmente de esta dicha ciudad y corte y real audiencia de ella, para que me compelan, como por sentencia pasada en autoridad de cosa juzgada y renuncio mi fuero, domicilio y vecindad la ley si covenerit de jurisdictione, las del Senado consulto Beleyano, la sesenta y una de Toro, las de Madrid y Partida y demás que favorecen a las mujeres, con la general que lo prohíbe, de cuyo efugio no usaré en manera alguna y así lo juro por Dios Nuestro Señor y la Santa Cruz en forma y según derecho.

Aceptación Y estando presente, Yo, el dicho Juan Francisco de Tompes, como tal procurador de dichas Misiones de California otorgo que acepto dicha cesión, admitiéndola según y como en ella se expresa y me doy por entregado, de las cinco mercedes citadas, testimonio de posesión y demás papeles del dominio de los referidos agostaderos; dando como doy a la benefactora muchas gracias por el beneficio.

Y yo, el escribano, ante quien se ha celebrado este instrumento, doy fe que conozco a ambas personas y de haber visto los citados instrumentos de que así lo otorgaron y firmaron, estando en el pueblo de Tacubaya, en veinte y seis de noviembre de mil setecientos cuarenta y un años, siendo testigos Josef Contreras Villegas y Antonio de Marchena, vecinos de México y Felipe Cornejo, vecino de este pueblo.

Juan Francisco de Tompes.- María Rosa de la Peña.-

Ante mí, Felipe Muñoz de Castro, Escribano real.- Sacóse y entregó a la parte en siete fojas con esta doy fe.- En testimonio de verdad hago mi signo.- Felipe Muñoz de Castro, escribano real.

Anexo VII. *Real Cédula de Felipe V del 13 noviembre de 1744*

Fuente: Miguel Venegas, *Obras Californianas del padre Miguel Venegas, S. J.,* Edición y estudios de W. Michael Mathes (La Paz: Universidad Autónoma de Baja California Sur, 1979) Tomo II, 501-520.

Don Juan Francisco de Guemes, y Horcasitas, Theniente General de mis Reales Exercitos, Virrey, Governador, y Capitan General de las Provincias de Nueva-España, y Presidente de mi Real Audiencia de ellas, que reside en la Ciudad de México.-En 13. de Noviembre del año 1744. se expidió al Conde de Fuen-Clara, vuestro antecesor en essos cargos, el Despacho del tenor siguiente:

EL REY.

Conde de Fuen-Clara, Primo, Cavallero del Insigne Orden del Toysón de Oro, Gentil-Hombre de mi Camara, Virrey, Governador, y Capitan General de las Provinicias de mi Nueva-España, y Presidente de mi Audiencia Real de ellas, que reside en mi ciudad de Mexico.- Con motivo de haver dado quenta el Arzobispo Virrey, vuestro antecesor en esos cargos, por Carta de 23. de Abril del año de 1735 y 10. del propio mes de el de 1737. de lo acaescido en el levantamiento de las Naciones llamadas de Pericú, y Guaycura, en la Provincia de las Californias, y de las providencias, que se havian tomado, y gastos, que havia ocasionado el reducirlos al sosiego, en que ya quedaban, debido a la buena direccion del Governador de Cinaloa, se vieron ante mi Consejo de las Indias los antecedentes, que paran en él, y ha causado el origen, progresso, y estado actual de la Conquista espiritual, y temporal de la referida Provincia de California, y despues de aprobar a instancia del Padre Altamirano, de la Compañia de Jesus, y Procurador General de sus Provincias de las Indias, y Especial de las Misiones, que su Religion tiene en las Californias, las diligencias practicadas, y gastos causados en la pacificacion de ellas, como lo havréis entendido por los Despachos expedidos en 2. de Abril del año próximo passado, se ha tenido por coveniente, entretanto que venían las noticias, e informes, que dimanaban del mesmo Expediente, y todavia se esperan, para la

determinacion de sus respectivos assumptos, el conferir, y tratar en el referido mi Consejo de los medios, que mas conducen a seguir enteramente la enunciada Reduccion, y Conquista, la que haviendose intentado desde el año de 1523. por Don Fernando Cortés, Marqués del Valle, y primer Virrey de esas Provincias, y despues por algunos de sus succesores, y por otros sugetos particulares en varios tiempos, y con grave dispendio de mi Real Erario, nunca pudo tener efecto, por los desgraciados sucessos, que les sobrevinieron, y por las dificultades, que se encontraron, sin embargo de que estimulaba tanto la meditada Conquista la fertilidad y abundancia de Perlas en aquellas Provincias, y la inclinación, y docilidad, que se reconocia en sus Naturales, para recibir, y abrazar nuestra Religion Christiana, y la vida política, como entre otros Misioneros Jesuitas lo informaron los Padres Juan Maria de Salva-Tierra, y Eusebio Francisco Kino en el año de 1698, y con mayor individualidad, y distincion el Padre Francisco Maria Piccolo en el de 1716. en el qual se hallaban ya muy adelantadas aquellas Missiones, y conversiones, por medio del infatigable zelo de los Religiosos de la Compañía de Jesus, que son los únicos, que se han dedicado a ellas, y por él de las limosnas de los fieles, contribuyendo tambien mi Real Hacienda a esta tan grave obra, por el situado efectivo de trece mil pesos al año, desde el de 1703. destinados especialmente a la manutencion de la Escolta de Soldados de las Missiones, y de la tripulacion del Barco, que desde la Costa de Cinaloa conduce los Misioneros a ellas; y haviendose visto, y examinado en el referido mi Consejo de las Indias, con la mayor exactitud, y diligencia, todos los antecedentes del assumpto, como tambien lo informado por la Contaduria y el mencionado Padre Procurador General Pedro Ignacio Altamirano, y otros Sugetos de su Religion, inteligentes, y practicos en aquellas conversiones, y lo que sobre todo dixo mi Fiscal: me hizo presente, en Consulta de 12. de Mayo de este año, lo mucho que importa el que se apliquen desde luego los medios mas eficaces, y oportunos, para acabar de reducir al gremio de nuestra Santa Iglesia, y al Dominio mio, la enunciada Provincia de las Californias, cuya fructuosa empressa se ha malogrado tantas veces, no obstante lo mucho que la promovieron, con su catholico zelo, mis gloriosos Predecessores, y los Virreyes de essas Provincias, sin haverse podido assegurar un palmo de tierra estable en su

vasto Territorio: y para su mas prompto, y cumplido logro, me ha propuesto en la citada Consulta el mismo Consejo, que debe ser la basa fundamental, y solida la conversión de aquellos Naturales a nuestra Santa Fe, por medio de los propios Missioneros Jesuitas, que tanto han adelantado con ellos, y con quantas Naciones Infieles han tomado a su cargo en toda la America, y consiguientemente el que en todos los Puertos capaces, y seguros, que en el terreno pacifico reducido se vayan descubriendo, se hagan poblaciones de Españoles con Fortaleza, y Presidio; y que assimismo en el centro de la Provincia, en donde fuere el terreno mas a propósito, se forme algún Pueblo de Españoles, que pueda ser freno de los Indios, y refugio de los Missioneros, si sobreviniesse algún levantamiento: y porque para essas Poblaciones de Españoles seria muy costoso, y gravoso el conducir las familias de estos Reynos, fuera de que hicieran falta para otros establecimientos, se tiene por conveniente, el que se lleven de essa Ciudad de Mexico, y de las Provincias vecinas: sobre cuyo punto se aguardan los informes, y noticias pedidas, para resolver en su vista lo que mas convenga. Tambien me propuso el Consejo, que para que se consiga con la mayor brevedad la Reduccion de los Indios de las Californias, será muy a proposito, que entren Missioneros Jesuitas en aquella Provincia por el lado opuesto a aquel, por donde entraron los que hay al presente, esto es, por la parte Septentrional, por donde se une, y confina la misma Provincia con el Continente, y la tierra firme, respecto de haverse descubierto, y averiguado, que la Provincia de las Californias no es Isla, como comunmente se tenia creido, sino tierra confinante con la del Nuevo-Mexico por la parte superior, o del Norte. Con cuya providencia quedarán rodeados, y como aislados sus Naturales, sin tener por donde salir, ni retirarse a territorio de otros Indios bravos: y caminando los Missioneros desde sus establecimientos, y lineas respectivas todos al centro de la Provincia, no puede dexar de abreviarse mucho la total Reduccion de ella. Pero que para conseguirlo, con el supuesto de ser muy importante el que en todas las Reducciones de Indios se hallen los Doctrineros duplicados, lo es mucho mas, y aun absolutamente necessario, para hacer progresso en las Reducciones fronterizas a los Indios aun no reducidos: porque en estas, además de las utilidades generales de todas, se sigue la especial, de que pueda uno de los Missioneros hacer

entradas en las tierras de los Infieles, para irlos atrayendo, y ganando, sin que queden los ya poblados sin la Doctrina, y régimen que necesitan, y les dará el otro Religioso, y aun tambien para que no queden sin quien pueda vigilar, a fin de que maquinen alguna traycion, o levantamiento, de que hay tanto riesgo, quedanse ellos solos: de que se sigue precisamente lograrse con brevedad progresos mucho mayores, y con la solidez de que sean duraderos, conviniendo assimismo el que en las propias Reducciones fronterizas assista Escolta de Soldados, que guarde la persona de los Missioneros, y los Lugares pegados de los Indios, y que acompañe a los que hicieron entradas a los fines mismos: estando siempre a la obediencia de los Religiosos, sin emprender acción, que ellos no les manden, para que algún castigo, o invasión imprudente no atemorice, o ahuyente a los Indios: porque de esta manera se cree, que irán adelantando mucho terreno por aquella parte, en que están establecidas las Missiones: conviniendo igualmente, que para adelantar la Reduccion de aquella Provincia con nuevas Missiones, vayan baxando por la parte opuesta, a encontrar el de estas, que van subiendo y que se pueden practicar con facilidad los medios arriba expressados en las Missiones, que tiene la misma Religion de los Pimas altos, o en la Provincia de Sonora, poniendo duplicados Missioneros en cada Reduccion fronteriza de Indios Infieles, y dando a aquellos Religiosos la suficiente Escolta, en los términos, en que va expresado: con lo qual, adelantandosse las Missiones de los Cocomaricopas, y de los Yumas, que llegan hasta el Rio del Norte, que tambien se llama Colorado, cerca de donde entra este en el Golfo de las Californias, de las quales Naciones esperan los Jesuitas (segun antecedentes noticias) buena acogida; y fundando un Pueblo de Indios reducidos a la orilla del mismo Rio Colorado, tendran el passo fácil a la otra orilla, que es ya la tierra de Californias; y logrando allí algún progresso con la Nacion de los Hoabonomas, o con la de los Bajiopas, que es dócil, y de buen trato, podrán fundar otro Pueblo, para tener asegurado en una, y otra orilla el passo del mismo Rio, y la comunicacion con toda la tierra firme, y con este cimiento irse baxando por la tierra de las Californias, a buscar los Missioneros antiguos: y para la Escolta, que se necesita en las Missiones de los Pimas altos, podrá servir la que quedó puesta en Terrenate por orden del Virrey Duque de la Conquista, por hallarse muy cerca de

aquellas Missiones, o otra, que puso el mismo Duque en Pitiqui; pues no parece, que son ambas necessarias, según informe de Don Agustin Vildosola, Governador de la Provincia de Cinaloa: o para mayor seguridad podrá passar la Escolta de Pitiqui a Terrenate, y la de este parage a las Missiones de los Pimas altos: por cuyo medio se puede tener la Escolta necessaria, sin aumento de gasto a mi Real Hacienda en las nuevas Missiones, ni en las antiguas de las Californias: poniendola en las Reducciones fronterizas de los mismos Soldados, que en aquella Provincia se mantienen a mi costa. Y al mismo tiempo se me hizo presente por el Consejo, que aunque se aumente el gasto de Missioneros, se debe considerar, que por Cedula del año 1702 mandé asistir a los Missioneros de las Californias con todo lo que fuesse conducente a su alivio, y al logro de tan santo fin; y por otra del de 1703 que a los Religiosos, que assistiessen entonces, y en adelante en las Californias, se les acudiesse con el Synodo, estipendio, o limosna, que se acostumbra dar a otros de su Religion, y que fuesse pronto y efectivo: lo que hasta ahora no se ha hecho, ni en aquellas Missiones se ha gastado de mi cuenta, ni se les ha dado dinero alguno de Synodo, o estipendio: manteniéndose quince Missiones, que existen actualmente en las Californias, sin el mas leve dispendio mio, a expensas de muy crecidas limosnas de varias personas, conseguidas por el zelo, y eficacia de los Religiosos de la Compañía: y que respecto de que los medios propuestos son tan poco gravosos, y de tanta utilidad, convendrá mucho se practiquen todos, y qualesquier otros, que tuvieren por conducentes, y oportunos los Jesuitas mas practicos de esta Provincia, de quienes por mano de su Provincial tengo pedido, y se esperan los informes: y que desde luego se asista con los medios necesarios para todo ello pronta, y efectivamente por las Caxas Reales de esta Ciudad, o por otras de sus subalternas, si a Vos, y a el los pareciere conveniente, el situarlo en las mas cercanas: disponiéndose el aumento de Missioneros Jesuitas, para que haya dos en cada una de las Reducciones fronterizas a los Indios no reducidos; y que esto sea assi en las que ahora existen en la Provincia de las Californias, como en la de los Pimas altos, y tambien en la de Sonora, por la parte, que una, y otras se inclinan azia el Rio del Norte, o Colorado, y a la misma California: y que a los Jesuitas, que se aumentaren por esta razon, (cuyo numero ha de declarar el

Provincial, que reside en esta Ciudad, con informe de los Missioneros de cada parte, que estan fronterizos a Indios rebelados) se les señale, y pague efectivamente otro tanto estipendio, como el que a los otros Missioneros les esta señalado en estas Provincias: y que tambien se haga el aumento de las Missiones de Sonora, además de los Pimas altos, para que los primeros, que puedan llegar a la entrada del Rio del Norte, o Colorado, le passen, y entren en las Californias: para que si los unos, y los otros llegassen a un tiempo, sea la obra más sólida, no dexando a las espaldas Nacion alguna de Indios, que no estén reducidos, y sujetos a mi Real Dominio, a cuyo fin en todas estas Reducciones fronterizas se les haya de poner Escolta, en la forma que va espressada: con advertencia, de que sobre si se ha de quitar para este intento la de Terrenate, o la de Pitiqui, y sobre en donde ha de quedar situada la que de estas no fuere con los Missioneros, havéis de oir a Don Agustin de Vildosola, Governador de Cinaloa, sugeto muy practico de aquellos parages: siendo no menos preciso el que en las Escoltas, assi los Soldados de ellas, como el Cabo, que mande cada una, estén a la orden de los Padres Missioneros Jesuitas, sin que puedan hacer entrada a los Indios, insultos, o castigo, ni otra cosa mas, de lo que los mismos Padres les mandaren. Y finalmente, que para que esta subordinación sea mas firme, se les entregue a los Missioneros los sueldos de las Escoltas, a fin de que ellos por su mano se los distribuyan: y que si alguno de los Soldados fuere alborotador, y de malas costumbres, le puedan los Missioneros embiar, y pedir otro por él: pues sin estas, y mayores precauciones, que algunos zelosos Missioneros mios han propuesto desde estas Provincias en diferentes ocasiones, hicieran las Escoltas muchos daños para la Reduccion de los Indios, a quienes es necesario tener en temor, y respeto, para que no intenten alevosias; y tratar con alhago, para desvanecer su desconfianza, y al mismo tiempo darles exemplo de buenas costumbres.

Y en vista de todo lo espressado, que me propuso el referido mi Consejo de las Indias en su enunciada Consulta, y considerando ser empeño muy propio de mi Real animo, y del Renombre, que tengo de Catholico, el aplicar los ultimos esfuerzos, para promover con mayor eficacia, que hasta aquí, la conversion, y Reduccion de los Indios de aquella dilatada Provincia, que padecen en su

Infidelidad, de cuyo logro resultarán sin duda otras muchas utilidades de la extensión, y aumento de mis Dominios, y de el beneficio de mi Real Hacienda, assegurandose mas por este medio la libertad de el comercio de las Islas Philipinas: he venido en aprobar, como apruebo, todo lo propuesto a estos importantes fines por el mismo mi Consejo: y en su consequencia os ordeno, y mando, que desde luego os dediqueis con la mayor actividad en su mas pronto, y cabal cumplimiento, como lo espero, y fio de vuestro zelo. Y respecto de haverse despues recibido de el Marqués del Castillo de Ayza de 21. de Enero del año próximo pasado, y escrita al tiempo, que acababa de ser Presidente de mi Real Audiencia de Guadalaxara, en que informa con Testimonio de Autos, de las riquezas del territorio de las Californias, y de sus Costas del Mar del Sur, de los motivos, que impiden el disfrutarlas, y de la falta de navegación en aquellas Costas, por despobladas, y poco seguras, de que se sigue ser los transportes, aun del preciso diario alimento por tierras despobladas en largas distancias, tan costosos, y crecidos, que hacen intolerable su precio, proponiendo para su remedio dos arbitrios, que se reducen: el uno a que se mantengan por quenta mia dos Balandras armadas en guerra en el Puerto de Matanchel, o Valle de Vanderas, desde donde continuamente se empleen en correr aquellas Costas para la seguridad de ellas, tanto contra las invasiones de los Indios Infieles, como contra la de otros enemigos; y que para su tripulacion se podrán destinar muchos delinquentes del distrito de aquella Audiencia, de lo que desde luego, demás de otras utilidades, se seguirá la de hacer una rica pesqueria de Perlas en aquella Costa, en donde estuvieron los Reales Quintos de esta especie, arrendados los años antecedentes en doce mil pesos cada uno, y ahora está abandonada por un insulto, y muertes, que cometieron algunos Indios levantados de aquellas mismas Costas: y el otro medio, propuesto por el Marqués expresado, es, el que se pueblen las Islas Marias, que están allí inmediatas, en frente de Guadalaxara, y situadas en la misma boca del Golfo, o Seno de las Californias, y algunos Puertos, y parages de aquella Costa de Tierra-Firme, sacando para uno, y otro familias de gentes, que viven en el distrito de la propia Audiencia de Guadalaxara, dadas a los vicios, y a la libertad, en gran perjuicio de los Pueblos, para que estando pobladas las referidas Islas, no sirvan de refugio a enemigos de

la Corona, que esperan la Nao de Philipinas, como ha sucedido algunas veces; y estándolo la Costa, será muy frequente la navegacion, con que, dice, se logrará la comodidad de los transportes, y la facilidad de sujetar mas enteramente a los Indios de las Provincias de Cinaloa, y California, y otros diferentes, que han dado en hacer en muchas ocasiones: En vista de las Representaciones expressadas, y atendiendo a la importancia, y gravedad de las proposiciones, que contiene, he resuelto assimismo, conformandome igualmente con el dictamen dado sobre ello por el referido mi Consejo en su citada Consulta, que supuesto que se tiene noticia de hallarse en essa Capital el enunciado Marqués del Castillo de Ayza, o que podrá saber con facilidad a ella, trateis y confirais con él el modo de practicar los medios, que propone, con el menor dispendio de mi Real Hacienda; y que pudiendose assi lograr, los practiqueis desde luego: particularmente el de poner, y mantener las dos Balandras armadas en Guerra en aquellas Costas de el Mar del Sur, para fomentar la pesqueria de Perlas, guardar las Costas, facilitar el Comercio, y coadyuvar a la sujecion, y Reduccion de los Indios de la California, y otras Provincias cercanas; pues el punto de poblar las Islas Marias, pide mayor reflexión, y examen, y se puede suspender por ahora. Y en conformidad de una, y otra determinacion, os ordeno, y mando de nuevo, que con la mayor brevedad, y diligencia dispongais la execucion y cumplimiento de todo lo contenido en este Despacho, y de haverlo executado; y de lo que fueren produciendo sus resultas, me daréis quenta en todas las ocasiones, que se ofrezcan: que assi es mi voluntad. Fecha en el Buen-Retiro a 13. de Noviembre de 1744.- YO EL REY.- Por mandado del Rey nuestro Señor.- Don Fernando Triviño.

Y ahora hallándome informado de que el expressado Virrey Conde de Fuen-Clara, recibió el presente Despacho, y que havia empezado a recibir Informaciones, y hacer otras diligencias previas, para facilitar el cumplimiento de lo mandado en él; y teniendo presente, que con vuestra llegada, y con las indispensables ocupaciones de ingresso a vuestro Gobierno, no os havrá sido posible adelantar mucho en el assunto; y haviendose ultimamente recibido un dilatado Informe del Padre Christoval de Escobar y Llamas, Provincial de esta Provincia, de la Compañia de Jesus, escrito en essa Capital el dia 30. de Noviembre del año de 1745. en

cumplimiento de lo que se le previno por Despacho de la propia fecha, en el que va inserto, el qual Informe contiene puntos de la mayor importancia, y expressa muy por menor la situacion, temperamento y calidades de la referida Provincia de la California, y las grandes dificultades, que se encuentran, para reducir sus Naturales a Pueblos, por la esterilidad del terreno de la mayor parte de ella, y mucho mas para fundar poblaciones de Españoles, y para proveer a estos, y a los Indios convertidos en todo lo necesario, proponiendo al mismo tiempo los medios, y arbitrios, con que se pueden ir venciendo estas dificultades, y embarazos: y visto en mi Consejo de Indias, con los antecedentes del assunto y lo expresado por mi Fiscal, y consultándome sobre ello en 24. de Agosto de este año, he resuelto remitiros Copia del citado Informe del referido Padre Provincial, y ordenaros, y mandaros, como lo executo, que enterado muy cabalmente de su contenido, os informeis de las personas, que os parecieren mas a propósito, para assegurar el abierto, y trateis, y confirais radical, y fundamentalmente de todos los puntos de la Representacion del mencionado Padre Provincial: y que despues de ventilarse la posibilidad, o imposibilidad de los medios, y arbitrios propuestos, determineis por Vos mismo, y sin aguardar nuevas Ordenes, la execucion de los que se consideren mas practicables para el logro del intento de lo mandado en la Cedula, que va inserta, en quanto fuere posible, y no tuviere muy graves inconvenientes, y perjuicios: teniendo presente el estado de mi Real Hacienda de sus Provincias, para que no se hagan gastos exorbitantes, o superfluos: y dando quenta en todas las ocasiones, que se ofrezcan, de lo que se fuere adelantando en una tan importante dependencia, en la que a un mismo tiempo se interessa la propagacion de la Santa Fe, mi Real Servicio, y la seguridad y defensa de las Naciones ya reducidas, y convertidas: y especialmente os encargo, que comunicando tambien con las mismas personas todo lo referido, trateis muy seriamente de acabar de reducir la Nacion de los Seris, confinante a la Provincia de Sonora: la de los Pimas altos, y la de los Papagos, atendiendo a contener, y refrenar los continuos insultos, y hostilidades de la Nacion de los Apaches: y de la propia suerte os ordeno, interpongáis vuestra autoridad con el nuevo Obispo de Durango, para que desde luego admita la cesion, que el mismo Padre Provincial hizo a su Antecessor de

veinte y dos Missiones, que son a propósito para reducirlas a Curatos de Clerigos Seculares, por lo mucho que esto conviene: y por ser assi mi voluntad. Fecha en Buen-Retiro a quatro de Diciembre de mil setecientos quarenta y siete.- YO EL REY.- Por mandado del Rey nuestro Señor.- Don Fernando Triviño.

Bibliografía y referencias

Aguilar Marco, José Luis *et al., Misiones en la península de Baja California* (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1991).

Aguirre Rojas, Carlos Antonio, *La escuela de los Annales. Ayer, hoy, mañana* (Rosario: Prohistoria Ediciones, 2006).

Ailstock, Bárbara Ann, "Una vida ejemplar para el buen morir: El concepto de la muerte vencida en las exequias de la Marquesa de las Torres de Rada", consultada en: https://www.academia.edu/5738959/UNA_VIDA_EJEMPLAR_PARA_EL_BUEN_MORIR_EL_CONCEPTO_DE_LA_MUERTE_VENCIDA_EN_LAS_EXEQUIAS_DE_LA_MARQUESA_DE_LAS_TORRES_DE_RADA, el 15 de abril de 2021.

Alcalá, Luisa Elena, *et al., Fundaciones jesuíticas en Iberoamérica* (Madrid: Ediciones El Viso, 2002).

Alegre, Francisco Xavier, *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España* (México: Imprenta de J. M. Lara, 1842).

Arias, Patricia, "Microhistoria e historia regional", *Desacatos* No. 21, mayo-agosto de 2006.

Astrain, Antonio, *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España, Tomo VII, 1705-1758* (Madrid: Administración de Razón y Fe, 1925).

Ávila Blancas, Luis, *La Pinacoteca de la Casa Profesa* (México: Pinacoteca de la Casa Profesa, 1993).

Baegert, Juan Jacobo, *Noticias de la península americana de California* (La Paz: Archivo Histórico Pablo L. Martínez-Gobierno del estado de Baja California Sur, 2013).

----------, *The Letters of Jacob Baegert, 1749-1761. A Jesuit Missionary in Baja California* (Los Angeles: Dawson´s Book Shop, 1982).

Baer, Kurt, *Architecture of the California Missions* (Los Angeles: University of California Press, 1958).

Baltasar, Juan Antonio, *Carta del P. Provincial Juan Antonio Balthassar, en que da noticia de la exemplar vida, religiosas virtudes, y apostólicos trabajos del fervoroso Missionero el Venerable P. Francisco Maria Piccolo*, (México: s/e., 1752).

Bargellini, Clara *et al., Historia y arte en un pueblo rural: San Bartolomé, hoy Valle de Allende, Chihuahua* (México: UNAM, 1988).

---------- y Cramaussel, Chantal (introducción y notas), *Pedro Tamarón y Romeral. Libro registro de la segunda visita de Pedro Tamarón y Romeral, Obispo de Durango* (México: Siglo XXI Editores, 1997).

---------- *et al., Misiones para Chihuahua* (México: Grupo Cementos de Chihuahua, 2004).

---------- *et al. El arte de las misiones del norte de la Nueva España* (México: Antiguo Colegio de San Ildefonso, 2009).

---------- y Villarreal Libertad, *Marcos de veneración: los retablos virreinales de Chihuahua* (Chihuahua: Instituto Chihuahuense de Cultura, 2011).

---------- y Arimura, Rie, *Los misioneros como "extranjeros": Japón y Nueva España,* XLII Coloquio Internacional de Historia del Arte: *Migraciones y transformaciones en las artes*, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, 1-4 de octubre de 2018, borrador digital.

Bayle, Constantino, *Historia de los descubrimientos y colonización de los padres de la Compañía de Jesús en la Baja California* (Madrid: Imprenta de V. Suárez, 1933).

Bérchez, Joaquín, *Arquitectura mexicana de los siglos XVII y XVIII* (México: Grupo Azabache, 1992. Blásquez López, Luis, *Hidrogeología de las regiones desérticas de México* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, Anales del Instituto de Geología No. 15, 1959).

Bolton, Herbert Eugene, *Los confines de la cristiandad. Una biografía de Eusebio Francisco Kino, S. J., misionero y explorador de Baja California y la Pimería Alta* (trad. de Felipe Garrido) (México: Editorial México Desconocido, 2001).

Bonnemaison, Joël, *Le geographie culturelle*, Curso de la Universidad París IV-Sorbona 1884-1997 (París: Editions del CTHS, 2004).

Borromeo, Carlos, *Instrucciones de la fábrica y el ajuar eclesiástico* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1985).

Braniff, Beatriz (coord.), *La Gran Chichimeca. El lugar de las rocas secas* (México: CONACULTA-Jaca Book, 2001).

Braudel, Fernand, *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (México: Fondo de Cultura Económica, 1976).

Burckhalter, David, *Baja California Missions. In the Footsteps of the Padres* (Tucson: University of Arizona Press, 2003).

Burrus, Ernest J., y Zubillaga, Félix (eds.), *El noroeste de México. Documentos sobre las misiones jesuíticas (1600-1769)* (México: UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, 1986).

Carranza, Francisco Javier, *Llanto de las piedras en la sentida muerte de la mas generosa Peña : debidas honras, y solemnes exequias, que à la mui ilustre señora marquesa de las Torres de Rada, la señora doña Gertrudis de la Peña, celebró la casa professa de México, como à fundadora de su magnífico templo, benefactora insigne de la Compañía de Jesús* (México: Imprenta de Don Francisco Xavier Sánchez, 1739).

Clavijero Francisco Xavier, *Historia de la Antigua o Baja California* (México: Editorial Porrúa, 2007).

Comisión de Áreas Naturales Protegidas, *Estudio previo justificativo para la declaratoria como área natural protegida de competencia para la Federación con categoría de Reserva de la Biosfera "Sierras La Giganta y Guadalupe" en el estado de Baja California Sur* (México: CONANP, 2014).

Coronado, Eligio Moisés (ed.), *Descripción e inventarios de las misiones de Baja California, 1773* (La Paz: Gobierno de BCS-CONACULTA-UABCS, 1994).

Corsi, Elisabetta*, Órdenes religiosas entre América y Asia*: *Ideas para una historia misionera de los espacios coloniales* (México: El Colegio de México, 2008).

Cortés, Hernán, *Cartas y documentos*, introducción de Mario Hernández Sánchez-Barba (México: Editorial Porrúa, 1969).

Crosby, Harry W., *Gateway to Alta California. The expedition to San Diego, 1769* (San Diego: Sunbelt Publications, 2003).

----------, *Californio Portraits. Baja California´s Vanishing Culture* (Norman: Oklahoma University Press, 2015).

DaCosta Kaufman, Thomas, Dossin, Catherine y Joyeux Prunel Beatrice, *Circulations in the global history of art* (London-Burlington: Ashgate Press, 2015).

De Arriola, Juan José, *Vida y virtudes de la esclarecida virgen y solitaria anacoreta santa Rosalía, patrona de Palermo*, prólogo, estudio introductorio y notas de Estela Castillo Hernández (Xalapa: Universidad Veracruzana, 2020).

De Burgos Juan, S. I., *Discursos panegíricos de las glorias de la serenísima reina de los ángeles en su sagrada Casa de Loreto* (Madrid: José Fernández de Buendía, 1671).

De Carlos, Mª C., Civil, P., Pereda F. y Vincent-Cassy, C. (eds), *Usos y espacios de la imagen religiosa en la Monarquía hispánica del siglo XVII* (Madrid: Casa de Velázquez, 2008).

Decorme, Gerard, S.I., *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial, 1572-1767* (México: Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1941).

De Florencia, Francisco, S. I., *La casa peregrina en que nació la Reyna de los Ángeles* (México: Herederos de la Viuda de Fernández Calderón, 1689).

De la Cueva, Miguel Ángel, Berger Bruce y Ezcurra Exequiel, *La Giganta y Guadalupe* (Planeta Península-Niparajá, 2010).

De la Torre, Guadalupe y Barrera B. Jacinto, *Monumentos históricos. Baja California* (México: INAH-Gobierno del estado de Baja California, 1988).

De la Vorágine, Santiago, *La leyenda dorada*, tomo II (Madrid: Alianza Editorial, 1997).

Del Barco, Miguel, *Historia natural y crónica de la Antigua California (Adiciones y correcciones a la noticia de Miguel Venegas)*, Edición, estudio preliminar, notas y apéndice de Miguel León-Portilla (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1973 [1773-1780]).

Del Río, Ignacio, Co*nquista y aculturación en la California Jesuítica 1697-1768* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1988).

---------- y Altable, María Eugenia, *Baja California Sur. Historia breve* (México: Fondo de Cultura Económica-Colegio de México, 2010).

De Villaseñor y Sánchez, José Antonio, *Theatro Americano. Descripción general de los reynos y provincias de la Nueva España y sus jurisdicciones* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2005).

De Villavicencio Juan Joseph, *Vida, y virtudes de el venerable, y apostólico padre Juan de Ugarte de la Compañía de Jesús, misionero de las Islas Californias, y uno de sus*

primeros conquistadores (México: Imprenta del Real y más Antiguo Colegio de San Ildefonso, 1752).

De Villafañe, Juan, S. I., *La Limosnera de Dios: relación histórica de la vida y virtudes de la Excma. Señora Doña Magdalena de Ulloa; Toledo, Osorio y Quiñones, mujer del Excmo. Señor Luis Méndez Quijada, comendador del Viso y Santa Cruz, de Argamasilla y Moral, y Obrera Mayor de la Orden de Calatrava...* (Salamanca: Imprenta de Francisco García Onorato, 1723).

De Villanueva. Juan, *Arte de albañilería o instrucciones para los jóvenes que se dediquen a él, en que se trata de las herramientas necesarias al albañil, formación de andamios, y toda clase de fábricas que se puedan ofrecer, con diez estampas para su mayor inteligencia: por el célebre Don Juan de Viilanueva, y para perpetuar su memoria lo da a luz, por lo útil y sencillo para la clase a que se refiere, Don Pedro Zengotita Vengoa, arquitecto y académico de la Real de San Fernando* (Madrid: Oficina de Don Francisco Martínez Dávila, impresor de Cámara de S. M., 1827).

Díaz, Marco, *Arquitectura en el desierto: misiones jesuitas en Baja California* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1986).

Díaz de Sollano, Álvaro del Portillo, *Descubrimientos y exploraciones en las costas de California 1532-1650* (Madrid: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1947).

Diguet, León, *Territorio de la Baja California. Reseña geográfica y estadística* (edición facsimilar) (Mexicali: Gobierno del estado de Baja California, 2009 [1912]).

Encinas Blanco, Juan, *Iglesia sumergida: San Francisco Javier de Batuc. La pérdida de una joya arquitectónica* colonial (Hermosillo: Edición del autor, 2017).

Establecimientos y progresos de las misiones de la Antigua California, Dispuesttos por un religioso de la Provincia del Santto Evangelio de México, Año de 1791 (Chicago: Newberry Library, 1911).

Ettinger Mc Enulty, Catherine R., "De claustro a cuadro grande. Los espacios abiertos y sus usos en los conjuntos misionales de la Alta California." *Boletín de Monumentos Históricos*, n. 17, p. 127-147, 31 dic. 2009.

----------, "Spaces of Change: Architecture and the Creation of a New Society in the California Missions", en *The Journal of the California Mission Studies Association,* vol. 21, núm. 1, 2004.

Fernández, Martha y Noelle, Louise (eds.) *Estudios sobre arte: Sesenta años del Instituto de Investigaciones Estética*s (México: UNAM, 1998).

Francez, James Donald, *The lost Treasures of Baja California* (Chula Vista: Black Forrest Press, 1996).

Gómez Padilla, Gabriel, "Kino en California: 1681-1686", publicado en *Espiral* vol. 21 No. 61, Guadalajara, septiembre-diciembre de 2014.

González y González, Luis, *Pueblo en vilo: microhistoria de San José de Gracia* (México: El Colegio de México, 1979).

----------, "Hacia una teoría de la microhistoria", *Revista Relaciones*, COLMICH, No. 57, 1994, 9-22.

----------, *Nueva invitación a la microhistoria* (México: CONAFE, 1982).

Garikano, Asun, *Noticias de la California: Los vascos en la época de la exploración y colonización de California (1533-1848)* (Navarra: Pamela Argitaletxea, 2017).

Garritz, Amaya (ed.) *Los vascos en las regiones de México. Siglos XVI a XX* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, Ministerio de Cultura Vasco, Instituto Vasco Mexicano de Desarrollo, 1996-1999).

Gómez Canedo, Lino, *De México a la Alta California. Una gran epopeya misional* (México: Editorial Jus, 1969).

González-Abraham, Charlotte E. *et al.,* "Ecorregiones de la península de Baja California: una síntesis", en *Boletín de la Sociedad Botánica de México, No. 87*, 69-82 (2010).

González González, Enrique, *Arquitectura y Urbanismo en la Antigua California, (1697-1780)*, Tesis de maestría (La Paz: Universidad Autónoma de Baja California Sur, 2013).

González Rodríguez, Luis y Anzures Bolaños, María del Carmen (edición, paleografía, traducción, investigación, estudios y glosarios), *Ignac Tirš, S. I. (1733-1781) Pinturas de la Antigua California y México. Códice Klementinum de Praga* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2015).

Gurría Lacroix, Jorge *et al.,* "Las misiones de Baja California", en *Antropología. Boletín del Instituto de Antropología e Historia,* No. 67 (2002) 52.

Haas, Lisbeth, *Saints and Citizens. Indigenous Histories of Colonial Missions and Mexican California* (Oakland: University of California Press, 2013).

Hinojosa Oliva, Salvador, *La arquitectura misional de Baja California Sur* (La Paz: Gobierno del estado de BCS, 1984).

----------, *Cuaderno histórico del templo misional de Nuestro Señor de San José de Comondú* (La Paz: Gobierno del estado de BCS-ISC-AHPLM, 2009).

Hugh Farmer, David, *The Oxford Dictionary of Saints* (New York: Oxford University Press, 1987).

Jesuitas, su expresión mística y profana en la Nueva España (México: Gobierno del Estado de México, 2011).

Kimbro, Edna, Costello, Julia G. y Ball, Tevvy, *The California Missions. History, Art and Preservation* (Los Ángeles: Getty Conservation Institute, 2009).

Kino, Francisco Eusebio, *Crónica de la Pimería Alta: Favores celestiales* (México: Gobierno del estado de Sonora, 1985).

Komanecki, Michael, "Jo Mora and the Missions of California", en *Anales del Instituto de Investigaciones*, 29 (91), 2012.

Laylander, Don y Moore, Jerry D. (eds.), *The Prehistory of Baja California. Advances in the Archaeology of the Forgotten Peninsula* (Florida: Florida University Press, 2006).

Lazcano Sahagún Carlos y Gómez Padilla Gabriel, *Kino en California. Textos, cartografías y testimonio 1683-1711* (México: Universidad Iberoamericana-ITESO, 2021).

León-Portilla, Miguel, *Cartografía y crónicas de la Antigua California* (México: UNAM, 1989).

---------- (edición, reproducción, transliteración y notas), *Loreto, capital de las Californias. Las cartas fundacionales de Juan María de Salvatierra* (México: FONATUR-UABC-CONACULTA, 1997).

Loyola, Ignacio de, *Obras completas de San Ignacio de Loyola* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1991).

Lucero, Manuel, *Loreto y los jesuitas: Los soldados de Loyola en la Antigua California, 1697-1768* (La Paz: Instituto Sudcaliforniano de Cultura, 2012).

Lukas, Thomas M., Saint, *Site and Sacred Strategy. Ignatius, Rome and Jesuit urbanism* (Roma: Biblioteca Apostolica Vaticana, 1990).

Magaña Mancillas, Mario Alberto, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)* (La Paz: Instituto Sudcaliforniano de Cultura-CONACULTA-El Colegio de Michoacán, 2010).

Mâle, Emile, *El barroco. Arte religioso del siglo XVII. Italia, Francia, España, Flandes* (Madrid: Ediciones Encuentro, 1985).

Manríquez Araiza, Ricardo Daniel, *Historia de las misiones dominicas de Baja California (1779-1809). Transcripción de documentos* (La Paz: Archivo Histórico Pablo L. Martínez, 2017).

Martínez, Pablo L., *Guía familiar de Baja California, 1700-1900* (La Paz: Archivo Histórico Pablo L. Martínez de BCS- Gobierno de BCS, 2010).

Martínez López-Cano, Pilar, Gisela Von Webser y Juan Guillermo Muñoz, *Cofradías, capellanía y obras pías en la América colonial* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1998).

Mathes, Michael W., *Las misiones de Baja California, 1683-1849. Una reseña histórica-fotográfica* (La Paz: Gobierno del estado de Baja California Sur, 1977).

Meyer de Stinglhamber, Bárbara, *Arte sacro en Baja California Sur. Siglos XVII-XIX. Objetos de culto y documentos* (México: INAH, 2001).

----------, *Iglesias de la Antigua California. Fachadas y retablos del siglo XVIII* (México: INAH, 2008).

Mínguez, Víctor, "El lenguaje emblemático de las gemas", en Sagrario Lopez Poza (ed.), *Literatura emblemática, I simposio internacional* (A Coruña: Universidade a Coruña, 1996).

Moffitt, John P., *The islamic Design Module in Latin America. Proportionality and the Techniques of Neo-Mudéjar Architecture* (Jefferson, North Carolina and London: Mc Farland and Co., 2004).

Montoya Rivero, María Cristina, "Juan Caballero y Ocio, patrono y benefactor de obras religiosas", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas,* vol. XXXII, No. 97, 2010.

Muñoz González, María del Mar, "Donantes y patronos de las misiones jesuitas de la Antigua California. Un estudio de caso: la familia del marqués de Villapuente", publicado en *Acervo Mexicano. Legado de culturas,* 2017.

Nolan, James L., *Discovery of the Lost Art Treasures of California´s First Mission* (La Jolla, CA: Copley Books, 1978).

North, Arthur Walbridge, *The mother of California* (San Francisco: Forgotten Books, 1906.

Ortiz Bobadilla, Inés, *Arquitectura mudéjar en México. Elementos estructurales y compositivos aplicados en la época virreinal* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2008).

Padilla Corona, Antonio, "Relación entre las Ordenanzas de Felipe II y el espacio misional californiano", en *Meyibó, Revista del Instituto de Investigaciones Históricas-UABC,* Año 7, No. 14, julio-diciembre de 2017.

Palou, Francisco, *Recopilación de Noticias de la Antigua y de la Nueva California (1767-1783), Tomo I* (México: Editorial Porrúa, 1998).

Peña Tenorio, María Bertha, *La misión jesuita de San José de Comondú, Antigua California (1708-1768) Reconstrucción histórica de la iglesia basilical*, Tesis para obtener el grado de Maestra en Historia del Arte, UNAM, 2009.

Phillips, Steven J. *et al.* (eds.) *A Natural History of the Sonoran Desert* (Tucson, Arizona: Arizona-Sonora Desert Museum-University of California Press, 2015).

Pierce, Donna, Ruiz Gomar, Rogelio, Bargellini, Clara y Brown, Jonathan, *Painting a New World. Mexican art and life (1521-1821)* (Denver: Denver Art Museum, 2004).

---------- y Otsuka, Ronald (eds.), *Asia & Spanish America. Trans-Pacific Artistic & Cultural Exchange, 1550-1850* (Denver: Denver Art Museum, 2006).

Píccolo, Francisco María, *Informe del estado de la Nueva Cristiandad de California 1702 y otros documentos* (Ernest J. Burrus, ed.) (Madrid: José Porrúa Turanzas, 1962).

Ponce Aguilar, Antonio, *Misioneros jesuitas en Baja California. 1683-1768*, 161, disponible en: https://www.academia.edu/24223279/MISIONEROS_JESUITAS_EN_BAJA_CALIFORNIA_ANTONIO_PONCE_AGUILAR

Radot, Jean Vallery, *Le recueil de plans d´edifices de la Compagnie de Jesús. Conservé a la Bibliotheque Nationale de Paris* (París: Bibliotheque Nationale, 1960).

Recopilación de leyes de los reinos de las Indias mandadas imprimir y publicar por la magestad católica del Rey Don Carlos II (Madrid: Roix Editor, 1841).

Relación histórica de la fundación de este convento de Nuestra Señora del Pilar, Compañia de Maria, llamada vulgarmente La Enseñanza, en esta ciudad de México, y

compendio de vida y virtudes de N. M. R. M. Maria Ignacia Azlor y Echeverz su fundadora y patrona. Dedicada a la Serenísima Reyna de los Ángeles Maria Santísima del Pilar. A expensas de su Sobrino el Señor Don Pedro Ignacio de Echeverz Azlor Espinal y Valdivielso, Marqués de San Miguel de Aguayo y Santa Olaya, Caballero del Orden de Santiago, y Alguacil Mayor del Real Consejo y Corte de Navarra, (México: Imprenta de Felipe de Zúñiga y Ontiveros, calle del Espíritu Santo, 1793).

Rodríguez Álvarez, María de los Ángeles, *Usos y costumbres funerarios en la Nueva España* (Zamora: El Colegio de Michoacán-El Colegio Mexiquense, 2001).

Roig, Juan Ferrando, *Iconografía de los santos* (Barcelona: Ediciones Omega, 1950).

Rodríguez Tomp, Rosa Elba, *Cautivos de Dios. Los cazadores recolectores de Baja California durante la Colonia* (México: CIESAS-INI, 2002).

Ruiz Campos, Gorgonio, *Catálogo de peces dulceacuícolas de Baja California Sur* (México: SEMARNAT, 2012).

Siracusano, Gabriela y Rodríguez Romero, Agustina (eds.), *Materia americana. El cuerpo de las imágenes hispanoamericanas* (siglo XVI a mediados del XIX) (Buenos Aires: ENDUTREF, 2020).

Sanchís, Ruiz Javier, "Título de Marqués de Villapuente de la Peña a don José de La Puente y Peña Castejón y Salzines", publicado en *Revista de Estudios Novohispanos*, no. 41, julio-diciembre 2009.

Segura, Nicolás, *Sermon en las exequias: que hizo la provincia de Nueva-España, de la Compañia de Jesus, en la Casa professa de Mexico a el Sr. D. Joseph de la Puente, Castejon, y Salzines, marquès de Villa-Puente* (México: Imprenta de la viuda de D. Joseph Bernardo de Hogal, 1742).

Sorroche Cuerva, Miguel Ángel (ed.), *Baja California: memoria, herencia e identidad patrimonial* (Granada: Universidad de Granada, 2014).

Taraval, Segismundo, *La rebelión de los californios* (versión paleográfica, introducción y notas de Eligio Moisés Coronado (La Paz: Gobierno de Baja California Sur, 2017).

Torales Pacheco, María Cristina, "Comerciantes novohispanos y sus redes transoceánicas", en Béatrice Peres, Sonia V. Rose & Jean Pierre Clement, *Des*

marchands entre deux mondes. Pratiques et représentations en Espagne et en Amérique (XVe-XVIIIe siècles) (París: Presses de l´Univesité París-Sorbonne, 2007).

Torres Ripa, Javier (ed.), *Biblia Natalis. La Biblia de Jerónimo Nadal. S.J.* (Bilbao: Universidad de Deusto-Ediciones Mensajero, 2008).

Tovar y de Teresa, Guillermo, *Bibliografía novohispana de arte, Segunda parte, Impresos mexicanos relativos al arte del siglo XVIII* (México: Fondo de Cultura Económica, 1988).

Vargas Muñoz, Mario J., *50 Aniversario del Museo Nacional del Virreinato. Un museo, una historia* (México: INAH, 2014).

Venegas, Miguel, *Obras californianas del padre Miguel Venegas, S. J.*, (La Paz: Universidad Autónoma de Baja California Sur, 1979).

Vernon, Edward W., *Las Misiones Antiguas: The Spanish Missions of Baja California. 1683-1855* (Santa Bárbara: Viejo Press, 2002).

Victoria, José Guadalupe *et al.* (eds.) *Regionalización en el arte. Teoría y praxis* (México: Gobierno del estado de Sinaloa, 1992).

Nota:

Los textos consultados de Miguel Venegas fueron la edición: *Obras californianas del padre Miguel Venegas, S.J.* (edición y estudios por W. Michael Mathes, bibliografías e índices por Vivian C. Fisher y Eligio Moisés Coronado, prólogo de Miguel León-Portilla (La Paz: Universidad Autónoma de Baja California Sur, 1979).

Por ello, vale la pena describir su correspondencia con los títulos de cada uno de los textos originales:

Tomo I- *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual, sacada de la historia manuscrita, formada en México año de 1739, por el padre Miguel Venegas, de la Compañía de Jesús…* Tomo Primero (Madrid: Imprenta de la Viuda de Manuel Fernández, 1757).

Tomo II- *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual, sacada de la historia manuscrita, formada en México año de 1739, por el padre Miguel Venegas, de la*

Compañía de Jesús… Tomo Segundo (Madrid: Imprenta de la Viuda de Manuel Fernández, 1757).

Tomo III- *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual, sacada de la historia manuscrita, formada en México año de 1739, por el padre Miguel Venegas, de la Compañía de Jesús…* Tomo Tercero (Madrid: Imprenta de la Viuda de Manuel Fernández, 1757).

Tomo IV- *Empressas Apostolicas de los PP. Misioneros de la Compañía de Jesús, de la Provincia de Nueva España obradas en la conquista de Californias debida y consagrada al patrocinio de María Santísima, conquistadora de nuevas gentes en su sagrada imagen de Loreto* (edición del texto manuscrito por el padre Miguel Venegas).

Tomo V- *El apóstol mariano representado en la vida del V.P. Juan María de Salvatierra, de la Compañía de Jesús…* (México: Imprenta de Doña María de Ribera, Impressora del Nuevo Rezado, 1754).